

CONN IGGULDEN



# EMPERADOR

LA MUERTE DE LOS REYES

«Una lectura fascinante.» Bernard Cornwell



Lectulandia

Forzado a huir de Roma, Julio César sirve a bordo de una galera de guerra en las peligrosas aguas del Mediterráneo y pronto obtiene una temible reputación. Cuando apenas ha conseguido una victoria memorable, unos piratas capturan su barco y exigen un rescate. Después de duros meses de cautiverio es abandonado en la costa norte de África donde reúne un grupo de reclutas que forjará en una unidad suficientemente poderosa para vengarse de los que lo capturaron y para reprimir un nuevo alzamiento en Grecia.

Aclamado como un héroe a su regreso a Roma y cada vez más temido por sus enemigos, César se reúne con Bruto, su compañero de niñez. Pronto los dos amigos son llamados a luchar como nunca antes lo han hecho, pero un nuevo peligro amenaza la ciudad en forma de un gladiador rebelde que lleva el nombre de Espartaco.

Lectulandia

Coon Iggulden

# La muerte de los reyes

Emperador - 2

ePUB v1.0

Quillito 19.11.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: Emperor. The Death of Kings

Conn Iggulden, 2004

Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera e Isabel Murillo Fort

Diseño/retoque portada: Quillito

Editor original: Quillito (v0.1)

ePUB base v2.0

A mi padre, que recitaba el poema «Vitai Lampada» con un destello en los ojos.

También a mi madre, que me enseñó que la historia es un conjunto maravilloso  
de relatos con fechas.

# PRIMERA PARTE

## I

La fortaleza de Mitilene se elevaba imponente ante ellos en el cerro. Unos puntos de luz se movían por las murallas al paso de los centinelas, que realizaban sus rondas nocturnas. La puerta de roble y hierro estaba cerrada y celosos centinelas vigilaban el único camino que trepaba por las escabrosas pendientes.

Gaditico había dejado solamente una veintena de hombres en la galera. Tan pronto como la centuria hubo desembarcado, había ordenado que levantaran el *corvus* y el *Accipiter* se había alejado de la oscura isla con un leve chapoteo de remos en las tranquilas aguas del mar.

La galera estaría a salvo de ataques durante su ausencia. Prohibidas todas las luces, no era más que un manchón oscuro que los barcos enemigos no advertirían, a menos que entraran directamente en el pequeño puerto de la isla.

Julio esperaba órdenes al frente de su unidad haciendo un esfuerzo por mantener bajo control la inquietud de entrar al fin en acción, después de seis meses de patrullar por la costa. A pesar de la ventaja de la sorpresa, la fortaleza parecía firme y peligrosa, y sabía que escalar las murallas conllevaría derramamiento de sangre. Una vez más, pasó revista al equipo; comprobó el estado de cada uno de los travesaños de las escalas que le habían asignado y se paseó entre los hombres cerciorándose de que se hubieran envuelto los pies en trapos para amortiguar el ruido y facilitar la sujeción en la escalada. Nada estaba fuera de lugar, pero los hombres se sometían a la revista sin protestar, como las dos veces anteriores desde el desembarco. Sabía que no le desacreditarían. Cuatro eran soldados veteranos, Pelitas entre ellos, con diez años de experiencia marinera en su haber. Julio lo había nombrado segundo de la unidad tan pronto como hubo comprendido que el hombre contaba con el respeto de la mayor parte de la tripulación. En promociones anteriores no le habían tenido en cuenta, pero Julio captó el temple que se ocultaba bajo la informal consideración por el uniforme y la asombrosa fealdad del legionario. Pelitas no tardó en hacerse partidario incondicional del nuevo y joven *tesserarius*.

Los seis restantes habían sido reclutados en puertos romanos de alrededor de Grecia para completar la dotación del *Accipiter*. Sin duda, algunos tenían un pasado oscuro, pero la exigencia de un historial limpio solía pasarse por alto entre los soldados de galeras. Quien se endeudaba o se había enfrentado a sus oficiales sabía que la última oportunidad de ganar un salario era en el mar, pero Julio no lo lamentaba. Sus diez hombres habían participado en muchas batallas y las historias que contaban resumían ejemplarmente el progreso de Roma en los veinte últimos años. Eran brutales y recios, y Julio se complacía en la dicha de saber que no rehuirían ni rechazarían los trabajos sucios, como limpiar de rebeldes la fortaleza de Mitilene una noche de verano.

Gaditico pasaba entre las unidades y hablaba con los oficiales en particular. Suetonio asentía a cuanto le decía y después saludó marcialmente. Julio observaba a su antiguo vecino con aversión renovada, pero era incapaz de achacarla a una sola particularidad del joven oficial de guardia. Habían trabajado juntos durante meses con una cortesía helada que ya parecía inquebrantable. Suetonio seguía considerándolo el muchacho al que sus amigos y él mismo habían atado y golpeado mucho tiempo atrás. No sabía nada de sus experiencias desde entonces y había sonreído burlescamente cuando Julio les contó a sus hombres lo que se sentía al entrar en Roma a la cabeza de una marcha triunfal, al lado de Mario. Los acontecimientos de la capital no eran más que rumores lejanos a oídos de los legionarios de a bordo, y Julio tuvo la impresión de que algunos amigos de Tonio no le creían. Era irritante, pero el menor atisbo de tensión o pelea entre las unidades habría acarreado la degradación inmediata. Julio había guardado silencio cuando oyó a Suetonio contar el episodio en que, en una ocasión, había dejado colgado de un árbol al otro *tesserarius* después de partirle la cabeza varias veces. Por su tono de voz, el incidente no parecía más que un rudo juego de muchachos. Cuando hubo concluido el relato, Suetonio percibió su mirada y, fingiendo sorpresa, guiñó el ojo a su segundo y retomaron sus quehaceres.

Gaditico se acercaba a la última unidad y Julio vio la sonrisa de Suetonio por encima del hombro del centurión, pero miró fijamente a su superior, se cuadró y saludó rígidamente. Gaditico le hizo un gesto de asentimiento y le devolvió el saludo con un movimiento rápido del brazo derecho.

—Si no saben que estamos aquí, habremos arrasado esta pequeña ratonera antes del amanecer. Si están avisados, tendremos que luchar por cada paso que demos. Aseguraos de que las armaduras y las espadas estén convenientemente envueltas, no quiero que el ruido dé la alarma cuando nos encontremos en los flancos más expuestos de la plaza.

—Sí, señor —contestó Julio inmediatamente.

—Tus hombres atacarán por el sur. La pendiente es un poco más fácil por ese lado. Sitúa las escalas con rapidez y deja a un hombre al pie de cada una, sujetándola con firmeza; así no perderéis tiempo calzándolas. Los hombres de Suetonio tienen orden de matar a los centinelas de las puertas. Hay cuatro, así que podrían hacer ruido. Si oyes griterío antes de llegar a la muralla, corre. No hay que darles tiempo a organizarse. ¿Entendido? Bien. ¿Alguna pregunta?

—¿Sabemos cuántos hay dentro, señor? —preguntó Julio.

Gaditico pareció sorprendido.

—¡Vamos a tomar esa plaza tanto si son cincuenta como si son quinientos! Hace dos años que no pagan tributos y han asesinado al gobernador. ¿Crees que tendríamos que esperar refuerzos?



Julio se sonrojó de vergüenza.

—No, señor.

Gaditico se rió entre dientes con amargura.

—La Marina de guerra está bastante desperdigada, en efecto. Te acostumbrarás a no disponer nunca de hombres y naves suficientes si sobrevives a esta noche. Ahora, dirigiós a vuestra posición dando un rodeo amplio en torno a la fortaleza, siempre a cubierto. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Julio saludando de nuevo. Ser oficial, aunque fuera de rango inferior, resultaba difícil incluso en el mejor de los casos. Se sobrentendía que conocía el oficio, como si el conocimiento se adquiriese con el nombramiento. Jamás había asaltado una fortaleza, ni de día ni de noche, pero tendría que tomar decisiones sobre la marcha que significarían la vida o la muerte de sus hombres. Se volvió hacia ellos con determinación renovada. No los defraudaría.

—Habéis oído al centurión. Avance silencioso, desplegados. En marcha.

Como un solo hombre, se golpearon el peto de cuero con el puño derecho en señal de acatamiento. El poco ruido que hicieron estremeció a Julio.

—Y nada de golpes de esos. Hasta que nos encontremos en la plaza, no repliquéis cada vez que os dé una orden. No quiero oír voces de «Sí, señor». Lo que queremos es avanzar en silencio, ¿de acuerdo?

Uno o dos sonreían, pero a lo largo del lento y sigiloso recorrido a cubierto la tensión era palpable. Otras dos unidades se destacaron con ellos y Gaditico se quedó al mando del asalto frontal que seguiría a la muerte de los centinelas.

Julio agradeció los interminables ejercicios de entrenamiento al comprobar la eficiencia con que los hombres se separaban en parejas, con cuatro largas escalas por unidad. Los soldados escalaban por los anchos travesaños sin perder velocidad apenas; solo tardarían segundos en llegar a lo alto de los negros muros e introducirse en la fortaleza. Después vendría la matanza. Sin forma de saber con cuántos rebeldes tendrían que enfrentarse, los legionarios procurarían matar a cuantos pudieran en los primeros momentos.

La antorcha de un centinela se detuvo cerca de su posición y Julio movió la mano con la palma hacia el suelo indicando a los hombres que se agacharan. Cualquier ruido se propagaría fácilmente, a pesar del canto de los grillos en la hierba. Tras una breve pausa, la luz del centinela prosiguió la ronda; Julio y los oficiales más cercanos intercambiaron una mirada y, con un gesto de asentimiento, acordaron iniciar el asalto.

Se puso de pie con el corazón acelerado y los hombres lo secundaron, pero el peso de la maciza escala hizo gruñir a uno de ellos. Iniciaron la subida al trote por el accidentado terreno del lado sur. A pesar de los trapos que les envolvían los pies y la coraza, Julio tuvo la impresión de que hacían mucho ruido cuando empezó a correr a

paso ligero al lado de sus hombres. Pelitas iba en cabeza, al frente de la primera escala, pero el orden cambiaba constantemente a medida que avanzaban por terreno irregular, sin la luz de la luna siquiera para alumbrarles el camino. Gaditico había sabido escoger la noche.

Las escalas pasaron rápidamente a manos de los hombres que iban en cabeza, que las plantaron con el extremo inferior muy cerca del muro para aprovechar la altura al máximo. El primero la sujetaba con fuerza mientras el segundo trepaba hacia la oscuridad. En pocos segundos, el primer grupo ya había rebasado el muro y el siguiente estaba preparado para subir, aunque el ascenso resultaba más difícil porque las escalas resbalaban y golpeaban contra la piedra. Julio sujetó una que se movía, tensó los hombros y la mantuvo fija hasta que el peso de la parte superior hubo desaparecido, circunstancia que le permitió experimentar la función de la palanca en propia carne. Los soldados iban desapareciendo en el interior de la plaza a lo largo de todo el frente, y todavía no se había oído una voz de alarma.

Movió la escala hasta que el extremo almohadillado de la parte superior encontró calzo en algún obstáculo y comenzó a subir agarrándose con fuerza, inclinándose mucho obligado por el ángulo cerrado con la pared. No se detuvo arriba, por si algún arquero le había localizado. Sin tiempo para juzgar la situación, coronó el muro y se dejó caer en la oscuridad del otro lado.

Llegó al suelo, rodó sobre sí mismo y encontró a sus hombres alrededor esperándole. Ante ellos se extendía un trecho corto de matorrales altos sobre piedras antiguas. Era un campo de tiro idóneo para los arqueros y tenían que salir de allí rápidamente. Vio que las otras unidades habían corrido hasta el pie de la muralla interior sin detenerse. Frunció el ceño. Era tan elevado como la exterior, y a solo veinte pies de distancia, pero las escalas se habían quedado en el otro lado y se encontraban atrapados entre dos muros, tal como lo habrían planeado los antiguos arquitectos. Juró en voz baja, para sus adentros, mientras los hombres esperaban a que tomase una decisión inmediata.

Entonces, una campana empezó a tocar en la fortaleza y el fuerte sonido retumbó en la oscuridad.

—¿Qué hacemos, señor? —dijo Pelitas en tono de hastío.

Julio respiró hondo y los nervios se le calmaron un poco.

—Estamos muertos si nos quedamos aquí, no tardarán en empezar a arrojar antorchas para que los arqueros nos vean. Eres el mejor en la jarcia, Peli, de modo que quítate la coraza y a ver si puedes subir una cuerda por ese muro. Las piedras son viejas, habrá huecos donde sujetarse. —Cuando Pelitas comenzó a desanudarse las correas de la armadura, Julio se dirigió al resto de los hombres—. Tenemos que recuperar la escala. Si Peli se cae, seremos blanco fácil para los arqueros. El muro mide unos quince pies, pero podremos subir a los dos hombres más ligeros hasta

arriba; desde allí la izarán.

Pasó por alto las voces de pánico y pelea que iban en aumento en el interior de la fortaleza. Al menos, los rebeldes se estaban concentrando en el ataque de Gaditico, pero el tiempo se estaría acabando para los soldados de su bando.

Los hombres entendieron el plan rápidamente y los tres más fornidos unieron los brazos y apuntalaron la espalda contra la oscura piedra del muro exterior. Otros dos se subieron encima y, con cautela, se dieron media vuelta, de modo que también apoyaron la espalda contra la pared. Los tres de la base gruñeron bajo el peso que aguantaban, pues las placas de metal se les clavaban en los hombros; sin embargo, sin protección, las probabilidades de romperse la clavícula habrían sido muchas. Soportaban la incomodidad en silencio, pero Julio comprendió que no podrían resistir mucho rato.

Se dirigió a la última pareja, que se había quitado la coraza y se había quedado en ropa interior, sin sandalias. Los dos sonrieron emocionados cuando Julio les hizo un gesto, y se lanzaron a la escalada de la torre humana con la misma rapidez y eficiencia con que subían por la jarcia del *Accipiter*. Julio desenvainó la espada y se quedó a la expectativa, escudriñando las sombras de lo alto.

A veinte pies de distancia, en la muralla interior, Pelitas aplastaba la cara contra la fría y seca piedra, y pronunciaba una breve y desesperada oración. Le temblaban los dedos, aferrados a un espacio minúsculo entre dos losas, se esforzaba por ganar altura a pulso sin hacer ruido, arañando con los pies en busca de apoyo. El aire le silbaba entre los dientes con tanta violencia que estaba convencido de que alguien se asomaría a investigar. Se arrepintió un momento de haber llevado consigo el pesado *gladius*, además de la cuerda envuelta en el torso, aunque no se le ocurría nada peor que llegar a la cima completamente desarmado. Sin embargo, caerse de cabeza con un gran estrépito era una perspectiva igualmente desagradable.

Arriba se distinguía vagamente el perfil de un reborde oscuro de piedra contra el resplandor de las antorchas, que se iban encendiendo a medida que la plaza saltaba a defenderse de los cincuenta hombres dirigidos por Gaditico. Se burló en su fuero interno. Los soldados profesionales ya habrían enviado patrullas de reconocimiento alrededor de la fortaleza en busca de un segundo contingente u otra clase de emboscada. Le satisfacía sentirse orgulloso del propio trabajo.

Tanteando con la mano por arriba, encontró finalmente un buen asidero en una esquina que se había desmoronado con el paso del tiempo. Con los brazos temblando de agotamiento, afianzó una mano en la última losa del borde superior y se quedó colgado un momento, escuchando por si había alguien suficientemente cerca que pudiera destriparlo tan pronto como se asomara al recinto interior.

No oyó nada, ni siquiera cuando contuvo la respiración para oír mejor. Asintió

para sí mismo y apretó las mandíbulas como si pudiera tragarse de un mordisco el miedo que siempre sentía en esos momentos; después, se izó balanceando las piernas a un lado y arriba. Se agachó inmediatamente y desenvainó el *gladius* pulgada a pulgada, evitando hacer ruido.

Se encontraba en un pozo de sombra que lo hacía invisible, en el borde de una estrecha plataforma con peldaños que descendían hacia unos edificios laterales. Los restos de comida que vio en el suelo le indicaron que había habido un centinela en ese lugar, pero, evidentemente, el hombre se había marchado a rechazar el asalto frontal en vez de quedarse donde le habían mandado. Mentalmente censuró su falta de disciplina.

Con movimientos lentos, se desenrolló la pesada cuerda del torso y los hombros y la ató a una oxidada anilla de hierro, incrustada en el muro. Tiró de ella, sonrió y la dejó caer en bucles a la oscuridad.

Julio vio que otra unidad se apelotonaba también al pie de la muralla interior e imitaba su idea de recuperar las escalas. La próxima vez, atarían una cuerda en el último travesaño, la echarían muro abajo por el otro lado y el último que subiese arrastraría tras de sí todo el conjunto; pero qué fácil resultaba ser sabio a posteriori. Gaditico tenía que haber dedicado más tiempo a estudiar la disposición de la plaza, aunque habría sido difícil porque desde ningún lugar se dominaba la escarpada colina de Mitilene. Rechazó la idea por desleal, pero por otra parte sabía que, de haber sido él quien dirigiera el ataque, no habría mandado a los hombres a tomar la fortaleza sin conocer hasta el último detalle necesario.

Los tres hombres de la base de la torre humana tenían la cara bañada en sudor y crispada de estremecimiento. Arriba se oyó un roce y, después, la escala empezó a descender hacia ellos. Rápidamente, Julio la apoyó contra el muro, los hombres desmontaron la torre y los tres de la base respiraron de alivio y movieron los hombros para contrarrestar el entumecimiento. Julio se acercó a ellos, les dio las gracias uno por uno con una palmada en el brazo y les indicó el paso siguiente en un murmullo. Cruzaron juntos hasta la muralla interior.

Una voz gritó cerca, en la oscuridad del recinto interior, por encima de ellos, y a Julio se le aceleró el corazón. No entendía las palabras pero el pánico era palpable. El factor sorpresa se había agotado finalmente, pero tenían la escala y, al aplastarse contra el muro, comprobó que Pelitas no había fracasado ni se había caído.

—Moved la escala unos pocos pies y aseguradla. Tres que escalen por esta cuerda. El resto, conmigo.

Corrieron a la nueva posición y, de pronto, una lluvia de flechas silbantes cortó el aire desde arriba y cayó sobre los hombres de la otra unidad, que acercaban la escala. Se oyeron gritos de romanos. Julio contó al menos cinco arqueros en lo alto de la

muralla, que se facilitaron la tarea arrojando antorchas encendidas al campo de tiro. Al pie de la muralla todavía reinaba la oscuridad, y Julio supuso que los rebeldes creerían estar defendiéndose del primer asalto sin saber que ya tenían a los romanos justo debajo.

Empezó a subir los anchos travesaños de la escala con el *gladius* firmemente sujeto. El recuerdo del motín en el que su padre había muerto hacía unos años se le presentó vívidamente un momento. ¡De modo que eso era lo que se sentía cuando se era el primero en trepar por la muralla! Al llegar arriba, dejó el pensamiento a un lado y rápidamente se tiró al suelo evitando un hacha que pretendía decapitarlo. Perdió el equilibrio y, aterrado, arañó el muro un instante; poco después, ya estaba dentro.

No había tiempo de hacerse una idea de la posición. Detuvo otro hachazo y soltó una fuerte patada contra el agresor cuando el peso del arma hizo ladearse a este. El hachazo cayó sobre la piedra y Julio deslizó la espada fácilmente en el pecho jadeante del enemigo. En ese momento, recibió un golpe en el casco que le soltó el protector de la mejilla. Se le nubló la vista y levantó la espada a la defensiva automáticamente. Le corría sangre por el cuello y el pecho hasta el estómago, pero hizo caso omiso. Otros soldados de su unidad llegaron al estrecho adarve y la matanza propiamente dicha dio comienzo.

Tres de los suyos formaron una cuña apretada en torno a la escala soportando potentes descargas que les abollaban las ligeras corazas. Julio vio un *gladius* que, impulsado desde abajo, se clavaba en la mandíbula de un rebelde.

Los hombres a quienes se enfrentaban no vestían uniforme regular. Algunos llevaban armaduras antiguas y esgrimían espadas extrañas; otros blandían hachas de guerra o lanzas. Parecían griegos y se gritaban unos a otros en esa lengua líquida. Todo era un caos y Julio tuvo que conformarse con maldecir cuando uno de sus hombres cayó gritando, salpicando sangre a la luz de las antorchas. El eco y el estrépito de pasos resonaban alrededor de toda la fortaleza. Parecía que hubiera un ejército allí dentro y que todos corrieran hacia ese lugar. Otros dos soldados suyos alcanzaron el adarve y se lanzaron al combate haciendo retroceder al enemigo.

Julio clavó la punta del *gladius* en la garganta de un hombre aplicando un movimiento que Renio le había enseñado hacía años. Atacaba con furia y dureza y los oponentes caían y morían. Los contrincantes, fueran quienes fuesen, les ganaban solo en número. La habilidad y el entrenamiento de los romanos estaba logrando que el escudo de soldados en torno a la escala resultara prácticamente inquebrantable.

Sin embargo, empezaban a cansarse. Vio gritar de rabia y temor a uno de sus hombres cuando la espada se le atascó entre las placas de una ornamentada coraza, legada seguramente de generación en generación desde los tiempos de Alejandro. El romano forcejeaba brutalmente y, a fuerza de tirones, casi hacía perder el equilibrio al rebelde. Su grito de rabia se trocó de súbito en un aullido y Julio pudo ver que el

rebelde clavaba una daga en el vientre de su contrincante por debajo de la coraza. Finalmente, el romano se quedó sin fuerzas y dejó el *gladius* incrustado donde estaba.

—¡A mí! —gritó Julio a sus hombres. Juntos, consiguieron abrirse paso a lo largo del estrecho adarve y adentrarse más en la fortaleza. A medida que aniquilaba enemigos empezó a disfrutar del combate. El peso de la espada era adecuado, la coraza le daba una sensación de invulnerabilidad y, con la sangre caliente por la acción, se adaptaba a su cuerpo con ligereza.

Un golpe inesperado en la cabeza lo despojó del abollado casco y notó el aire fresco de la noche en la piel sudorosa. Fue un placer y se rió entre dientes un momento al tiempo que arremetía contra el escudo de un enemigo y lo derrumbaba en el camino de sus compañeros.

—¡*Accipiter!* —gritó de pronto. Vocear. Funcionaría. Oyó que otras voces lo repetían y volvió a gritarlo al tiempo que se agachaba esquivando una espada curva más semejante a un apero de labranza que a un arma de guerra. En el contraataque, cortó los muslos al oponente, el cual cayó aullando.

Los legionarios se congregaron en torno a él. Comprobó que ocho de los suyos habían logrado subir la muralla y que otros seis habían sobrevivido a los arqueros. Se mantenían unidos y el ímpetu de los defensores empezaba a flaquear a medida que los cuerpos se amontonaban alrededor de los romanos.

—¡Somos soldados de Roma! —gritó uno de ellos—. ¡Los mejores del mundo! ¡Adelante, no os quedéis atrás!

Julio le sonrió y reanudó el combate gritando de nuevo el nombre de la galera. Esperaba que Pelitas le hubiera oído. No sabía por qué, pero estaba seguro de que ese feo malnacido había sobrevivido.

Pelitas había encontrado un manto en un gancho y se lo había puesto encima, ocultando así la túnica y la espada que sostenía. Se sentía vulnerable sin la coraza, pero unos hombres que pasaron de largo con estrépito de metal ni siquiera lo miraron. Oyó las voces y los gritos de lucha de los legionarios muy cerca y comprendió que era el momento de unirse al combate.

Sacó una antorcha de un tintero de la pared y se sumó al tropel de enemigos que corrían hacia el fragor de las espadas. ¡Dioses, cuántos había! La fortaleza interior era un dédalo de muros desmoronados y salas vacías; costaría horas despejarlo todo, pues a cada paso podrían encontrarse una emboscada o una lluvia de flechas. Torció por una esquina en la oscuridad sin ser visto, anónimo durante unos valiosos momentos. Avanzó rápidamente procurando no desorientarse en las vueltas y recodos, hasta llegar al muro del norte, cerca de un grupo de arqueros que disparaba certeramente, con expresión seria y tranquila. Era muy probable que el resto de la fuerza de Gaditico estuviera todavía al otro lado, aunque oía órdenes romanas procedentes del

patio contiguo a la entrada principal. Algunos habían entrado, pero el fin de la batalla estaba lejos todavía.

Se acercó a los arqueros pensando con rabia que la mitad de la ciudad debía de haberse guarecido en la fortaleza. Un arquero lo miró atentamente, pero se limitó a hacer un gesto de asentimiento y siguió disparando sin prisa a la masa de hombres situada debajo.

Cuando el arquero apuntaba, Pelitas cargó y empujó a dos de cabeza contra las piedras de abajo. Se estrellaron clamorosamente en el suelo y los tres arqueros restantes se volvieron aterrorizados en el momento en que Pelitas se desprendía del manto y levantaba el corto *gladius*.

—Buenas noches, muchachos —dijo en tono tranquilo y alegre. Avanzó un paso y le clavó la espada en el pecho al más cercano. De un rodillazo lo arrojó muralla abajo y, al momento, una flecha lo alcanzó y le desgarró un costado. Solo la aleta le sobresalía por el estómago; gruñó al tirar de ella con la mano izquierda, casi fuera de control. Brutalmente, rebanó la garganta con el *gladius* al arquero más próximo, que le apuntaba con otra flecha.

Fue la última que disparó el arquero, y la que más lejos llegó. Enfebrecido, trató de ensartar otra, pero el temor le entorpecía y Pelitas lo alcanzó blandiendo la espada, dispuesto a clavársela. El hombre retrocedió aterrorizado y se cayó por la muralla gritando. Pelitas dio con una rodilla en tierra, poco a poco, jadeando trabajosamente. No había nadie en las proximidades, dejó la espada en el suelo y se llevó la mano a la espalda con la intención de partir la flecha. No se la arrancaría del todo. Todos los soldados sabían la hemorragia mortal que se provocaba si se arrancaba de cuajo. Pero la idea de rozarla cada vez que se giraba le llenaba los ojos de agua.

Tenía las manos resbaladizas y, con un grave gemido de dolor, solo logró doblar el asta de madera. La sangre le empapaba el costado y se mareó al tratar de ponerse en pie. Con un quejido suave, tiró de la flecha y la hizo retroceder en su propio cuerpo de modo que no sobresaliera tanto por la espalda.

—Tengo que reunirme con los demás —murmuró, y tomó una gran bocanada de aire. Le temblaban las manos; comenzaban los síntomas de la conmoción, de modo que agarró el *gladius* con toda la fuerza de que era capaz y se envolvió la otra mano en un pliegue del manto.

Gaditico le propinó un puñetazo a un hombre en los dientes cuando este se abalanzaba sobre él y, a continuación, le clavó una estocada corta entre las costillas. La fortaleza estaba de rebeldes a rebosar, más de los que cabían en la pequeña isla, estaba seguro. La rebelión debía de haber atraído a agitadores del continente, pero ya era tarde para preocuparse. Se acordó entonces de la pregunta del joven oficial sobre el número de enemigos, y de su respuesta despectiva. Quizá hubiera tenido que

organizar refuerzos. No era fácil predecir el resultado de la noche.

Había empezado bien, con la aniquilación de todos los centinelas casi en un instante. Antes de que los de dentro supieran lo que estaba sucediendo, ya había colocado a diez hombres al otro lado de las escalas y tenía la puerta abierta. Después, de los oscuros edificios habían salido docenas de soldados ajustándose los petos al tiempo que corrían. Los estrechos adarves y los escalones convertían el laberinto en el sueño de un arquero, de modo que solo la ausencia de luz había permitido reducir los daños a heridas superficiales; de todos modos, había perdido a un hombre con una flecha clavada en la boca que le había atravesado el cráneo.

Oía el jadeo de sus soldados, que avanzaban detrás de él al amparo de un muro sumido en la oscuridad. Se habían encendido algunas antorchas, pero, aparte de unas pocas flechas esporádicas, disparadas a ciegas, el enemigo se había retirado provisionalmente a los edificios laterales. Cualquiera que cruzara apresuradamente el camino entre ellos sería cortado en pedazos antes de haber dado cuatro pasos, pero, de la misma forma, el enemigo no podía abandonar su refugio y enfrentarse a los legionarios. Fueron unos momentos de calma que Gaditico agradeció y aprovechó para recuperar el aliento. Echó de menos la preparación de las legiones de tierra. Por más prácticas y ejercicios que se hicieran a bordo, bastaban unos minutos de lucha y carrera para agotarse. O quizá se debiera simplemente a la edad, reconoció irónicamente para sí.

—Se han escondido bajo tierra —musitó. A partir de ese momento, todo se recrudecería, habría que ir matando de edificio en edificio, perdiendo a un hombre por cada uno o dos de los otros. Para ellos era muy fácil esperar detrás de una puerta o una ventana y apuñalar a cualquiera que pasara por allí.

Había dado media vuelta hacia el soldado que venía detrás para dar órdenes cuando el hombre, mirando al suelo, se quedó boquiabierto de horror. Un líquido brillante bajaba a raudales de los edificios de la fortaleza cubriendo las piedras, desparramándose rápidamente entre el grupo. No había tiempo para estrategias.

—¡Corred! —gritó Gaditico al grupo—. ¡Subíos a donde podáis! ¡Corred, por todos los dioses!

Algunos de los más jóvenes se quedaron pasmados sin comprender, pero los más duchos no se detuvieron a averiguar lo que pasaba. Gaditico, entre los últimos, procuraba no pensar en los arqueros que aguardaban precisamente ese momento. Oyó el estallido y la crepitación del fuego cuando el líquido empezó a arder y las flechas comenzaron a pasar silbando; una se le clavó a un legionario en la parte inferior de la espalda. El soldado avanzó un poco más tambaleándose antes de caer. El centurión se detuvo a ayudarlo, pero al mirar atrás las llamas avanzaban velozmente hacia él. Le atravesó la garganta al soldado con un movimiento rápido; sabía que era mejor que morir abrasado. Notaba el calor en la espalda y, despavorido, se levantó del lado del



cadáver. Se le habían mojado las sandalias de líquido y sabía que el fuego no se podía sofocar. Corrió ciegamente tras sus hombres.

A toda velocidad, el grupo de soldados dio la vuelta a una esquina y cargó directamente contra tres arqueros que esperaban agachados. El pánico se apoderó de los tres y solo uno logró disparar la flecha por encima de sus cabezas. Sin apenas disminuir la velocidad, los aniquilaron y los pisotearon.

La fortaleza se hizo visible entre cortinas de fuego. Gaditico y sus hombres aullaron de rabia y de satisfacción por estar vivos. Las voces avivaban los ánimos y asustaban al enemigo.

El camino terminaba en un patio, pero los arqueros apostados allí dispararon sin contratiempos, abatieron a los cuatro hombres de primera línea y los de la segunda tropezaron con ellos. El patio estaba atestado de rebeldes y, con un grito de guerra en respuesta a la ferocidad romana, avanzaron hacia los legionarios aullando.

Julio se quedó petrificado al ver a su izquierda la explosión de llamas a lo largo de una fila de edificios achaparrados. La oscuridad protectora se convirtió en oro oscilante y sombras, y tres hombres se hicieron visibles de pronto en un nicho, a pocos pasos de distancia. Los redujeron y, detrás de ellos, encontraron una puerta abierta que llevaba a las entrañas de la fortaleza. Había que decidir en el momento, y Julio la traspasó a la carrera, desgarrando con la espada las tripas de un hombre que aguardaba al otro lado sin darle tiempo a reaccionar siquiera. Sus seguidores no dudaron un instante. Sin conocer la fortaleza, podían perder minutos inútilmente tratando de localizar a los camaradas que iban con Gaditico. Lo más importante era no detenerse y matar a cuantos se cruzaran en el camino.

Después de la luz del incendio, el interior de la fortaleza estaba temiblemente oscuro. Unas escaleras los llevaron abajo, a una sucesión de estancias vacías, al final de las cuales se abría otra más con una sola lámpara de aceite en la pared. Julio se apoderó de la luz y maldijo cuando unas gotas de combustible ardiente le cayeron en la mano. Los hombres lo seguían con estruendo de metal, pero al llegar al fondo Julio se arrojó al suelo; cayeron flechas a su alrededor, contra la piedra, se partieron y los fragmentos punzantes llovieron sobre todos.

En la alargada y baja estancia había tres hombres. Dos miraban aterrorizados a los soldados, sucios y salpicados de sangre, y el tercero estaba atado a una silla; era un prisionero. Por la vestimenta, Julio dedujo que era romano. Tenía el rostro y el cuerpo magullados e hinchados, pero en sus ojos brillaba la esperanza.

Julio cruzó la habitación rápidamente y, con un quiebro, evitó una flecha disparada apresuradamente, sin tino. Casi desdeñoso, alcanzó a los dos hombres y le cortó la garganta al arquero. El otro intentó acuchillarle, pero la coraza resistió el ataque con facilidad y el hombre cayó estrepitosamente al suelo de un revés.

Julio colocó la punta del *gladius* en el suelo y se apoyó en él, súbitamente cansado. Respiraba a grandes bocanadas entrecortadas y entonces se dio cuenta del silencio que reinaba en la estancia, situada muy por debajo de las dependencias principales de la fortaleza.

—Bien hecho —dijo el hombre de la silla.

Julio lo miró. Más de cerca, comprobó que lo habían torturado brutalmente. Tenía la cara hinchada y deformada y le habían roto los dedos, que describían trayectorias antinaturales. Un temblor le agitaba todo el cuerpo y Julio pensó que estaba intentando no perder el poco control que le quedaba.

—Cortadle las ligaduras —ordenó; ayudó al prisionero a ponerse de pie, una vez liberado, y percibió su inestabilidad. Al rozar con una mano el brazo de la silla, el hombre soltó un gemido de dolor y se le pusieron los ojos en blanco un segundo, pero enseguida se recobró gracias al firme soporte de Julio.

—¿Quién eres? —le preguntó, sin saber qué harían con él.

—El gobernador Paulo. Podríamos decir que... esta es mi fortaleza. —El hombre cerró los ojos después de hablar, abrumado de agotamiento y alivio. La actitud corajuda del hombre inspiró respeto a Julio.

—Aún no ha dejado de serlo, señor —replicó Julio—. El combate es encarnizado ahí arriba, tenemos que volver. Le buscaremos un lugar seguro donde esperar el resultado. No parece completamente apto para participar.

En realidad, el hombre estaba más muerto que vivo, con la piel floja y gris. Tenía unos cincuenta años, hombros pesados y vientre caído. Quizá hubiera sido un guerrero en otra época, juzgó Julio, pero el tiempo y la vida fácil le habían arrebatado la fuerza, al menos la física.

El gobernador se enderezó un poco con un evidente esfuerzo de voluntad.

—Iré con vosotros hasta donde llegue. Me han machacado las manos, así que no puedo luchar, pero quiero salir, al menos, de este maldito agujero maloliente.

Julio asintió sin demora e hizo un gesto a dos soldados.

—Tomadlo del brazo, con cuidado, y transportadlo si fuere necesario. Tenemos que volver a ayudar a Gaditico.

Tras esas palabras, Julio empezó a subir las escaleras con estrépito de metales y pensando ya en la batalla de arriba.

—Vamos, señor. Apóyese en mi hombro —dijo uno de los soldados de la última pareja haciéndose cargo del peso. El gobernador gritó al mover las manos destrozadas y apretó los dientes.

—Sacadme enseguida de aquí —ordenó secamente—. ¿Quién es el oficial que me ha liberado?

—César, señor —replicó el soldado al tiempo que comenzaban a subir lentamente. Al final del primer tramo de escaleras, el dolor había hecho perder la

conciencia al gobernador y los soldados pudieron avanzar mucho más deprisa.

## II

Sila sonrió y tomó un largo trago de una copa de plata. El vino le arrebolaba las mejillas y la expresión de sus ojos asustó a Cornelia, que estaba sentada en el lecho que él le había destinado.

Sus hombres habían ido a buscarla a la hora más tórrida de la tarde, cuando la gravidez de su estado más le pesaba. Trataba de ocultar la inquietud y el miedo que le inspiraba el dictador de Roma, pero le temblaban las manos ligeramente en el borde de la copa de vino blanco frío que Sila le había ofrecido, tomaba un sorbo de vez en cuando por complacerle, pero no deseaba otra cosa que salir de las doradas estancias y volver a la seguridad de su propia casa.

Sila seguía con la mirada hasta el último de sus movimientos, pero ella no podía sostenerle la mirada y el silencio se alargaba entre ellos.

—¿Estás cómoda? —le preguntó arrastrando las palabras de tal forma que sintió un escalofrío de miedo por todo el cuerpo.

«Calma —se dijo—. El niño sabrá que tienes miedo. Piensa en Julio. Le gustaría que demostraras fortaleza».

Su voz sonó casi normal cuando respondió.

—Tus hombres han pensado en todo. Me han tratado con gran cortesía, aunque no me dijeron por qué deseabas verme.

—¿«Deseaba»? Curiosa elección de vocablo —replicó Sila suavemente—. Pocos hombres usarían esa palabra para referirse a una mujer cuando le faltan... ¿días para dar a luz?

Cornelia lo miró inexpresivamente y él terminó la copa y se relamió de gusto. Sin previo aviso, se levantó del asiento y, dándole la espalda a Cornelia, volvió a llenarse la copa; displicentemente, dejó caer el tapón, que rodó por el suelo de mármol.

Cornelia siguió como hipnotizada las espirales de la trayectoria, hasta que el tapón se paró. Entonces, Sila volvió a hablar con voz lánguida e íntima.

—He oído decir que una mujer embarazada está más bella que nunca, pero no siempre es cierto, ¿verdad?

Se acercó a ella moviendo la copa al hablar, derramando gotas por el borde.

—No..., no lo sé, señor; es...

—¡Oh, las he visto! Novillas de cabello de rata, lentas y mugrientes, con la piel hinchada, sudorosas. Mujeres vulgares de estirpe vulgar, mientras que la auténtica mujer romana, en fin...

Se acercó aún más y ella tuvo que hacer un esfuerzo por no alejarse. Le brillaban los ojos, y Cornelia habría gritado en ese momento, pero ¿quién acudiría? ¿Quién se atrevería a acudir?

—La auténtica mujer romana es un fruto maduro de piel nacarada y cabello

brillante y lustroso.

Su voz era un murmullo ronco y, sin dejar de hablar, presionó con la mano el vientre hinchado de Cornelia.

—Por favor... —musitó ella, pero él parecía no oírla. Su mano le recorrió la piel y acarició la grávida redondez.

—Sí, Cornelia, tú posees esa belleza.

—Por favor, estoy cansada. Me gustaría volver a casa ahora. Mi esposo...

—¿Julio? Un jovencito muy indisciplinado. Se negó a renunciar a ti, ¿lo sabías? Ahora comprendo sus motivos.

Los dedos llegaron a los senos. Hinchados y doloridos como los tenía en tan avanzado estado de gestación, se los protegía solo con un holgado *mamillare*. Cornelia cerró los ojos con impotente amargura al notar las ligeras manos sobre su cuerpo. Las lágrimas acudieron raudas a sus ojos.

—¡Ah! ¡Qué peso delicioso! —murmuró Sila con una voz fea, impregnada de pasión. Sin previo aviso, se inclinó, unió su boca a la de ella e introdujo su gorda lengua entre los labios de Cornelia. El sabor rancio del vino le provocó náuseas y Sila se separó limpiándose los flojos labios con el dorso de la mano.

—Por favor, no le hagas daño a mi hijo —dijo ella con voz rota. Derramaba abundantes lágrimas, y verla así no parecía ser del agrado de Sila, porque torció la boca de irritación y se alejó dándole la espalda.

—Vete a casa tú sola. Tienes la nariz llena de mocos y has estropeado el momento. Otras ocasiones habrá.

Tomó el ánfora y se llenó la copa una vez más mientras Cornelia salía de la habitación, atragantada por los sollozos y cegada por ardientes lágrimas.

Julio se lanzó a la carga bramando, al frente de sus hombres, en el pequeño patio donde Gaditico luchaba contra los últimos defensores de la plaza. Cuando sus legionarios cayeron sobre el flanco enemigo, se produjo un instante de pánico en la oscuridad que los romanos aprovecharon para derrumbar cuerpos rápidamente desgarrándolos con la espada. En pocos segundos, eran menos de veinte los que se enfrentaban a los legionarios, y Gaditico gritó con voz autoritaria.

—¡Soltad las armas!

Tras un segundo de duda, sonó un estrépito de espadas y dagas cayendo al suelo; el enemigo había dejado por fin de luchar. Los defensores jadeaban empapados en sudor y empezaban a sentir ese instante de gozosa incredulidad que acomete al ser humano cuando comprende que ha sobrevivido donde otros han perecido.

Los legionarios, con una expresión torva en la cara, los rodearon. Gaditico esperó a que les retirasen las espadas y los hombres, encogidos y resentidos, se apiñaron en un grupo.

—Ahora matadlos a todos —dijo secamente; los legionarios se les echaron encima por última vez. Hubo gritos, pero enseguida terminó todo y el silencio volvió al patio.

Julio respiró hondo para quitarse de los pulmones el aire impregnado de olor a humo, sangre y vientres destripados. Tosió y escupió en el suelo antes de limpiar la espada en un cadáver. La hoja tenía muescas y cortes, estaba prácticamente inservible. Tardaría horas en reparar todos los defectos; más valdría que la cambiara por otra en la armería sin decirle nada a nadie. El estómago le dio un ligero vuelco y se concentró más todavía en la hoja y en el trabajo que habría que hacer antes de volver al *Accipiter*. No era la primera vez que veía cadáveres amontonados, y fue el recuerdo de la mañana después de la muerte de su padre lo que súbitamente le hizo percibir olor de carne ardiendo.

—Creo que ya no quedan más —dijo Gaditico. Estaba pálido de agotamiento y permanecía agachado, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Esperaremos al amanecer y registraremos todos los portales, por si quedara alguno escondido en la sombra. —Se incorporó, y el ruido que le hizo la espalda al estirarse lo estremeció—. La ayuda de tus hombres llegó con retraso, César. Estuvimos un rato al descubierto.

Julio asintió. Pensó en lo que les había costado llegar hasta el centurión cuando menos, pero mantuvo la boca cerrada. Suetonio le sonrió. Se estaba pasando un pedazo de tela por un corte que tenía en la cara. Julio deseó que la herida le doliera.

—Se retrasó por rescatarme a mí, centurión —dijo una voz. El gobernador había vuelto en sí y se acercaba apoyándose con todo su peso en los hombros de los dos soldados que lo asistían. Tenía las manos moradas e hinchadas hasta lo indecible; apenas parecían manos.

Gaditico advirtió el estilo romano de la sucia toga, acartonada de sangre y suciedad. Se le veía el cansancio en los ojos, pero hablaba con voz suficientemente clara, a pesar de tener los labios partidos.

—¿Gobernador Paulo? —preguntó Gaditico. El gobernador asintió y el centurión le saludó.

—Nos dijeron que había muerto, señor —dijo Gaditico.

—Sí..., yo también lo creí durante un tiempo.

El gobernador levantó la cabeza y torció la boca tratando de sonreír.

—Bienvenidos a la fortaleza de Mitilene, señores.

Clodia sollozaba cuando Tubruk la rodeó con el brazo en las cocinas vacías.

—No sé qué hacer —dijo ella, ahogando un gemido en la túnica de Tubruk—. No ha parado de asediarla durante todo el embarazo.

—Chisst..., vamos, vamos. —Tubruk le daba golpecitos en la espalda

procurando contener el temor que le había sobrecogido al ver el rostro de Clodia sucio y lloroso por primera vez. No conocía bien al aya de Cornelia, pero siempre le había dado la impresión de que era una mujer firme y sensata que no se echaría a llorar por cualquier cosa.

—¿Qué pasa, cariño? Ven, siéntate aquí y cuéntame qué es lo que pasa.

Procuraba hablar con serenidad, pero tenía que esforzarse. ¡Dioses! ¿Habría muerto el niño? Podía nacer ya en cualquier momento, y los partos siempre eran arriesgados. Sintió un escalofrío. Le había prometido a Julio que las cuidaría en su ausencia, pero hasta el momento todo parecía haber ido bien. Cornelia había pasado los últimos meses un poco retirada, y es que la mayoría de las jóvenes, ante la perspectiva de pasar por la dura prueba del primer embarazo y parto, se atemorizaba.

Clodia se dejó llevar hasta un banco, cerca de los fogones. Se sentó sin comprobar si estaba sucio de grasa u hollín, lo cual preocupó a Tubruk más aún. Le sirvió un vaso de zumo de manzana y la mujer lo bebió a sorbos, mientras el sollozo se reducía a hipo.

—Cuéntame el problema —dijo Tubruk—. Casi todas las cosas se pueden resolver, por muy mala pinta que tengan.

Aguardó con paciencia a que la mujer terminara de beber y, suavemente, le retiró el vaso de la floja mano.

—Se trata de Sila —musitó—. No ha dejado de atormentar a Cornelia. No ha querido contarme todos los detalles, pero manda a sus hombres a buscarla a cualquier hora del día o de la noche, en su estado, y siempre vuelve llorando.

Tubruk palideció de rabia.

—¿Le ha hecho daño? ¿Ha hecho daño al niño? —insistió, y se acercó más.

Clodia se retiró un poco ante tanta vehemencia y la boca empezó a temblarle con fuerza renovada.

—No, todavía no, pero cada vez es peor. Me ha dicho que siempre está borracho y que... le pone las manos encima.

Tubruk cerró los ojos un momento, consciente de que debía mantener la calma. El único signo visible de su indignación era el puño apretado y, cuando volvió a hablar, los ojos le brillaban peligrosamente.

—¿Lo sabe su padre?

De repente, Clodia lo agarró del brazo con fuerza.

—¡No tiene que llegar a oídos de Cinna! Lo destrozaría. No podría encontrarse con Sila en el Senado y no acusarlo, y lo mataría si dijera algo en público. ¡No se le puede decir nada!

Clodia fue subiendo el tono de voz a medida que hablaba y Tubruk le dio unas palmaditas para que se calmara.

—Por mí no lo sabrá.

—Solo puedo recurrir a ti para que me ayudes a protegerla —dijo Clodia con desgarró y ojos suplicantes.

—Has hecho bien, cariño. Ella lleva a un hijo de esta casa en su vientre. Tengo que saber todo lo que ha sucedido, ¿lo entiendes? No puede haber error en esto. ¿Te das cuenta de lo importante que es?

Clodia asintió secándose los ojos con un gesto enérgico.

—Eso espero —prosiguió Tubruk—. Como dictador de Roma, Sila es prácticamente intocable por ley. Bien, podríamos llevar el caso al Senado, pero nadie osaría defenderlo. Significaría la muerte para quien lo intentara. Así es la realidad de su estimada «ley de la igualdad». ¿De qué delito se le acusa? Según la ley, de ninguno, pero si la ha tocado y la ha intimidado, entonces los dioses piden castigo, aunque el Senado no lo pida.

Clodia asintió de nuevo.

—Entiendo que...

—¡Es preciso que lo entiendas! —la interrumpió secamente, con voz dura y grave —, porque significa que cualquier cosa que hagamos será ilegal, y si se tratara de alguna clase de ataque al propio Sila, fallar significaría la muerte de Cinna, la tuya, la mía, la de la madre de Julio, la de los criados y los esclavos, la de Cornelia y el niño, la de todo el mundo. A Julio lo encontraría por más que se escondiera.

—¿Vas a matar a Sila? —susurró Clodia acercándose.

—Si todo es tal como dices, lo mataré, desde luego —prometió, y, por un momento, Clodia vio al gladiador que había sido, temible y severo.

—Bien, es lo que se merece. Cornelia podrá olvidar estos meses espantosos y dar a luz al niño en paz. —Se secó los ojos, visiblemente aliviada del sufrimiento y la preocupación.

—¿Sabe que me has llamado? —le preguntó en voz baja.

Clodia negó con un gesto.

—Bien. No le cuentes nada de lo que te he dicho. Está demasiado cerca del parto para estas cosas.

—Y... ¿después?

Tubruk se rascó el corto pelo de la nuca.

—Nunca. Es mejor que crea que fue un enemigo suyo. Tiene muchos. Guarda el secreto, Clodia. Algunos de sus seguidores pasarán años pidiendo sangre si la verdad sale a la luz. Una palabra tuya mal dicha a otro que después se lo cuente a un amigo, y la guardia estará en la puerta para llevarse a Cornelia y al niño, y torturarlos antes de que amanezca otro día.

—No diré nada —musitó sosteniéndole la mirada varios segundos. Por fin, miró a otra parte y Tubruk suspiró y se sentó en el banco a su lado.

—Ahora, empieza por el principio y no omitas nada. Las jóvenes embarazadas



suelen imaginarse cosas, y antes de arriesgar todo lo que amo, tengo que estar seguro.

Se sentaron y hablaron una hora en voz baja. Al final, la mano que Clodia le puso en el brazo señaló el comienzo de una tímida atracción, a pesar del escabroso tema que trataban.

—Tenía la intención de hacerme a la mar con la próxima marea —había dicho Gaditico agriamente—, no de tomar parte en un desfile.

—Pero entonces creías que yo era cadáver —había replicado el gobernador Paulo—. Puesto que estoy vivo, aunque magullado, creo necesario exhibir el apoyo que recibo de Roma. Será una muestra disuasoria... en caso de futuros atentados contra mi dignidad.

—Señor, estoy convencido de que hasta el último guerrero joven de toda la isla sucumbió en la encerrona de la fortaleza... y también un buen número de rebeldes del continente. La mitad de las casas de la ciudad estará lamentando la pérdida de un hijo o un padre. Les hemos demostrado sobradamente lo que significa desobedecer a Roma. No volverán a rebelarse.

—¿Crees que no? —replicó Paulo con una sonrisa irónica—. ¡Qué poco conoces a este pueblo! Han luchado contra sus conquistadores desde que Atenas era el centro del mundo. Ahora, Roma está aquí y luchan contra ella. Los que murieron habrán dejado hijos, que tomarán las armas tan pronto como les sea posible. Es una provincia problemática.

La disciplina había enseñado a Gaditico a no discutir más. Ansiaba encontrarse de vuelta en el mar, a bordo del *Accipiter*, pero Paulo había insistido e incluso había exigido que cuatro legionarios se quedaran con él permanentemente como guardia personal. Gaditico había estado a punto de volverse directamente al barco al recibir tal orden, pero algunos de los más veteranos se ofrecieron voluntarios; preferían la tarea fácil a la piratería.

—No olvidéis lo que le sucedió al último cuerpo de guardia —les advirtió, pero la amenaza era vana, como muy bien sabían ellos, después de que la pira de los rebeldes levantara una columna de humo visible desde una gran distancia. Ese trabajo los llevaría sanos y salvos hasta las puertas de la jubilación.

Gaditico maldijo entre dientes. Sufriría escasez de veteranos en la temporada siguiente. El anciano que César había llevado consigo a bordo había resultado apto para cuidar a los heridos, de modo que algunos de ellos podrían librarse de la excedencia y la pobreza. Con todo, no era un sanador milagroso, y algunos mutilados tendrían que desembarcar en el próximo puerto, donde esperarían a que una lenta nave mercante los devolviera a Roma. La centuria de la galera había perdido un tercio de su dotación en Mitilene. Habría algunos ascensos, pero ni así se cubriría la falta de los veintisiete muertos en combate, catorce de los cuales eran *hastati* competentes,

con más de diez años de servicio en el *Accipiter*.

Gaditico suspiró. Hombres valiosos que se habían perdido solo por poner al descubierto a un puñado de jóvenes exaltados que pretendía revivir los cuentos de sus abuelos. Se imaginaba los discursos con que les habrían enardecido, cuando, en verdad, Roma les aportaba civilización y un atisbo de las cotas que el hombre podía alcanzar. Luchaban únicamente por vivir en cabañas de barro y rascarse el trasero, lo sabían perfectamente. No esperaba su agradecimiento, había vivido mucho y había visto mucho como para esperar tanto, pero exigía respeto, y el caos sin planificación de la fortaleza le había demostrado la total ausencia de respeto. Al amanecer, habían ardidado los cadáveres de ochenta y nueve enemigos. Los muertos romanos fueron transportados a la nave; tendrían sus funerales en el mar.

Sumido en tan irritantes pensamientos desfiló por la ciudad de Mitilene con su mejor coraza y su diezmada centuria resplandeciente tras él. Unos nubarrones cargados y oscuros amenazaban lluvia y el calor sofocante del ambiente emparejaba a la perfección con su estado de ánimo.

Julio desfilaba con rigidez después de la paliza de la noche anterior. Le asombraba la gran cantidad de pequeños cortes y arañazos que se había hecho sin darse cuenta. Tenía toda la parte izquierda del torso morada, y un bulto amarillo y brillante le sobresalía encima de una costilla. Cuando volvieran al *Accipiter* pediría a Cabera que le echara un vistazo, aunque le parecía que no se había roto nada.

Discrepaba de Gaditico respecto a la necesidad del desfile. Al centurión le bastaba con sofocar la rebelión y desaparecer, mientras otro se ocupaba de las cuestiones políticas, pero era importante recordar a la ciudad que el gobernador era absolutamente intocable.

Miró a Paulo y se fijó en las manos, envueltas en gran cantidad de vendas, y en la cara todavía inflamada. Lo admiró por su negativa a ser transportado en litera y su determinación de mostrarse invicto después de la tortura. Era lógico que quisiera volver a la ciudad a la cabeza de un ejército. Había hombres como él repartidos por todo el Imperio Romano. Contaban con escaso apoyo en el Senado y eran una especie de reyezuelos que, sin embargo, dependían de la buena voluntad de los habitantes del lugar para conseguir que las cosas funcionaran con normalidad. Pero cuando la buena voluntad fallaba, mil cosas podían dificultarles mucho la vida, y Julio lo sabía. No había proveedores de leña y comida si no era a punta de espada, los caminos se deterioraban y las propiedades se incendiaban. Nada con que estimular a los soldados a entrar en acción, solo una irritación continua como de erizos pegados a la piel.

A juzgar por lo que el gobernador decía de la vida, le gustaba el desafío. A Julio le sorprendió que su principal reacción al tormento sufrido no fuera de ira, sino de tristeza por la traición de personas en las que había confiado, y se preguntó si él sería

tan confiado en el futuro.

Los legionarios desfilaron por la ciudad sin prestar atención a las miradas y movimientos súbitos de las madres, que quitaban de en medio a los niños que jugaban en el camino. La mayor parte de los romanos se resentía todavía de los golpes de la noche anterior y todos se alegraron de llegar a la casa del gobernador, situada en el centro de la urbe. Formaron en cuadrado ante el edificio y Julio apreció, en la blancura de los muros y los estanques ornamentales, uno de los beneficios del cargo que Paulo ostentaba. Era un trocito de Roma trasplantado a la campiña griega.

Los hijos del gobernador se acercaron corriendo a recibirlo y Paulo rompió a reír. Apoyó una rodilla en tierra y se dejó abrazar procurando mantener las manos lejos de cualquier roce. También salió su esposa, con lágrimas en los ojos, visibles incluso desde la segunda fila, donde formaba Julio. Un hombre afortunado.

—*Tesserarius* César, destácate —ordenó Gaditico sacando a Julio de sus pensamientos. Julio se presentó rápidamente y saludó. Gaditico lo miró de arriba abajo con una expresión impenetrable.

Paulo desapareció en la casa con su familia y las filas aguardaron su regreso pacientemente, satisfechas de encontrarse al sol de la tarde sin nada que hacer.

A Julio le hervía la cabeza pensando por qué le habrían ordenado destacarse en solitario y qué tal le sentaría a Suetonio si se tratara de un ascenso. El gobernador no tenía potestad para ordenarle a Gaditico que le diera un cargo nuevo, pero sería difícil pasar por alto su recomendación.

Finalmente, Paulo volvió acompañado de su esposa. Se llenó los pulmones para dirigirse al conjunto de hombres y su voz sonó cálida y fuerte.

—Me habéis devuelto a mi cargo y a mi familia. Roma os da las gracias por el servicio. El centurión Gaditico está de acuerdo en que disfrutéis aquí de un banquete. Mis criados están preparando la mejor comida y la mejor bebida para todos vosotros. —Hizo una pausa y miró a Julio.

—Anoche fui testigo de grandes actos de valentía, sobre todo por parte de un hombre que, poniendo su vida en peligro, rescató la mía. A él le concedo la corona honorífica, como símbolo de valentía. Los hijos de Roma son valientes y así lo atestiguo hoy aquí.

Su esposa se adelantó y levantó una corona de hojas verdes de roble. Julio se movió y, a una señal de Gaditico, se descubrió la cabeza para recibir la corona. Se sonrojó y, de repente, los hombres vitorearon, aunque no supo si por él o por el banquete prometido.

—Gracias, no... —vaciló.

La esposa de Paulo le tomó la mano y Julio distinguió los afeites que cubrían unas oscuras ojeras de preocupación en el rostro de la mujer.

—Tú me lo has devuelto.

Secamente, Gaditico dio orden de descubrirse y seguir al gobernador a la sala donde los criados estaban disponiendo la comida. Retuvo a Julio un momento y, cuando volvió la calma, le pidió que le enseñara la corona. Julio se la presentó inmediatamente procurando contener la emoción.

Gaditico dio la vuelta al aro de hojas verde oscuro.

—¿La mereces? —le preguntó en voz baja.

Julio dudó. Sabía que había arriesgado la vida y que se había enfrentado a dos hombres él solo en las estancias inferiores de la fortaleza, pero el premio no lo esperaba.

—No más que muchos de los nuestros, señor —replicó.

Gaditico lo miró fijamente y después asintió, satisfecho.

—Buena respuesta, aunque te aseguro que me alegré de verte cuando flanqueaste a los malditos anoche —sonrió al ver el rápido cambio de expresión de Julio, del deleite al bochorno.

—¿La llevarás debajo o encima del casco?

Julio se turbó.

—No... no lo he pensado. Supongo que, si hay acción, la dejaré en la nave.

—¿Estás seguro? ¿No crees que los piratas se asustarían al ver a un hombre con hojas en la cabeza?

Julio se sonrojó de nuevo y Gaditico rompió a reír al tiempo que le daba unas palmadas en la espalda.

—Te estoy tomando el pelo, muchacho. Es un honor poco corriente. Tendré que ascenderte, por descontado. No se puede ser un oficial del rango más bajo del escalafón habiendo ganado una corona honorífica. Tendrás veinte hombres a tu mando.

—Gracias, señor —contestó Julio, más animado todavía.

Gaditico frotó las hojas pensativamente.

—Tendrás que ponértela en la ciudad en algún momento. Es lo que se espera que hagas, al menos una vez.

—¿Por qué, señor? No conozco el ceremonial.

—Bueno, es lo que yo haría. Según la ley romana, muchacho, si acudes a un acontecimiento público con la corona, todo el mundo debe ponerse en pie. Todo el mundo, incluso el Senado. —El centurión se rió entre dientes—. ¡Qué espectáculo sería! Entra cuando estés preparado. Procuraré que te guarden un poco de vino. Me parece que un trago te sentará bien.

### III

A la luz grisácea de la tarde. Bruto descendió por un lado del edificio destrozando gran parte de los rosales trepadores. Al final, se le enredó el pie entre los tallos espinosos, se cayó de bruces y la espada salió rebotando con estrépito por el empedrado. Estremecido, se soltó y se puso en pie como pudo. Arriba, se oyó de nuevo la voz iracunda del padre de Livia, que se había acercado a la ventana y fulminaba al intruso con la mirada. Bruto lo miró a su vez al tiempo que tiraba del *bracae*, pero la prenda se enredó en una zarza y gritó de dolor a causa de las espinas, que se le clavaron profundamente en el muslo.

El padre de Livia, una especie de toro, blandía un hacha grande a modo de arma de guerra y, evidentemente, estaba calculando si podría alcanzar a Bruto arrojándosela.

—¡Te encontraré, mocoso! —le dijo a voces, tan colérico que le caía espuma hasta por la barba.

Bruto se situó lejos de su alcance y trató de recuperar el *gladius* sin perder de vista al griego, que estaba rojo de ira. Se remangó el *bracae* con una mano y con la otra recogió el *gladius*; lamentó no haberse dejado las sandalias puestas durante el atlético revolcón con Livia. Pensó que si lo que su padre pretendía era preservar su inocencia, llegaba con tres años de retraso. De pura maldad, se le ocurrió que podía comentárselo al celoso guardián, pero Livia había jugado limpio con él, aunque, en realidad, tendría que haberse asegurado de quién estaba en la casa antes de arrastrarlo a su habitación al pasar. Puesto que ella estaba desnuda, le había parecido pura cortesía quitarse las sandalias antes de dejarse caer juntos en la cama, si bien la cortesía le dificultaría ahora la huida por la ciudad dormida.

Seguro que Renio seguía roncando en la habitación que le había pagado. Después de dormir al raso cinco días, ambos habían agradecido romper la rutina con la posibilidad de un baño caliente y un afeitado, pero, al parecer, solo Renio disfrutaría de esas comodidades mientras él tenía que huir al monte.

Incómodo, cambió el peso del cuerpo al otro lado y siguió sopesando las posibilidades. Maldijo a Renio entre dientes, en parte por dormir mientras él tenía problemas, pero sobre todo por haberlo convencido de que un caballo se habría comido todos sus ahorros cuando llegaran por fin a la costa y tuvieran que buscar un navío que se dirigiera a Roma. Renio había argumentado que un legionario podía cubrir la distancia a pie sin ningún inconveniente, pero al menos un modesto pony les habría sido muy útil a la hora de una fuga rápida.

La barba iracunda desapareció de la ventana y, mientras Bruto dudaba, Livia se asomó a la ventana, arrebolada todavía del episodio anterior con él. Era una luminosidad sana, pensó Bruto con despreocupación, fijándose en la forma en que

apoyaba el busto en el alféizar.

—¡Márchate! —le dijo con un susurro ronco—. ¡Ha bajado a buscarte!

—Tírame las sandalias. Así no puedo correr —respondió él en el mismo tono. Al cabo de un momento, las sandalias llegaron volando y las atrapó en el aire a la desesperada, pues ya oía las fuertes pisadas del padre acercándose a la puerta.

También le oyó exclamar con satisfacción al verlo todavía allí, en el patio. Sin mirar atrás, echó a correr, aunque patinaba cada vez que los remaches de las suelas golpeaban los adoquines de la calle. Detrás, el padre de Livia pedía a gritos que lo detuvieran, lo cual pareció animar un poco a los transeúntes. Bruto corría rezongando. Empezó a oír gritos de respuesta y supo que unas cuantas personas se habían unido a la persecución.

Febrilmente, trataba de recordar las calles por las que había vagado pocas horas antes, buscando cualquier establecimiento con habitaciones baratas y comida caliente. En aquellos momentos, el padre de Livia le había parecido bastante agradable; claro que no llevaba el hacha cuando enseñó a los cansados viajeros la habitación más económica.

Topó contra una pared al dar la vuelta a una esquina a toda velocidad, esquivó un carro y arrolló al dueño, que pretendía detenerlo. ¿Por dónde salir? La ciudad parecía un laberinto. Doblaba las calles a derecha e izquierda sin atreverse a mirar atrás, jadeando entrecortadamente. Hasta el momento, Livia había valido el esfuerzo, pero si lo mataban, tampoco habría sido la que hubiera escogido como última mujer de su vida. Tenía la esperanza de que el padre descargara su ira sobre Renio y les deseó suerte.

El callejón por el que corría resultó no tener salida al doblar por una bocacalle. Un gato huyó despavorido cuando se detuvo pegado a la pared más cercana y se preparó para asumir el riesgo de mirar atrás. No había por donde seguir corriendo, pero quizá los hubiera despistado de momento. Aguzó el oído antes de acercarse pulgada a pulgada a la esquina, pero no oyó nada más amenazador que las quejas de un gato que se alejaba en la distancia.

Asomó un ojo al otro lado y se retiró inmediatamente. El callejón parecía lleno de gente, y todos se dirigían hacia donde estaba él. Se agachó en el suelo y se arriesgó a mirar otra vez con la esperanza de que, a un nivel tan bajo, no lo vieran.

Pero una persona lo vio y dio la voz de alarma; Bruto se retiró otra vez farfullando. Había aprendido un poco de griego en su época con la Puño de Bronce, pero no lo suficiente como para salirse de la situación a fuerza de palabras.

Tomó una decisión y se puso en pie, con una mano en la empuñadura de la espada y la otra sujetando la vaina para poder desenfundar rápidamente. Era una buena espada que había ganado en un torneo de la legión, y tendría que demostrar a los campesinos que se la había merecido. Se remangó el *bracae* una vez más y tomó aire

antes de salir al callejón y enfrentarse a ellos.

Eran cinco, que corrían calle abajo entusiasmados como niños. Bruto tiró de la vaina hacia atrás con una floritura, por si alguien ponía en duda sus intenciones. Con gran solemnidad, apuntó hacia los hombres, que se acercaban como uno solo. El momento se alargaba y Bruto pensaba a toda velocidad. Todavía tenía que aparecer el padre de Livia, y había una posibilidad de librarse de los jóvenes antes de que llegara y los azuzara contra él. Quizá fuera posible convencerlos e incluso sobornarlos.

El más alto de todos se destacó, pero procurando quedarse fuera del alcance de la firme espada de Bruto.

—Livia es mi esposa —dijo en perfecto latín.

Bruto parpadeó.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó.

El hombre se puso rojo de ira y se sacó una daga del cinturón. Los demás siguieron su ejemplo blandiendo garrotes y espadas contra Bruto al tiempo que lo invitaban a acercarse a su encuentro.

Antes de que se abalanzaran sobre él, habló rápidamente tratando de hacerlo con calma, como si no le asustara la amenaza.

—Podría mataros a todos, pero lo único que quiero es seguir mi camino en paz. Soy un campeón de la legión con esta hermosa espada y, si os equivocáis al tomar la decisión, ninguno de vosotros saldrá de este callejón con vida.

Cuatro escucharon sin inmutarse hasta que el esposo de Livia tradujo sus palabras. Bruto aguardó pacientemente con la esperanza de una respuesta favorable. Sin embargo, los hombres se rieron burlonamente y se acercaron un poco más. Bruto dio un paso atrás.

—Livia es una muchacha sana y tiene apetitos normales —dijo—. Fue ella quien me sedujo, no al contrario. No vale la pena matar por eso.

Esperó la traducción como los demás, pero el marido permaneció en silencio. Después, el hombre dijo algo en griego que Bruto apenas entendió. Era algo relacionado con atraparlo vivo, cosa que le pareció bien, pero al final entendió unas palabras sobre «entregárselo a las mujeres» que le sonaron claramente desagradables.

El esposo de Livia lo miró lascivamente.

—Atrapar a un delincuente es una fiesta para nosotros, y tú serás el centro... ¿el corazón de la fiesta?

Mientras Bruto preparaba la respuesta, los hombres se lanzaron sobre él con gran revuelo de golpes y, aunque clavó el *gladius* a uno de ellos, un garrote silbante lo alcanzó por detrás de la oreja y lo tumbó, inconsciente, en el suelo.

Un suave crujido lo despertó; estaba mareado. Mantuvo los ojos cerrados mientras recobraba el sentido por completo e intentó figurarse el lugar en que se

encontraba sin que los posibles vigilantes se dieran cuenta de que había vuelto en sí. Notaba la brisa en gran parte del cuerpo y le asaltó la sospecha de que lo habían desnudado. No encontró explicación razonable para ello y los ojos se le abrieron de repente a pesar de sus intenciones.

Estaba colgado boca abajo, suspendido por los pies de un patíbulo de madera, en el centro de la ciudad. Una ojeada furtiva hacia arriba le confirmó que estaba desnudo. Le dolía todo y el recuerdo de haber sido colgado de un árbol cuando era niño le produjo un escalofrío.

Era de noche, y en las cercanías se oía ruido de jolgorio. Tragó saliva con esfuerzo al pensar que podía formar parte de un rito pagano y tironeó de las cuerdas que lo sujetaban. La sangre le inundó la cabeza con el esfuerzo, pero no encontró nudos flojos.

El movimiento lo dejó describiendo un círculo lentamente, y así pudo ver la plaza entera a intervalos. Todas las casas estaban iluminadas y mucho más llenas de vida de lo que se había imaginado al llegar a la pequeña y apagada población. Seguro que estaban todos hirviendo cabezas de cerdo y quitando el polvo a los barriles de vino casero, pensó con desánimo.

Cayó por unos momentos en la desesperación. Había dejado la coraza en la habitación, con Renio, y la espada había desaparecido. No tenía sandalias y seguro que sus ahorros habían servido para subvencionar la fiesta que señalaría el fin de sus días. Aunque lograra escapar, estaba desnudo y sin una sola moneda en un país desconocido. Maldijo a Renio con cierto entusiasmo.

—Después de un sueño reparador, me desperezo a gusto y echo un vistazo por la ventana —le dijo Renio al oído. Bruto tuvo que esperar a que la oscilación completara la vuelta para verle la cara.

El viejo gladiador, recién afeitado y aseado, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Y me digo, seguro, seguro que ese que está colgado por los pies no puede ser el mismo joven soldado triunfador con el que llegué.

—Mira, apuesto a que contarás una anécdota muy divertida a tus amigotes, pero te agradecería que dejaras de ensayarla y me bajaras de aquí antes de que vengan a impedirte.

Las crujiertes cuerdas dieron media vuelta más. Sin una palabra de aviso, Renio las cortó y Bruto cayó al suelo. Se oyeron gritos alrededor; Bruto intentó ponerse de pie apoyándose en el patíbulo.

—¡Las piernas no me sostienen! —dijo, al tiempo que se las frotaba, una primero y la otra después, con energía y desesperación.

Renio miró alrededor arrugando la nariz.

—Más vale que te sostengan. Con un solo brazo, mal puedo llevarte y mantenerlos a raya al mismo tiempo. Sigue frotándotelas. A lo mejor tenemos que



recurrir a un farol para salir de esta.

—Si tuviéramos un caballo, podrías atarme a la silla —replicó Bruto sin dejar de frotarse con furor.

Renio se encogió de hombros.

—No nos daría tiempo. Tu coraza está en esa bolsa. Llevaron todas tus cosas al hospedaje y las cogí al salir sin que me vieran. Toma la espada y apuntálate contra el patíbulo. Ahí vienen. —Le dio la espada y, a pesar de la desnudez y la desprotección, la querida empuñadura del arma le confortó un poco.

El gentío no tardó en reunirse tras el padre de Livia, que empuñaba el hacha con ambas manos. Tensó los potentísimos hombros y apuntó en dirección a Renio.

—Viniste con el que atacó a mi hija. Te doy una oportunidad para que recojas tus cosas y te marches. Él se queda.

Renio permaneció siniestramente inmóvil, después dio un brusco paso adelante y le clavó el *gladius* al hombre en el pecho con tal fuerza que le salió por la espalda. Sacó la hoja y el hombre cayó boca abajo en los adoquines; el hacha rebotó estrepitosamente en el suelo.

—¿Alguien más dice que este hombre se queda aquí? —preguntó Renio mirando a la multitud. Se habían quedado estupefactos ante la muerte repentina y no hubo respuesta. Renio asintió con severidad y siguió hablando lenta y claramente.

»Nadie atacó a nadie. Por los ruidos que oí, la muchacha estaba tan entusiasmada como el idiota de mi amigo. —Sin prestar atención a la brusca inspiración de Bruto, siguió mirando fijamente a la multitud. La gente apenas le oía. El gladiador había matado sin pensarlo un momento y eso los mantenía inmóviles.

—¿Podemos irnos? —murmuró Renio.

Bruto probó las piernas cautelosamente, estremecido por la dolorosa recuperación del flujo sanguíneo. Empezó a sacar la ropa lo más rápido que pudo, haciendo mucho ruido con la coraza al rebuscar en la bolsa con una sola mano.

—En cuanto me vista.

Sabía que la situación no se sostendría mucho, pero se sobresaltó al ver a Livia abriéndose paso a empujones entre la multitud y hablando con voz estridente.

—¿Qué hacéis ahí parados? —gritó a la multitud—. ¡Mirad a mi padre! ¿Quién va a matar a esos asesinos?

Detrás de ella, Bruto se levantó con la espada en ristre. La dulce sonrisa que recordaba de la tarde anterior se había transformado en odio e insultos a su propia gente. Nadie la miró a la cara; el hombre desmadejado a los pies de la mujer les había enfriado los deseos de venganza.

En un extremo de la multitud, el marido le dio la espalda y se alejó hacia la oscuridad. Livia, al reconocerlo, se volvió hacia Renio y empezó a pegarle en la cara y en el cuerpo. El viejo gladiador sostenía la espada con su única mano y Bruto, al

ver que tensaba los músculos, se acercó y la apartó.

—Vete a casa —le dijo secamente. Sin embargo, Livia quiso arañarle los ojos y la empujó sin contemplaciones. La mujer cayó al suelo cerca del cadáver de su padre y se abrazó a él llorando.

Renio y Bruto se miraron y luego miraron al gentío, que se iba disgregando.

—Déjala —dijo Renio.

Juntos cruzaron la plaza y se internaron en el pueblo en silencio. Les pareció que tardaban horas en llegar al final de las casas y asomarse a un valle que descendía hasta un río a lo lejos.

—Será mejor continuar. En cuanto amanezca, nos jurarán enemistad a muerte y nos perseguirán —dijo Renio, envainando la espada finalmente.

—¿De verdad nos oíste...? —preguntó Bruto mirando a otra parte.

—Me despertasteis con vuestros gruñidos, sí —replicó Renio—. Ese revolcón rápido todavía podría costarnos la vida si organizan un equipo de rastreo decente. ¡En casa de su padre!

Bruto lo miró con el ceño fruncido.

—Tú lo mataste, no lo olvides —musitó.

—Y tú todavía estarías allí si no lo hubiera hecho. Ahora, en marcha. Tenemos que cubrir la mayor distancia posible antes del amanecer. Y la próxima vez que una muchacha bonita te mire dos veces, echa a correr. Dan tantos problemas que no valen la pena.

En silencioso desacuerdo, ambos emprendieron el descenso de la colina.

## IV

—¿Te has quitado la corona? Me han dicho que dormiste con ella puesta —se burló Suetonio cuando Julio se presentó a la guardia.

Julio hizo caso omiso, consciente de que si respondía tendrían otra disputa que los acercaría a la declaración de hostilidades. Al menos de momento, Suetonio guardaba las formas cuando había hombres cerca que pudieran oír, pero cada vez que los dos jóvenes oficiales montaban guardia solos, un amanecer sí y otro no, el resentimiento de Suetonio afloraba. El primer día en alta mar, después de zarpar de la isla, uno de los hombres había colocado una corona de hojas en la punta del mástil del *Accipiter*, como si la nave entera hubiera ganado el galardón. Varios legionarios se quedaron esperando en los alrededores para ver la reacción de Julio cuando se diera cuenta, y su sonrisa satisfecha les arrancó una ovación. Suetonio pareció alegrarse como los demás, pero su mirada se hizo más aviesa a partir de ese momento.

Julio no apartaba los ojos del mar y la lejana costa africana y cambiaba el peso de lado ligeramente con el balanceo del *Accipiter* en el oleaje. A pesar del insidioso comentario de Suetonio, no se había vuelto a poner la corona desde que salieran de la ciudad de Mitilene, excepto una o dos veces, para probársela en la intimidad del reducido espacio de su litera, bajo cubierta. Las hojas de roble ya estaban secas y oscuras, pero eso no importaba. Le habían concedido el derecho a ponérsela y encargaría una fresca tan pronto como viera Roma de nuevo.

Era fácil olvidar a Suetonio soñando con entrar resueltamente en el *Circus Maximus* un día de carreras y ver a miles de romanos ponerse de pie, primero solo a medida que lo vieran y después en oleadas que se irían extendiendo, hasta que el circo entero estuviera en pie. Sonrió levemente para sí y Suetonio soltó un resuello de enojo.

En la quietud del amanecer, los remos subían y bajaban acompasadamente siguiendo el bamboleo del *Accipiter* al surcar las aguas. Julio había entendido ya que no era una nave ligera, comparada con las dos embarcaciones pirata que había visto desaparecer con toda facilidad por el horizonte, a lo largo de los meses transcurridos desde Mitilene. El poco calado del casco restaba estabilidad al *Accipiter* y, a pesar del timón de doble pala, maniobraba lentamente en los cambios de rumbo. Su único punto fuerte radicaba en la aceleración súbita por el impulso de los remos, pero, incluso con doscientos esclavos, la velocidad máxima no superaba la de un paseo por tierra a ritmo vivo. A Gaditico no parecía importarle esa incapacidad de enfrentarse al enemigo. Se conformaba con perseguirlo y alejarlo de las urbes costeras o de las principales rutas comerciales, pero no era la idea que Julio tenía cuando se enroló. Había soñado con persecuciones rápidas e implacables y le molestaba que la capacidad de combate romana en tierra no se extendiera también a los mares.

Miró por la borda hacia la doble fila de remos, que se levantaban y se hundían al unísono abriéndose camino por las tranquilas aguas. Se preguntó cómo podían manejar las enormes palas con tanta constancia durante horas y horas sin agotarse, aunque hubiera tres esclavos en cada remo. Había visitado la cubierta de remos algunas veces como parte de sus obligaciones, pero era un espacio atestado y maloliente. La sentina apeataba a detritus, que se limpiaban dos veces al día con cubos de agua de mar, y el olor le había revuelto el estómago. Se decía que a los esclavos les daban raciones más abundantes que a los legionarios, pero observando la actividad de los remos en el agua, comprendió por qué era necesario.

En la gran cubierta principal, una brisa fuerte cortaba el calor abrasador de la costa africana y el *Accipiter* bregaba contra un viento del oeste. Desde ese punto de vista al menos, Julio comprendía que la nave estaba pensada para la batalla, ya que no para la velocidad. No había obstáculos en la despejada cubierta, era una superficie espaciosa de madera blanqueada por el sol de muchos años. Solo en un extremo se alzaba una estructura que albergaba los camarotes de Gaditico y Prax. El resto de la centuria dormía en literas hacinadas bajo cubierta, y las armas se guardaban en el arsenal, de donde se podían recoger rápidamente. El entrenamiento regular les enseñaba a pasar del sueño a la disposición para el combate en menos de una vuelta de reloj de arena. Pensó que formaban una tripulación bien disciplinada. Si alguna vez les asignaban otro barco, serían infalibles.

—¡Oficial de cubierta! —le gritó Suetonio de repente cerca del oído, y, sobresaltado, se cuadró.

Gaditico había nombrado *optio* a Prax, un hombre mucho mayor que él; suponía que no debían de faltarle más de uno o dos años para el retiro. Comenzaba a acusar un vientre abultado, que había que enfajar convenientemente todas las mañanas, pero era de trato afable y había percibido la tensión entre Suetonio y Julio desde las primeras semanas a bordo. El había dispuesto que los dos hicieran la guardia juntos por algún motivo que prefería no confiarles.

Saludó a ambos cordialmente con un movimiento de cabeza al pasar por la larga cubierta en su inspección matutina. Comprobó hasta la última maroma de la ondulante vela cuadrada y, con una rodilla en tierra, se cercioró de que las catapultas de cubierta estaban firmemente sujetas e inmovilizadas. Solo después de terminar la detallada inspección se acercó a los jóvenes oficiales y les devolvió el saludo militar sin ceremonia. Oteó el horizonte y sonrió para sí al tiempo que se mesaba con satisfacción la barbilla, recién afeitada.

—Cuatro... no, cinco velas —comentó animadamente—. El comercio de las naciones. Aunque a veces, el viento falla a los que confían solo en él.

Con el paso de los meses, Julio había descubierto que tras la amable apariencia se escondía un hombre profundamente conocedor de cuanto sucedía en el *Accipiter*, en

cubierta y bajo cubierta, y, por lo general, su consejo era valioso si se sabían aprovechar las charlas informales. Suetonio pensaba que era un imbécil, pero fingía escucharle con vivo interés, actitud que adoptaba siempre ante oficiales veteranos.

—Para llegar a Tapso necesitamos los remos —prosiguió Prax asintiendo para sí —, pero después no es más que una carrerilla sin obstáculos por la costa. Una vez descargados los cofres de las pagas, tendríamos que llegar a Sicilia en pocas semanas, siempre y cuando no haya que echar a ningún pirata de nuestras aguas por el camino. Sicilia es muy bonita.

Julio asintió. Se sentía cómodo con Prax de una forma que con el capitán sería imposible, a pesar del momento de familiaridad después de Mitilene. Prax no había participado en el asalto a la fortaleza, pero no parecía que le hubiese importado mucho. Julio suponía que se conformaba con las tareas ligeras de a bordo, mientras llegaba el momento del retiro y de desembarcar en un campamento de la legión cerca de Roma, donde recogería la soldada acumulada. Esa era una de las ventajas de perseguir piratas con Gaditico. Los setenta y cinco denarios que recibían los legionarios se sumaban mes tras mes sin ocasión de gastarlos. Incluso descontando las aportaciones para material y el diezmo destinado a las viudas y a los fondos para funerales, la mayoría de los soldados se encontraban con una suma considerable a la hora de la jubilación. Si es que no la habían perdido apostando entretanto, naturalmente.

—Señor, ¿por qué usamos naves que no pueden dar alcance al enemigo? Podríamos limpiar el *Mare Internum* en menos de un año si los obligáramos a enfrentarse a nosotros.

Prax sonrió, muy satisfecho al parecer de que le hiciera esa pregunta.

—¿Enfrentarse a nosotros? Bueno, a veces sucede, pero son marineros mucho más duchos que nosotros, ¿sabes? Lo más probable es que nos embistieran y nos hundieran antes de que los nuestros los abordaran. Aunque, desde luego, si consiguiéramos colocar a los legionarios en su cubierta, la victoria sería nuestra. —Hinchando los carrillos, sopló despacio y prosiguió con la explicación.

»No solo necesitamos naves más ligeras y veloces —aunque yo no veré el día en que Roma destine fondos para dotarlas de quilla—, sino también una tripulación de remeros profesionales. ¿Te imaginas lo que podrían hacer nuestros musculosos esclavos con esos tres bancos verticales que manejan con tanta precisión? Los reducirían a astillas al primer intento de alcanzar la máxima velocidad. Sin embargo, tal como lo hacemos, no necesitamos remeros entrenados y, desde el punto de vista del Senado, tampoco es necesario pagarles un salario. Se invierte una suma en comprar esclavos y, en adelante, la nave se mantiene prácticamente sola. No obstante, es cierto que hundimos algunas, aunque cualquiera diría que se multiplican constantemente.

—Es que... a veces es decepcionante —contestó Julio. Quería decir que era una locura que la nación más poderosa del mundo no pudiera rivalizar con una flota compuesta por la mitad de los navíos que integraban la Marina romana, pero, a pesar de la cordialidad, Prax mantuvo una reserva que le impidió extenderse más. Existía una línea que un oficial de rango inferior no podía cruzar, si bien con Prax era más sutil que con otros.

—Somos de tierra, señores, aunque algunos como yo llegamos a amar el mar, al final. El Senado considera las naves un simple medio para transportar a los soldados al combate en otras tierras, como hicimos en Mitilene. Es posible que algún día se den cuenta de que gobernar las olas tiene la misma importancia, pero como ya he dicho, yo no lo veré. Entretanto, el *Accipiter* es un poco más lento y pesado, igual que yo, aunque la nave me dobla en edad.

Suetonio se rió diligentemente, cosa que le provocó un estremecimiento a Julio, pero Prax no pareció percibirlo. Las palabras del veterano oficial le despertaron un recuerdo. Tubruk había dicho algo semejante en una ocasión, le había obligado a apretar un puñado de tierra parda de la propiedad de su padre y a pensar en las generaciones que la habían alimentado con su sangre. Parecía que hubiera transcurrido una vida entera. Entonces, su padre estaba vivo y Mario todavía era un cónsul con un futuro deslumbrante. Se preguntó si alguien atendería sus tumbas. La honda preocupación que le agujoneaba constantemente asomó un momento a sus pensamientos. Se dijo a sí mismo, como siempre hacía, que Tubruk no dejaría de ocuparse de Cornelia y de su madre. No confiaba en nadie ni la mitad que en ese hombre.

Prax acusó una leve tensión al otear la costa. Su habitual afabilidad dio paso a una expresión de dureza.

—Baja y da la alerta, Suetonio. Quiero a todos los hombres en cubierta listos para la acción en cinco minutos.

Con los ojos abiertos como platos, Suetonio saludó marcialmente, se dirigió a los empinados escalones y descendió con agilidad. Julio miró con los ojos entrecerrados en la dirección que señalaba Prax. En la costa, una columna de humo negro se elevaba en el aire de la mañana sin que la brisa la moviera apenas.

—¿Piratas, señor? —preguntó inmediatamente, adivinando la respuesta.

Prax asintió.

—Parece que han invadido una aldea. Quizá les demos alcance cuando se alejen de la costa. Es posible que sea la ocasión que pedías de «enfrentarte» a ellos, César.

El *Accipiter* se preparó para entrar en acción. Se guardaron y fijaron todos los artefactos sueltos, se tensaron las catapultas y se cargaron de piedras y aceite, listas para disparar. Los legionarios se congregaron rápidamente, y un equipo escogido

montó el *corvus* y lo claveteó con puntas de hierro entre las piezas; la gran pasarela de asalto quedó dispuesta en la cubierta. Cuando soltaran los cabos que la mantenían de pie, caería hacia fuera, sobre las cuadernas de la nave enemiga, donde su gran garfio de enganche se incrustaría inamoviblemente. Por ella pasarían los mejores guerreros del *Accipiter* haciendo pedazos a los piratas a la mayor velocidad posible y abriendo espacio para que el resto se lanzara al abordaje. Era una maniobra peligrosa y, sin embargo, después de cada enfrentamiento, los primeros puestos del abordaje eran objeto de acaloradas disputas y cambiaban de manos como propiedades muy valiosas en los juegos de azar, durante los meses de inactividad.

Abajo, el *cómitre* ordenó doblar el ritmo y los remos empezaron a moverse a mayor velocidad. Soplaban viento de tierra, de modo que arriaron la vela y la arrizaron hábilmente. Revisaron las espadas por si tenían rajaduras o muescas, se ajustaron las corazas y la agitación a bordo iba en aumento bajo el control de la arraigada disciplina.

La aldea incendiada se encontraba a orillas de una ensenada natural; la nave pirata fue avistada en el momento en que salía de unos promontorios rocosos y entraba en mar abierto. Gaditico ordenó máxima velocidad con el fin de reducir el espacio de maniobra del enemigo cuanto fuera posible. Atrapado como estaba entre la costa y la galera, poco podía hacer por burlar al *Accipiter*, que avanzaba impetuosamente acompañado de los gritos de los romanos, cuyo aburrimento a causa del lento viajar de puerto en puerto se iba esfumando en la fuerte brisa.

Julio observaba la nave enemiga atentamente, pensando en las diferencias que Prax le había explicado. Vio la triple fila de remos que cortaban las aguas picadas exactamente al mismo tiempo, a pesar de sus distintas longitudes. Era más alta y estrecha que el *Accipiter*, con una larga punta de bronce sobresaliendo en la proa; sabía que esa punta podía atravesar incluso los gruesos tablones de cedro de las naves romanas. Prax tenía razón, nunca se sabía cómo terminaría todo, pero ese barco no tenía escapatoria. Se acercarían, tenderían el sólido puente de abordaje y situarían a los mejores luchadores del mundo en la cubierta enemiga. Lamentó no haberse procurado un puesto entre los primeros, pero ya estaban todos asignados desde antes de desembarcar en Mitilene.

Absorto en sus pensamientos y expectativas, al principio no oyó los cambios repentinos de las voces del vigía. Levantó por fin la vista y retrocedió un poco del pasamanos sin haberse dado cuenta de que otro barco había salido de la ensenada cuando el *Accipiter* la rebasaba en persecución del primero. Se dirigía a ellos directamente y el espolón surgió de pronto entre las olas, a medida que se acercaba cortando el agua a toda velocidad, con la vela tensada, esforzándose por ayudar a los remeros. El espolón de bronce estaba a la altura de la línea de flotación, y la cubierta, repleta de hombres armados, más que los que solían dotar a las ligeras naves piratas.

En un segundo, comprendió que el humo había sido una treta. Era una trampa y habían caído en ella plenamente.

Gaditico no vaciló en aceptar el reto y empezó a dar órdenes a los oficiales sin olvidarse de nada.

—¡Aumentad la palada a la tercera marca! ¡Pasarán rozándonos por la banda! —dijo a voces, y el tambor redobló al segundo ritmo más rápido del repertorio. Solo podía recurrirse a la velocidad máxima en un breve arranque, antes de que los esclavos comenzaran a desplomarse, aunque, de todas formas, la velocidad de ataque ligeramente inferior ya requería un esfuerzo brutal. Algún corazón había estallado en batallas anteriores y, cuando sucedía, el cadáver podía entorpecer a los demás remeros y dejar un remo completo fuera de juego.

El primer barco se acercaba con rapidez cuando Julio advirtió que avanzaba marcha atrás y se situaba en posición de ataque. Había sido una buena estratagema para atraer la nave romana a la costa. El cofre de plata guardado en la bodega sería el botín, sin duda, pero no se lo ganarían fácilmente.

—Catapultas sobre la primera nave... ¡Ahora! —gritó Gaditico, y siguió la trayectoria de las piedras que salieron disparadas por el aire.

El vigía de proa gritó: «¡Abajo dos muescas!» a los dos equipos, que movieron rápidamente las pesadas catapultas. Clavaron resistentes estacas debajo de ellas y fijaron el nuevo ángulo de tiro. Al mismo tiempo, un grupo de legionarios sudorosos giraba de nuevo los tornos halando una maroma de crin de caballo el doble de gruesa que el muslo de un hombre.

El barco pirata se aproximaba amenazadoramente cuando las catapultas fueron disparadas de nuevo con una carga de piedras porosas empapadas de aceite ardiendo, que trazaron una parábola hacia la trirreme enemiga dejando un rastro de humo en el aire a su paso. Cayeron en la cubierta con un estrépito que llegó hasta el *Accipiter* y los legionarios que manipulaban la artillería pesada estallaron en vítores y dispararon de nuevo.

La segunda trirreme volaba hacia ellos. Julio estaba convencido de que el espolón se ensartaría en el extremo de la popa del *Accipiter* y los dejaría incapaces de maniobrar e incluso de contraatacar con un abordaje. Los eliminarían con flechas incendiarias, los inmovilizarían sin remedio. No bien lo hubo pensado, ordenó a sus hombres que sacaran los escudos y los repartieran, para el abordaje estorbaban más que nada, pero atrapados entre dos naves que se estaban situando al alcance de los arcos, los necesitarían desesperadamente.

Pocos segundos después, ambas trirremes comenzaron a lanzar flechas al aire. Disparaban sin orden ni tino, a mucha altura, con la esperanza de clavar la larga asta negra en algún legionario.

De haberse enfrentado únicamente al barco ariete, el *Accipiter* habría librado la



popa en mar abierto, pero obstaculizado a proa por la primera trirreme, tuvo que ciabogar con todos los remos de una banda dando atrás. Las paladas eran lentas, pero, aun así, era más rápido que levantar simplemente los remos en el aire mientras los de la otra borda hacían virar la nave en redondo. La velocidad disminuyó, pero Gaditico consideró necesario dirigirse a la línea exterior; de lo contrario, quedarían atrapados entre las dos naves cuando la segunda se situara a su lado.

El *Accipiter* pasó de largo crujiendo ante la proa de la primera trirreme y se estremeció al perder velocidad. Gaditico tenía al *cómitre* preparado para la maniobra y, bajo cubierta, los remos se recogieron rápidamente. Los profesionales de la trirreme no reaccionaron con suficiente premura. El *Accipiter* pasó partiendo remos de tres en tres, y cada uno redujo a un hombre a un amasijo sanguinolento en las entrañas de la nave enemiga.

Antes de que la galera romana hubiera sobrepasado la mitad de la longitud de los remos de la trirreme, el espolón de bronce de la segunda la ensartó con un estruendoso crujir de madera. El impacto hizo gemir la nave entera como si de un animal vivo se tratara. Abajo, los esclavos comenzaron a chillar a coro, aterrorizados. Todos estaban encadenados a los bancos y, si el *Accipiter* se iba a pique, ellos también.

Flechas incendiarias se clavaban en la cubierta, pero allí, si no en otra parte, estaba la prueba de la falta de disciplina militar. Al esquivar una saeta que pasó silbando ominosamente, Julio agradeció la suerte de que los piratas no estuvieran entrenados para lanzar descargas bien organizadas. Los escudos protegían a los hombres de la mayor parte de los disparos y el pesado *corvus* empezaba a descender hacia el otro lado; pareció que se quedaba en suspenso en el aire un momento, hasta que cortaron las sogas y se desplomó con gran estrépito en la cubierta enemiga reteniendo la nave con el garfio de enganche, cual si de una presa a punto de ser cobrada se tratara.

Los primeros legionarios corrieron por la pasarela aplastando a los que esperaban, gritando desafiadoramente. Ninguna de las naves en liza se llevó la acostumbrada ventaja de la superioridad numérica. Ambas parecían atestadas de guerreros, que entremezclaron armas y armaduras viejas y nuevas, procedentes de todos los puertos de la costa.

Julio encontró a Cabera a su lado, pero sin su sonrisa habitual. El anciano se había armado de daga y escudo, pero vestía la túnica de siempre, que Gaditico le permitía usar a condición de que la despiojara dos veces al mes.

—Creo que es mejor estar contigo que abajo, en la oscuridad —murmuró al ver el caos que se producía. Los dos se agacharon súbitamente bajo los rígidos escudos de madera protegiéndose de las flechas que pasaban zumbando. Una fue a clavarse cerca de la mano de Julio y lo empujó hacia atrás. Lanzó un suave silbido al comprobar que

la punta mordaz había atravesado el escudo.

Unos pesados garfios de bronce cayeron en la tablazón arrastrando tras de sí cables zigzagueantes. Empezaron a saltar hombres a la cubierta del *Accipiter*; el fragor de la batalla resonaba por doquier, las espadas entrechocaban y se oían gritos de triunfo y de desesperación.

Julio vio a Suetonio desplegar a sus hombres en una línea para enfrentarse a los atacantes. Inmediatamente ordenó a sus veinte hombres que tomaran posiciones de apoyo, aunque sospechaba que se habrían sumado aun sin él de haberse retrasado un poco. Con una brecha en el *Accipiter*, la rendición no era posible, eso lo sabían todos. Atacaban con entrega feroz y los primeros que habían cruzado el puente despejaban la cubierta enemiga haciendo caso omiso de las heridas.

Cabera siguió a Julio cuando se unió al combate, y a Julio le confortaba su presencia porque le recordaba otras batallas a las que habían sobrevivido juntos. Pensó que, quizás, el anciano curandero fuera un amuleto de buena suerte, y de pronto se encontró en medio del arco de espadas enemigas, combatiéndolas sin concurso de la voluntad, pues su cuerpo reaccionaba mecánicamente al ritmo que Renio le había enseñado a lo largo de duros años.

Esquivó un hachazo, empujó a quien empuñaba el arma cuando lo sorprendió sin equilibrio y lo tumbó de bruces a los pies de Pelitas, quien lo pisó con todas sus fuerzas sin necesidad de pensar en la clásica reacción del legionario en el campo de batalla: «Si está de pie, derrúmbalo; si está en el suelo, pisotéalo».

El *corvus* estaba atestado de soldados que trataban de llegar al otro lado a empujones. Eran blanco fácil para los arqueros y, en efecto, Julio descubrió a un grupo de tiradores en el pasamanos opuesto de la trirreme que disparaba siempre que sus propios compañeros abrían un claro. Era una ofensiva devastadoramente eficaz a tan corta distancia, y cayeron más de doce legionarios antes de que sus compañeros de a bordo, con sanguinario fanatismo, segaran la vida a los arqueros como espigas de trigo. Julio se sintió satisfecho al verlo. Odiaba a los arqueros como cualquier legionario que hubiera probado el terror y la impotencia de esos ataques de largo alcance.

La segunda trirreme había retrocedido y prácticamente se había soltado del *Accipiter*, una vez infligido el daño. Gaditico observaba la maniobra al frente de varias unidades preparadas para rechazar el asalto tan pronto como se produjera. La situación cambiaba con tanta rapidez que el resultado era impredecible, pero estaba seguro de que los piratas no se mantendrían al margen. Aunque el *Accipiter* se estuviera hundiendo, aún tardaría muchos minutos en irse a pique; los legionarios todavía podrían abrirse camino hasta la otra trirreme y apoderarse de ella. No era imposible que les arrebataran la victoria si disponían de una hora y los dejaban en paz; por eso sabía que los atacarían de nuevo, tan pronto como el segundo barco

liberarse el espolón por completo y acercara a sus guerreros lo suficiente para el abordaje. Maldijo para sí al oír el crujido de la última cuaderna; la afilada proa se desprendió del *Accipiter* y los remeros recibieron nuevas órdenes, apremiantes, a gritos, en una lengua que sonaba a una mezcla de griego y latín macarrónico.

Gaditico mandó la última reserva de soldados a la otra banda del *Accipiter* porque suponía que los abordarían por la parte opuesta con el fin de dividirles la defensa. Era una maniobra sensata que cumplía su propósito, aunque, si conseguían tomar la primera trirreme con rapidez suficiente, podría concentrar allí a todos los hombres y rechazar el segundo ataque, en cuyo caso la jornada no se habría perdido del todo. Apretó la empuñadura del *gladius* con indignación, consciente de la inutilidad del gesto. ¿No habría abrigado esperanzas de un encuentro justo con los piratas, y que sus soldados los hubieran reducido a pedacitos, verdad? ¡Eran ladrones y mendigos en busca de la plata de las bodegas! Le parecían una jauría de chuchos que quisiera acabar con el lobo romano. Le tembló la mano de emoción al ver que la segunda trirreme recogía los remos de una banda al tiempo que se acercaba a su amada galera a golpe de espadilla. Seguía oyendo los gritos de los esclavos en la bodega, incesantes y aterrorizados, que le corroían los nervios.

Julio recibió un golpe en la armadura y, soltando un gruñido, contraatacó con un revés de la espada en la cara del enemigo. No había recuperado todavía su posición cuando un gigante barbudo se adelantó hacia él. Le amedrentaron la enorme estatura y los fornidos hombros del guerrero, armado de un pesado martillo de fragua manchado de sangre y cabellos. Enseñando los dientes, el hombre descargó el arma contra el hombro de Julio desde arriba. Julio retrocedió levantando el brazo en un acto reflejo para detener el golpe. En el impacto, notó el crujido de los huesos de la muñeca y soltó un grito de dolor.

Cabera se interpuso inmediatamente y le hundió la daga al hombre en el cuello, pero el guerrero simplemente aulló, se giró blandiendo el martillo y quitó de en medio al frágil curandero. Julio sacó la daga con la mano izquierda procurando olvidarse del dolor atroz de los huesos machacados. Lo acometió un mareo que lo distanció de la realidad, pero el gigante todavía era peligroso a pesar de la cantidad de sangre que le manaba por la herida del cuello.

Aquella especie de toro se tambaleó y golpeó de nuevo, ciego de dolor. El martillo alcanzó de pleno a Julio en la cabeza con un crujido seco y lo tumbó. Empezó a sangrar lentamente por la nariz y los oídos mientras el combate continuaba a su alrededor.

## V

Bruto respiró hondo el aire limpio de la montaña y miró hacia atrás, a los perseguidores. Grecia se extendía a sus pies en laderas cuajadas de florecillas moradas que llenaban el aire de un aroma delicioso; parecía un pecado pensar solo en la muerte y la venganza. Sin embargo, tal como Renio había previsto, el grupo de expedicionarios contaba al menos con un buen rastreador y hacía cinco días que les seguían la pista obstinadamente a pesar de los diversos intentos de despistarlos.

Renio se sentó en una piedra cubierta de musgo, se destapó el muñón del brazo y se frotó la cicatriz con grasa, como todas las mañanas. A Bruto le remordía la conciencia cada vez que lo veía, pues le recordaba la pelea en el patio de entrenamiento de la casa de Julio. Incluso creía recordar la embestida en que le había cortado los nervios del brazo, pero de nada valía lamentarse después de tanto tiempo. A pesar de la rosácea almohadilla callosa que se había formado en el muñón, seguían apareciendo zonas en carne viva y era necesario tratarlas con un ungüento. A Renio solo le aliviaba de verdad quitarse el parche de cuero, cuando no le quedaba más remedio, y el aire le refrescaba la piel, pero odiaba las miradas curiosas que atraía y volvía a ponérselo tan pronto como podía.

—Se están acercando —dijo Bruto. Sobraban las explicaciones. Los cinco hombres que los perseguían ocupaban el pensamiento de ambos desde el momento en que los avistaron por primera vez.

La belleza de las montañas batidas por el sol escondía una tierra pobre que no atraía a muchos campesinos. La única señal de vida era la pequeña silueta de los cazadores, que ascendían lentamente. Bruto sabía que no podrían mantener la distancia con los caballos mucho tiempo y, tan pronto como llegaran a la llanura, les darían alcance y los liquidarían. Ambos estaban al borde del agotamiento y los alimentos secos se habían terminado esa misma mañana.

Bruto echó una ojeada a la vegetación que se agarraba a la vida en las escarpadas laderas preguntándose si habría algo comestible. Había oído hablar de soldados que se comían los grillos cantarines que se escondían bajo las matas, pero no valdría la pena cazarlos de uno en uno. No resistirían un día más sin comida y los pellejos de agua estaban medio vacíos. En la bolsa del cinturón todavía tenía monedas de oro, pero la ciudad romana más próxima se encontraba a más de cien millas, al otro lado de la llanura de Tesalia, y no lo conseguirían. El futuro se presentaba negro, a menos que a Renio se le ocurriera una solución, pero el viejo gladiador permanecía en silencio, satisfecho, al parecer, con perder una hora frotándose el muñón. En ese momento, lo vio arrancar una flor oscura, estrujarla y aplicar el jugo en el parche, que se había colgado del hombro. El viejo gladiador siempre andaba buscando hierbas curativas, pero, como de costumbre, la olió sin entusiasmo y dejó caer los pétalos de

la mano.

Su actitud tranquila enfureció de pronto a Bruto. Si hubieran contado con un par de caballos, los perseguidores de la aldea jamás les habrían dado alcance. Lamentar errores pasados no era propio de Renio, pero Bruto estallaba a cada paso que los perseguidores ganaban a sus doloridos pies.

—¿Cómo puedes estar sentado ahí, tan tranquilo, cuando los tenemos casi encima? Renio el inmortal, vencedor en cientos de combates a muerte, descuartizado por un puñado de griegos harapientos en la cima de un monte.

Renio lo miró impertérrito y se encogió de hombros.

—La pendiente les hará perder la ventaja. Los caballos no sirven de mucho aquí arriba.

—¿Quieres decir que vamos a atrincherarnos aquí? —inquirió Bruto, tremendamente aliviado al deducir que Renio tenía un plan.

—Tardarán horas en llegar aquí. Yo en tu lugar, me sentaría un rato a descansar a la sombra. Verás cómo se te calman los nervios afilándome la espada.

Bruto lo miró con mala cara, pero aun así tomó el *gladius* del viejo y empezó a pasarle una piedra a lo largo del filo.

—Son cinco, que no se te olvide —dijo al cabo de un rato.

Sin prestarle la menor atención, Renio se cubrió el muñón con el parche y soltó un gruñido. Sujetó un extremo del cordón de cierre con los dientes y lo anudó con la destreza que procura la práctica continua; Bruto lo observaba.

—Ochenta y nueve —dijo Renio de repente.

—¿Qué?

—Maté a ochenta y nueve hombres en los combates de Roma, no a cientos.

Se puso en pie con una agilidad poco común en un anciano. Le había costado tiempo recuperar el sentido del equilibrio sin el peso del brazo izquierdo, pero había superado la pérdida como todos los demás obstáculos que la vida le había puesto en el camino. Bruto se acordó del momento en que Cabera había impuesto las manos a Renio sobre la piel cenicienta del pecho y, enseguida, el malsano color empezó a cambiar al tiempo que el cuerpo entero reaccionaba ante la súbita recuperación de la vitalidad. Cabera tuvo que sentarse sobre los talones; la impresión que le causó el oscurecimiento repentino del cabello del herido le hizo apartarse, como si hasta la propia muerte fuera incapaz de retenerlo entre sus garras. Los dioses habían salvado la vida al viejo gladiador, de modo que quizás él pudiera salvar, a cambio, a un joven romano en la cima de un monte griego. La confianza de Bruto aumentó y llegó a olvidarse del hambre y del agotamiento.

—Hoy solo son cinco —dijo—, y yo soy el mejor de mi generación, ya sabes. No hay ser vivo capaz de vencerme con la espada.

Renio soltó otro gruñido.

—Yo fui el mejor de mi generación, muchacho, y, por lo que veo, el nivel ha bajado un poco desde entonces. Sin embargo, es posible que podamos sorprenderlos todavía.

Cornelia gemía de dolor y la comadrona le frotaba el interior de los muslos con dorado aceite de oliva para relajarle los músculos. Clodia le ofreció una taza de leche templada y vino de miel. La joven la vació sin apenas saborearla y se la devolvió para que se la llenara otra vez en el momento en que comenzaba otra contracción. Se estremeció y gritó de nuevo.

La comadrona seguía aplicándole aceite mediante movimientos largos y lentos con el más suave paño de lana, que iba empapando en un cuenco.

—Ya falta poco —dijo—. Lo estás haciendo muy bien. La leche con miel te aliviará el dolor, pero enseguida habrá que trasladarte a la silla paritoria. Clodia, trae más paños y la esponja, por si hubiera hemorragia, aunque no creo que vaya a sangrar mucho. Eres muy fuerte y tienes las caderas apropiadas para esta labor.

Cornelia solo pudo responder con un gemido; respiraba a bocanadas breves y entrecortadas, en plena contracción. Apretó los dientes y se agarró con fuerza a los lados de la dura cama presionando con la cadera hacia abajo. La comadrona sacudió la cabeza ligeramente.

—No empieces a empujar todavía, querida. La niña empieza a pensar en salir ahora. Se ha colocado bien y tiene que descansar. Ya te diré cuándo tienes que empezar a empujar.

—¿La niña? —Cornelia tragó saliva entre jadeo y jadeo.

La comadrona asintió.

—Los partos de niños siempre son más fáciles. Las niñas se retrasan, como ahora. —Dio las gracias a Clodia, que acababa de dejar la esponja y los paños al lado de la silla paritoria, listos para la última fase del alumbramiento.

Clodia le tomó la mano a Cornelia y se la acarició con ternura. Una puerta se abrió silenciosamente, Aurelia entró, se acercó rápidamente a la cama y, tomándole la otra mano, se la apretó estrechamente. Clodia la miró con disimulo. Tubruk le había contado pormenorizadamente los problemas de Aurelia, de modo que pudiera tratarla sin dificultad; de momento, el parto de Cornelia le absorbía la atención por completo y era apropiado que asistiera al nacimiento de su nieta. Puesto que Tubruk se había ausentado de la casa para terminar el asunto del que habían hablado, Clodia tenía la responsabilidad de llevarse a Aurelia de allí si sufría un ataque antes de que el parto terminara. Ninguno de sus propios criados se atrevería, pero no era una obligación agradable para Clodia y, en silencio, les rogó a los dioses del hogar que no fuera necesario intervenir.

—Creemos que es una niña —dijo Clodia cuando la madre de Julio se hubo

situado frente a ella.

Aurelin no contestó. Clodia se preguntó si tanta rigidez se debería a que era la señora de la casa y ella solo una esclava, pero enseguida lo descartó. Las diferencias no se mantenían durante los partos y Tubruk le había dicho que Aurelia tenía problemas con los pequeños detalles que solían darse por hechos.

Cornelia gritó y la comadrona asintió vigorosamente.

—Es la hora —dijo dirigiéndose a Aurelia—. ¿Estás en condiciones de ayudarnos, querida?

Al no obtener respuesta, la comadrona repitió la pregunta en voz mucho más alta. Aurelia reaccionó como si se recuperara de un vahído.

—Me gustaría ayudaros —dijo en voz baja; la comadrona se tomó un momento para calibrar su estado y después se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero quizá dure horas. Si en algún momento no puedes más, mándanos a una muchacha fuerte que ocupe tu lugar. ¿De acuerdo?

Aurelia asintió sin palabras, concentrada de nuevo en Cornelia, que se preparaba para el traslado a la silla paritoria.

Empezaron a levantarla y Clodia admiró la actitud segura de la comadrona. Naturalmente, era una mujer libre. La época de esclavitud había quedado muy atrás, pero, aun así, no había rastro de deferencia en sus modales. Le agradaba esa mujer y se propuso ser tan fuerte como hiciera falta.

La silla era un mueble recio, la había traído la comadrona consigo en un carro pocos días antes. Entre las tres mujeres ayudaron a Cornelia a llegar a la silla, que no estaba lejos de la cama. Se agarró fuertemente a los brazos y descansó todo su peso en la angosta curva del asiento. La comadrona se arrodilló frente a ella y le separó las piernas con delicadeza, una a cada lado del amplio hueco recortado en la vieja madera.

—Empuja contra el respaldo de la silla —le aconsejó, y luego se dirigió a Clodia—. Cuida de que no se venza hacia atrás. Tendrás otra tarea en cuanto la niña corone, pero de momento eso es lo que tienes que hacer, ¿entendido?

Clodia se colocó detrás de la silla, apoyando todo el peso de la cadera en el respaldo de la silla.

—Aurelia, tienes que empujarle el abdomen hacia abajo cuando te lo diga, pero no antes. ¿Está claro?

Aurelia puso las manos sobre el hinchado vientre y aguardó pacientemente, con la mirada clara.

—Aquí viene otra —dijo Cornelia estremeciéndose.

—Como tiene que ser, chiquilla. La criatura quiere salir. Espera a que sea más fuerte y ya te diré cuándo tienes que empujar. —Le aplicó aceite otra vez con las manos y sonrió.

—Falta muy poco. ¿Preparada? ¡Ahora, niña, empuja! Aurelia, apriétale el vientre hacia abajo con suavidad.

Las dos apretaron mientras Cornelia aullaba de dolor. Apretaron y dejaron de apretar repetidas veces, hasta que la contracción pasó; Cornelia estaba empapada en sudor, con el cabello mojado y oscurecido.

—Sacar la cabeza es la parte más difícil —dijo la comadrona—. Estás haciéndolo muy bien, bonita. Muchas mujeres gritan sin parar hasta el final. Clodia, ahora colócale un paño debajo de las nalgas y sujétalo con fuerza durante la próxima contracción. No le hará ninguna gracia encontrarse un racimo de uvas ahí colgando cuando esto termine.

Clodia obedeció; introdujo la mano entre el asiento de la silla y las nalgas de Cornelia y sujetó el paño firmemente.

—Ya casi estamos, Cornelia —le dijo animosamente.

La joven logró esbozar una sonrisa, pero la contracción comenzó de nuevo con una tirantez muscular tremenda. Jamás le había pasado nada semejante y casi se sentía espectadora de su propio cuerpo, de los movimientos que hacía por sí solo con una fuerza que ignoraba poseer. La contracción se intensificó más y más y, de repente, desapareció y la dejó exhausta.

—Más no —murmuró.

—Tengo la cabeza, querida. El resto es fácil —replicó la comadrona en un tono sereno y animoso. Aurelia seguía frotándole el vientre, estirándose por encima de la silla para ver lo que sucedía entre las piernas temblorosas de Cornelia.

La comadrona sujetaba la cabeza de la criatura entre las manos, con un paño para que no se le resbalara. Tenía los ojos cerrados y el cráneo deforme, dilatado, pero la comadrona, sin perder la calma, las instó a continuar, hasta que la siguiente contracción le puso al bebé en las manos. Cornelia se dejó caer de nuevo en la silla con las piernas temblorosas, jadeando, y solo pudo agradecer con un gesto el paño frío que Aurelia le pasó por la frente.

—¡Es una niña! —dijo la comadrona al tiempo que acercaba un pequeño cuchillo afilado al cordón umbilical—. Enhorabuena, señoras. Clodia, tráeme un pedazo de carbón candente para cauterizar esto.

—¿No vas a hacerle un nudo? —preguntó Clodia.

La comadrona negó con la cabeza mientras limpiaba de sangre y membranas a la recién nacida con las manos.

—El fuego es más limpio —dijo—. Date prisa, me duelen las piernas.

Con otra contracción convulsiva y un grito exhausto, Cornelia expulsó un amasijo resbaladizo de tejido sanguinolento. La comadrona le indicó a Aurelia que lo limpiara. La madre de Julio asistió al postparto sin un pensamiento, acostumbrada ya a la autoridad de la mujer. La comprensión de la nueva realidad le encendió un



destello de felicidad casi olvidada. Tenía una nieta. Se miró las manos disimuladamente y respiró al comprobar que ya no le temblaban.

Un llanto cortó el aire y las mujeres sonrieron de repente. La comadrona comprobó el estado de los brazos y las piernas de la recién nacida con movimientos rápidos y precisos.

—Se pondrá bien. Está un poco azulada, pero ya empieza a adquirir un tono más sonrosado. Tendrá el cabello claro, como su madre, si no se le oscurece. Una niña preciosa. ¿Tenéis pañales?

Aurelia se los pasó y Clodia regresó con un carbón ardiente sujeto con unas tenazas. La comadrona lo aplicó al minúsculo muñón del cordón umbilical y se produjo un chisporroteo; la niña volvió a llorar con vigor renovado cuando empezó a enfajarla, pero la comadrona continuó hasta dejarle visible solo la cabeza.

—¿Habéis pensado qué nombre vais a ponerle? —le preguntó a Cornelia.

—Pensaba ponerle Julio, como su padre, si hubiera sido niño. Estaba convencida de que era... de que iba a ser un niño.

Con el bebé en brazos, la comadrona tomó nota mentalmente de la palidez y el agotamiento de Cornelia.

—Hay tiempo de sobra para pensar en el nombre. Ayudad a Cornelia a volver a la cama, señoras, tiene que descansar; entretanto, yo voy a recoger mis cosas.

En la habitación del parto retumbó el eco apagado de unos puñetazos en las puertas de la casa. Aurelia levantó la cabeza, atenta.

—Suele ser Tubruk quien abre la puerta a las visitas —dijo—, pero hoy nos ha abandonado.

—Serán solo unas pocas semanas, ama —replicó Clodia rápidamente con sentimiento de culpa—. Dijo que los asuntos de la ciudad no le llevarían más tiempo.

Aurelia abandonó la habitación sin escuchar la respuesta, aparentemente. Salió al patio delantero a pasos lentos y cuidadosos y entrecerró los ojos al recibir la brillante luz del sol, después de tanto tiempo en el interior de la casa. Dos criados aguardaban pacientemente en la puerta, pero sabían que no debían abrir sin su consentimiento, hubiera quien hubiese al otro lado. Era una regla que Tubruk había impuesto desde las revueltas de hacía unos años. Aparentemente, Tubruk cuidaba de la seguridad de la casa, y sin embargo la había dejado sola, cuando había prometido que jamás lo haría. Adoptó una expresión digna y, en ese momento, se dio cuenta de que tenía en la manga una pequeña gota de sangre. La mano derecha le tembló ligeramente y se la agarró con la izquierda deseando que el ataque pasara.

—¡Abrid la puerta! —dijo una voz masculina desde fuera al tiempo que la aporreaba una vez más.

Aurelia hizo una señal a los criados, que retiraron la tranca y abrieron la puerta al visitante. Observó que los dos iban armados, otra regla de Tubruk.

Entraron tres soldados a caballo, con resplandeciente coraza y casco de penacho. Iban vestidos de gala, como para un desfile, y Aurelia sintió un escalofrío.

¿Por qué no estaba Tubruk en casa? El sabría manejar la situación mucho mejor que ella.

Uno de los soldados desmontó con aplomo y agilidad. Sin soltar las riendas, le entregó a Aurelia un rollo de vitela con un grueso sello de cera. Ella lo recogió y se quedó mirando al mensajero. El soldado arrastró los pies al comprender que Aurelia no iba a decir nada.

—Órdenes, señora. De nuestro señor el dictador de Roma.

Aurelia permaneció en silencio sujetándose la mano del pergamino con la otra; tenía los nudillos blancos.

—Tu nuera se encuentra aquí y Sila ordena que acuda a la ciudad, a su presencia, inmediatamente —prosiguió el mensajero; había comprendido que si no hablaba, quizá la mujer no abriría el documento que confirmaba la orden con el sello personal de Sila.

El temblor cesó un momento y Aurelia logró hablar.

—Acaba de dar a luz. No puede moverse de aquí. Vuelve dentro de tres días y la tendré dispuesta para desplazarse.

La expresión del soldado se hizo más severa, se le acababa la paciencia. ¿Quién se pensaba que era esa mujer?

—Señora, tiene que prepararse ahora mismo. Sila ha ordenado que se presente en la ciudad y partirá inmediatamente, lo quiera o no. Aguardo aquí, pero espero verla dentro de unos minutos a lo sumo. No nos obligues a entrar a buscarla.

Aurelia palideció ligeramente.

—Pero... ¿la niña?

El soldado parpadeó. En sus órdenes no se hablaba de ninguna niña, pero nadie hacía carrera incumpliendo órdenes del dictador de Roma.

—La niña también. Que se preparen las dos. —Su expresión se suavizó un poco. Un detalle de amabilidad no haría daño a nadie, y la mujer parecía muy frágil de repente—. Si tenéis un carro y unos caballos que se puedan enganchar rápidamente, pueden viajar en él.

Aurelia dio media vuelta sin añadir una palabra y desapareció en el interior de la casa. El soldado miró a sus dos compañeros levantando las cejas.

—Ya os dije que sería fácil. ¿Qué querrá de esa mujer?

—Depende de quién sea el padre, supongo —replicó uno de ellos con un guiño lascivo.

Tubruk, rígidamente sentado en una silla, aceptó el vino que le ofrecían con un gesto. El hombre que tenía enfrente era de su misma edad y hacía casi treinta años

que eran amigos.

—Todavía me cuesta admitir que no soy el joven que era —dijo Ferco con una sonrisa compungida—. Antes tenía espejos por toda la casa, pero cada vez que pasaba por delante de uno, me sorprendía ver al viejo que me miraba. De todas formas, aunque el cuerpo decaiga, la cabeza permanece relativamente firme.

—Eso espero, no eres tan viejo —replicó Tubruk procurando calmarse y disfrutar de la compañía de su amigo como tantas otras veces a lo largo de los años.

—¿No te lo parezco? Muchos de los que conocíamos ya se han ido a hacer maldades al país del silencio. A Rapas se lo llevó la enfermedad, y era el hombre más fuerte que conocía. Dicen que al final su hijo lo sacaba cargado al hombro a tomar el sol. ¿Quién habría sido capaz de cargarse al hombro a ese buey enorme que era? ¡Ni siquiera un hijo suyo! Envejecer es terrible.

—Tienes a Ilita y tus hijas. Ella no te ha dejado todavía, ¿verdad? —murmuró Tubruk.

Ferco resopló en el vaso.

—Todavía no, pero todos los años me amenaza con lo mismo. A decir verdad, tú también necesitas una buena mujer gorda. Mantienen la vejez a distancia, ¿sabes? Y además te calientan los pies por la noche.

—Estoy muy anquilosado en mis manías para plantearme amores nuevos —contestó Tubruk—. ¿Dónde iba a encontrar a una mujer dispuesta a soportarme? No, en la finca ya tengo una especie de familia. No me imagino otra.

Ferco asintió, consciente de la tensión que agarrotaba al viejo gladiador. Esperaría a que Tubruk se decidiera a hablar del motivo de su inesperada visita. Lo conocía bien y sabía que no se le podía apurar, de la misma forma que sabía que haría por él cuanto estuviera en su mano. No era solo cuestión de lo que debía, aunque le debía mucho, sino que lo respetaba como hombre y le agradaba. No había maldad en él y poseía una fuerza que pocas veces había visto.

Calculó mentalmente el total de sus propiedades y el oro del que podía disponer. Si lo que necesitaba era dinero, no era ese el mejor momento, pero aún le quedaban unas reservas y algunas deudas que podría reclamar.

—¿Cómo van los negocios? —preguntó Tubruk, coincidiendo con los pensamientos de Ferco sin saberlo.

Ferco se encogió de hombros, pero se abstuvo de dar una respuesta a la ligera.

—Tengo fondos —dijo—. Como sabes, en Roma siempre hacen falta esclavos.

Tubruk miró fijamente al hombre que un día lo vendiera para ser entrenado en combates de exhibición. Ya entonces, cuando todavía era un joven esclavo de las canteras que no sabía nada del mundo ni del entrenamiento que recibiría, había visto que Ferco jamás trataba con crueldad a los hombres que vendía. Se acordaba de la desesperación de la víspera del día en que lo llevarían a las jaulas de entrenamiento,

cuando no pensaba más que en poner fin a su vida. Ferco se había detenido a su lado al pasar haciendo la ronda y había dicho que si tenía corazón y fortaleza suficientes, lograría comprar su libertad y disponer de toda una vida por delante.

—Ese día, volveré para matarte —le respondió Tubruk.

Ferco se lo miró fijamente un buen rato antes de contestar.

—Espero que no. Espero que vengas a invitarme a una copa de vino.

El joven Tubruk no pudo contestar, pero más adelante le confortaban las palabras, el mero hecho de pensar que un día podría ser libre, sentarse al sol a tomar vino, dueño de su vida. Y, efectivamente, el día en que recuperó la libertad, fue al otro extremo de la ciudad, a casa de Ferco, y puso un ánfora en la mesa, Ferco sacó dos copas y su amistad empezó sin rencor.

Si había alguien fuera de la propiedad en quien pudiera confiar, ese era Ferco, y, sin embargo, todavía no había dicho nada respecto a los planes que tenía, desde que Clodia había ido a verlo. Seguro que habría otra forma. Le enfermaba el camino que había tomado, pero sabía que si estaba dispuesto a morir protegiendo a Cornelia, podría hacerlo.

Ferco se levantó y le agarró el brazo.

—Estás preocupado, amigo mío. Pídemelo, sea lo que sea. —Miraba a Tubruk sin pestañear, Tubruk lo miró a su vez y le sostuvo la mirada mientras el pasado se abría entre ambos.

—¿Puedo confiarte mi vida? —preguntó Tubruk.

A modo de respuesta, Ferco le apretó el brazo más aún y después volvió a sentarse.

—No hace falta que lo preguntes. Mi hija se moría, pero tú encontraste a una comadrona que la salvó. Yo mismo habría muerto a manos de aquellos ladrones si tú no te hubieras enfrentado a ellos. Mi deuda contigo es tan grande que creí que jamás podría pagártela. Pídemelo lo que sea.

Tubruk tomó una gran bocanada de aire.

—Quiero que vuelvas a venderme como esclavo... en casa de Sila —dijo en voz baja.

Julio apenas notó las manos de Cabera cuando le levantó los párpados. El mundo le parecía tan pronto negro como deslumbrante, y un agónico dolor encendido le atormentaba la cabeza. Oía a Cabera muy lejos y quiso maldecirlo por interrumpir la oscuridad.

—¿Qué le pasa en los ojos? —dijo otra voz. ¿Gaditico? El nombre no significaba nada, aunque reconocía la voz. ¿Estaba su padre ahí? Unos recuerdos lejanos de estar tumbado en la oscuridad, en su casa, se le mezclaron con el pensamiento. ¿Todavía estaba en la cama, después de que Renio le hubiera herido en un entrenamiento? ¿Sus

amigos estaban en los muros combatiendo la rebelión de los esclavos sin él? Se removió ligeramente y unas manos lo retuvieron en la cama. Quiso hablar, pero la voz no le obedecía; solo emitió un sonido apenas perceptible, como el mugido de un novillo agonizante.

—Eso no es buena señal —le oyó decir a Cabera—. Las pupilas no tienen el mismo tamaño y no me ve. Tiene el ojo izquierdo lleno de sangre, aunque se le pasará en unos días. Mira qué rojo está. ¿Me oyes, Julio? ¡Cayo!

Julio no pudo responder ni a su nombre de la infancia. Una mole negra los alejaba a todos de él.

Cabera se puso en pie y suspiró.

—El casco le ha salvado la vida al menos, pero sangrar por los oídos no es bueno. Tanto puede reponerse como quedarse así. Lo he visto otras veces, cuando se trata de heridas en la cabeza. El espíritu ha podido ser aplastado. —La voz de Cabera estaba claramente impregnada de pena, y Gaditico recordó que el curandero había llegado a bordo con Julio y tenían un pasado común que se remontaba a mucho antes que el *Accipiter*.

—Haz cuanto puedas por él. Tenemos muchas posibilidades de volver a ver Roma, todos, si les dan el dinero que piden. Valemos más vivos que muertos, al menos de momento.

Gaditico procuraba ocultar su desesperación. Cuando un capitán perdía el barco, era muy difícil que encontrara otro. Maniatado e impotente en la cubierta de la segunda trirreme, había contemplado el hundimiento de su querido *Accipiter* en un remolino de burbujas y maderos a la deriva. No había soltado a los esclavos de los bancos y sus gritos resonaron, desesperados y roncós, hasta que las aguas se tragaron la nave. Sabía que su carrera se hundía con ella.

La lucha había sido brutal, pero la mayor parte de sus hombres había caído finalmente, desbordados y atacados por ambos flancos. Gaditico repasaba mentalmente la breve batalla una y otra vez buscando formas de haberla ganado. Siempre terminaba encogiéndose de hombros, diciéndose que era mejor olvidar las pérdidas, pero el sentimiento de humillación no cesaba.

Había pensado en quitarse la vida para que no pudieran pedir rescate por él, y ahorrarle la vergüenza a su familia. Si es que podían reunir la suma, claro.

Habría sido más fácil para todos ahogarse con el *Accipiter*, como tantos de sus hombres. Sin embargo, se había salvado y ahora estaba sentado sobre sus propios excrementos con los doce oficiales supervivientes y Cabera, que había sobrevivido ofreciendo sus servicios de curandero a los piratas. Siempre había heridas que no se cerraban e infecciones que se extendían por los genitales después de visitar a las prostitutas de cualquier puerto remoto. El anciano había estado muy atareado desde la batalla y solo le permitían ir a comprobar el estado de las heridas y vendajes de los

romanos una vez al día.

Se agitó levemente rascándose los piojos y las pulgas que lo infestaban desde la primera noche en la hacinada y mugrienta celda. Arriba, en alguna parte, los carceleros se pavoneaban por la cubierta de la trirreme, pues habían obtenido un buen botín en prisioneros por los que pedirían rescate, más los cofres de plata de la bodega del *Accipiter*. Para ellos, el riesgo había sido provechoso; hizo una mueca de asco recordando su arrogancia y su victoria.

Uno de ellos le había escupido en la cara cuando ya le habían atado las manos y los pies. Enrojeció de ira solo de pensarlo. Se trataba de un tuerto con la cara cruzada de viejas cicatrices y la barba como cerdas duras. Parecía que le mirase con el ojo blanco, y su risa socarrona casi le hizo humillarse más demostrando su rabia y forcejeando. Sin embargo, se quedó mirándolo sin inmutarse, y solo dejó escapar un gruñido cuando el hombrecillo le dio una patada en el estómago antes de marcharse.

—Tenemos que buscar la forma de huir —susurró Suetonio, inclinándose tanto hacia Gaditico que este le olió el aliento.

—De momento, César no puede moverse, así que quítatelo de la cabeza. Los mensajes del rescate tardarán unos meses en llegar a la ciudad y el dinero tardará otros pocos más, si es que lo mandan. Habrá tiempo de sobra para hacer planes.

También Prax se había librado de la muerte. Sin la armadura, parecía mucho más vulgar. Le habían quitado hasta el cinturón, para que no utilizase la gruesa hebilla a modo de arma, y no paraba de subirse los *bracae*. De todos ellos, era el que había encalado el infortunio con menos ira, aparentemente, y su paciencia natural contribuía a mantenerlos a todos tranquilos.

—Pero el muchacho tiene razón, capitán. Lo más fácil es que nos tiren a todos por la borda en cuanto reciban la plata de Roma. O quizá el Senado les prohíba a nuestras familias que efectúen el pago y prefiera olvidarnos.

Gaditico se erizó.

—No olvides quién eres, Prax. El Senado está compuesto por romanos como nosotros, por muy mala opinión que tengas de ellos. No permitirán que nos releguen al olvido.

Prax se encogió de hombros.

—De todos modos, hay que hacer un plan. Si esta trirreme se encuentra con otra galera romana, nos echarán al mar si se ven amenazados de abordaje. Con cadenas en los pies, sería un trabajo fácil.

Gaditico miró a su *optio* a los ojos.

—De acuerdo. Pensaremos en un par de cosas, pero si se presenta la ocasión, no estoy dispuesto a dejar a nadie atrás. César tiene un brazo roto, además de la herida de la cabeza. Tardará semanas en sostenerse en pie siquiera.

—Si sobrevive —terció Suetonio.

Cabera clavó sus ojos en el joven oficial.

—Este es muy fuerte, y está en manos de un curandero experto.

Suetonio, súbitamente cohibido, apartó la mirada de los ojos penetrantes del anciano.

Gaditico rompió el silencio.

—Bien, señores, tenemos tiempo para pensar en todas las posibilidades. Es lo único que nos sobra.

## VI

Casaverio se permitió una sonrisa de satisfacción tras supervisar el largo espacio de la cocina. El bullicio de la noche se iba apaciguando en todas partes y los últimos encargos se habían atendido hacía horas.

—La perfección se encuentra en los detalles —murmuró para sí, como todas las noches a lo largo de los diez años de servidumbre en casa de Cornelio Sila. Habían sido años buenos, aunque su esbelta figura se había redondeado alarmantemente con el tiempo. Se apoyó en la lisa pared revocada y siguió machacando con la mano del mortero los ingredientes de una salsa de mostaza en grano por la que Sila mostraba predilección. Metió el dedo en la oscura mezcla y añadió un poco de aceite y vinagre de la fila de recipientes de cuello estrecho que rodeaba las paredes de la cocina. ¿Cómo podía resistirse un buen cocinero a probar sus propios platos? Era parte del proceso. Su padre era más voluminoso incluso, y Casaverio se enorgullecía de su peso sabiendo que solo un chiflado emplearía a un cocinero delgado.

Los fogones de ladrillo llevaban apagados el tiempo suficiente y, con el tiro cerrado, ya estarían fríos. Casaverio hizo una señal a los esclavos: podían retirar las cenizas con un rastrillo y prepararlos para la nueva carga de carbón vegetal, a la mañana siguiente. El ambiente de la cocina todavía estaba muy cargado de calor; se sacó un trapo del cinturón y se enjugó la frente. Mientras se pasaba el trapo húmedo por la cara reconoció que sudaba más a causa del sobrepeso.

Pensó en terminar de hacer la salsa en una de las salas frías donde se preparaban los platos helados, pero no le gustaba dejar solos a los esclavos. Sabía que robaban comida para sus familias y, si se moderaban, hacía la vista gorda. Sin embargo, pensó, solos, podrían volverse imprudentes y quien sabe qué cosas llegarían a desaparecer. Recordó que su padre solía quejarse de lo mismo por las noches y rezó una breve oración por él, dondequiera que estuviese.

Cuando todo había ido bien, el final del día deparaba paz. La casa de Sila era famosa por su buena cocina y, cuando llegaba la orden de un plato especial, disfrutaba del entusiasmo y la energía que se apoderaba del servicio, empezando por el momento de intriga en que abría el fajo de recetas de su padre desanudando los cordones de cuero que unían los valiosos pergaminos y pasando el dedo por las líneas, con el placer añadido de ser el único que sabía leer. Su padre decía que los cocineros debían tener cierta cultura, y Casaverio suspiró un momento al pensar en su propio hijo. El muchacho pasaba las mañanas en las cocinas, pero parecía que los estudios se le borraban de la cabeza en cuanto hacía buen tiempo. Le decepcionaba, pero había aceptado al fin la posibilidad de que su hijo no llegara nunca a hacerse cargo de una gran cocina.

De todos modos, todavía tenía que pasar mucho tiempo hasta que abandonara los



platos y los fogones definitivamente y se retirase a su pequeño hogar en un buen barrio de la ciudad. Quizás entonces tendría tiempo para agasajar a los invitados de su esposa. Por alguna razón, no había conseguido poner en práctica su experiencia en su propia mesa, donde le bastaba cocinar platos sencillos de carne y verdura. Al pensar en comida, las tripas le rugieron un poco y vio que los esclavos estaban recogiendo sus raciones de carne asada y pan de entre las cenizas de los fogones, donde las habían colocado a última hora. Representaba muy poca pérdida para la cocina mandarlos de vuelta a casa con unos pocos bocados calientes, y además así mejoraba el ambiente de trabajo, estaba convencido de ello.

Dalcio, el nuevo esclavo, pasó ante él con una bandeja de metal llena de recipientes de especias que había que devolver a su lugar en las estanterías. Casaverio sonrió cuando el esclavo empezó a descargar la bandeja.

Trabajaba bien, y el comerciante de esclavos del mercado no había mentido cuando dijo que se desenvolvía correctamente en la cocina. Pensó que quizá le permitiera preparar un plato para el próximo banquete, bajo su atenta supervisión.

—Dalcio, cuida que cada especia vuelva a su lugar —dijo.

El hombretón asintió con una sonrisa. Ciertamente, no era parlanchín. Quizá hubiera que afeitarle esa barba. Su padre jamás había permitido barbas en la cocina, decía que daban sensación de desorden.

Volvió a probar la salsa de mostaza y se relamió, al tiempo que advertía que Dalcio terminaba el trabajo con rapidez y esmero. A juzgar por las cicatrices, más parecía un antiguo guerrero, pero no era un bravucón. De lo contrario, no lo habría admitido en las cocinas, donde el ir y venir a toda prisa y cargados ocasionaba siempre choques entre unos y otros. El mal temperamento no sobrevivía en los bajos de las casas ricas, pero la actitud de Dalcio era amable, si bien callada.

—Necesito un ayudante mañana por la mañana, para los dulces. ¿Te gustaría hacerlo? —Casaverio no se dio cuenta de que le hablaba despacio, como a un niño, pero a Dalcio no pareció molestarle, y su silencio invitaba a hablarle de esa forma. El gordo cocinero no tenía mala intención, y se alegró sinceramente de que Dalcio asintiera sin palabras, antes de volver a la despensa. El buen cocinero necesita olfato para los ayudantes, decía siempre su padre. Ahí estaba la diferencia entre cavarse la propia tumba antes de tiempo y alcanzar la perfección.

—... y la perfección está en los detalles —musitó de nuevo para sí.

Al fondo de la larga cocina, se abrió la puerta que daba a la casa y entró un esclavo elegantemente vestido. Casaverio se irguió y apartó el mortero y la mano sin pensarlo dos veces.

—El amo pide disculpas por lo tarde que es y se pregunta si se le podría enviar algo frío antes de irse a dormir, un plato helado —dijo el joven.

Casaverio le dio las gracias, agradecido, como siempre, por los buenos modales.

—¿Para todos los invitados? —preguntó enseguida, pensando ya en el plato.

—No, señor. Los invitados se han marchado. Solo queda el general.

—En tal caso, espera un momento. Lo tendré listo en unos instantes.

Las cocinas salieron del sopor del final de la jornada y se pusieron de nuevo en marcha en el tiempo que Casaverio tardó en repartir unas órdenes. Dos ayudantes de cocina bajaron a las frías bodegas, que estaban muy por debajo de las cocinas. Casaverio pasó por un arco bajo y salió a un pasillo en dirección a la habitación donde se preparaban los postres.

—Un helado de limón, creo —musitó por el camino—. Hermosos limones amargos del sur servidos dulces y fríos.

Todo estaba en su lugar en la fresca habitación. Igual que en la cocina principal, de las paredes colgaba una gran cantidad de ánforas de diferentes jarabes y salsas, que se preparaban y se reponían cuando las cocinas estaban en silencio. Puesto que allí no llegaba rastro del calor de los fogones, el sudor se le heló en el voluminoso cuerpo y le hizo temblar de gusto.

Siguiendo sus indicaciones, sacaron unos trozos de hielo de un paño basto y los machacaron hasta reducirlos a fino polvo y agua en cuestión de minutos. Entonces añadió el limón ácido y endulzado y removió la mezcla, lo justo para darle sabor sin excederse. Su padre decía que el hielo no tenía que quedar amarillento, y Casaverio sonrió al observar el color y la fina textura. Con un cucharón sirvió el helado en cuencos de cristal y los colocó en una bandeja.

Trabajaba de prisa, porque incluso en la sala fría el hielo se deshacía rápidamente, y el paso por las cocinas tendría que ser visto y no visto. Albergaba la esperanza de que, algún día, Sila diera permiso para abrir otro pasillo en la roca, en las profundidades de su lujosa mansión, de modo que los postres helados llegaran directamente arriba. De todos modos, con cuidado y rapidez, llegaban a la mesa prácticamente intactos.

Al cabo de pocos minutos, los dos cuencos estaban llenos de hielo blanco. Casaverio se chupó los dedos y soltó un exagerado gruñido de placer. ¡Qué gusto daba probar el frío en verano! Se preguntó fugazmente cuántas monedas de plata costarían esos dos cuencos, pero la suma era inimaginable. Los enormes bloques de hielo eran transportados en carros desde las montañas, y la mitad se perdía por el camino. Después, los llevaban a las oscuras y húmedas bodegas frías, donde seguían licuándose lentamente y procurando bebidas y postres fríos durante los meses de verano. Se recordó que tenía que comprobar si quedaban reservas suficientes. Ya casi había que hacer otro pedido.

Dalcio entró después, todavía con la bandeja en la mano.

—¿Puedo ver cómo preparas los helados? Mi último amo nunca tomaba helado.

Casaverio le indicó que entrase con un gesto animado.

—El trabajo ya está hecho. Ahora hay que llevarlos a toda velocidad por las cocinas, antes de que empiecen a deshacerse. —Dalcio se inclinó hacia la mesa y, con un brazo, tiró una jarra de pegajoso jarabe, que formó una gran mancha amarilla. El buen humor de Casaverio se disipó al instante.

—¡Vamos, idiota, vete a buscar un trapo y limpia esto! No hay tiempo que perder. El corpulento esclavo parecía aterrorizado, tartamudeaba.

—Lo la... lo lamento. Aquí tengo otra bandeja, señor.

Le presentó la bandeja; Casaverio levantó los cuencos y los limpió rápidamente con su propio trapo para secarse el sudor. No había tiempo para delicadezas, el hielo se derretía. Colocó los cuencos en la bandeja y se limpió las manos con irritación.

—¡No te quedes ahí como un tonto! ¡Corre! Y como tropieces, te mandaré azotar. —Dalcio salió rápidamente de allí y Casaverio empezó a limpiar el estropicio. Quizás ese esclavo fuera torpe para tareas más delicadas.

En el pasillo, a Tubruk solo le llevó un instante vaciar la ampolla de veneno en los cuencos y revolverlo todo con el dedo, tras lo cual cruzó la cocina como un rayo y le entregó la bandeja al esclavo que aguardaba.

Su mirada, tan nerviosa un momento antes, siguió con serenidad la espalda que se retiraba, hasta que la puerta que daba a las estancias de la casa se cerró. Ahora tenía que huir, pero antes había un trabajo cruento que hacer. Suspiró. Casaverio no era un mal hombre, pero cualquier día, en el futuro, aunque se afeitara la barba y se dejara crecer el pelo hasta la longitud de siempre, el cocinero podría reconocerlo.

Súbitamente abrumado, volvió a las habitaciones frías palpando el puñal de mango de hueso que escondía debajo de la túnica. Procuraría que pareciese un asesinato, no un suicidio. Así, la familia de Casaverio quedaría a salvo de venganzas.

—¿Le diste la bandeja? —le preguntó Casaverio secamente a Tubruk, cuando entró de nuevo en la bodega fría.

—Se la di. Lo siento mucho, Casaverio.

El cocinero levantó la mirada al tiempo que Tubruk se dirigía rápidamente hacia él. La voz le sonó más grave que de costumbre y la actitud no era la misma. Entonces vio la hoja cortante y el temor y la confusión se apoderaron de él.

—¡Dalcio! ¡Suelta eso ahora mismo! —dijo, pero Tubruk le hundió el cuchillo limpiamente en el carnoso pecho hasta el corazón. Y se lo clavó dos veces más para no fallar.

Casaverio boqueaba desesperadamente, le faltaba el aire. La cara se le tornó violácea, las manos frenéticas tiraron cucharones y jarras al suelo con estrépito.

Por fin, Tubruk se quedó solo en pie, asqueado. En todos sus años de gladiador y legionario, jamás había asesinado a un inocente, y se sentía mancillado. Casaverio era un hombre agradable y Tubruk sabía que los dioses clamaban contra quienes hacían daño a los buenos. Se recompuso y procuró dejar de mirar el obeso corpachón, que

había resbalado hasta el suelo. Salió en silencio y sus pasos resonaron en el pasillo que llevaba a las cocinas. Ahora tenía que huir y encontrarse con Ferco antes de que se diera la voz de alarma.

Sila estaba recostado en un *triclinio*, divagando, sin prestar atención a la charla de Antonido, su general. El día había sido largo y, por lo visto, el Senado pretendía impedir sus nombramientos de nuevos magistrados. Le habían nombrado dictador con la misión de devolver el orden a la República, y se habían esmerado en satisfacer todos sus deseos a lo largo de los primeros meses. Pero desde hacía una temporada, alargaban interminablemente los debates y discursos sobre las limitaciones del cargo, y sus consejeros le habían *rectriclinio* recomendado que no se impusiera al Senado con mucha dureza, al menos de momento. Pensó que eran hombres insignificantes, en los hechos y en los sueños. Mario se burlaría de ellos y los tildaría de idiotas si todavía estuviera vivo.

—... Opondremos objeciones a los lictores, amigo mío —dijo Antonido.

Sila resopló desdeñosamente.

—Con objeciones o sin ellas, seguiré contando con el apoyo de veinticuatro. Tengo enemigos, y quiero que sean un recordatorio de mi poder cuando pase entre el Capitolio y la Curia.

Antonido se encogió de hombros.

—Hubo un tiempo en que solo eran doce. Tal vez sea mejor que se cumpla la voluntad del Senado en esta cuestión, para hacernos fuertes en negociaciones más importantes.

—¡Son un puñado de viejos desdentados! —le espetó Sila—. ¿Acaso Roma no ha vuelto al orden en este último año? ¿Lo habrían conseguido ellos? No. ¿Dónde estaba el Senado cuando yo luchaba por mi vida? ¿En qué me ayudaron entonces? No. Yo soy su señor, y tendrían que reconocer ese hecho tan sencillo. Estoy harto de emplear tanto tacto para no herirles los sentimientos y de seguir fingiendo que la República es todavía joven y fuerte.

Antonido no dijo nada. Sabía que cualquier objeción solo serviría para aumentar la magnitud de los propósitos y amenazas del dictador. Para él, había sido un honor el nombramiento de consejero militar, pero el puesto había resultado ser una farsa, pues Sila lo utilizaba como marioneta para transmitir órdenes. A pesar de todo, no discrepaba totalmente de la decepción de Sila. El Senado se esforzaba por preservar su dignidad y su antigua autoridad, aunque reconocía la necesidad de un dictador que mantuviera el orden en la ciudad y en los territorios de Roma. Era ridículo y Sila estaba cansándose rápidamente del juego.

Entró un esclavo con los helados, los colocó en una mesa baja y se retiró de nuevo con una inclinación. Sila se incorporó en el *triclinio*, olvidado ya el enojo.

—Tienes que probar esto. No hay nada igual para aliviar el calor del verano. — Tomó una cucharilla de plata, se llevó el blanco helado a la boca y cerró los ojos placenteramente. No tardó en vaciar el cuenco y pensó en pedir otro. Todo su cuerpo parecía haberse refrescado después del helado, y hasta la mente se le calmó. Al ver que Antonido no había probado el suyo, le instó a hacerlo.

—Hay que tomárselo enseguida, antes de que se derrita. Aunque incluso derretido es una bebida deliciosa y refrescante. —Se quedó observando al general mientras lo probaba y sonrió con él.

Antonido quería terminar el asunto y marcharse a casa con su familia, pero sabía que no podía levantarse hasta que Sila se cansara. Se preguntó cuándo llegaría el momento.

—Mañana la Curia confirmará a tus nuevos magistrados —dijo.

Sila se recostó en el *triclinio* con renovada expresión de malhumor.

—Más vale. Debo favores a esos hombres. Si se vuelven a retrasar los nombramientos, el Senado lo lamentará, lo juro ante los dioses. ¡Lo disolveré y cerraré las puertas a cal y canto!

Hablaba con un leve estremecimiento; se llevó la mano al estómago y se lo frotó con suavidad.

—Si disuelves el Senado, habrá otra guerra civil y la ciudad volverá a arder — dijo Antonido—. Sin embargo, sospecho que saldrías triunfante al final. Sabes que las legiones te apoyan sin vacilar.

—Ese es el camino de los reyes —replicó Sila—. Me atrae y me repugna al mismo tiempo. Amaba la República, y seguiría amándola ahora si estuviera en manos de hombres como los que la gobernaban cuando yo era un niño. Ahora han desaparecido todos y, cuando Roma llama, los pocos y mezquinos que quedan solo saben acudir llorando a mí. —De repente eructó y se estremeció, y en ese mismo momento, a Antonido empezó a dolerle el estómago. Un miedo súbito lo puso en pie y miró fijamente los cuencos, uno vacío, el otro apenas probado.

—¿Qué pasa? —preguntó Sila incorporándose, y se le torció el gesto al comprender en el mismo momento en que hablaba. El fuego que le quemaba el vientre se extendía, y se lo apretó como si quisiera aplastarlo.

—A mí también me duele —dijo Antonido, presa del pánico—. Puede ser veneno. ¡Métete los dedos en la garganta, rápido!

Sila trastabilló ligeramente y apoyó una rodilla en tierra. Parecía que fuera a desmayarse. Antonido acudió con presteza a su lado pasando por alto su propio dolor, que iba en aumento.

Introdujo un dedo en la flácida boca del dictador e hizo una mueca de repugnancia cuando este soltó un chorro de papilla resbaladiza por la boca. Sila gimió con los ojos en blanco.

—Vamos, vamos, otra vez —insistió Antonido apretándole el blando tejido de la garganta con los dedos. Volvieron los espasmos, escupió bilis oscura y saliva y, finalmente, tuvo una arcada seca. Entonces, el pecho contraído se hundió y los pulmones dejaron de respirar con un último suspiro silbante. Antonido pidió ayuda a gritos y vació su propio estómago con la esperanza, en medio del terror, de no haber tomado bastante como para morir.

La guardia no tardó, pero encontraron a Sila pálido e inerte ya, y a Antonido semiconsciente, salpicado del vómito apestoso de todo lo que habían comido. Apenas tenía fuerzas para ponerse de pie, pero los soldados estaban como petrificados, inseguros, sin órdenes que cumplir.

—¡Traed a los médicos! —dijo roncamente. Tenía la garganta irritada e inflamada. El dolor de estómago empezó a ceder, dejó de apretárselo con la mano y trató de recomponerse.

—¡Cerrad la casa! ¡Han envenenado al dictador! —gritó—. ¡Qué vayan hombres a las cocinas. Quiero saber quién mandó aquí esa bazofia y el nombre de cuantos la tocan. Moveos! —En ese momento le fallaron las fuerzas y se dejó caer de nuevo en el *triclinio*, donde hacía solo unos minutos hablaba tranquilamente del Senado. Sabía que tenía que actuar inmediatamente, o estallaría el caos en Roma tan pronto como la noticia llegara a la calle. Vomitó una vez más y, después, aunque se encontraba débil, empezó a despejarse la cabeza.

Los médicos entraron presurosos y, sin prestar atención al general, acudieron en auxilio de Sila. Le buscaron el pulso en las muñecas y el cuello y se miraron horrorizados unos a otros.

—Se ha muerto —dijo uno de ellos, completamente pálido.

—Encontraremos a los asesinos y los descuartizaremos. Lo juro por mi casa y por mis dioses —musitó Antonido en un tono tan amargo como el sabor que tenía en la boca.

Tubruk llegó a la portezuela trasera de la calle en el momento en que comenzaron los gritos en las dependencias principales de la casa urbana de Sila. Allí solo había un centinela, pero estaba alerta, listo para la acción, y su rostro intimidaba.

—Vuelve a tu puesto, esclavo —dijo con firmeza, asiendo el *gladius*. Tubruk se abalanzó sobre él con un gruñido y de un puñetazo lo tumbó en el suelo. El soldado se derrumbó desmadejadamente; lo había dejado inconsciente. Tubruk se detuvo un momento. Podía pasar por encima de él rápidamente, salir por la discreta puerta y desaparecer. Pero el centinela lo reconocería y podría dar su descripción, aunque también podrían ejecutarlo por no haber sabido defender la puerta. Tubruk tuvo que conjurar toda la desesperación que lo embargaba desde que había matado a Casaverio. Se debía a Cornelia y a Julio... y a la memoria del padre de Julio, que

había depositado en él su confianza.

Con un gran esfuerzo, sacó el pequeño puñal y le cortó la garganta al soldado procurando que la sangre no le salpicara la ropa. El hombre gorgoteó y puso los ojos en blanco un momento antes de que la muerte se lo llevara. Tubruk dejó caer el puñal y abrió la puerta; después salió a la calle y se mezcló con el gentío, no muy numeroso, que caminaba tranquilamente, ajeno a la presencia del viejo lobo.

Tenía que reunirse con Ferco para salvarse, pero estaba a más de una milla de distancia y, aunque avanzaba con rapidez, no podía emprender la carrera sin arriesgarse a que alguien lo advirtiera y empezara a perseguirlo. A sus espaldas resonó el conocido golpeteo de sandalias de los soldados, que comenzaban a tomar posiciones y a detener a la gente en la calle buscando armas y rostros sospechosos.

Unos legionarios lo rebasaron a la carrera, recorriendo a la gente con la mirada mientras llegaban al extremo opuesto de la calle para cerrarla. Tubruk se desvió por una bocacalle y después por otra procurando contener el pánico. Todavía no sabían a quién buscaban, pero tenía que afeitarse la barba tan pronto como se pusiera a salvo. Pasara lo que pasara, no podían atraparlo vivo. Al menos de momento, con suerte, quizá no lo relacionaran con la casa y la familia de Julio.

Mientras los soldados cerraban la calle, un hombre emprendió la carrera de repente tras arrojar el cesto de verduras que llevaba. Tubruk dio gracias a los dioses por la mala conciencia de aquel ser y procuró no mirar atrás cuando los soldados lo redujeron, aunque oyó con claridad el chillido de desesperación cuando le partieron la cabeza contra los adoquines de la calle. Siguió caminando y doblando esquinas apresuradamente hasta que, por fin, los gritos quedaron atrás. Aminoró el paso al sumergirse en las sombras del callejón al que Ferco le había dicho que se dirigiera. Al principio le pareció que no había nadie, pero después vio a su amigo salir de un portal sin luz indicándole con gestos que se acercara. Entró sin perder un momento, al borde de un ataque de nervios, y por fin se derrumbó en el sucio y angosto cuartucho que representaba la salvación, al menos de momento.

—¿Lo has hecho? —le preguntó, mientras Tubruk trataba de recobrar el aliento y rebajar el ritmo de las pulsaciones.

—Creo que sí. Mañana lo sabremos. Han cerrado las calles, pero he conseguido salir a tiempo. ¡Dioses, qué cerca he estado!

Ferco le dio una navaja de afeitar y le señaló un cuenco de agua fría.

—Ahora tienes que salir de la ciudad, amigo mío. Y eso no será fácil si Sila ha muerto. Si está vivo, será prácticamente imposible.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que tienes que hacer? —dijo Tubruk en voz baja al tiempo que se humedecía con agua la poblada barba que le tapaba la cara.

—Sí, aunque me duela.

—No tanto como me va a doler a mí. Hazlo rápidamente, en cuanto me haya

afeitado.

Se dio cuenta de que le temblaba el pulso al cortarse con la hoja de afeitar; maldijo en silencio.

—Déjame a mí —se ofreció Ferco, y le quitó la navaja. Durante unos minutos se hizo el silencio entre los dos, aunque a ambos les hervían los pensamientos.

—¿Saliste sin que te vieran? —preguntó Ferco pasando el afilado instrumento por la espesa barba. Tubruk tardó un rato en contestar.

—No. Tuve que matar a dos inocentes.

—La República puede soportar una salpicadura de sangre si la muerte de Sila devuelve la igualdad a Roma. No lamento lo que has hecho, Tubruk.

Tubruk guardó silencio mientras la navaja le rasuraba los últimos mechones de barba. Se frotó la cara con ojos tristes.

—Hazlo ahora que estoy amodorrado.

Ferco respiró hondo y se situó frente al viejo gladiador. No quedaba rastro del desgalichado Dalcio en su fuerte rostro.

—Quién sabe si... —dijo Ferco, dubitativo.

—Es la única forma. Ya lo hablamos. ¡Empieza! —Tubruk se agarró a los brazos de la silla cuando Ferco levantó el puño y empezó a golpearle la cara hasta destrozársela. Notó que la nariz se le quebraba por una fractura antigua y escupió en el suelo. Ferco jadeaba y Tubruk tosía y se estremecía.

—Sigue... un poco más —musitó sobreponiéndose al dolor, deseando que terminara.

Después, Ferco se llevaría a Tubruk a su casa y dejaría la habitación alquilada limpia de pruebas que delataran su presencia en ella. Lo encadenaría en una reata de esclavos que saldría de la ciudad, con la cara hinchada. El acto definitivo en el mercado de esclavos había sido firmar un resguardo de venta con su propio nombre. Ferco enviaría a un esclavo anónimo más a las tierras de labor, fuera de la ciudad, dispuesto a trabajar el resto de su vida deslomándose en el campo.

Finalmente, Tubruk levantó la mano y Ferco se detuvo resollando, asombrado del esfuerzo tan grande que le había supuesto la paliza. El hombre que ocupaba la silla no se parecía apenas al que había llegado de la calle. Se sintió satisfecho.

—Nunca pego a los esclavos —murmuró.

Tubruk levantó la cabeza lentamente.

—Ahora tampoco has pegado a un esclavo —dijo, tragando sangre.

Bruto se agachó sin aliento al amparo de un saliente de la roca. Los perseguidores llevaban arcos y, gracias a su vista de lince, había distinguido a dos arqueros, que se habían quedado retrasados mientras los demás trepaban con precaución hacia su posición. En cuanto Renio y él no tuvieran más remedio que dejarse ver, los



asaetearían y allí terminaría todo.

Se arrimó cuanto pudo a la oscura roca pensando frenéticamente. Estaba seguro de que uno de los arqueros era el marido de Livia, de modo que el hombre debía de estar convencido de la inocencia de ella, puesto que nadie se lo habría discutido. Seguro que lo recibiría en casa como a un héroe si volvía arrastrando el cadáver del romano tras de sí.

El recuerdo de la mujer lo animó momentáneamente. Sin duda, el soso de su marido jamás apreciaría lo que tenía.

Renio le había dado la daga, pues él prefería el peso contundente del *gladius*. Bruto esperaba con la espada envainada y un puñal en cada mano. Sabía que podría matar arrojándolos, pero no le darían ocasión de apuntar antes de que los arqueros lo localizaran. Correría un gran riesgo.

Asomó la cabeza por encima del saliente y comprobó las posiciones de los hombres que subían hacia él. Los arqueros dieron un grito de alarma a sus compañeros, pero Bruto ya se había ocultado de nuevo y cambiaba de apostadero. Desde allí, se irguió todo lo que pudo, lanzó un cuchillo centelleante y se arrojó al suelo inmediatamente.

Una flecha pasó zumbando y Bruto sonrió al oír el impacto del cuchillo en un cuerpo. Avanzó de nuevo al amparo del saliente, más cerca de Renio, con el segundo cuchillo preparado en la mano.

—Creo que solo le has hecho un rasguño —murmuró Renio.

Bruto lo miró con mala cara porque le hizo perder la concentración, pero se sonrojó al oír una sarta de maldiciones rabiosas que resonaron por encima del saliente.

—Y le has fastidiado —añadió Renio.

Bruto se tensó, listo para otro intento. Le habría encantado apuntar a uno de los arqueros, pero otro cualquiera podría sustituir al tirador, y además eran los que estaban más lejos del pequeño saliente que los ocultaba a Renio y a él.

Dio un salto y descubrió a uno que se había situado prácticamente encima de él. El hombre se quedó con la boca abierta ante la repentina aparición y Bruto le hundió la hoja en la desprotegida garganta; después volvió a agacharse y se alejó arrastrándose, levantando una polvareda.

Entonces, aparecieron dos más, armados de sendas espadas. Se incorporó para enfrentarse a ellos procurando no perder de vista a los arqueros y dificultarles el disparo con quiebros repentinos a izquierda y derecha.

Cuando ensartó al primer griego con el *gladius*, una flecha cortó el aire a la altura de sus piernas. Retuvo el cuerpo que se derrumbaba y lo utilizó a modo de escudo. A pesar de que estaba agonizando, el hombre gritaba y maldecía a Bruto, que lo paseaba de un lado a otro. Una flecha cayó del cielo, se le clavó al moribundo en la espalda y

el hombre le escupió sangre a Bruto en la cara. Bruto maldijo, echó el cadáver en brazos de su compañero y le clavó el *gladius* en la entrepierna, estocada clásica de la legión romana. Cayeron silenciosamente sobre los arbustos y las flores y Bruto se encontró de pronto mirando al esposo de Livia en el momento en que este disparaba una flecha.

Empezó a moverse, pero la borrosa flecha lo alcanzó al darse la vuelta y lo tumbó boca arriba. La coraza lo salvó y bendijo a los dioses por su suerte sin dejar de rodar sobre sí mismo. Cuando se detuvo, pudo ver cómo Renio tumbaba al esposo de Livia de un puñetazo antes de enfrentarse al último perseguidor, que estaba aterrorizado y le apuntaba temblorosamente con el arco.

—Calma, muchacho —le dijo Renio—. Vete a buscar tu caballo y vuelve a casa. Si disparas, te arranco el gaznate a mordiscos.

Bruto avanzó un paso hacia Renio, pero el viejo gladiador lo detuvo levantando una mano.

—Sabe lo que tiene que hacer, Bruto. Dale un poco de tiempo —dijo Renio con claridad. El joven negó con un gesto sin dejar de apuntar, aunque estaba pálido y nervioso. El esposo de Livia se retorció en el suelo y Renio le plantó el pie en la garganta para que no se moviera.

—Ya habéis librado vuestra batalla, muchachos, ahora volved a casa a impresionar a vuestras mujeres con el suceso. —Renio pisó con más fuerza la garganta del marido de Livia, de modo que el hombre, ahogándose, empezó a arañarle el pie.

El arquero bajó el arco y retrocedió un par de pasos.

—Suéltalo —dijo con un acento muy marcado.

Renio se encogió de hombros.

—Primero, suelta tú el arco.

El joven dudó el tiempo suficiente para que el esposo de Livia se pusiera morado, pero por fin arrojó el arco con estrépito por encima de las rocas que se levantaban tras de sí. Renio retiró el pie y dejó que el esposo de Livia se levantara tambaleándose y resollando. El viejo gladiador no se movió mientras los dos griegos se alejaban.

—¡Esperad! —dijo Bruto de repente, y todos se quedaron inmóviles—. Tenéis tres caballos que no os hacen falta ahí abajo. Quiero dos.

Cornelia estaba sentada con la espalda recta y los ojos brillantes de preocupación ante Antonido, al que llamaban «el perro de Sila».

Sabía que era un hombre despiadado y que observaba el menor cambio de su expresión mientras la interrogaba con una concentración que daba miedo. No había oído nada bueno del general de Sila y tuvo que hacer un esfuerzo por no mostrar temor ni alivio ante las noticias que le dio. La niña dormía en sus brazos. Había

decidido que se llamaría Julia.

—Cinna, tu padre, ¿sabe que estás aquí? —le preguntó con una voz que la atenazaba, taladrándola con la mirada.

Negó levemente con la cabeza.

—No creo. Sila mandó buscarme a casa de mi esposo, fuera de la ciudad. Llevo días ya esperando en estas habitaciones con mi hija, y solo he visto esclavos.

El general frunció el ceño como si las palabras no le sonaran a verdad, pero no dejó de mirarla a los ojos.

—¿Por qué te llamó Sila?

Tragó saliva nerviosamente porque sabía que él lo veía todo. ¿Qué podía decirle? ¿Qué Sila la había violado mientras la niña lloraba a su lado? Podría reírse o, lo que es peor, pensar que pretendía manchar el gran nombre del dictador después de su muerte, y quizá la mandara matar.

Antonido la vio debatirse entre la preocupación y el temor, y sintió deseos de abofetearla. Era suficientemente bella para que resultara evidente por qué la había mandado llamar, aunque se preguntaba por qué a Sila le excitaría un cuerpo débil todavía después del parto.

Se preguntó si no sería su padre quien estaba detrás del asesinato y a punto estuvo de soltar una maldición al darse cuenta de que tenía que añadir otro nombre a la lista de enemigos. Los informadores le habían dicho que Cinna se encontraba en el norte de Italia por asuntos de negocios, pero podía haber mandado a asesinos desde allí. Se levantó de repente. Se enorgullecía de su instinto para detectar a los mentirosos, pero esa mujer o era tonta o no sabía nada.

—No te vayas de viaje. ¿Dónde estarás si necesito que vuelvas aquí?

Cornelia tardó un momento en sobreponerse a la euforia repentina. ¡Iban a soltarla! ¿Sería mejor volver a la casa de la ciudad o a la de la familia de Julio?

Lo más probable era que Clodia siguiera allí, en la casa de campo.

—Estaré fuera de la ciudad, en la casa donde fueron a buscarme.

Antonido asintió pensando ya en los problemas que se le planteaban.

—Lamento la tragedia —se obligó a decir.

—Los responsables lo lamentarán amargamente —dijo con dureza. Cornelia notó otra vez la intensa atención con que la escrutaba, y que la hacía parecer falsa a sus ojos.

Un momento después, Antonido cruzó el suelo de mármol. La niña se despertó y empezó a llorar de hambre. Sola y sin ayuda, Cornelia ofreció el pecho desnudo a la niña procurando contener las lágrimas.

## VII

Tubruk se despertó entumecido y rígido de frío en la oscura casa de esclavos. Alrededor, oía otros cuerpos que se movían, pero no había señales de que fuera a amanecer en la sala de las cadenas donde dormían y los preparaban para el viaje.

Desde los primeros momentos, cuando perfilaba los detalles con Ferco, era esa parte la que no se había permitido considerar con detenimiento. Parecía una nimiedad en comparación con la tortura y la muerte que le esperarían si el atentado contra la vida de Sila hubiera fallado, o si lo atrapaban en la huida. Podía esperar sufrimiento en formas tan diversas que la noche y el día que pasaría como esclavo no había tenido lugar en sus pensamientos; prácticamente lo había olvidado.

Miró alrededor y distinguió siluetas homogéneas en la oscuridad. Notaba el peso de los grilletes de hierro que le sujetaban las muñecas a una cadena gastada que hacía ruido al menor movimiento. Procuraba no acordarse de lo que había sentido la primera vez, pero la memoria le devolvió aquellas noches, aquellos días y aquellos años hasta que se apiñaron y murmuraron de tal forma que se hacía difícil no gritar. Algunos de los encadenados lloraban en silencio, el sonido más triste que Tubruk había oído en su vida.

Podían haberlos traído de tierras lejanas, o quizá los habían condenado por delitos o deudas. Había mil maneras, pero nacer para la esclavitud era la peor de todas, lo sabía. De pequeños, podían correr y jugar felizmente ignorantes, hasta alcanzar la edad suficiente para comprender que no tenían más futuro que ser vendidos.

Se respiraba el aire de los establos: aceite y paja, sudor y cuero, animales humanos limpios que nada poseían, sino que eran posesiones de otro. Se incorporó un poco y se apoyó en las cadenas. El resto de los esclavos creía que Tubruk era uno más, culpable de cualquier cosa que hubiera merecido semejante paliza. El centinela lo había calificado de alborotador por el mismo motivo. Solo Ferco sabía que era libre.

Pero ese pensamiento no lo confortaba. No bastaba con decirse a sí mismo que se encontraba a un corto viaje de la casa de Julio y de la libertad. Si lo toman a uno por esclavo y se está encadenado en la oscuridad, incapaz de levantarse siquiera, ¿dónde queda la preciada libertad? Si un hombre libre se ve atado a una reata de esclavos, es un esclavo, y Tubruk sintió el antiguo miedo sin nombre que sintiera en esa misma habitación muchos años antes. Comer, dormir, levantarse y morir según el capricho de otro: había vuelto a lo mismo y todos los años de orgullo por haberse ganado la libertad parecían cenizas.

—¡Qué cosa tan frágil! —dijo, solo por oírse la voz; su vecino se despertó con un gruñido y casi lo tira al suelo al levantarse. Tubruk desvió la mirada y agradeció la oscuridad. No quería que la luz entrara por las altas ventanas y les iluminara el rostro

a todos. Estaban destinados a una vida corta y brutal en los campos, trabajando hasta que se cayeran y no pudieran levantarse. Y eran igual que él. Quizás uno o dos fueran escogidos por su fuerza o su velocidad y recibieran entrenamiento para el circo. En vez de terminar la vida como aguadores tullidos o víctimas de la enfermedad, desangrarían su futuro en la arena hasta el final. Quizás uno o dos tuvieran hijos y verían cómo se los llevaban al mercado tan pronto como crecieran.

La luz llegó lentamente, a su pesar, pero los encadenados esclavos no se movieron, ajenos a todo en su confinamiento. Para muchos, la única señal de vigilia era un leve ruido de la cadena al moverse. Con la luz llegó el desayuno y siguieron esperando pacientemente.

Tubruk se tocó la cara y se estremeció al palpar la hinchazón provocada por los puñetazos de Ferco la noche anterior. El centinela se había sorprendido cuando lo metieron en la habitación. Ferco jamás había sido cruel, de modo que el guardia dedujo que Tubruk tenía que haberlo insultado de gravedad para haber merecido semejante paliza justo la víspera de ser enviado a sus nuevos dueños.

Naturalmente, nadie preguntó nada. Aunque los esclavos pasaran solo unos pocos días en la casa, mientras Ferco buscaba la forma de sacarles el mayor provecho, eran tan propiedad suya como la silla en la que se sentaba o la ropa que vestía.

Les dieron un cuenco lleno de una bazofia de verduras hervidas y pan, y Tubruk metió los dedos en ella en el momento en que abrieron la puerta de nuevo y entraron tres soldados con Ferco. Tubruk bajó la cabeza, como los demás; no se atrevía a cruzarse con otra mirada ni por casualidad. Un murmullo de interés recorrió la habitación, pero Tubruk no se sumó. Suponía por qué se presentaban los soldados allí y el vientre se le contrajo por la tensión. A esas horas, ya habrían hablado con todo el personal de cocina de la casa de Sila y habrían descubierto que faltaba un tal Dalcio. Ferco dijo que comprobarían toda la mercancía al salir de la ciudad, pero no esperaba que fueran a efectuar un registro tan a fondo, incluso en la habitación de los esclavos, antes de ponerse en marcha.

A la luz grisácea de la mañana, Tubruk pensó que lo descubrirían inmediatamente, pero los soldados circularon sin prisa entre los esclavos, que seguían entregados a su desayuno, cumpliendo meticulosamente con la tarea encomendada. Pues que cumplieran, pensó Tubruk con amargura. Si no lo descubrían aquí pero lo identificaban después, a la salida, recibirían un castigo severo. Se preguntó si Sila habría tomado el veneno, aunque no lo sabría a ciencia cierta hasta pasados unos días o incluso unas semanas si el Senado decidía retrasar la noticia. El pueblo de Roma apenas veía al dictador, excepto de lejos, por encima de una multitud. El pueblo seguiría como siempre, sin saber, y si Sila sobrevivía, quizá jamás llegarían a tener noticia del atentado.

Una mano ruda lo agarró por la barbilla mientras masticaba la comida lentamente.

Se dejó levantar la cabeza y se encontró con la mirada dura de un legionario joven. Tragó el bocado procurando adoptar una expresión de indiferencia.

El soldado silbó.

—A este lo han inflado a patadas —dijo en voz baja.

Tubruk pestañeó con nerviosismo, a pesar de la hinchazón de los párpados.

—Insultó a mi esposa, oficial —dijo Ferco—. Yo mismo le administré el castigo.

—¿Tú? —El legionario siguió su ronda.

Tubruk apartó la mirada con el corazón en un puño al darse cuenta, ya tarde, de que había mirado fijamente al soldado, cuando no tendría que haberlo hecho.

—Yo le habría rajado las tripas si hubiera insultado a la mía —dijo el legionario, y le soltó la barbilla.

—¿Y perder mis ganancias? —replicó Ferco rápidamente.

El oficial miró a Ferco con desdén y escupió una palabra.

—¡Comerciantes!

Pasó al siguiente acompañado por Ferco y Tubruk limpió el cuenco apretándolo entre las manos para ocultar el temblor del alivio. Unos minutos después, los soldados ya se habían ido y entraron los centinelas, que los pusieron de pie a patadas y los prepararon para atarlos al carro que los llevaría fuera de Roma, hacia un nuevo hogar y una nueva vida.

Julio apretó la cabeza contra los barrotes de la pequeña celda de la trirreme y cerró el ojo izquierdo para ver mejor. Si lo abría, veía borroso y la cabeza le dolía, y eso prefería retrasarlo todos los días cuanto fuera posible. Tomó una gran bocanada de aire y se volvió hacia los demás.

—Un puerto, definitivamente. El aire es caliente y huele a fruta o especias. Diría que es África.

Después de un mes en la atestada penumbra, esas palabras causaron cierto interés en los romanos, que estaban sentados o recostados en los laterales de madera de su prisión. Julio los miró, suspiró y volvió a su lugar arrastrando los pies y apoyándose con mucho cuidado para no cargar peso sobre el brazo roto.

El mes había sido duro para todos. Les habían negado cuchillas de afeitar y agua para lavarse, de modo que los soldados, tan exigentes con el aseo en circunstancias normales, componían una tripulación sucia, andrajosa y barbuda.

El cubo que les habían dado para sus necesidades estaba lleno a rebosar y envuelto en una nube de moscas zumbonas. Estaba en una esquina destinada solo al cubo, pero rezumaba un líquido que se extendía por el suelo y los prisioneros no tenían nada con que limpiarse. Cuando más apretaba el calor, el aire se saturaba de un penetrante olor a enfermedad; dos legionarios habían contraído unas fiebres que Cabera apenas podía mantener bajo control.

El viejo curandero hacía cuanto podía por ellos, pero lo cacheaban a fondo cada vez que bajaba a llevarles comida o a visitar a los enfermos. Los piratas todavía le daban mucho trabajo con sus propias dolencias, y Cabera decía que era evidente que no habían tenido curandero a bordo desde hacía años.

A Julio empezaba a rondarle el dolor de cabeza y dejó escapar un gemido. Le dolía desde que había recobrado la conciencia, le minaba la voluntad y la fuerza y le hacía hablar bruscamente a los demás. Todos estaban irritables y la disciplina de siempre se había ido erosionando día a día en la penumbra, hasta el punto de que Gaditico había tenido que interponerse más de una vez para detener una pelea cuando los ánimos se exaltaban.

Con los ojos cerrados, el dolor de cabeza desaparecía, pero Cabera le había dicho que no dejara de utilizar el ojo enfermo, que dedicara unas horas al día a mirar de cerca y de lejos; de lo contrario, lo habría perdido para siempre cuando por fin salieran de nuevo al sol. Tenía que creer que aquello terminaría. Volvería a Roma, con Cornelia, y el sufrimiento sería solo un recuerdo. De algo servía imaginar que ya se había convertido en realidad, que estaba sentado al sol en el muro de su casa, enlazando a Cornelia por la esbelta cintura y con el viento limpio y fresco de la montaña enredándole el cabello. Cornelia le preguntaría cómo había sido todo entre la mugre y el hedor de la celda y él le quitaría importancia. Deseaba poder recordar su rostro con mayor detalle.

Levantó la mano y se la miró bizqueando, después miró hacia la puerta atrancada y repitió el ejercicio varias veces hasta que el dolor de cabeza le retumbaba en la sien izquierda. Dejó caer la mano y cerró los ojos al estado de deterioro en que se encontraba, después de un mes de raciones que, si bien les preservaban de la muerte, no servían para gran cosa más. ¡Qué no habría dado por notar una ostra fría garganta abajo! Sabía que era una estupidez torturarse de ese modo, pero veía ostras constantemente, reales como si las tuviera delante y con una claridad como antes del combate en el *Accipiter*.

No recordaba nada de aquel día. Según su memoria, había pasado en un momento de estar sano y fuerte a estar destrozado y dolorido, y cuando recobró la conciencia, los primeros días lo invadía la rabia por cuanto le habían arrebatado. Había perdido la visión en un ojo el tiempo suficiente como para creer que no la recuperaría nunca y que jamás podría volver a blandir la espada con destreza de ninguna clase.

Suetonio le había dicho que los tuertos no podían ser buenos guerreros, y Julio ya había descubierto que a veces fallaba al querer tocar una cosa, que se quedaba manoteando en el aire por no haber calculado bien la distancia. Al menos, eso lo había recuperado con la visión completa, aunque le enfurecía ver borrosos los perfiles con el ojo izquierdo y siempre sentía el impulso de frotárselo para aclarar la vista. Justo en ese momento fue a frotárselo, pero se detuvo a tiempo sabiendo que de nada

serviría.

El dolor de cabeza encontró otra vía en el cerebro y se abrió paso hasta ese punto, donde siguió martilleando en sintonía con el primero. Julio deseó que se quedara allí y no aumentara. La idea de lo que había empezado a sucederle era un temor que apenas comenzaba a experimentar, pero ya en tres ocasiones el dolor, siempre en aumento, había estallado en luces intermitentes y cegadoras que lo consumían, y se había despertado con un amargo sabor de bilis amarilla en la boca, en medio de su propia inmundicia, mientras Gaditico le sujetaba en el suelo denodadamente. En el primer ataque, se había mordido la lengua tanto que se había atragantado con su propia sangre, pero a partir de entonces tenían preparada una tira de tela mugrienta, arrancada a la túnica, que le colocaban entre los dientes cuando, ciego, tenía convulsiones.

Todos los malolientes soldados de ojos enrojecidos levantaron la cabeza al oír pasos en los estrechos peldaños que bajaban de cubierta. Se abalanzaban sobre cualquier cosa que se saliera de la rutina y rompiera el aburrimiento infinito, e incluso los dos más febriles se incorporaron un poco a mirar, aunque uno de ellos volvió a dejarse caer, exhausto.

Era el capitán, que casi resplandecía de salud y limpieza en comparación con los hombres del *Accipiter*. Era suficientemente alto como para tener que agachar la cabeza al entrar en la celda, acompañado de otro hombre armado de espada y daga, listas para rechazar un ataque repentino.

Si la cabeza no le hubiera martilleado con tanta intensidad, Julio se habría reído de tanta precaución. Los romanos, sin el entrenamiento cotidiano, habían perdido fuerza. Todavía le sorprendía la rapidez con que la musculatura se debilitaba por falta de práctica. Cabera les había enseñado a mantenerse fuertes empujándose unos a otros, pero no parecía que funcionase muy bien.

El capitán, respirando justo lo necesario, advirtió el cubo rebosante de excrementos. Tenía la tez curtida, llena de arrugas de tanto entrecerrar los ojos al destello del mar a lo largo de los años. Hasta la ropa desprendía un olor fresco, y Julio deseó tan intensamente salir al aire y a los espacios abiertos que el corazón se le aceleró.

—Hemos llegado a un puerto seguro. Es posible que dentro de seis meses os soltemos una noche solitaria, tras obtener rescate por vosotros. —El capitán hizo una pausa para calibrar el efecto de sus palabras. La sola alusión al final del encarcelamiento atrajo todas las miradas sobre su persona.

»Ahora, el problema delicado es la cantidad que vamos a pedir —prosiguió en un tono tan agradable como si se dirigiera a un grupo de conocidos, y no a unos soldados que le habrían hecho trizas a mordiscos si hubieran tenido fuerza suficiente.

»No puede ser tanto que vuestros seres queridos no puedan pagarlo. Eso no nos



sirve de nada. Sin embargo, no creo que fuerais sinceros si os pidiera que me dijerais cuánto pagarían vuestras familias por vosotros. ¿Lo entendéis?

—Lo entendemos perfectamente —dijo Gaditico.

—Es preferible que lleguemos a un acuerdo, creo. Cada uno me dirá su nombre, graduación y fortuna, luego pensaré que mentís y añadiré lo que considere correcto. Podríamos decir que es un juego.

Nadie respondió, pero todos se acordaron de todos sus dioses y el odio se reflejó con claridad en sus caras.

—Bien, empecemos. —Señaló a Suetonio, que le llamó la atención porque se estaba rascando los piojos, que dejaban heridas rojas en el cuerpo.

—Suetonio Prando. Soy oficial de guardia, el grado inferior. Mi familia no tiene propiedades que vender —dijo, con la voz ronca y espesa por falta de uso.

El capitán lo escrutó con la mirada, entrecerrando los ojos. Igual que los demás, estaba tan desmejorado que no inspiraba ideas de riqueza. Julio entendió que el capitán simplemente pretendía divertirse a su costa; se regodeaba en el placer de humillar a los arrogantes oficiales romanos con un regateo con el enemigo. Sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer? Si el pirata pedía demasiado y las familias no podían pedir préstamos o, lo que es peor, se negaban a pagar, solo les quedaría una muerte rápida. Era difícil no seguir el juego.

—Creo que, por el grado inferior, pediré dos talentos... quinientos en oro.

Suetonio resopló, aunque Julio sabía que su familia no tendría dificultad en pagar esa suma, ni diez veces más.

—¡Dioses! ¡No tienen tanto dinero! —exclamó Suetonio. Su mal aspecto hacía más creíble el comentario.

El capitán se encogió de hombros.

—Ruega a tus dioses que consigan la suma; de lo contrario, te tiraremos por la borda con una cadena al cuello que te retenga en el fondo.

Suetonio se retiró aparentemente desesperado, aunque Julio sabía que se tendría por más listo que el pirata.

—¿Y tú, centurión? ¿Pertenece a una familia rica? —preguntó el capitán.

Gaditico lo fulminó con la mirada antes de contestar.

—No, mi familia no es rica, pero diga lo que diga, a ti te dará igual —replicó malhumorado, y apartó la mirada.

El capitán se quedó pensando.

—Creo que... sí, por un centurión, no menos que un capitán como yo mismo... sería un insulto pedir menos de veinte talentos. Eso son unos cinco mil en oro, creo. Sí.

Gaditico hizo caso omiso, pero pareció hundirse un poco de desesperación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el capitán a Julio.

Pensó en no responder, pero, de pronto, el dolor de cabeza lo fustigó y le provocó un acceso de furia.

—Me llamo Julio César. Estoy al mando de veinte hombres. Y soy el cabeza de una rica hacienda.

El capitán enarcó una ceja y los demás murmuraron incrédulos unos con otros. Julio cruzó una mirada con Gaditico y este le hizo una clara señal negativa.

—¡El cabeza de una rica hacienda! Es un honor conocerte —dijo el capitán burlonamente—. Quizá veinte talentos sea tu precio también.

—Cincuenta —dijo Julio enderezando la cabeza.

El capitán parpadeó y su actitud segura vaciló.

—Eso son doce mil monedas de oro —dijo, sobrecogido de satisfacción.

—Que sean cincuenta —replicó Julio con firmeza—. Cuando te encuentre y te mate, necesitaré fondos. Al fin y al cabo, estoy lejos de casa. —A pesar del dolor de cabeza, logró exhibir una sonrisa feroz.

El capitán se recuperó rápidamente de la sorpresa.

—Tú eres el que se partió la cabeza. Seguro que te dejaste el juicio en la cubierta de mi nave. Pediré cincuenta, pero si no llegan, el mar es grande y sabrá retenerte en sus entrañas.

—No tan grande como para esconderte de mí, hijo de puta —replicó Julio—. Clavaré a tus hombres en cruces por toda la costa. A tus oficiales, quizá los estrangule por piedad. Tienes mi palabra.

Los soldados estallaron en una salva de aplausos y carcajadas delante del capitán, el cual enrojeció de rabia. Por un momento, pareció dispuesto a entrar hasta el fondo de la celda a golpear a Julio, pero se dominó y echó una mirada sarcástica al coro que clamaba.

—Os pondré un precio alto a todos. ¡A ver si entonces aplaudís! —gritó para hacerse oír por encima de las burlas, y se marchó con su hombre, el cual cerró y atrancó la puerta desde fuera sacudiendo la cabeza con incredulidad hacia Julio entre los barrotes.

Cuando ya nadie podía oírlos, Suetonio se acercó a Julio.

—¿Por qué has hecho eso, imbécil? ¡Por tu estúpido orgullo nuestras familias se hundirán en la ruina!

Julio se encogió de hombros.

—Fijará el precio que le parezca oportuno, igual que antes de bajar aquí, aunque puede que pida cincuenta por mí, para vengarse.

—César tiene razón —dijo Gaditico—, solo estaba jugando con nosotros. —De pronto, se rió—. ¡Cincuenta! ¿Visteis la cara que puso? ¡Llevas a Roma contigo, muchacho! —La risa dio paso a la tos, pero siguió sonriendo.

—Creo que te has equivocado de truco —continuó Suetonio, y otro par de

hombres se sumaron a su opinión.

—Ha matado a un montón de romanos y ha hundido el *Accipiter*, ¿y te crees que tenemos que jugar a lo que él quiera? Te escupiría si tuviera saliva —le espetó Julio—. Y lo que le he dicho es cierto. En cuanto sea libre, lo buscaré y acabaré con él. Aunque tarde años, me verá la cara antes de morir.

Suetonio fue hacia él gritando furiosamente, pero Pelitas lo detuvo cuando pasó a su lado.

—Siéntate, idiota —le gruñó, y lo empujó hacia atrás—. De nada sirve pelear entre nosotros. Además no se ha recuperado del todo todavía.

Suetonio se sentó con una mueca que Julio pasó por alto, y se rascó indolentemente bajo la tablilla del brazo, pensando. Se fijó en los hombres enfermos que yacían en la paja húmeda y apestosa.

—Este sitio acabará con nosotros —dijo.

Pelitas asintió.

»Sabemos que tienen dos centinelas en la escalera. Tendremos que pasar por encima de ellos. Ahora que hemos atracado, quizá valga la pena intentarlo.

—Quizá —dijo Julio—, pero no son descuidados. Aunque consiguiéramos sacar la puerta de sus goznes, echan el cerrojo a la escotilla desde arriba cada vez que alguien viene aquí, aunque sea Cabera. No sé cómo podríamos romperla tan rápidamente como para salir sin darles tiempo a reaccionar.

—Podríamos recurrir a la cabeza de Suetonio —dijo Pelitas—. Un par de golpes contundentes y uno de ellos cedería. De cualquier modo saldríamos ganando. —Julio se rió con Pelitas.

La noche siguiente, uno de los enfermos murió. El capitán dio permiso a Cabera para que sacara el cadáver y lo echara por la borda sin ceremonia. Los que quedaron se hundieron en la desesperación.

## VIII

—¡Estoy rodeado de mujeres! —dijo Tubruk alegremente cuando Aurelia, Cornelia y Clodia entraron inundando de vida y energía la silenciosa estancia. A lo largo de las semanas transcurridas desde que Fercó traspasara las puertas con él y le pusiera el resguardo de la venta en las manos, libres ya de cadenas, Tubruk había recobrado en gran medida la paz perdida en la ciudad. Reunirse todas las mañanas para almorzar se había convertido en una ceremonia y Tubruk empezaba a esperar con ganas el momento del ligero desayuno. Por la mañana, Aurelia se encontraba siempre en su mejor momento y, si no se equivocaba, entre ella, Cornelia y Clodia se había entablado una auténtica amistad. No se habían vuelto a oír risas en la casa desde antes de la rebelión de los esclavos, pero ahora alegraban a Tubruk con frecuencia.

Con el tiempo, la cara se le había curado, aunque lucía una cicatriz nueva en el ojo izquierdo como recuerdo del tormento pasado. Se acordaba del alivio que le había procurado ver a los legionarios romanos vestidos de negro en las calles de la ciudad, señal de luto que los ciudadanos tendrían presente un año completo por la muerte del dictador. Ni siquiera entonces el paño negro parecía acompañar el estado de ánimo de Roma. Fercó le había contado que se respiraban aires frescos en el Senado, de la mano de Cinna y Pompeyo, que trabajaban por restaurar la antigua República y enterrar los fantasmas de reinado que Sila había sacado a las calles.

El administrador de la propiedad solo viajaba a la ciudad en contadas ocasiones, y siempre con precaución. Pensaba que era poco probable que llegaran a relacionarlo algún día con el envenenamiento del dictador de Roma, pero solo hacía falta una acusación para que el Senado destrozara la casa y las tierras en busca de pruebas. Si descubrían a Fercó y lo torturaban, el tratante de esclavos lo entregaría a los soldados, estaba seguro. El hombre amaba a su familia, y el honor y la amistad no podían nada ante eso. De todas formas, habían hecho lo que tenían que hacer y lo habían hecho bien, aunque no volvería a conocer un día de paz completa mientras los amigos y partidarios de Sila siguieran buscando al asesino.

Un mes después, Tubruk se puso una gruesa capa y se fue a la ciudad a hacer unas ofrendas en los templos de Marte y Vesta, en agradecimiento por la vida de Cornelia. También rezó por el espíritu de Casaverio y del centinela que había matado en la puerta.

Cornelia tenía a la niña sentada en el regazo y, de vez en cuando, Clodia le hacía cosquillas en las axilas para que se riera. Las risitas infantiles de Julia hacían sonreír incluso a Aurelia; Tubruk untó mantequilla en el pan, conmovido por una mezcla de emociones. Se alegraba de que Aurelia hubiera recuperado un poco de felicidad, había pasado mucho tiempo entre hombres serios. La primera vez que tomó a su nieta en brazos, lloró sin gemir, derramando lágrimas espontáneas.

Sin embargo, su salud se había deteriorado visiblemente, y le dolía; esa mañana no había desayunado con todos. Suavemente, acercó un plato de pan recién hecho a su lado de la baja mesa y sus miradas se cruzaron un instante. Aurelia tomó una rebanada, partió un poquito y lo masticó despacio bajo la mirada de Tubruk. Aurelia había dicho que la comida le provocaba ataques, le daba náuseas y la hacía vomitar. No tenía apetito, y antes de que él comenzara a vigilarla de cerca, había perdido peso de forma alarmante y apenas probaba bocado.

Se estaba consumiendo ante sus ojos y, le dijera lo que le dijera cuando se quedaban a solas, ella solo lloraba y decía que no podía comer, que no tenía espacio en el estómago para la comida.

Clodia hizo cosquillas a la niña y recibió en respuesta un súbito eructo de leche regurgitada. Las tres mujeres se levantaron como una sola para ayudarla a limpiarlo y Tubruk también, con una sensación de exclusión que no le afectaba en absoluto.

—Me gustaría que su padre estuviera aquí y la viera crecer —dijo Cornelia con nostalgia.

—Volverá, cariño —dijo Tubruk—. Cuando piden rescate por alguien, tienen que mantenerlo vivo; si no, se acaba el negocio. Para ellos no es más que un trato comercial. Julio volverá a casa, ahora que Sila ha muerto, y podrá empezar de nuevo.

Daba la impresión de que esas palabras alimentaban las esperanzas de Cornelia más que las suyas propias. Pasara lo que pasase, Tubruk sabía que, aunque Julio regresara, no sería el mismo después de todo lo vivido. El joven que se había enrolado en un barco huyendo de Sila había muerto. Estaba por ver quién regresaría. La vida sería más difícil para todos después de pagar tan elevado rescate. Había tenido que vender algunas tierras a la familia de Suetonio, que había regateado cruelmente a la baja a sabiendas de la necesidad en que se encontraban por la exigencia de rescate por su propio hijo. Tubruk suspiró. Al menos, se alegraba de tener una hija y el cariño de su esposa. Era más de lo que él mismo poseía.

Miró a Clodia y vio que ella lo miraba a su vez con una expresión que le concentró la sangre en la cara como si fuera un niño. Le guiñó un ojo antes de volverse para ayudar a Cornelia, y le invadió una curiosa sensación de incomodidad. Sabía que ya tendría que estar fuera, con los asalariados que esperaban sus órdenes, pero se quedó sentado, tomó otra rebanada de pan y se la comió lentamente con la esperanza de que volviera a mirarlo de la misma forma.

Aurelia se balanceó un poco, Tubruk se le acercó inmediatamente y la tomó por los hombros. Estaba muy pálida, parecía de cera. Notó la falta de músculo bajo la estola y una tristeza profunda lo embargó, como de costumbre.

—Tendrías que descansar —le dijo en voz baja—. Te llevaré algo de comer más tarde.

No le respondió; tenía la mirada perdida. Conducida por Tubruk, se alejó de la

mesa a pasos inseguros y débiles. Todo su cuerpo se estremecía entre las manos de Tubruk, empezaba el temblor que la dejaba cada vez más endeble.

Cornelia y Clodia se quedaron solas con la niña, que tironeaba del vestido de su madre buscando el pezón.

—Es un buen hombre —dijo Clodia mirando la puerta por donde habían salido.

—Lástima que esté viejo ya para casarse —replicó Cornelia ingenuamente.

Clodia apretó la mandíbula.

—¿Viejo? Todavía es fuerte para lo que hace falta —dijo con voz cortante. Entonces vio el brillo de los ojos de Cornelia y se ruborizó—. Ves más de lo que corresponde, mi niña. Anda, da el pecho a tu hija.

—Siempre tiene hambre —dijo Cornelia, y se estremeció cuando la niña encontró lo que buscaba y le hundió la carita en el pecho.

—Por eso los queremos tanto —dijo Clodia, y cuando Cornelia la miró, vio que le asomaban lágrimas a los ojos.

En la fresca penumbra del dormitorio, Tubruk sujetó firmemente a Aurelia hasta que el ataque cesó. Le ardía la piel, y el fiel administrador sacudió la cabeza al percibir su extrema delgadez una vez más. Por fin, ella lo reconoció de nuevo y él la recostó con cuidado sobre unos cojines mullidos.

La había asistido por primera vez la noche del funeral de su esposo y, desde entonces, se había convertido en una especie de rito entre ellos. Tubruk sabía que a ella le confortaba su fuerza, y en esos últimos días había disminuido la cantidad de golpes que se daba contra los muebles o el suelo gracias al fuerte abrazo con que Tubruk le sujetaba los brazos desmandados durante los ataques. Vio que respiraba con dificultad y nuevamente se preguntó cómo era posible que cupiera tanta fuerza en un cuerpo tan consumido.

—Gracias —musitó con los ojos entreabiertos.

—No hay de qué darlas. Te traigo algo fresco de beber y te dejo descansar.

—No quiero que te vayas, Tubruk —le dijo.

—¿No dije que me ocuparía de ti? Estaré aquí tanto tiempo como me necesites —dijo, procurando imprimir un tono alegre a la voz.

Aurelia abrió los ojos por completo y volvió la cabeza hacia él.

—Julio dijo que se quedaría conmigo, pero se marchó. Y también mi hijo se ha marchado.

—A veces, los dioses se burlan de nuestras promesas, cariño, pero tu esposo era un hombre honrado y tu hijo volverá pronto sano y salvo, si es que lo conozco un poco.

Aurelia cerró los ojos otra vez y Tubruk esperó a que el sueño la venciera para salir sigilosamente de la estancia.

Mientras las tormentas barrían la costa, la trirreme atracada cabeceaba y se bamboleaba con fuerza a pesar del refugio que la pequeña bahía africana le proporcionaba, lejos de tierras romanas.

Varios oficiales sufrían arcadas, a pesar de tener el estómago vacío. Los que conservaban en el estómago un poco de agua de la escasa ración diaria procuraban no perder ni una gota apretándose la boca fuertemente. Nunca tenían suficiente y, con el calor sofocante que hacía, el cuerpo solo ansiaba humedad de cualquier clase. Casi todos recogían su propia orina en las manos y se bebían el líquido templado de nuevo lo más rápido posible, antes de que se perdiera.

A Julio no le afectaba el balanceo del barco y le divertía que Suetonio estuviera pasándolo tan mal, tumbado con los ojos cerrados, gimiendo en voz baja, con las manos en el estómago.

A pesar del mareo, en la estrecha celda reinaba un optimismo desconocido. El capitán había mandado a un hombre a comunicarles que había llegado el rescate de todos ellos, después de recorrer tierra y mar hasta un lugar secreto, desde donde un intermediario de los piratas lo había transportado en la última etapa del largo recorrido, hasta el remoto puerto en el que se encontraban. A Julio le pareció una pequeña victoria que el capitán no hubiera bajado personalmente a decírselo. Hacía meses que no habían vuelto a verle, desde el día en que quiso atormentarlos, y eso les alegraba a todos. De haber bajado él, quizá le hubiera sorprendido ver lo que pasaba. Los romanos habían superado la última fase de la cautividad y se estaban fortaleciendo.

El grupo desesperado de los primeros meses aguardaba ahora con paciencia el momento de la libertad. La fiebre se había llevado a dos más, por lo que el sofocante hacinamiento se había paliado un poco. Después, la voluntad renovada de sobrevivir se debía en parte a Cabera, que había logrado por fin que les aumentaran un poco la ración. La negociación había sido peligrosa, pero el anciano sabía que poco más de la mitad de los cautivos llegaría a la libertad a menos que se les proporcionara más alimento e higiene, de modo que se había plantado en cubierta negándose a atender a un solo pirata más hasta que le dieran algo a cambio. En esos momentos, el capitán padecía una virulenta erupción contraída en el puerto y apenas protestó antes de aceptar. Con la comida llegó la esperanza y los hombres empezaron a creer que podían volver a ver Roma y a ser libres. Las encías hinchadas y sangrantes mejoraron y Cabera obtuvo permiso para darles una taza de sebo blanco del barco para limpiarse las heridas.

También Julio tuvo algo que ver. Cuando le retiraron la tablilla, le horrorizó la pérdida de tejido muscular del brazo e inmediatamente comenzó a hacer los ejercicios que Cabera le prescribía. Era un tormento en el reducido espacio, pero organizó a los

oficiales en dos grupos de cuatro y cinco respectivamente. Mientras unos se apiñaban el máximo posible en un rincón durante una hora, los otros disponían de espacio libre para luchar y levantarse unos a otros como pesos muertos, de modo que los músculos recuperaran la fuerza perdida; y después, cedían al otro grupo el turno de trabajo y sudor. Habían volcado el cubo de los excrementos innumerables veces, pero iban recuperando fuerza y ninguno más contrajo fiebres.

Los dolores de cabeza eran menos frecuentes, también, aunque los peores le quitaban incluso el habla. Sus compañeros sabían que tenían que dejarlo en paz cuando perdía el color y cerraba los ojos. Hacía dos meses del último ataque, y Cabera dijo que tal vez hubiera sido el último. Julio rogaba porque fuera cierto. El recuerdo de la enfermedad de su madre le inspiraba un gran temor a esa debilidad que lo arrastraba y lo sumía en las tinieblas.

La noticia de que la nave se disponía a largar velas rumbo al lugar solitario de la costa donde los desembarcarían regocijó tanto a los oficiales del *Accipiter* que Pelitas llegó a abrazar a Suetonio. Todavía no habían podido afeitarse y tenían un aspecto salvaje, pero charlaban sobre fantasías en casas de baño y masajes con aceites.

Era curioso cómo cambiaban las cosas. Julio, que había soñado con ser un general como Mario, pensaba ahora en la higiene personal como un placer mayor. De todos modos, la idea de matar a los piratas no había cambiado. Los otros hablaban de volver a la ciudad, pero él sabía que no podría mientras el dinero de su familia estuviera navegando por ahí en la bodega de una nave pirata. La rabia le había sostenido durante la enfermedad y el dolor que le producía el ejercicio intenso, y se había obligado a hacer más cada día sabiendo que tenía que estar fuerte si no quería que la palabra que le había dado al capitán se la llevara el viento.

El movimiento de la trirreme cambió lentamente y los romanos vitorearon en voz baja mientras el bamboleo se hacía más regular; oyeron la señal dada a los remeros y el barco empezó a mecerse en mar abierto.

—¡Volvemos a casa! —dijo Prax sorprendido, con voz temblorosa. La palabra ejerció un poder misterioso y uno de los hombres empezó a llorar. Los demás apartaron la mirada, cohibidos, aunque habían visto cosas peores en los últimos meses de vida juntos. En ese tiempo, la situación entre los legionarios había cambiado mucho; Gadítico se preguntaba si serían capaces de volver a trabajar juntos, como tripulación, incluso si dispusieran del *Accipiter* entero y a flote. Habían mantenido cierta apariencia de disciplina, Prax y él habían arreglado las disputas y evitado las peleas, pero la conciencia que cada cual tenía del rango de los demás se había ido erosionando poco a poco, a medida que se regían por reglas nuevas y descubrían nuevos puntos fuertes y débiles.

Pelitas y Prax habían entablado una amistad sólida, cada uno veía en el otro lo que de flemática visión de la vida tenía, a pesar de la diferencia de edad. La



prominente panza de Prax había desaparecido en la celda, y en su lugar solo había músculos endurecidos por las semanas de ejercicios con sus compañeros. Julio tenía la impresión de que las nuevas esperanzas lo alegrarían tan pronto como pudiera afeitarse y bañarse. Sonrió al pensarlo y se rascó la herida de la axila.

Gaditico lo había pasado mal con la mar picada del atracadero, pero recobró el color en cuanto el barco empezó a surcar las olas, en vez de cabecear en ellas. Julio había llegado a respetarlo y apreciarlo de una forma que se echaba de menos en la obediencia ciega al rango superior. Había mantenido al grupo unido y parecía agradecido por lo que Julio y Cabera habían hecho por todos.

Suetonio no había mejorado en el cautiverio. Había visto el vínculo que se establecía entre Pelitas, Prax, Julio y Gaditico, y le amargaba que Julio estuviera incluido. Durante un tiempo, trabó amistad con los otros cuatro oficiales y se establecieron dos bandos. Julio los había aprovechado para competir uno contra otro en los entrenamientos diarios y, un día, uno de los oficiales le había dado un cachete a Suetonio cuando este lo amonestaba en voz baja.

Poco después, Cabera consiguió llevarles la primera comida aceptable que habían visto desde el principio, y todos lo aclamaron. Fue un gesto debido a la fuerza de la costumbre que el anciano pasara la fruta a Julio para que la repartiera. Suetonio no veía el momento de recobrar la libertad y que cada cual asumiera su lugar en el escalafón; ansiaba que Julio volviera a darse cuenta de que no era más que un oficial de poca graduación.

Dos semanas después de zarpar del puerto, los sacaron de la celda en la oscuridad y los dejaron frente a una playa desconocida sin armas ni víveres. El capitán los saludó con una inclinación de cabeza cuando subieron a bordo de un pequeño bote que los llevaría a la playa, donde las olas rompían con estrépito.

—Adiós, romanos. Me acordaré de vosotros cada vez que gaste una moneda vuestra —dijo riéndose. Ellos no respondieron, aunque Julio se quedó mirándolo fijamente, como grabándose cada uno de los rasgos de su cara. Le enfurecía que no hubieran permitido que Cabera se fuera con ellos, aunque ya sospechaba que lo retendrían. Era un motivo más para buscar al capitán y abrirle el gaznate.

En la playa les cortaron las ataduras y los marineros retrocedieron con cautela, esgrimiendo los puñales.

—Ahora, no hagáis ninguna estupidez —les advirtió uno de ellos—. Solo es cuestión de tiempo que encontréis la forma de volver a casa. —Luego subieron al bote y bogaron a buen ritmo hacia la trirreme, que era una silueta negra contra el mar iluminado por la luna.

Pelitas se agachó a coger un puñado de arena y la frotó entre los dedos.

—No sé vosotros, muchachos, pero yo voy a darme un baño —dijo, y se desprendió de la ropa infestada en un arranque repentino. Un minuto después, solo

quedaba Suetonio en la playa, pero sus compañeros, entre gritos y risas, lo arrastraron finalmente al agua con ropa y todo.

Con el puñal, Bruto despellejó las liebres que le habían comprado a un campesino y las destripó. Renio había encontrado unas cebollas silvestres que, con el pan crujiente y el medio pellejo de vino, compondrían un banquete apropiado para su última noche al raso. Estaban a menos de un día de Roma y la venta de los caballos les había proporcionado beneficios.

Renio echó unas gruesas astillas a la fogata y se tumbó tan cerca como pudo, disfrutando del calor.

—Pásame el vino, muchacho —dijo con sosiego.

Bruto le quitó el tapón al pellejo, se lo pasó y se quedó mirando cómo apuntaba el pitorro hacia la boca y tragaba.

—Yo que tú me lo tomaría con calma —dijo Bruto—. No te sienta bien el vino, y no quiero que te líes a pelear conmigo ni que empieces a llorar ni nada de eso.

Renio no le hizo el menor caso y respiró al bajar el pellejo.

—Es bueno volver a casa —dijo.

Bruto llenó la pequeña taza hasta el borde y se tumbó al otro lado de la hoguera.

—Sí. No me había dado cuenta de cuánto la echaba de menos hasta que el vigía avistó tierra. Entonces se me vino todo encima.

Sacudiendo la cabeza al recordar, removió el guiso con el puñal. Renio levantó la cabeza y la apoyó en la mano.

—Has recorrido un gran trecho desde que eras el niño al que entrenaba. Creo que nunca te he dicho lo orgulloso que me sentí cuando te nombraron centurión de la Puño de Bronce.

—Se lo dijiste a todo el mundo menos a mí. Pero al final me enteré —replicó Bruto con una sonrisa.

—¿Y ahora vas a ser el hombre de Julio? —dijo Renio, echando un vistazo a la cazuela hirviente.

—¿Por qué no? Vamos por el mismo camino, ¿recuerdas? Eso dijo Cabera.

—A mí me dijo lo mismo —musitó Renio, y probó el guiso con un dedo. Aunque hervía sin lugar a dudas, no se inmutó, como si no notara el calor.

—Pensé que por eso volvías conmigo. Podrías haberte reenganchado en la Puño, si hubieras querido.

Renio se encogió de hombros.

—Quería volver al centro de las cosas.

Bruto sonrió al hombretón.

—Ya lo sé. Ahora Sila ha muerto, ha llegado nuestra hora.

## IX

—No sé de qué me hablas —dijo Ferco. Forcejeaba con las cuerdas que lo ataban a la silla, pero no cedían ni un ápice.

—Creo que sabes con exactitud de qué estoy hablando —dijo Antonido, tan inclinado sobre él que sus caras casi se rozaban—. Tengo un don especial que me permite saber cuándo me cuentan una mentira. —Aspiró por la nariz dos veces y, de repente, Ferco recordó que le llamaban «el perro de Sila».

»Y tú apestas a mentiras —prosiguió con una mueca burlona—. Sé que tuviste algo que ver, así que simplemente dímelo y no tendré que llamar a los torturadores. No tienes escapatoria, tratante. Nadie te ha visto arrestado y nadie sabrá que has hablado. Dime solamente quién ordenó el asesinato y dónde está el asesino, y saldrás de aquí indemne.

—Llévame ante el Tribunal de Justicia. Encontraré quien me represente y demuestre mi inocencia —dijo Ferco con voz temblorosa.

—¡Ah, claro! Eso te gustaría, ¿verdad? Días perdidos en conversaciones inútiles mientras el Senado intenta demostrar que tiene una ley para cada caso. Aquí abajo, en esta habitación, no hay ley. Aquí abajo el recuerdo de Sila está vivo.

—¡No sé nada! —gritó Ferco, y Antonido se retiró unas pulgadas para alivio del tratante.

El general movió la cabeza con pesar.

—Sabemos que el asesino se hacía llamar Dalcio. Sabemos que hacía tres semanas que había entrado en el servicio de la cocina. El registro de la venta ha desaparecido, naturalmente, pero hubo testigos. ¿Crees que nadie vería al propio representante de Sila en el mercado? Tu nombre, Ferco, sale a colación una y otra vez.

Ferco palideció. Sabía que no saldría de allí con vida. No volvería a ver a sus hijas. Al menos, no se encontraban en la ciudad. Había mandado a su mujer fuera cuando los soldados fueron a pedirle el registro del mercado de esclavos, pues comprendió lo que sucedería y sabía que no podía huir con ellas si quería que no las alcanzaran los lobos que los amigos de Sila mandarían a buscarle.

Había aceptado cierto riesgo, pero después de quemar los documentos de la venta, creyó que jamás establecerían el vínculo entre tantos otros miles. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿La culpa te desborda? ¿O es que te han descubierto? —preguntó Antonido incisivamente. Ferco miró al suelo sin decir nada. No se creía capaz de soportar la tortura.

Los hombres que entraron a una orden de Antonido eran soldados veteranos, serenos e impávidos respecto a lo que tenían que hacer.

—Quiero que le saquéis nombres —les dijo Antonido. Se volvió a Ferco y le levantó la cabeza, hasta que sus miradas volvieron a encontrarse—. Una vez que estos hombres empiecen, se necesita un gran esfuerzo para detenerlos. Disfrutan con estas cosas. ¿Quieres decir algo antes de que empiecen?

—La República bien vale una vida —dijo Ferco con los ojos brillantes.

Antonido sonrió.

—La República ha muerto, pero es un placer encontrarse con un hombre de principios. Veamos cuánto te duran.

Ferco trató de alejarse cuando las primeras esquirlas de metal ejercieron presión sobre su piel. Antonido se quedó mirando un rato, fascinado; después fue empalideciendo poco a poco y se estremeció al oír los sonidos ahogados y contenidos que emitía Ferco mientras los dos hombres trabajaban inclinados sobre él. Les hizo señas de que continuaran y salió apresuradamente, ansioso por respirar el aire fresco de la noche.

Era peor que todo lo que había vivido hasta entonces, una agonía de humillación y terror. Miró a uno de ellos y se le torció la boca al abrirla para hablar, aunque veía borroso y no distinguía sino sombras imprecisas de dolor y luz.

—Si amáis a Roma, dadme muerte. Dadme una muerte rápida.

Los dos hombres se detuvieron un momento e intercambiaron una mirada; después reanudaron el trabajo.

Julio temblaba sentado en la arena con sus compañeros, hasta que la aurora llegó por fin a darles calor. Habían remojado la ropa en el mar para quitarle lo peor de los meses de fétida oscuridad y se la habían vuelto a poner.

El sol salió enseguida; en silencio, contemplaron el glorioso primer amanecer desde la derrota del *Accipiter*. La playa era una estrecha franja de arena que se extendía por un litoral desconocido. La densa vegetación llegaba al borde mismo del agua y continuaba hasta donde alcanzaba la vista, a excepción de un ancho sendero que se abría a media milla y que Prax encontró cuando hacían un reconocimiento de la zona. No tenían idea de dónde los había desembarcado el capitán, pero seguramente habría un poblado en las cercanías. Para que los rescates se convirtieran en una fuente regular de ingresos era importante que los prisioneros volvieran a la civilización, y por eso sabían que la zona no estaría deshabitada. Prax estaba seguro de que se trataba del norte de África. Reconoció algunos árboles, pero las aves que surcaban el cielo no se parecían a las de Roma.

—Es fácil que nos encontremos cerca de un asentamiento romano —les dijo Gaditico—. Hay cientos a lo largo de la costa y no creo que seamos los primeros

prisioneros que liberan aquí. Creo que habrá posibilidades de embarcar en un mercante y llegar a Roma antes del final de verano.

—Yo no pienso volver —dijo Julio en voz baja—. Así no, sin dinero y cubierto de harapos. Pienso cumplir lo que le dije al capitán.

—¿Qué posibilidades tienes? —replicó Gaditico—. Aunque contaras con una nave tripulada, pasarías meses buscando a un pirata entre tantos.

—Oí a un centinela llamarlo Celso. Aunque no sea su verdadero nombre, me sirve para empezar. Sabemos cómo es su nave, alguien lo conocerá.

Gaditico enarcó las cejas.

—Mira, Julio. Me gustaría volver a encontrarme con ese malnacido tanto como a ti, pero es imposible. No me importó que te enfrentaras a ese idiota en su nave, pero la verdad es que no tenemos ni una espada entre todos, ni dos monedas que entrechocar.

Julio miró fijamente al centurión.

—Entonces, empezaremos por hacernos con espadas y dinero, tripulación y una nave para perseguirlos. Una cosa detrás de otra.

Gaditico le sostuvo la mirada y captó la voluntad férrea que la alimentaba.

—¿Empezaremos? —dijo en voz baja.

—Lo haré solo si es preciso, aunque tardaré más. Si seguimos unidos, tengo algunas ideas para recuperar nuestro dinero y volver orgullosos a Roma. Me niego a volver humillado por la derrota.

—Tampoco a mí me seduce volver en estas condiciones —replicó Gaditico—. El oro del rescate habrá hundido a mi familia en la miseria. Se alegrarán de verme sano y salvo, pero todos los días tendré que contemplar el deterioro que habrá sufrido su vida. Si no se trata de un sueño, escucharé esas ideas tuyas. Oír todo lo que tengas que decir no le hará daño a nadie.

Julio le apretó el hombro al centurión y después se dirigió a los demás.

—Y vosotros, ¿qué decís? ¿Queréis volver como perros apaleados o esperar unos meses más y recuperar lo perdido?

—Habrá mucho más que nuestro oro a bordo —terció Pelitas lentamente—. No habrán podido dejarlo a buen recaudo en ninguna parte, de modo que es muy posible que encontremos también la plata de la legión en la bodega.

—Pero ¡esa plata pertenece a la legión! —le cortó Gaditico remedando su antigua autoridad—. No, muchachos. Yo no seré un ladrón. La plata de la legión lleva el sello de Roma. Todo ese dinero volverá a los que se ganaron la soldada.

Los demás asintieron; les parecía justo.

Suetonio intervino súbitamente, con incredulidad.

—Estáis hablando como si tuviéramos el oro aquí, no en una nave lejana que jamás volveremos a ver mientras estemos perdidos y hambrientos.

—Tienes razón —dijo Julio—. Ahora es mejor que nos pongamos en marcha por ese sendero. Es demasiado ancho como para ser solo de animales, seguro que hay un poblado por aquí cerca. Volveremos a hablar cuando podamos sentirnos romanos otra vez, con el estómago lleno y sin estas barbas malolientes.

El grupo se levantó y se dirigió al claro entre la vegetación siguiendo a Julio; Suetonio se quedó solo, con la boca abierta. Unos momentos después, la cerró y echó a correr detrás de ellos.

Los dos torturadores guardaron silencio mientras Antonido miraba la ruina en que habían convertido a Ferco. Se estremeció por empatía con el cadáver destrozado y se alegró de haber podido descabezar un sueño durante el proceso.

—¿No dijo nada? —preguntó asombrado—. ¡Por las barbas de Júpiter! ¡Hay que ver lo que le habéis hecho! ¿Cómo habrá podido soportarlo?

—Quizá no supiera nada —contestó uno de los impávidos torturadores.

Antonido sopesó la respuesta un momento.

—Quizá. Ojalá hubiéramos podido traer aquí a sus hijas, así estaría convencido.

Parecía fascinado por las heridas e inspeccionó el cadáver minuciosamente, fijándose en cada corte y en cada quemadura. Silbó suavemente.

—Asombroso. Nunca le habría creído tan valeroso. ¿Ni siquiera intentó dar nombres falsos?

—Nada, general. No nos dijo una sola palabra.

Los dos sicarios intercambiaron una mirada de nuevo, a espaldas del general, cuando este se agachaba sobre el cadáver atado a la silla. Fue un instante de comunicación antes de retomar su actitud neutra.

Varro Emiliano recibió a los andrajosos oficiales en su casa con una sonrisa resplandeciente. Aunque hacía quince años que se había retirado de la legión, siempre era un placer encontrarse con los jóvenes que los piratas dejaban en su reducida franja costera. Le recordaban el mundo exterior, fuera de su pequeño poblado, tan lejano que no incidía para nada en su pacífica vida.

—Tomen asiento, señores —dijo, indicándoles unos *triclinios* desgastados. Habían sido de calidad en otra época, pero el tiempo se había llevado el brillo de la tapicería, advirtió con pesar. Aunque a esos soldados no les importaría, pensó, mientras se acomodaban donde les había dicho. Solo dos se quedaron de pie, y dedujo que serían los jefes. Esos pequeños detalles le agradaban.

—A juzgar por vuestro aspecto, diría que habéis sido secuestrados por los piratas que infestan estas costas —dijo en un tono impregnado de compasión. Se preguntó qué le dirían si supieran que el pirata Celso frecuentaba la aldea y llevaba a su viejo

amigo noticias y rumores de las ciudades.

—Sí, este asentamiento está intacto —dijo el más joven de los dos.

Varro lo miró atentamente y advirtió la intensidad de los ojos azules. Uno de los ojos tenía el centro grande y oscuro, y parecía calar su actitud animosa y penetrar en su verdadera persona. A pesar de las barbas, todos tenían un aspecto más erguido y fuerte que los míseros grupos que Celso solía dejar en las cercanías cada dos años. Se aconsejó precaución a sí mismo mientras no estuviera seguro de la situación. Al menos, sus hijos aguardaban fuera, bien armados y listos para atender su llamada. Valía la pena ser cauto.

—Suelen dejar a los raptados en estas costas. Estoy seguro de que les conviene que los cautivos regresen a la civilización para que los rescates no dejen de llegar. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Aquí nos dedicamos a cultivar la tierra. Roma nos la dio como retiro tranquilo, no para luchar contra los piratas. Ese trabajo corresponde a las galeras, en mi opinión. —Con las últimas palabras, les hizo un guiño pensando que el joven sonreiría o se avergonzaría por haber fracasado en su deber. Pero la mirada fija no se alteró y el buen humor de Varro empezó a disiparse.

»La aldea es pequeña y no tenemos baños públicos, pero os acogerán en alguna casa privada y os prestarán cuchillas.

—¿Y la ropa? —dijo el mayor de los que estaban de pie.

Varro cayó en la cuenta de que no sabía los nombres y parpadeó. No era la forma en que se desarrollaban habitualmente esas conversaciones. El último grupo prácticamente se había deshecho en lágrimas, sentado en esos mismos *triclinios*, al encontrar a un romano en tierras tan extrañas, en una casa de piedra bien construida.

—¿Eres el oficial al cargo? —preguntó Varro mirando al más joven.

—Yo era el capitán del *Accipiter*, pero no has contestado a mi pregunta —replicó Gaditico.

—No disponemos de ropa para vosotros, me temo... —comenzó Varro.

El joven se abalanzó sobre él, lo agarró por la garganta y lo levantó del asiento. El hombre se atragantó de miedo repentinamente al verse arrastrado hasta la mesa y empujado contra ella, mirando a esos ojos azules que parecían conocer todos los secretos.

—Vives en una casa muy lujosa para dedicarte a cultivar la tierra —le silbó Julio—. ¿Pensabas que no íbamos a darnos cuenta? ¿Qué rango tenías? ¿Con quién serviste?

—Era centurión, serví con Mario —dijo con voz ronca—. ¿Cómo te atreves...? —Las manos lo apretaron con más fuerza y se le cortó la voz. Apenas podía respirar.

—Tu familia era rica, ¿verdad? Hay dos hombres escondidos ahí fuera, ¿quiénes son?

—Mis hijos...

—Llámalos. Vivirán, pero no quiero emboscadas cuando salgamos de aquí. Morirás antes de que lleguen a tu lado si das la alarma. Tienes mi palabra.

Varro le creyó y llamó a sus hijos tan pronto como recuperó la respiración. Se quedó mirando horrorizado cómo los desconocidos se acercaban inmediatamente a la puerta, inmovilizaban a sus hijos al entrar y les quitaban las armas. Quisieron gritar, pero una serie de puñetazos los dejó sin sentido.

—Os equivocáis. Aquí llevamos una vida pacífica —dijo Varro con un hilo de voz.

—Tienes hijos. ¿Por qué no han vuelto a Roma a unirse a los ejércitos como sus antepasados? ¿Qué los retiene aquí? ¿Una alianza con Celso y otros de su calaña?

El joven oficial se dirigió a los soldados que sujetaban a los hijos de Varro.

—Llevadlos fuera y cortadles la garganta —dijo.

—¡No! ¿Qué quieres de mí? —replicó Varro inmediatamente.

Los ojos azules volvieron a clavarle la mirada.

—Quiero espadas y todo el oro que te pagan los piratas por garantizarles un refugio. Quiero ropa para los hombres, y corazas si las tienes.

Varro trató de asentir con la garganta todavía aprisionada en la mano del joven oficial.

—Lo tendrás todo, aunque dinero no hay mucho —dijo, abatido.

La mano apretó un poco más un segundo.

—No me engañes —dijo el joven.

—¿Quién eres? —preguntó Varro con una vocecilla silbante.

—Soy el sobrino del hombre al que juraste servir hasta la muerte. Me llamo Julio César —dijo quedamente.

Julio le dejó incorporarse con una expresión severa e imponente, aunque interiormente brincaba de contento. ¿Cuánto tiempo hacía que Mario le había dicho que, a veces, el soldado tiene que dejarse guiar por el instinto? Desde el momento en que puso el pie en la pacífica aldea y advirtió la pulcritud de la calle principal y las casas, sabía que Celso no la habría respetado sin mediación de un pacto. Se preguntó si sucedería lo mismo en todos los asentamientos marítimos y se sintió culpable por unos breves momentos. La ciudad mandaba a los legionarios retirados a esas costas lejanas, les asignaba unas tierras y esperaba que se las arreglaran por sí mismos y mantuvieran la paz con su mera presencia. ¿De qué forma podrían sobrevivir sino pactando con los piratas? Quizás algunos se hubieran negado al principio, pero los habrían matado, y los que llegaron después no tuvieron alternativa.

Miró a los hijos de Varro y suspiró. Esos legionarios retirados tenían hijos que jamás habían visto Roma, pero se enrolaban en las naves piratas cuando llegaban. Se fijó en la tez oscura de los jóvenes, en sus rasgos, mezcla de África y Roma. ¿Cuántos habría como ellos, desconocedores de las lealtades de sus padres? Jamás



podrían ser campesinos, igual que él, con todo el mundo por delante.

Varro se frotaba la garganta sin dejar de observar a Julio, tratando de adivinarle el pensamiento; se desalentó al ver que la mirada del extraño se posaba en sus queridos hijos. Temía por ellos. Percibía la ira del joven oficial incluso en ese momento.

—No tuvimos dónde escoger —dijo—. Celso nos habría matado.

—Tenías que haber mandado mensajes a Roma contando lo que sucedía con los piratas —replicó Julio, distante, pensando en otra cosa.

Varro casi suelta una carcajada.

—¿Crees que a la República le importa lo que nos ocurra? Nos hacen creer en sus sueños cuando somos jóvenes y fuertes, y podemos luchar por ellos, pero cuando eso se acaba, nos olvidan y convencen a otra generación de insensatos, mientras que el Senado se enriquece y engorda a costa de las tierras remotas que hemos conquistado en su nombre. Estábamos solos e hice lo que tenía que hacer.

Su ira era justa. Julio lo miró y lo vio más erguido.

—Se puede poner fin a la corrupción —dijo—. Con Sila a la cabeza, el Senado se está muriendo.

Varro sacudió la cabeza lentamente.

—Hijo, la República se estaba muriendo ya mucho antes de que llegara Sila, pero tu juventud te impide comprenderlo.

Varro se dejó caer en el asiento frotándose la garganta todavía. Julio miró a sus compañeros del *Accipiter* y vio que todos estaban pendientes de él, aguardando pacientemente.

—¿Y bien, Julio? —dijo Pelitas en voz baja—. ¿Qué hacemos ahora?

—Recoger lo que necesitemos e ir a la aldea siguiente, y después a la siguiente. Esta gente tiene una obligación hacia nosotros por permitir que los piratas medren con su apoyo. No dudo que haya muchos otros en las mismas circunstancias —replicó, refiriéndose a Varro.

—¿Crees que puedes seguir así? —dijo Suetonio, horrorizado de lo que estaba pasando.

—Desde luego. La próxima vez tendremos espadas y ropa decente. No seré tan severo.

## X

Tubruk impulsó el hacha con ligereza y la clavó en el roble agonizante. Una esquirla de madera viva saltó con el hachazo, pero las ramas secas demostraban que había llegado el momento de echarlo abajo. No tardaría en llegar al centro del tronco; estaba seguro de que lo encontraría podrido. Llevaba más de una hora trabajando y el sudor le empapaba el *bracae* de lino, que se le pegaba al cuerpo. Se había quitado la túnica una vez que hubo entrado en calor, y no tenía necesidad de ponérsela de nuevo a pesar del viento que soplaba en el bosque. El sudor, al secarse, le refrescaba y se sentía en paz. Era difícil dejar de pensar en los problemas administrativos de la finca después de pagar el rescate, pero los dejó a un lado y se concentró en el movimiento del hacha y el golpe de la pesada hoja de hierro.

Hizo una pausa, jadeante, y apoyó las manos en el largo mango de la herramienta. En otra época, era capaz de manejar el hacha un día entero, pero ahora hasta el vello del pecho se le había vuelto de un color gris invernal. Quizá fuera una locura seguir forzándose tanto, aunque la vejez se adueñaba más rápidamente de quienes se sentaban a esperarla, y el ejercicio le ayudaba al menos a mantener el vientre plano.

—¡Cuántas veces me subí a ese árbol! —dijo una voz a sus espaldas. Tubruk se sobresaltó con el rompimiento del silencio del bosque y dio media vuelta con el hacha en las manos.

Allí estaba Bruto, sentado en un tocón, cruzado de brazos y con la sonrisa de siempre iluminándole la mirada. Tubruk soltó una alegre carcajada y dejó el hacha apoyada en el grueso tronco del roble. Ninguno dijo nada, pero Tubruk se acercó a él y, envolviéndolo en un fuerte abrazo, lo levantó del tocón.

—¡Por todos los dioses, Marco! ¡Qué placer volver a verte, muchacho! —dijo, tras soltarlo—. Has cambiado. ¡Has crecido! A ver que te mire...

El viejo gladiador dio un paso atrás y le levantó la túnica.

—Llevas armas de centurión. Has prosperado.

—La Puño de Bronce —replicó Bruto—. Invicta, aunque a punto estuvimos de ser derrotados en un par de ocasiones cuando yo estaba al mando.

—Lo dudo. ¡Dioses, qué orgulloso me siento! ¿Has vuelto a quedarte o estás de paso?

—Mi destino llegó a su fin. Pero quiero hacer unas cuantas cosas en la ciudad antes de enrolarme en otra legión.

Hasta ese momento, Tubruk no se había dado cuenta de que el joven iba cubierto de polvo.

—¿Cuánto has caminado?

—Medio mundo, o eso me parece. A Renio no le gusta gastar dinero en caballos, pero encontramos un par de jamelgos a cambio de una modesta cantidad.

Tubruk soltó una risita, recogió el hacha y se la echó al hombro.

—Entonces, ¿ha vuelto contigo? Pensaba que había renunciado a su casa de la ciudad cuando se la incendiaron en la revuelta.

Bruto se encogió de hombros.

—Se ha ido a vender la parcela y a buscar una casa de alquiler.

Tubruk sonrió al recordar.

—Ahora Roma está muy tranquila para él. Seguro que no le gustará nada. —Le dio una palmada en el hombro—. Ven conmigo. Tu antigua habitación está exactamente como la dejaste, y un buen baño con estropajo te quitará el polvo del camino hasta de los pulmones.

—¿Julio ha vuelto? —preguntó.

Tubruk pareció encogerse un poco, como si el hacha le pesara más de repente.

—Tuvimos que reunir una suma para rescatarlo cuando los piratas tomaron su galera. Todavía no sabemos si está a salvo.

Bruto lo miró con asombro.

—¡Dioses! ¡No sabía nada! ¿Lo hirieron?

—No hemos tenido noticias. Lo único que nos llegó fue la orden de pago del rescate. Tuve que pagar también a unos guardianes que custodiaran la suma hasta el barco, en la costa. Cincuenta talentos, pidieron.

—No sabía que la familia tuviera tanto dinero —dijo Bruto en voz baja.

—Ahora ya no. Tuvimos que vender todos los negocios y parte de las tierras. Solo quedan los ingresos de la cosecha. Pasaremos unos años difíciles, pero hay suficiente para vivir.

—Ha tenido mala suerte. De sobra, para una vida entera.

—Dudo que le dure mucho. Julio y tú sois iguales. Siempre se puede volver a hacer dinero si se vive lo suficiente. ¿Sabías que Sila ha muerto?

—Me enteré, sí. Hasta en Grecia iban de negro los soldados en los puertos. ¿Es cierto que lo envenenaron?

Tubruk frunció el ceño un momento y miró a lo lejos antes de contestar.

—Es cierto. Se había ganado muchos enemigos en el Senado. Antonido, su general, todavía está buscando a los asesinos. No creo que renuncie nunca.

Mientras hablaba, pensaba en Ferco y en los días espantosos que siguieron a la noticia de su detención. Tubruk jamás había experimentado un miedo como entonces, esperando una columna de soldados que marcharan a buscarlo y volvieran con él a la ciudad para juzgarlo y ejecutarlo. Pero no habían llegado, y Antonido seguía investigando e interrogando. Tubruk ni siquiera se atrevía a buscar a la familia de Ferco, por si «el perro de Sila» los tenía bajo vigilancia, pero había jurado pagar la deuda como fuera. Ferco había sido un amigo de verdad, y además creía en la República con un apasionamiento que había sorprendido al viejo gladiador cuando le

contó el plan para acabar con Sila. No hizo falta convencerlo.

—¿...Tubruk? —Bruto interrumpió sus pensamientos con una expresión de curiosidad.

—Lo siento. Estaba pensando en el pasado. Dicen que ha vuelto la República y que Roma es otra vez una ciudad bajo el imperio de la ley, pero no es cierto. Se muerden unos a otros para evitar que alguno reemplace a Sila. Hace muy poco, ejecutaron a dos senadores por traición con solo la palabra de quien los denunció. Sobornan, roban y regalan maíz a la plebe, que se llena las tripas y se va contenta a casa. Es una ciudad extraña, Marco.

Bruto le puso la mano a Tubruk en el hombro.

—No sabía que te preocupara tanto —le dijo.

—Siempre me ha preocupado, pero cuando era joven confiaba más. Creía que los hombres como Sila y Mario, sí, Mario, no podían hacerle daño, pero pueden. Pueden matarla. ¿Sabías que regalar el maíz arruina a los pequeños terratenientes? No pueden vender la cosecha. Ponen las tierras en venta y los senadores aumentan sus propiedades con ellas. Esos campesinos terminan en las calles de la ciudad recibiendo el mismo maíz que los arruinó.

—Con el tiempo, llegarán hombres mejores al Senado. Una generación nueva, como Julio.

La expresión de Tubruk se suavizó un poco, pero a Bruto le impresionaron la honda amargura y la profunda tristeza que acababa de presenciar. Tubruk siempre había sido un puntal de certidumbre en su infancia. Se esforzó en dar con las palabras adecuadas.

—Haremos de Roma una ciudad de la que te sientas orgulloso —afirmó.

Tubruk le apretó el brazo que le tendía.

—¡Ah, volver a ser joven! —dijo sonriendo—. Vamos a casa. A Aurelia le entusiasmará verte tan alto y tan fuerte.

—Tubruk. Yo... —vaciló—. No voy a quedarme mucho tiempo. Tengo dinero suficiente para alquilar una vivienda en la ciudad.

Tubruk lo miró y comprendió.

—Esta es tu casa. Siempre lo será. Quédate tanto tiempo como quieras.

El silencio se prolongó una vez más y siguieron caminando en dirección a la casa.

—Gracias. No estaba seguro de si darías por sentado que ahora me independizaría. Puedo, ya lo sabes.

—Ya lo sé, Marco —replicó Tubruk sonriente, y llamo para que les abrieran las puertas.

El joven sintió que le quitaban un peso de encima.

—Ahora me llaman Bruto.

Tubruk le tendió la mano y Bruto se la estrechó al estilo de los legionarios.

—Bienvenido a casa, Bruto —le dijo.

Lo llevó a las cocinas mientras le calentaban el agua para el baño y le señaló una silla al tiempo que empezaba a cortar carne y pan. También él estaba hambriento después del trabajo con el hacha, y comieron y charlaron con la soltura y la confianza de los viejos amigos.

Julio inspeccionaba a los seis nuevos reclutas con la sensación de que el sol le abrasaba la piel. El sol africano le recalentaba tanto la coraza que incluso quemaba al tacto. Soportar el roce en cualquier parte de la piel era un dolor hasta que podía librarse de él.

Su expresión no acusaba la incomodidad que sentía, pero al mirar a los hombres que había encontrado las primeras dudas empezaron a restarle concentración. Eran fuertes y aptos, pero ninguno había recibido instrucción militar. Para que el plan funcionase, necesitaba un contingente de cincuenta al menos, y había empezado a albergar las esperanzas de conseguirlos. El problema era que tenían que acatar órdenes y guerrear con la misma disciplina que los oficiales del *Accipiter* asumían plenamente. Tenía que inculcarles como fuera el simple hecho de que, sin disciplina, sucumbirían.

Físicamente eran imponentes, pero solo dos de los seis se habían ofrecido voluntarios en la última aldea. Esperaba que el número se incrementase a medida que aumentase el parecido con una verdadera media centuria romana, pero los cuatro primeros se habían presentado debido a su insistencia y todavía estaban enfadados. En la segunda aldea, le pareció que los habitantes se alegraban de librarse del más alto de todos, y Julio supuso que se trataba de un alborotador. Siempre adoptaba una expresión de burla que irritaba a Julio cada vez que lo veía.

Pensó que Renio los habría puesto en forma a baquetazos. Empezaría por ahí, pensando en lo que Renio habría hecho. Gaditico y el resto de la tripulación del *Accipiter* lo habían seguido hasta allí sin dar crédito a lo fáciles que habían sido las cosas a partir del primer asentamiento. Julio se preguntaba cuántos romanos de los centenares de casas de campo para retirados tendrían hijos aptos para la lucha. Podría formarse un ejército entre todos; lo único que hacía falta era que alguien les recordara la llamada de la sangre. Se detuvo al lado del alborotador y captó su mirada de curiosidad cortés pero ajena a todo temor o respeto. Destacaba por encima de casi todos y tenía los brazos y las piernas largos y ágiles, brillantes de sudor. Las insistentes moscas que tanto atormentaban a los oficiales del *Accipiter* no parecían molestarle en absoluto y se mantenía bajo el sol abrasador como una estatua. Hasta cierto punto, le recordó a Marco. El hombretón recordaba a un romano hasta en el último detalle, pero el latín que hablaba era una mezcla corrupta de dialecto y expresiones africanas. Julio sabía que su padre había muerto y le había dejado la casa

de campo, que él había descuidado casi hasta la ruina. Solo, habría muerto en cualquier reyerta o se habría enrolado con los piratas cuando se le terminaran las últimas reservas de dinero y vino.

¿Cómo se llamaba? Julio se enorgullecía de aprender los nombres rápidamente, como le había visto hacer a Mario, quien los llamaba a todos por su nombre; sin embargo, ante la fría mirada, al principio no lograba acordarse. Pero de pronto se acordó. Les había dicho que lo llamaran Ciro, nada más. Seguramente no sabía que era nombre de esclavo. ¿Qué haría Renio con él?

—Necesito a hombres capaces de luchar —dijo, mirando profundamente a los ojos castaños que le sostenían la mirada sin pestañear.

—Yo soy capaz —contestó Ciro con total aplomo.

—Necesito a hombres capaces de controlarse en momentos de crisis —prosiguió Julio.

—Yo soy... —empezó a decir Ciro.

Julio le dio un sonoro bofetón en la cara. La cólera brilló en sus ojos oscuros, pero no se movió; los músculos de su torso desnudo se movieron como los de un gran felino. Julio se le acercó más.

—¿Te gustaría empuñar la espada? ¿Te gustaría destriparme? —le susurró con voz ronca.

—No —contestó Ciro, y recobró la calma al momento.

—¿Por qué no? —preguntó Julio, sin saber cómo alterarlo.

—Mi padre... decía que un legionario tenía que saber controlarse.

Julio no se movió de donde estaba, aunque los pensamientos le asaltaban a toda velocidad. Ahí tenía la clave.

—En el asentamiento donde te encontramos no sabías controlarte, ¿verdad? —dijo, con la esperanza de haber acertado respecto a la relación de Ciro con los aldeanos. El hombretón no decía nada y Julio esperaba pacientemente, pues le parecía mejor no interrumpirle.

—Entonces no..., no era legionario —dijo Ciro.

Julio lo escrutó con la mirada buscando la insolencia que esperaba detectar. No la halló y, en silencio, maldijo al Senado por perder a hombres como Ciro, que soñaban con ser legionarios pero desperdiciaban la vida en un país extranjero.

—No eres legionario —dijo Julio lentamente, y vio que Ciro iba a protestar por esas palabras—, pero puedo convertirte en legionario. Aprenderás lo que es la fraternidad conmigo y de mí, y pisarás las calles de la lejana ciudad con la cabeza alta. Si alguien te detiene, di que eres soldado de César.

—Sí —dijo Ciro.

—Señor.

—Sí, señor —repitió, erguido en toda su estatura.

Julio se retiró unos pasos y se dirigió a los demás reclutas, que aguardaban con los oficiales del *Accipiter*.

—Con hombres como vosotros no habrá nada que se nos resista. Sois hijos de Roma y os enseñaremos su historia y su orgullo. Os enseñaremos el manejo del *gladius* y las formaciones de combate, las leyes, las costumbres, la vida romana. Después llegarán otros y vosotros les enseñaréis, les demostraréis lo que significa ser de Roma. Ahora, en marcha. En la próxima aldea verán a legionarios cuando os miren.

La columna de a dos no estaba alineada ni seguía el paso, pero Julio sabía que todo eso mejoraría. Se preguntó si Renio habría visto las necesidades de esos hombres nuevos, pero desechó la idea. Renio no estaba, estaba él.

Gaditico esperaba con él y se unió a la marcha a su lado cerrando la retaguardia.

—Te obedecen —advirtió.

Julio se volvió rápidamente a él.

—Es lo que tienen que hacer si queremos dotar una nave y recuperar nuestros rescates.

Gaditico soltó un soplido suave y le dio una palmada a Julio en la coraza.

Julio se detuvo con un respingo.

—¡Oh, no! —murmuró—. Diles que les daremos alcance. ¡Rápido!

Gaditico dio la orden y se quedó mirando la doble fila de romanos que marchaba por el camino. Enseguida se perdieron de vista al dar la vuelta a un recodo y Gaditico, intrigado, se dirigió a Julio. Estaba pálido y con los ojos cerrados.

—¿Otro ataque? —le preguntó.

Julio asintió con debilidad.

—Antes de... el último ataque, noté un sabor a metal en la boca. Y ahora igual. —Carraspeó y escupió con gesto amargo—. No se lo cuentes. No les...

Gaditico lo asió antes de que se desplomara y lo sujetó cuando empezó a retorcerse y a convulsionarse cortando arcos en la vegetación del suelo a violentos golpes de sandalia. Las moscas, como si percibieran la debilidad, formaron una nube alrededor de ellos. Gaditico buscó algo que ponerle entre los dientes, pero el jirón de tela que utilizaban en el *Accipiter* había desaparecido. Arrancó una hoja gruesa y le colocó el fibroso tallo en la boca en el momento en que las mandíbulas se cerraban. El tallo aguantó y Gaditico se tumbó encima de él con todo su peso hasta que cesaron las convulsiones.

Por fin, cuando Julio pudo volver a sentarse, escupió el tallo, que prácticamente había taladrado. Se encontraba como si lo hubieran tumbado de un golpe. Se estremeció al comprobar que se le había vaciado la vejiga y aporreó el suelo con los puños furiosamente; las moscas se espantaron pero volvieron inmediatamente a acosar su piel desnuda.

—Creía que no se repetiría.

—A lo mejor este ha sido el último —dijo Gaditico—. Las heridas de la cabeza siempre son complicadas. Cabera dijo que todavía podía durar un poco.

—O toda la vida. Echo de menos a ese anciano —dijo Julio sombríamente—. Mi madre tenía ataques de epilepsia. No sabía cómo se siente uno. Es como si me estuviera muriendo.

—¿Puedes ponerte de pie? No quiero perder a los hombres, y, después de tu arenga, seguro que no se detienen en toda la mañana.

Le ayudó a levantarse y esperó a que respirase hondo unas cuantas veces, hasta que se serenó. Le habría gustado decirle palabras de consuelo, pero no era fácil dar con ellas.

—Lo superarás —dijo—. Cabera decía que eres fuerte, y no he visto nada que me haga pensar lo contrario.

—Es posible. Pongámonos en marcha. Me gustaría que no nos alejáramos del mar, así podré lavarme.

—Podemos decir que te conté un chiste y que te measte de risa —dijo Gaditico. Julio soltó una risita y el centurión le sonrió.

—¿Lo ves? Eres más fuerte de lo que crees. Dicen que Alejandro Magno tenía la enfermedad de las convulsiones.

—Sí, y Aníbal. No es el fin del mundo, es solo una carga.

Bruto procuró ocultar la impresión que le causó Aurelia cuando la vio, la mañana siguiente. Estaba blanca como la cal y delgada, con un entretejido de arrugas que no tenía cuando se fue a Grecia, hacía ya unos años.

Tubruk percibió su desconcierto y llenó los silencios de la conversación contándole a Aurelia todo lo que no preguntaba. El viejo gladiador no estaba completamente seguro de que hubiera reconocido a Bruto.

El silencio de Aurelia lo tapaban las risas de Clodia y Cornelia, que atendían a la hija de Julio después del desayuno. Bruto sonreía diligentemente a la niña y decía que se parecía a su padre, aunque en realidad no le encontraba parecido con ningún ser humano. Estaba incómodo en el *triclinio*; era consciente de que entre los presentes se habían formado unos vínculos que le excluían. Era la primera vez que se sentía como un intruso en la casa, y se entristeció.

Tubruk salió con Aurelia, aunque la mujer había desayunado muy poco, y Bruto intentó tomar parte en la conversación por todos los medios. Les habló de las mujeres de la tribu de las pieles azules contra la que había combatido los primeros meses que pasó con la Puño de Bronce en Grecia. Clodia se rió con el episodio del salvaje que había enseñado los genitales a los romanos, creyendo que estaba a salvo. Cornelia le tapó los oídos a Julia con las manos y Bruto se sonrojó de vergüenza.



—Lo siento. Suelo estar siempre en compañía de soldados. Hace ya un tiempo que no estaba en esta casa.

—Tubruk nos ha contado que te criaste aquí —terció Clodia, con la intención de allanarle el camino porque sabía que era importante hacerlo—. Según él, siempre soñabas con ser el mejor con la espada. ¿Tu sueño se ha hecho realidad?

Con timidez, les contó el torneo que había ganado contra los mejores de las centurias de la legión.

—Me regalaron una espada de hierro más duro que mantiene el filo en mejores condiciones. Tiene oro en la empuñadura. Voy a enseñárosla.

—¿Julio estará a salvo? —preguntó Cornelia bruscamente.

Bruto reaccionó rápidamente con una sonrisa.

—Por supuesto. Se ha pagado el rescate. Ya no corre peligro. —Las palabras fluyeron con tanta naturalidad que Cornelia pareció consolarse. La preocupación de Bruto, sin embargo, permaneció.

Aquella tarde, subió de nuevo al monte, hasta el roble, con Tubruk, cada uno con un hacha al hombro. Se situaron uno a cada lado del tronco y comenzaron a dar hachazos a ritmo lento. La hendidura del tronco fue haciéndose cada vez más profunda a medida que el día declinaba.

—He vuelto a Roma por otro motivo más —dijo Bruto quitándose el sudor de la frente con la mano.

Tubruk dejó el hacha en el suelo y respiró hondo unos momentos antes de contestar.

—¿Qué motivo? —preguntó.

—Quiero encontrar a mi madre. Ya no soy un niño y quiero saber cuál es mi origen. He pensado que a lo mejor tú sabes dónde está.

Tubruk lanzó un soplido y tomó el hacha otra vez.

—Será algo doloroso para ti, muchacho.

—Es preciso. Tengo una familia.

Tubruk clavó el hacha en el roble con una fuerza enorme y la hundió profundamente.

—Tu familia está aquí —dijo, desclavando la herramienta.

—No compartimos la misma sangre. No conocí a mi padre, solo quiero conocerla a ella. Si se muere sin haberme visto, lo lamentaré toda la vida.

Tubruk se detuvo de nuevo y, antes de hablar, suspiró.

—Vive en una casa en la vía Festus, en el otro confín de la ciudad, cerca del monte Quirinal. Pero piénsalo muy bien antes de ir. A lo mejor te llevas una decepción.

—No. Me abandonó cuando tenía solo unos meses. Nada de lo que me pueda

encontrar me decepcionará más —dijo Bruto quedamente, antes de tomar el hacha de nuevo y seguir cortando el viejo árbol.

El árbol cayó al suelo a la puesta del sol, y volvieron a casa con la luz del crepúsculo. Allí estaba Renio, esperando en la sombra de las puertas.

—Han construido en el solar de mi casa —le dijo, enfadado, a Bruto—, y unos legionarios jóvenes me expulsaron de la ciudad por alborotador. ¡De mi propia ciudad!

Tubruk soltó una sonora carcajada.

—¿Les dijiste quién eras? —preguntó Bruto, procurando mantener la seriedad.

A Renio le irritó que les hiciera tanta gracia, y prácticamente les contestó con gruñidos.

—No conocen mi nombre. Cachorros acabados de destetar, todos, eso es lo que son.

—Aquí tienes una habitación si quieres —ofreció Tubruk.

Solo entonces miró Renio a su antiguo pupilo.

—¿Cuánto pides? —preguntó.

—El placer de tu compañía, amigo mío, nada más.

Renio soltó un resuello.

—Entonces eres tonto. Te habría pagado un buen precio.

Tubruk llamó, las puertas se abrieron y Renio entró a grandes zancadas en primer lugar. Bruto se fijó en la mirada de Tubruk y sonrió al ver el afecto que expresaba.

## XI

Bruto se quedó quieto en el cruce de caminos al pie del monte Quirinal, en medio del ajetreo de los transeúntes. Se había levantado temprano para poner la coraza a punto y había agradecido la túnica interior limpia que Tubruk le había ofrecido. Por una parte, sabía que era ridículo tomarse la molestia, pero engrasó, pulió y le sacó brillo hasta al último segmento de metal. Le parecía que resaltaba mucho entre la ropa oscura de la gente, pero el peso contundente le confortaba como si le protegiera de algo más que de las armas.

La Puño de Bronce tenía armero propio y, como todos en esa centuria, era el mejor. La greba que llevaba en la pierna izquierda se ajustaba perfectamente a los músculos. Tenía un dibujo de círculos grabados al ácido y había pagado por ella la soldada de un mes. Debajo del protector de metal le corría el sudor, e intentó rascarse sin lograrlo. Por motivos prácticos, había dejado en casa el penacho del casco. No le convenía rozar con él el dintel de la casa donde su madre vivía.

Fue el aspecto del edificio lo que le hizo detenerse a evaluar la situación. Esperaba encontrarse una casa de vecinos de cuatro o cinco pisos, limpia pero pequeña. Sin embargo, la fachada principal estaba recubierta de mármol oscuro, casi como un templo, con las dependencias principales aisladas del polvo y la inmundicia de la calle y visibles únicamente a través de una alta verja. Pensó que la casa de Mario sería de mayor tamaño, pero no estaba seguro.

Tubruk solo le había facilitado la dirección, pero ahora veía que se trataba de una zona rica donde la mayor parte de los transeúntes eran criados y esclavos que iban y venían haciendo recados y transportando mercancías para sus amos. Esperaba que a su madre le impresionara tener un hijo centurión, pero al ver la casa comprendió que quizá lo considerase un simple soldado más, y dudó.

Pensó en regresar a la finca. Sabía que Renio y Tubruk lo recibirían sin juzgar su falta de decisión, pero ¿acaso no había planeado el reencuentro durante todo el viaje desde Grecia? Sería ridículo volverse atrás habiendo llegado a las puertas de la casa.

Respiró hondo y repasó la armadura por última vez en busca de imperfecciones. Las correas de cuero estaban anudadas y no se veía nada fuera de lugar. Así estaba bien.

La gente le abría paso sin empujarse a medida que avanzaba. De cerca, la verja le trajo recuerdos de la casa de Mario, en el extremo opuesto de la ciudad. Apenas había llegado cuando se abrió ante él, un esclavo hizo una reverencia y le invitó a pasar.

—Por aquí, señor —dijo el esclavo; cerró la verja y le precedió por un pasillo estrecho. Bruto lo siguió con el corazón saltándole en el pecho. ¿Es que lo esperaban?

Lo llevaron a una estancia lujosa como nunca había visto. Unas columnas de mármol con la base y el capitel dorados sostenían el techo. Varias estatuas blancas se

alineaban a lo largo de las paredes y unos *triclinios* se congregaban en torno a un estanque que ocupaba el centro, donde se adivinaban grandes peces que apenas se movían en las frescas profundidades. La coraza se le antojó torpe y ruidosa en medio de tanto recogimiento, y se arrepintió de no haberse desatado la greba y rascarse a conciencia antes de entrar.

El esclavo desapareció por una puerta y se quedó a solas con el suave murmullo del agua para distraerse. Ante tanta tranquilidad, tras pensarlo un momento, decidió quitarse el casco y pasarse las manos por el húmedo cabello.

Notó que el aire se movía al abrirse una puerta a sus espaldas y se incorporó bruscamente; le sorprendió ver que una bella mujer se acercaba. Estaba pintada como una muñeca y le pareció que tenía aproximadamente la misma edad que él. El vestido era de una tela que no conocía, que translucía la silueta de los senos y los pezones. Tenía la piel de un blanco perfecto y el único adorno visible era una gruesa cadena de oro alrededor de la garganta.

—Siéntate, por favor —le dijo—. Debes estar cómodo. —Sin dejar de hablar, se sentó en el *triclinio* del que se había levantado Bruto y cruzó las piernas con delicadeza, de forma que el vestido, al moverse, dejó a la vista lo suficiente como para ruborizarle. Se sentó junto a ella buscando afanosamente la firme resolución de unos momentos antes.

—¿Te gusto? —preguntó ella en voz baja.

—Eres preciosa, pero estoy buscando a... una mujer que conocí...

La joven hizo un mohín y Julio se moría por besarla, por abrazarla y hacerla suspirar. La mera imagen le embriagó los sentidos, y entonces se dio cuenta de que flotaba en el aire un perfume que le mareaba. Ella alargó una mano y le tocó el borde de la greba, a pocas pulgadas de donde asomaba la pierna, desnuda y morena. Bruto se estremeció levemente y recuperó el sentido de golpe. Se levantó con un movimiento repentino.

—¿Esperas que te pague?

La muchacha, aturdida, le pareció mucho más joven de lo que había pensado.

—No lo hago por amor —dijo, con una voz mucho menos dulce que antes.

—¿Servilia está aquí? Creo que me recibiría.

La joven se dejó caer en el *triclinio*, esfumada en un instante su actitud coqueta.

—No recibe a los centuriones, ¿sabes? Tienes que ser cónsul para probarla.

Bruto la miró horrorizado.

—¡Servilia! —gritó, y cruzó a grandes pasos hasta el fondo de la estancia pasando junto al estanque—. ¿Dónde estás?

Oyó estrépito de pasos que corrían acercándose hacia una puerta, de modo que abrió otra, la cruzó y la cerró de nuevo mientras la muchacha se reía en el *triclinio*. Se encontró en un largo pasillo, frente a un esclavo boquiabierto que llevaba una bandeja

con bebidas.

—¡No puedes entrar aquí! —gritó el esclavo, pero Bruto lo empujó a un lado y las bebidas volaron por el aire. El esclavo dio media vuelta a toda prisa y dos hombres cerraron el paso en el extremo opuesto. Llevaban sendos garrotes y, entre ambos, llenaban el estrecho pasillo; avanzaron hacia él rozando las paredes con los hombros.

—Has bebido más de la cuenta, ¿eh? —dijo uno de ellos con voz crispada a medida que se acercaban.

Bruto desenvainó el *gladius* con un movimiento ágil. Destellaba; la hoja, con grabados ondulantes como los de la greba, reflejaba la luz. Los dos hombres se detuvieron, súbitamente indecisos.

—¡Servilia! —repitió Bruto a voz en grito, sin dejar de apuntarlos con el arma. Ellos sacaron sus puñales de la funda del cinturón y siguieron avanzando lentamente.

—¡Tú, gallito hijo de puta! —dijo uno moviendo el puñal—. ¿Te crees que puedes entrar aquí y hacer lo que te plazca? Nunca había tenido la ocasión de matar a un oficial, pero me lo voy a pasar en grande.

Bruto se tensó.

—¡Poneos firmes ahora mismo, ignorantes malnacidos! —les espetó—. Si veo una hoja apuntándome haré que os cuelguen.

La pareja, indecisa bajo la mirada fulminante de Bruto, respondió al tono autoritario como movida por un resorte.

—Decidme cómo es posible que unos hombres de vuestra edad hayan dejado la legión para proteger un prostíbulo. ¿Sois desertores?

—No..., señor. Servíamos en la Primigenia.

Bruto mantuvo una expresión rígida que ocultaba sorpresa y placer.

—¿Con Mario? —inquirió.

El mayor de los dos asintió. Ambos permanecían cuadrados ante Bruto, y este los miró de arriba abajo como pasando revista.

—Si tuviera tiempo, os enseñaría la carta que escribí para recomendarme a la centuria de Grecia. Desfilé con él hasta la escalinata del Senado cuando exigió su desfile triunfal. No mancilléis su memoria.

Los hombres parpadeaban de incomodidad mientras Bruto hablaba. Después, el silencio se prolongó un momento.

—Bien, tengo cosas que tratar con una mujer llamada Servilia. Traédmela o llevadme ante su presencia, pero mientras yo esté aquí actuad como soldados, ¿entendido?

Ambos asintieron y, en ese momento, una puerta se abrió con estrépito al fondo del pasillo y una voz de mujer gritó.

—Alejaos de él y despejad el camino, quiero verlo.

Los centinelas no se movieron; miraban fijamente al centurión. Se les notaba la tirantez en los hombros pero permanecieron firmes.

—¿Es esa? —les preguntó hablando con absoluta claridad.

El mayor de los dos sudaba de tensión.

—Es la señora de la casa —confirmó.

—En tal caso, señores, haced lo que os pide.

Sin una palabra más, los centinelas se apartaron y apareció una mujer que apuntaba a Bruto con una flecha.

—¿Eres tú Servilia? —dijo, y advirtió el leve temblor de los brazos, que acusaba cansancio.

—¿El nombre que has gritado como un mocoso de la calle que vende pescado? Esta casa es mía.

—No soy peligroso para ti —replicó Bruto—. Y yo bajaría ese arco antes de que se dispare sin querer.

Servilia miró a los guardianes y su presencia pareció infundirle seguridad. Con un suspiro, bajó el arco, aunque Bruto se fijó en que lo dejaba listo para apuntarlo de nuevo y disparar si se precipitaba sobre ella. Dedujo que ya habría sufrido amenazas de soldados en otras ocasiones.

La mujer que tenía ante sí no se parecía en nada a la de la sala de las estatuas. Era tan alta y delgada como él, y el largo cabello negro le caía suelto sobre los hombros. La piel le brillaba de sol y salud y el rostro no era bello —en realidad era casi feo— pero su gran boca y sus ojos oscuros desprendían una sensualidad que juzgó cautivadora de hombres. Tenía las manos grandes y fuertes sobre el arco y, cuando se movía, los brazaletes de oro tintineaban en sus muñecas.

No pasó por alto ningún detalle de su fisonomía y le dolió reconocer un rasgo suyo en el perfil perfecto de la garganta.

—No me conoces —le dijo en voz baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella acercándose—. Irrumpes en mi casa y entras armado en mis habitaciones. Tendría que mandarte desollar a latigazos, y no creas que tu bonito rango te va a salvar.

La forma de andar le pareció soberbia. Solo en otra ocasión había visto tanto aplomo sexual en una mujer, en el templo de Vesta, donde las vírgenes se movían con insolencia a cada paso que daban sabiendo que cualquier hombre que osara tocarlas moriría. Servilia tenía algo en común con ellas y Bruto empezó a excitarse, asqueado al mismo tiempo y sin saber qué sentir como hijo. Se ruborizó hasta las orejas y ella sonrió sensualmente, enseñando unos dientes blancos y afilados.

—Creía que serías mayor —musitó, y la irritación le inundó la mirada.

—Soy como soy. Y sigo sin conocerte.

Bruto envainó la espada preguntándose si lo mejor sería marcharse, simplemente.

Si ella se lo permitía, claro está. Quizá la pareja de guardianes no fueran los únicos defensores de la casa. Quería decirle quién era, impresionarla y que su aplomo se tambaleara, que abriera los ojos de asombro cuando comprendiera que se había convertido en un adulto imponente.

Después, todo le pareció inútil. Le asaltó el recuerdo largamente sepultado de una conversación del padre de Julio a propósito de ella, y suspiró al verlo confirmado. Estaba en un prostíbulo, por muy lujoso que fuese. En realidad, no importaba lo que opinara de él.

—Me llamo Marco. Soy tu hijo —afirmó con un encogimiento de hombros.

Se quedó petrificada, como una de sus estatuas. Le sostuvo la mirada y, al cabo de unos momentos, se le llenaron los ojos de lágrimas, dejó caer el arco con estrépito, salió corriendo por el pasillo y cerró con un portazo que hizo temblar las paredes.

El guardia miraba a Bruto con la boca abierta.

—¿Es cierto, señor? —preguntó con brusquedad. Bruto asintió y el hombre se sonrojó de vergüenza—. No lo sabíamos.

—No os lo dije. Escuchad, ahora me marchó. ¿Hay alguien esperando para clavarme una flecha tan pronto como salga por la puerta?

El guardián se tranquilizó un poco.

—No —dijo—. Nosotros dos somos los únicos guardianes. Ella no los necesita, por norma.

Bruto dio media vuelta pero el hombre volvió a hablar.

—Sila excluyó a la Primigenia de las listas en el Senado. Tuvimos que aceptar el trabajo que encontramos.

Bruto se giró de nuevo hacia él deseando tener algo más que ofrecer.

—Ahora sé dónde estáis. Si os necesito, os encontraré —dijo.

El guardia le tendió la mano y Bruto se la estrechó al estilo de la legión.

Para salir, volvió a pasar por la estancia del estanque y se alegró de encontrarla vacía. Se detuvo solo a recoger el casco y refrescarse la cara y el cuello con un poco de agua, aunque no le sirvió para aclarar la confusión. Los acontecimientos lo habían aturdido y necesitaba desesperadamente un lugar tranquilo donde sentarse a pensar en lo que había pasado. La idea de tener que abrirse paso por las calles atestadas le molestaba, pero tendría que volver a la finca. No tenía otro hogar.

En la verja, un esclavo se le acercó corriendo. A punto estuvo de desenvainar de nuevo al oír los pasos, pero el esclavo era una muchacha, y desarmada. Lo alcanzó jadeando y Bruto advirtió casualmente la agitación de su pecho. Otra belleza. Al parecer, la casa estaba llena de bellezas.

—La señora dice que vuelvas aquí mañana por la mañana. Que te recibirá.

Inexplicablemente, esas palabras le animaron.

—Aquí estaré —dijo.

Las características del litoral insinuaban que el siguiente asentamiento se encontraría más lejos de lo que los soldados podrían cubrir en un día. Ganaban tiempo cuando seguían las sendas de animales grandes, y las utilizaban hasta que se desviaban hacia el interior. Julio no quería alejarse mucho del ruido del oleaje por temor a perderse. Cuando abandonaban una senda, era difícil y trabajoso abrirse camino entre tallos y espinos de la altura de un hombre, rematados de espinas rojas como si estuvieran ya manchados de sangre. Lejos del mar, la humedad del aire se hacía más densa y los insectos, que surgían invisiblemente de las gruesas hojas cuando los romanos las movían, los acosaban a picotazos.

Acamparon para pasar la noche; Julio se preguntaba si el aislamiento de los asentamientos romanos formaría parte de un plan senatorial a largo plazo, en prevención de futuras alianzas entre las dispersas aldeas, a medida que transcurriese el tiempo, pero pensó que simplemente sería para que dispusieran de terreno de expansión. Suponía que se podía forzar a los hombres a continuar de noche, pero para los oficiales del *Accipiter* la tórrida noche africana era mucho más incómoda que para los que se habían criado en esas latitudes. Los gritos y llamadas de animales extraños les hacían despertarse en busca de la espada, mientras que los reclutas seguían durmiendo sin reparo.

Le había encomendado a Pelitas la tarea de seleccionar parejas para los turnos de guardia, uno nuevo y uno de su confianza. Sabía muy bien que cada milla de las angostas sendas de los animales brindaba ocasiones de desertar a los jóvenes aldeanos. Debido a la escasez de armamento, durante el día marchaban desarmados, pero por la noche era necesario confiar una espada al centinela de guardia, y había uno o dos que miraban las viejas hojas de hierro con un sentimiento cercano a la codicia. Tenía la esperanza de que fuera puro deseo de los objetos que habían pertenecido a sus padres, no el ánimo de robar lo que pudieran y salir corriendo.

La búsqueda de alimento presentaba problemas similares. Era crucial que los hombres del *Accipiter* no dependieran de sus subalternos en nada; sería un cambio sutil pero significativo en la escala de autoridad que Julio había establecido. Sabía que quienes proporcionaban el alimento se convertían en amos al margen del rango. Era una verdad más antigua que la propia Roma.

Agradeció a los dioses la presencia de Pelitas, que parecía tan dotado para cazar animales en esas tierras extrañas como él para la caza furtiva en los bosques italianos de su infancia. Impresionó incluso a los reclutas, que le veían regresar al campamento al cabo de pocas horas con cuatro liebres en el cinturón. Había que alimentar a quince hombres sanos, de modo que las noches de cacería se convirtieron en una actividad vital y Pelitas evitó la división en dos facciones, la de los que sabían cazar y la de los que tenían que esperar el alimento.



Julio miró a su amigo, que se afanaba trinchando el lomo de un jabatillo que había cazado el día anterior rompiéndole una pata de una pedrada certera, cuando, al salir huyendo de un resguardo, prácticamente se les tiró encima. No habían visto a la madre, aunque oyeron fuertes gruñidos entre la maleza, a cierta distancia. Julio pensó que ojalá se hubiera acercado más, porque se habrían dado un banquete, en vez de tener que conformarse con unos cuantos bocados calientes. A ninguno de los hombres del *Accipiter* le sobraba una pizca de grasa y tardarían una temporada todavía en perder por completo el aspecto descarnado. Torció el gesto pensando que él tendría la misma apariencia. Hacía mucho tiempo que no veía un espejo y se preguntó si la cara le habría mejorado o empeorado. ¿Le gustaría a Cornelia, o le impresionaría y le dolería verlo tan macilento como se imaginaba, marcado por los horrores y el encarcelamiento?

Se rió de la divagación. Sería él mismo, por mucho que la cara le cambiase.

Suetonio levantó la vista bruscamente al oír la risa; siempre veía un insulto donde no lo había. Era difícil resistirse a hostigar al joven oficial, pero en ese aspecto Julio se había impuesto severas restricciones. Percibía que el odio provenía del temor de que él utilizara su autoridad recientemente adquirida para vengarse de injurias pasadas. No podía permitirse semejante lujo ni por un momento, para no arriesgarse a romper la unidad que intentaba crear. Sabía que tenía que convertirse en un cabecilla que estuviera por encima de toda ofensa trivial, que lo vieran como él había visto a Mario en sus tiempos: cincelado en piedra de la mejor calidad. Sonrió brevemente a Suetonio y después miró a los demás.

Gaditico y Prax supervisaron el campamento y establecieron el perímetro con ramas secas, a falta de algo mejor. Julio les oyó repasar las reglas del centinela con los hombres y sonrió con nostalgia.

—¿Cuántas voces se dan? —le preguntaba Prax a Ciro, como había hecho con los demás.

—Una, señor. Si alguien da la voz para entrar en el campamento, digo: «Acércate e identifícate».

—¿Y si no da la voz? —preguntó Prax animosamente.

—Despierto a otro, esperamos a que se acerque y le cortamos la cabeza.

—Eso es, muchacho. Cuello e ingle, no lo olvides. En cualquier otra parte, todavía pueden sacar fuerzas para matarte. En el cuello y en la ingle es más rápido.

Ciro sonrió sin perderse un ápice de la información que Prax le daba. A Julio le gustaba el fondo de ese hombre. Quería ser legionario y conocer lo que su padre había amado. También Prax había descubierto que disfrutaba enseñando cuanto había aprendido en tantos años de travesías por tierra y por mar en nombre de Roma. Con el tiempo, los nuevos reclutas engañarían a cualquiera. Serían como legionarios y utilizarían la misma jerga informal.

Julio frunció el ceño; no encontraba una postura cómoda para yacer tumbado. Si resistirían cuando todo a su alrededor se hubiera derrumbado y el enemigo se abalanzara gritando «victoria» al darles muerte... eso no podría saberlo con certeza hasta que sucediera. El hecho de que ni los hombres del *Accipiter* supieran a ciencia cierta de dónde sacaban ese valor sin freno no le servía de nada. Un hombre podía pasarse la vida evitando conflictos y, sin embargo, entregar la vida por proteger a un ser querido. Cerró los ojos. Quizá esa fuera la clave, pero no había tantos hombres que amasen a Roma. La ciudad era muy grande, muy impersonal. Los legionarios que había conocido nunca pensaban en la República de votantes libres excavada entre siete colinas a orillas de un río. Ellos luchaban por el general, por la legión, por el centurión o por sus amigos. Cuando un hombre aguanta entre amigos no huye por vergüenza.

Suetonio gritó de repente y se puso de pie de un brinco dándose manotazos.

—¡Ayuda! ¡No sé qué hay aquí, en el suelo! —dijo a voces.

Julio se puso en pie inmediatamente y los demás se acercaron a la fogata empuñando las armas. Julio advirtió con satisfacción que Ciro permanecía en su puesto.

A la luz del fuego, una hilera negra de hormigas enormes se movía como aceite por el suelo y desaparecía entre las sombras, más allá de la luz. Suetonio se estaba poniendo histérico y empezó a rasgarse las vestiduras.

—¡Se me cuelan por todas partes! —gimió.

Pelitas se adelantó a ayudarlo y, al posar el pie cerca de la hilera, las hormigas empezaron a trepar por él y el soldado retrocedió con un grito, dándose palmadas en las piernas con las manos.

—¡Dioses, quitádmelas de encima! —gritó.

El campamento se convirtió en un caos. Los que procedían de la costa mantenían la calma mucho mejor que los oficiales del *Accipiter*. Las hormigas mordían tan profundamente como las ratas, y al intentar quitárselas de encima, el cuerpo se rompía y las mandíbulas se quedaban en las carnes clavándose todavía con espasmos de muerte. La mordedura era tan fuerte que no se podían desprender con los dedos, y Suetonio no tardó en quedar cubierto de cabezas negras, que se hurgaba inútilmente con las manos ensangrentadas.

Julio llamó a Ciro y se quedó mirando cómo destrozaba con sus grandes manos los insectos incrustados todavía en los dos romanos.

—¡Se quedan clavadas! ¿No puedes sacar las cabezas? —le rogó Suetonio, temblando de terror, medio desnudo, mientras el hombretón le recorría el cuerpo buscando las últimas.

Ciro se encogió de hombros.

—Hay que sacar las mandíbulas con un cuchillo, no se pueden quitar con la

mano. En las tribus, las utilizan para cerrar heridas, como grapas.

—¿Qué son? —preguntó Julio.

—Soldados del bosque. Protegen la fila cuando está en marcha. Mi padre decía que eran como los escoltas de Roma. Si te quedas a un lado, no atacan, pero si te interpones en su camino, te hacen saltar, como a Suetonio.

Pelitas miró torvamente la hilera que seguía cruzando el campamento.

—Podríamos prenderles fuego —dijo.

Ciro negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—La fila no se acaba nunca. Es mejor apartarse de su camino.

—Bien, ya le habéis oído —dijo Julio—. Recoged y preparaos para trasladarnos a una milla de aquí, por la costa. Suetonio, vístete y prepárate. Pelitas y tú os sacaréis las mandíbulas del cuerpo cuando hayamos acampado otra vez.

—Es insoportable —gimió Suetonio.

Ciro lo miró y Julio sintió vergüenza e irritación por el desprestigio del joven oficial ante los nuevos.

—Andando, o yo mismo te ato en medio de las hormigas —dijo.

La amenaza surtió efecto y, antes de que la luna subiera mucho en el cielo, el nuevo campamento estaba montado y Ciro y otros dos oficiales terminaban su turno de guardia. Por la mañana, todos acusarían cansancio por la falta de sueño, después de tantas emociones.

A Julio le martilleaba la cabeza lentamente, como en sintonía con el zumbido de los insectos de alrededor. Cada vez que caía en el sueño, notaba una picadura en alguna parte del cuerpo. Dejaban una gota de su propia sangre cuando los aplastaba, pero siempre había otros esperando a que se quedara quieto. Se hizo una almohada con sus efectos y, con un trapo, se cubrió la cara añorando los lejanos cielos de Roma. Se imaginó a Cornelia y sonrió. Momentos después, el cansancio lo venció.

Con picaduras rojas en el cuerpo, hinchadas y urticantes, y oscuras ojeras, llegaron al siguiente asentamiento, a menos de una milla de la orilla, antes del mediodía. Julio los condujo a la plaza sin perder detalle a las vistas y los olores de ese pedazo de civilización. Nuevamente le sorprendió la ausencia absoluta de fortificaciones. Pensó que los soldados veteranos que poblaban esas tierras de la costa debían de tener poco miedo a posibles ataques. Los campos de cultivo eran pequeños, pero tenía que haber comercio entre las aisladas aldeas romanas y las de los nativos, situadas más al interior. Distinguió varios rostros negros entre los romanos que acudieron a ver a los soldados. Se preguntó cuánto tardaría la sangre romana en mezclarse y perderse, de modo que las generaciones futuras no supieran nada de sus antepasados y su vida en Roma. La tierra volvería al estado en que se encontraba antes de su llegada, e incluso los cuentos que se contaban alrededor de la hoguera

perderían vigencia y se olvidarían. Se preguntó si allí se acordarían del imperio de Cartago, cuando cientos de naves exploraban el mundo desde los puertos de esas mismas costas. Era una idea escalofriante y la apartó; la retomaría más tarde, pues tenía que concentrarse en el presente inmediato si quería salir de ese lugar con lo que había ido a buscar.

Los hombres, tal como les habían ordenado, permanecían firmes en doble fila con expresión seria. Además de la espada de Julio, solo ocho más iban armados y solo tres se protegían con una coraza de verdad. La túnica de Suetonio tenía manchas de sangre y los dedos se le movían de ganas de rascarse las picaduras que las hormigas le habían dejado por todas partes. Casi todos los oficiales del *Accipiter* tenían la piel destrozada a causa del sol y los insectos; solo los nuevos reclutas no estaban afectados.

Julio supuso que parecerían más una tropa de bandidos o piratas que legionarios romanos y vio que algunas personas se armaban subrepticamente, pero todos miraban con inquietud. Un carnicero dejó de cortar una pieza que parecía un primo del jabato que se habían comido la víspera. El hombre salió de detrás del banco de trabajo con la herramienta apoyada en el brazo, preparado para un ataque súbito. Julio echó una ojeada general buscando a quien pudiera ser el jefe. Siempre había un jefe, incluso en la selva.

Tras una tensa espera, cinco hombres se acercaron desde las últimas casas. Cuatro iban armados, tres con hachas de mango largo y el último con un *gladius*, que se habría partido en una antigua batalla pues ya no era más que una daga pesada.

El quinto hombre se acercó con aplomo a los desconocidos. Tenía el cabello gris acerado y estaba delgado como un palo. Julio le calculó unos sesenta años, pero mantenía la actitud erguida de un viejo soldado y, cuando habló, lo hizo en perfecto latín de la ciudad.

—Me llamo Parrakis. Esta aldea es pacífica. ¿Qué buscáis aquí? —preguntó.

Se dirigió a Julio y no parecía temeroso. En ese momento, Julio cambió el plan de intimidar al jefe como había hecho con el primero. Quizá la aldea tuviera tratos con los piratas, pero había pocas pruebas de que se hubiera sacado provecho de ello. Las casas y la gente se veían limpias, pero sin ornamentos.

—Somos soldados de Roma, de la galera *Accipiter*. Un pirata llamado Celso cobró un rescate por nosotros. Tenemos la intención de reunir la tripulación necesaria para ir en su busca. Esto es un asentamiento romano. Espero ayuda.

Parrakis enarcó las cejas.

—Lo lamento, aquí no hay nada para ti. Hace veinte años o más que no veo Italia. Las familias de aquí no le deben nada. Si tienes plata, puedes comprar comida, pero después debes marcharte.

Julio avanzó un poco y notó que los compañeros de Parrakis se ponían en

guardia, aunque sin prestarles demasiada atención.

—Estas tierras fueron entregadas a los legionarios, no a los piratas. Estas costas están infestadas de piratas y tienes el deber de ayudarnos.

Parrakis rompió a reír.

—¿El deber? Todo eso lo dejé atrás hace una vida entera. Te lo repito, Roma no tiene deudores aquí. Vivimos y comerciamos en paz, y si los piratas vienen, les vendemos mercancía y luego se marchan. ¿Estás buscando un ejército? En esta aldea no lo encontrarás. Aquí solo hay campesinos, nada que ver con la ciudad.

—No todos los que vienen conmigo proceden de la nave. Algunos se nos han unido en las aldeas del oeste. Necesito hombres aptos para la instrucción en el combate, hombres que no estén dispuestos a pasarse la vida escondidos en una aldea, como tú.

Parrakis enrojeció de cólera.

—¿Escondidos? Trabajamos la tierra y luchamos contra las epidemias y las enfermedades solo para alimentar a nuestras familias. Los primeros venían de las legiones que lucharon honorablemente en países lejanos y que, para terminar, recibieron el último regalo del Senado: la paz. ¿Y te atreves a decir que nos escondemos? ¡Si fuera más joven, yo mismo te clavaría la espada, insolente hijo de puta!

Julio lamentó no haberlo atacado desde el primer momento. Abrió la boca para contestar enseguida, estaba perdiendo la iniciativa, pero uno de los hombres que llevaban hacha se adelantó.

—Querría unirme a ellos.

El viejo se volvió a él como un remolino, con un hilo de saliva blanca en la comisura de los labios.

—¿Para morir? ¿En qué estás pensando?

El portador del hacha hizo una mueca al ver la furia que acometía a Parrakis.

—Siempre dices que fue la mejor época de tu vida —musitó—. Cuando los viejos os emborracháis siempre habláis de aquella época como si fuera de oro. La única perspectiva que tengo aquí es deslomarme de la mañana a la noche. ¿Qué voy a contar yo cuando sea viejo y me emborrache? ¿Lo estupendo que era sacrificar un cerdo los días de fiesta? ¿El día en que me rompí un diente con un grano duro de pan que nosotros mismos cocemos?

Antes de que el estupefacto Parrakis pudiera contestar intervino Julio.

—Lo único que pido es que se lo plantees a la gente de la aldea. Prefiero voluntarios si hay otros como él.

El enojo abandonó a Parrakis y lo dejó exhausto.

—Jóvenes —dijo, no sin una nota de resignación—. Siempre en busca de emociones. Supongo que yo era igual en otro tiempo. —Se dirigió al portador del

hacha—. ¿Estás seguro, muchacho?

—Tienes a Déni y a Cam para trabajar la tierra, no es necesario que me quede yo también. Quiero ver Roma —replicó el joven.

—De acuerdo, hijo, pero lo que he dicho es verdad. No es vergonzoso ganarse la vida aquí.

—Lo sé, padre. Volveré con todos vosotros.

—Claro que sí, hijo. Este es tu hogar.

En total, fueron ocho los voluntarios de la aldea. Julio aceptó a seis y rechazó a un par que eran poco más que niños, aunque uno de ellos se había frotado la barbilla con hollín simulando la sombra de una barba. Dos de los recién llegados aportaron sendos arcos. Aquello empezaba a parecer el ejército que necesitaba para tripular una nave que recorriera los mares en busca de Celso. Procuró no exteriorizar su optimismo mientras salían en formación de los exuberantes árboles y se dirigían a la playa a realizar los primeros ejercicios del día. Mentalmente, calculó lo que necesitaban. Oro para alquilar una nave, veinte hombres más y treinta espadas, víveres suficientes para mantenerse vivos hasta alcanzar un puerto más importante. Podría hacerse.

Uno de los arqueros tropezó y se cayó de bruces, con lo que la mayor parte de la columna se detuvo trastabillando. Julio suspiró. Tampoco estarían de más unos tres años para entrenarlos.

## XII

Servilia estaba sentada al borde del *triclinio*, con la espalda recta. Se veía la tensión en cada uno de sus rasgos, pero Bruto pensaba que no debía hablar él primero. Había pasado la mayor parte de la noche en vela sin resolver nada. Tres veces decidió no acudir a la cita de la casa al pie del monte Quirinal, pero las tres fueron un gesto inútil de desafío. En realidad, en ningún momento había renunciado a ir a verla. No sentía nada semejante al amor filial, pero una idea nebulosa lo empujó a volver, como el impulso irresistible de levantarse costras y ver cómo sangraban.

Quería que ella hubiera ido a buscarlo cuando era pequeño, cuando estaba solo y el mundo lo asustaba. En la época en que la mujer de Mario lo asfixiaba con su deseo de un hijo, él había retrocedido, turbado por emociones que en realidad no conocía. Sin embargo, la mujer que tenía frente a sí lo atraía de una forma como no lo había atraído nadie, ni siquiera Tubruk o Julio.

En el incómodo silencio, la observaba atentamente buscando un algo que no sabía nombrar ni entendía siquiera. Vestía una estola de un blanco puro sobre la piel bronceada, sin joyas. Igual que el día anterior, llevaba el pelo suelto y, cuando se movía, lo hacía con una elegancia y una agilidad tales que era un placer verla andar o sentarse, de la misma forma que se admira la postura perfecta de un leopardo o un corzo. Los ojos le parecieron excesivamente grandes y la barbilla demasiado contundente para una belleza clásica, y, sin embargo, no podía dejar de admirarla y advertir las arrugas en torno a los ojos y la boca. Parecía tensa y retraída, preparada para saltar y huir corriendo como la vez anterior. Siguió esperando y se preguntó hasta qué punto estaría él delatando su propia tensión.

—¿Por qué has venido? —preguntó ella, rompiendo el horrible silencio. ¡Cuántas respuestas había preparado para esa pregunta! Se había imaginado toda clase de escenas por la noche: burlarse de ella, ofenderla, abrazarla. Ninguna le sirvió a la hora de la verdad.

—Cuando era pequeño, me imaginaba cómo serías. Quería verte, aunque solo fuera una vez, para saber quién eras. Quería saber cómo eras. —La voz le temblaba y le acometió una oleada de rabia. No se pondría en evidencia. No hablaría como un niño a esa mujer, a esa prostituta.

—Siempre he pensado en ti, Marco —dijo—. Empecé a escribirte muchas cartas, pero nunca llegué a mandártelas.

Bruto controló sus pensamientos. Jamás había oído su nombre en la boca de ella en todos los días de su vida. Le enfurecía, y la furia le permitió hablarle con calma.

—¿Cómo era mi padre? —le preguntó.

Servilia desvió la mirada hacia las paredes de la sencilla habitación en que se encontraban.

—Era un buen hombre, muy fuerte y alto, como tú. Solo lo conocí dos años, después murió; pero recuerdo que estaba muy orgulloso de tener un hijo. El te puso el nombre y te llevó al templo de Marte a recibir la bendición de los sacerdotes. Ese mismo año enfermó y la enfermedad se lo llevó antes de que llegara el invierno. Los médicos no sabían tratarle, pero al final sufrió muy poco.

Bruto notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y se los frotó con rabia, mientras ella continuaba.

—Yo... no podía criarte. Era una niña entonces y no estaba preparada ni era apta para la maternidad. Te dejé con su amigo y huí. —Se le quebró la voz por completo en la última frase y abrió la mano, donde escondía un pañito arrugado con el que se enjugó las lágrimas.

Bruto la observaba con una curiosa sensación de desapego, como si nada de lo que ella hiciera o dijera pudiera afectarle. La furia se le había pasado, estaba casi aturdido. Quería hacerle una pregunta y la formuló con facilidad.

—¿Por qué no viniste a buscarme cuando estaba creciendo?

Tardó un largo rato en contestar y se limpiaba las lágrimas delicadamente con el pañito hasta que, por fin, su respiración se normalizó y fue capaz de mirarlo otra vez. Mantenía la cabeza erguida con una dignidad frágil.

—No quería avergonzarte.

Las emociones que lo embargaban pusieron fin a la calma antinatural y se manifestaron como paja a merced de una tormenta.

—Quizá me hubiera avergonzado —susurró con voz ronca—. Hace mucho tiempo, oí a una persona hablar de ti, quise creer que había sido un error y procuré olvidarte. Entonces, es verdad que eres...

No podía pronunciar la palabra, pero ella se enderezó más aún, con los ojos brillantes.

—¿Qué soy prostituta? Es posible. Lo fui en otro tiempo, pero cuando los hombres que conoces son poderosos, te llaman cortesana, e incluso compañera. —Hizo un gesto con la boca temblorosa.

—Pensé que te avergonzarías de mí, y no podía afrontar que a mi hijo le pasara eso. No esperes que yo me avergüence. Perdí la vergüenza hace tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo. Si pudiera volver atrás, viviría la vida de otra manera, pero no conozco a nadie que no tenga ese mismo sueño vano e inútil. ¡Ahora no voy a vivir con la cabeza gacha bajo el peso de la culpa todos los días! Ni siquiera por ti.

—¿Por qué me pediste que volviera hoy? —preguntó Bruto, que de pronto no podía creer que hubiera respondido a la llamada con tanta facilidad.

—Quería ver si tu padre todavía estaría orgulloso de ti. ¡Quería ver si yo estaba orgullosa de ti! He hecho muchas cosas en mi vida de las que me arrepiento, pero tenerte a ti siempre me confortó cuando todo era demasiado duro para soportarlo.



—¡Me abandonaste! No digas que te confortaba, ni siquiera viniste a verme una sola vez. ¡Ni siquiera sabía en qué parte de la ciudad estabas! Podías haberte ido a cualquier parte.

Servilia levantó cuatro dedos de una mano escondiendo el pulgar.

—Me he cambiado de casa cuatro veces desde que eras un niño pequeño. Y cada vez mandé un mensaje a Tubruk diciéndole dónde me encontraba. Siempre ha sabido cómo ponerse en contacto conmigo.

—No lo sabía —dijo, afectado por la pasión de Servilia.

—Nunca se lo preguntaste —replicó ella, y volvió a posar la mano en el regazo.

Nuevamente se impuso el silencio como si nunca lo hubieran roto y llenó de pronto todo el espacio que mediaba entre ellos. Bruto se descubrió buscando algo que decir que la confundiera por completo y le permitiera salir y marcharse con dignidad. Por su cabeza desfilaron comentarios cortantes, hasta que comprendió que se estaba portando como un idiota. ¿La despreciaba? ¿Le avergonzaban su vida o su pasado? Buscó la respuesta en su interior y la encontró. No sentía un ápice de vergüenza. Sabía que en parte se debía a que había comandado a hombres como oficial de una legión que le había ayudado a despegar. Si hubiera ido a verla cuando no había hecho nada, quizá la hubiera odiado, pero se había superado, había dado muestras de su valor ante amigos y enemigos y no temía demostrárselo también a ella.

—No... no me importa lo que hayas hecho —dijo lentamente—. Eres mi madre.

Servilia estalló en una carcajada y se echó hacia atrás en el *triclinio*. Bruto se desconcertó de nuevo ante esa extraña mujer, capaz de reventarle cada momento de calma que él encontraba.

—¡Qué forma tan noble de decirlo! —exclamó sin dejar de reírse—. Una cara tan adusta para darme la absolución. ¿No has entendido nada de nada? Sé más sobre el funcionamiento de esta ciudad que cualquier senador con su toga y su barba recortada. Poseo más riqueza que la que jamás podría gastar y mi palabra tiene más poder de lo que te imaginas. ¿Me perdonas por la vida disoluta que he llevado? Hijo mío, me parte el corazón ver lo joven que eres. Me recuerda lo joven que fui yo un día.

Se quedó quieta y la risa murió en sus labios.

—Si quisiera que me perdonaras algo, sería los años que podría haber pasado contigo. Lo que soy no lo cambiaría por nada, ni los caminos que he tenido que recorrer para llegar a este día, a este momento. No se pueden perdonar. No tienes el derecho ni el privilegio de perdonarme.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? No puedo simplemente encogerme de hombros y decirte que olvides que llegué a la edad adulta sin ti. Te necesité en determinado momento, pero los seres a los que amo y en los que confío son los que estaban conmigo en ese momento. Tú no estabas.

Se levantó y la miró, confuso y herido. Ella también se levantó.

—¿Me vas a dejar ahora? —le preguntó en voz baja.

Bruto levantó las manos en un gesto de desesperación.

—¿Quieres que vuelva? —preguntó a su vez.

—Mucho —dijo ella, y le tocó el brazo.

La habitación se movió y se puso borrosa con el contacto.

—Bien. ¿Mañana?

—Mañana —corroboró ella, sonriendo entre lágrimas.

Lucio Auriga carraspeaba y escupía con irritación. El aire del centro de Grecia tenía algo que siempre le secaba la garganta, sobre todo cuando el sol calentaba. Habría preferido mil veces disfrutar de una siesta en la sombra, en su casa, que acudir a la cita en esa vasta planicie donde la brisa constante le destrozaba los nervios. No era propio de un romano estar a las órdenes de los griegos, por alto que fuera el rango, pensó. Seguro que se trataría de otra queja que tendría que solucionar, como si no tuviera más que hacer todos los días que escuchar sus reclamaciones. Se arregló la toga cuando los vio acercarse. No tenía que mostrarse incómodo por el lugar de encuentro que habían escogido. Al fin y al cabo, los griegos tenían prohibido montar a caballo, mientras que él podía montar simplemente y estar de vuelta entre los muros de Farsalia antes de la noche.

El hombre que lo había citado se dirigía a él caminando sin prisa acompañado por otros dos. Los enormes hombros y brazos le colgaban relajadamente y se balanceaban levemente con sus largos pasos. Parecía que acabara de bajar de las montañas que bordeaban el horizonte por los cuatro costados y Lucio se estremeció delicadamente un momento. Al menos iban desarmados, pensó. Mitrídates no solía acordarse de cumplir las leyes de Roma. Lucio lo observaba a medida que se acercaba pisando flores y matorrales. Sabía que los habitantes del lugar seguían llamándolo rey, y al menos caminaba como tal, con la cabeza alta a pesar de la desastrosa rebelión.

«Todo es historia ya —pensó— y anterior a mi época, como todo lo demás en este país tan incómodo».

Aunque le ofrecieran la oportunidad de convertirse en gobernador, sabía que lo rechazaría. La gente era muy desagradable. Le desconcertaba que unos campesinos tan rudos y vulgares fueran los autores de un sistema matemático de complejidad tan extraordinaria. Si no hubiera estudiado a Euclides y a Aristóteles, jamás habría aceptado el puesto fuera de Italia, pero la idea de conocer a semejantes inteligencias había embriagado al joven comandante. Suspiró para sí. No había encontrado ni a un solo Euclides en cualquiera de sus ciudades.

Mitrídates no sonrió cuando se detuvo ante el pequeño grupo de ocho soldados que Lucio llevaba consigo. Se giró sin moverse de su sitio, contempló la extensión

que les rodeaba y, con los ojos cerrados, tomó una gran bocanada de aire que llenó su enorme pecho.

—¿Y bien? Aquí estoy, tal como solicitaste —dijo Lucio en voz alta, olvidándose un momento de mantener una apariencia serena e inmutable.

Mitrídates abrió los ojos.

—¿Sabes qué lugar es este? —le dijo.

Lucio negó con un gesto.

—Este es el lugar en el que fui derrotado por tu pueblo hace tres años. —Levantó su grueso brazo con tres dedos en el aire, señalando.

—Aquel monte, ¿lo ves? Había arqueros en el bosque que nos cubrieron de flechas. Al final les dimos alcance, pero habían llenado el suelo de trampas y pinchos. Se perdieron muchos hombres para sacarlos de allí, pero no podíamos dejarlos atrás, ¿sabes? Eso destruye la moral.

—Sí, pero... —empezó Lucio.

Mitrídates levantó una mano.

—Silencio —dijo—. Déjame contarte una historia. —El hombre medía un pie más de alto que Lucio y parecía poseer una fuerza que prohibía toda interrupción. Volvió a estirar el brazo desnudo y los músculos acerados se movieron bajo la piel cuando estiró los dedos—. Donde la tierra se arruga ahora, yo tenía hombres armados con hondas, los mejores luchadores que he tenido jamás. Mataron a muchos de los tuyos y al final tomaron las espadas para unirse a sus hermanos. Los frentes principales estaban detrás de ti y mis hombres se quedaron asombrados de la habilidad que veían. ¡Qué formaciones! Conté siete órdenes de formación diferentes en la batalla, aunque es posible que hubiera más. En tortuga, naturalmente, y en ala envolvente. Y en cuña. ¡Oh, la formación en cuña era digna de verse actuando en medio de mis hombres! Utilizaban muy bien los escudos. Creo que los espartanos los habrían detenido, pero aquel día nos destrozaron.

—No creo que... —Lucio lo intentó de nuevo.

—Mi tienda estaba allí, a menos de cuarenta pasos de donde estamos ahora. Entonces, el suelo era puro barro. Incluso ahora, estas matas y flores me parecen raras cuando me imagino aquella batalla. Mi esposa y mis hijas estaban presentes.

El rey Mitrídates sonrió con la mirada perdida.

—No tendría que haberlas dejado venir, pero jamás pensé que los romanos cubrirían tanto terreno en una sola noche. Tan pronto como nos dimos cuenta de que estaban en la zona, ya los teníamos encima, atacando. Al final, mataron a mi esposa, y a mis hijas las arrastraron y las mataron también. La más joven solo tenía catorce años y, antes de que le cortaran la garganta, le partieron la espalda.

Lucio escuchaba sin sangre en la cara. Los lentos movimientos del hombre tenían tanta fuerza que a punto estuvo de recular unos pasos hacia los brazos de sus

soldados. Había oído la historia nada más llegar, pero esa voz serena describiendo tales horrores resultaba escalofriante.

Mitrídates miró a Lucio y, con un dedo, le señaló el pecho.

—Donde estás ahora es donde yo me arrodillé, atado y vapuleado, rodeado de legionarios. Creía que me matarían entonces, y así se lo pedí. Había oído los gritos de mi familia, ¿comprendes?, y la tierra estaba empapada. Algunos de mi pueblo dicen que la lluvia son las lágrimas de los dioses, ¿lo habías oído alguna vez? Yo lo entendí aquel día.

—Por favor... —musitó Lucio—, solo quiero marcharme y no oír nada más.

Mitrídates hizo caso omiso, o no le oyó a causa de los recuerdos. A veces parecía que hubiera olvidado por completo que los romanos estaban allí.

—Vi llegar a Sila y desmontar. Llevaba la toga más blanca que he visto en mi vida. Recuerda que todo lo demás estaba cubierto de sangre, barro y suciedad. Parecía... que nada de todo aquello le alcanzase. —Sacudió la cabeza ligeramente—. Era lo más raro que podía verse. Me dijo que los hombres que habían matado a mi esposa y a mis hijas habían sido ejecutados, ¿lo sabías? No tuvo que colgarlos, y no entendía qué podía querer de mí hasta que me hizo una oferta. Vivir pero no tomar las armas otra vez mientras él viviera, o morir en ese momento, por su espada. Creo que si no hubiera dicho lo que dijo sobre los hombres que habían asesinado a mis hijas, habría escogido la muerte, pero acepté la oportunidad que me ofrecía. Y acerté. Al menos, pude seguir viendo a mis hijos.

Mitrídates se volvió hacia los dos hombres que lo acompañaban y sonrió.

—Este es Hoca, el mayor, pero Taso se parece mucho más a su madre, creo.

Lucio dio un paso atrás al comprender lo que Mitrídates estaba diciendo.

—¡No! Sila no... ¡no puedes! —No terminó la frase. De repente aparecieron muchos hombres desde todas partes. Bajaban desde la cresta de todos los montes y salían de los bosques donde Mitrídates decía que se habían ocultado los soldados romanos. Unos caballos llegaron al galope y se detuvieron cerca de los legionarios, con las espadas desenvainadas, aguardando con resolución, sin miedo por cuál fuera el desenlace. Docenas de flechas les apuntaban esperando la orden.

Lucio, aterrorizado, agarró a Mitrídates por el brazo.

—¡Eso es el pasado! —gritó desesperado—. ¡Por favor!

Mitrídates lo tomó por los hombros y lo sujetó con fuerza. Tenía el rostro contraído de rabia.

—Di mi palabra de no tomar las armas mientras viviera Cornelio Sila. Ahora, mi esposa y mis hijas están a resguardo bajo la tierra, ¡y tendré la sangre que se me debe!

Con una mano sacó la daga que llevaba escondida a la espalda. Se la clavó a Lucio en la garganta y se la rajó con un movimiento rápido.

Los legionarios murieron en pocos segundos, atravesados por las flechas,

incapaces de devolver un golpe siquiera.

El más joven de los hijos de Mitrídates empujó el cuerpo de Lucio con el pie pensativamente.

—Ha sido un juego peligroso, mi rey —le dijo Taso a su padre.

Mitrídates se encogió de hombros y se limpió la sangre de la cara.

—En este lugar hay espíritus amados. Es lo único que podía hacer por ellos. Ahora, dadme un caballo y una espada. Nuestro pueblo lleva mucho tiempo dormido.

## XIII

Julio estaba sentado en la taberna, entre las sombras, rodeando con la mano el primer vaso de vino que veía desde hacía casi un año. El ruido de la calle del puerto romano entraba en el local y el murmullo de las conversaciones de alrededor le recordaba a casa, sobre todo si cerraba los ojos.

Pelitas se echó el vino garganta abajo sin ceremonias y mantuvo el vaso en alto hasta que no cayó una gota más; luego lo dejó de nuevo en la mesa y suspiró con agradecimiento.

—Me parece que si estuviera aquí solo, vendería la coraza y seguiría bebiendo hasta quedarme ciego —dijo—. Ha sido largo el camino hasta aquí.

Los demás asintieron sin dejar de beber a tragos grandes o pequeños, cada cual de su vaso, que habían pagado con las últimas monedas reunidas entre todos.

El resto de los hombres, nuevos y veteranos, se habían quedado en la costa a millas de distancia, escondidos de posibles patrullas. Solo ellos cinco habían ido al puerto para decidir adonde dirigirse desde allí. Aunque les pareció extraño que otros legionarios les salieran al encuentro y les dieran el alto cuando se acercaron a los primeros almacenes, casi todos habían respirado de alivio. Los meses de marcha por el litoral se convirtieron en una aventura lejana tan pronto como oyeron la primera orden clara en latín de que se identificaran. Al menos, tras explicar que habían sido capturados por piratas, la única reacción de los soldados al recogerles las pocas corazas y armas todavía útiles y bien conservadas se había limitado a un movimiento de cejas. Solo por eso, los oficiales agradecieron su orgullo. Habría sido muy desagradable llegar como mendigos.

—¿Cuánto tardará el cuestor en llegar? —preguntó Prax mirando a Gaditico. Como centurión, había sido él quien había hablado con el oficial romano al cargo del puerto, mientras los demás le esperaban en una posada próxima a los muelles. Era un pequeño punto de fricción que todos percibían. El resto de los oficiales se habían acostumbrado tanto a depender de Julio a cada paso que el recordatorio de los rangos respectivos no acababa de aceptarse con naturalidad. Suetonio apenas podía contener la sonrisa.

Gaditico tomaba el vino a pequeños sorbos, haciendo muecas, pues le escocían las llagas de las encías.

—Dijo que hacia la hora cuarta, de modo que todavía nos queda un poco de tiempo. Tendrá que mandar un informe a Roma conforme estamos sanos y salvos. Seguro que nos ofrece literas en algún barco mercante que se dirija hacia allí.

Parecía absorto en sus pensamientos, como los demás, apenas capaz de aceptar el regreso a la civilización. Alguien le rozó al pasar por detrás y Gaditico se tensó. Habían estado mucho tiempo ausentes del bullicio de las ciudades y puertos.

—Podéis embarcaros rumbo a casa si queréis —dijo Julio en voz baja, mirando a los cinco hombres de la mesa—, pero yo continúo.

Nadie habló inmediatamente, hasta que Prax contestó.

—Somos treinta y ocho, incluidos nosotros. ¿Cuántos han adquirido habilidad y disciplina para el combate, Julio?

—Con los oficiales del *Accipiter*, diría que no más de veinte. Los demás son lo que encontramos: campesinos con espadas.

—Entonces, no puede ser —concluyó Pelitas con pesimismo—. Aunque encontráramos a Celso, y bien saben los dioses que no será fácil, no contamos con suficientes para asegurarnos la victoria.

Julio soltó un resuello furioso.

—Después de todo lo que hemos conseguido, ¿crees que voy a dejarlo ahora? Son nuestros hombres los que están esperando en la selva una palabra para empezar a acercarse. ¿Crees que tendríamos que dejarlos plantados y embarcarnos rumbo a Roma? No es una acción honrosa, Peli, de ninguna manera. Vuelve a casa si quieres. No retengo a nadie aquí, pero si te vas, repartiré tu rescate entre los demás cuando encontremos a Celso y acabemos con él.

Pelitas se rió entre dientes; le hacían gracia las furiosas palabras del joven.

—¿Crees que podemos conseguirlo? ¿Sinceramente? Nos has traído hasta aquí, pero jamás lo habría creído si no hubiera estado allí y te hubiera visto tratar con la gente de las aldeas. Si dices que seguimos adelante, yo también quiero verlo.

—Se puede hacer —insistió Julio con firmeza—. Tenemos que subir a bordo de un mercante y salir a alta mar. Lejos de la costa, procuraremos hacernos tan tentadores como podamos. Sabemos que hay piratas por aquí, morderán el anzuelo. Al menos nuestros hombres parecen legionarios, aunque algunos no sean de primera calidad. Podemos poner a los mejores en vanguardia y vencerlos con el engaño.

—Yo me quedo hasta el final —dijo Prax—. Necesito recuperar el rescate para disfrutar de la jubilación.

Gaditico asintió en silencio. Julio miró a los demás, y con mayor intensidad a quien más tiempo hacía que conocía.

—¿Y tú, Suetonio? ¿Prefieres irte a casa?

Suetonio tamborileó en la mesa de madera. Sabía desde el principio que ese momento llegaría, y desde entonces se había jurado que aprovecharía la primera ocasión de volver. De entre todos ellos, su familia era la única que podía permitirse sin problemas la pérdida del rescate, pero pensó que volver vencido sería un trago amargo. En Roma había muchos oficiales jóvenes, y el futuro no parecía ya tan brillante como cuando acababa de enrolarse en el *Accipiter*. Su padre esperaba que ascendiera rápidamente, y, cuando eso no sucedió, el senador, sencillamente, dejó de preguntar. Así las cosas, volver a casa sin nada más que una derrota en el historial

sería oneroso para todos.

Una idea iba tomando forma mientras los demás lo miraban, aunque procuraba no exteriorizar nada. Se le presentaba una ocasión de volver triunfante a la ciudad si actuaba con cautela. Para su deleite, implicaría además la destrucción de Julio.

—¿Suetonio? —repitió Julio.

—Me quedo —replicó con firmeza, planteándolo ya.

—Excelente. Te necesitamos, Tonio —contestó Julio.

Suetonio mantuvo la expresión tranquila, aunque por dentro hervía. Sabía que nadie le tenía gran consideración, pero su padre estaría de acuerdo con el plan, por el bien de Roma.

—Manos a la obra, señores —dijo Julio bajando la voz de modo que no saliera del reducido grupo—. Uno de nosotros tiene que volver al campamento a decirles a los demás que vengan al puerto. Por lo visto, los soldados de aquí no han tenido problemas en aceptar nuestra historia, de modo que ellos pueden contar lo mismo si les preguntan. Hay que tener mucho cuidado en ese aspecto. No nos sería favorable que retuvieran a algunos para que el cuestor los interrogase por la mañana. Quiero estar en el mar con la primera marea de la madrugada, con todos a bordo.

—¿No podrían subir a bordo por la noche? —preguntó Pelitas.

—Podemos pasar desapercibidos ante los pocos centinelas legionarios, pero si un grupo numeroso de soldados aborda un mercante, los piratas serán informados inmediatamente. No me cabe la menor duda de que tienen espías aquí, que les informan de los barcos que transportan oro u otras cargas que les interesen. Es lo que yo haría, y el *Accipiter* cargó aquí antes de que nos atacaran. Al fin y al cabo, poseen suficiente riqueza para sobornar a unos pocos. El problema es cómo embarcar a cuarenta hombres sin que descubran el ardid. Creo que sería mejor hacerlo en grupos separados de dos o tres, a lo largo de toda la noche.

—Si estás en lo cierto, tendrán los muelles vigilados y nos verán —dijo Gaditico en voz baja.

Julio se quedó pensando un momento.

—Entonces, dividiremos a los hombres. Averigua quiénes saben nadar, y que lleguen al barco por el agua; les echaremos cuerdas para que suban. Esta noche la luna está en creciente, de modo que podríamos hacerlo sin ser vistos. Hay que embarcar las corazas y las espadas como un paquete más de la carga. Tendrás que ser tú, Pelitas. Nadas como un pez. ¿Podrás traerlos desde el otro lado de la punta tan pronto como se haga de noche?

—Es un trecho largo para cubrirlo a nado, pero sin la coraza, sí. Al fin y al cabo, esos chicos se han criado a la orilla del mar. Supongo que podrán hacerlo —contestó Pelitas.

Julio sacó dos monedas de plata de la bolsa del cinturón.



—¡Creía que habías dicho que no quedaba dinero! —exclamo Prax con alegría—. Me tomaré otro vaso de lo mismo, si no te importa.

Julio negó sin sonreír.

—Más tarde, quizá. Las guardo para que dos de vosotros podáis venir aquí esta noche a comprar algo de bebida. Quiero que alguien desempeñe el papel del guardián en su última noche en tierra antes de zarpar con un cargamento de mucho valor..., noticia que recibirán los espías por medio de sus contactos. Vaya quien vaya, tendrá prohibido emborracharse y perder la vida, de modo que tiene que ser un hombre serio y de confianza, quizás uno con unos cuantos años más a las espaldas que la mayoría de los que estamos aquí.

—De acuerdo, no hace falta que señales a nadie —dijo Prax con una sonrisa—. Me gustaría ese trabajo. ¿Y tú qué dices, Gadi?

El centurión hizo un leve gesto negativo mirando a Julio.

—No, a mí no. Prefiero estar con los hombres si algo se tuerce.

—Yo voy contigo —dijo Suetonio de repente.

Prax levantó las cejas y después se encogió de hombros.

—Si no prefiere ir otro —añadió Suetonio procurando no mostrar demasiado interés. Sería el momento que necesitaba para alejarse de los demás. Prax aceptó de mala gana y Suetonio volvió a sentarse, más tranquilo.

—Vi que te fijabas en los barcos cuando llegamos —dijo Gaditico dirigiéndose a Julio. Este acercó la cabeza a Gaditico y los demás también, para oír lo que decía.

—Vi uno cargando víveres —musitó—, el Ventulus. Una trirreme con vela. Poca tripulación, podremos reducirlos fácilmente.

—¿Te das cuenta de que si robamos una nave romana del puerto nos convertimos en piratas también? —dijo Suetonio. En el mismo momento en que hablaba comprendió que era un error darles ese aviso, pero, por otra parte, no pudo resistirse a lanzar la pulla. Después lo recordarían y sabrían quién los había salvado de los planes desorbitados de Julio. Se quedaron todos quietos un momento, pensando en lo que Suetonio acababa de decir, y Julio lo fulminó con la mirada.

—Solo si nos ven. Si te importa tanto, págale las pérdidas al capitán cuando recobres tu parte —dijo.

Gaditico frunció el ceño.

—No. Tiene razón. Quiero dejar bien claro que no podemos matar a ninguno de la tripulación, y la carga quedará intacta. Si tenemos suerte, indemnizaremos al capitán por el tiempo y los beneficios perdidos.

Julio y él se sostuvieron la mirada y los demás percibieron la tensión que se creaba entre ellos en medio de un silencio incómodo. La cuestión de quién mandaba se había dejado de lado tanto tiempo que casi la habían olvidado, pero seguía ahí y Gaditico había comandado el *Accipiter* disciplinadamente con anterioridad. Suetonio

se reprimió las ganas de sonreír por la lucha silenciosa que él había propiciado.

Por fin, Julio asintió y la tensión desapareció.

—De acuerdo —dijo—, pero, de una u otra forma, quiero que tengamos el control del barco a la caída de la noche.

Una voz desconocida habló de pronto por encima de las cabezas y todos se echaron hacia atrás.

—¿Cuál de vosotros es el oficial al mando? —dijo, expresando en voz alta, sin saberlo, lo que todos estaban pensando. Julio miró detenidamente su vaso de vino.

—Yo era el capitán del *Accipiter* —contestó Gaditico poniéndose de pie para saludar al recién llegado. El hombre era un recordatorio de Roma mucho más ejemplar que los legionarios que vigilaban el puerto. Llevaba una toga drapeada sobre el cuerpo desnudo, sujeta con un cierre que tenía un águila grabada, tenía el cabello corto y, en la mano que tendió a Gaditico, lucía un grueso anillo de oro en el dedo meñique.

—Tenéis un aspecto más sano que la mayoría de los rescatados que llegan a este puerto. Me llamo Pravitas, soy el cuestor. Veo que vuestros vasos están vacíos, y yo también estoy seco.

Hizo una seña a un esclavo que servía, el cual se acercó enseguida y llenó los vasos otra vez de un vino mejor que el anterior. Evidentemente, el cuestor era muy conocido en la ciudad portuaria. Julio advirtió que no llevaba escolta, otro indicio de que las leyes romanas se observaban allí firmemente. Sin embargo, una larga daga colgaba de su cinturón, y la movió un poco para sentarse en el banco con ellos.

Una vez servido el vino, el cuestor levantó su vaso para brindar.

—Por Roma, señores.

Todos repitieron el brindis y bebieron a pequeños sorbos. No querían desperdiciar tanta calidad a grandes tragos, pues ignoraban si el hombre mandaría servir más.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis cautivos? —preguntó cuando posaron los vasos de nuevo.

—Seis meses, suponemos, aunque era difícil mantener el cómputo de los días. ¿En qué mes estamos ahora? —preguntó Gaditico.

Pravitas enarcó las cejas.

—Un cautiverio muy largo. Acaban de pasar las calendas de octubre.

Gaditico hizo el cálculo rápidamente.

—Nos retuvieron seis meses, pero hemos tardado tres en llegar aquí.

—Os desembarcarían muy lejos —comentó Pravitas con interés.

Gaditico no quería aludir al tiempo que habían empleado en instruir a los nuevos reclutas en el cumplimiento de las órdenes y en el combate, de forma que se encogió de hombros.

—Teníamos algunos heridos. Tuvimos que tomárnoslo con calma.

—Pero ¿las corazas y las espadas? Me sorprende que los piratas no se las quedasen —insistió Pravitas.

Gaditico pensó mentir, pero el cuestor fácilmente los encerraría a los cinco si llegaba a sospechar que ocultaban algo. Le pareció que ya sospechaba a pesar del tono ligero, de modo que prefirió no alejarse mucho de la realidad.

—Las recogimos en un asentamiento romano, de un viejo arsenal. Tuvimos que pagarlas con nuestro trabajo, pero nos hacía falta recuperar un poco la forma física, así que el trabajo también redundó en beneficio nuestro.

—Muy generosos. Las espadas solas ya deben de valer una pequeña fortuna. ¿Sabéis en qué asentamiento fue?

—Verá, señor. El viejo soldado que nos las dio solo ayudó a unos romanos que pasaban por un mal momento. Eso debería bastar.

Pravitas se inclinó hacia atrás con una expresión de curiosidad. Era una situación difícil y los cinco oficiales lo observaban atentamente. Aunque, en teoría, todos los ciudadanos romanos de la provincia estaban bajo su autoridad, sobre los soldados tenía poco poder. Si decidía arrestarlos sin pruebas, el comandante de la legión de la zona se enfurecería.

—Muy bien. Quedaos con vuestro misterio. Quizá debiese obligaros a demostrar el derecho a poseer ese armamento valorado en la soldada de un año, pero imagino que no os quedaréis aquí el tiempo suficiente para obligarme a investigar a fondo.

—Tenemos la intención de embarcar en la primera nave que zarpe —contestó Gaditico.

—Que así sea, señores. ¿Necesitáis que os arregle yo el pasaje o ese «viejo soldado» también os dio dinero para el viaje?

—Nosotros mismos nos encargaremos de arreglar lo que sea necesario, gracias —dijo Gaditico con tirantez, conteniendo apenas la cólera.

—En tal caso, tomaré vuestros nombres para informar a Roma y os dejaré en paz —replicó Pravitas. Cada uno le dio el suyo rápidamente y él los repitió para grabárselos en la memoria. Se levantó e inclinó la cabeza rígidamente.

—Buena suerte en el viaje de vuelta, señores —dijo antes de cruzar la bulliciosa posada y salir a las calles.

—Suspica de mierda —musitó Pelitas cuando desapareció. Los otros murmuraron también.

—Ahora, tenemos que proceder rápidamente —dijo Julio—. No hay duda de que el cuestor nos tendrá vigilados hasta que salgamos de la provincia. Será un poco más difícil lograr que el plan funcione.

—Era muy fácil —dijo Prax—. Necesitábamos un poco más de emoción.

Julio sonrió como los demás. Pasara lo que pasara, se había establecido entre ellos una amistad que jamás habría a florado si hubieran seguido en el *Accipiter*.

—Vete rápidamente a buscarlos, Pelitas. Si te siguen, espero que sepas despistarlos mucho antes de acercarte. Si no lo consigues, que los hombres reduzcan y aten a los seguidores; desatarse les llevará toda la noche al menos. No importará que los echen de menos mañana por la mañana, cuando nos hayamos ido.

Pelitas se levantó, apuró el vaso y eructó discretamente. Sin una palabra más, se marchó y Julio miró a los tres hombres que quedaban.

—Ahora, señores —dijo imitando el tono del cuestor—, tene mos que hacernos con un mercante.

Duro, el capitán del *Ventulus*, estaba muy satisfecho. Tenía la bodega llena de pieles y madera exótica, que le proporcionarían una pequeña fortuna en Italia. El orgullo de la carga eran diez colmillos de marfil de la altura de un hombre. No había visto los animales que morían a cambio, pero se los había comprado a un comerciante del puerto que, a su vez, los había intercambiado por otra mercancía a los cazadores del interior del continente. Duro sabía que su precio se triplicaría al menos, y se felicitaba por el resultado del intenso regateo. Le había costado casi dos horas, y había tenido que aceptar la inclusión de unos rollos de tela de escaso valor. Pero le comprarían hasta la tela para vestidos de esclavos por algunas monedas de bronce, suponía, de modo que no podía quejarse. Había sido un viaje muy provechoso, a pesar de los gastos en aranceles portuarios y víveres para la tripulación y los esclavos, y obtendría suficiente para regalar a su mujer las perlas que quería, y quizás un caballo nuevo para sí. Un buen semental que cruzaría con la yegua de su mujer si encontraba uno a buen precio.

Cuatro soldados interrumpieron sus pensamientos; se acercaban por el muelle hacia el punto de amarre del *Ventulus*. Supuso que vendrían de parte del entrometido cuestor que controlaba el puerto y suspiró, pero procuró recibirlos con una sonrisa.

—Permiso para subir a bordo —dijo uno.

—Adelante —replicó Duro preguntándose si el cuestor pretendería sacarle un impuesto más o sobornarlo de alguna manera. Ya sería demasiado.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó cuando llegaron a la cubierta. Frunció el ceño cuando dos de ellos, sin prestarle la menor atención, empezaron a tomar nota de todos los pormenores de la pequeña nave mercante. La mayor parte de la tripulación estaba en tierra, disfrutando del permiso, de modo que prácticamente no había nadie; solo se veía a dos personas más en cubierta desde donde ellos estaban.

—Tenemos unas preguntas que hacerte en privado —dijo uno de los soldados.

Duro trató de mantener la calma. ¿Pensaban que era un contrabandista o un pirata? Procuró aparentar la mayor inocencia, aunque siempre podía encontrarse algo. Había tantas normas en esos días que era imposible acordarse de todas.

—Tengo un vino excelente en mi camarote. Podemos hablar allí —dijo con una

sonrisa forzada.

Lo siguieron sin decir una sola palabra.

## XIV

—¡Un momento! ¡Aquí pasa algo! —dijo Suetonio en voz baja reteniendo a Prax, que estaba a punto de salir de la sombra de los edificios del muelle.

El *optio*, irritado, se soltó de la mano que lo retenía.

—No oigo nada. Tenemos que reunimos con Julio. Vamos.

Suetonio hizo un gesto negativo sin dejar de barrer con la mirada el muelle vacío. ¿Dónde estaba el cuestor? Seguro que el hombre no habría pasado por alto el aviso que le había mandado. Había sido muy fácil dejar caer unas palabras en el oído de un legionario cuando el hombre se vaciaba la vejiga en el oscuro urinario de la posada. Antes de que el soldado terminara y se girase, Suetonio se había mezclado otra vez con el bullicio y las luces de la calle, con el corazón acelerado por la emoción. ¿El soldado estaría tan borracho que no había dado parte? Recordó que se balanceaba ligeramente mientras vaciaba el vino de la noche en las letrinas de piedra.

El joven romano apretó los puños de rabia. El cuestor premiaría a quien denunciara actos de piratería en un puerto romano. Julio sería castigado y él regresaría a Roma con la dignidad intacta, dejando atrás por fin las humillaciones que había sufrido. A menos que el legionario borracho hubiera olvidado el mensaje que le había susurrado o se hubiera desmayado de camino a los barracones. Comprendió que tenía que haberse asegurado la jugada, pero solo tuvo un momento para escoger a su hombre y desaparecer.

—¿Qué pasa? —dijo Prax—. La nave está ahí. Voy a echar una carrera.

—Es una trampa —dijo Suetonio rápidamente, paralizándose con desesperación—. Hay algo raro. Lo noto. —No quería decir más por no levantar las sospechas de Prax. Aguzó todos los sentidos en busca de una señal de los soldados del puerto, pero no oyó nada.

Prax le miró de soslayo entre las sombras.

—Bien, yo no veo nada raro. Si te falta valor, quédate aquí, pero yo me voy.

El fornido *optio* echó a correr hacia la mole oscura de la nave mercante evitando las zonas iluminadas. Suetonio se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Mejor quedarse solo, pero si el cuestor no se presentaba, tendría que seguirles. No podía quedarse atrás y tener que mendigar pasaje después.

Julio agarraba el pasamanos con tensión e inquietud y escrutaba el muelle desde la borda del *Ventulus*. ¿Dónde estaban Prax y Tonio? Recorrió con la mirada el espacio despejado entre los barcos y los almacenes buscando a sus hombres, deseando que regresaran enseguida. La luna creciente había ascendido y estaba seguro de que faltaban pocas horas para el amanecer.

Oyó un ruido sigiloso a su espalda y se arriesgó a echar una mirada; otro nadador acababa de llegar a las sombras del muelle y, tumbado boca arriba, resollaba de agotamiento. Sin luces que los guiaran, habían recorrido las profundas aguas a nado siguiendo el saliente que formaba el puerto natural, sin poder apoyarse un poco siquiera a causa de los erizos y las cortantes rocas que los despellejaban al menor contacto. Muchos habían llegado con las piernas ensangrentadas y el miedo a los tiburones reflejado en los ojos. Había sido una prueba dura, pero a Julio le preocupaban más los que no sabían nadar, el gigante Ciro entre ellos. Tenían que hacer la carrera hasta el puerto en la oscuridad, sin alertar a los centinelas del cuestor, y se estaban retrasando.

La luna, velada por las nubes, solo desprendía un pálido resplandor, pero había antorchas a lo largo de todo el muelle, destellos amarillo oscuro que bailaban y saltaban con la brisa que soplaba de tierra. Hacía una hora que el viento había cambiado y lo único que Julio quería era levar anclas, cortar amarras y desaparecer. El capitán estaba atado y confinado en su camarote, y la tripulación había aceptado la presencia de unos cuantos soldados más sin comentarios ni alarma. Casi todo había salido mejor de lo que Julio esperaba, pero mientras observaba la danza de las antorchas, sintió el temor súbito de que el cuestor hubiese detenido a sus hombres y todo hubiera sido en balde.

Se arrepintió de haber mandado a Prax y a Suetonio a la taberna. Podrían haberse metido en una pelea, o quizá hubieran despertado sospechas contando de cualquier manera el cuento de las riquezas de a bordo. Reconoció que el riesgo había sido excesivo y los nudillos se le pusieron blancos en la barandilla del Ventulus.

¡Allí! Reconoció la silueta del viejo *optio* corriendo hacia el barco. Julio se quedó inmóvil escudriñando en busca de Suetonio, pero no veía ni rastro de él. ¿Qué habría salido mal?

Prax llegó a bordo jadeando.

—¿Dónde está? —le espetó Julio.

—Detrás de mí. Creo que le ha fallado el valor. Más vale que lo dejemos aquí —replicó Prax mirando hacia las sombras de la ciudad portuaria.

Julio oyó un grito a lo lejos y se inclinó en la dirección de donde provenía. Después oyó otro, pero con el viento no estaba seguro de lo que era. Volvió la cabeza a derecha e izquierda y entonces percibió el golpeteo regular de legionarios en marcha, el ruido de las sandalias claveteadas contra los adoquines del suelo que reconocería en cualquier parte. Diez hombres, tal vez veinte. Y no eran los suyos. Contando a Suetonio, solo eran seis los que tenían que llegar a pie al muelle. Se le secó la boca. Solo podía ser el cuestor que iba a arrestarlos a todos. Sabía que el hombre sospechaba.

Se volvió a mirar la estrecha pasarela que se movía con el Ventulus y lo unía al

muelle. Solo unos pocos sacos de arena mojados la mantenían en su sitio. Podía levantarla en un segundo y ordenar que el barco zarpase. Gaditico custodiaba al capitán. Pelitas estaría con el *cómitre*, esperando la señal de partir. Se encontraba terriblemente solo en cubierta y deseó que todos estuvieran allí con él.

Enojado, sacudió la cabeza. El había tomado la decisión y esperaría a ver quién se acercaba. Escrutó los edificios del puerto rogando que aparecieran sus hombres, pero no aparecía nadie y oyó a los legionarios que, todavía invisibles, doblaban el ritmo de la carrera, y sus pasos resonaban cada vez más.

Cuando salieron de los oscuros callejones a la luz de las antorchas del puerto, a Julio le dio un vuelco el corazón. Allí estaba el cuestor en persona, al frente de unos veinte hombres armados y avanzando velozmente, directos hacia la fila de naves oscuras y hacia el Ventulus.

Suetonio respiró de alivio al oír el estruendo de los soldados. Esperaría a que capturasen a los demás y desaparecería al amanecer. Entonces, el cuestor hablaría con mucho gusto con el hombre que le había avisado. Sonrió para sí. Era tentador quedarse a presenciar la ejecución de Julio, solo para que lo viera entre la muchedumbre. Entonces, tuvo un instante de arrepentimiento por los demás compañeros, pero se encogió de hombros inconscientemente. Eran piratas, y ni uno de ellos había evitado que Julio pisoteara la disciplina con sus halagos y sus promesas indecentes. Gaditico no servía para mandar y Pelitas... le gustaría ver caer a Pelitas.

—¡Suetonio! —gritó una voz a sus espaldas, y casi se le para el corazón—. ¡Corre! El cuestor ha mandado soldados. ¡Corre!

Sintió pavor cuando los hombres que salieron de las sombras a la carrera lo agarraron por el hombro. Con una mirada aterrorizada vio que Ciro lo arrastraba sin aminorar la marcha. Arrojado así a la luz, solo pudo abrir la boca al ver a los adustos soldados del puerto que corrían hacia ellos con las espadas desenfundadas. Tragando saliva cambió el miedo por furia y se unió a la carrera de los demás. Ya no habría encuentro privado entre señores, como se había imaginado. Primero tenía que salir del lío con vida. Apretó las mandíbulas sin dejar de correr a toda velocidad y, en pocas zancadas, adelantó a Ciro.

Julio casi rompió a gritar de alivio cuando vio a los últimos corriendo hacia el barco. Los hombres del cuestor los vieron inmediatamente y les dieron orden de detenerse.

—¡Vamos! —gritó Julio a sus hombres. Miraba de un lado a otro del muelle y soltó un gruñido al ver lo cerca que estaban los hombres del cuestor de los suyos. No había tiempo. Aunque Ciro y los demás llegaran al muelle, los primeros soldados del puerto irían pisándoles los talones.

Tenía el corazón desbocado y contemplaba, aturdido, a los dos grupos que se



dirigían hacia él. Se quedó inmóvil, no podía precipitarse; entonces, se giró y dio una voz hacia el muelle.

—¡Ahora! ¡En marcha, Peli! ¡Ahora!

Bajo cubierta, en las entrañas del barco, oyó la respuesta de Pelitas en forma de órdenes. El Ventulus se estremeció cuando los remos se pusieron en acción e, impulsándose contra el muro, movieron la nave en las oscuras aguas. Julio serró con tal furia la amarra que los retenía que, cuando se partió, hizo una muesca en el pasamanos. Aumentó el griterío de abajo con las voces y el movimiento de la tripulación, que se despertaba pensando, sin duda, que estaban flotando a la deriva. Julio sabía que esperaban pasar unos días más en el puerto; solo disponía de unos segundos antes de que aparecieran todos en cubierta. Se le olvidó la cuestión cuando la pasarela del muelle se movió con la nave y las bolsas de arena se desprendieron y cayeron.

¿Había dado la orden antes de tiempo? Los soldados estaban a menos de cincuenta pasos de sus hombres, cuando los primeros saltaron a la pasarela y los demás, acorralados, dieron media vuelta al tiempo que desenvainaban las espadas. Suetonio se movía como un hurón; apenas tocó los tablones con los pies cuando se lanzó sobre la cubierta.

—¡Vamos, Ciro! ¡Estamos en marcha! —gritó Julio agitando la espada por encima de la cabeza. El hombretón era muy lento. Sin pensarlo dos veces, Julio se encaminó a la pasarela dispuesto a saltar al muelle con él.

Ciro se detuvo por fin y desenvainó el *gladius* para recibir la carga de los soldados del puerto.

—¡Ciro! ¡Son demasiados! —le gritó Julio, debatiéndose entre saltar a tierra, donde lo capturarían sin duda, y el deseo de ayudar al último de sus hombres. Los remos imprimieron un nuevo impulso a la nave y la plancha cayó.

Ciro dio unos lentos pasos hacia el borde del muelle sin atreverse a volverse de espaldas. Cuando los hombres del cuestor se abalanzaron sobre él, le dio un puñetazo al primero, un golpe de moedor que lanzó al soldado por encima del borde hasta el agua. La coraza arrastró al legionario al fondo dejando un rastro de burbujas de plata. Ciro dio media vuelta y contuvo la respiración cuando una espada se le clavó por detrás. Le flojearon los brazos, pero soltó un aullido y, lanzándose a la nave que partía, se agarró de la barandilla con una mano. Julio le sujetó la muñeca y le miró a los oscuros ojos, enloquecidos de dolor y energía.

—¡Ayudadme a subirlo! —gritó Julio procurando que la mano no le resbalase sobre la piel sudorosa. Fue necesaria la colaboración de dos hombres más para izarlo por encima de la borda, jadeante, con la espalda destrozada y sangrante; una mancha oscura se formó en la madera cuando se tumbó.

—No quería matarlo —dijo Ciro entre roncros resuellos.

Julio se arrodilló a su lado y le tomó la mano.

—No podías hacer otra cosa.

Ciro cerró los ojos a causa del dolor y no vio la penosa expresión de Julio cuando se levantó y volvió a la barandilla. La nave empezó a alejarse del muelle meciéndose en el oleaje en cuanto los esclavos tuvieron espacio para hundir los remos en el agua.

A menos de veinte pies, los legionarios miraban fijamente con una clara expresión de odio en los ojos. A pesar de estar tan cerca, la distancia que les impedía cruzar aumentaba lentamente y, mientras Julio los observaba en silencio, uno de ellos escupió al suelo despectivamente.

El cuestor estaba con ellos. En vez de la toga llevaba una túnica oscura y un faldellín de cuero. Estaba rojo de ira y agotamiento y solo pudo ver cómo el barco se escapaba del puerto hasta que, por último, la noche se lo tragó. Dos de sus hombres, que también seguían al *Ventulus* con la mirada, maldijeron en voz baja.

—¿Órdenes, señor? —dijo uno, mirando al cuestor.

Pravitas no contestó hasta que hubo recuperado el aliento y el color normal de la cara.

—Corre al capitán de la galera que llegó ayer. Transmítele la orden de zarpar inmediatamente en busca del barco mercante *Ventulus*. Que se pongan en marcha en menos de una hora, con esta marea.

—Sí, señor —contestó el soldado tras saludar—. ¿Le doy alguna explicación?

Pravitas asintió enseguida.

—Dile que han matado a un legionario y que unos piratas han tomado la nave.

Julio reunió a sus hombres en la oscuridad, mientras el barco se movía. Solo faltaba Ciro, que había sido retirado a un camarote para que descansara, tras haberle vendado la herida. El corte, debajo del omoplato, era profundo, pero parecía limpio y, con suerte, sobreviviría.

Habían encerrado a la tripulación hasta que llegara el momento de ponerla al corriente de la nueva situación. Al menos, los oficiales habían sabido zarpar y mantendrían la nave en movimiento sin dificultad. De todos modos, dolía tener encerrados a hombres inocentes. Se parecía mucho al suplicio que habían pasado ellos durante el cautiverio y Julio intuía, más que ver, la furia de los hombres del *Accipiter*.

—Las cosas han cambiado —dijo, procurando ordenar el caos de ideas—. Para los que no lo sepáis, un soldado del cuestor se ahogó en la pelea por impedir que los nuestros subieran a bordo. Liso significa que movilizará a todas las galeras de la zona para que nos busquen. Tenemos que mantenernos tan alejados de la costa como sea posible y huir de cualquier vela que avistemos durante una temporada, hasta que todo se tranquilice. Esto no entraba en los planes, pero no hay marcha atrás. Si nos

alcanzan, somos hombres muertos.

—Yo no quiero ser un pirata —interrumpió Gaditico—. Empezamos esto para luchar contra ellos, no para ser como ellos.

—El cuestor tiene nuestros nombres, ¿recordáis? —dijo Julio—. Mandará un mensaje a Roma contando que robamos una nave y ahogamos a un soldado. Te guste o no, somos piratas hasta que encontremos la forma de salir de esto. Nuestra única esperanza es seguir con el plan y detener a Celso. Al menos así podremos demostrar buena voluntad. Quizás eso nos evite la crucifixión.

—¡Mira adonde nos han llevado tus ideas! —se burló Suetonio agitando el puño—. ¡Al desastre! No hay vuelta atrás para ninguno de nosotros.

Todos se pusieron a discutir y Julio les dejó gritar mientras forcejeaba con su propia desesperación. Si al menos el cuestor se hubiera pasado la noche en la cama, habrían escapado en busca de los piratas sin dejar rastro.

Finalmente, recuperó la calma necesaria y los interrumpió.

—Cuando terminéis de discutir, comprenderéis que no tenemos alternativa. Si nos entregamos, el cuestor nos llevará a juicio y nos ejecutará. Eso es ineludible. Tengo una cosa que añadir.

Se hizo el silencio y, al ver las caras de esperanza, se sintió enfermo. Seguían creyéndolo capaz de cambiar algo, pero solo le quedaban promesas en las que no confiaba ni él. Sostuvo la mirada a los oficiales del *Accipiter* uno por uno, sin olvidarse de nadie.

—En aquella prisión nauseabunda, nos habría parecido un sueño estar aquí, en este barco, dispuestos a devolver la batalla al enemigo. Ahora es realidad, pero tiene un precio; lo pagaremos cuando tengamos a Celso rendido a nuestros pies y su oro sea nuestro. Erguid la espalda.

—Roma guarda memoria de sus enemigos —dijo Gaditico lóbregamente.

Julio se obligó a sonreír.

—Pero nosotros no somos enemigos de Roma. Eso lo sabemos. Lo único que tenemos que hacer es convencerlos a ellos.

Gaditico hizo un lento gesto negativo, le dio la espalda a Julio y se alejó hacia el otro extremo de la cubierta. El primer atisbo de la aurora asomaba en el cielo y unos delfines grises jugaban y saltaban bajo el remo bauprés mientras el *Ventulus* surcaba las olas y los remos marcaban un ritmo rápido que los alejaba de la tierra y de las represalias.

## XV

Servilia cruzó el foro lentamente con su hijo sumida en profundos pensamientos. El parecía acomodarse bien al paso lento, entreteniendo la mirada en el edificio del Senado a medida que se acercaban. Ella no prestaba atención a las grandes arcadas y cúpulas, las había visto mil veces.

Miró a Bruto de reojo. Tal como se lo había pedido, acudió a la cita ataviado con el flamante uniforme completo de centurión de la legión. Sabía que se fijarían en él, que daría pie a habladurías y se interesarían por su nombre dando por sentado que se trataba de un amante. A esas alturas, más de unos cuantos podrían desvelar en susurros que su hijo había regresado, un misterio en el que indagarían con regodeo. Sabía que Bruto no pasaría desapercibido en el centro de la ciudad. Tenía un caminar asilvestrado, con la cabeza ligeramente inclinada, escuchándola, y una actitud segura que hacía que la gente se apartase casi sin darse cuenta.

Hacía un mes que se veían a diario, primero en su casa y después, paseando juntos por la ciudad. Al principio, los paseos eran tensos e incómodos, pero a medida que los días transcurrían, la tirantez se iba limando y charlaban tranquilamente e incluso se reían, aunque las risas no abundaban.

A Servilia le sorprendía lo grato que le resultaba enseñarle los santuarios y contarle los mitos y leyendas de cada una. Las leyendas sobre Roma abundaban y Bruto las escuchaba con una avidez que también la estimulaba a ella.

Se pasó la mano por el cabello y se lo echó hacia atrás con un movimiento despreocupado. Un transeúnte se detuvo a mirarla descaradamente, Bruto frunció el ceño y Servilia sintió deseos de reírse. A veces pretendía ser protector; se le olvidaba que su madre había sobrevivido sola en esa ciudad mientras él crecía. De todas formas, a ella no le importaba tratándose de él.

—Hoy hay sesión en el Senado —le dijo, al ver que miraba más allá de las puertas de bronce, hacia las salas oscuras del interior.

—¿Sabes de qué están tratando? —le preguntó.

Bruto había aceptado que había pocas cosas en relación con el Senado que ella no supiera. No le había preguntado si tenía amantes entre los nobles, pero lo sospechaba por la delicadeza con que eludía el tema. Le sonrió.

—La mayor parte de los debates son muy aburridos: nombramientos, ordenanzas de la ciudad, impuestos... Al parecer, los vejetes se lo pasan bien. Creo que se hará de noche antes de que terminen.

—Me gustaría mucho estar presente —dijo Bruto con nostalgia—. Por aburrido que sea, me gustaría pasar un día escuchando a esa gente. Su influencia llega tan lejos de Roma..., y todo sale de este pequeño edificio.

—No lo aguantarías ni una hora. Casi todo el trabajo de verdad se hace en

privado. Lo que verías ahí es el último paso de los borradores de las leyes que llevan semanas discutiendo. No es divertido para los jóvenes.

—Para mí, sí —replicó, y Servilia captó el tono anhelante de su voz. Nuevamente se preguntó qué hacer con él. Parecía satisfecho pasando las mañanas con ella, pero ninguno de los dos había hablado del futuro. Quizás estuviera bien disfrutar, simplemente, de la compañía mutua, pero a veces le notaba un deseo de avanzar, aunque sin dirección concreta. Sabía que, cuando estaba con ella, navegaba a la deriva, fuera del camino de su vida momentáneamente. No lo lamentaba, pero quizás hubiera que darle un empujoncito para devolverlo a sí mismo.

—Dentro de una semana, tratarán el nombramiento de los puestos más elevados —dijo, sin darle importancia—. Roma tendrá un nuevo pontifex maximus y nuevos altos cargos. También se asignarán los puestos de mando de la legión en los próximos días. —Con el rabillo del ojo, vio a Bruto volver la cabeza hacia ella bruscamente. ¡Así pues, todavía quedaba ambición en él, oculta tras una apariencia de calma!

—Tengo que... enrolarme en otra legión —dijo lentamente—. Puedo aspirar al puesto de centurión en prácticamente cualquier destino.

—Bueno, supongo que podría conseguir algo mejor para mi hijo —replicó ella como al descuido.

Bruto se paró y le tiró suavemente del brazo.

—¿Qué... cómo? —empezó.

Servilia se rió al verlo tan aturdido, y le hizo sonrojarse.

—A veces se me olvida lo inocente que llegas a ser —dijo, suavizando las palabras con una sonrisa—. Creo que has pasado mucho tiempo ya luchando entre soldados. Sí, creo que sí. Siempre con salvajes y legionarios, pero sin un atisbo de política en tu vida.

Le apretó cariñosamente la mano con que la retenía.

»Los senadores son hombres, simplemente, y los hombres pocas veces hacen lo correcto. La mayor parte de las veces actúan porque les han convencido, se lo han ordenado o les han atemorizado. Los sobornos en oro cambian cosas, pero la verdadera moneda de Roma son la influencia y los favores. La mitad de los nombramientos ya está adjudicada, en reuniones privadas. Los demás se negocian o se exigen.

Esperaba una sonrisa después de sus palabras, pero Bruto parecía afligido y ella le soltó la mano.

—Creía que era... de otra manera —dijo en voz baja.

Servilia procuró calmarse. Se debatía entre el deseo de no destrozarle las ilusiones y la necesidad perentoria de abrir los ojos del joven soldado a la realidad antes de que lo mataran.

—¿Ves ese recinto? Ya te conté que es donde el pueblo de Roma acude a votar los

nombramientos del Senado, los tribunos, los cuestores e incluso los pretores. El voto es secreto y se lo toman en serio. Sin embargo, los elegidos son siempre los mismos, una y otra vez, las mismas familias con pocos cambios. Parece injusto, pero los votantes no conocerían a uno de fuera. Solo los senadores son suficientemente famosos y ricos para que sus nombres circulen incluso en boca de los hombres libres más pobres de la ciudad. Todo es una ilusión, pero elegante, eso sí. Lo asombroso es que unos pocos senadores intentan ser justos, se toman interés por mejorar la ciudad y el bienestar de los ciudadanos. —Servilia señaló hacia el edificio del Senado—. En ese edificio hay hombres grandes cuya labor ilumina la ciudad. Sin embargo, a la mayoría le falta fortaleza en todos los aspectos. Utilizan el poder del Senado para enriquecerse y ganar autoridad personal. Esa es la simple realidad. El Senado no es malo ni bueno, sino una mezcla, como todo aquello en lo que ponemos las manos en esta vida.

Bruto la observaba sin perderse una palabra del vehemente discurso. Lo supiera o no, Servilia no era tan indiferente al mundo ni estaba tan hastiada como pretendía aparentar. Su actitud generalmente cínica fue desapareciendo a medida que hablaba de los senadores corruptos, y su aversión quedó patente. No era una mujer común, se dijo una vez más.

—Te entiendo. Pero es que cuando conocí a Mario, era como un dios. Las minucias no le afectaban. Conozco a tantos que son incapaces de ver más allá de su trabajo o de su rango, y recuerdo perfectamente que él tenía una visión para la ciudad, y todo lo que hacía era para convertirla en realidad sin reparar en el precio. Arriesgó cuanto tenía por derrotar a Sila, ¡y con buenos motivos! Sila se instaló en Roma como un rey tan pronto como Mario murió.

Servilia miró rápidamente alrededor, por si había alguien cerca que pudiera oírles. Bajó la voz.

—No pronuncies esos nombres tan alto en público, Bruto. Aunque esos hombres hayan muerto ya, las heridas todavía están abiertas, no han encontrado a los asesinos de Sila todavía. Me alegro de que conocieras a Mario. Jamás vino a mi casa, pero hasta sus enemigos lo respetaban, lo sé. Ojalá hubiera más como él. —Suavizó un poco el tono de voz y se encogió de hombros como para restar seriedad al asunto—. Sigamos paseando antes de que los chismosos empiecen a preguntarse de qué hablamos. Quiero subir al templo de Júpiter. Sila lo reconstruyó después de la guerra civil, ya sabes, con los restos de las columnas del templo griego de Zeus. Haremos una ofrenda allí.

—¿En su templo? —preguntó Bruto sin dejar de andar.

—Los muertos no poseen templos. El templo pertenece a Roma, o al propio dios, si lo prefieres. Los hombres intentan dejar algo atrás por todos los medios. Creo que por eso los amo.

Bruto la miró, sorprendido una vez más por la sensación de que esa mujer había visto y vivido muchas vidas durante la suya.

—¿Quieres que busque un puesto en la legión? —le preguntó.

Servilia sonrió por el cambio a un tema menos comprometido.

—Creo que sería lo apropiado. Tiene poco sentido que me deban favores si nunca los reclamo, ¿verdad? Podrías pasarte la carrera entera en el puesto de centurión, invisible para los comandantes ciegos, y acabar tus días en una granjita en una provincia nueva apenas civilizada, durmiendo con la espada por obligación. Acepta lo que te ofrezco. Me complace ayudarte después de haber estado ausente de tu vida tanto tiempo. ¿Lo comprendes? es una deuda que tengo contigo, y yo siempre pago mis deudas.

—¿Qué has pensado? —preguntó.

—¡Ah! Aumenta tu interés, ¿eh? Bien. No me gustaría nada que mi hijo no tuviera ambición. Veamos. Apenas tienes diecinueve años, de modo que excluimos los puestos religiosos de momento. Tiene que ser en el ámbito militar. Los amigos de Pompeyo votarán lo que yo quiera. Es un viejo amigo. También Craso estará conmigo por favores antiguos. Cinna remataría la cuestión. Es... un amigo más reciente.

Bruto resopló, asombrado.

—¿Cinna, el padre de Cornelia? ¡Creía que era muy viejo!

Servilia se rió con una risa profunda y sensual.

—A veces sí, a veces no.

Bruto se puso como la grana de vergüenza. ¿Cómo iba a mirar a Cornelia a los ojos la próxima vez que la viera?

Servilia continuó, moviendo los labios hacia arriba y sin prestar atención a la turbación de Bruto.

—Con su voto, te colocarías al mando de mil hombres en cualquiera de las cuatro legiones de su jurisdicción. ¿Qué te parece?

Bruto casi tropieza. Lo que le ofrecía era increíble, pero comprendió que tendría que dejar de sorprenderse cada vez que Servilia le revelara algo. Era una mujer fuera de lo común en muchos aspectos, sobre todo como madre. De pronto se le ocurrió una idea y se paró en seco. Ella se volvió y lo miró enarcando las cejas inquisitivamente.

—¿Qué tal la antigua legión de Mario?

Servilia frunció el ceño.

—Los de la Primigenia están acabados. Aunque el nombre se recupere, no creo que quede más que un puñado de supervivientes. Piensa un poco, Bruto. Todos los amigos de Sila aprenderían tu nombre. Tendrías suerte si sobrevivieras un año.

Bruto vaciló. O insistía o se pasaría la vida pensando por qué no se había arriesgado.

—De todos modos, ¿sería posible? Si acepto el riesgo, ¿esos hombres que has dicho podrían mandar que volviera a formarse?

Servilia se encogió de hombros y otro transeúnte la miró descaradamente, como si la raptase un momento. Bruto se llevó la mano al *gladius* y el hombre siguió su camino.

—Si se lo pido, sí, pero la Primigenia se hundió en la ignominia. Mario fue declarado enemigo del Estado. ¿Quién querría luchar en su nombre? No, es imposible.

—Yo quiero. Solo el nombre y el derecho a reunir e instruir a soldados nuevos. No se me ocurre nada que pueda desear más.

Servilia lo miró a los ojos tratando de ver.

—¿Estás seguro?

—¿Craso, Cinna y Pompeyo pueden hacerlo? —preguntó firmemente.

Servilia sonrió, asombrada todavía de cómo ese joven influía en sus emociones, desde la cólera hasta el orgullo, pasando por la risa, en pocos momentos. No podía negarle nada.

—Me costará todos los favores que me deben, pero me lo deben. Por mi hijo, no me negarán la Primigenia.

Bruto la envolvió en un abrazo y ella lo abrazó a su vez riéndose, contagiada de su felicidad.

—Tendrás que recaudar un capital enorme si piensas recuperar una legión de entre los muertos —dijo, cuando la dejó en el suelo—. Te presentaré a Craso. No conozco a nadie más rico que él, ni creo que exista, pero no es insensato. Tendrás que convencerlo de que obtendrá algo a cambio del oro.

—Lo pensaré un poco —dijo Bruto mirando hacia el edificio del Senado, que habían dejado atrás.

Julio se acordaba de lo mucho que le habían decepcionado las galeras romanas por su gran peso y poca velocidad cuando estaba a bordo del *Accipiter*, y jamás pensó que algún día agradecería esas cualidades. Amaneció con el resplandor repentino de la costa tropical y los hombres gritaron aterrorizados al divisar la vela cuadrada de los romanos por primera vez. Julio la estuvo observando durante las primeras horas de luz, hasta que corroboró que la distancia era cada vez menor. En tono grave, dio órdenes de que arrojaran la carga por la borda.

Al menos el capitán no tuvo que presenciarlo, puesto que seguía confinado en su camarote, atado a una silla. Julio sabía que el propietario montaría en cólera cuando lo descubriera, y tendrían que pagarle más oro de los piratas si lograban su objetivo. En realidad, no tenían opción, aunque no fue nada agradable cuando sus hombres sacaron a la tripulación en grupos pequeños para que les ayudaran a arrojar la valiosa



mercancía de todo un continente al mar. Las maderas exóticas se quedaron flotando en las olas en el punto donde cayeron, pero las pieles y los rollos de tela se hundieron rápidamente. Los últimos artículos en desaparecer fueron los enormes colmillos de marfil amarillento. Julio sabía que tenían gran valor y pensó dejarlos en el barco antes de reafirmarse en la decisión, pero, aun con desgana, dio la señal de que los arrojaran por la borda como todo lo demás.

Los hombres formaron, listos para la acción, y observaron la vela que se divisaba en el horizonte contra el resplandor del sol naciente. Si se acercaba más, Julio sabía que lo único que podrían hacer era desnudar el barco de cuanto se pudiera arrancar, pero a medida que pasaban las horas, la galera que los seguía se hizo cada vez más pequeña, hasta que se perdió en la luz que se reflejaba en el mar.

Julio se dirigió a sus hombres, que trabajaban con la tripulación. Observó que Gaditico no estaba entre ellos, pues había permanecido bajo cubierta cuando llegó la orden de deshacerse de la carga. Frunció el ceño levemente pero decidió no ir a buscarlo para no forzar la situación. No tardaría en comprender que tenían que seguir con el plan. Era la única esperanza. Mantendría el *Ventulus* lejos de la costa unas pocas semanas, mientras seguía con la instrucción de los reclutas en la lucha en el mar. Le habría gustado construir un *corvus*, pero tenían que parecer un barco mercante como cualquier otro para que los piratas mordieran el anzuelo. Entonces vería si había logrado convertir a los campesinos en legionarios, o si los vencerían y lo obligarían a presenciar el hundimiento del *Ventulus*, como había sucedido con el *Accipiter*. Apretó las mandíbulas y dedicó una breve oración a Marte. No podían perder la segunda oportunidad.

## XVI

Alexandria miró la pequeña habitación que le habían ofrecido. No era gran cosa, pero al menos estaba limpia, y no se sentía con derecho a ocupar un espacio en la pequeña casa de Tabbic, ahora que la joyería empezaba a producir algún beneficio. Sabía que el viejo artesano le permitiría quedarse más tiempo, incluso pagarle una renta si insistía, pero apenas tenían espacio para toda la familia en el atestado segundo piso.

No les había dicho que estuviera buscando alojamiento con la intención de sorprenderles invitándolos a cenar cuando encontrara un lugar. Lo había pensado antes del mes que dedicó a la búsqueda. Les habría parecido extraño que una mujer nacida como esclava rechazara cualquier cosa, pero, por el dinero que estaba dispuesta a pagar, solo había encontrado habitaciones sucias, húmedas o infestadas de habitantes que correteaban y no se había detenido a examinarlas de cerca.

Podría haberse pagado algo más que una habitación, una casita propia incluso. Los broches se vendían a la misma velocidad que los fabricaba y, aun invirtiendo la mayor parte de los beneficios en metales nuevos y más refinados, todavía le quedaba suficiente para aumentar los ahorros todos los meses. Quizás el hecho de haber sido esclava le había enseñado a valorar el dinero cuando llegaba, y le daba rabia cada moneda de cobre que se le iba en comida o en un techo. Pagar una renta elevada le parecía la mayor idiotez cuando no se poseía nada después de años de sobrevivir con una miseria ganada con gran esfuerzo. Más valía gastar lo menos posible, y un día podría comprarse una casa propia, con una puerta que cerrar al mundo.

—¿Quieres la habitación? —le preguntó la propietaria.

Alexandria dudaba. Le tentaba la idea de regatear por una rebaja más, pero la mujer parecía agotada después de la jornada de trabajo en el mercado, y el precio no era abusivo. No sería justo aprovecharse de la evidente necesidad de la familia. Vio que la mujer tenía las manos teñidas y reseca de las cubas de tinte; se había dejado una tenue mancha azul en un ojo al apartarse el cabello hacia atrás inconscientemente.

—Tengo que ver otras dos mañana, de modo que mañana te lo digo —contestó Alexandria—. ¿Puedo pasar a última hora de la tarde?

La mujer se encogió de hombros con expresión resignada.

—Pregunta por Atia. Estaré por aquí. No encontrarás nada mejor por el precio que buscas, ¿sabes? Esta casa está limpia, y el gato se encarga de cualquier ratón que aparezca. Tú verás. —Se dio media vuelta para empezar el trabajo de la noche, la preparación de la comida que le habían dado en el mercado como parte del salario. Alexandria sabía que la mayor parte estaría casi para tirar. Sin embargo, Atia no parecía doblegada por el yugo de la vida.

Era muy curioso ver a una mujer libre al borde de la pobreza. En la finca donde

Alexandria había trabajado, hasta los esclavos estaban mejor alimentados y vestidos que ella. Era un aspecto de la vida que nunca había visto y tenía la más rara sensación de vergüenza allí, con su ropa buena y uno de sus broches de plata como cierre del manto.

—Iré a ver las otras y después volveré aquí —dijo Alexandria con firmeza.

Atia empezó a cortar verdura sin más comentarios y a ponerla en una cazuela de hierro que había en el fogón de arcilla, construido contra la pared. Hasta el cuchillo que utilizaba tenía la hoja estrecha como un dedo, gastada pero todavía en uso a falta de otro mejor.

En la calle, estalló un coro de gritos agudos, un personajillo mugriento se coló por la puerta abierta y fue a chocar con Alexandria.

—¡Vaya, muchacho! ¡Casi me tiras al suelo! —exclamó ella con una sonrisa.

La miró con una expresión burlona en sus ojos azules. Tenía la cara sucia, como todo él, pero Alexandria vio que la nariz estaba oscura e hinchada, con restos de sangre en la punta, que se llevó hasta la mejilla al limpiársela y sorber.

La mujer dejó el cuchillo y lo acogió entre los brazos.

—¿En qué lío te has metido ahora? —le preguntó tocándole la nariz.

El niño sonrió y se revolvió para librarse del abrazo.

—Una pelea, mamá, nada más. Los chicos de la carnicería me han perseguido todo el camino hasta casa. Le puse la zancadilla a uno cuando venía por mí y aterrizó en mi nariz. —El niño miró a su madre con una sonrisa radiante, se rebuscó debajo de la túnica y sacó dos chuletas limpias, todavía sangrantes. La madre soltó un soplido y se las quitó inmediatamente.

—¡No, mamá! ¡Son mías! No las robé. Estaban tiradas en la calle.

La madre enrojeció de ira, pero el chico la persiguió hasta la puerta saltando tanto como podía para recuperar sus trofeos.

—Te he dicho que no robes ni digas mentiras. Quítame las manos de encima. Hay que devolver esto a su sitio.

Alexandria estaba entre Atia y la puerta, de modo que salió a la calle para dar paso a la mujer. Un grupo de niños aguardaba fuera con una actitud ligeramente amenazadora. Se rieron al ver al pequeño saltando alrededor de su madre y uno de ellos tendió la mano reclamando las chuletas. Atia se las plantó en la palma sin una palabra.

—El chico es muy rápido, señora, eso lo reconozco. El viejo ledo me ha dicho que te diga que llamará a la guardia si tu hijo vuelve a robar cualquier cosa.

—No será necesario —replicó Atia irritada, limpiándose la sangre de las manos con un trapo que se sacó de la manga—. Dile a Tedo que nunca ha perdido nada que no haya recuperado y que haré correr la voz de que nadie vaya a su tienda si lo intenta. Mi hijo recibirá su castigo, gracias.

—Buen trabajo haces —se burló el muchacho.

Atia levantó la mano rápidamente y el chico reuló riéndose y señalando al chiquillo humillado que seguía aferrado a las faldas de su madre.

—Yo mismo me encargaré de darle unos cintarazos a tu pequeño Turino si vuelvo a verlo acercarse a la tienda. Ya lo verás.

Atia enrojeció de rabia y avanzó un paso, la excusa que esperaban los chicos para echar a correr cada uno por un lado, insultándolo mientras huían.

Alexandria se quedó junto a la pareja preguntándose si debía marcharse sin más. La escena que había presenciado no era de su incumbencia, pero le intrigaba lo que sucedería, ahora que la madre se había quedado sola con el granuja de su hijo.

El niño gimoteaba y se frotaba la nariz con cautela.

—Lo siento, mamá. Lo hice para que te pusieras contenta. No pensé que fueran a seguirme hasta aquí.

—No piensas nunca. Si tu padre estuviera vivo, se avergonzaría de ti, muchacho. Te diría que nunca robamos ni decimos mentiras. Después te calentaría bien el trasero con el cinto, que es lo que tendría que hacer yo.

El niño intentó alejarse y la emprendió a patadas cuando se vio sujeto por el brazo firmemente.

—Era cambista. Dices que son todos unos ladrones, así que él también lo sería.

—¡No te atrevas a decir eso! —replicó Atia con los labios blancos. Sin esperar respuesta, se puso al niño boca abajo en las rodillas y le dio seis fuertes azotes. El chico forcejeó durante los tres primeros, pero después se quedó quieto y en silencio. Cuando lo posó en el suelo, esquivó a las mujeres, salió como una exhalación a la estrecha calle y desapareció por la primera esquina.

Atia suspiró viéndolo correr. Alexandria juntó las manos con nerviosismo, cohibida por haber presenciado una escena tan íntima. Atia se acordó de ella repentinamente y se sonrojó cuando sus miradas se encontraron.

—Lo lamento. Siempre está robando cosas, no consigo hacerle comprender que no debe hacerlo. Siempre le pillan, pero al cabo de una semana vuelve a intentarlo.

—¿Se llama Turino? —preguntó Alexandria.

La mujer negó con un gesto.

—No. Lo llaman así porque vinimos a la ciudad desde Turio. Es un apodo insultante que le han puesto, pero parece que a él le gusta. En realidad se llama Octaviano, como su padre. Es terrible. Solo tiene nueve años, pero pasa más tiempo en la calle que en casa. Me preocupa. —Miró a Alexandria y entonces se dio cuenta de la ropa y el broche que llevaba.

—No tendría que estar molestándola con mis problemas, señorita. No me importa reconocer que necesitamos el alquiler de la habitación. A ti no te robaría, y si lo hiciera, te lo devolvería inmediatamente, por el honor de mi familia. Aunque no lo

parezca, lleva sangre noble en las venas, de Octaviano y César, pero el muy pilluelo no se da cuenta.

—¿De César? —preguntó Alexandria bruscamente.

La mujer asintió.

—Su abuela era de la familia de César, antes de casarse con un hombre de mi familia. Sin duda lloraría si lo viera robándole carne al carnicero a menos de tres calles de aquí. Quiero decir que ya saben quién es. Le partirán los brazos si lo vuelve a intentar, y entonces, ¿qué haré yo? Las lágrimas se le escaparon de los ojos y Alexandria avanzó sin pensarlo y le rodeó los hombros con el brazo.

—Vamos dentro. Creo que me quedo con esa habitación que me ofreces.

La mujer se enderezó y la miró con dureza.

—No quiero caridad. Vamos saliendo del paso y el chico aprenderá con el tiempo.

—No es caridad. Tu habitación es la primera que he encontrado limpia, y yo... trabajaba en casa de un César hace unos años. Podría tratarse de la misma familia. Casi somos parientes.

La mujer se secó los ojos con el trapo que se sacó de la manga de nuevo, hecho un ovillo.

—¿Tienes hambre? —le dijo con una sonrisa.

Alexandria pensó en el escaso montón de verdura que esperaba en la mesa.

—Ya he comido. Te pago el primer mes y voy a buscar mis cosas a la casa donde he estado. No queda lejos.

Si se daba prisa y no se entretenía en casa de Tabbic, pensaba que podría estar de regreso en su nuevo hogar antes del anochecer. Quizás entonces hubieran podido ir a buscar un poco de carne con el anticipo del alquiler.

Los senadores se revolvían incómodos en sus asientos. La sesión había sido larga y muchos de ellos habían llegado a un punto en el que ya no escuchaban las complicadas intervenciones y, sencillamente, votaban conforme habían acordado con anterioridad.

Las sombras de la noche se alargaban y se encendieron las antorchas con unas candelas fijadas a un palo largo. El resplandor de las pequeñas llamas se reflejaba en el pulido mármol blanco de las paredes y el aire se impregnó de un suave aroma de aceite perfumado. Gran parte de los trescientos senadores que se habían reunido por la mañana se había marchado ya y las últimas votaciones se harían sin ellos.

Craso sonrió para sí; se había asegurado de que sus partidarios se quedaran hasta que apagarán las antorchas y la larga jornada se clausurase oficialmente con la oración por la integridad de la ciudad. Escuchó atentamente la lista de nombramientos esperando oír el que Pompeyo y él habían incluido para someterlo a votación. Casi sin querer, posó la mirada en las listas de la legión, grabadas en el

mármol blanco. En el lugar que solía ocupar la Primigenia había ahora un espacio en blanco. Sería un placer deshacer otra piececilla del legado de Sila, aunque no se lo hubiera pedido su antigua amiga.

Miró entonces a Cinna y sus miradas se encontraron un momento. Cinna asintió en referencia a las listas de la legión y sonrió. Craso siguió mirándolo y advirtió el pelo entrecano de su amigo. Servilia no favorecería a un padre tan invernal más que a él, sin duda. La mera evocación de Servilia le calentó la sangre y se perdió el final de un apartado. Vio que Cinna votaba y entonces levantó la mano con él.

Se levantaron más senadores, se excusaron discretamente y se dirigieron a sus casas y a los brazos de sus amantes, repartidas por toda la ciudad. Craso observó el torpe movimiento de Cato al levantar su enorme corpachón. Había estado muy cerca de Sila y le fastidiaría perder la siguiente votación. Craso procuró no delatar su alegría cuando Cato se acercó y pasó ante él, enfrascado en la discusión. La ausencia de los partidarios de Sila facilitaría las cosas, pero aunque hubieran estado todos presentes, dudaba que entre Cinna, Pompeyo y él no hubieran logrado que se aprobara en sus mismas narices. La restauración de la Primigenia los enfurecería. Se recordó que debía agradecerle la idea a Servilia la próxima vez que se vieran. Quizá con un pequeño regalo en señal de gratitud.

Pompeyo se levantó a contestar una pregunta relacionada con el nuevo comandante de una legión en Grecia. Hablaba con una seguridad contagiosa de los nombres nuevos a la hora de recomendárselos al Senado. Craso había oído que se había producido otra rebelión y las bajas implicaban oportunidades para amigos y familiares de los senadores presentes. Sacudió la cabeza con pesadumbre al recordar el día en que Mario forzó una votación que se llevó a Sila de Roma para someter a Mitrídates por primera vez. Si Mario estuviera allí ahora, ¡les obligaría a levantar la mirada del suelo y hacer algo inmediatamente! Sin embargo, esos insensatos se pasaban los días discutiendo, cuando tendrían que estar mandando a un par de preciosas legiones para reforzar las posiciones griegas.

Craso sonrió irónicamente al darse cuenta de que él era uno de esos insensatos a los que criticaba. La última rebelión había desembocado en una guerra civil y la imposición de un dictador. Ninguno de los generales de la sala osaba tomar la iniciativa por temor a que los demás se unieran en su contra, pero tampoco querían otro Sila, de modo que no se hacía nada. Hasta Pompeyo se mantenía a la espera, pese a ser tan impetuoso como el propio Mario. Prestarse voluntariamente como Mario y Sila habría sido un suicidio. Había demasiado odio y demasiada envidia para permitir que cualquiera de ellos obtuviera la victoria contra Mitrídates. La culpa era de Sila, que lo había dejado libre la primera vez. Ese hombre no podía hacer nada bien.

Pompeyo se sentó y la votación se realizó rápidamente; solo quedaba la última

cuestión de los asuntos del día, propuesta por Craso y secundada por Pompeyo. Habían dejado a Cinna fuera del registro en esa cuestión, puesto que corrían rumores sobre su implicación en el envenenamiento de Sila. Sin fundamento, naturalmente, pero nadie podía parar a quienes en Roma se dedicaban a difundir rumores.

Craso se preguntó un momento si verdaderamente no tendrían fundamento, pero enseguida desechó la idea. Era un hombre práctico, y Sila y el pasado habían quedado atrás. Si la hija de Cinna había evitado convertirse en una remisa amante de Sila, tal como había oído murmurar, era una prueba fehaciente de que los dioses favorecían la casa de Cinna... o de César, quizás. Al menos a una de las dos, sin duda.

Le habían dicho que se habían hecho algunos progresos en la búsqueda del esclavo que había llevado el veneno, pero todavía no se sabía nada sobre quién había ordenado el asesinato. Craso miró la estancia semivacía. Podría haber sido casi cualquiera de ellos. Sila se había forjado enemistades por su absoluta falta de cautela. Y la cautela era la primera regla de la política, en opinión de Craso. La segunda tendría que ser evitar a las mujeres atractivas necesitadas de favores, pero los hombres tenían pocas ocasiones de ser felices en esta vida y Servilia le había proporcionado algunos episodios memorables.

—Restauración de la Primigenia a las listas de la legión —anunció el moderador del debate; Craso se irguió en el asiento y se concentró.

—Licencia de reclutamiento, instrucción, toma de juramento y nombramiento de oficiales bajo la autoridad del Senado solicitada para Marco Bruto de Roma —prosiguió el orador con una cantinela que no encajaba con el murmullo de animación que se inició entre el centenar de senadores que todavía ocupaban sus asientos. Un partidario de Sila se marchó rápidamente, sin duda a avisar a sus amigos para que volvieran a la votación. Pompeyo frunció el ceño al ver que Calpurnio Bíbilo y dos más se levantaban para tomar la palabra. Ese hombre había sido partidario acérrimo de Sila, y todavía juraba que acabaría para siempre con los asesinos cuando tuviera ocasión.

Parecía que estuvieran poniendo en práctica una vieja estratagema. Hablarían uno después de otro ante el Senado extendiéndose todo lo posible, hasta el final de la sesión, o al menos hasta reunir a suficientes partidarios para que votasen en contra de la moción. Si la propuesta quedaba para la siguiente sesión, quizá no fuera aprobada.

Craso miró a Cinna con conmiseración, pero, para su sorpresa, vio que el viejo le guiñaba el ojo. Craso, tranquilizado, se arrellanó en el asiento. El dinero era una palanca poderosa, lo sabía tan bien como cualquiera. Para retrasar la votación, el presidente tenía que ceder la palabra a los partidarios de Sila para que intervinieran, pero siguió recitando los pormenores de la propuesta sin mirar ni una sola vez a los bancos donde carraspeaban sonoramente para llamarle la atención.

Inmediatamente después de enumerar todos los pormenores, el moderador del

debate abrió la votación. Uno de los partidarios de Sila maldijo en voz alta y salió de la sala del Senado, una grave falta de etiqueta. La propuesta fue aprobada sin problemas y la sesión se dio por terminada. Durante la oración final, Craso miró furtivamente a Pompeyo y a Cinna. Tendría que escoger el regalo de Servilia con mucho cuidado. Sin duda, los otros dos tenían la misma idea.



## XVII

Julio esperaba en la oscura bodega, con la espada desenvainada y los demás alrededor. Estaban en silencio, esperando la señal, y en medio de esa quietud antinatural, los crujidos del maderamen del *Ventulus* casi parecían voces amortiguadas que se superponían al ruido de las olas que chocaban contra el casco.

Arriba, los soldados oían las carcajadas y juramentos de los piratas, que amarraban su rápida trirreme al *Ventulus* y saltaban a cubierta sin encontrar resistencia. Julio se esforzaba por oír hasta el menor ruido. Eran momentos de gran tensión para ellos, pero más peligrosos para los que se habían quedado arriba, donde podrían matarlos a modo de ejemplo o por crueldad, simplemente. Al principio, a Julio le sorprendió que se presentaran voluntarios de la tripulación para quedarse en cubierta cuando los piratas los abordasen. La rabia y la suspicacia iniciales contra sus hombres habían desaparecido cuando les contó el plan, y creía en su entusiasmo. Habían escogido con alborozo a los que fingirían rendirse en la cubierta, y Julio comprendió que, para esos hombres, la posibilidad de devolver el golpe a los piratas que tanto temían y odiaban sería única en su vida. El poderío de una galera de la legión no era para ellos. Las naves mercantes como el *Ventulus* siempre tenían que huir en busca de protección, y muchos marineros de la tripulación habían perdido amigos a lo largo de los años a manos de Celso y sus compañeros de correrías.

A pesar de todo, había dejado a Pelitas y a Prax con ellos, vestidos con ropas raídas. No podían arriesgarse a confiar su vida a unos desconocidos, y cualquiera de los oficiales podría dar la señal de alarma si algún marinero los traicionaba. Prefería no dejar nada al azar.

Las voces llegaban débilmente por las escotillas. Los hombres movían los pies, apretados como estaban, pero no se atrevían a susurrar siquiera. No había forma de saber cuántos enemigos habría en cubierta. Las tripulaciones piratas solían ser menos numerosas que el contingente romano de las galeras, casi nunca más de treinta espadas, pero después de haber visto las atestadas cubiertas de los dos barcos que hundieron el *Accipiter*, Julio sabía que no podía confiar en la superioridad numérica. Tenía que asegurarse el factor sorpresa. Con el resto de la tripulación, en total eran cincuenta hombres los que esperaban con él. Había decidido que cada marinero optase por el arma de su preferencia, con el argumento de que no disponía de hombres para protegerlos. Lo mejor que podía hacer era mezclarlos con sus soldados y prevenir un ataque repentino por la retaguardia cuando salieran corriendo a cubierta.

Uno de ellos estaba a su lado, armado con una oxidada barra de hierro. Por lo que podía ver, no albergaba segundas intenciones. Igual que los demás, tenía la mirada fija en las oscuras escotillas, que se perfilaban contra la luz del sol que entraba por las

rendijas en anchos haces dorados donde el polvo brillaba y revoloteaba. Las vigas se movían casi hipnóticamente con el balanceo y el cabeceo del Ventulus en el agua. Se oyeron más voces arriba y Julio se puso en tensión cuando unas sombras en movimiento taparon la luz y los tablones crujióron bajo el peso. Sus propios hombres no se situarían encima de las escotillas; tenían que ser los piratas, que se desplazaban buscando el botín.

Había esperado el máximo tiempo posible antes de bajar con los demás, pues quería ver con sus propios ojos cómo operaban los piratas, para la próxima vez. Para que pareciese de verdad, había ordenado a los remeros del Ventulus una buena velocidad, pero ordenaría que los remos se estorbasen si los piratas no lograban darles alcance. Sin embargo, no fue necesario tomar medidas. Los piratas debían de haber vaciado la nave por completo, porque acortaba la distancia sistemáticamente a medida que el día avanzaba.

Cuando se acercaron lo suficiente como para poder contar los remos, Julio bajó a reunirse con sus hombres. Su mayor preocupación era que el enemigo contara con una tripulación entrenada, como Celso. Si eran asalariados, no estarían atados a los bancos, y la idea de cien remeros musculosos cayendo en tromba sobre sus hombres solo podía significar el desastre, estuvieran armados o no. La nave enemiga llevaba un espolón puntiagudo que los dejaría sin capacidad de maniobra si los acometían de frente, pero supuso que no lo utilizarían, sino que se situarían en paralelo para abordar el Ventulus. Ciertamente, se sentirían seguros, tan lejos de las galeras que patrullaban por las costas, con todo el tiempo disponible para trasladar la carga a su nave e incluso apoderarse del Ventulus en vez de hundirlo. Al fin y al cabo, los saqueadores no tenían astilleros. Esperaba que solo un contingente representativo hubiera invadido la cubierta del Ventulus. Bien amarrados al enemigo, ninguna de las dos naves podría escapar, y eso era precisamente lo que él quería. Sudaba de impaciencia esperando la señal. Había muchas cosas que podían salir mal.

Arriba soplaba un viento fuerte que salpicaba de diminutas gotas saladas a la tripulación del Ventulus y a sus invasores. La tripulación, que estaba al corriente del plan, se había rendido sin oponer resistencia, y se habían recogido los remos y la vela. El Ventulus se balanceaba y cabeceaba en las olas sin vela ni remos que lo impulsasen. Una nube de flechas describió una parábola en el aire mientras los piratas fijaban las amarras, y Pelitas tuvo que hacerse a un lado para que no le alcanzaran. Vio que algunos marineros permanecían sentados en cubierta con las manos en alto. No les llegaban las flechas, de modo que copió su actitud y obligó a Prax a hacer lo mismo. Tan pronto como todos se hubieron sentado, cesó la lluvia de flechas. Pelitas oyó carcajadas entre los hombres que esperaban para abordarlos y sonrió irónicamente, en espera del momento adecuado. Julio le había indicado que esperase a que el enemigo hubiera dividido las fuerzas entre las dos naves, pero era imposible

prever cuántos tendrían en reserva. Pelitas decidió que gritaría cuando veinte piratas hubieran saltado el pasamanos. Si esperaba más, quizá no pudieran con ellos al primer ataque, y lo último que necesitaban era una batalla campal en cubierta. En las fuerzas de Julio abundaban los novatos, y si los piratas no se rendían enseguida, las tornas podrían volverse en su contra y lo perderían todo.

Los diez primeros piratas llegaron a la cubierta principal del *Ventulus*. Aunque avanzaban con seguridad, Pelitas advirtió que procedían como una unidad, protegiéndose unos a otros de posibles ataques por sorpresa. Se dispersaron un poco al dirigirse a la tripulación sentada en el suelo y vio que llevaban largas correas colgando del cinturón para maniatar a los prisioneros. Seguro que esos diez eran los mejores luchadores, veteranos que sabían lo que tenían que hacer, capaces de abrirse camino ante cualquier dificultad. Pelitas lamentó que Julio no le hubiera permitido llevar una espada en cubierta. Se sentía desprotegido sin ella.

La tripulación se dejó maniatar sin oposición y Pelitas dudó. Solo había diez en cubierta y era pronto para dar la señal, pero trabajaban con eficiencia y, si los maniataban a todos con la misma rapidez, no podrían hacer nada cuando empezase la lucha. Vio que otros cuatro saltaban al *Ventulus* y entonces se fijó en la expresión torva de un hombre que se dirigía a él con las correas preparadas en la mano. Tendría que conformarse con catorce.

Cuando el hombre miró a Pelitas, el romano gritó con todas sus fuerzas tan súbitamente que el pirata dio un respingo y levantó la espada.

—¡*Accipiter!* —gritó Pelitas al tiempo que se ponía de pie.

El pirata parecía confuso, pero reaccionó enseguida; sin embargo, en ese momento las escotillas se abrieron de golpe y los legionarios romanos irrumpieron entre los piratas con las corazas brillando al sol.

El hombre que estaba cerca de Pelitas se giró a mirar y se quedó con la boca abierta. Sin dudarlo un momento, Pelitas le saltó a la espalda y, con el brazo le sujetó la garganta con todas sus fuerzas. El hombre trastabilló y avanzó un par de pasos; después orientó la espada hacia atrás y se la clavó a Pelitas en el pecho. El romano cayó al suelo herido de muerte.

Julio dirigía el ataque. Mató al primer hombre que encontró de frente y maldijo al comprobar que Pelitas los había llamado antes de tiempo. Los arqueros estaban todavía en el otro barco; las oscuras flechas empezaron a caer sobre cubierta y alcanzaron a uno de los marineros atados. Sin escudos, no había forma de evitarlas, solo quedaba la esperanza de que la carga no fallara. Sus hombres nunca se habían enfrentado a un ataque; era difícil incluso para los soldados con experiencia, cuando todos los instintos pedían a gritos agacharse y esconderse. Su espada chocó contra otra, descargó un golpe rodeándola y el oponente cayó de bruces. Con una rápida estocada en su desprotegida garganta, lo remató.

Entonces, miró a izquierda y derecha para hacerse una idea del panorama. La mayor parte de los piratas del *Ventulus* estaban abajo. Sus hombres luchaban bien, pero uno o dos se habían parado a desclavarse las flechas de los brazos y aullaban de dolor.

Una saeta zumbante lo golpeó en el pecho y le hizo retroceder un paso. Se le cortó la respiración, pero la maldita cayó al suelo de madera con estrépito y Julio entendió que la coraza lo había salvado.

—¡Al abordaje! —gritó, y los hombres avanzaron en tromba tras él hacia el barco pirata. Cayeron más flechas pero causaron pocos daños, y Julio dio gracias a los dioses por las duras corazas romanas. Saltó a la barandilla del *Ventulus* y los remaches metálicos de las sandalias le hicieron patinar en la madera.

Fue a parar a los pies de un enemigo con gran ruido de metal, y maldijo. Con el brazo, desvió una espada que le apuntaba directamente y el filo le cortó. El *gladius* le había quedado debajo del brazo, de modo que tuvo que rodar sobre sí mismo para liberarlo. Otra espada resonó en su hombro y le soltó la coraza.

Los demás romanos aullaron al verlo caer y se abrieron paso salvajemente entre los piratas que les hacían frente. Se lanzaron al barco enemigo sin cautela y traspasaron la línea que Julio marcaba. Gaditico lo agarró por el brazo y lo puso de pie.

—Otra que me debes —le gruñó mientras caían juntos sobre la cubierta enemiga. Julio corrió hacia un pirata y entró a fondo con el *gladius*, listo para esquivar el contraataque. Sin embargo, el hombre perdió el equilibrio al retroceder y lanzó la espada, que salió dando vueltas por encima de los tablones. Parecía aterrorizado mientras Julio hacía descender lentamente el pesado *gladius* hacia su garganta.

—¡Por favor! ¡Basta! —gritó despavorido. Julio se detuvo y se arriesgó a echar otro vistazo alrededor. Los piratas flaqueaban. Muchos habían muerto y los que quedaban se rendían con las manos en alto. Las espadas cayeron en cubierta. Los arqueros supervivientes bajaron los arcos; los trataban con cuidado incluso cuando se rendían:

Julio retrocedió un paso, miró atrás y el corazón se le henchó de orgullo.

Allí estaban sus reclutas, con su brillante uniforme, la espada desenvainada y en posición de firmes. Parecían media centuria de la legión hasta en el último detalle, saludables y disciplinados.

—Levántate —le dijo al caído—. Declaro este barco propiedad de Roma.

Los supervivientes fueron maniatados con las mismas correas que habían llevado para la tripulación del *Ventulus*. Todo se hizo rápidamente, aunque Julio tuvo que llamar al orden a un marinero que le dio una patada en la cabeza a quien lo había aprisionado antes, cuando ya lo tenía atado.

—Diez latigazos a ese hombre —sentenció con voz firme y fuerte. Los hombres

lo agarraron y el resto de los marineros del *Ventulus* se miraron unos a otros. Julio los miró severamente a su vez, consciente de la importancia de que acataran las órdenes. Por su voluntad, seguramente habrían reducido a los prisioneros a picadillo, se habrían vengado de años de odio con una orgía de torturas y violencia. Ninguno le sostuvo la mirada, sino que los grupos que habían empezado a formarse felicitándose unos a otros empezaron a disgregarse. Por último, Julio fue a supervisar al resto de los capturados. Los remeros, cuyo comportamiento había temido, gritaban bajo cubierta, aterrorizados por el estrépito de la batalla de arriba. Mandaría a unos hombres a que los tranquilizaran.

—¡Señor, aquí! —dijo una voz.

Prax sostenía el cuerpo de Pelitas y apretaba con la mano una herida abierta en la parte superior del pecho. Tenía sangre alrededor de la boca y, al verlo, Julio supo que no había esperanza para su amigo. Quizá Cabera lo hubiera salvado; ninguna otra cosa serviría.

Pelitas se ahogaba, tenía los ojos desorbitados. Cada nueva y trabajosa respiración era otro hilo de sangre que le salía por la boca. Julio se agachó a su lado y otros cuantos se acercaron también hasta tapar el sol. En silencio, mientras miraban, los segundos transcurrían como horas, pero, finalmente, la entrecortada respiración cesó y el brillo de los ojos se hizo vidrioso e inmóvil.

Julio se puso de pie mirando el cadáver de su amigo. Después, hizo una señal a dos hombres.

—Ayudad a Prax llevarlo abajo. No vamos a echar al mar a uno de los nuestros con todos esos. —Sin una palabra más, se alejó y, de todos los presentes, solo los oficiales del *Accipiter* comprendieron por qué tenía que aparentar una actitud tan rigurosa. El comandante no se mostraría débil ante sus hombres y ninguno de ellos volvió a poner en duda quién era el jefe. Incluso Gaditico bajó la cabeza cuando Julio pasó a su lado, solo.

Una vez aseguradas ambas naves, por la noche Julio se reunió con los demás oficiales del *Accipiter* y brindaron por Pelitas, que no había logrado llegar al final de aquel camino.

Antes de dormir, Gaditico paseó a la luz de la luna por la cubierta del *Ventulus* con Julio. Ambos guardaron silencio un largo rato, cada cual perdido en sus recuerdos, pero cuando llegaron al comienzo de los peldaños que llevaban abajo, Gaditico lo tomó del brazo.

—Tú estás al mando aquí.

Julio se volvió hacia él y Gaditico percibió la fuerza de su personalidad.

—Lo sé —dijo simplemente.

Gaditico esbozó una sonrisa irónica.

—Lo comprendí cuando te caíste. Todos los hombres fueron detrás de ti sin

aguardar órdenes. Creo que te seguirán a cualquier parte.

—Ojalá supiera adonde los llevo —respondió Julio en voz baja—. Es posible que alguno de los prisioneros sepa dónde encontrar a Celso. Lo veremos por la mañana. —Miró a lo lejos, hacia el lugar de la cubierta donde Pelitas había caído—. Peli se habría reído con ganas al verme resbalar así. Habría sido una forma ridícula de morir.

Dejó escapar una risa carente de alegría. ¡Valiente carga directa... a los pies del enemigo! Gaditico no se rió. Puso la mano sobre el hombro de Julio, pero el joven no pareció notarlo.

—No habría muerto si no me hubiese empeñado en buscar a Celso. Todos estaríais de vuelta en Roma a estas alturas, con el nombre limpio de ignominia.

Gaditico le tiró suavemente del hombro hasta que Julio lo miró a la cara otra vez.

—¿No fuiste tú quien nos dijo que de nada valía preocuparse por lo que pudo haber sido? A todos nos gustaría volver atrás y tomar decisiones mejores, pero las cosas no funcionan así. Tenemos una oportunidad, aunque el mundo entero dependa de ello. Yo podría no haber llevado el *Accipiter* por aquella franja de la costa, pero entonces, ¿quién sabe? A lo mejor me hubiera puesto enfermo, o me hubiera clavado una daga en una posada, o me hubiera caído escaleras abajo y me hubiera abierto la cabeza. Pero es que no vale de nada preocuparse por eso. Nos tomamos cada día como se presenta y decidimos lo mejor que sabemos.

—¿Y si nos equivocamos? —murmuró Julio.

Gaditico se encogió de hombros.

—Yo suelo echar la culpa a los dioses.

—¿Crees en los dioses? —le preguntó Julio.

—No se puede navegar sin saber que hay algo más que hombres y piedras. En cuanto a las iglesias, siempre he apostado a lo seguro con mis ofrendas. No hace daño a nadie y nunca se sabe.

La filosofía práctica de Gaditico hizo sonreír a Julio ligeramente.

—Espero... volver a ver a Pelitas alguna vez —dijo.

Gaditico asintió.

—Todos volveremos a verle, pero de momento no —replicó. Al bajar, volvió a poner la mano sobre el hombro de Julio un momento y lo dejó allí mirando hacia la brisa marina.

Cuando se hubo quedado a solas, Julio cerró los ojos y no se movió en un largo rato.

A la mañana siguiente, Julio dividió a los hombres en dos tripulaciones. Tuvo la tentación de ocupar el lugar de capitán en la nave pirata, más veloz, pero dejándose llevar por el instinto, se la entregó a Duro, capitán y propietario del *Ventulus*. El hombre no había participado para nada en la lucha, encerrado en su camarote, pero

cuando entendió la situación, dejó de quejarse por el cargamento que habían arrojado por la borda. Odiaba a los piratas tanto como cualquier marinero y se alegró mucho de verlos atados, como había estado él hasta hacía tan solo unas horas.

Julio le hizo la oferta y Duro la aceptó con un apretón de manos.

—Cuando encuentres al hombre que buscas, ¿las dos naves serán mías?

—A menos que una de ellas se hunda cuando atacemos a Celso. Mis hombres necesitarán un barco para volver a tierras romanas. Me gustaría que fuese el de Celso, pero ese pirata sabe lo que hace y no va a ser fácil quitárselo, si es que llegamos a encontrarlo —contestó Julio, con la incertidumbre de hasta qué punto podía confiar en el capitán. Para poner su lealtad a prueba, solo una pequeña parte de la tripulación del Ventulus iría con él a la otra nave. Los legionarios sabrían mantener el valor al capitán si acaso le fallaba.

Duro parecía complacido, y quizá lo estuviera. La venta de la nave capturada le proporcionaría mucho más beneficio que el cargamento que había perdido, aunque protestó cuando supo que el marfil había sido arrojado por la borda.

El problema principal era qué hacer con los piratas que habían sobrevivido al combate. En cumplimiento de las órdenes de Julio, habían despachado a los heridos arrojándolos por la borda junto con los muertos. Habían escogido su forma de vida, y sus gritos no le conmovieron. De todos modos, todavía quedaban diecisiete a quienes había que vigilar día y noche. Julio apretó las mandíbulas. El destino de esos hombres pesaba sobre sus hombros.

Mandó presentarse a los piratas en el camarote del capitán, donde los recibió uno a uno, tranquilamente sentado a una maciza mesa, maniatados y fuertemente sujetos por dos hombres. Quería que se sintieran indefensos, y miró a cada uno con la expresión más insensible y cruel de que fue capaz. Aseguraban que su capitán había muerto en la batalla, cosa que Julio no terminó de creerse. Sin duda, el hombre preferiría que no lo reconociera si estaba entre los supervivientes.

—Dos preguntas —le dijo al primero—. Si las contestas, vives. Si no, te vas por la borda con los tiburones. ¿Quién es tu capitán?

El hombre escupió en el suelo a los pies de Julio y desvió la mirada como desinteresándose. Julio lo pasó por alto, aunque notaba unas gotas de líquido caliente en el talón, debajo de la mesa.

—¿Dónde se encuentra el hombre llamado Celso? —continuó.

No hubo respuesta, pero Julio advirtió que el pirata empezaba a sudar.

—Muy bien —dijo con calma—. Que se ocupen de él los tiburones, y traedme al siguiente.

—Sí, señor —dijeron los dos soldados a la vez.

En ese momento, el hombre pareció cobrar vida y pasó todo el camino hasta la barandilla forcejeando y chillando. Allí lo sujetaron unos momentos, mientras un

recluta se sacaba un cuchillo del cinturón. El otro lo miró inquisitivamente. El del cuchillo se encogió de hombros y cortó las ataduras de las manos del pirata antes de empujarlo. Cayó al agua con gran ruido y siguió gritando.

El soldado guardó el cuchillo y, junto a su compañero, se puso a mirar las frenéticas brazadas del náufrago.

—Pensé que había que darle una oportunidad —dijo.

Vieron tres manchas oscuras acercarse ágilmente al hombre que se debatía. Los tiburones no habían dejado de seguir la nave desde que los primeros cadáveres fueran arrojados por la borda. El pirata los vio venir y, enloquecido, batió el agua hasta quedar rodeado de espuma. De pronto, desapareció de la superficie; los dos soldados dieron media vuelta y fueron a buscar al siguiente pirata que sería interrogado.

El segundo no sabía nadar y, simplemente, se hundió. El tercero los maldijo a todos durante el camino, en el transcurso del interrogatorio, en el pasamanos y hasta que desapareció bajo las aguas. Habían acudido más tiburones y se entrecruzaban unos con otros en medio de la espuma sanguinolenta, luchando por la comida.

El cuarto habló tan pronto como Julio le preguntó.

—Vas a matarme de todos modos —dijo.

—No si me dices lo que quiero saber —contestó Julio.

El hombre respiró aliviado.

—En tal caso, yo soy el capitán. ¿No vas a matarme?

—No te mataré, te doy mi palabra; si me dices dónde está Celso —dijo Julio inclinándose hacia el hombre.

—En invierno va a Samos, en Asia. En la costa más remota del mar de Grecia.

—No conozco ese nombre —dijo Julio con desconfianza.

—Es una isla grande que hay frente a la costa... cerca de Mileto. Las galeras romanas no patrullan por allí, pero yo he estado en esas aguas. ¡Estoy diciendo la verdad!

Julio le creyó y asintió.

—Excelente. Entonces, iremos allí. ¿A qué distancia está?

—A un mes, dos a lo sumo.

No le gustó la respuesta y frunció el ceño. Tendrían que hacer escala para aprovisionarse, y eso aumentaba el riesgo. Miró a los dos soldados.

—Echad a los demás a los tiburones.

El capitán pirata puso mala cara al oír la orden.

—A mí no —replicó—. Dijiste que no me matarías.

Julio se levantó despacio.

—He perdido a amigos queridos a manos de tu gente, además de un año de vida.

—¡Me has dado tu palabra! Me necesitas para guiarte hasta allí. Sin mí no lo encontrarías —dijo el hombre rápidamente, quebrándosele la voz de miedo.



Julio hizo caso omiso y siguió hablando con los soldados que le sujetaban por los brazos.

—De momento, encerradlo en algún lugar seguro.

Cuando hubieron salido, Julio se sentó a solas en el camarote y se quedó escuchando cómo arrastraban a los demás piratas a cubierta y los arrojaban por la borda. Se miró las manos cuando los ruidos cesaron por fin y los crujidos y gemidos del barco volvieron a ser audibles. Creía que sentiría vergüenza o remordimientos por la orden que había dado, pero, para su sorpresa, no fue así. Entonces cerró la puerta para poder llorar por Pelitas.

## XVIII

Alexandria suspiró indignada al ver que el broche había desaparecido de la ropa que había doblado la noche anterior. Tras echar un rápido vistazo en las otras habitaciones, descubrió que Octaviano había salido de casa temprano; apretó las mandíbulas, cerró la puerta y se dirigió al taller de Tabbic. No era solo por el valor de la plata, ni por la cantidad de horas que había empleado en dar forma al cierre y pulirlo. Era el único que había hecho para sí y le había hecho ganar algunos clientes. Se trataba de una fíbula sencilla en forma de águila, que no habría escogido para lucirla en el hombro si no se hubiera convertido en el símbolo de todas las legiones y, por tanto, gozara de gran aceptación. Principalmente eran oficiales quienes la paraban por la calle, interesados en el pasador, y que se lo hubiera robado un granujilla sucio le hacía apretar y abrir los puños mientras caminaba, con el manto suelto alrededor de los hombros, sujetándose por faltarle el cierre.

Además de ser ladrón era idiota, pensó. ¿Cómo podía ocurrírsele que no iban a pillarlo? Una posibilidad preocupante era que el niño estuviera tan acostumbrado a los castigos que no lo hubiera tenido en cuenta a cambio del broche y su única idea fuera retener cuanto cayera en sus manos el mayor tiempo posible. Sacudió la cabeza con rabia y murmuró para sí lo que le haría tan pronto como lo viera. No había forma de avergonzarlo, ni siquiera delante de su madre. Lo había visto cuando los chicos del carnicero fueron a buscar la carne robada.

Quizá fuera mejor no decírselo a Atia. Le dolería verla humillada y, aunque hacía menos de una semana que ocupaba su nueva habitación, la mujer le agradaba. Conservaba el orgullo y la dignidad. Era una lástima que el niño no percibiera ninguna de las dos cualidades.

La tienda de Tabbic había sufrido daños al final de los disturbios de hacía dos años. Alexandria le había ayudado a reconstruirla y había aprendido un poco de carpintería rehaciendo la puerta y los bancos de trabajo. El anciano había salvado su medio de vida gracias a un oportuno traslado de todos los metales valiosos a la vivienda, situada encima de la tienda, que estaba bien protegida contra los grupos de raptos que se habían formado cuando la ciudad se hundió en el caos. Cuando se acercaba al modesto establecimiento, decidió no hacerle partícipe de su enfado. Le debía mucho, y no solo el haberle dado cobijo entre los suyos en los peores momentos. No hacía falta decirlo, pero había contraído una deuda con él que estaba dispuesta a saldar.

Al abrir la puerta de roble, un grito agudo resonó en toda la estancia. Le brillaron los ojos de satisfacción al ver a Tabbic sujetando a Octaviano, que se retorció en el aire, colgado del moreno brazo. El hombre levantó la mirada al abrirse la puerta y, al ver que era Alexandria, le enseñó al niño.

—No vas a creerte lo que este pillo quería venderme —dijo.

Octaviano redobló el pataleo con ferocidad cuando la vio. Daba puntapiés al brazo que lo sostenía en el aire sin esfuerzo aparente. Tabbic no le hacía el menor caso.

Alexandria se acercó rápidamente a los dos.

—¿Dónde está mi broche, ladronzuelo? —le preguntó.

Tabbic abrió la otra mano, le enseñó la fíbula de águila y ella se la prendió en su sitio.

—¡Entró aquí con todo el atrevimiento del mundo diciéndome que le hiciera una oferta! —dijo Tabbic. El, que era absolutamente honrado, odiaba a los que se tomaban el robo como una forma de vida fácil. Sacudió a Octaviano otra vez descargando en él su indignación; el niño gimió y dio unas patadas buscando una vía de escape por todas partes con la mirada.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Tabbic.

Alexandria reflexionó un momento. Aunque fuera tentador llevar al niño a su casa pegándole por todo el camino, sabía que sus posesiones seguirían siendo el objetivo de sus manos rateras, y lo que necesitaba era una solución más duradera.

—Creo que podría convencer a su madre de que le dejara trabajar con nosotros —dijo pensativamente.

Tabbic bajó el brazo hasta que los pies de Octaviano tocaron el suelo. Inmediatamente, el niño le mordió la mano y el viejo orfebre volvió a alzarlo en el aire sin esfuerzo, a pesar del inútil pataleo.

—Lo dirás en broma. ¡No es mucho mejor que una alimaña! —dijo Tabbic, estremeciéndose al verse las marcas blancas de los dientes en los nudillos.

—Tú puedes enseñarle, Tabbic. No tiene padre que le enseñe, pero si sigue por ese camino, no va a vivir para contarlo. Dijiste que necesitabas a alguien en los fuelles, y siempre hay que barrer y transportar cosas.

—¡Suéltame! ¡No pienso hacer nada! —gritó Octaviano.

Tabbic lo miró de arriba abajo.

—Está más flaco que una rata. No hay fuerza en estos brazos —dijo lentamente.

—Tiene nueve años, Tabbic. ¿Qué esperabas?

—Seguro que echa a correr en cuanto se abra la puerta —añadió Tabbic.

—Entonces, lo traeré aquí otra vez. Tendrá que volver a su casa en un momento u otro y estaré esperándolo allí; le daré una azotaina y después otra. Si se queda aquí, no se meterá más en líos y a nosotros nos será útil, a los dos. Tú no te estás haciendo joven y a mí podría ayudarme en la forja.

Tabbic volvió a dejar que Octaviano tocara el suelo. Esa vez no le mordió, sino que quedó mirando recelosamente a los dos adultos, que hablaban de él como si no estuviera presente.

—¿Cuánto vas a pagarme? —dijo quitándose las lágrimas de rabia de los ojos con las sucias manos, aunque solo logró mancharse más la cara.

Tabbic rompió a reír.

—¡Pagarte! —exclamó en un tono cargado de menosprecio—. ¡Chico, aprenderás un oficio! Eres tú quien tendría que pagarnos.

Octaviano escupió una retahíla de maldiciones y trató de morderlo otra vez. Pero el orfebre le propinó un cachete con la otra mano sin mirar siquiera.

—¿Y si roba mercancía? —dijo.

Alexandria comprendió que Tabbic había captado la idea. Naturalmente, ese era el problema. Si Octaviano se escapaba llevándose plata, o peor todavía, la pequeña reserva de oro que Tabbic tenía guardada, el perjuicio sería para todos. Adoptó la expresión más seria de que era capaz, tomó a Octaviano por la barbilla y le obligó a mirarla a la cara.

—Si roba —dijo, mirándolo fijamente— tendremos todo el derecho a exigir que lo vendan como esclavo para saldar la deuda. Y también a su madre, si fuera necesario.

—¡No serías capaz! —dijo Octaviano, que dejó de debatirse, asustadísimo por sus palabras.

—Esto no es una casa de caridad, muchacho. Claro que seríamos capaces —replicó Tabbic firmemente. Sin que el niño le viera, le guiñó un ojo a Alexandria.

—Las deudas se pagan en esta ciudad... de una manera o de otra —le apoyó ella.

El invierno había llegado rápidamente y Tubruk y Bruto, abrigados con sendas capas gruesas, convertían el viejo roble en leña, que cargaban en una carreta con destino a las leñeras de la finca. A Renio el frío no le afectaba y, a salvo de miradas de extraños, se había dejado el muñón al aire. Había llevado a un niño esclavo de la finca para que le sujetara las ramas mientras él manejaba el hacha. El niño no había dicho una palabra en todo el tiempo, pegado siempre a los talones del viejo gladiador, pero se separaba cuanto era posible cuando el hacha iba a caer y, con la cara enrojecida por el viento, procuraba disimular la risa cada vez que la hoja se desviaba y Renio se tambaleaba con el impulso del golpe errado maldiciendo por lo bajo. Bruto conocía al viejo gladiador lo suficiente como para estremecerse en silencio por lo que sucedería si Renio descubría la gracia que le hacía al muchacho. Todos sudaban con el esfuerzo y lanzaban bocanadas de aire condensado a la atmósfera invernal. Bruto observaba críticamente el balanceo del hacha de Renio, que hizo saltar dos pequeñas astillas en el aire. Levantó la suya de nuevo y miró a Tubruk.

—Lo que más me preocupa es la deuda con Craso. Solo los cuarteles ya suponen cuatro mil áureos.

Bruto balanceaba el hacha ágilmente al tiempo que hablaba y gruñía cuando la

hoja se clavaba limpiamente.

—¿Qué espera a cambio? —preguntó Tubruk.

Bruto se encogió de hombros.

—Solo dice que no nos preocupemos, lo cual significa que pensar en ello me quita el sueño. El armero al que ha contratado está entregando más corazas que hombres se han alistado, incluso después de recorrer toda Roma. Con mi soldada de centurión, tendría que trabajar años solo para pagarle las espadas.

—Esas cantidades no significan gran cosa para él. Dicen las habladurías que podría comprar la mitad del Senado si quisiera —comentó Tubruk haciendo una pausa, apoyado en el hacha. El viento levantaba hojas a su alrededor. El aire que respiraban les helaba la garganta con un frío que era casi una delicia.

—Ya. Mi madre dice que tiene tantas posesiones en Roma que no sabe qué hacer con ellas. Todo lo que compra produce beneficios, razón de más para que me intrigue saber qué gana comprando la Primigenia.

Tubruk sacudió la cabeza y levantó el hacha otra vez.

—No la ha comprado. Ni tú. Ni se te ocurra pensarlo. La Primigenia no es una casa ni un broche, y solo el Senado manda en ella. Si cree que está formando su propia legión, tendrías que decirle que pusiera un estandarte nuevo en las listas.

—El no lo ha dicho. Lo único que hace es firmar las facturas que le mando. Mi madre dice que busca su favor a costa del dinero. Me gustaría preguntarle, pero ¿y si fuera cierto? No quiero que mi madre se prostituya con ese hombre ni con ningún otro, pero necesito la Primigenia.

—No sería la primera vez que Servilia lo hiciera —comentó Tubruk con una risita.

Bruto dejó el hacha con cuidado sobre un tronco. Se encaró a Tubruk y el viejo gladiador se detuvo al ver su airada expresión.

—Lo has dicho una vez, Tubruk. No lo repitas —le advirtió Bruto con una voz fría como el viento que los envolvía, y Tubruk volvió a descansar apoyándose en el hacha, sosteniéndole la penetrante mirada.

—Hablas mucho de ella últimamente. No te enseñé a bajar la guardia con nadie tan fácilmente. Y Renio tampoco.

Renio soltó un suave soplido por respuesta y dio una patada a un trozo de madera que tenía debajo del pie. Su montón de leña era prácticamente la mitad que el de sus dos compañeros, aunque le había exigido un esfuerzo mayor.

Bruto sacudió la cabeza.

—¡Es mi madre, Tubruk!

El viejo se encogió de hombros.

—No la conoces, muchacho. Solo quiero que seas prudente hasta que la conozcas.

—La conozco lo suficiente —replicó Bruto, y empuñó el hacha de nuevo.

Siguieron trabajando en silencio casi una hora, cortando leña y apilándola en la pequeña carreta de mano que tenían al lado. Por fin, al ver que Bruto no estaba dispuesto a hablar, Tubruk se tragó el enfado.

—¿Vas a ir al campo de las legiones con los demás? —preguntó sin mirar a Bruto. Sabía la respuesta, pero al menos era un tema inofensivo para continuar la conversación. Todos los años, en invierno, los chicos que cumplían dieciséis años iban al Campo de Marte, donde las legiones nuevas plantaban los estandartes. Solo los cojos y los ciegos eran rechazados. La Primigenia, que acababa de reintegrarse a las listas del Senado, tenía derecho a plantar su águila junto a las demás.

—Tengo que hacerlo —contestó Bruto de mala gana. Su expresión malhumorada se suavizó al hablar—. Con los que vengan de otras ciudades, podrían reunirse tres mil allí. Algunos se inscribirán en la Primigenia. Los dioses saben que necesito más hombres, y cuanto antes. Los barracones que ha comprado Craso están prácticamente vacíos.

—¿Cuántos tienes ya? —preguntó Tubruk.

—Con los siete que entraron ayer, casi noventa. Tendrías que verlos, Tubruk. —El joven miró a lo lejos como si estuviera viéndoles la cara—. Creo que se ha reenganchado hasta el último superviviente de la batalla contra Sila. Algunos habían cambiado de oficio en la ciudad, pero tiraron las herramientas y se largaron en cuanto supieron que la Primigenia se reincorporaba. Encontramos a otros vigilando casas y templos, y vinieron sin discutir nada. Todos en memoria de Mario.

Hizo una pausa y la voz se le afiló.

»Mi madre tenía un guardia que había sido *optio* en la Primigenia. Le preguntó si podía volver a la legión y mi madre le dijo que sí. Ayudará a Renio a entrenar a los nuevos en cuanto los tengamos.

Tubruk se dirigió a Renio.

—¿Vas a ir con él? —le preguntó.

Renio dejó el hacha en el suelo y se frotó la mano contra las piernas.

—De leñador no tengo futuro, muchacho. Haré mi papel.

Tubruk asintió.

—Procura no matar a nadie. Bastante trabajo has tenido con enrollarlos. Bien saben los dioses que los jóvenes de ahora ya no sueñan con entrar en la Primigenia.

—Un pasado glorioso nos respalda —replicó Bruto—. Las legiones nuevas que se están formando no pueden competir en eso.

Tubruk lo miró con dureza.

—Algunos lo consideran un pasado deshonroso. No me mires así, es lo que dicen algunos. Os señalarán como legión que perdió la ciudad. Tendrás disgustos por ese motivo. —Miró a las pilas de madera y a la carreta llena y asintió para sí.

»Basta por hoy. El resto se mantendrá bien. Nos espera una taza de vino caliente

en casa.

—Una más solamente —dijo Renio dirigiéndose al muchacho que estaba a su lado y sin esperar respuesta—. Creo que doy impulso al hacha un poco mejor que cuando empecé, ¿no te parece, chico?

El esclavo se frotó las manos rápidamente echándose el aliento a la altura de la nariz y se dejó un rastro plateado en la mejilla. Asintió, nervioso de repente.

Renio le sonrió.

—Con un solo brazo no se maneja el hacha con la misma firmeza, te lo aseguro. Levanta esa rama y sujétala, que voy a partirla.

El chico arrastró un trozo de roble hasta los pies de Renio y empezó a apartarse lo máximo posible.

—No. Sujétala bien. Con las dos manos —le indicó, endureciendo la voz.

El muchacho vaciló un momento y miró a los otros dos hombres, que observaban silenciosamente con interés. Por ahí no había ayuda posible. Con un gesto de dolor, el chico colocó las dos manos alrededor del leño y se inclinó hacia atrás, lo más lejos posible de la trayectoria del hacha, con una expresión terrible por lo que fuera a suceder.

Renio se tomó tiempo hasta encontrar el agarre que quería.

—Sujeta fuerte, ahora le advirtió, y empezó a balancear el hacha. La hoja cayó como una forma borrosa y partió la madera con un crujido seco.

El chico se llevó las manos a las axilas instantáneamente y apretó las mandíbulas por el súbito dolor.

Renio se agachó a su lado apoyando el hacha en el suelo y le miró la mano tras tomársela con suavidad. El chico se puso rojo de alivio y Renio, al ver que no se había hecho nada, sonrió y le revolvió el pelo animosamente.

—No se desvió —comentó el chico.

—Y tú has demostrado valor. Diría que te has ganado una taza de vino caliente.

El chico le sonrió encantado, sin acordarse ya del dolor de las manos.

Los tres adultos intercambiaron una mirada llena de recuerdos y satisfacción por el orgullo del muchacho, tomaron los asideros de la carreta y empezaron a bajar la cuesta hacia la casa.

—Cuando Julio vuelva, quiero que la Primigenia sea fuerte —dijo Bruto al llegar a la puerta.

Julio y Gaditico atisbaban a lo lejos, entre los arbustos de una escarpada ladera, una nave diminuta amarrada en la tranquila bahía de la isla. Los dos tenían hambre y una sed insoportable, pero los pellejos estaban vacíos y habían acordado no emprender el viaje de vuelta hasta la noche.

Habían tardado más de lo calculado en subir la suave pendiente hasta la cima,

donde la pared caía en picado hacia el otro lado. Cada vez que creían haber coronado la cima, descubrían otra detrás, hasta que la aurora los sorprendió y se detuvieron justo antes de iniciar el descenso. Cuando avistaron la nave por primera vez, Julio se había preguntado si el capitán pirata le habría mentido para salvarse de los tiburones. El hombre había hecho la larga travesía hasta la isla encadenado a los remos de su propio barco y, al parecer, se había ganado el derecho a la vida a cambio de los pormenores del amarradero invernal de Celso.

Julio dibujó un esbozo del panorama en un pergamino con un trozo de carbón vegetal, para tener algo que enseñarles a los demás cuando los recogieran. Gaditico lo miraba en silencio, con un gesto amargo.

—No se puede hacer así, sin ninguna certeza —murmuró Gaditico al tiempo que echaba otro vistazo entre el follaje bajo. Julio dejó de dibujar de memoria y se irguió sobre las rodillas para mirar un poco más. Ninguno de los dos llevaba coraza, tanto por ir más ligeros como por evitar que el sol les arrancara destellos que pudieran delatar su presencia. Julio siguió dibujando y valorando el resultado críticamente.

—Por mar no —dijo al cabo de un rato, con una expresión que denotaba decepción. Durante el mes de rápida travesía, las tripulaciones se habían entrenado día y noche aprestándose a la batalla contra Celso. Julio habría apostado la última moneda por su preparación para abordar y apoderarse de él rápidamente con muy pocas bajas. Pero en ese momento, mirando hacia la pequeña bahía recogida entre tres montañas, todos sus planes parecían inservibles.

La isla no tenía terreno interior, solo tres picos volcánicos antiguos y fríos que albergaban la pequeña bahía. Desde la elevada atalaya, vieron los profundos brazos de agua que se abrían entre las montañas, de modo que, atacaran a Celso por el lado que lo atacaran, siempre podría desaparecer en mar abierto por cualquiera de los otros dos sin apresurarse ni correr peligro. Con tres naves, habrían podido acorralarlo fácilmente, pero con dos solamente, suponía un gran riesgo.

Abajo, a lo lejos, Julio distinguió siluetas oscuras de delfines que nadaban alrededor de la nave en la bahía. Era un lugar hermoso y pensó que le gustaría volver si alguna vez tenía ocasión. De lejos, las montañas parecían lúgubres y escarpadas, verdegrisáceas a la luz del sol, pero desde allí arriba, tan altos como estaban, eran una maravilla. El aire estaba tan limpio que incluso se distinguían pequeños detalles de los otros picos escarpados, y por eso precisamente Gaditico y él no se atrevían a moverse. Si ellos detectaban movimiento de hombres en la cubierta del barco de Celso, también ellos podrían verlos a su vez, y así perderían la única posibilidad de venganza.

—Pensaba que pasaría el invierno en alguna ciudad grande alejada de Roma —dijo Julio pensativamente. La isla parecía deshabitada, a excepción del barco amarrado, y le sorprendía que la endurecida tripulación pirata no lo encontrara



aburrido, después de meses de abordar mercantes.

—Seguro que Celso va a tierra firme de vez en cuando, pero es evidente que este lugar es mucho más seguro para él que cualquier otro. Ese lago situado al pie de las montañas probablemente será de agua dulce, y es fácil que dispongan de aves y pescado en abundancia para darse un par de banquetes. Pero ¿a quién confiará el cuidado de la nave cuando se ausenta? Lo único que tendrían que hacer sus hombres es levar anclas, y lo perdería todo.

Julio miró a Gaditico con las cejas enarcadas.

—Pobre hombre —dijo, y enrolló el mapa.

Gaditico sonrió y miró al sol.

—¡Dioses! Pasarán horas hasta que podamos volver, y tengo la garganta llena de polvo.

Julio se tumbó en el suelo con las manos debajo de la cabeza.

—Podríamos acercarnos con unos botes y que las naves nos siguieran para cerrarles la huida. La próxima noche de luna nueva nos dará tiempo a armar unos botes y hacer planes. Ahora voy a dormir un poco hasta que se ponga el sol y podamos volver —murmuró cerrando los ojos. Al cabo de unos minutos, roncaba suavemente; Gaditico lo miró y le hizo gracia.

El centurión estaba demasiado tenso para dormir, de modo que siguió observando el movimiento de los hombres a bordo del barco de la bahía, en la lejanía. Se preguntó cuántos morirían si Celso tuviera el sentido común de apostar buenos vigías todas las noches y lamentó no tener la misma fe en el futuro que el joven que roncaba.

## XIX

El agua negra estaba muy fría y empapaba a los romanos, que avanzaban completamente tumbados en los botes, paleando con las manos sigilosamente hacia el oscuro casco del barco de Celso. Aunque deseaban avanzar más deprisa, cada cual se contenía y movía las manos entumecidas en el agua serena con un leve chapoteo. Habían trabajado febrilmente armando los botes, arrancando tablones y cabos de los dos barcos refugiados en la costa, fuera de la bahía. Cuando hubieron terminado, cinco almadías empezaron a deslizarse lentamente por las profundas vías de agua hacia la playa donde el barco de Celso estaba anclado, con las espadas envueltas en un paño, todas juntas, para equilibrar el peso. No llevaban coraza. A pesar de la ventaja que les daría, Julio pensó que no tendrían tiempo de colocárselas y atárselas, de modo que sus hombres tiritaban vestidos con la túnica y las calzas empapadas, sin protección apenas contra la brisa nocturna.

Celso se despertó de repente en su camarote y se quedó escuchando el sonido que lo había despertado. ¿Habría cambiado el viento? La bahía era un refugio perfecto, pero una tormenta podía provocar un oleaje en los canales que debilitara el agarre de las anclas en el fondo arcilloso. Pensó un momento en darse la vuelta en su estrecha litera y seguir durmiendo. Esa noche había bebido mucho con los demás y las salpicaduras de grasa resbaladiza del asado se le habían secado en la piel. Se rascó despreocupadamente y se arrancó un residuo seboso del festín con la uña. Seguro que los oficiales estarían durmiendo la mona, pero alguno liaría la ronda por el barco cada hora. Suspiró y palpó alrededor en busca de la ropa; arrugó la nariz al notar el olor de vino y comida que la impregnaba.

—No aprenderé —murmuró, y una súbita llamarada ácida en la garganta le estremeció. Se preguntó si valdría la pena despertar a Cabera para que le preparara esa papilla terrosa que parecía aliviar tanto.

Oyó una refriega al otro lado de la puerta y el golpe de un cuerpo al caerse en cubierta. Frunció el ceño y sacó el puñal de su gancho, más por costumbre que por precaución, al abrir la puerta y asomarse a mirar.

Allí vio una sombra indefinida y oscura, que se recortaba contra el cielo estrellado.

—¿Dónde tienes mi dinero? —murmuró Julio.

Sorprendido, Celso gritó y, de un empujón, se lanzó hacia delante golpeándose el brazo con quien lo había sobresaltado. Una mano fuerte le agarró por el pelo cuando salió a cubierta y le echó la cabeza atrás de un tirón un instante, pero Celso se escurrió. Huyó como pudo gritando, recelando de la espada que se imaginaba cerca

de su desprotegida espalda.

La cubierta principal era una confusión de sombras que peleaban, pero nadie le respondía. Vio que sus hombres iban cayendo, demasiado empapados de alcohol y sueño como para luchar. Sorteó los grupos enzarzados en el combate y corrió hacia el arsenal. Allí se harían fuertes. Todavía no habían perdido.

Un objeto contundente le golpeó en el cuello y trastabilló. Tropezó con alguien que estaba atado y se cayó estrepitosamente. El silencio era estremecedor. No se oían gritos ni órdenes en la oscuridad, solo gruñidos y jadeos de hombres que luchaban por su vida sin piedad, utilizando cualquier cosa que pudieran alcanzar con las manos. Entrevió a uno de los suyos peleándose con un grueso cabo que le ceñía el cuello, arañándolo; enseguida se puso de pie y siguió avanzando en la oscuridad, sacudiendo la cabeza para quitarse el pánico, desperdiciando fuerzas en el desbocado latido de su corazón.

El arsenal estaba rodeado de desconocidos empapados, cuya piel mojada atrapó reflejos de las estrellas cuando se volvieron hacia él. No les veía los ojos y levantó la daga para atacar tan pronto como vio que se deslizaban hacia él.

Un brazo le rodeó la garganta desde atrás, él clavó el cuchillo enloquecidamente y el brazo se soltó con un gemido. Despavorido, dio media vuelta agitando la daga ante sí; entonces, las sombras se separaron, una chispa iluminó el entorno como un relámpago y le permitió distinguir los ojos brillantes de los hombres un momento, antes de que la oscuridad volviese más negra que antes.

Julio hizo saltar otra chispa y encendió la bujía de aceite que había tomado del propio camarote de Celso; y el capitán pirata gritó horrorizado al reconocer al joven romano.

—Justicia para los muertos, Celso —le dijo al tiempo que movía la luz ante el rostro despavorido del pirata—. Tenemos prácticamente a todos tus hombres, aunque algunos se han atrincherado abajo. Resistirán.

Le brillaban los ojos a la luz de la lámpara y, de pronto, le sujetaron por los brazos tajantemente; los demás hombres se acercaron y le arrancaron la daga. Julio se aproximó más, tanto que casi se tocaban.

—Estamos encadenando a los remeros a los bancos. La tripulación será crucificada como te prometí. Declaro este barco propiedad de Roma y de la casa de César.

Celso lo miraba estupefacto, fascinado. Se quedó con la boca abierta tratando de entender qué había sucedido, pero el esfuerzo escapaba a sus posibilidades.

Sin previo aviso, Julio le propinó un puñetazo contundente en el estómago. La bilis le saltó al esófago y se atragantó un segundo con la boca llena de acidez. No opuso resistencia entre los brazos de sus captores y Julio retrocedió. De pronto, arremetió contra él y se soltó de las manos ya confiadas de los hombres que lo

retenían desde atrás. Se estrelló contra Julio y los dos cayeron al suelo; el aceite de la lámpara se desparramó por la cubierta. En la confusión, los romanos procedieron a apagar el fuego movidos por el temor instintivo de quienes navegan en barcos de madera. Celso propinó un puñetazo al cuerpo que se retorció debajo de él y luego saltó en dirección a la borda del barco, huyendo a la desesperada.

El gigantesco corpachón de Ciro le cerró el paso y no llegó a ver la espada en la que él mismo se ensartó. Agonizando, miró a su asesino a la cara y no vio nada más que negrura. Después, expiró y su cuerpo resbaló por el filo hasta la cubierta.

Julio se sentó jadeando. Oía crujir la madera cerca, sus hombres se abrían camino hacia los camarotes atrincherados. Casi habían terminado y sonrió, pero se estremeció al notar sangre en los labios de algún golpe recibido en la pelea.

Cabera se acercó a él desde el otro extremo de la cubierta. Parecía un poco más delgado, de ser posible, y en su amplia sonrisa faltaba al menos un diente más de lo que Julio recordaba. Sin embargo, la cara era la misma.

—Les dije una y otra vez que volverías, pero no me creyeron —dijo con optimismo.

Julio lo abrazó, embargado de alegría al verlo sano y salvo. No hacían falta palabras.

—Vamos a ver cuánto ha conseguido gastarse Celso de nuestros rescates. ¡Lámparas! ¡Lámparas aquí! ¡Bajadlas a la bodega!

Cabera y los demás lo siguieron rápidamente por los escalones, tan empinados que parecían travesaños de una escala. Todos empujaban, todos tenían interés por ver lo que encontrarían. Los centinelas estaban borrachos y había sido fácil derrotarlos en el primer ataque, pero la puerta de barrotes seguía cerrada, tal como Julio había ordenado. Se detuvo con la mano en la tranca, tan expectante que se le cortó la respiración un momento. La bodega podía estar vacía, lo sabía. Pero también podía estar llena.

Las hachas abrieron la puerta fácilmente y, cuando todos entraron detrás de Julio, las lámparas de aceite alumbraron el hueco que había exactamente debajo de los bancos de remos. El furioso murmullo de los remeros resonaba fantasmagóricamente en el espacio cerrado. Su recompensa por haberse aliado con Celso sería la esclavitud, la única tripulación entrenada al servicio de Roma.

Julio respiró con fuerza. La cubierta estaba forrada de grandes estanterías de grueso roble desde el suelo hasta el techo. Todas contenían una fortuna. Había cajones de monedas de oro y montones de pequeños lingotes de plata cuidadosamente repartidos de modo que no afectasen al equilibrio del barco. Julio sacudió la cabeza con incredulidad. Lo que veía ante sí era suficiente para comprarse un pequeño reino en algunas partes del mundo. Celso debía de estar loco de preocupación con semejante tesoro. Dudó que desembarcara alguna vez, teniendo tanto que perder. Lo

único que no veía era el paquete de títulos que Mario le había entregado antes de morir. Siempre había sabido que para Celso no tendrían valor, que jamás habría podido retirar las grandes sumas de las arcas de la ciudad sin dar a conocer su pasado. Deseaba que no hubieran desaparecido con el *Accipiter*, aunque el dinero perdido no sería nada comparado con el oro que habían ganado a cambio.

Los hombres que habían entrado con él permanecían mudos de asombro. Solo Cabera y Gaditico se adentraron un poco más a mirar y valorar el contenido de cada estantería. De pronto, Gaditico se detuvo y sacó un cajón soltando un gruñido. Tenía un águila grabada al hierro en la madera, y rompió la tapadera con la empuñadura de la espada, entusiasmado como un niño.

Sacó la mano llena de relucientes monedas nuevas de plata. Todas tenían el cuño romano y la cabeza de Cornelio Sila.

—Limpiaremos nuestros nombres devolviendo esto —dijo con satisfacción, mirando a Julio.

Las prioridades del centurión hicieron reír entre dientes a Julio.

—Con esta nave en sustitución del *Accipiter*, nos recibirán como a hijos recuperados. Sé que es más veloz que la mayoría de las nuestras —replicó Julio. Vio que Cabera se guardaba algunos objetos valiosos entre los pliegues de la ropa, que no se deshacían gracias al cordón que le ceñía la cintura. Le hizo gracia y levantó los ojos.

Gaditico empezó a reírse mientras dejaba caer las monedas entre los dedos en el cajón.

—Podemos volver a casa —dijo—. Por fin, podemos volver a casa.

Julio se negó a permitirle al capitán Duro que se llevase las dos trirremes prometidas a cambio del cargamento que habían echado por la borda, consciente de que sería una locura deshacerse de sus defensas antes de encontrarse sanos y salvos en un puerto romano. Mientras Duro se quedó encolerizado, Gaditico se fue a ver a Julio al camarote que ocupaba Celso, ahora fregado y desnudo. El joven oficial lo recorría de arriba abajo mientras hablaban, incapaz de relajarse.

Gaditico tomaba pequeños sorbos de vino saboreando las preferencias de Celso.

—Podríamos tocar tierra en el puerto militar de Tesalónica, Julio, y entregar allí la plata de la legión y la nave. Después, podríamos seguir la costa, e incluso marchar hacia el oeste por Dirraquio y tomar un barco hasta Roma. Ahora estamos muy cerca. Duro dice que jurará que teníamos un acuerdo comercial, de modo que no habrá acusaciones de piratería.

—Todavía queda el soldado que Ciro mató en el muelle —dijo Julio, hundido en sus pensamientos.

Gaditico se encogió de hombros.

—Los soldados mueren, y no es que se cebara con él. Ese hombre tuvo mala suerte, nada más. No podrán alegar nada. Somos libres para volver.

—¿Qué vas a hacer? Tienes suficiente para retirarte, creo.

—Es posible. Estaba pensando en emplear mi parte en pagar al Senado los esclavos que se ahogaron con el *Accipiter*. Si lo hago, quizás incluso vuelvan a mandarme al mar como capitán. Al fin y al cabo hemos apresado dos barcos piratas, cosa que no pueden pasar por alto.

Julio lo tomó por el brazo.

—Yo te debo a ti mucho más que eso, lo sabes.

Gaditico le apretó el brazo a su vez.

—A mí no me debes nada, muchacho. Cuando estábamos en aquella celda nauseabunda... y los compañeros se morían, mi voluntad se fue con ellos al principio.

—Pero siendo el capitán, Gadi, podrías haber impuesto tu voluntad.

Gaditico sonrió con arrepentimiento.

—Cuando un hombre tiene que imponer su voluntad, es que no está tan por encima, al fin y al cabo.

—Eres un buen hombre, lo sabes... y un buen capitán —dijo Julio echando de menos palabras más generosas para un amigo. Sabía que hacía falta una fortaleza singular para tragarse el orgullo como lo había hecho Gaditico, pero, sin eso, nunca habrían logrado devolver el honor a sus vidas.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Si eso es lo que quieres, cruzaremos hasta Grecia y volveremos a la civilización.

Gaditico sonrió también.

—¿Qué vas a hacer tú con tu parte del tesoro? —le preguntó con cierta cautela.

Solo Suetonio había protestado cuando Julio reclamó la mitad del tesoro para sí y el resto a partes iguales entre todos. Después de dejar aparte la plata romana y los rescates de los oficiales del *Accipiter*, les correspondería tanto dinero como jamás habrían soñado. Suetonio no había vuelto a dirigirle la palabra a Julio desde que recibiera su parte, pero él era el único soldado de los tres barcos que estaba de mal humor. Los demás le tenían en gran consideración.

—Todavía no lo sé —dijo, y su sonrisa desapareció—. No puedo volver a Roma, recuerda.

—¿Sila? —dijo Gaditico acordándose del joven que se había unido a la galera justo antes de la marea, en Ostia, con la cara sucia de hollín de la ciudad que ardía a sus espaldas.

Julio asintió con gravedad.

—No puedo volver mientras viva —murmuró, y el buen humor desapareció tan rápidamente como había venido.

—Eres muy joven para preocuparte por eso, ¿sabes? A algunos enemigos se les

puede vencer. A otros, solo hace falta sobrevivirles. Y es más seguro.

Julio pensaba en la conversación mientras se deslizaban por las profundas aguas del canal que protegía Tesalónica de las tormentas del mar Egeo. Las tres naves avanzaban en paralelo impulsadas por el viento racheado, las velas restallaban y todo hombre disponible restregaba y pulía las cubiertas. Había ordenado confeccionar tres banderas de la República para los mástiles; cuando doblaran la última bahía antes del puerto, sería una imagen que animaría los corazones romanos. Suspiró para sí. Roma era todo lo que conocía. Tubruk, Cornelia y Marco, cuando volvieran a reunirse. Su madre. Por primera vez, que recordara, tenía ganas de verla, solo por decirle que entendía su enfermedad y que lo lamentaba. La vida en el exilio no se podía soportar. Se estremeció ligeramente cuando el viento cortante le penetró hasta los huesos.

Gaditico se acercó al pasamanos y se colocó a su lado.

—Aquí pasa algo raro, muchacho. ¿Dónde están los barcos mercantes? ¿Y las galeras? Este puerto suele ser muy activo.

Julio aguzó la vista mirando la costa a la que se aproximaban. Delgadas humaredas ascendían en el aire, demasiadas para ser de fogones de cocina. Cuando llegaron suficientemente cerca del muelle, vio que los únicos barcos del puerto estaban muy escorados y tenían señales de haber ardido. Uno era poco más que un cascarón vacío. Una sucia capa de ceniza y maderos rotos cubría el agua.

El resto de los hombres se acercó al pasamanos a contemplar el paisaje desolado que se desplegaba ante ellos en un silencio sepulcral. Había cadáveres pudriéndose al débil sol. Unos serruchos tironeaban de ellos y movían los desparramados cuerpos imprimiéndoles una vulgar parodia de vida.

Los tres barcos atracaron y los soldados desembarcaron sin romper el silencio sobrenatural, con la mano en la espada sin que se lo hubieran ordenado. Julio iba con ellos, pero le había pedido a Gaditico que no desembarcara y lo tuviera todo preparado para una retirada rápida. El capitán romano aceptó la orden con un gesto y rápidamente reunió a un grupo reducido para que se quedara con él a cargo de los remeros.

Sobre las pálidas piedras ocre de los muelles yacían mujeres y niños juntos, con grandes heridas abiertas a las que acudían nubes de moscas zumbadoras, que levantaron el vuelo al aproximarse los soldados. El olor era atroz, incluso a pesar de la brisa helada que soplaba del mar. La mayor parte de los cadáveres era de legionarios romanos, con las corazas todavía brillantes sobre las túnicas negras.

Julio y sus hombres pasaron de largo ante los grupos de muertos recreando la acción mentalmente. Alrededor de cada grupo había manchas de sangre en abundancia, donde sin duda habían caído enemigos que después habían sido retirados para ser enterrados. Dejar los cadáveres romanos donde habían caído era un insulto

deliberado, un acto de desprecio que encendió la chispa de la rabia en Julio, la misma que vio prenderse en los ojos de los que le rodeaban. Avanzaban con las espadas desenvainadas, recorriendo las calles cada vez más enardecidos y espantando a las ratas y perros que acosaban a los cadáveres. Pero no había enemigo al que enfrentarse. El puerto estaba vacío.

Julio se detuvo. Respiraba por la boca con dificultad mirando el cadáver destrozado de una niña pequeña en brazos de un soldado que había sido apuñalado por la espalda en plena carrera con la pequeña. Tenían la piel renegrida por el sol y el aire, y la carne empezaba a consumirse dejando a la vista los dientes y la oscura lengua.

—Dioses, ¿quién ha podido hacer esto? —murmuró Prax para sí.

El rostro de Julio era una máscara de amargura.

—Lo descubriremos. Son mi gente. Nos lo piden a gritos, Prax, y les responderé.

Prax lo miró y percibió la energía frenética que transmitía el joven. Cuando Julio se volvió a mirarlo a él, tuvo que apartar la vista, incapaz de encontrarse con sus ojos.

—Forma un grupo de enterradores. Gaditico dirá las oraciones por ellos cuando estén bajo tierra. —Hizo una pausa y miró al horizonte, donde el sol de invierno ardía como un disco de cobre.

»Y que los demás empiecen a cortar árboles. Llevaremos a cabo las crucifixiones aquí, a lo largo de esta costa. Será un aviso para los responsables de esto.

Prax saludó y volvió corriendo al atracadero, agradecido de alejarse de aquel hedor de muerte y del joven oficial cuyas palabras le atemorizaban, por más que creyera conocerlo de antes.

Julio permaneció impasible mientras los cinco primeros hombres eran clavados a los troncos toscamente cortados. Levantaron cada cruz con cuerdas hasta encajar el madero vertical en el hueco que lo había de sostener, y después las calzaban y aseguraban con cuñas de madera. Los piratas gritaron hasta quedarse afónicos, sin más voz que el silbido del aire al salir de los pulmones. Uno de ellos sudaba sangre por las axilas y la ingle en hilillos rojos que describían feas líneas en su piel.

El tercero sufrió una agonía espasmódica cuando el clavo de hierro le atravesó la muñeca y se hundió en la madera blanda del travesaño de la cruz. Lloró y rogó como un niño y apartó el otro brazo con todas sus fuerzas, hasta que se lo sujetaron y lo dispusieron para el martillo y el clavo.

Antes de que sus hombres completaran la brutal tarea con las piernas temblorosas del condenado, Julio siguió adelante como aturdido, desenvainando la espada lentamente. Los hombres se quedaron inmóviles al ver que se aproximaba, pero Julio no les prestó atención; parecía que pensase en voz alta.

—Esto se acabó —musitó, y le clavó la espada al hombre en la garganta. El reo lo



miró con ojos vidriosos y agradecidos; Julio apartó la vista y limpió la espada, odiándose por su debilidad pero incapaz de seguir mirando más tiempo.

—Matad rápidamente a los que quedan —ordenó, y regresó solo a la nave. Los pensamientos le asaltaban desenfrenadamente mientras andaba por el muelle de piedra y envainó la espada sin darse cuenta. Había prometido crucificarlos a todos, pero la realidad era un horror que no podía soportar. Los chillidos le destrozaban los nervios y le avergonzaban. Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para presenciar las crucifixiones después del horror de la primera.

Torció el gesto, enfurecido consigo mismo. Su padre no habría vacilado. Renio los habría crucificado personalmente sin perder el sueño por ello. Le ardían las mejillas de vergüenza y escupió en el suelo al llegar al borde. De todas formas, no habría podido quedarse con sus hombres y seguir mirando ni un momento más, pero haberse ido solo habría dañado su imagen ante ellos, después de haber dado él mismo la orden de las crueles muertes.

Cabera no había querido unirse a los legionarios en el muelle ni presenciar las ejecuciones. Se quedó en el pasamanos de la nave ladeando la cabeza, con una pregunta no formulada en el aire. Julio lo miró y se encogió de hombros. El anciano curandero le dio unas palmadas en el brazo y le ofreció un ánfora de vino.

—Buena idea —dijo Julio, distante, pensando en otra cosa—. Pero vete a buscar otra, haz el favor. No quiero soñar esta noche.

## XX

Solo unos pocos edificios del puerto conservaban el tejado y las paredes suficientemente seguros para albergar a los hombres de Julio. Todos los demás habían ardido y solo quedaban en pie algunas paredes como cáscaras vacías. Julio repartió a los hombres entre los almacenes y los tres barcos y los mandó a registrar la zona en busca de víveres. Aunque Celso se había aprovisionado para la mayor parte del invierno, no sería suficiente para alimentar a tantos soldados activos durante tanto tiempo.

Los legionarios buscaban cautelosamente, nunca iban solos y se mantenían alerta, en previsión de ataques por sorpresa. Aunque hubieran retirado y enterrado los cadáveres, el puerto era un lugar silencioso e inquietante y vivían con la idea de que el autor de la destrucción del pacífico asentamiento romano podía estar cerca todavía, o de regreso al puerto.

Encontraron a un solo hombre vivo. Tenía una pierna herida y se le había infectado rápidamente. Lo encontraron porque hizo ruido al matar a una rata que se había acercado demasiado al olor de la sangre. Le aplastó la cabeza con una piedra y luego chilló de terror cuando los hombres de Julio lo tomaron por los brazos y lo sacaron a la luz. Después de varios días en la oscuridad, no podía soportar siquiera el débil sol de la mañana, y balbuceaba como un loco mientras lo arrastraban hacia las naves.

Julio llamó a Cabera tan pronto como vio la pierna hinchada, aunque le pareció que no serviría de nada. El hombre tenía los labios llenos de costras secas y lloró sin lágrimas cuando le pusieron un cuenco de agua en los labios. Cabera palpó los tejidos inflamados de la pierna con sus largos dedos y, al final, hizo un gesto negativo y se apartó un poco con Julio.

—Se ha vuelto venenosa y le llega hasta la ingle. Es tarde para amputársela. Puedo intentar aliviarle el dolor, pero no le queda mucho tiempo de vida.

—¿No podrías... imponerle las manos? —le preguntó Julio al anciano.

—Ha resistido mucho, Julio. Tendría que haber muerto ya.

Julio asintió con amarga resignación, tomó el cuenco de manos del hombre y se lo acercó a la boca. El temblor de los dedos descarnados era tal que no podía mantener el recipiente quieto y, mientras Julio le ayudaba, le tocó la mano y a punto estuvo de recular al contacto con el ardor febril que despedía la piel tirante.

—¿Me entiendes? —le preguntó.

El hombre trató de asentir sin dejar de beber y se atragantó terriblemente; los esfuerzos que se llevaban sus últimas energías lo pusieron de color carmesí.

—¿Puedes contarme lo que pasó? —insistió Julio, deseando que el hombre respirase de una vez.

Por fin, el acceso pasó y el hombre dejó caer la cabeza sobre el pecho, exhausto.

—Mataron a todo el mundo. Todo el país está en llamas —musitó.

—¿Una rebelión? —preguntó Julio enseguida. Había pensado que un invasor extranjero habría saqueado unas pocas poblaciones costeras y habría regresado a sus naves. Era algo corriente en aquella parte del mundo. El hombre asintió y señaló con dedos temblorosos el cuenco de agua. Julio se lo dio y se quedó mirando cómo lo vaciaba.

—Fue Mitrídates —dijo el hombre con voz ronca y áspera—. Cuando Sila murió, los llamó... —Tosió de nuevo. Julio se levantó, impresionado, y salió a la cubierta, lejos del penetrante olor a enfermedad que flotaba en la habitación. ¿Sila había muerto? Apretó el pasamanos del barco de Celso hasta que se le agarrotaron los dedos y deseó que el hombre que le había arrebatado a Mario hubiera sufrido una agonía lenta.

Algunas veces se había imaginado que volvía a Roma con sus nuevos soldados, rico y con un poder en ascenso, a pelear contra Sila y a vengar a Mario. En momentos de mayor serenidad, sabía que era una fantasía pueril, pero la había sustentado mucho tiempo, era el sueño que había hecho soportables los meses en la celda, los ataques...

Cuando el día terminaba, se zambulló en las mil y una tareas que había que organizar para garantizar la seguridad de la zona portuaria. Las órdenes que daba, los hombres con los que hablaba, se le antojaban lejanos; trataba de organizar las ideas en torno a la noticia que le había dado el moribundo. Al menos, la organización del aprovisionamiento y del alojamiento le mantenía ocupado. La muerte de Sila dejaba un hueco en su futuro, un vacío que se burlaba de sus afanes.

El mercader Duro lo encontró limpiando un pozo envenenado con tres legionarios. Era una práctica normal de los ejércitos invasores emponzoñar las reservas de agua echando en ellas animales en estado de putrefacción, y Julio trabajaba como embotado con los demás, sacando mucilaginosos pollos muertos y procurando no vomitar con el hedor cuando los echaban a un lado.

—Tengo que hablar unas palabras con usted, señor —dijo Duro.

Al principio, Julio no pareció oírle, y Duro repitió la frase en voz más alta. Julio suspiró y se acercó a él mientras los otros soldados echaban cuerdas con garfios al pozo por si había más cadáveres. Iba hacia él limpiándose las manos malolientes en la túnica; Duro comprendió que estaba agotado y, al mismo tiempo, se dio cuenta de lo joven que era. El cansancio apaciguaba su vehemencia y casi parecía perdido. El mercader carraspeó.

—Quisiera marcharme con mis dos trirremes, señor. He firmado una carta en la que declaro que alquilaste el Ventulus para perseguir a los piratas. Tengo que volver con mi familia, tengo que reemprender mi vida.

Julio lo miraba fijamente, sin contestar. Tras una pausa, Duro comenzó de nuevo.

—Acordamos que cuando encontraras a Celso yo recuperaría mi barco y la otra tirreme, en compensación por las pérdidas. No tengo queja alguna, pero necesito que des orden a tus hombres de abandonar mis barcos para poner rumbo a casa. Mis órdenes no las aceptan, señor.

Julio se sentía desgarrado y furioso. Nunca habría adivinado lo difícil que podía ser mantener viva una apariencia honorable. Había prometido los dos barcos a Duro, ciertamente, pero había sido antes de encontrar el puerto griego asolado por la guerra. ¿Qué esperaba ese hombre? Todos los instintos marciales clamaban que se negara tajantemente. ¿Cómo podía pensar que renunciaría a dos de sus haberes más valiosos, con Mitrídates en Grecia cortando de raíz todo rastro romano?

—Ven conmigo —le dijo, adelantándose a zancadas, de modo que el capitán tuvo que apurar el paso para mantenerse a su altura. Volvieron rápidamente al muelle, donde los tres navíos se mecían suavemente en las olas. Los guardias lo saludaron y Julio respondió también con un saludo, pero se detuvo súbitamente en el borde, donde las galeras se alzaban imponentes por encima de sus cabezas.

—No quiero volver todavía —dijo secamente.

Duro se ruborizó de sorpresa.

—Me diste palabra de que podría marcharme cuando hubieras capturado el barco de Celso —le espetó.

Julio se giró hacia él y el capitán tragó saliva en silencio al ver su expresión.

—No necesito que me lo recuerdes, capitán. No voy a impedirte que te vayas. Sin embargo, Roma necesita estos barcos. —Se quedó pensando un largo rato; sus ojos parecían oscuros mirando el cabeceo de los barcos en el agua sucia.

Quiero que recorras la costa tan rápido como sea posible y le detengas en cualquier puerto del oeste en el que desembarquen legiones romanas. Devuelve la plata romana en mi nombre... y en nombre de Gaditico, capitán del *Accipiter*. Te mandarán a Roma en busca de más soldados, creo. De eso no obtendrás beneficio direi lamente, pero los dos barcos son veloces y en Roma necesitaran cualquier cosa que sea capaz de navegar.

Duro cambió el peso de un pie al otro, asombrado.

—Hace meses que tendría que haber vuelto. Mi familia y mis acreedores me habrán dado por muerto —dijo, tratando de ganar tiempo.

—Han muerto muchos romanos, ¿es que no has visto los cadáveres? ¡Dioses! Te estoy pidiendo que hagas un servicio a la ciudad que te crió y te vio crecer. Jamás has luchado por ella ni has sangrado por ella. Te doy la oportunidad de devolverle un poco de lo que le debes.

Duro estuvo a punto de sonreír al oír esas palabras, pero la actitud absolutamente seria del joven le hizo contenerse. Se preguntó qué opinarían sus amigos romanos de ese soldado. Al parecer, tenía una idea de la ciudad completamente ajena a las ratas y

a las enfermedades. Comprendió que Roma, para Julio, era algo muy superior a lo que era para él, y por un momento tanta fe lo avergonzó.

—¿Cómo sabes que no me quedaré con el dinero y me iré directamente al norte de Italia, donde está mi casa? —preguntó.

Julio frunció el ceño ligeramente y le clavó una fría mirada.

—Porque si lo hicieras, me tendrías por enemigo, y bien sabes que te encontraría y acabaría contigo. —Habló sin dar importancia a lo que decía, pero después de presenciar las ejecuciones y haber oído cómo habían arrojado a Celso por la borda de su propio barco, Duro se arrojó cuanto pudo contra el frío de la noche.

—Muy bien. Haré lo que dices, aunque maldigo el día en que pusiste el pie en el Ventulus —replicó entre dientes.

Julio llamó a los centinelas de la proa de los barcos de Duro.

—¡Qué desembarquen mis hombres!

Los soldados saludaron y desaparecieron en busca de los demás. Duro sintió un mareo de puro alivio.

—Gracias —dijo.

Julio se detuvo en el momento en que se encaminaba hacia los almacenes. Detrás de él, donde el muelle de piedra se resolvía en tierra, cinco siluetas se levantaban clavadas en otras tantas cruces.

—No lo olvides —dijo aún; dio la espalda al capitán y se alejó.

Duro dudaba que fuera posible olvidar.

Al caer la noche, los hombres se reunieron en el almacén mejor conservado. Una de las paredes estaba ahumada, pero el fuego no había prendido. Aparte del olor acre del aire, el día había sido seco y cálido. Fuera, había empezado a llover y las gotas repiqueteaban en el delgado tejado de madera con un tamborileo grave.

Las lámparas de aceite procedían del barco de Celso y, cuando las naves partieran, se verían obligados a buscar provisiones por sus propios medios en las casas abandonadas del puerto. Como si quisieran preparar a los soldados para ese momento, las llamas ardían bajas, iluminando apenas el espacio vacío del almacén. El suelo estaba sucio de restos de maíz que habían dejado los saqueadores y los soldados se sentaron en jirones de arpillera procurando acomodarse lo mejor posible.

Gaditico se levantó a decir unas palabras a los hombres acurrucados. Muchos habían trabajado todo el día, bien reparando el tejado, bien trasladando suministros entre los barcos que partirían con la marea del amanecer.

—Señores, ha llegado el momento de pensar en el futuro. Yo quería descansar un poco en un buen puerto romano antes de llegar a casa. Sin embargo, un rey griego ha asesinado a nuestros soldados. Eso no puede quedar sin castigo.

Un murmullo se elevó en el aire, aunque no era fácil saber si era de acuerdo o de

desacuerdo. Julio, que estaba al lado de Gaditico, los miró. Eran sus hombres. Había pasado tanto tiempo con el simple propósito de encontrar a Celso y matarlo que nunca se había detenido a pensar en lo que sucedería después, a excepción del sueño lejano de enfrentarse un día al dictador de Roma. Si aportaba una centuria nueva a la legión, el Senado tendría que reconocer su autoridad con un puesto oficial.

Torció el gesto silenciosamente en la sombra. O quizá no, si ponían a Gaditico al frente y a él lo reducían al mando de solo veinte hombres. Era posible que el Senado, por su carácter, no reconociera las singulares dotes de mando que tenía sobre aquel grupo tan variado, aunque la riqueza adquirida podría proporcionarle influencias si sabía utilizarla bien. Se preguntó si le satisfaría esa posición y sonrió para sí, aunque nadie lo vio porque todos miraban a Gaditico. Había una respuesta sencilla. Había aprendido que no había nada mejor que mandar y nada más arriesgado que no tener a quien pedir ayuda. En los peores momentos, habían confiado en él para continuar, para dar el paso siguiente. Bien sabían los dioses que era más fácil seguir a alguien, sin pensar, pero ni la mitad de satisfactorio. Por un lado, echaba de menos esa seguridad, el sencillo placer de ser parte de una unidad. Pero en el fondo, aspiraba a esa mezcla embriagadora de miedo y peligro que solo el mando conllevaba.

¿Cómo podía haber muerto Sila? La idea volvía una y otra vez a corroerle. El moribundo no sabía nada más, solo que los soldados habían recibido la orden de vestir de negro un año entero. Cuando Julio hubo salido del camarote dejándolo en manos de Cabera, el hombre perdió el conocimiento y, al ponerse el sol, expiró. Julio mandó que lo enterraran con los demás romanos y se avergonzó al caer en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado su nombre.

—Julio, ¿quieres decirles unas palabras? —le preguntó Gaditico interrumpiendo sus pensamientos y sobresaltándolo. Con una sensación de culpa, se dio cuenta de que no había oído nada de lo que había dicho el veterano oficial. Se levantó lentamente y trató de poner sus pensamientos en orden.

—Sé que muchos de vosotros deseáis ver Roma, y la veréis. Mi ciudad es un lugar extraño: mármol y sueños, nacida de la fuerza de las legiones. Cada legionario se compromete por medio de un juramento a proteger a nuestro pueblo dondequiera que se encuentre. Lo único que tiene que hacer un romano es decir: «Soy ciudadano romano», y tendrá asegurados cobijo y autoridad. —Hizo una pausa. Todas las miradas del almacén estaban fijas en él—. Pero vosotros no habéis prestado juramento y no puedo obligaros a luchar por una ciudad que jamás habéis visto. Poseéis más riquezas de lo que la mayoría de los soldados verá en toda su vida. Elegid libremente: servir prestando juramento o marcharos. Si nos dejáis ahora, partiréis como amigos. Hemos luchado juntos y algunos se han quedado por el camino. Otros quizá penséis que no queréis ir más lejos. Si os quedáis, entregaré el tesoro de Celso a la custodia del capitán Duro, que se reunirá con nosotros en la costa

occidental cuando hayamos reducido a Mitrídates.

Un grave murmullo de voces volvió a llenar el espacio cuando Julio hizo otra pausa.

—¿Confías en Duro? —le preguntó Gaditico.

Julio lo pensó un momento y después negó con un gesto.

—No, tratándose de tanto oro. Dejaré a Prax para que vele por su honradez. — Buscó a su querido *optio* con la mirada y le alegró ver que le hacía una señal de asentimiento. Resuelta esa cuestión, respiró hondo y volvió a mirar a los hombres. Los conocía a todos por su nombre.

—¿Prestaréis juramento a la legión y a mi mando?

Todos aceptaron a gritos.

Gaditico susurró con voz ronca, acercándose al oído de Julio.

—Dioses. ¡El Senado me colgará de las pelotas si lo consiento!

—En tal caso, sal de aquí, Gadi; vuelve al barco con Suetonio mientras les tomo el juramento —contestó Julio.

Gaditico lo miró fríamente, sopesándolo.

—Me preguntaba por qué lo habías dejado a bordo. Él no juraría nada que no estuviera dispuesto a romper —dijo—. ¿Has pensado adonde los vas a conducir?

—Sí. Voy a formar un ejército y lo conduciré directo a la garganta de Mitrídates.

Tendió la mano y Gaditico vaciló, pero después le dio un breve apretón casi doloroso.

—Entonces, nuestro camino es el mismo —dijo, y Julio asintió.

Entonces pidió silencio levantando las manos y sonrió cuando las voces se acallaron. Su voz se oía claramente en todas partes, en el repentino silencio.

—Nunca dudé de vosotros —les dijo—. Ni por un momento. Ahora, levantaos y repetid estas palabras.

Se levantaron a una y se pusieron firmes, con la cabeza erguida y la espalda recta.

Julio los miró a todos y comprendió que tenía que seguir su destino. Nada en todo su ser le decía que diera media vuelta, pero, con el juramento, su vida cambiaría hasta que Mitrídates hubiera muerto.

Pronunció las palabras que le había enseñado su padre cuando el mundo era sencillo.

Júpiter victorioso, escucha este juramento. Comprometemos nuestra fuerza, nuestra sangre y nuestra vida a Roma. No nos arrepentiremos. No romperemos el juramento. No nos importa el sufrimiento o el dolor.

Mientras haya luz, desde ahora y hasta el fin del mundo, defenderemos Roma y el poder de César.

Repitieron las palabras detrás de él con voz clara y firme.

## XXI

Alexandria trataba de observar sin que fuera evidente cómo Tabbic le explicaba una técnica a Octaviano; su voz era un murmullo constante acompañando cada movimiento de sus fuertes manos. En el banco de trabajo que tenían delante de ellos, y sobre un cuadrado de piel, Tabbic había depositado una gruesa pieza de pan de oro. Ambos extremos del metal estaban atrapados por diminutas abrazaderas de madera y Tabbic gesticulaba para enseñarle a Octaviano cómo pasar un estrecho bloque de madera por encima del pan de oro.

—El oro es el metal más blando que existe, chico. Todo lo que tienes que hacer para estampar un dibujo en la pieza es presionar delicadamente sobre ella el bloque marcador y moverlo de acá para allá, manteniendo el brazo muy recto, como te he enseñado. Pruébalo.

Octaviano acercó lentamente el bloque, dejando que los dientes serrados de la cara inferior descansaran sobre el frágil perfil del precioso metal.

—Así se hace, ahora aplica un poco más de presión. Eso es, de acá para allá. Bien. Veamos el resultado —continuó Tabbic. Octaviano levantó el bloque limpiamente y sonrió con satisfacción al ver la serie regular de adornos generados como consecuencia de la presión. Tabbic observó con minuciosidad el trabajo, asintiendo con la cabeza.

—Tienes buen tacto. Un exceso de presión partiría el pan y tendrías que volver a empezar desde el principio. Ahora soltaré las abrazaderas y le daré la vuelta para que termines la ornamentación. Alinea el bloque con cuidado y esta vez hazlo con la mayor delicadeza posible; las juntas serán tan finas como los pelos de tu cabeza.

Tabbic captó la mirada de Alexandria mientras estiraba la espalda, dolorida después de permanecer tanto rato inclinado sobre el banco bajo que había construido para Octaviano. Ella le guiñó el ojo y él se sonrojó ligeramente, tosiendo para aclararse la garganta y así disimular una sonrisa. Ella notaba que había empezado a disfrutar de las lecciones con Octaviano. Había necesitado mucho tiempo para perder una parte de la desconfianza que sentía hacia el ladronzuelo, pero después de todo lo que ella había aprendido de él, sabía lo mucho que disfrutaba enseñando su oficio.

Octaviano maldijo cuando el fino pan de oro cedió bajo su mano. Apesadumbrado, levantó el bloque y dejó a la vista tres piezas cortadas. Tabbic juntó sus tupidas cejas y sacudió la cabeza, reuniendo con cuidado las piezas rotas para fundirlas y trabajarlas una vez más.

—Lo intentaremos de nuevo más tarde, o mañana. Esta vez casi lo tenías. Cuando puedas marcar todo el pan sin problemas, te enseñaré a trabajarlo a modo de montura para un broche de señora.

Octaviano parecía abatido y Alexandria contuvo la respiración a la espera de ver



si le daba una de las violentas rabietas con las que los había atormentado durante las primeras semanas. Al ver que no era así, dejó escapar el aire de los pulmones con un lento suspiro de alivio.

—Está bien. Eso me gustaría —dijo despacio.

Tabbic le dio la espalda, examinando los paquetes de encargos terminados que tenía que repartir a sus propietarios.

—Tengo otro trabajo para ti —dijo, entregándole un saquito de piel, doblado y atado—. Es un anillo de plata que he arreglado. Quiero que vayas corriendo al mercado de ganado y pregunes por el maestro Geto. Es el que dirige todas las ventas, no te será difícil dar con él. Tendría que darte un sestercio por el trabajo. Coge la moneda y vuelve corriendo directamente, no te entretengas con nada. ¿Comprendido? Confío en ti. Si pierdes el anillo o la moneda, tú y yo hemos terminado.

Alexandria podría haber soltado una carcajada ante la grave expresión del pequeño. Una amenaza de este tipo habría sido inútil en las primeras semanas de aprendizaje. A Octaviano no le habría importado quedarse solo. Había luchado con todas sus fuerzas contra los esfuerzos combinados de su madre, Tabbic y Alexandria. Había tenido que buscarlo dos veces en los mercados, y la segunda vez lo había arrastrado incluso hasta la zona de los esclavos para que lo tasasen. Después de aquello no había vuelto a escaparse, pero había adoptado una actitud taciturna que Alexandria pensó que iba a ser permanente.

El cambio había llegado mediada la cuarta semana de trabajo, cuando Tabbic le enseñó a realizar un dibujo sobre una lámina de plata con diminutas gotas de metal derretido. Aunque el pequeño se había quemado al querer tocarlo, el proceso le había fascinado y aquella noche se saltó la cena para quedarse a mirar el pulido final de la pieza.

Su madre, Atia, había llegado a la tienda con cara cansada implorando disculpas. Al ver la pequeña figura trabajando todavía con los descoloridos trapos que utilizaban para sacar brillo, se quedó sin habla y al día siguiente, cuando Alexandria se levantó, descubrió que durante la noche los trapos habían sido limpiados y cuidadosamente remendados. No fue necesario que entre ellas intercambiasen palabras de agradecimiento. A pesar de que las dos mujeres se veían solo una hora o dos cada día antes de ir a dormir, ambas habían descubierto una amistad capaz de sorprender a dos personas reservadas, que trabajaban tan duro que nunca se habían dado cuenta de lo solas que estaban.

Octaviano iba silbando a la par que corría entre la multitud congregada en el mercado de ganado. Cuando los granjeros llegaban con sus animales a la ciudad para subastarlos y sacrificarlos, se convertía en un lugar bullicioso, cargado de los calientes olores del estiércol y la sangre. Todos parecían gritarse los unos a los otros

y, cuando oírse se hacía imposible, utilizaban complicados gestos con las manos para pujar.

Octaviano buscó uno de los vendedores para preguntarle por Geto. Quería entregarle el anillo arreglado y regresar a la tienda de Tabbic más rápidamente de lo que los adultos pudieran imaginarse.

Mientras se abría paso entre la multitud en movimiento, se entretenía imaginando la sorpresa que se llevaría Tabbic al verle regresar tan pronto.

De repente, una mano le agarró por el cuello y el chico se vio levantado del suelo de un bandazo; los pies le resbalaban. Soltó un soplido de sorpresa al ver sus pensamientos interrumpidos, luchando salvaje e instintivamente contra su atacante.

—¿Pretendes robarle la vaca a alguien? —dijo una voz ronca y nasal junto a su oído.

Volvió la cabeza de una sacudida y gruñó al ver las robustas facciones del chico del carnicero con quien antes se había cruzado. ¿En qué estaría pensando? Como un idiota, había bajado la guardia que habitualmente mantenía levantada contra los predadores y le habían capturado sin el más mínimo esfuerzo.

—¡Suéltame! ¡Socorro! —gritó.

El chico de más edad le dio un puñetazo en la nariz y se la hizo sangrar.

—Cállate. Te debo de cualquier modo una paliza a cambio de la que recibí yo por no detenerte la última vez. —El fornido brazo rodeaba el cuello de Octaviano, le apretaba la garganta con fuerza mientras era arrastrado hacia un callejón. Luchaba por soltarse, pero era inútil y la gente, con prisas, ni siquiera miraba hacia donde se encontraba.

El aprendiz de carnicero iba en compañía de otros tres chicos. Todos ellos poseían los brazos largos y desarrollados típicos de los niños acostumbrados a la dureza del trabajo físico. Vestían delantales manchados de sangre fresca resultado de su trabajo en el mercado y Octaviano sintió pánico; casi se desvaneció de terror al ver la crueldad de su expresión. En cuanto giraron la esquina del callejón, los chicos empezaron a insultarle y a pegarle. Allí, el jaleo del mercado quedaba amortiguado por los elevados muros de las viviendas que asomaban por encima, que se rozaban casi con las de enfrente, creando una oscuridad antinatural.

El chico del carnicero arrojó a Octaviano en la porquería estancada en el callejón, que llegaba hasta la altura de los tobillos, una combinación de años de basura y desperdicios humanos lanzados desde las estrechas ventanas de las viviendas. Octaviano gateó hacia un lado para escapar, pero uno de ellos le dio una patada lo bastante fuerte como para devolverlo a su lugar, levantando por los aires el pequeño cuerpo y gruñendo al oír el impacto de la caída. Octaviano gritó de dolor y miedo cuando los otros dos se unieron al primero, pateando con todas sus fuerzas cualquier parte de él que quedara a su alcance.

Transcurrido un minuto, los tres chicos descansaron apoyando las manos en las rodillas, jadeando por el esfuerzo. Octaviano estaba casi inconsciente, con el cuerpo doblegado formando una bola de sufrimiento, apenas distinguible de la suciedad sobre la que yacía.

El chico del carnicero torció los labios para dibujar una sonrisa de burla, levantó el puño y rió estrepitosamente al ver que Octaviano se encogía ante él.

—Te está bien empleado, pequeño malnacido turino. Te lo pensarás dos veces antes de volverle a robar a mi señor, ¿verdad? —Afinó la puntería y le atizó a Octaviano una patada en la cara, pasándosele en grande al ver cómo la cabecita se tumbaba hacia atrás. Octaviano yacía sin sentido con los ojos abiertos y la cara medio hundida. Entre sus labios fluía agua sucia e, inconsciente incluso, empezó a toser y respirar con dificultad. No se percató de los dedos que investigaban su cuerpo, ni escuchó el grito de satisfacción de los chicos cuando encontraron el anillo de plata en el interior del saco que lo protegía.

El chico del carnicero silbó con alegría al probarse el aro de metal. La piedra era una sencilla forma esférica de jade, sujeta al metal mediante minúsculos ganchos de plata.

—Me pregunto a quién se lo habrás robado —dijo, mirando de reojo la figura tendida. Todos le atizaron un nuevo puntapié de parte del propietario del anillo y luego regresaron al mercado, profundamente complacidos por el vuelco que había dado su fortuna.

Octaviano se despertó horas después, se sentó lentamente y sintió náuseas durante unos minutos mientras probaba si las piernas eran capaces de sostenerle. Durante mucho rato se sintió demasiado débil y magullado como para poder moverse, y permaneció en cuclillas y escupiendo en el suelo hebras elásticas de sangre oscura. Cuando su cabeza se aclaró lo suficiente, buscó el anillo en el bolsillo, y luego en el suelo a su alrededor. Finalmente, se vio obligado a admitir que lo había perdido y las lágrimas le fluyeron la suciedad y la sangre encostrada de la cara. Se tambaleó hasta alcanzar la calle principal y se protegió los ojos de la dolorosa luz del sol. Llorando todavía, con paso inseguro, regresó a la tienda de Tabbic, con la mente llena únicamente de desesperación.

Tabbic andaba pisoteando con fuerza el suelo de madera de la tienda, con la rabia asomando entre todas las arrugas de su malhumorada cara.

—¡Maldita sea!, voy a matar a ese mocoso por esto. Hace años que debería estar de regreso.

—Llevas una hora diciéndolo, Tabbic. Tal vez ha sufrido un retraso o no ha podido encontrar al maestro Geto —replicó Alexandria, manteniendo neutral su tono de voz.

Tabbic dio un puñetazo en la encimera.

—¡O tal vez ha vendido el anillo y ha huido, es lo más probable! —refunfuñó—. Tendré que hacerlo de nuevo, ya sabes. Y además la piedra de jade. Conseguirle uno nuevo a Geto me costará un día de trabajo y casi un áureo en materiales. Sin duda alguna me dirá que su madre se lo entregó en el lecho de muerte y que quiere además una compensación. ¿Dónde está ese chico?

La gruesa puerta de madera de la tienda crujió al abrirse, dejando pasar un remolino de polvo procedente de la calle. Allí estaba Octaviano. Tabbic vio enseguida sus golpes y la túnica rota y corrió hacia él, mientras su rabia se desvanecía.

—Lo siento —lloró el pequeño mientras Tabbic le conducía hacia el interior de la tienda—. He intentado luchar contra ellos, pero eran tres y nadie vino en mi ayuda. —Aulló de dolor mientras Tabbic le exploraba el pecho en busca de huesos rotos.

El orfebre gruñó, soltando el aire entre los dientes.

—Hicieron un buen trabajo contigo, bastante bueno. ¿Qué tal respiras?

Octaviano se secó la nariz cautelosamente con el dorso de la mano.

—Bien. He vuelto tan rápidamente como he podido. No les vi entre tanta gente. Normalmente estoy ojo avizor, pero iba con prisas y... —Irrumpió en sollozos y Alexandria le rodeó con el brazo, haciéndole un ademán a Tabbic para que se alejara.

—Sigue con tus cosas, Tabbic. No se trata de pasar ahora un examen. Ha pasado un mal rato y lo que necesita son cuidados y reposo.

Tabbic se retiró y ella se llevó al niño hacia la trastienda para subir por las escaleras a la vivienda situada encima del establecimiento. Una vez solo, suspiró y se frotó con la mano la canosa cara, rascándose la barba incipiente que ya había hecho su aparición desde el afeitado matutino. Sacudiendo la cabeza, regresó a su banco de trabajo y empezó a seleccionar las herramientas que necesitaría para realizar un nuevo anillo para Geto.

Trabajó unos minutos en silencio, luego hizo una pausa y volvió la vista hacia las estrechas escaleras, como si acabara de pasarle una idea por la cabeza.

—Tendré que hacerte un cuchillo decente, muchacho —murmuró para sus adentros, antes de coger una vez más las herramientas. Al cabo de un rato, mientras esbozaba el modelo con tiza, murmuró—: Y también te enseñaré a utilizarlo.

Bruto se encontraba en el Campo de Marte, con el estandarte del águila de la Primigenia clavado en el suelo a su lado. Se había sentido satisfecho al ver que algunas de las demás legiones que estaban también reclutando tenían que utilizar banderas de tejido, mientras que él había podido encontrar el viejo estandarte utilizado por Mario. El oro trabajado a martillo sobre cobre capturaba el sol de la mañana y esperaba que también capturase la mirada de algunos de los chicos que se

habían congregado allí desde antes del amanecer. No todos se alistarían en una legión. Algunos se habían acercado únicamente con la intención de mirar y para esos, los tenderos habían instalado paradas antes de que despuntara la primera luz del día. Los aromas de la carne y las verduras asadas le despertaron el apetito y, agitando las monedas de la bolsa sin dejar de observar a la multitud congregada alrededor de la hilera de estandartes, pensó en realizar una comida temprana.

Había esperado que fuera más fácil. Renio parecía un león de la antigua Roma por los cuatro costados, y los diez hombres que habían llevado con ellos estaban impresionantes con sus corazas nuevas, bruñidas hasta conseguir el máximo de su brillo para ser admiradas por la multitud. Y, aun así, Bruto se había visto obligado a ver cómo centenares de jóvenes romanos se alistaban a las legiones sin que ninguno de ellos se acercara a su puesto. En alguna ocasión se habían reunido pequeños grupos, que le señalaban y cuchicheaban entre ellos para luego proseguir. Había sentido la tentación de agarrar a un par de muchachos de aquellos y descubrir qué habían dicho, pero se contuvo. Con el mediodía acercándose, la multitud se había reducido a la mitad y, por lo que veía, el de la Primigenia era el único estandarte que seguía sin estar rodeado por los frutos de la nueva generación.

Apretó los dientes. Los que se habían alistado ya atraerían a más jóvenes hacia sus águilas. Se imaginaba a la gente preguntándose a esas alturas qué sucedía con la Primigenia que nadie quería unirse a ella, todos tapándose la boca con las manos y susurrando con excitación pueril detalles sobre la legión del traidor. Tosió para aclararse la garganta y escupió en el suelo arenoso. La prueba terminaba con la puesta de sol y no había otra cosa que hacer que permanecer allí y aguardar a que acabara, esperando quizá recoger unos cuantos rezagados al caer el día. El pensamiento le hizo arder de turbación. Sabía que si Mario hubiese estado allí, habría estado mezclándose con los jóvenes, engatusándolos, bromeando y convenciéndolos para que se alistaran en su legión. Naturalmente, en aquellos tiempos había existido una legión en la que alistarse.

Bruto continuó con su lúgubre valoración de la multitud, deseando poderles hacer comprender. Tres jóvenes se acercaban hacia su estandarte y les sonrió lo más acogedoramente que le fue posible.

—La Primigenia, ¿verdad? —dijo uno de ellos.

Bruto observó que los demás ocultaban su sonrisa. Supuso que se habían acercado simplemente para burlarse. Por un breve instante, consideró la idea de agarrarles por la cabeza y golpearlos entre sí, pero se controló al percibir sobre él las miradas de sus diez hombres. Notó las cerdas del casco de Renio a su lado, pero el hombre de más edad puso paz.

—Éramos la legión de Mario, cónsul de Roma —dijo—, vencedores en África y en todos los territorios romanos. A los hombres que se unan a nosotros les aguarda

una historia gloriosa.

—¿Qué tal es la paga, entonces? —dijo el más alto, con tono serio pero burlesco.

Bruto respiró hondo. Sabían que el Senado era el que establecía la paga para todas las legiones. Con Craso respaldándole, le habría encantado ofrecer más, pero el límite estaba establecido para evitar que los patrocinadores ricos socavaran la totalidad del sistema.

—Setenta y cinco denarios, igual que los demás —respondió rápidamente.

—Espera un momento. ¿La Primigenia? ¿No fueron esos los que destruyeron la ciudad? —preguntó el chico alto, como si hubiera tenido una repentina revelación. Se volvió hacia sus sonrientes amigos, felices de permitirle montar el espectáculo.

—¡Lo es! —dijo, satisfecho—. Sila acabó con ellos, ¿verdad? Los dirigía algún traidor.

El alto hizo una pausa al ver el cambio en la expresión de sus amigos, percatándose de que había ido demasiado lejos. Cuando se volvió, Bruto levantó el puño, pero Renio bloqueó el golpe al extender su brazo. Los tres jóvenes se encogieron ante la amenaza, pero el cabecilla del grupo recuperó rápidamente la confianza; su boca se torció en una sonrisa de desprecio.

Antes de que pudiese hablar, Renio dio un paso y se le acercó.

—¿Cómo te llamas?

—Germinio Catón —respondió con arrogancia—. Habrás oído hablar de mi padre.

Renio se volvió hacia los soldados que tenía detrás.

—Anotad su nombre. Alistado.

La arrogancia se transformó en asombro cuando Germinio vio su nombre escrito en tinta en el pergamino vacío.

—¡No puedes hacer eso! Mi padre te hará...

—Estás alistado, chico. Delante de testigos —dijo Renio—. Estos hombres jurarán que fue voluntario. Cuando te despedamos, serás libre de correr a contarle a tu padre lo orgulloso que estás.

El hijo de Catón miró de reojo al hombre de más edad, con la confianza recuperada.

—Antes de que se ponga el sol mi nombre ya no aparecerá en ese pergamino —dijo.

Renio dio un nuevo paso hacia él.

—Dile que Renio te apuntó. Sabrá quién soy. Dile que siempre serás conocido como el chico que intentó retractarse de servir a la ciudad con las legiones. Estará destrozado si algo así sale a la luz, ¿no crees? ¿Piensas que podrás seguir sus pasos después de una vergüenza como esta? Al Senado no le gustan los cobardes, chico.

El joven enrojeció de rabia y frustración.

—Haré. —Se interrumpió y su rostro se cubrió de una sombra terrible de duda.

—Lo que vas a hacer es ponerte firme junto a esta águila hasta que estemos preparados para que prestes juramento. Si no me dicen lo contrario, eres el primer reclutamiento del día.

—¡No puedes impedir que me vaya! —replicó Germinio, con la voz quebrada.

—¿Desobedeciendo una orden legítima? Te haré azotar si das un paso más para alejarte de mí. ¡Ponte firme antes de que pierda la paciencia!

El rugido de una orden dejó a Germinio sumido en una rabia impotente. Se cuadró bajo la mirada de Renio. A su lado, sus amigos empezaban a alejarse.

—¡Vuestros nombres! —espetó Renio. Le miraron sin abrir la boca y él se encogió de hombros.

—Apúntalos como los legionarios números dos y tres del día. Con esto servirá, ya os conozco las caras. Firmes ante todo el mundo, chicos. —Se volvió por un momento hacia los soldados de la Primigenia que tenía a sus espaldas, haciendo caso omiso de su expresión de asombro.

—Si huyen —dijo claramente—, quiero que los arrastréis de nuevo hasta aquí y que los azotéis. Nos costará algunos reclutamientos, pero así también verán los demás que toda esa gloria tiene un lado duro.

Los tres jóvenes romanos se colocaron rígidos frente a la multitud y Renio pareció sorprendido cuando Bruto lo alejó de ellos unos cuantos pasos para que no pudieran oírle.

—Catón se volverá loco —murmuró Bruto—. De todas las legiones, esta es en la que menos desearía ver a su hijo.

Renio se aclaró la garganta y escupió en la hierba polvorienta del recinto.

—Tampoco querrá que nadie lo acuse de cobarde. La elección es tuya, pero no vas a ganar nada si ahora les dejas marchar. Puede que intente sobornarte o puede que se aguante. Lo sabremos en un par de días.

Bruto observó con detalle al viejo gladiador y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Me has obligado a esto, así que seguiré adelante.

Renio le miró de reojo.

—Si le hubieras pegado, su padre te habría matado.

—¡No sabías quién era cuando me lo impediste! —replicó Bruto.

Renio suspiró.

—Te instruí mejor, muchacho, de verdad que sí. ¿Qué otra cosa podía yo pensar cuando un chico lleva el blasón de su padre en un anillo de oro lo bastante grande como para comprar una casa con él?

Bruto le guiñó el ojo. Entonces se dirigió hacia los tres nuevos reclutas y examinó por un momento la mano de Germinio sin decir nada. Estaba a punto de volver con Renio cuando tres chicos más se apartaron de la multitud para aproximarse al águila

de la Primigenia.

—Anotad vuestros nombres en el pergamino y poneos firmes junto a los otros, muchachos —les dijo Renio—. Prestaréis juramento cuando seáis un buen grupo. — En las comisuras de su boca asomó una sonrisa mientras les saludaba con la mano.



## XXII

Entre el calor de Grecia y las excusas, a Julio estaba resultándole complicado contenerse. Necesitaba desesperadamente nuevos reclutas, pero la ciudad romana amurallada había olvidado su deber fundacional y toda exigencia era recibida con retrasos y discusiones.

—Tengo a los jóvenes. Trae ahora a los veteranos —le dijo Julio al anciano de la ciudad.

—¿Qué? ¿Nos dejarías indefensos? —balbuceó indignado el hombre.

Julio permaneció en silencio, esperando unos momentos antes de responder, tal y como hacía Renio. Había descubierto que eran las pequeñas pausas lo que más peso otorgaba a sus palabras.

—Mis hombres partirán para atacar a Mitrídates directamente desde aquí. No tienes que defenderte de nadie más. No dispongo de tiempo para entrenar a más granjeros y convertirlos en legionarios, y, por lo que dices, no hay otra fuerza romana en cientos de millas a la redonda.

—Quiero aquí, armado y con la mejor coraza posible, a todo hombre que viva en el interior de estas murallas y que haya puesto alguna vez su espada al servicio de Roma.

El atolondrado anciano empezó de nuevo a hablar, pero Julio lo interrumpió, alzando un poco la voz.

—No espero tener que verme obligado a mencionar las condiciones de su retiro. Sería para mí mancillar su honor el hecho de tener que recordarles que se les dieron tierras con la condición de que si Roma les llamaba, responderían. Ahora les llama. Ve a por ellos.

El anciano dio media vuelta y salió casi corriendo hacia la sala del consejo. Julio esperó con sus hombres firmes a su espalda. Ya había sufrido suficientes retrasos por parte del consejo y, en el fondo, no albergaba ninguna simpatía hacia ellos. Estaban en una tierra conquistada y la preocupación constante por una posible rebelión se había convertido en una realidad. ¿Esperaban resistir detrás de sus endeble murallas? Se preguntaba qué habría sucedido si Mitrídates hubiera llegado primero. Seguramente le habrían prometido lealtad por temor a sus familias, abriéndole las puertas de par en par y arrodillándose en el polvo.

—Alguien sube por la calle principal —dijo Gaditico, detrás de él.

Julio se volvió hacia su izquierda y oyó el paso calculado de al menos una centuria de legionarios. Maldijo para sus adentros. Lo último que necesitaba en aquel momento era encontrarse cara a cara con otro oficial de las legiones regulares.

Cuando se hicieron visibles, a Julio le dio un vuelco el corazón.

—Legionarios... ¡alto! —dijo una voz áspera, cuyo rugido resonó en los muros

de la placita.

Uno de los hombres de Julio silbó sorprendido ante la visión. Eran hombres mayores. Llevaban corazas de casi cincuenta años atrás, en muchos casos con placas y cotas de malla de diseños sencillos. Sus cuerpos mostraban los resultados de décadas de guerra. A algunos les faltaba un ojo o una mano. Otros mostraban en sus caras y miembros antiguas cicatrices nudosas, mal suturadas, cosiendo su piel en prolongados cuartos crecientes.

El comandante era un hombre fornido con la cabeza rasurada y hombros cuadrados. Tenía la cara profundamente arrugada, pero transmitía todavía una sensación de fuerza que a Julio le recordó vagamente a Renio cuando le saludó, juzgando por instinto que era Julio quien estaba al mando por la distancia que mantenía respecto a los demás.

—Quertoro Far para servirle, señor. Hemos pensado que el consejo estaría el día entero de conversaciones, así que hemos hecho el llamamiento sin contar con ellos. Los veteranos están listos para pasar revista, señor.

Julio asintió con la cabeza y lo siguió, observando que más y más hombres entraban en la plaza y se disponían en formación.

—¿Cuántos hay? —preguntó, intentando juzgar el valor de las barbas blancas que veía en posición de firmes bajo el sol de invierno.

—En total, cerca de cuatrocientos, señor, aunque algunos están todavía llegando de las granjas más alejadas. Deberíamos estar todos aquí al anoecer.

—¿Y la media de edad? —continuó Julio.

Quertoro se detuvo y se volvió para quedar cara a cara con el joven oficial.

—Son veteranos, señor. Eso significa que son mayores. Pero son voluntarios y son todo lo duros y resistentes que va a necesitar para derrotar a Mitrídates. Necesitan unos días de instrucción, pero recuerde, todos han sido puestos a prueba y la han superado. En estos años han muerto muchos hombres por Roma. Aquí están los que resultaron vencedores.

A pesar de la expresión insolente que mantenía el hombre, Julio percibía la fe en unas palabras que intentaban tranquilizar al joven y severo oficial que había llegado a su ciudad en busca de un ejército.

—¿Y tú, Quertoro? ¿Los mandas tú?

El hombre calvo se echó a reír, una breve carcajada que rápidamente quedó cortada.

—Yo no, señor. El consejo cree mandarlos, me imagino, pero estos hombres van por su cuenta y así lo han hecho durante mucho tiempo, la mayoría de ellos. La verdad es que cuando Mitrídates tomó el puerto, empezaron de nuevo a bruñir sus espadas, no sé si me explico.

—No hablas como si fueras uno de ellos —dijo Julio, convirtiendo la frase en una

pregunta.

Quertoro arqueó las cejas.

—No es eso lo que pretendía, señor. Estuve veinte años con la Primera Cirenaica, diez de ellos como opción.

Un instinto empujó a Julio a preguntar:

—¿Los últimos diez?

Quertoro tosió para aclararse la garganta y apartó un instante la vista.

—Más bien los diez del medio, señor. Perdí el rango hacia el final por jugar demasiado.

—Comprendo. Bien, Quertoro, parece que estamos jugando de nuevo, tú y yo — dijo Julio sin alterarse.

Quertoro le sonrió satisfecho, revelando la ausencia de varios dientes en la mandíbula inferior.

—No debería apostar contra ellos, señor, no si les conociera.

Julio observó las filas con menos confianza que la que demostraba.

—Espero que tengas razón. Ahora entra en formación también y me dirigiré a ellos.

Pensó por un instante que Quertoro se negaría a ello y se preguntó si aquel hombre habría perdido el rango por algo más que jugar, una ocupación bastante común entre los legionarios fuera de servicio. Entonces, el hombre calvo se unió a la formación y se puso firme mirando con interés a Julio. Julio llenó los pulmones de aire.

—¡Veteranos de Roma! —vociferó, provocando un salto en los que estaban más próximos a él. Siempre había tenido una voz potente, pero parte de él se preguntaba si sería suficiente en el caso de que alguno de ellos fuera sordo.

—Mis hombres y yo hemos pasado por dos pueblos más hacia el sur antes de llegar aquí, reclutando soldados. Hemos oído la noticia de que Mitrídates está acampado a unas cien millas en dirección oeste. Tened por seguro que, mientras pronuncio estas palabras, hay legiones romanas de refresco en marcha procedentes del este, de los puertos costeros de Dirraquio y Apolonia. Pretendo forzarle a ir hacia ellos; ser el martillo del yunque romano.

Mostraban interés, de acuerdo. Todas las miradas estaban fijadas en él, desde las de sus propios hombres hasta las de los entrecanos veteranos. Dio gracias a sus dioses por la decisión de desplazarse diez millas al norte para reclutar en la ciudad.

—Con vosotros, dispongo de mil hombres a mi mando para atacar a Mitrídates. Algunos de esta ciudad y de los pueblos carecen de instrucción. Otros de los que he traído conmigo están únicamente acostumbrados a luchar en el mar a bordo de galeras romanas. Vosotros constituíais las legiones de tierra y debéis ser la columna vertebral del avance. Os entregaré a cada uno de vosotros una espada hermana de mis

hombres para entrenar.

Hizo una pausa, pero se produjo un silencio y supo entonces que los veteranos recordaban aún la vieja disciplina. Se preguntó cuántos aguantarían el recorrido antes incluso de entrar en acción. Con soldados jóvenes y descansados podían cubrir la distancia en tres o cuatro días. ¿Y con aquellos? No había forma de saberlo.

—Necesito a uno de vosotros como oficial de intendencia, para preparar los paquetes, el equipo y la comida que podáis encontrar en el interior de las murallas de la ciudad.

Quertoro dio un paso adelante, con la mirada brillante de satisfacción.

—¿Quertoro? —le dijo Julio.

—Oficial de intendencia, señor, con su permiso. Llevo mucho tiempo esperando una oportunidad para que el consejo se fije en mí.

—Muy bien, pero sus quejas llegarán hasta mí y me las tomaré muy en serio. Coge a tres de mis hombres y empieza a preparar los suministros. Necesitamos un escudo para cada hombre y todas las lanzas y arcos que puedas encontrar. Antes de que anochezca, quiero una cocina de campaña instalada fuera de las murallas y un plato listo para todo el mundo. Aún hay luz suficiente para hacer instrucción y quiero ver cómo se mueven estos hombres. Cuando acaben estarán hambrientos.

Quertoro saludó y desfiló con paso elegante en dirección a Gaditico, que permanecía en posición de firmes donde Julio le había dejado junto con los demás. Julio observó cómo seleccionaba a dos hombres más para que le acompañaran e intentó ignorar el presentimiento de que acababa de soltar al zorro entre las gallinas. Mientras marchaban, Julio vio al anciano de la ciudad que llegaba corriendo procedente del salón de consejos, acercándose directamente hacia los veteranos allí congregados. Julio dio media vuelta sin interés. Fuera lo que fuese lo que hubiera decidido el consejo, carecía ya de importancia.

—He visto que podéis mostraros firmes y sé por vuestras cicatrices que podéis luchar —gritó a las filas—. Lo que necesito ver ahora es si os acordáis de formar.

Ante esta orden, dieron media vuelta y marcharon por la calle principal hacia la puerta que conducía fuera de la ciudad. Los que habían estado esperando en las calles secundarias, formaron detrás de los demás con precisión y Julio le hizo una señal a Gaditico para que cerrara la marcha. Los dos hombres intercambiaron una mirada, dejando al anciano del consejo gritando a sus espaldas, cuya voz se desvaneció al darse finalmente cuenta de que no le escucharían.

Los legionarios tardaron un rato en formar cuatro filas iguales, los veteranos mezclados con los hombres más jóvenes. Julio pasó revista de arriba abajo a las filas caminando muy erguido, juzgando la calidad de los hombres congregados en su nombre. Los miró con dureza, luchando por recordar las lecciones sobre tácticas y

rutinas de campo que Renio le había inculcado tantos años atrás. Ninguna de ellas versaba sobre cómo empezar una legión desde cero, pero varias le vinieron fácilmente a la memoria en cuanto pensó en los problemas prácticos que suponía conseguir que un grupo grande como aquel se moviera y respondiera a las órdenes. La preocupación que no le abandonaría era que alguno de los veteranos se diera cuenta de que nunca antes había estado al mando de infantería. Frunció más el entrecejo. Tendría que tirarse un farol.

Empezando con los hombres de la esquina, construyó un sencillo cuadrado, imaginándose mentalmente las figuras mientras todos aguardaban. Separó a los demás en treinta filas numeradas, y luego ordenó a los hombres de la esquina que tomaran posiciones. Cuando estuvieron listos, Julio gritó la orden:

—¡Marcha lenta hacia formación en cuadro!

Aunque en desorden, los hombres se movieron en solemne concentración hasta quedar de nuevo firmes y en silencio.

—Ahora, miren a su alrededor, caballeros. Quiero, siempre que sea posible, a un veterano junto a un joven. Mezclaremos velocidad y experiencia. ¡Moveos!

Cambiaron de posición una vez más, con un ruido estremecedor al arrastrar los pies y sin que se produjera ningún ruido más. Julio vio que eran sus hombres, y no los veteranos, quienes llevaban la batuta, y sonrió levemente al recordar a Renio explicándole que el hombre que ostenta el mando debe hacerse respetar pero ser frío. No debe sonreír. No podía gustar a nadie. Ellos habían amado a Mario, habían luchado muchos años por él y Julio no tenía esa experiencia.

—Disponemos de dos cohortes de cuatrocientos ochenta hombres. Dividíos en la quinceava hilera y dejad una fila entre vosotros. —Se movieron de nuevo y en el suelo polvoriento se abrió una larga avenida.

—La primera cohorte se llamará *Accipiter*, 'halcón'. La otra será *Ventulus*, 'brisa'. La *Accipiter* será comandada por mi segundo, Gaditico, y la *Ventulus* por mí mismo. Repetid los nombres para vuestros adentros. Cuando los oigáis en batalla, quiero que reaccionéis sin pensarlo. —Decidió no mencionar que uno era el nombre de un barco mercante y que el otro descansaba en el fondo del mar. Se enjugó el sudor de la frente.

—Antes de empezar los ejercicios de formación, debemos tener un nombre.

Hizo una pausa, pensando desesperadamente pues se había quedado en blanco. Los veteranos lo observaban impasibles, tal vez imaginando su repentina falta de confianza. Un nombre adecuado les levantaría el ánimo cuando cargaran, y Julio empezó a sentir pánico al ver que no se le ocurría nada, superado por la importancia de conseguir un nombre perfectamente correcto a la primera.

«¡Vamos! —se animo—. Di el nombre y proporcionales una identidad». Les escrutó con la mirada, enojado ante su indecisión. Eran romanos, jóvenes y mayores.

Lo tenía.

—Somos los Lobos de Roma —dijo. Lo hizo sin levantar la voz y, aun así, llegó hasta los que más lejos estaban. Uno o dos de los veteranos se pusieron más firmes y supo entonces que había elegido bien.

—Bien. Cohorte Ventulus, formad en cuatro manípulos a mi derecha. *Accipiter*, trasladaos a la izquierda. Nos quedan tres horas antes de que anochezca. Maniobras de posición hasta entonces.

No pudo evitar apretar un puño henchido de satisfacción cuando los hombres se separaron ágilmente. Llamó a Gaditico, que comandaba las filas de la *Accipiter*, y le devolvió el saludo.

—Quiero que hasta que anochezca repases todas las formaciones que conozcas. No les des ni un momento para pensar. Yo haré lo mismo con los míos. Cambia a los jefes de las unidades si ves claramente que no son los adecuados o refuerza la disciplina, pero con cuidado. Quiero que cuando nos pongamos a cenar lo hagan todo a la perfección.

—¿Estás planteándote partir mañana? —preguntó Gaditico, manteniendo el tono de voz lo suficientemente bajo para que los hombres más cercanos no pudieran oírlo.

Julio asintió con la cabeza.

—Mañana desarrollaremos maniobras de combate, los tuyos contra los míos. Quiero que los viejos recuerden y que los jóvenes se acostumbren a seguir las órdenes en el campo de batalla, bajo presión. Nos vemos esta noche y prepararemos los detalles. Y, Gaditico...

—Sí, señor.

—Trabaja duro con los tuyos porque mañana la Ventulus los hará pedazos y tendrás que empezar de cero.

—Espero vérselo intentar, señor —replicó Gaditico, con una sonrisita, saludando una vez más antes de regresar a su nuevo puesto de mando.

Cuando dos días después Julio dio la orden de emprender la marcha, experimentó una oleada de orgullo que le hizo sentir alas en los pies sobre una tierra extraña. Tenía el ojo derecho casi cerrado en el punto donde uno de los hombres de Gaditico le había dado con la empuñadura de un hacha, aunque sabía que el dolor pasaría pronto.

Más de un integrante de ambas cohortes cojeaba como resultado de la paliza que se habían infligido mutuamente en las batallas simuladas, pero se habían transformado de desconocidos en Lobos y Julio sabía que matarlos sería difícil, y más difícil aún derrotarlos. Atravesarían cerca de cien millas de bosques y llanuras, y Julio estaba seguro de que Mitrídates iba a necesitar una importante cantidad de sus granjeros rebeldes para resistir lo que le caería encima. Se sentía como con el estómago lleno de un buen vino, capaz de hacerle reír de emoción.

A su lado, Gaditico intuía su buen humor y reía entre dientes, dibujando una mueca de dolor cada vez que su boca inflamada crujía.

—Una cosa sobre las galeras. No tenías por qué cargar encima con tanto metal y equipaje —se quejó por lo bajo.

Julio le dio un golpecito en la espalda, riendo entre dientes.

—Considérate afortunado. A los hombres de mi tío les llamaban «las mulas de Mario» por el peso que eran capaces de soportar.

Gaditico emitió un gruñido a modo de respuesta, cambiando de lado el peso que llevaba encima para relajar los músculos. Las piernas se llevaban la peor parte. La mayoría de los veteranos tenía unas pantorrillas descomunales, resultado de la fuerza desarrollada a lo largo de años de marchas. Gaditico juró en silencio que no daría orden a su cohorte de descansar hasta que Julio lo hiciera o uno de los veteranos cayese. No tenía muy claro qué sucedería primero.

Julio empezó a alargar la zancada, circulando entre sus soldados para tomar la delantera. Tenía la sensación de que podía marchar el día y la noche enteros y que sus romanos le seguirían. A sus espaldas, la ciudad desaparecía en la distancia.

## XXIII

Combatir durante una vida entera en tierras extranjeras no estaba hecho para hombres blandos, reflexionaba Julio hacia el final de la segunda jornada de marcha, medio cegado por el polvo y el sudor. Pensaba que si los veteranos se hubiesen abandonado durante su jubilación habrían sido incapaces de seguir el ritmo rápido impuesto por los más jóvenes. Era como si el trabajo duro de preparar el terreno para convertirlo en campos de cultivo les hubiera mantenido fuertes, aunque, bajo sus viejas corazas, algunos parecían hechos solo de tendones y piel. Las túnicas de cuero tenían un aspecto frágil y quebradizo después de tanto tiempo guardadas en arcones, pero las correas de hierro y las planchas de las corazas relucían gracias al aceite y el lustre. Podían tenerse por granjeros, pero la velocidad con que habían respondido a su convocatoria mostraba su verdadera naturaleza. En su día habían sido los soldados más disciplinados del mundo y cada paso que daban en aquella larga marcha les devolvía parte de su antiguo fuego. Su pose y su mirada demostraban que el entusiasmo por la guerra revivía en ellos. Eran hombres para quienes jubilarse era la muerte, que cobraban vida con la camaradería de los soldados, cuando podían gastar su marchita energía en repentinos ataques y en el espeluznante terror de afrontar la carga del enemigo.

Julio cargaba a la espalda con un viejo escudo, arrancado por Quertoro de alguna puerta en la que había estado colgado. Para evitar el roce, se había colocado un grueso odre sobre los omóplatos que gorgoteaba musicalmente a cada paso que daba. Como todos los demás procedentes de las galeras, notaba la falta de forma física que provoca la obligación de restringir los movimientos a la cubierta de la embarcación, pero tenía los pulmones limpios y no había rastro de los ataques de temblores que le habían atormentado desde que sufriera la herida en la cabeza. No se atrevía a pensar en ellos, pero seguía preocupándole lo que sucedería con su autoridad si volvían a empezar. Una marcha forzada como aquella no daba pie a la intimidad.

Durante la mayor parte de la primera jornada, Julio había marcado un ritmo cómodo. Disponían de pocos hombres, por lo que no merecía la pena arriesgarse a perder a más veteranos de lo que fuera inevitable, y de este modo habían llegado todos al primer campamento. Julio había utilizado a los más jóvenes para las labores de centinela y ninguno de ellos se había quejado, aunque era evidente que Suetonio se había mordido la lengua para evitar realizar un comentario antes de asumir su puesto con hosca obediencia. Había momentos en que Julio se habría sentido feliz haciéndolo azotar y abandonándolo en el camino, pero se contenía. Sabía que debía establecer lazos de unión con los hombres. Lazos lo bastante fuertes como para superar los primeros momentos febriles de la batalla. Tenían que considerarlo como en su día él había considerado a Mario: un hombre a quien seguir hasta el infierno.



El segundo día, Julio siguió el paso de Gaditico al frente de las dos cohortes durante la mayor parte de la mañana. Les quedaba poco aliento para andarse con discusiones, pero acordaron turnarse a la cabeza, permitiéndole de este modo al otro mezclarse entre las unidades, valorar los puntos débiles y los puntos fuertes. Para Julio, los desplazamientos hacia la retaguardia eran valiosos y había sido en ellos donde había empezado a ver la luz de la emoción en la expresión de incluso los más débiles de sus hombres. Se habían quitado de encima las insignificancias y las restricciones de la vida urbana para regresar al mundo más sencillo que siempre habían conocido.

Julio llevaba prácticamente una hora marchando al frente de una fila en la mitad trasera de la cohorte Ventulus. Le había llamado la atención uno de los veteranos, el único cuya mirada no se había cruzado con la de él. El hombre tenía que ser uno de los de más edad y quedaba oculto a la vista por la multitud de soldados que le rodeaba, algo que Julio imaginó como una actitud deliberada. En lugar de casco, llevaba la cabeza enteramente cubierta por la piel hecha jirones de un viejo león que acababa limpiamente sobre sus hombros. El felino muerto tenía los ojos oscuros, las cuencas hundidas y, como su propietario, parecía haber dejado de ser de alguna utilidad mucho tiempo atrás. El anciano marchaba con la vista fija al frente, con los ojos entrecerrados para salvaguardarse así del polvo. Julio lo examinó con interés, percatándose de los tendones marcados que sobresalían del cuello y de los nudillos abultados de unas manos que parecían más palos de hueso que dedos. Aunque el veterano mantenía la boca cerrada a cal y canto, los pómulos hundidos evidenciaban que en la vieja mandíbula quedaban pocos dientes. Julio se preguntó qué espíritu podía mantener a un anciano como aquel andando tantas millas, con la mirada fija en todo momento en un destino que ninguno de ellos era capaz de ver.

Al acercarse el mediodía, cuando Julio estaba a punto de ordenar el alto para comer y concederse una hora de merecido descanso, se dio cuenta de que el hombre presentaba síntomas de una clara cojera en la pierna izquierda y que la rodilla se le había hinchado en el breve tiempo que llevaba con él. Vociferó la orden de alto y los Lobos se detuvieron en seco en dos pasos, todos a la vez.

Mientras Quertoro preparaba los utensilios de cocina, Julio descubrió al anciano sentado con la espalda apoyada contra un pequeño árbol. Sus ajadas facciones mostraban tensión mientras vendaba la rodilla herida con un trapo que apenas podía atar de tantas vueltas que estaba dándole. Se había despojado de la piel de cabeza de león y la había depositado con cuidado a su lado. Tenía el cabello fino y canoso, y los mechones sudorosos pegados a la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Julio.

El anciano respondió mientras seguía enrollando el trapo, verificando el movimiento y gruñendo continuamente por el malestar.

—Casi todos me llaman Cornix, «el viejo cuervo». Soy cazador, trampero de los bosques.

—Tengo un amigo que podría cuidarte esta rodilla. Un curandero. Probablemente es mayor que tú —dijo lentamente Julio.

Cornix negó con la cabeza.

—No lo necesito. Esta rodilla me ha acompañado en muchas campañas. Durará una más.

Julio no insistió, impresionado ante la tozudez del hombre. Sin pronunciar una palabra más, partió en busca de algo de pan caliente y del potaje de judías que Quertoro había calentado. Sería su última comida caliente antes de entrar en el campo de visión de Mitrídates, cuando ya no podrían correr el riesgo de encender fuego sin ser vistos. Cornix lo aceptó, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento para dar las gracias.

—Eres un comandante extraño —dijo entre bocado y bocado—, me traes la comida.

Julio lo observó y permaneció un momento sin responder.

—Me habría imaginado que te habrías olvidado de la milicia. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años que no estás en una legión?

—Más de treinta, y ¿sabes? —respondió el hombre, revelando al sonreír un amasijo de pan sin masticar—, aún lo echo a veces de menos.

—¿Tienes familia? —preguntó Julio, cuestionándose todavía por qué aquel hombre no prefería la seguridad de las montañas en lugar de consumir con los demás las fuerzas que le quedaban.

—Se trasladaron al norte y mi esposa murió. Ahora estoy solo.

Julio se puso en pie y observó la figura que seguía masticando tranquilamente, viendo cómo su expresión cambiaba cada vez que flexionaba la rodilla herida. La mirada de Julio fue a parar junto al árbol, donde Cornix había dejado su escudo y su espada, y el anciano siguió sus ojos, decidiendo responder la pregunta implícita.

—Todavía puedo utilizarlo, no te preocupes.

—Deberás hacerlo. Dicen que Mitrídates dispone de un gran ejército.

Cornix hizo un gesto de desdén.

—Sí, es lo que dicen siempre. —Acabó de masticar un bocado de potaje y dio un largo trago a su odre—. ¿Vas a preguntarme, entonces?

—¿Preguntarte el qué? —respondió Julio.

—Me he dado cuenta de que te ha estado consumiendo todo el rato que has marchado a mi lado. ¿Qué hace un hombre de mi edad yendo a la guerra? Era eso, ¿no? Me imagino que estarías preguntándote si sería incluso capaz de levantar mi vieja espada.

—Me ha pasado por la cabeza —dijo Julio riendo entre dientes y respondiendo al

destello de humor de aquellos ojos oscuros.

Cornix se rió con él, una prolongada serie de sonidos asmáticos. Luego se quedó en silencio y miró directamente al alto y joven comandante, con toda la confianza que le otorgaba su juventud y toda la vida por delante.

—Para pagar mis deudas, muchacho. Esa vieja ciudad me ha dado mucho más de lo que yo le he dado. He pensado que así estaremos por fin en paz.

Guiñó el ojo cuando acabó de hablar y Julio sonrió débilmente, dándose de pronto cuenta de que Cornix se había unido a él para morir, prefiriendo tal vez un rápido final a una agonía prolongada y solitaria en una desolada cabaña de cazador. Se preguntó cuántos más habría dispuestos a perder la vida con la valentía que les quedaba, en lugar de esperar una muerte que se apoderara de ellos en mitad de la noche. Aunque no era un día frío, Julio se estremeció ligeramente de regreso al lugar donde se encontraban las hogueras.

No había manera de estar seguro de dónde había acampado Mitrídates con sus irregulares. Los informes que poseía Julio procedentes de los supervivientes romanos podían ser erróneos, y también podía darse el caso de que el rey griego se hubiera trasladado varias millas mientras los Lobos se dirigían hacia la zona. La mayor preocupación era que los exploradores de ambos ejércitos se tropezaran con el enemigo y Julio se viera obligado a entrar en acción antes de estar listo para ello. Sus exploradores comprendían que las vidas de todos dependían de no ser detectados, y Julio había dispuesto que los mejores y más rápidos se adelantaran unas millas en busca de rastros recientes del enemigo mientras el grueso de los Lobos se concentraba en la maleza de los bosques. Eran unos momentos frustrantes. Estaba prohibido encender fuego e, incapaces de cazar a sus anchas, todas las noches padecían el frío y la humedad y durante el día, el sol que atravesaba los árboles apenas los calentaba.

Después de cuatro jornadas de inactividad, Julio estaba prácticamente preparado para ordenar a los hombres salir a campo abierto y aceptar las consecuencias de ello. Todos sus exploradores, excepto tres, habían superado ya la línea exterior de vigilancia y se encontraban compartiendo la comida fría con los demás en un ambiente de lamentable silencio.

Julio esperaba irritado a los otros tres. Sabía que estaban en la zona correcta, puesto que habían descubierto una centuria romana brutalmente asesinada y despojada de sus corazas y armas solo a cinco millas al este de donde se encontraban, sorprendidos mientras montaban guardia en un fuerte solitario. Los cuerpos tenían un aspecto lamentable y ninguna palabra que Julio pudiera haber pronunciado habría encendido tan profundamente la determinación de sus hombres.

Los exploradores llegaron en grupo, avanzando pesadamente entre las hojas

mojadas con el ritmo lento que utilizaban durante millas sin darse un respiro. Ignorando el potaje frío que les aguardaba, fueron directamente a ver a Julio; sus rostros denotaban cansancio, aunque estaban animados por la excitación. Los tres habían estado ausentes durante los cuatro días que llevaban allí y Julio supo al instante que por fin habían dado con el enemigo.

—¿Dónde están? —preguntó, poniéndose rápidamente en pie.

—A treinta millas al oeste —respondió uno, impaciente por dar la noticia—. Se trata de un campamento importante. Parece como si estuvieran preparándose para defenderse contra las legiones procedentes de Oricum. Se han atrincherado en un enclave muy estrecho entre dos abruptas colinas. —Hizo una pausa para tomar aire y uno de los otros prosiguió con el informe.

—Han preparado las colinas y el territorio hacia el oeste. Disponían de una línea amplia de exploradores y guardias, por lo que no pudimos acercarnos demasiado, aunque parecía suficiente para detener a la caballería. Vimos arqueros practicando y creo que vimos a Mitrídates en persona. Había un hombretón dando órdenes a sus unidades. Parecía ser el que estaba al mando de todo.

—¿Cuántos eran? —espetó Julio, deseoso de conocer este detalle por encima de cualquier otro.

Los exploradores se miraron y el primero tomó de nuevo la palabra.

—Creemos que unos diez mil, aproximadamente. Ninguno de nosotros pudo acercarse lo bastante como para estar seguro de ello, pero todo el valle entre las colinas estaba cubierto por tiendas de piel, quizás un millar. Suponiendo entre ocho y diez hombres por tienda... —Los otros dos asintieron, observando a Julio para ver cómo se tomaba la noticia. Julio se cuidó de mostrarse inexpresivo, aunque estaba defraudado. No le sorprendía que Mitrídates confiara en resistir a los legionarios que se le aproximaran. Anteriormente el Senado solo le había enviado a Sila para combatir una rebelión menor. Si enviaban otra vez una legión, Mitrídates obtendría una nueva victoria, concediéndose con ello un año más de tiempo antes de que el Senado se enterara de la noticia y movilizara a cualquier hombre sobrante en otros territorios. Incluso entonces, se mostrarían reacios a dejar expuestos los demás territorios romanos. ¿Se atreverían a perder Grecia? Toda ciudad en manos de los romanos que se escondiera del rey griego detrás de sus elevadas murallas podía ser destruida en el tiempo que el Senado necesitara para acabar de formar un ejército aplastante. Los ríos se teñirían de sangre antes de que los últimos romanos desaparecieran de las tierras de Mitrídates, y si era capaz de unir todas las ciudades, significaría una guerra que se prolongaría durante una generación entera.

Julio despidió a los exploradores para que fuesen a buscar algo de comida y disfrutasen de un merecido descanso. Aunque sería breve, lo sabía.

Gaditico se acercó en cuanto se marcharon los exploradores, con las cejas

arqueadas en señal de su interés.

—Los hemos encontrado —confirmó Julio—. Diez mil, según un cálculo aproximado. Estoy pensando en trasladarnos esta noche diez millas y mañana al anochecer las veinte más o menos que queden. Nuestros arqueros acabarán con los centinelas y atacaremos el ejército principal antes del amanecer.

Gaditico parecía preocupado.

—Los veteranos estarán al borde del agotamiento si los presionas de esta manera en plena noche. Pueden masacrarnos.

—Están mucho más en forma que cuando salieron de su ciudad. Será duro y perderemos algunos, no me cabe duda, pero el factor sorpresa está de nuestra parte. Y llevan toda la vida en esto. Prepárate para organizar una retirada rápida después de ese primer ataque. No quiero que piensen que se trata de un combate mortal contra tantos hombres. Explícaselo como un ataque seguido de retirada: entrar con fuerza, matar a tantos como podamos y fuera. Alejarnos lo máximo posible antes del amanecer y, bien, ya veremos entonces en qué condiciones estamos. —Miró hacia el cielo entre los troncos cubiertos de musgo—. Nada hasta que oscurezca, Gadi. Prepara a tus hombres para que estén listos. Los haré detenerse lo más cerca que pueda para mañana por la noche, pero no deben vernos. Trabajaremos en las tácticas cuando estemos más cerca. No tiene sentido planificar detalles hasta que vea cómo están instalados. No es necesario derrotarlos, basta con obligarlos a dismantelar el campamento y trasladarse hacia el oeste, para que se encuentren con las legiones procedentes de la costa.

—Si es que vienen —respondió en voz baja Gaditico.

—Vendrán. Independientemente de lo sucedido después de la muerte de Sila, el Senado no puede permitirse perder Grecia sin combatir por ella. Forma filas, Gadi.

Gaditico saludó, con sus facciones más relajadas. Era consciente de que ante cifras como aquellas cualquier ataque suponía un riesgo, pero pensaba que la emboscada nocturna que Julio sugería era la mejor elección, dados los hombres que tenían disponibles. Además, Mitridates había reunido un ejército de irregulares sin formación que estaba a punto de enfrentarse a una fuerza en la que se incluían algunos de los gladiadores más expertos que quedaban con vida. No suponía una gran ventaja contra diez mil, pero marcaría las diferencias.

Cuando dio la orden a la cohorte *Accipiter* de dismantelar el campamento, observó a jóvenes y veteranos trabajando juntos, reuniéndose rápida y silenciosamente en formación hasta limpiar los bosques. Por algo eran los Lobos, algunos de ellos.

## XXIV

Mitrídates había perdido a los centinelas que vigilaban su perímetro y no lo sabía todavía. Julio había observado su anillo defensivo exterior durante casi una hora, sonriendo cuando por fin vio el sencillo sistema que el rey griego utilizaba. Cada uno de sus centinelas montaba guardia junto a una antorcha encendida instalada sobre una estaca de madera. A intervalos aleatorios, la levantaban, agitaban la llama por encima de sus cabezas y recibían la respuesta del anillo interior y de los demás hombres situados a su alrededor.

Julio se había percatado de que Mitrídates bien podía ser rey, pero de táctico no tenía nada. Los Lobos habían roto la defensa con parejas de arqueros, uno para acabar con el centinela en cuanto se percatara de su presencia, y el otro para ocupar su lugar. La maniobra fue llevada a cabo rápidamente y pudieron así arrastrarse hacia el círculo interno. Los hombres que lo componían estaban más próximos los unos a los otros y sustituirlos les llevó casi una hora. Julio había ordenado precaución, pero la tensión empezó incluso a apoderarse de él mientras esperaba que el último hombre emitiera su señal, completamente inconsciente de que los únicos que podían responderle eran romanos.

Cabera disparó en silencio la última flecha y el soldado enemigo cayó como una sombra sin emitir sonido alguno. Momentos después, el punto de luz iluminaba otra figura oscura que mantenía la calma como si todo funcionase a la perfección. No se había producido ninguna señal de alarma y Julio apretó el puño emocionado.

El campamento, a los pies de las colinas, estaba iluminado mediante antorchas sujetas a estacas similares a las utilizadas por los centinelas. Visto de lejos, la oscura noche invernal aparecía rota por un par de puntos dorados, ojos sin parpadear que observaban relucientes a los romanos mientras estos esperaban la señal de Julio. Para el joven comandante, el mundo entero parecía estar pendiente de su palabra. Se aproximó al más cercano de sus falsos centinelas e hizo un gesto afirmativo con la cabeza en dirección a Cabera, quien prendió con la antorcha una flecha impregnada en aceite, y la disparó rápidamente en el momento en que las llamas se extendían hacia sus dedos.

Gaditico vio el fragmento de llama lanzado hacia el cielo y señaló con la espada el campamento que tenían ante ellos. Sus hombres avanzaron desde su posición tambaleante sin emitir ni un solo alarido o grito de batalla. Corrieron envueltos en un sobrecogedor silencio hacia los focos de luz que señalaban el campamento, convergiendo con la Ventulus en dos lados para con ello provocar el máximo nivel de pánico y confusión.

El ejército griego se había retirado al caer la noche, dependiendo de sus ya desaparecidos anillos de centinelas para que les alertaran de la posibilidad de

cualquier ataque. Los primeros que se percataron del peligro fueron los que vieron como sus tiendas de piel eran rajadas y espadas invisibles atravesaban sus cuerpos dormidos, matando a docenas de ellos en cuestión de escasos segundos. Los gritos se mezclaron con los alaridos y el adormecido campamento empezó a despertarse y a hacerse con las armas.

—¡Lobos! —vociferó Julio, juzgando que el periodo de silencio había finalizado. La excitación se apoderó de él cuando, junto con sus hombres, recorrió el campamento, matando a cualquiera que saliera dando un traspies de su tienda. Les había dicho a sus hombres que mataran a dos enemigos cada uno y que luego se retiraran, pero bajo su propia espada habían caído ya tres de ellos y apenas había finalizado el primer ataque. Percibía la sensación de pánico cundiendo entre los hombres de Mitrídates. Sus oficiales respondían con lentitud al ataque y, sin recibir orden alguna, un centenar de soldados intentaba plantar cara a los atacantes que salían de las sombras, muriendo a montones bajo el filo de los veteranos. El grito de Julio tuvo respuesta en la cohorte de Gaditico, cientos de voces sumándose a la confusión y al miedo del enemigo. Cabera disparó las flechas que le quedaban hacia las oscuras tiendas y Julio acabó con un hombre desnudo que intentaba levantar su espada. Era el caos y, entre tanta confusión, Julio casi prescinde del momento que había jurado no ignorar.

Llegó después de muchos minutos, cuando sonaron los cuernos y los griegos huidos empezaron a reunirse formando sus unidades. En las tiendas que las fuerzas romanas habían pasado por alto, el enemigo se había armado y empezaba a combatir; se oían órdenes proferidas en griego por encima de los hachazos y los golpes.

Julio giró en redondo para quitarse de encima la mano de un hombre que le sujetaba la muñeca después de abalanzarse sobre él. Cada corte que ocasionaba con la pesada hoja provocaba un daño terrible, pero su siguiente movimiento quedó limpiamente bloqueado y descubrió entonces que había dos hombres luchando contra él, y que bastantes más llegaban corriendo por todos lados. Se habían recuperado y era el momento de retirarse antes de que sus Lobos fueran hechos pedazos.

—¡Retirada! —vociferó, dando todavía una estocada baja con el *gladius* que tuvo por resultado un profundo corte en el tobillo del hombre más cercano a él. El segundo cayó al suelo cuando se abalanzó y Julio se abrió paso, revolviéndose y echando repentinamente a correr, mientras sus sandalias patinaban sobre el suelo ensangrentado. Sus hombres se reunieron con él en un instante, volviéndose y corriendo tan pronto como pudieron liberarse de quienes los rodeaban.

Lejos de las antorchas del campamento, la noche era un escondite oscuro. En el momento en que Julio ordenó la retirada, se apagaron todas las antorchas de los centinelas y los romanos se dispersaron hasta hacerse invisibles, desapareciendo velozmente por los lindes del campamento, dejando tras ellos destrucción y

cadáveres.

Las unidades griegas se detuvieron donde acababan las luces del campamento. No estaban dispuestas a adentrarse en una oscuridad que parecía contener a miles de enemigos... un adversario que según les habían dicho, estaba a más de una semana de distancia y alejándose en otra dirección. Por todos lados se oían órdenes confusas sembrando la duda mientras los Lobos escapaban.

Mitrídates rabiaba. Le habían despertado del sueño los gritos en el extremo más alejado del campamento. Su tienda se encontraba en la boca del estrecho paso y, ya con la cabeza despejada, se percató de que estaban siendo atacados desde el lado seguro, donde sabía que sus hombres habían despejado el terreno de romanos, desde el campamento hasta las atemorizadas ciudades situadas a lo largo de la costa oriental.

Sus diez mil hombres ocupaban una amplia zona del valle y los romanos habían desaparecido ya cuando logró reunir en el escenario del ataque a sus capitanes y empezó a restablecer el orden.

Apesadumbrados, contabilizaron las bajas. Los oficiales supervivientes estimaban que habían sido atacados por quinientos hombres que habían dejado más de mil griegos muertos sobre el terreno. Mitrídates rugió de dolor al ver los cuerpos apilados en las tiendas, muertos antes de tener la más mínima oportunidad de enfrentarse al enemigo. Era una carnicería y conoció de nuevo la frustración que había sentido años atrás cuando Sila se cernió sobre él.

¿Cómo podían haberle sorprendido por detrás?, se preguntaba en silencio mientras caminaba entre los desgarrados cadáveres. Inspeccionó entre la oscura maleza y se vio superado por la rabia, arrojando la espada contra la noche. La oscuridad la engulló casi en el mismo instante en que abandonó su mano.

—Los centinelas han muerto, señor —informó un oficial.

Mitrídates le miró con los ojos enrojecidos por el humo y el sueño interrumpido.

—Apuesta más centinelas y desmantela el campamento para partir al amanecer. Quiero darles caza. —Cuando el hombre partió corriendo para cumplir las órdenes, Mitrídates contempló de nuevo la desolación que le envolvía. Había perdido a mil hombres y solo había visto a unos cuantos romanos en el campamento. ¿Por qué se habían retirado? Fuera la legión que fuese, parecía como si hubieran decidido atacar el campamento antes de que amaneciera; de ahí el pánico y el caos de sus hombres. ¿Dónde estarían seguros de no ser en el corazón de su propia tierra, en su propio campamento?

Aquella noche, cuando se había acostado, lo había hecho con la confianza de liderar el mayor ejército que jamás hubiera podido reunir, que jamás hubiera podido ver. Ahora sabía que nunca volvería a acostarse sin miedo a ver sus fuerzas burladas,



sus vidas segadas con una facilidad salvaje. Observó las caras que le rodeaban, percatándose de que la sorpresa y el terror iban desvaneciéndose, y la duda se apoderó de él. Se había considerado rodeado de leones y descubría que se trataba de corderos.

Intentó no caer en la desesperación, pero le presionaba con firmeza. ¿Cómo podía pretender competir con Roma? Aquellos hombres se habían acogido a su bandera después de unas pocas victorias rápidas contra los odiados romanos, pero no eran más que jóvenes llenos de sueños sobre Esparta, Tebas y Atenas. Sueños de Alejandro que él no podía hacer realidad. Permaneció cabizbajo y con los puños apretados mientras los hombres se apresuraban a su alrededor sin atreverse a dirigirle la palabra al furioso rey.

—Deberíamos regresar —dijo Suetonio—. Un ataque más mientras dismantelan el campamento. No se lo esperarían.

—¿Y cómo volveríamos a escapar con el amanecer en ciernes? —replicó irritado Julio—. No. Seguiremos la marcha hasta encontrar cobijo. —Volvió la cara como para no ver la expresión malhumorada que sabía seguiría a sus palabras. Incluso eso era algo más soportable que el despiadado placer que se había apoderado del joven oficial desde la incursión. Le ponía enfermo. Para Julio, la breve batalla no había supuesto ningún honor, sino una simple incursión práctica destinada a reducir el número de enemigos. La ferviente pasión que había corrido por sus venas durante el combate se había desvanecido tan pronto como hubo terminado, pero la matanza fácil casi había excitado sexualmente a Suetonio.

También los veteranos, según había visto Julio, se habían alejado del campamento griego con la mayor rapidez de la que eran capaces, sin vítores y sin preocuparse por las heridas leves. Mantuvieron el silencio profesional que él había ordenado. Únicamente Suetonio había estado charlando mientras se alejaban, aparentemente incapaz de dejar de elogiarse con felicitaciones.

—Antes de retirarnos podríamos enviar a nuestros arqueros y dispararles desde un lugar seguro —dijo, con la boca hecha agua ante la perspectiva—. ¿Has visto al centinela a quien disparé? Directo a la garganta, fue perfecto.

—¡Silencio! —le espetó Julio—. Quédate entre los soldados y mantén la boca cerrada. —Estaba harto de aquel hombre, y su forma de disfrutar de la carnicería tenía algo profundamente desagradable. No había salido a la superficie durante las batallas en el mar, pero, de alguna manera, matar a hombres mientras dormían había despertado algo horroroso en el joven oficial que Julio quería mantener alejado de él todo lo que pudiese. Le pasó por la cabeza la imagen de las crucifixiones y se estremeció, preguntándose si Suetonio habría mostrado piedad o habría llegado hasta el final. Sospechaba que de haber sido Suetonio quien diera las órdenes, todo habría

ido más lento.

El joven oficial de guardia no volvió inmediatamente a las filas y Julio estuvo a punto de golpearle. Parecía pensar que compartían una relación privada que derivaba de recuerdos en común, remontándose a la bodega en el barco de Celso. Julio le miró a la cara y vio que lucía una mueca de despecho, con la boca abierta como si pensara responder a la orden.

—Vuelve atrás o te mato aquí mismo —gruñó Julio, y finalmente la flaca figura se adentró corriendo en la oscuridad de los hombres que marchaban detrás.

Uno de los veteranos dio un traspies y maldijo. Una situación que podía producirse fácilmente debido a la ausencia de luna que ayudase a ver el terreno por donde pisaban. Habían mantenido un ritmo intenso desde el principio, sin quejas. Todos los allí presentes sabían que Mitrídates saldría en su busca tan pronto como hubiese luz suficiente para ver. Quedaban menos de dos horas para el amanecer y, a toda velocidad, podían cubrir prácticamente diez millas en ese tiempo.

Con los heridos, sería menos. Sin tener que pedirlo, los hombres que presentaban problemas para caminar eran ayudados por otros dos, pero la mayoría de las heridas no revestían importancia. La naturaleza de la lucha había dejado a los romanos muertos o ilesos en su mayoría. Julio no había tenido tiempo para evaluar las bajas, pero suponía que habían salido airosos, mucho mejor de lo que esperaba.

Mientras caminaba, cavilaba sobre cómo habría defendido él el ejército griego de haber sido su responsable. De entrada, con un sistema mejor de centinelas. Era ese punto débil el que les había permitido adentrarse directamente en el corazón del campamento sin que se produjera ninguna señal de alarma. Parecía que los Lobos habían tenido suerte porque, a pesar de todos sus fallos, Mitrídates no era tonto. La próxima vez sería más complicado, morirían más romanos. Sin que nadie lo viera, encabezando la larga columna, Julio era finalmente capaz de disponer de un momento en el silencio de la marcha nocturna para analizar el éxito. A pesar de la alegría depravada de Suetonio, tenía razón. Había sido perfecto.

Al amanecer, casi todos los hombres estaban agotados. Julio, inexorablemente, les obligó a seguir adelante aunque se tambalearan, mediante una serie de órdenes y amenazas. Unas cuantas millas más los llevaron hasta una cordillera abrupta y boscosa que los ocultaría de la luz del día y les evitaría ser descubiertos. Dormirían y comerían allí, pero al oír los gemidos de los veteranos, con su voluntad de hierro alicaída después de la interminable marcha, supuso que deberían permanecer escondidos un tiempo más hasta recuperar fuerzas.

Al amanecer, Mitrídates envió su pequeña reserva de jinetes, repartida en grupos de veinte, con órdenes de regresar con información en el momento en que avistaran al enemigo. Su plan original de dismantelar el campamento entero para iniciar la

búsqueda le había llenado de preocupación. Tal vez era aquello lo que esperaban precisamente que hiciera, abandonar el refugio aparente del pequeño valle para desplazarse hacia las llanuras donde la legión oculta pudiera destrozarle. Deambulaba por la tienda con una frustración agonizante, maldiciendo su indecisión. ¿Debería replegarse a una ciudad? Todas eran romanas y defenderían sus murallas contra él hasta el último hombre. Pero ¿estaba a salvo en las llanuras? Sabía que cabía la posibilidad de que estuvieran acercándose más legiones desde el oeste para aplastar la rebelión y empezaba a sopesar la idea de licenciar a sus hombres, de enviarlos de regreso a sus granjas y valles. No, no podía hacerlo. Si buscaban rebeldes, los romanos podían muy bien capturarlos uno a uno y no habría ganado nada.

Apretó los dientes con la rabia y la impotencia que se habían apoderado de él desde que la noche anterior había visto los cadáveres de sus hombres. ¿Se habría permitido Alejandro quedarse atrapado entre legiones?

Dejó de pronto de deambular. No, Alejandro no lo habría hecho. Alejandro habría ido a combatirlos. Pero ¿en qué dirección? Si movilizaba su ejército hacia el este, podía verse sorprendido por los que llegaban de la costa. Si avanzaba hacia el oeste, hacia los puertos romanos, tendría a esos asesinos nocturnos acosándole por la retaguardia. Que los dioses le perdonaran: ¿qué habría hecho Sila? Si regresaban los exploradores sin noticias y no actuaba, los hombres empezarían a desertar, de eso estaba seguro.

Suspirando, se sirvió una tercera copa de vino a pesar de la sensación ácida que la bebida le provocaba en un estómago vacío que se rebelaba contra un castigo como aquel a horas tan tempranas del día. Ignoró el malestar, enojado, y depositó la copa de un golpe. En poco tiempo, tendría que decirles a sus hijos que habían costado vidas por no avanzar lo bastante rápido durante la noche.

Bebió más y más a medida que avanzaba el día y los exploradores regresaban con las monturas sudorosas y sin nada de que informar. Cuando cayó la noche, en todo el campamento solo Mitrídates, el rey, se había emborrachado hasta caer dormido.

Julio sabía que las estimaciones de la breve incursión nocturna iban a ser vagas o exageradas. Estaba en la naturaleza de los soldados alardear de éxitos mayores de los conseguidos. Incluso aceptando eso, pensaba que habían reducido las fuerzas de Mitrídates en una cifra de entre ochocientos y mil hombres, con tan solo once bajas propias. Hombres que no podrían ser enterrados bajo la mirada de los dioses romanos. No había habido tiempo para recoger los cuerpos, algo que seguía siendo una espina clavada para los veteranos, a quienes nunca les había gustado abandonar los suyos en manos de los enemigos.

Al alcanzar la seguridad que ofrecían los bosques en las colinas, los más jóvenes se habían liberado de la tensión de la noche y Julio les concedió permiso para

retirarse. Habían armado jaleo y lanzado vítores hasta quedar afónicos, mientras los veteranos los observaban sonrientes, más interesados en limpiar y engrasar su equipo que en la celebración.

Quertoro había enviado a cincuenta de sus mejores cazadores en busca de carne y a media mañana estaba lista la comida caliente, después de asar erizos, liebres y venados en pequeñas hogueras. El fuego suponía un riesgo, pero los árboles dispersarían el humo y Julio, consciente de que necesitaban el rejuvenecimiento y el calor que proporcionaba una comida caliente, insistió solo en que las hogueras se apagaran en cuanto estuviera cocinada la carne capturada por los cazadores.

Aquella tarde se hizo patente la diferencia que marca la edad. Los reclutas jóvenes se habían recuperado por completo, se movían enérgicamente por el campamento formando grupitos, charlando y riendo. Los veteranos permanecían tendidos como muertos, sin tan siquiera conciliar el sueño, de modo que se levantaron rígidos y doloridos. En su piel asomaban los moratones; aparecían en lugares donde la noche anterior no había rastro de ellos. Los más jóvenes minimizaban las heridas, pero no se burlaban del agarrotamiento de los veteranos. Habían sido testigos de sus habilidades, no de su edad.

Julio encontró a Cornix comiendo apaciblemente junto a una de las hogueras donde se cocinaba, disfrutando claramente del calor que recibían sus viejos huesos.

—Veo que has sobrevivido —dijo Julio, sinceramente complacido de que el anciano hubiese sobrevivido al caos del ataque. Seguía con el aparatoso vendaje en la rodilla, que reposaba estirada en el suelo para descansar.

Cornix le saludó con un gesto de bienvenida, sacudiendo vagamente un trozo de carne.

—No pudieron matarme, es cierto —confirmó, chupando la carne hasta secarla antes de presionarla contra la mejilla para ablandarla lo bastante como para poder masticarla—. Eran muchos, me di cuenta. —Sus ojos buscaron los de Julio; centraba todo su interés en el hombre más joven.

—Creemos que quedaron ocho o nueve mil —dijo Julio.

Cornix frunció el entrecejo.

—Necesitaríamos una eternidad para acabar con todos ellos —observó gravemente, mientras daba vueltas en la boca al pedazo de carne, rumiando.

Julio sonrió al anciano.

—Sí, claro. Los artesanos dedican tiempo a su trabajo —dijo.

Cornix movió la cabeza afirmativamente, y una sonrisa irrumpió en su cara arrugada muy a pesar suyo.

Julio dejó que siguiera comiendo para ir en busca de Gaditico. Pasearon juntos por el campamento, visitando todos los puestos de centinelas, dispuestos en grupos de tres para que siempre hubiera uno de ellos disponible para alertar de un posible

ataque.

Cada uno de los grupos que rodeaba la totalidad del campamento veía claramente el grupo más próximo. Se precisaban muchos hombres para ello, pero Julio había ordenado guardias cortas de solo dos horas, de modo que los cambios se produjeron rápidamente y la noche transcurrió sin que se produjera ninguna señal de alarma.

Al día siguiente, aprovechando la oscuridad temprana de la noche invernal, volvieron a atravesar los bosques y a atacar una vez más el campamento de Mitrídates.

## XXV

Antonido paseaba arriba y abajo de la estancia exuberantemente decorada, y tenía la piel enrojecida a causa de la rabia. La única persona presente también en la sala, tendida en un mullido diván de color morado, era la corpulenta figura del senador Catón. Los ojos que observaban a Antonido parecían pequeños, perdidos en la extensión carnosa de la cara sudorosa. Brillaban intrigados mientras seguían los pasos del antiguo general de Sila, resiguiendo el suelo de mármol de un lado a otro. Catón sonrió levemente al apreciar la tierra del camino que iba desprendiendo Antonido. Aquel hombre debería saber que, antes de solicitar una reunión, tendría que haberse aseado.

—No tengo noticias, senador. Ninguna —dijo Antonido.

Catón suspiró teatralmente, apoyándose con una mano regordeta en el brazo del diván para incorporarse. Los dedos que sujetaban la madera estaban resbaladizos y pegajosos por los restos dulces de la cena que Antonido había interrumpido. Catón los lamió distraídamente para limpiárselos mientras aguardaba que aquel irritable hombre recuperase la calma. «El perro de Sila» no había sido nunca una persona paciente, lo sabía. Incluso en vida del dictador, Antonido había conspirado y sobornado en busca de mayor autoridad y acción cuando no era necesario. Después del sórdido asesinato, Antonido había actuado de una manera escandalosa, excediéndose ampliamente en su autoridad relacionada con las labores de búsqueda de los asesinos. Cuando sus actividades fueron discutidas en el Senado, Catón se había visto obligado a retirarle su apoyo, o a verle derrocado por aquellos a quienes había ofendido. Incluso entonces se trataba de una protección frágil, y Catón se preguntaba si aquel general que caminaba de un lado a otro sabía lo cercano que estaba de la destrucción. Durante los meses anteriores, Antonido había ofendido prácticamente a todos los personajes influyentes de la ciudad, cuestionando incluso a los que estaban por encima de cualquier sospecha.

Catón se preguntaba cómo había sido capaz Sila de soportar la inexorable compañía de su general. El se había cansado pronto de la misma.

—¿Te has planteado la posibilidad de no encontrar a quien fuera que ordenara el asesinato? —preguntó.

Antonido se detuvo para hablar, dando media vuelta para quedar cara a cara con el senador.

—No fracasaré en esto. Me ha llevado más tiempo de lo que pensaba, pero alguien acabará hablando o se encontrará alguna prueba que señale al culpable con dedo acusador y entonces tendré a mi hombre.

Catón le observó con detalle, percatándose del resplandor maniaco de sus ojos. Peligrosamente obsesivo, pensó, y consideró apartarlo discretamente del servicio

antes de que provocara más problemas. Se habían llevado a cabo todos los esfuerzos públicos posibles y la ciudad seguiría adelante aunque Sila no fuera vengado, independientemente de que Antonido tuviera o no éxito en su empresa.

—Podría llevarte años, lo sabes —prosiguió Catón—. Podrías incluso morir sin encontrar al culpable. No resultaría tan extraño. Pienso que de existir algún delator o traidor, habría aparecido poco después de la muerte, pero ese dedo ensangrentado tuyo no apunta hacia nada y puede que nunca llegue a hacerlo. Puede que haya llegado el momento de abandonar la persecución, Antonido.

Los ojos negros lo taladraron, pero Catón permaneció indiferente. La obsesión de aquel hombre no le importaba en absoluto, por ello se había contentado con dejarlo deambular libremente por las casas de Roma durante una temporada. Sila estaba muerto y convertido en cenizas. Tal vez había llegado el momento de meterle en cintura.

Antonido pareció intuir los pensamientos en la expresión indiferente y aburrida con que Catón le devolvía la mirada.

—Dame un poco más de tiempo, senador —pidió, tras sustituir su aspecto irritado por una repentina cautela.

Tal vez, al fin y al cabo se daba cuenta de que Catón lo protegía de la rabia de los demás senadores, reflexionó el obeso hombre. Apartó la vista, como no tomándose el tema en serio, y Antonido habló apresuradamente.

—Estoy casi seguro de que el asesino obedecía las órdenes de uno de entre tres hombres. Cualquiera de ellos podía haberlo preparado y todos apoyaban a Mario antes de la guerra.

—¿Quiénes son esos hombres tan peligrosos? —preguntó con malicia Catón, aunque podía recitar de un tirón los nombres tan fácilmente como el general. Al fin y al cabo, los informadores venían a él antes que Antonido, tal y como debían hacer, teniendo como tenían los bolsillos llenos con el dinero de Catón.

—Pompeyo y Cinna son los más probables, creo. Quizá Cinna por encima de todo, pues Sila estaba... interesado en su hija. Y Craso, el último de ellos. Los tres tenían dinero e influencias suficientes como para comprar a un asesino y no eran amigos de Sila. O podrían haber actuado conjuntamente, Craso proporcionando el dinero y Pompeyo, los contactos, por ejemplo.

—Acabas de nombrar a hombres poderosos, Antonido. Confío en que no hayas mencionado tus sospechas a nadie más. Odiaría perderte —dijo Catón, en tono burlón.

Antonido pareció no darse cuenta de ello.

—Me reservo mis pensamientos solo para mí hasta que disponga de pruebas para acusarles. Todos ellos se han beneficiado de la muerte de Sila y en el Senado votan abiertamente contra quienes le apoyaban. Mi instinto me dice que fue uno de ellos, o

que fueron consultados. ¡Si pudiera interrogarlos para estar seguro! —Prácticamente apretaba los dientes de rabia y Catón tuvo que esperar a que la piel del general recuperara su color normal y los espasmos de rabia se desvanecieran.

—No te acerques a ellos, Antonido. Los tres están bien protegidos por la tradición del Senado y por sus guardias. Aun teniendo razón, podrían seguir esquivándote.

Lo dijo principalmente para ver si era posible provocar a Antonido hasta hacerle perder el control y se vio recompensado al ver las venas de la frente y el cuello de aquel hombre adquirir un tono morado. Catón se echó a reír y el general se recuperó de su enfado, desconcertado ante aquel repentino sonido. ¿Cómo había podido soportarlo Sila?, se preguntaba Catón. Aquel hombre era tan abierto como un niño e igual de fácil de manipular.

—La solución es sencilla, Antonido. Contratas a tus propios asesinos, cuidando de que no sepan quién eres. —En aquellos momentos había captado por completo su atención, se percató satisfecho. Catón notaba los inicios de un dolor de cabeza provocado por el vino y quería que aquel tipo rabioso se largara.

—Manda tus asesinos a sus familias, Antonido. Elige a una esposa amada, una hija, un hijo. Deja una marca para demostrar que fue hecho en memoria de Sila. Una de las flechas llegará a buen puerto y las demás... Bien, de todos modos, nunca fueron amigos míos. Saberlos vulnerables durante un tiempo tendrá sus ventajas. Luego deja que termine e imagina que Sila reposa en paz, como debería ser el caso de los buenos espíritus.

Sonrió mientras Antonido rumiaba la idea, y sus escuálidas facciones se iluminaron con el resplandor de la crueldad. Las arrugas de preocupación desaparecieron de la frente del general, donde habían estado presentes durante los meses transcurridos desde el envenenamiento. Catón hizo un gesto de asentimiento, consciente de que había llegado al fondo del hombre. Sus pensamientos volaron hacia la posibilidad de un tentempié frío antes de acostarse y apenas se percató de que Antonido desaparecía de la estancia con paso rápido y excitado.

Más tarde, mientras masticaba lentamente la comida, Catón suspiró irritado al ver que sus pensamientos se trasladaban a los problemas del idiota de su hijo y Renio. Recordaba haberlo visto luchar en la arena y se estremeció de placer imaginando el salvajismo controlado que había dejado incluso en silencio a la aullante muchedumbre de Roma. Un hombre que arriesgaba su vida a tan bajo precio no sería fácil de vencer. ¿Qué podía ofrecer por su hijo? El joven general Bruto estaba tremendamente endeudado. Tal vez el oro le persuadiera. El poder era algo muy voluble, y cuando el dinero y la influencia fallaban, como suponía que sucedería, necesitaría herramientas tan útiles como Antonido. Habría sido una vergüenza perderlo.



Alexandria se detuvo antes de llamar a la puerta de la casa que tan bien había conocido. Las cinco millas que la separaban de la ciudad habían sido un poco como un regreso al pasado. La última vez que había estado allí había sido como esclava y los recuerdos la inundaban. Azotada por Renio, besada por Cayo en los establos, trabajando hasta derrumbarse bajo el viento y la lluvia, matando a hombres con un cuchillo de cocina en la oscuridad bajo los muros al producirse los motines. Si Julio no la hubiera llevado con él a la ciudad, podría estar todavía trabajando allí, rota por el paso de los años.

Venían a su recuerdo antiguas caras y el tiempo transcurrido parecía haberse desvanecido, por lo que tuvo que reunir todo su coraje para levantar la mano y golpear la gruesa madera.

—¿Quién va? —gritó una voz desconocida, acompañada por unos pasos rápidos en dirección a la parte superior del muro que la separaba del interior. Desde arriba la miraba una cara desconocida para ella, que se mantenía conscientemente inexpresiva mientras el esclavo valoraba su aspecto y el del niño que llevaba de la mano. Levantó la cabeza desafiante ante aquel escrutinio, devolviendo la mirada con toda la confianza de la que podía hacer gala a pesar de que el corazón le latía aceleradamente.

—Alexandria. Vengo a ver a Tubruk. ¿Está aquí?

—Espere un momento, por favor, señora —respondió el esclavo, y desapareció.

Alexandria inspiró profundamente un instante. La había considerado una mujer libre. Enderezó aún más la espalda, se sentía más confiada. Resultaría duro enfrentarse a Tubruk y tenía que obligarse a mantener la calma mientras esperaba. Octaviano permanecía en silencio, enfadado todavía por la decisión que habían tomado por él.

Cuando Tubruk empujó la verja para abrirla y salió a saludarla, perdió prácticamente todo el ánimo, y le apretó la mano a Octaviano con tanta fuerza que le hizo gritar de dolor. El hombre no había cambiado en nada, seguía siendo el mismo mientras el resto del mundo se arrastraba ferozmente hacia delante. Su sonrisa era sinceramente amistosa y notó que su tensión se desvanecía ligeramente.

—Me han dicho que te van bien las cosas —dijo—. Puedo hacer que te traigan algo de comida si tienes hambre.

—Sed después de la caminata, Tubruk. Este es Octaviano.

Tubruk se agachó para observar al pequeño que permanecía detrás de Alexandria con semblante preocupado.

—Buenos días, muchacho. ¿Tienes hambre? —Octaviano asintió con la cabeza con movimientos convulsivos y Tubruk rió entre dientes—. Nunca he conocido a un chico que no tenga. Pasa, ordenaré que os traigan un refrigerio.

Tubruk se interrumpió un instante.

—Marco Bruto está aquí —dijo—, y Renio le acompaña.

Alexandria se quedó rígida. El nombre de Renio le traía amargos recuerdos. El de Bruto era también un nombre de su pasado olvidado; dulzura mezclada con dolor. Sujetó con fuerza la mano de Octaviano mientras cruzaban la cancela, más por bienestar suyo que por el de él.

Las sombras del patio le hicieron estremecerse. Había estado allí... apuñalando a un hombre que quería forzarla, y Susana había muerto junto a la puerta. Sacudió la cabeza y respiró hondo. Perderse en el pasado era muy fácil, sobre todo allí.

—¿Está la señora en casa? —preguntó.

La expresión de Tubruk cambió algo al responder; parecía mayor.

—Aurelia no se encuentra muy bien. No podrás verla si es eso lo que quieres.

—Lo siento por ella, pero era a ti a quien quería ver.

La condujo a una sala tranquila en la que apenas había entrado en su época de esclava. El suelo estaba caliente y la estancia era agradable y vivida. Tubruk los dejó para ir a preparar algo de comida y ella empezó a relajarse todavía más mientras esperaban solos. Octaviano se mostraba inquieto y enojado; arrastraba las sandalias sobre la alfombra hasta que Alexandria le obligó a parar apretándole con firmeza la rodilla.

Cuando Tubruk reapareció, lo hizo con una bandeja donde llevaba una jarra y tazones con trozos de fruta fresca. Octaviano se abalanzó complacido sobre ella y Tubruk sonrió ante el entusiasmo del niño mientras tomaba asiento y esperaba que Alexandria iniciase la conversación.

—Es de Octaviano de lo que quiero hablar contigo —dijo después de una pausa.

—¿Quieres que le pida a alguien que le enseñe los establos? —respondió enseguida Tubruk.

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabe lo que voy a decir.

Tubruk le preparó una copa de zumo de manzana frío y ella dio un trago mientras ponía en orden sus ideas.

—Soy copropietaria de un taller de orfebrería de la ciudad y tenemos a Octaviano como aprendiz. No pienso mentirte diciéndote que era la perfección. Durante los primeros tiempos era casi un salvaje, pero ahora es otro. —Se interrumpió al ver a Octaviano intentando llenarse la boca de pedazos de melón.

Tubruk se percató de la mirada y se levantó repentinamente.

—Ya tienes suficiente por ahora, muchacho. Vete a buscar los establos. Llévate un par de trozos de manzana para los caballos.

Octaviano miró a Alexandria y cuando ella realizó un movimiento afirmativo con la cabeza, sonrió y se hizo con un puñado de fruta, desapareciendo de la sala sin decir palabra. Sus pasos resonaron durante un momento y luego todo volvió a quedar en

silencio.

—No recuerda a su padre y cuando lo acogimos era un golfillo callejero. ¡Tendrías que ver lo que ha cambiado, Tubruk! El chico siente fascinación por todo lo que le enseña Tabbic. Es bueno para los trabajos manuales y creo que con el tiempo podría convertirse en un buen artesano.

—¿Y por qué me lo has traído, entonces? —interrumpió educadamente Tubruk.

—Llevamos casi un mes sin dejarlo salir a la calle. Tabbic tiene que acompañarle todas las noches a casa y luego regresar solo en plena oscuridad. Últimamente, las calles no son seguras ni tan siquiera para él, y a Octaviano le han apalizado de mala manera tres veces desde que estamos con él. La primera vez, le robaron un anillo de plata y creemos que andan buscándole por si lleva algo más encima. Hay una banda de chicos metida en todo esto. Tabbic se ha quejado a sus amos cuando sabe quiénes son, pero la tercera paliza llegó justo después de que lo hiciera. Están acabando con el muchacho, Tubruk. Tabbic le fabricó un cuchillo pero no quiere llevarlo encima. Dijo que le matarían con él si lo dejaba ver a la banda, y creo que probablemente tiene razón. —Respiró hondo para proseguir—. Su madre está desesperada y le he dicho que te preguntaría si podías acogerlo y enseñarle un oficio. Pensábamos que podrías tenerlo trabajando en la finca durante un año o dos y luego, cuando fuera mayor, devolverlo al taller para que pudiera continuar con su aprendizaje. —Notó que empezaba a balbucear y dejó de hablar. Tubruk se miraba las manos y ella prosiguió apresuradamente; no estaba dispuesta a dejarle hablar y negarse a su propuesta.

—Su familia está emparentada de lejos con Julio. Sus abuelos eran hermanos o algo así, o cuñados. Eres la única persona que conozco que puede alejarle de las bandas callejeras, Tubruk. Le salvará la vida. No te lo pediría si tuviese a alguien más, pero...

—Me quedaré con él —dijo al instante Tubruk. Alexandria pestañeó sorprendida y Tubruk rió entre dientes—. ¿Pensabas que no lo haría? Recuerdo cuando arriesgaste tu vida por esta casa. Podrías haber huido y ocultarte en los establos, pero no lo hiciste. Eso es bastante para mí. En una finca como esta siempre hay trabajo, aunque hayamos perdido algunas tierras desde la última vez que estuviste aquí. Se ganará el sustento, no te preocupes. ¿Lo dejarás aquí hoy mismo?

Alexandria tenía ganas de lanzarse a los brazos del viejo gladiador.

—Sí, si tú quieres. Sabía que podía contar contigo. Gracias. ¿Permitirás que lo visite su madre de vez en cuando?

—Tendré que preguntárselo a Aurelia, pero debería ser posible siempre y cuando no sea con excesiva frecuencia. Le contaré lo del parentesco familiar. Probablemente le gustará la idea.

Alexandria suspiró aliviada.

—Gracias —volvió a decir.

Ambos volvieron la cabeza al oír unos pasos rápidos procedentes del exterior. Apareció Octaviano corriendo, con la cara sofocada y llena de emoción.

—¡En los establos hay caballos! —anunció, forzando con ello la sonrisa de los dos.

—Hace mucho tiempo que no hay niños en este viejo lugar. Será bueno tenerle por aquí —dijo Tubruk.

Octaviano los miró a ambos, moviendo nervioso los pies.

—¿Me quedo, entonces? —dijo en voz baja.

Tubruk realizó un gesto de asentimiento.

—Te espera un montón de trabajo, muchacho.

El pequeño brincó satisfecho.

—¡Es todo muy bonito! —dijo.

—No había salido de la ciudad desde que era un bebé —dijo Alexandria, turbada. Cogió las manos de Octaviano entre las suyas y lo obligó a calmarse, con la expresión grave.

—Ahora haz lo que te digan. Tu madre vendrá a verte tan pronto como estés instalado. Trabaja mucho y aprende todo lo que puedas. ¿Comprendido?

Octaviano asintió con la cabeza, radiante de felicidad. Ella le soltó.

—Gracias, Tubruk. No puedo decirte lo mucho que esto significa para mí.

—Mira, muchacha —dijo con voz ronca—. Ahora eres una mujer libre. Has seguido el mismo camino que yo. Aunque no hubieras luchado en los disturbios, te habría ayudado de haber podido. Cuidamos el uno del otro ahora y entonces.

Ella le miró comprendiendo de repente. Durante la mayor parte de su juventud, había sido el administrador de la finca. Había olvidado que él sabía tanto de esclavitud como ella, que habían compartido un vínculo del que nunca se había percatado. Caminó a su lado hasta la puerta; la tensión se había desvanecido.

Bruto y Renio estaban allí, tirando de dos jóvenes yeguas y hablando por lo bajo. Bruto miró penetrantemente a Alexandria en cuanto se percató de su presencia. Sin decir palabra, entregó las riendas a Renio y se precipitó hacia ella, levantándola del suelo al abrazarla.

—Dioses, chica, han pasado años desde la última vez que te vi.

—Bájame —replicó furiosa, y Bruto casi la suelta de golpe al oír el tono gélido de su respuesta.

—¿Qué sucede? Pensé que te gustaría verme después de...

—No me tratarás como a una de tus esclavas —le espetó. Le ardían las mejillas. Una parte de ella anhelaba reírse ante su ataque repentino de dignidad, pero todo estaba sucediendo con excesiva rapidez. Muda de turbación, levantó la mano, desprovista del anillo de hierro que identificaba a los esclavos.

Bruto se rió de ella.

—No pretendía ofenderla, señora —dijo, con una reverencia.

Sintió la tentación de darle una patada, pero con Octaviano y Tubruk delante, se vio obligada a soportar su alegre burla. Insufrible, como había sido siempre. Le vino a la memoria el recuerdo de algo que Julio le había dicho y, cuando Bruto se incorporó, levantó la mano dispuesta a atizarle un bofetón en la cara.

Él inició un movimiento para sujetarle la muñeca, pero luego se lo pensó mejor y le permitió que le arreara el bofetón. La sonrisa no le desapareció de la cara en ningún momento.

—Por lo que quiera que fuese esto, espero que ya esté solucionado —dijo—. Yo...

—Julio me explicó lo que alardeaste de mí —le interrumpió. Todo aquello no tenía sentido. Lo que ella quería era sentarse y reír con aquel hombre, que parecía un joven lobo y que tan bien había conocido, pero todas sus expresiones y las palabras que pronunciaba parecían enfurecerla.

La cara de Bruto se despejó al comprenderlo todo de repente.

—¿Dijo que yo alardeé...? Oh, ese espabilado malnacido. No, nunca lo hice. Piensa por adelantado, ese Julio. Cuando le veamos, le contaré el modo en que ha salido a relucir el tema. Le encantará. ¡Un bofetón delante de Renio! Precioso.

Renio tosió para aclararse la garganta.

—Llevaré el caballo a los establos mientras acabáis con los juegos —murmuró, alejándose con las yeguas hacia la penumbra.

Alexandria frunció el entrecejo a sus espaldas, percatándose de la práctica con la que se había enrollado ambos pares de riendas alrededor de la muñeca. Nada de bienvenida por su parte.

Las lágrimas inundaron sus ojos sin previo aviso. Con la excepción de Octaviano, nada parecía haber cambiado desde la noche del ataque contra la finca. Estaban todos allí y ella era la única que parecía sentir los años que habían pasado.

Tubruk cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, observando la expresión fascinada de Octaviano.

—Cierra la boca, chico. Antes de que te acuestes tienes mucho trabajo que hacer. —Hizo un ademán hacia Alexandria—. Os dejaré a los dos solos mientras le explico a Octaviano sus quehaceres. —Sacudió la cabeza en dirección a Bruto y se llevó con él a Octaviano sujetándole la mano con firmeza.

Solos en el patio, mientras anochecía, Bruto y Alexandria empezaron a hablar simultáneamente, se interrumpieron y empezaron de nuevo a hablar.

—Lo siento —probó de nuevo Bruto.

—No, me he comportado como una tonta. Hacía tanto tiempo que no estaba aquí y con Tubruk y tú... y Renio, todo ha vuelto otra vez.

—Nunca le he dicho a Julio que nos habíamos acostado —prosiguió,

aproximándose a ella. Era muy bonita, pensó, una de esas mujeres que mejoran con la luz del crepúsculo. Tenía los ojos grandes y oscuros, y su forma de inclinar la cabeza le hizo pensar en besarla. Recordaba aquel beso antes de que Mario le entregara los documentos para el puesto en la legión de Grecia.

—Tubruk no mencionó que Julio estuviera aquí —dijo ella.

Sacudió la cabeza negativamente.

—Seguimos esperando noticias. Fue rescatado en África y ahora debería estar de regreso. Nada es como era, lo sabes. Tú eres una mujer libre. Yo he sido nombrado centurión y Renio ha perdido la habilidad para hacer malabarismos.

Rió como una niña de repente imaginándose la escena, y él aprovechó el momento para acercarse a ella una vez más. En esta ocasión, ella le devolvió el abrazo, aunque cuando intentó besarla, ella desvió ligeramente la cabeza.

—¿No puedo ni siquiera darte una bienvenida adecuada? —dijo él, asombrado.

—Eres un hombre terrible, Marco Bruto. No he estado sin hacer nada esperándote, ¿sabes? —respondió.

—Lo sé. Soy la mitad del hombre que era —replicó él, moviendo tristemente la cabeza de un lado a otro—. Quiero que me concedas tu permiso para verte, y si no lo obtengo, puede que me consuma por completo.

Suspiró como un fuelle roto y estallaron juntos en carcajadas, tranquilamente, sin turbación alguna.

Antes de que ella pudiera responderle, se oyó un grito procedente del vigilante de la puerta que hizo saltar a Alexandria.

—Jinetes y un carruaje aproximándose —gritó el esclavo.

—¿Cuántos? —respondió Bruto, alejándose de ella. Con todo indicio de flirteo desvanecido, Alexandria prefería su nuevo aspecto al anterior.

—Tres hombres a caballo... un carruaje tirado por bueyes. Los hombres van armados.

—¡Tubruk! ¡Renio! La Primigenia a la puerta —ordenó Bruto. Los soldados aparecieron procedentes de los edificios de los establos, una hilera de veinte hombres vestidos con armadura que dejó boquiabierto a Alexandria.

—Así que la antigua legión de Mario está ahora contigo —dijo ella, con perplejidad.

Bruto la miró de reojo.

—Los que sobrevivieron. Julio necesitará un general a su regreso —dijo—. Mejor es que no te acerques a la puerta hasta que sepamos de qué va todo esto, ¿de acuerdo?

Después de que ella asintiera, se alejó y, sin su presencia, se sintió repentinamente sola. Volvían a ella recuerdos de sangre y se estremeció delicadamente, trasladándose hacia la luz de los edificios.

Tubruk salió de los establos con Octaviano a su lado, completamente olvidado.

Dejando que el niño deambulara por el patio adoquinado, el administrador de la finca ascendió por los peldaños de la puerta y observó el estrépito provocado por la llegada de los soldados.

—Muy tarde para venir de visita, ¿no? —gritó desde arriba—. ¿Qué os trae por aquí?

—Venimos de parte de Catón para ver a Marco Bruto y al gladiador Renio —rugió una voz profunda a modo de respuesta.

Tubruk miró hacia abajo, asintiendo satisfecho al ver que sus arqueros habían tomado posiciones alrededor del patio. Estaban bien entrenados y cualquiera que intentara asaltar la casa sería aniquilado en cuestión de segundos. Bruto había dispuesto sus soldados formando un anillo defensivo mientras Tubruk le hacía un ademán para que abriese la puerta.

—Si valoráis vuestra vida y vuestra salud, avanzad despacio a partir de ahora —alertó a los hombres de Catón.

Se abrió la puerta y se cerró rápidamente en cuanto hicieron su entrada el carruaje y los jinetes. Los jinetes, apuntados por los arcos, desmontaron despacio, demostrando su tensión. Renio y Bruto se aproximaron a ellos y el cabecilla asintió con la cabeza al reconocer al gladiador manco.

—Mi señor, Catón, cree que se ha cometido un error. Su hijo ha prestado erróneamente juramento a la Primigenia cuando en realidad estaba ya comprometido con otra legión. Mi señor comprende que en el Campo de Marte pudiera dejarse arrastrar por un arrebato de entusiasmo juvenil, pero lamenta que no pueda servirlos. El carruaje está lleno de oro para compensar la pérdida.

Bruto rodeó los sudorosos bueyes y retiró la cubierta del carruaje, revelando debajo dos voluminosos cofres. Abrió uno de ellos y silbó por lo bajo al ver las monedas de oro que contenía en su interior.

—Tu señor otorga un gran valor a lo que su hijo supone para la Primigenia —dijo.

El soldado observó impasible la tremenda riqueza que acababa de quedar al descubierto.

—La sangre de Catón no tiene precio. Es solo un símbolo. ¿Está aquí Germinio?

—Sabes que sí —respondió Bruto, apartando sus ojos del oro. Desaparecería rápidamente a causa de lo que le debía a Craso, pero, no obstante, era una cantidad muy grande para ser despreciada. Miró a Renio, quien se encogió de hombros, consciente de que la decisión le correspondía a Bruto. Sería muy sencillo abrir la puerta de la habitación de Germinio y entregárselo. Roma apreciaría la belleza de un gesto como aquel y Bruto sería conocido como un regateador astuto por haber colocado a Catón en esa situación. Suspiró. Los legionarios no eran propiedad de sus comandantes, para ser comprados y vendidos.

—Llévatelo —dijo, lanzando una última y melancólica mirada al oro—. Da las gracias a tu señor por el gesto y dile que su hijo será bien tratado. Aquí no debería haber enemigos, pero Germinio prestó juramento y se trata de algo que únicamente la muerte puede romper.

El soldado inclinó rígidamente la cabeza.

—Transmitiré el mensaje, pero mi señor se disgustará al ver que no encuentras manera de terminar con este desgraciado error. Buenas noches, caballeros.

Las puertas volvieron a abrirse y la pequeña partida de guardias se dirigió hacia la oscuridad sin mediar más palabra. Las reses mugieron quejumbrosas cuando el conductor las atizó y las aguijó para que dieran la espalda a la casa.

—Me habría quedado con el oro —dijo Renio en cuanto se cerraron las puertas.

—No, no lo habrías hecho, viejo amigo. Y tampoco he podido hacerlo yo —replicó Bruto. En silencio, se preguntó qué haría Catón cuando se enterara.

Pompeyo gritó el nombre de sus hijas al entrar en su casa, situada en la colina Aventina. El aroma de pan caliente inundaba el ambiente y respiró hondo, apreciándolo, mientras paseaba por los jardines en su búsqueda. Estaba agotado después de una larga jornada de informes sobre la ofensiva contra Mitrídates. De no ser tan desesperadamente importante, la situación habría sido casi grotesca. Después de semanas de debate, el Senado había permitido finalmente que dos generales comandaran sus legiones hacia Grecia. Según el parecer de Pompeyo, habían elegido los hombres menos capaces y menos ambiciosos bajo el mando del Senado. El razonamiento era evidente, y esos cautos generales habían avanzado lentamente en tierra firme, no dispuestos a correr ni el más mínimo riesgo. Con tremendo cuidado, habían rodeado pequeños poblados, los habían asediado en caso de necesidad, y habían seguido adelante. Todo aquello le provocaba náuseas a Pompeyo.

Él había querido comandar personalmente una legión, pero los partidarios de Sila montaron en cólera instantáneamente ante ese deseo y votaron en bloque contra el nombramiento en cuanto su nombre apareció en las listas. En opinión de Pompeyo, la lucha para proteger sus carreras profesionales a expensas de la ciudad era una exhibición obscena, y, aun así, se había visto obligado a seguirles. Sabía que si formaba personalmente un ejército de «voluntarios», con la subvención económica de Craso, le declararían enemigo de la República antes de que pudiera subir a bordo de los barcos. La frustración aumentaba a diario, pues los informes revelaban una ausencia casi completa de logros. Ni tan siquiera habían dado todavía con el ejército principal.

Se frotó el puente de la nariz para aliviar un poco la presión que sentía. Como mínimo, en los jardines el ambiente era frío, aunque ni las brisas eran capaces de calmar su mal talante. ¡Tener la cuerda del Senado sujeta por unos perros como esos!



Pequeños terrier sin imaginación ni sentido de la gloria. Tenderos, y Roma gobernada por ellos.

Pompeyo caminó lentamente por los jardines, con las manos cruzadas a su espalda, perdido en sus pensamientos. Gradualmente, notó que la tensión de la jornada iba desapareciendo. Llevaba años con la costumbre de separar su jornada laboral de la vida hogareña mediante un breve paseo por sus tranquilos jardines. Tras relajarse de este modo, podía reunirse con la familia para la cena y reír y jugar con sus hijas, olvidando el miserable Senado hasta el nuevo amanecer.

Casi pasa por alto el cuerpo de su hija menor, tendida boca abajo entre los arbustos cercanos al muro exterior. Cuando su mirada se desplazó hacia aquella dirección, sonrió al reconocerla, esperando que se levantara de un salto y corriera a abrazarlo. A ella le encantaba sorprenderlo al llegar a casa, desternillarse de risa viéndolo saltar conmocionado.

Vio sangre en el vestido, oscuras manchas marrones, y su sonrisa fue desapareciendo lentamente, marchitándose en un dolor que no podía ya ni empezar a resistir.

—¿Laura? Vamos, niña, levántate ya.

Tenía la piel blanquísima y vio un corte de carnicero en el lugar donde el cuello se encontraba con la tela estampada del vestido infantil.

—Vamos, cariño, levántate —musitó.

Se acercó a ella y se sentó sobre las hojas húmedas, junto a sus pequeños miembros.

Permaneció largo tiempo acariciándole el cabello, mientras se ponía el sol y las sombras caían lentamente sobre ellos. Sabía de algún modo que debería pedir auxilio, gritar, llorar, pero no quería abandonarla, ni por el tiempo que le llevaría ir en busca de su esposa. Recordaba haberla llevado montada sobre sus hombros en verano y la forma en que ella copiaba todo lo que él decía con su clara y potente voz. Había permanecido a su lado durante las fiebres provocadas por la salida de los dientes, cuando estaba enferma, y ahora estaba con ella por última vez, murmurándole delicadamente, tirando del cuello del vestido para ocultar una herida roja como unos labios, el único color que en ella quedaba.

Al cabo de un rato, se incorporó y se encaminó rígidamente hacia la casa. Pasó el tiempo y una mujer gritó llena de dolor.

## XXVI

Mitrídates observaba las nieblas del amanecer, preguntándose si llegaría otro ataque. Se cubrió los hombros con su grueso manto y se estremeció, diciéndose que era solo debido al frío matutino. Resultaba complicado no caer en la desesperación.

Los ataques nocturnos habían aumentado en osadía y prácticamente ya nadie dormía con tranquilidad en el campamento. Todos los días al atardecer, decidían por suertes los centinelas, y los elegidos se miraban entre ellos con ojos enrojecidos y se encogían de hombros, esperando ya la muerte. Y cuando no llegaba, regresaban a la protección del campamento principal con una confianza recuperada que duraría hasta que, cuando se pasase de nuevo el cubilete, volvieran a extraer de él la ficha equivocada.

Normalmente no regresaban. Todos los días al amanecer, cuando pasaban lista, faltaban centenares de centinelas. Mitrídates estaba seguro de que más de la mitad de ellos desertaba, aunque parecía como si el campamento estuviera rodeado por un enemigo invisible capaz de elegir y escoger a su antojo las víctimas. Algunos de los centinelas aparecían con heridas de flecha, y las lengüetas eran cuidadosamente arrancadas de su carne para volver a ser utilizadas. El número de hombres que hicieran juntos guardia, o el lugar donde se situaran, parecía carecer de importancia, y todos los días regresaban al campamento menos hombres.

El rey miraba ferozmente la húmeda neblina que parecía obstruir sus pulmones con el frío invernal. Algunos de sus hombres creían ser atacados por fantasmas de antiguas batallas y difundían historias de ancianos guerreros de barba blanca vistos de refilón un instante antes de desaparecer, en silencio. Siempre en silencio.

Mitrídates desfilaba entre las filas de sus hombres. Tan exhaustos como su rey, seguían manteniendo sus armas a punto y permanecían alerta a la espera de que se levantara la niebla. Intentaba sonreírles y levantarles la moral, pero era difícil. La impotencia de ver vidas cercenadas semana tras semana había mermado los ánimos de muchos de sus hombres. Se estremeció de nuevo y maldijo la niebla blanca que parecía prolongarse eternamente sobre las tiendas mientras el resto del mundo despertaba. A veces pensaba que de encontrar un caballo y poder alejarse cabalgando en él, saldría a la luz del sol y, al mirar atrás, no vería más que el valle cubierto por un sudario.

Entre las tiendas había un cadáver que nadie había tocado. El rey se detuvo y lo miró, rabioso y avergonzado de que el joven guerrero no hubiera sido enterrado. Aquello, más aún que las miradas apáticas de sus hombres, le decía hasta qué punto habían llegado las cosas desde que delimitaran con estacas las colinas y brindaran por el éxito y la destrucción de Roma. Cómo odiaba ese nombre.

Quizá debería haberse retirado con su ejército, pero siempre le asaltaba el

lacerante pensamiento de que lo que el enemigo esperaba por encima de todo era que se trasladaran hacia las llanuras. En algún lugar, invisible para sus exploradores, había una legión de hombres con un comandante que no se parecía en nada a cualquiera que Mitrídates hubiera conocido. Parecía dispuesto a hacerlos pedazos. Las lluvias de flechas caían inesperadamente sobre los cuerpos de cualquiera que llevara un casco de oficial o portara un estandarte. Había llegado un punto en el que los hombres se negaban a portar las banderas y soportaban los azotes de castigo antes que aceptar la invitación a una muerte que consideraban inevitable.

Resultaba terrible ver cómo caía la moral desde tales alturas. Había ordenado a los grupos de centinelas que mataran a cualquier hombre que intentara desertar, pero la noche anterior habían desaparecido todavía más, y seguía sin saber si habían muerto o habían huido. A veces, lo único que encontraban era la coraza abandonada, como si quisieran deshacerse del metal junto con el honor, aunque de vez en cuando las corazas aparecían salpicadas de sangre.

Mitrídates, el rey, se restregó con fuerza su agotada cara, recobrando con ello el color de las mejillas. No recordaba la última vez que había dormido, y ya no se permitía borracheras ante la posibilidad de recibir un ataque en cualquier momento de la noche. Eran como fantasmas, pensó desanimado. Espíritus mortales, rápidos de movimientos, que dejaban a su paso carne blanca derrumbada sobre la hierba.

Sus hijos habían preparado unidades de refuerzo, de modo que siempre hubiera combatientes de refresco, pero tampoco había funcionado. Mitrídates se preguntaba si sus hombres estaban rezagándose, no dispuestos a ser los primeros en llegar al enemigo y morir. Cuando los romanos se esfumaban, los refuerzos llegaban con un gran estruendo y haciendo sonar escudos y espadas, formaban círculos en torno a los heridos y proferían insultos a la noche, pero todo parecía como una especie de rencor inútil, el bofetón o la burla final de un cobarde cuando se siente a salvo.

La niebla empezaba a disiparse y Mitrídates se pellizcó las mejillas con sus fuertes pulgares para evitar el frío. Pronto recibiría el informe del número de centinelas desaparecidos durante la noche y esperaba que fuera una de esas veces en las que todos los hombres regresaban aturdidos por su buena suerte, tambaleándose en busca de consuelo después de horas de tensión y miedo. Noches muy excepcionales en aquel momento.

En una ocasión, había intentado tenderle una emboscada al enemigo apostando un grupo de un centenar de hombres junto a dos de los puestos de vigilancia. Al día siguiente, encontraron muertos desde hacía tiempo y completamente fríos a todos y cada uno de ellos. Después de eso, no lo había vuelto a intentar. Fantasmas.

Se levantó la brisa y se cernió aún más el manto. La neblina se arremolinó y se levantó en cuestión de minutos, revelando tras ella la oscura llanura. Mitrídates se quedó helado de miedo al ver las filas de soldados que esperaban en silencio.

Legionarios en perfecta formación, con sus corazas reluciendo dolorosamente como un vaho de plata. Dos cohortes. Mil hombres. A quinientos metros de distancia, esperándole.

Sentía el corazón latiendo dolorosamente bajo la potente musculatura de su pecho, cosa que le provocó un mareo. Oyó entonces el grito de sus oficiales supervivientes que atravesaba el campamento, ordenando a los hombres que se levantaran y ocuparan sus puestos. El pánico, entonces, se apoderó de él. Mil hombres a un lado. ¿Dónde estaba el resto?

—¡Enviad a los exploradores! —vociferó.

Montaron volando a lomos de los caballos y galoparon entre las líneas del campamento.

—¡Arqueros a mí! —continuó, y la orden pasó entre las filas.

Centenares de arqueros empezaron a convergir hacia la figura cubierta por el manto. Reunió todos los oficiales a su lado.

—Será un ardid, un truco. Quiero que protegáis este lado del campamento. Enviad todas las flechas que tengáis para mantenerlos alejados. Matadlos a todos si es posible. Yo guardaré la cabeza, desde donde debe llegar el ataque principal. Agotad todas las flechas sin escatimarlas. No deben alcanzarnos por detrás mientras los otros nos atacan. Sería funesto para la moral.

Los oficiales asintieron y saludaron, templando los arcos expertamente mientras los preparaban. Sus caras mostraban los primeros indicios de la excitación, la alegría de la fuerza que proporciona enviar la muerte en forma de enjambres punzantes mientras tus hombres permanecen a salvo.

Mitrídates dejó a sus unidades formándose y tomó su caballo del mozo de cuadras que lo sujetaba, avanzando a medio galope por el campamento hacia la cabeza. La desesperación había desaparecido y se enderezó en su silla al ver a su alrededor a todos sus hombres preparándose. Era de día, y de día era posible incluso matar fantasmas.

Julio se encontraba situado en el flanco derecho de los veteranos, encabezando la cohorte Ventulus. Junto a él formaban tres filas de ciento sesenta hombres; seis centurias de ochenta, con los veteranos en la primera y la tercera y los combatientes más débiles en la segunda fila, donde no pudieran titubear ni huir. Con Gaditico y los hombres de la *Accipiter*, cubrían prácticamente una milla de terreno, silenciosos e inmóviles. No quedaban más juegos a los que jugar. Todos los componentes de los Lobos sabían que podían estar muertos antes de que el sol alcanzase su cénit, pero permanecían firmes sin miedo. Habían recitado todas sus plegarias y lo único que quedaba por hacer era matar.

El frío era tremendo y algunos de los hombres temblaban a la espera de que se

levantara la niebla. Nadie hablaba y ninguno de los recientemente nombrados *optios* tuvo la necesidad de golpear con la vara a alguno de los más jóvenes para hacerlos callar. Todos parecieron sentir el momento en el que finalmente la niebla pasó a convertirse en una refrescante brisa. Levantaron la cabeza casi como el perro que capta un olor, conscientes del efecto que provocaría verlos en perfecta formación.

Algunos de los veteranos hubieran preferido entrar a la carga mientras la niebla matutina era todavía espesa, pero Julio les explicó que deseaba que el enemigo conociera el miedo antes del ataque final y acataron sus órdenes sin cuestionarlas. Después de tres semanas de ataques destructivos sobre el campamento, miraban al joven comandante que marchaba a su lado con algo parecido a un temor reverencial. Parecía capaz de adivinar todos los movimientos de Mitrídates y de contraatacarlos brutalmente. Si Julio decía que era el momento para un último golpe a campo abierto contra los griegos, le seguirían hacia donde él fuese, sin rechistar.

Julio inspeccionó las filas de tiendas con curiosidad, saboreando el momento. Se preguntaba cuál de aquellas figuras huidizas sería el rey; no estaba seguro de ello. Cuando la luz del sol bañó el valle, le asaltaron las dudas por un instante. Incluso con las pérdidas y las deserciones a centenares que se habían producido en el transcurso de las últimas noches, se trataba todavía de una multitud que hacía que, en comparación, sus fuerzas resultaran pequeñas. Enseñó los dientes imaginándose, dejando las dudas a un lado y consciente de que conocía sus cifras. Muchas de aquellas tiendas estaban vacías.

Cada día de espera había sido para Julio una agonía de indecisión. Los desertores capturados explicaban historias de moral por los suelos y escasa organización. Lo sabía todo sobre sus oficiales, su equipamiento y su sed de batalla. Al principio, se sentía satisfecho con la idea de los ataques nocturnos y de romper en pedazos al ejército hasta que Mitrídates perdiera los nervios y huyera directamente hacia las legiones que llegaban por la costa. Pero habían pasado semanas sin señal alguna de que los griegos se dispusieran a levantar el campamento y sin que aparecieran en el horizonte los refuerzos romanos.

Hacia principios de la tercera semana, Julio empezaba a enfrentarse a la posibilidad de que las legiones no llegaran antes de que Mitrídates despertara de su letargo defensivo y se pusiera a pensar como un verdadero comandante. Aquella misma noche, con los centinelas griegos desertando a docenas y pasando a escasos metros de sus hombres sin ser conscientes de ello, Julio empezó a hacer planes para llevar a cabo un ataque en toda regla.

En aquellos momentos, el grueso del ejército griego estaba formándose en bloques anchos de diez hombres de profundidad, y Julio asintió sonriente con la cabeza al recordar las lecciones de su viejo tutor. No serían capaces de reunir las espadas suficientes como para cubrir todo el ancho de su propia línea, pero las diez

filas evitarían una desbandada cuando el enemigo que había estado matándoles eternamente en la oscuridad se enfrentara a ellos por fin en la llanura. Tragó saliva mientras escudriñaba el terreno, esperando el momento perfecto para dar la orden. Vio a un hombre alto montando un caballo a horcajadas al galope y, luego, a cientos de arqueros formando unidades. Ennegrecerían el cielo con sus flechas.

—Un millar de hombres —susurró para sus adentros. Sus hombres disponían ahora de escudos, muchos de ellos robados a los griegos que habían venido matando noche tras noche. Incluso así, cualquier vuelo que acabase con éxito terminaría con unos cuantos, aun sujetando sus escudos y refugiándose bajo ellos.

—Toca el avance... ¡rápido! —gritó al cornetero, que levantó un cuerno que había pasado por muchas batallas e hizo sonar la doble nota. Las dos cohortes avanzaron como una sola, haciendo temblar al unísono la tierra griega. Julio miró a derecha e izquierda y sonrió ferozmente al ver a los veteranos avanzar perfectamente alineados, casi sin darse cuenta de ello. Nadie se rezagaba. Los ancianos ansiaban el tipo de ataque que comprendían casi tan bien como Julio y su impaciencia se veía por fin recompensada.

Al principio, se cerraron lentamente. Julio esperó que los arqueros dispararan y se quedó prácticamente paralizado cuando miles de largas flechas negras zumbaron en el aire hacia él. La intención era buena, pero los veteranos se habían enfrentado a arqueros por todos los territorios romanos. Se movían sin prisa, agachándose y escondiendo sus miembros; el escudo de cada hombre rozaba el del compañero que tenía a su lado. Formaban una pared impenetrable y las flechas rebotaban inútilmente en la madera laminada y el acero.

Se produjo un momento de silencio, y entonces los veteranos se levantaron todos a una, gritando como salvajes. Los escudos parecían erizos con las flechas desperdiciadas, pero no habían perdido a un solo hombre. Avanzaron veinte veloces pasos y entonces el ambiente se llenó de nuevo de zumbidos y volvieron a agazaparse bajo los escudos. En algún lugar, un romano gritó de dolor, pero siguieron avanzando de este modo tres veces más, dejando únicamente tras ellos unos pocos cuerpos pálidos.

Estaban lo bastante cerca como para cargar. Julio dio la orden y sonó la triple nota por las filas. Los Lobos echaron rápidamente a correr y se encontraron de pronto a escasos centenares de pies de los arqueros mientras les sobrevolaba la nube negra.

Los arqueros griegos habían mantenido su posición demasiado tiempo, desesperados por matar a quienes tanto daño les habían hecho. Su frente intentaba alejarse de los romanos que cargaban contra ellos, pero lo hacían sin orden y los Lobos rugieron ante su confusión, convirtiéndola en terror mientras luchaban por huir.

Julio se sintió exultante cuando la línea romana los atravesó, abriéndose camino

entre las formaciones enemigas con habilidad sangrienta. Transcurridos escasos segundos, las filas de los griegos se disolvieron en un caos de gritos. Julio ordenó a la *Accipiter* que les presionara y Gaditico trasladó a sus hombres ligeramente hacia la izquierda para ampliar el ángulo de la desbandada.

El pánico se extendía como un vendaval entre las filas griegas. Con sus hombres bramando aterrorizados, huyendo a toda velocidad del frente, y el aire inundado por los gritos de los moribundos, empezaban a alejarse de la línea de los Lobos, abandonando sus unidades y arrojando sus armas mientras los oficiales les gritaban inútilmente.

Empezaban a correr cada vez más hombres hasta que, de repente, había tantos huyendo que incluso los más valientes dieron media vuelta para unirse al tropel.

Los Lobos aprovecharon para atacar con ímpetu, los veteranos rompiendo las filas del enemigo con toda la habilidad y la experiencia acumuladas en centenares de batallas y los más jóvenes con la energía en bruto y la alegría de la cacería que hacía estremecer sus manos y enfurecer su mirada mientras partían en dos a los griegos, dejando miembros ensangrentados y sembrando el terror a su paso.

El enemigo huía en todas direcciones. Por dos veces, los oficiales intentaron reorganizarlos y Julio se vio obligado a ayudar a la *Accipiter* a romper la mayor concentración de hombres. El puñado de soldados atemorizados se mantuvo unido durante menos de un minuto para luego volver a deshacerse.

El campamento se convirtió en una carnicería de cuerpos pisoteados y material destrozado y los veteranos empezaron a cansarse, con los brazos doloridos después de centenares de golpes.

Julio ordenó a la *Ventulus* la formación en sierra, en la que el rango intermedio se movía a derecha e izquierda contra los demás para cubrir los huecos y defender los lugares más débiles. Su cohorte barría el campamento y parecían haber estado matando toda la vida.

Gaditico había avanzado más y fueron sus hombres quienes se abalanzaron sobre Mitrídates y sus hijos, rodeados por prácticamente un millar de hombres. Parecían actuar a modo de ancla sobre los desertores que huían a su alrededor, disminuyendo la velocidad de su impetuosa huida y obligándolos a volver para unirse a los que seguían en combate. Julio ordenó a la cuña romper filas y sus hombres se quitaron de encima el agotamiento una última vez. Julio se colocó personalmente en la segunda fila, detrás de Cornix, que iba a la cabeza. Tenían que acabar rápidamente con la última posición. Aquellos hombres no habían corrido y permanecían bajo la mirada de su rey, frescos y a la espera.

Los integrantes de la *Ventulus* formaron la cuña como si llevaran toda la vida combatiendo juntos. Aparecieron los escudos para proteger los extremos de la punta de flecha y se estrellaron contra las líneas griegas, enviándolos hacia atrás,

tambaleándose los unos contra los otros. Solo el hombre que iba en cabeza restaba sin protección y Cornix cayó bajo la primera oleada de golpes. Se incorporó cubierto de sangre, sujetándose el abdomen con una mano mientras con la otra golpeaba una y otra vez hasta volver a caer, esta vez para ya no levantarse más. Julio tomó la posición puntal, y el gigante Ciro se incorporó a su lado.

Julio veía a Mitrídates moviéndose entre sus hombres en dirección a los romanos, con una expresión maniaca en su rostro. Julio sentía, más que veía, que la arremetida delantera empezaba a flaquear, y podría haberse alegrado de que el rey apartara a sus propios hombres para llegar personalmente hasta ellos. Sabía que el rey griego podía haberse quedado rezagado y los romanos no le habrían alcanzado. Pero Mitrídates estaba vociferando órdenes y los más próximos a él se echaban atrás para permitirle que matara.

Era un hombre enorme, envuelto en un espléndido manto morado. No realizó ningún intento para defenderse; en cambio, lo que hizo fue hacer descender su espada desde la altura de su cabeza con una fuerza terrible. Julio la esquivó y su golpe de respuesta fue bloqueado por un sonido metálico que le dejó el brazo entumecido. Era un hombre fuerte y rápido. Alrededor de ellos cayeron más griegos después de que los veteranos bramaran una vez más y avanzaran, obligando a los guardias a retroceder y acabando con ellos con diversas series de golpes. Mitrídates parecía no darse cuenta de que la línea presionaba más allá de donde él se encontraba y gritó al levantar de nuevo la espada en redondo y realizar un atroz barrido sobre el pecho de Julio que envió al joven tambaleándose hacia atrás, con la coraza mellada en una línea. Ambos hombres respiraban con dificultad, agotados y furibundos. Julio supuso que acababa de romperse una costilla, pero se dio cuenta de que tenía a Mitrídates muy por detrás de la primera fila y sabía que con solo gritar una orden el rey caería destrozado por todos lados.

Con su rey solo y formados en orden de batalla, sus guardias luchaban desesperadamente por llegar hasta él. Los veteranos estaban cansados y caían solos, les fallaban las fuerzas. Mitrídates parecía intuirlo.

—¡A mí, hijos míos! —gritó—. ¡Venid a mí! —Y sus esfuerzos se doblaron en un arrebató.

Julio se agachó hacia un lado para esquivar un golpe y entonces insertó su espada velozmente, atravesando el hombro con el filo dentado. Mitrídates tropezó cuando Ciro le apuñaló en el pecho, arremetiendo contra él con una explosión de fuerza. La sangre del rey empezó a brotar y la espada cayó de su mano. Sus ojos se cruzaron por un instante con los de Julio, y luego resbaló sobre el amasijo de barro y cadáveres. Julio levantó una espada teñida de sangre en señal de triunfo y la *Accipiter* atacó el flanco griego, destrozándolo por completo y enviando a sus componentes con el resto de sus hermanos.



No disponían de aceite para incinerar los cuerpos, de modo que Julio ordenó que se cavaran grandes fosas en la parte trasera del campamento. Tardaron una semana en conseguir que fueran lo bastante profundas como para albergar a todos los muertos de Mitrídates. Julio había prohibido las celebraciones con tantos miembros del ejército derrotado aún con vida. La ironía de tener que establecer un perímetro de vigilancia armada en el mismo campamento que había atacado durante tanto tiempo no le pasaba desapercibida, pero sabía que, con la muerte de aquel carismático rey, había pocas probabilidades de que los supervivientes se reunieran para emprender otro ataque. Esperaba que su moral se hubiese esfumado pero, aunque los hijos de Mitrídates habían resultado finalmente muertos, Gaditico creía que habían huido más de cuatro mil hombres y Julio quería salir del valle tan pronto como el último de sus heridos se hubiese recuperado o muriera.

Al ataque contra el campamento habían sobrevivido menos de quinientos Lobos; la mayoría de las bajas se había producido en la última batalla alrededor del rey griego. Julio los había enterrado por separado y nadie se había quejado por el trabajo. Les ofrecieron un funeral completo que se prolongó durante casi una jornada y las antorchas funerarias despidieron un hediondo humo negro que parecía adecuado para su sacrificio.

Con todos los muertos enterrados y el campamento limpio de restos, Julio convocó a sus oficiales. De entre los veteranos, eligió a los diez centuriones más experimentados para representar su voz y le entristeció que Cornix no hubiera sobrevivido a la lucha para unirse a ellos, aunque sabía que el anciano había elegido sin pesar su modo de morir. Quertoro llegó con los demás y fue solo al tomar asiento cuando Julio se percató de la presencia de Suetonio, a pesar de carecer de un puesto de mando. El brazo del joven estaba gravemente herido en el lugar donde había recibido un corte, y este hecho evitó que Julio lo despidiera de la reunión. Se había ganado su lugar, quizás, aunque Julio se preguntaba si lo habría disfrutado la mitad de lo que parecía deleitarse con los ataques nocturnos.

—Quiero trasladarme hacia la costa con el objetivo de unirnos a Duro y Prax. Tiene que haber una legión en algún lugar entre donde nos encontramos y el mar, a menos que el Senado haya perdido la cabeza por completo. Les entregaremos el cuerpo de Mitrídates y partiremos por mar hacia casa. Ya nada nos retiene aquí.

—¿Licenciarás a las tropas? —preguntó Quertoro.

Julio lo miró y sonrió.

—Lo haré, pero en la costa. Hay demasiados supervivientes del ejército griego como para licenciar ahora a los nuestros. Además de esto, algunos de los hombres que llevé a tu ciudad murieron en la lucha y tengo oro que compartir entre los supervivientes. Creo que lo justo sería dar participaciones a todos los supervivientes.

—¿Obtendrás las participaciones a partir de tu mitad, entonces? —dijo rápidamente Suetonio.

—No, no lo haré. Todos los rescates se devolverán a quien corresponda, como prometí. Lo que quede de la mitad será compartido entre los Lobos. Si no te gusta, te sugiero que se lo cuentes. Diles que no se merecen volver con un poco de oro a sus ciudades y pueblos a cambio de lo que han hecho aquí.

Suetonio se apaciguó con cara malhumorada y los veteranos le observaron con interés. El no les devolvió la mirada.

—¿De cuánto oro estamos hablando? —preguntó interesado Quertoro.

Julio se encogió de hombros.

—Veinte, tal vez treinta áureos por hombre. Tendré que negociarlo cuando nos encontremos con Duro.

—Con todo el oro en su barco —interrumpió uno de los otros—, ¿esperas que ese hombre esté allí?

—Me dio su palabra. Y yo le di la mía de encontrarlo y matarlo si no la cumplía. Estará allí. Y ahora quiero a todo el mundo listo para partir dentro de una hora. Estoy harto de este campamento. Estoy harto de Grecia.

Se volvió hacia Gaditico con expresión melancólica.

—Ahora podemos volver a casa —dijo.

Encontraron la primera de las dos legiones bajo el mando de Severo Lépidio solo ochenta millas tierra adentro. En el campamento fuertemente fortificado, Julio y Ciro le presentaron a Lépidio el cadáver de Mitrídates en el interior de un féretro de madera cortada. Ciro permaneció en silencio mientras depositaban el cuerpo sobre una mesa baja situada en el interior de una tienda vacía, pero Julio vio sus labios moviéndose en silenciosa plegaria, mostrando su respeto hacia un enemigo vencido. Cuando Ciro finalizó, notó sobre él la mirada de Julio y se la devolvió sin turbación.

—Era un hombre valiente —dijo simplemente Ciro, y Julio se sorprendió por el cambio que había experimentado desde que se conocieron en un diminuto pueblo de la costa africana.

—¿Has rezado a los dioses romanos? —le preguntó Julio.

El hombretón se encogió de hombros.

—Todavía no me conocen. Hablaré con ellos cuando llegue a Roma.

El legado de Roma había enviado una escolta de soldados para guiar a los Lobos hasta el mar. Julio no protestó por la decisión, a pesar de que la escolta parecía más un detalle de prisionero que una garantía de disfrutar de una travesía segura.

Duro estaba a bordo de la embarcación cuando finalmente llegaron a puerto y le hizo llamar. No pareció alegrarse ante su supervivencia, pero se colmó rápidamente cuando Julio le dijo que le pagaría tanto su tiempo como el pasaje de regreso a

Brundisium, el puerto más cercano a la tierra firme romana.

Resultaba extraño estar de nuevo a bordo de un barco y Julio gastó parte de su nueva fortuna en comprar todos los toneles de vino que encontró en el puerto para la celebración final. A pesar de las objeciones de Suetonio, la riqueza de Celso fue repartida entre los Lobos supervivientes y muchos regresarían ricos a sus hogares en comparación con la riqueza que atesoraban anteriormente, incluso después de disfrutar de un caro viaje en la comodidad de una caravana o a lomos de un caballo.

Los veteranos habían solicitado ver a Julio en privado una última vez antes de partir hacia sus hogares en el este. Les había ofrecido rangos si le acompañaban a Roma, pero ellos se habían limitado a sonreír y a mirarse entre ellos. Resultaba complicado tentar a hombres de su edad con los bolsillos llenos de oro, y en realidad no esperaba que fueran con él. Quertoro le había dado las gracias de parte de todos y le habían vitoreado, provocando un alboroto en la embarcación. Luego habían partido.

Duro aprovechó la marea del amanecer sin fanfarria ni anuncios. Los jóvenes supervivientes de los Lobos estaban allí y disfrutaban de la breve experiencia como marineros, con el fácil entusiasmo de la juventud. Las aguas estaban en calma y en cuestión de breves semanas atracaron en el puerto de Brundisium y bajaron a tierra.

Los que estaban allí desde el principio se miraron entre ellos aturdidos durante largos momentos, mientras las tres centurias de los Lobos formaban en una columna para emprender la marcha hacia Roma. Recientemente ascendido para comandar una cincuentena, Ciro alineó la fila y formó maravillado mientras se planteaba que por fin iba a ver la ciudad que le había llamado. Se estremeció y sacudió los hombros. Hacía más frío que en su pequeña granja de la costa africana, pero, aun así, sentía su pertenencia a aquella tierra. Intuía que los fantasmas de su linaje habían salido a saludar a su hijo y se sentían orgullosos de él.

Julio cayó arrodillado y besó el suelo polvoriento con lágrimas en los ojos, demasiado abrumado como para poder llorar. Había perdido a amigos y sufrido heridas que llevaría consigo el resto de su vida, pero Sila había muerto y él estaba en casa.

# SEGUNDA PARTE

## XXVII

Catón se enjugó la frente con su rechoncha mano. A pesar del frío invernal que asolaba Roma, el edificio del Senado estaba lleno a rebosar y el ambiente estaba cargado por el calor que desprendían los trescientos miembros de la nobleza congregados en un espacio pequeño como aquel. Catón levantó las manos para pedir silencio y esperó con paciencia que el murmullo de voces se calmara lentamente.

—Este César, este joven imprudente, no ha mostrado más que desdén hacia la voluntad del Senado. Actuando solo, ha provocado la muerte de centenares de ciudadanos romanos, muchos de ellos veteranos de nuestras legiones. Por lo que entiendo, ha asumido una autoridad que nunca le ha sido otorgada y se ha comportado hasta el final como yo esperaría que se comportara un sobrino de Mario. Pido a los miembros del Senado que censuren a este gallito, que mostremos nuestra repugnancia por su desperdicio de vidas romanas y su menosprecio hacia la autoridad que tenemos sobre él.

Tomó de nuevo asiento con un gruñido de satisfacción y el moderador del debate se puso en pie. Era un hombre alto, rubicundo, con poca paciencia para las tonterías. A pesar de que su autoridad era nominal, se le veía disfrutar controlando a los hombres más poderosos del Senado.

Cinna se había levantado ante las palabras de Catón, con la cara congestionada de rabia. El moderador del debate hizo un ademán para concederle la palabra y Cinna barrió las filas con su mirada, captando su atención.

—Como muchos sabéis, estoy emparentado con César por el matrimonio de mi hija —empezó—. No he venido aquí para hablar en defensa suya, sino a tomar parte en lo que esperaba que fuese nuestra justa y oportuna felicitación. —Una oleada de murmullos procedente de los partidarios de Catón le impidió continuar por un momento, pero esperó con gélida paciencia hasta que remitieron.

—¿No deberíamos felicitar a un hombre que ha acabado con uno de los enemigos de Roma? Mitrídates está muerto, su ejército dispersado, y ¿alguno de vosotros habla de censura? Resulta increíble. En lugar de dedicaros a contar las vidas de los hombres que perdió en una batalla contra una fuerza superior, pensad en los inocentes que siguen con vida porque aplastó a Mitrídates. ¿Cuántos más de los nuestros habrían muerto para cuando nuestras cautelosas legiones llegasen a acercarse lo suficiente como para entablar combate con el enemigo? ¡Según los informes, da la impresión de que nunca habrían llegado a alcanzar al ejército griego!

Estalló entonces una nueva tormenta de murmullos, con mofas y gritos alzándose por encima de todos. Muchos de los senadores de ambos lados se levantaron para hablar y se impacientaron por la espera. El moderador del debate captó la mirada de Cinna y levantó las cejas cuestionándolo. Cinna cedió la palabra con desgana y

volvió a sentarse.

El senador Prando estaba junto a Catón. Una figura alta y escuálida que contrastaba con el volumen de su patrón; se aclaró un poco la garganta al recibir la señal para empezar a hablar.

—Mi hijo Suetonio fue uno de los capturados por los piratas junto con ese César. Dispongo de sus informes para basar en ellos mis opiniones y apuntan al peligro que este romano supone para todo lo que nosotros representamos. Actúa sin consultar nada. Se lanza a la batalla sin plantearse otros métodos para solucionar el problema. Su primera y última respuesta a todo es un ataque a ciegas. Dispongo de detalles de ejecuciones y torturas llevadas a cabo en su nombre, no autorizadas por el Senado. Indujo a viejos soldados a la batalla a cambio de poco más que la gloria personal. Estoy de acuerdo con el honorable Catón en que deberíamos reclamar la presencia aquí de este tal César para que reciba un justo castigo por sus acciones. No deberíamos olvidar los alegatos de piratería dirigidos contra él por el cuestor Pravitas. De elogiarlo, como algunos piensan sería lo correcto, podemos muy bien crear otro Mario y, con el tiempo, acabar arrepintiéndonos de nuestra generosidad.

Catón empujó a un hombre de aspecto nervioso para que se levantara. El senador Bíbilo estuvo a punto de dar un traspies al ponerse en pie bajo la presión de las potentes manos. Estaba pálido y por su frente corrían las gotas del sudor provocado por los nervios. Rompiendo la costumbre, empezó a hablar antes de recibir permiso y sus primeras palabras se perdieron entre los abucheos de mofa que las siguieron.

—... deberíamos considerar su renuncia como senador —dijo, y tragó saliva—. O tal vez prohibirle ostentar un cargo en el ejército. Dejarle ser un mercader con todo el oro saqueado que ha traído consigo.

Mientras hablaba, el moderador del debate le miraba fríamente de reojo y con un breve gesto envió de nuevo a Bíbilo de vuelta a su asiento, con la cara turbadamente sofocada. El moderador del debate parecía inexorable y se volvió hacia los bancos opuestos, claramente decidido a corregir el equilibrio con sus alternativas. Craso recibió permiso para hablar. Hizo un gesto de asentimiento para dar las gracias y observó con tranquilidad las abarrotadas filas hasta que, una vez más, se consiguió el silencio adecuado.

—¡De qué manera revelas tus temores secretos! —espetó—. Otro Mario, dices. ¡Su sobrino! ¡Y cómo debemos ponernos a temblar! Me da náuseas. ¿Crees que nuestra preciosa República podría sobrevivir sin el poder militar? ¿Cuántos de los que estáis aquí habéis comandado a hombres en batallas victoriosas? —Su mirada barrió las filas, consciente de que Catón había servido tan solo los dos años mínimos necesarios para ascender en el mundo de la política. Otras cabezas realizaron un gesto de asentimiento mientras Catón reprimía un bostezo y apartaba la vista.

—Tenemos un hombre joven que sabe liderar soldados —continuó Craso—.

Reunió un pequeño ejército y derrotó a otro ocho o nueve veces superior en tamaño. Ciertamente, actuó sin pedir primero nuestra aprobación, ¡pero podría haberse quedado esperando un año o dos a que termináramos nuestras discusiones!

El moderador del debate le miró, pero Craso hizo caso omiso.

—No, lo que provoca un rencor tan venenoso en algunos de nosotros es el vergonzoso hecho de que este joven ha demostrado que nuestra elección de comandantes para las legiones ha sido errónea. Su éxito es prueba de que no actuamos con la energía y la velocidad suficientes para defender nuestras posesiones en Grecia. Eso es lo que les duele a estos caballeros. Esa es la única razón de su rabia contra él. Permittedme que os recuerde que ganó la corona de laurel por su valentía en Mitilene. Es un soldado dotado, leal a Roma, y sería una vergüenza que no lo reconociésemos públicamente. He oído a Bíbilo murmurando algo sobre destituirle de su cargo en la legión, y me pregunto qué victorias nos ha aportado Bíbilo. ¿Y Catón? Y luego está Prando, quien habla de piratería cuando sabe que en el momento en que todos los hechos salieron a la luz se demostró que esos cargos eran una idiotez. ¡No me sorprende que le dé la vuelta a un tema tan complicado cuando su propio hijo era uno de los acusados! Deberíamos colmar a César de honores por lo que ha hecho.

—Suficiente, Craso —dijo con sequedad el moderador del debate, satisfecho de haber concedido bastante tiempo para dar réplica al estallido de Bíbilo—. Se han expresado las diferentes posturas. Podemos pasar a votar.

Los que todavía seguían en pie, se sentaron de mala gana, observando la sala e intentando calcular los resultados antes de que empezara la votación. Pero antes de que pudiera empezar la misma, se abrieron de golpe las pesadas puertas de bronce que daban a la cámara e hizo su entrada Pompeyo, levantando una nueva oleada de interés. Desde la muerte de su hija, no había sido visto por los alrededores del foro o del Senado y se planteaban muchas preguntas sobre su tragedia y lo que resultaría de ella.

El moderador del debate gesticuló hacia Pompeyo, indicándole un lugar para él entre las filas. En vez de sentarse, Pompeyo se dirigió a su lugar y permaneció a la espera de ser reconocido allí.

Suspirando, el moderador del debate levantó la mano hacia él. El ruido cesó en cuanto todos los ojos se clavaron en el recién llegado.

Catón, en particular, lo observó con reluciente intensidad, asimilando todos los detalles. A pesar de que las cenizas de su hija no llevaban mucho tiempo enterradas, la cara de aquel hombre no mostraba señales de dolor. Parecía calmado mientras contemplaba los abarrotados bancos.

—Perdonad mis ausencias y mi retraso, senadores. He enterrado a mi hija —dijo sin alterarse, sin indicios de debilidad en la voz—. Juro delante de vosotros que los responsables de ello se arrepentirán de utilizar a un inocente en los juegos de poder,

pero ese es un problema para otro día. —Hablaba razonablemente, pero los que estaban más próximos a él se percataron de la rigidez en todos sus músculos, el esfuerzo por controlar toda su ira.

—Dime, ¿qué se vota esta mañana? —le preguntó al moderador del debate.

—La decisión de censurar o aprobar las acciones de Julio César en Grecia —respondió el hombre.

—Comprendo. ¿Cuál es la postura de Catón ante el tema? —preguntó Pompeyo, sin mirar la figura tumbada que de pronto se enderezó en su asiento.

El moderador del debate se arriesgó a mirar hacia Catón.

—Ha abogado por la censura —respondió, perplejo.

Pompeyo unió las manos a su espalda y los que estaban cerca de él fueron testigos de la blancura de sus nudillos mientras hablaba.

—Entonces votaré en su contra.

Durante un prolongado momento, sostuvo en silencio la mirada de Catón, hasta que todos los presentes tomaron conciencia de la nueva enemistad surgida entre ellos. En cuanto los senadores más ancianos se incorporaron con renovado interés se iniciaron cuchicheos.

—Más aún, pido a mis seguidores que voten contra él. Pido todos los votos que se me deban. Acabad vuestras deudas aquí y haced conmigo borrón y cuenta nueva.

El Senado estalló en murmullos para discutir las implicaciones de una postura como aquella. Era prácticamente una declaración de guerra y cuando el moderador del debate anunció el momento de la votación, la boca carnosa de Catón se convirtió en una fina línea malhumorada. Al reclamar todos sus favores de una sola vez, Pompeyo estaba echando por la borda años de cuidadosos acuerdos y alianzas, simplemente para demostrar en público su desprecio.

Craso palideció. Era una actitud temeraria por parte de Pompeyo, aunque creía comprenderlo. Nadie allí ponía en duda que Pompeyo había identificado sutilmente al hombre responsable del asesinato de su hija. Catón perdería gran parte de su poder si quienes le rodeaban sopesaban esta nueva amenaza y decidían si distanciarse de él o no. Suspiró. Al menos ganarían la votación y Catón saldría mal parado de la decisión. Aunque las cifras reflejaban muchas antiguas obligaciones hacia Pompeyo, seguía siendo todavía difícil que el obeso senador se quedara casi solo con centenares de sus colegas alineados contra él.

La votación se llevó a cabo rápidamente y Pompeyo tomó asiento para participar en la discusión sobre el rango en la legión que Julio recibiría al regresar al Senado. Con la mayoría de los senadores deseosos de salir del edificio para respirar aire fresco, todo fue sorprendentemente rápido y Catón apenas tomó parte en el asunto, asombrado por la inmovilidad en que le había sumido la humillación.

Al traspasar las puertas de bronce, Catón tenía una expresión siniestra e inclinó la



cabeza en dirección a Pompeyo, reconociendo la victoria. Pompeyo lo ignoró y partió rápidamente hacia su casa sin cruzar una sola palabra con nadie.

Tubruk trepó por los peldaños del interior del muro que rodeaba la finca, agradecido de que los esclavos que trabajaban en el campo hubieran llegado a tiempo para dar la señal de alarma. Estiró el cuello para ver con detalle la columna que avanzaba por el camino hacia ellos.

—Dos o tres centurias, parece —le gritó a Cornelia, que había salido de los edificios al oír la voz de alarma—. No alcanzo a ver los estandartes, pero llevan el uniforme completo. Podrían ser parte de la guarnición romana.

—¿Reunirás a los hombres? —preguntó nerviosa Cornelia.

Tubruk no respondió enseguida, examinando con concentración las fuerzas que se aproximaban. Formaban con disciplina y vestían corazas, pero la ausencia de estandartes le preocupaba profundamente. La muerte de la hija de Pompeyo había devuelto a las viejas familias de Roma una tensión ausente desde la muerte de Sila. Que un senador tan poderoso como aquel pudiera sufrir un ataque en su propia casa significaba que nadie estaba seguro.

Tubruk dudaba. Convocar a Bruto y sus soldados para vigilar la puerta podría ser considerado una provocación o un insulto a una fuerza legítima. Se sujetó con fuerza a las sólidas piedras del muro para tomar la decisión. Prefería ofender a alguien que sentirse vulnerable, y las centurias que se aproximaban, carentes de identificación, bien podían ser asesinos.

—Llama a Bruto. ¡Dile que necesito a sus hombres aquí de inmediato! —le gritó Tubruk a Cornelia, que seguía abajo.

Ella abandonó su digno porte para salir corriendo en dirección a los establos.

Cuando la columna se encontraba a mil pasos de distancia, bruto y sus hombres se habían situado ya en formación junto a la puerta, dispuestos a salir al ataque. Disponía de veinte hombres y Tubruk quería que hubieran sido más, a pesar de lo cual se rió del joven comandante cuando apareció con tantos.

Bruto sentía en su estómago la tensión de la vieja impaciencia. El niño que habitaba en su interior deseaba no haber dejado a Renio en los barracones de la ciudad, aunque fue solo una debilidad momentánea. Recuperó la confianza en el momento en que desenfundó su *gladius* y sus hombres respondieron, momento en que la tensión dio paso a impacientes sonrisas. A pesar de que oían las pisadas de los soldados acercándose a la casa, no había en ellos el más mínimo indicio de miedo.

De los establos salió corriendo una pequeña figura que patinó hasta detenerse casi a los pies de Bruto.

—No vendrás con nosotros —le espetó Bruto anticipándose a la solicitud. Sabía muy poca cosa sobre el golfillo rescatado por Tubruk y en aquellos momentos carecía de paciencia para ponerse a discutir. Octaviano abrió la boca y Bruto le vociferó una

orden, enojado ante la visión del centelleo de una daga en la mano del chico.

—¡Aléjate de aquí!

Octaviano quedó paralizado, con los ojos abiertos de par en par; luego dio media vuelta y se alejó con paso majestuoso sin decir palabra. Bruto lo ignoró, concentrado en observar a Tubruk y a la espera de noticias de lo que estaba sucediendo en el exterior. Resultaba frustrante permanecer esperando a ciegas, pero Bruto comprendía que no debían recibir a los soldados enviados por el Senado con las espaldas en alto. A todo aquello seguiría a buen seguro un derramamiento de sangre, aunque el recado fuera inocente.

Tubruk, posado en lo alto del muro, forzaba la vista mientras el ejército iba acercándose, marchando firmemente por el camino que conducía hasta la finca. Soltó el aire con todas sus fuerzas y liberó en ese mismo instante toda su tensión, un suspiro del que los de abajo no se percataron.

—Marco Bruto —gritó—. Pido que tus hombres abran la puerta y salgan a recibirlos.

Bruto levantó la vista y le miró con perplejidad.

—¿Estás seguro? Si son hostiles, podemos defendernos mejor desde el interior del muro.

—Abre las puertas —replicó Tubruk sin alterarse, con una expresión muy particular en su rostro.

Bruto se encogió de hombros y dio la orden a los hombres de la Primigenia, quienes desenvainaron sus espadas antes de avanzar. El corazón le palpitaba y sentía la feroz alegría que su certidumbre le proporcionaba. Nadie podía batirle con la espada, no desde aquel día con Renio, en aquel mismo patio, muchos años atrás.

—De acuerdo, viejo diablo, ¡pero si me matan, te estaré esperando cuando te llegue la hora!

Julio vio a los hombres armados salir y se quedó rígido. ¿Qué había sucedido?

—¡Preparad las armas! —ordenó, y la expresión de alegría desapareció al instante de la cara de sus hombres. Lo que había parecido un regreso victorioso se veía de repente rodeado de peligro. Cabera dio un brinco al oír la orden, observando con el ceño fruncido la fuerza desconocida que tenían ante ellos. Levantó la mano para llamar la atención de Julio, pero se lo pensó mejor y sonrió para sus adentros, levantando la daga y gesticulando furiosamente con ella. Se lo estaba pasando en grande, pero los soldados que le rodeaban no compartían su estado de humor. Después de meses tan duros de viajes y matanzas, esperaban la bienvenida de los héroes. Mostraban una expresión feroz al desenvainar las espadas una vez más.

—¡Formación en línea! —ordenó Julio, resoplando de cólera. Si habían tomado su casa, les destruiría, no dejaría a nadie con vida. Le dolía el corazón pensando en su madre y Tubruk.

Recorrió con mirada profesional a los soldados desplegados ante los muros. No eran más de veinte, pero podía haber más ocultos en el interior. Legionarios. Se movían bien, pero lanzaría sus Lobos contra ellos y, además, contaban con superioridad numérica. Arrinconó todos los pensamientos relacionados con su familia y se preparó para dar la orden de carga.

—¡Por Marte! ¡Van a atacar! —exclamó Bruto al ver la columna disponerse en formación ofensiva. Al ver la cantidad de hombres que tenían delante, sintió la tentación de ordenar a los suyos replegarse a un lugar seguro, pero no tendrían tiempo suficiente para cerrar las puertas y el enemigo les haría pedazos en cuanto iniciaran la retirada.

—¡Cierra las puertas, Tubruk! —vociferó. El viejo loco había infravalorado totalmente la amenaza y tocaba ahora pagar el precio por ello.

Para el orgullo de Bruto, los hombres de la Primigenia no flaquearon aun comprendiendo la realidad de su inevitable destrucción. Tomaron posiciones junto a los muros de la finca y prepararon las armas, desenfundando las jabalinas para lanzarlas en cuanto se aproximara la carga. Cada uno de los hombres disponía de cuatro lanzas y muchos de los enemigos caerían bajo ellas antes de que se hubiesen acercado lo bastante como para blandir sus espadas.

—Preparados... —gritó Bruto por encima de las cabezas de sus hombres. Unos pasos más y las líneas que avanzaban estarían a tiro.

Sin previo aviso, se dio la orden de alto y ambas fuerzas se estremecieron hasta detenerse disciplinadamente. Bruto arqueó las cejas sorprendido, examinando las caras del enemigo. Vio entonces a Julio y estalló en una carcajada, ante la perplejidad de todo el mundo.

—¡Retiraos! —les ordenó a sus veinte hombres, y observó cómo guardaban las jabalinas y las espadas. Cuando todo volvió a la normalidad, les ordenó avanzar hacia los soldados detenidos, riendo entre dientes.

Julio fue el primero en hablar.

—¿Tienes idea de lo cerca que he estado de trincharte? —preguntó, sonriendo.

—Estaba pensando más o menos lo mismo. Mis hombres os habrían lanzado un par de lanzas antes de que dierais diez pasos más. Habéis estado de suerte, creo.

—Te he reconocido —interrumpió Cabera, con aire de suficiencia.

Bruto gritó de júbilo al ver que el anciano seguía con vida. Los tres se abrazaron, generando la fusión completa de las líneas de batalla que les rodeaban. Julio fue el primero en separarse al percatarse de las tres flechas unidas estampadas en el peto de Bruto.

—¡Dioses! La Primigenia, ¿verdad?

Bruto asintió, con los ojos brillantes.

—Tengo el mando, aunque en la actualidad estamos algo debilitados.

—¿Cuán debilitados?

—En cerca de unos mil hombres, pero estoy trabajando en ello.

Julio silbó.

—Tenemos mucho de que hablar. ¿Sabe Tubruk que he regresado?

Bruto miró por encima del hombro los blancos muros de la finca. La figura del administrador levantó un brazo saludando desde arriba. Cabera respondió entusiasmado al saludo.

—Sí, lo sabe —respondió Bruto, con una sonrisa forzada.

—Tendré que encontrar barracones en la ciudad para mis hombres —dijo Julio—. Montarán las tiendas en la finca mientras me ocupo de unas cuantas cosas, pero necesito un lugar permanente para ellos, así como un lugar para llevar a cabo la instrucción.

—Conozco justamente el lugar y el hombre adecuados para entrenarlos —respondió Bruto—. Renio regresó conmigo.

—Le necesitaré, y también a ti —dijo Julio, haciendo ya planes.

Bruto sonrió. Sentía el corazón alegre al ver a su antiguo amigo. Las nuevas cicatrices que mostraba su rostro le otorgaban un aspecto más duro de lo que recordaba, pero seguía siendo el mismo hombre. Con un impulso, extendió el brazo y Julio lo sujetó con firmeza, embargado por la misma emoción.

—¿Está a salvo mi esposa? —preguntó Julio, escudriñando el rostro de su antiguo amigo en busca de noticias.

—Está aquí, con tu hija.

—¿Tengo una hija? —La sonrisa de Julio se extendió por toda su cara, radiante de felicidad—. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¡Una hija! ¡Vamos!

Ordenó rápidamente instalar el campamento junto a los muros y salió corriendo con Bruto, cuya cabeza no paraba de pensar, seguido por sus veinte hombres. Había mucho que contarle a Julio. Sobre el asesinato de Sila y el de la hija de Pompeyo, y sobre los chismorreos del Senado que su madre le había contado. ¡Julio tendría que conocer a Servilia! Con Julio de vuelta, parecía como si el mundo volviera a estabilizarse y Bruto notaba que sus preocupaciones se desvanecían. Con su viejo amigo allí para ayudarlo, reconstruiría la Primigenia hasta recuperar su antigua fuerza, empezando con los hombres que Julio había traído consigo. Julio hacía que los problemas parecieran más fáciles de solucionar y él, por encima de todo el mundo, comprendería por qué «la legión del traidor» debía renacer.

Bruto se echó a reír cuando se encontró frente a frente con Tubruk, que había permanecido esperándole en el interior de la propiedad con una irónica expresión de mofa.

—Muy buena vista para tu edad —le dijo al antiguo gladiador.

Tubruk rió entre dientes.

—Un soldado presta siempre atención a los detalles, como el de quién es el comandante —dijo alegremente.

Bruto se olvidó de su turbación.

—¿Adónde ha ido Julio con tanta prisa?

—Está con su esposa y su hija, muchacho. Dale un poco de tiempo para que estén a solas.

Bruto refunfuñó un poco.

—Por supuesto. Volveré con mis hombres a los barracones de la ciudad y pasaré la noche allí. Hazle saber dónde estoy.

—No me refería... no tienes por qué irte, muchacho —dijo rápidamente Tubruk.

Bruto sacudió la cabeza.

—No. Tienes razón. Ahora es momento de que esté con su familia. Lo veré mañana. —Se volvió rígidamente y les ordenó a sus hombres que marcharan en columna por la puerta.

Cabera deambulaba por el patio de la casa, sonriéndole a todo.

—¡Tubruk! —gritó—. ¿Nos prepararás una buena comida? Hace mucho tiempo que no tomo un buen vino ni pruebo esos bocados civilizados de los que tan orgullosos os sentís los romanos. ¿Quieres que vaya a ver al cocinero? Me gustaba ese hombre, era un buen cantante. ¿Te encuentras bien?

De la frente de Tubruk desapareció la arruga que se había formado con la marcha de Bruto. Resultaba imposible no sentirse conmovido por la oleada de entusiasmo que Cabera parecía llevar con él a dondequiera que fuese. Había echado en falta más que nadie a aquel hombre y descendió la escalera para darle la bienvenida.

Cabera vio que el viejo gladiador seguía a Bruto con la mirada y le dio una palmadita en el hombro.

—Deja que el chico se marche. Siempre fue un susceptible, ¿o es que no te acuerdas? Mañana volverán a ser como hermanos, pero Julio tiene primero que ponerse al corriente de muchas cosas.

Tubruk desinfló las mejillas y se abrazó a los frágiles hombros del curandero con renovado entusiasmo.

—El cocinero desaparecerá en cuanto vea a la gente que tiene que alimentar, pero te prometo que cualquier cosa será mejor que las raciones a las que estás acostumbrado.

—Aspiro a mucho más que eso —replicó muy serio Cabera.

Cornelia se volvió rápidamente al oír los pasos que se acercaban corriendo. Por un segundo, no reconoció al oficial que tenía delante, bronceado de piel y delgado después de tantos viajes. Luego su rostro se iluminó de placer y él dio un paso adelante para rodearla con sus brazos. Ella le abrazó con fuerza, respirando el aroma de su piel y riendo cuando él la levantó en volandas.

—Ha sido tanto tiempo sin ti... —dijo él, mirándola con los ojos brillantes sin dejar de abrazarla. Cuando él la soltó, le dolían las costillas, pero no le importaba en absoluto.

Durante un largo rato, Julio fue capaz de olvidarlo todo excepto la hermosa mujer que tenía entre sus brazos. Por fin, la dejó y se alejó algo de ella, sin soltarla de la mano, como si no estuviese dispuesto a permitir que volviera a apartarse de él.

—Sigues siendo una esposa espléndida —dijo—. Y he oído que tenemos una hija. Cornelia apretó los labios, airada.

—Quería decírtelo personalmente. Clodia, tráela ahora mismo —ordenó, y el aya entró con la suficiente rapidez como para dejar patente que había permanecido todo el rato fuera esperando que terminaran.

La pequeña miró a su alrededor con interés cuando fue llevada hasta sus padres en brazos de Clodia. Tenía los mismos ojos de color castaño claro de su madre, pero el cabello era tan oscuro como el de Julio. Sonrió a la niña y ella le devolvió una sonrisa que le formó hoyuelos en las mejillas.

—Tiene casi dos años y es el terror de la casa. Cuando pierde la timidez, dice ya muchas palabras —dijo orgullosa Cornelia, tomándola de los brazos de Clodia.

Julio las rodeó a ambas con el brazo, presionándolas contra él con delicadeza.

—En los peores momentos soñaba con volver a verte. No sabía que estuvieses embarazada cuando me marché —dijo al soltarlas—. ¿Camina ya?

Tanto Clodia como Cornelia asintieron con la cabeza y se sonrieron entre ellas. Cornelia dejó a su hija en el suelo y la observaron dando vueltas por la estancia, deteniéndose para examinar todo aquello con que se tropezaba.

—La he llamado Julia, por ti. No estaba segura de que fueras a regresar y... — Los ojos de Cornelia se llenaron de lágrimas y Julio volvió a abrazarla con fuerza.

—Ya está, esposa mía, he llegado a casa. Todo tiene un final.

—Las cosas fueron... difíciles por un tiempo. Tubruk tuvo que vender tierras para pagar el rescate.

Dudaba si contárselo todo. Sila estaba muerto, gracias a los misericordiosos dioses. Si Julio se enteraba de cómo había sufrido en sus manos se sentiría tremendamente herido. Advertiría a Tubruk de que no dijese nada.

—¿Tubruk vendió tierras? —dijo Julio, sorprendido—. Esperaba... es igual, no importa. Las recuperaré. Quiero oír todo lo que ha sucedido en la ciudad desde que me fui, pero tendrá que esperar hasta después de que me haya dado un buen baño y me cambie de ropa. Hemos venido directamente desde la costa sin pasar por la ciudad. —Levantó la mano para acariciarle el cabello y ella se estremeció levemente bajo la caricia—. Tengo una sorpresa para ti —dijo, y llamó a sus hombres.

Cornelia esperó pacientemente con Clodia y su hija mientras los hombres de Julio entraban su equipaje y lo amontonaban en el centro de la habitación. Su esposo

seguía siendo el torbellino de energía que ella recordaba. Julio llamó a los criados para que mostrasen a sus hombres el camino hacia las bodegas con órdenes de que dispusieran de todo lo que necesitaran. Despachó a muchos más con decenas de recados y la casa cobró precipitadamente vida a su alrededor. Finalmente, cerró la puerta y le hizo señas a Cornelia para que se acercara a las sacas de piel.

Cuando él las descubrió, Cornelia y Clodia lanzaron gritos sofocados e involuntarios ante la visión de las monedas de oro que guardaba su interior. El se echó a reír complacido y abrió más y más sacas, todas llenas de lingotes o monedas de plata y oro.

—Todo el rescate y cuatro veces más —dijo él alegremente mientras tapaba otra vez las sacas—. Compraremos de nuevo nuestras tierras.

Cornelia quería preguntar dónde había encontrado esa fortuna, pero permaneció en silencio al desplazarse sus ojos hacia las cicatrices blancas que lucían sus oscuros brazos y la herida profunda que tenía en la frente. Lo había pagado caro.

—¿Tata? —dijo una vocecita, y Julio soltó una carcajada al mirar hacia abajo y encontrarse a una personita con los brazos extendidos para que la levantasen.

—Sí, mi querida niña. Soy tu padre, he llegado a casa en barco. Y ahora deseo ponerme en remojo y tomar una buena comida caliente antes de acostarme. La idea de dormir en mi propia cama es un placer que apenas puedo describir.

Su hija rió con sus palabras y él la apretujó.

—¡Con cuidado! No es uno de tus soldados —dijo Clodia, alargando los brazos para cogerla.

Julio sintió una punzada cuando la niña abandonó sus brazos y suspiró satisfecho al mirarlas a todas.

—Hay tanto que hacer, querida —le dijo a su esposa.

Demasiado impaciente al final para esperar, Julio había llamado a Tubruk para que le informara mientras se bañaba para deshacerse del polvo y la suciedad del viaje. El agua caliente se tornó de color gris oscuro al cabo de unos instantes de frotar y el calor provocó que su corazón bombeara al exterior parte de su agotamiento.

Tubruk permanecía de pie en un extremo de la gran bañera recitando los asuntos económicos relacionados con la finca que habían sucedido durante los últimos tres años, igual que había hecho anteriormente para el padre de Julio. Cuando Julio se sintió finalmente limpio, parecía más joven que el bronceado guerrero que había surgido al frente de la columna. Sus ojos eran de un tono azul claro y cuando se desvaneció la oleada de energía aportada por el agua caliente, Julio apenas podía permanecer con ellos abiertos para seguir escuchando.

Antes de que el joven cayera dormido en la bañera, Tubruk le entregó una bata suave y toallas y lo dejó solo. Deambuló por los corredores de la casa con paso ligero, escuchando las canciones de los soldados borrachos acampados en el exterior.

Por vez primera desde el acontecimiento, era como si nunca hubiese existido el sentimiento de culpa que le había embargado por su participación en la muerte de Sila. Pensó que se lo explicaría a Julio en cuanto se hubiesen solucionado todos los asuntos relacionados con su regreso a Roma y la situación se hubiera tranquilizado de nuevo. Al fin y al cabo, el asesinato se había hecho en su nombre y, si Julio se enteraba de ello, Tubruk podría enviar regalos anónimos a las familias de Casaverio, Ferco y los padres del joven soldado que se había enfrentado a él en la puerta. Especialmente Ferco, cuya familia se encontraba casi en la miseria sin él. Tubruk les debía todo por la valentía de su padre y sabía que Julio compartiría la misma opinión.

Cruzó el umbral de la puerta de Aurelia y oyó un suave lamento en el interior de la habitación. Tubruk dudó. Julio estaba demasiado cansado como para despertarlo y todavía no había preguntado por su madre. Lo único que deseaba Tubruk era su cama después de una jornada tan larga, pero suspiró y entró.



## XXVIII

El mensajero del Senado llegó la mañana siguiente, al amanecer. Tubruk tardó algún tiempo en despertar a Julio y cuando finalmente se reunió con el emisario del Senado, no estaba ni mucho menos completamente despierto. Después de tantos meses de tensión, la primera noche en su casa había servido de poco en cuanto a deshacerse de un cansancio que le agarrotaba hasta los huesos.

Bostezando, Julio se pasó una mano por el cabello y sonrió agotado al joven procedente de la ciudad.

—Soy Julio César. Entrega tu mensaje.

—El Senado solicita que asista a un pleno del consejo hoy al mediodía, señor —dijo rápidamente el mensajero.

Julio pestañeó.

—¿Es eso todo? —dijo sin alterarse.

El mensajero se movió débilmente.

—Este es el mensaje oficial, señor. Yo sé un poco más, por los rumores que corren entre los mensajeros.

—¿Tubruk? —dijo Julio, y observó que el administrador de la finca le entregaba al hombre una moneda de plata.

—¿Y bien? —preguntó Julio en cuanto la moneda desapareció en el interior de un bolsillo oculto.

El mensajero sonrió.

—Dicen que te ha sido otorgado el rango de tribuno por tu trabajo en Grecia.

—¿Tribuno? —Julio miró a Tubruk, quien se encogió de hombros al tomar la palabra.

—Es un peldaño en la escalera —respondió tranquilo el administrador de la finca, dirigiendo una mirada al mensajero. Julio comprendió y envió al mensajero de vuelta a la ciudad.

Cuando estuvieron solos, Tubruk le dio una palmadita en la espalda.

—Felicidades, ¿Me explicarás ahora cómo lo has obtenido? A diferencia del Senado, no dispongo de mensajeros que vayan corriendo por ahí. Lo único que me han dicho es que derrotaste a Mitrídates y superaste un ejército veinte veces mayor que el tuyo.

Julio soltó una carcajada de sorpresa.

—La semana próxima, si siguen los rumores en Roma, será treinta veces mayor. Quizá no debiera desmentirlos —dijo—. Acompáñame a dar una vuelta y te contaré los detalles. Quiero ver dónde quedan los nuevos límites.

Vio que a Tubruk le cambiaba la cara de repente y sonrió para borrar sus preocupaciones.

—Me quedé sorprendido cuando me lo explicó Cornelia. Nunca pensé que llegaras a vender tierras.

—Era eso o no enviar la totalidad del rescate, muchacho, y en esta casa solo hay un hijo.

Julio le agarró por el hombro sintiendo un arranque repentino de cariño.

—Lo sé, solo estoy bromeando. Hiciste lo correcto y dispongo de fondos para volver a comprarlas.

—Las vendí al padre de Suetonio —dijo turbado Tubruk.

Julio se detuvo para digerir lo que acababa de oír.

—Debería haber sabido que era para el rescate. Al fin y al cabo, también tuvo que pagarlo para recuperar a su hijo. ¿Conseguiste venderlas a buen precio?

Tubruk respondió con una expresión de dolor.

—La verdad es que no. Regateó duramente y tuve que soltar más de lo que habría querido. Estoy seguro de que lo consideró un buen negocio, pero fue... —torció la expresión, como si acabase de tragar algo amargo— vergonzoso.

Julio respiró hondo.

—Enséñame todo lo que hemos perdido y entonces pensaremos cómo conseguir que el viejo me lo devuelva. Si se parece en algo a su hijo, no va a ser fácil. Quiero estar de vuelta para cuando se despierte mi madre, Tubruk. Tengo... muchas cosas que contarle.

Algo disuadió a Julio de contarle a Tubruk lo de la herida en la cabeza y los posteriores ataques. En parte, era vergüenza por la falta de comprensión que le había demostrado a su madre con los años, y que sabía que necesitaba compensar de algún modo. Pero más que eso, era que no quería ver la pena en los ojos del viejo gladiador. No creía que pudiese resistirlo.

Salieron caminando juntos de la casa en dirección a la colina, hacia los bosques por donde Julio correteaba de niño, mientras Tubruk escuchaba como Julio le explicaba todo lo sucedido durante los años que había permanecido lejos de la ciudad.

Los nuevos límites quedaban establecidos por una sólida valla de madera construida justo en el sendero donde Julio recordaba haber cavado años antes una trampa de lobos para Suetonio. Ver aquello en la tierra que durante generaciones había pertenecido a su familia le hizo desear romperla. Lo que hizo, en cambio, fue apoyarse en ella, sumergirse en sus pensamientos.

—Tengo oro suficiente para ofrecerle, mucho más de lo que vale la tierra, pero me revuelve, Tubruk. No me gusta que me engañen.

—Estará en la reunión del Senado al mediodía. Podrías sondearlo allí. Puede que estemos malinterpretándolo. Quizá se ofrezca a devolvernos las tierras por lo que pagó por ellas —dijo Tubruk, explicando claramente sus dudas.

Julio golpeó con los nudillos la sólida valla y suspiró.

—Lo dudo. Suetonio debe de estar en casa a estas alturas, y en los barcos y en Grecia reñimos por algunas cuestiones. No querrá hacerme ningún favor, pero lograré recuperar las tierras de mi padre. Veré lo que opina Marco.

—Bruto ahora, tenlo presente. ¿Sabías que se hizo centurión con la Puño de Bronce? También querrá recibir los consejos que puedas darle en relación con la Primigenia.

Julio asintió con la cabeza y sonrió ante la idea de poder hablar de nuevo con su viejo amigo.

—Debe de ser el general más joven que haya tenido nunca Roma —dijo, sonriendo entre dientes.

Tubruk bufó.

—Un legado sin legión, entonces. —Sollozó de repente, y el recuerdo hizo que adoptara una mirada fría—. Sila hizo borrar el nombre de las listas de la legión tras la muerte de Mario. Fue una temporada horrorosa para Roma. Nadie estaba seguro, ni tan siquiera el Senado. Cualquiera que Sila nombrara enemigo del Estado era arrastrado fuera de su casa y ejecutado sumariamente. Pensé en llevarme a Cornelia y a la niña, pero... —Se reprimió, recordando lo que Cornelia le había dicho la noche anterior, al regresar a su habitación procedente de los aposentos de Aurelia, mientras Julio permanecía profundamente dormido.

El viejo gladiador se sentía dividido entre su fidelidad a Julio y a Cornelia. Su relación con ambos era mucho más próxima al amor paternal que a los deberes profesionales del administrador de una finca. Odiaba guardar secretos, pero sabía que era ella quien tenía que contarle primero lo sucedido con Sila.

Julio no pareció darse cuenta de su preocupación, perdido como estaba en sus propios pensamientos.

—Gracias a las Furias que este malnacido ha muerto, Tubruk. No sé lo que habría hecho si hubiese seguido con vida. Me imagino que te habría escrito pidiéndote que te llevaras a mi familia del país, aunque una vida en el exilio habría sido el fin para mí. No puedo describir lo que sentí al volver a pisar suelo romano después de tanto tiempo. No había conocido la fuerza de todo esto hasta que me marché, ¿lo entiendes?

—Sabes que sí, muchacho. No sé cómo Cabera soporta ir de un lado a otro así. Una vida sin raíces es algo que va más allá de mi entender, pero quizá se deba a que aquí estamos más profundamente enraizados que la mayoría.

Julio repasó con la mirada los bosques de matices verdosos que tantos recuerdos albergaban y su decisión se reafirmó. Recuperaría lo perdido.

Le vino entonces a la cabeza otro pensamiento.

—¿Qué ha sido de la casa de Mario en la ciudad?

—Perdida —dijo Tubruk sin mirarlo—. Vendida en subasta cuando Sila fue nombrado dictador. Hubo muchos cambios de propiedad siguiendo sus órdenes. Craso compró algunas, pero la mayor parte de las pujas fueron una farsa y los partidarios de Sila se llevaron las mejores.

—¿Sabes quién vive ahora allí? —preguntó Julio, con la voz tensa por la rabia.

Tubruk se encogió de hombros.

—Le fue concedida a Antonido, general de Sila, o más bien pagó una cantidad ridícula en comparación con su valor. Le llamaban «el perro de Sila» por su fidelidad, y consiguió muchas cosas de su amo.

Julio cerró lentamente el puño.

—Un problema que puedo solucionar hoy mismo, después de la reunión del Senado. ¿Tiene muchos soldados a su mando, este tal Antonido?

Tubruk frunció el entrecejo al comprender a qué se refería y una sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Unos pocos guardianes para la casa. Su cargo es nominal y nadie ha pensado en desposeerlo de él, pero no se encuentra vinculado a ninguna legión en concreto. Si lo haces rápidamente, dispones de hombres para acabar con él.

—Entonces lo haré rápidamente —replicó Julio, dando la espalda a la valla y volviéndose hacia la casa—. ¿Se habrá despertado ya mi madre?

—Seguramente sí. Últimamente duerme poco —respondió Tubruk—. Su enfermedad sigue igual, pero debes saber que está cada vez más débil.

Julio contempló con afecto al viejo gladiador, cuyas emociones se evidenciaban más de lo que pretendía.

—Estaría perdida sin ti —dijo.

Tubruk apartó la vista y tosió para aclararse la garganta en cuanto emprendieron el camino de regreso a la casa. Su continuo deber hacia Aurelia era indiscutible, a pesar del hecho de que en los últimos meses había estado cada vez más presente en sus pensamientos. Pensaba en ella cuando miraba a Clodia y admitía que el afecto que había surgido de la nada le sorprendía. El aya de Cornelia era una mujer bondadosa y le había dejado claro que compartía el amor silencioso que él sentía por ella. Pero tenía el deber de cuidar de Aurelia y sabía que nunca podría retirarse a una pequeña casa de la ciudad mientras en su vida siguiera existiendo aquella obligación, aunque pudieran liberar a Clodia de la esclavitud, como ella parecía estar segura de que podían hacer. No ganaba nada preocupándose por el futuro, reflexionaba mientras se acercaban de nuevo a la casa. No eran más que planes ridículos, siempre. Lo único que podían hacer era estar preparados para los vuelcos y los cambios rápidos que daba la vida.

Octaviano les esperaba en la puerta. Julio lo miró sin alterar la expresión al pasar por delante suyo, aunque se detuvo sorprendido ante la profunda reverencia que le

hizo el pequeño.

—¿Y este quién es? —dijo, volviéndose hacia Tubruk, asombrado al verlo sonrojarse.

—Se llama Octaviano, señor. Le dije que te lo presentaría cuando tuviera tiempo, pero veo que ha vuelto a perder la paciencia.

Octaviano palideció ligeramente ante la crítica. Ciertamente era que había sido incapaz de esperar, pero no había desobedecido tanto como suponía Tubruk y esperaba que este hubiese cambiado la opinión que tenía respecto a él.

—Tubruk cuida de mí por deseo de mi madre —le dijo claramente a Julio—. Estoy aprendiendo a luchar con el *gladius* y a montar a caballo y...

Tubruk le dio un suave bofetón para acabar con la enumeración, cada vez más incómodo. Pretendía ser él quien le explicara la situación a Julio y le avergonzaba ver que se lo explicaba sin tener tiempo para prepararse.

—Lo traje Alexandria —dijo, mandando a Octaviano hacia los establos de un empujón—. Es pariente lejano tuyo, de parte de la hermana de tu abuelo. A Aurelia parece gustarle, pero está todavía aprendiendo modales.

—¿Y qué es esto de luchar con el *gladius* y montar a caballo? —preguntó Julio, disfrutando con burla de la confusión de Tubruk. Ver al administrador de la finca nervioso era para él una experiencia nueva y se sentía feliz de permitir que se prolongara un rato.

Tubruk se rascó la parte trasera de la oreja haciendo una mueca y buscó a Octaviano, aunque finalmente el pequeño había seguido el consejo y había desaparecido de su vista.

—Fue idea mía. Los aprendices de la ciudad lo zurraban y pensé que podría enseñarle a cuidarse solo. Iba a aclararlo contigo, pero Julio estalló en una carcajada, que fue en aumento al ver la expresión asombrada de Tubruk.

—Nunca antes te había visto tan nervioso —dijo Julio—. Me parece que le has tomado cariño al pequeñuelo.

Tubruk se encogió de hombros, airado ante aquel cambio de humor. Era típico de Octaviano seguir todavía ignorando sus órdenes. Para él, era como si cada día empezase todo de nuevo, como si hubiese olvidado por completo sus lecciones o castigos.

—Tiene un carácter audaz para ser un muchacho tan joven. A veces me recuerda a ti, ahora que ya lo hemos pulido un poco.

—No cuestionaré nada de lo que hayas hecho durante mi ausencia, Tubruk. Si tu buen juicio fue siempre suficiente para mi padre, siempre lo será también para mí. Veré con tiempo al muchacho cuando regrese esta noche o mañana. Era un poco pequeño para andar peleando por los callejones de la ciudad, ¿verdad?

Tubruk hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, complacido de que Julio no

pusiese objeciones. Se preguntaba si sería el momento adecuado para mencionar que el chico tenía su propia habitación en la casa y su propio poni en los establos. Probablemente no.

Sin dejar de sonreír, Julio se dirigió a los edificios principales y Tubruk se quedó solo en el patio. Suspiró cuando su vista registró un atisbo de movimiento en los establos. El chico estaba de nuevo espiando, seguramente preocupado pensando que le quitarían su poni, la única amenaza que realmente surtía efecto sobre él.

Julio se encontraba sentado en silencio en el vestidor de su madre y observaba como una esclava le aplicaba los aceites y el maquillaje que, de algún modo, pretendían ocultar su maltrecho estado. El hecho de que le hubiera permitido verla sin sus aderezos le preocupaba tanto como la misma impresión de ver lo frágil y enfermizo de su aspecto. Llevaba mucho tiempo prometiéndose confesarle que comprendía su enfermedad y conseguir que surgiera un compañerismo a partir de los escombros de su infancia. Había llegado el momento y no sabía cómo empezar. La mujer sentada frente al espejo era para él prácticamente una desconocida. Sus mejillas se habían hundido en oscuros huecos que se resistían al maquillaje aplicado por la esclava, mostrando a través de él los tonos más pálidos, como una sombra de muerte cerniéndose sobre ella. Sus oscuros ojos aparecían apáticos y fatigados y sus brazos eran tan penosamente escuálidos que dolía incluso mirarlos.

Aurelia, al menos, le había reconocido. Le había saludado con lágrimas y un abrazo delicado que él había correspondido con infinito cariño, temeroso de romper el frágil objeto en que se había convertido. Incluso así, ella jadeó ligeramente al abrazarla y él se sintió asaltado por un sentimiento de culpa.

Después de que la esclava guardara sus materiales en el interior de una elegante caja chapeada y saludara al salir de la habitación, Aurelia se volvió hacia su hijo y esbozó una sonrisa, aunque su piel se arrugó como un pergamino por debajo de los falsos colores que le habían aplicado.

Julio luchaba con sus emociones. Cabera le había dicho que su afición era distinta de la de su madre y sabía que ella nunca había sufrido una herida como la que casi había acabado con su vida. Incluso así, tenían por fin algo en común, aunque pareciera imposible tender un puente entre ambos extremos del golfo.

—Yo... he pensado mucho en ti mientras he estado fuera —empezó.

No respondió, aparentemente transfigurada por la observación de su propio rostro reflejado en el bronce pulido. Levantó unos dedos largos y delgados para acariciarse el cuello y el cabello mientras se volvía de un lado a otro, mirándose malhumorada.

—Me hirieron en una batalla y estuve enfermo durante mucho tiempo — prosiguió forzosamente Julio—, y después sufrí un extraño ataque. Me... me recordó tu enfermedad y pensé que debería contártelo. Desearía haber sido mejor hijo. No había comprendido nunca antes lo que estabas pasando, pero cuando me sucedió a mí

fue como una ventana abierta. Lo siento.

La observó sacudir las manos y acariciarse la cara mientras él hablaba, con unos movimientos cada vez más agitados. Preocupado por ella, hizo el gesto de levantarse de la silla y con ello la distrajo, de modo que volvió la cabeza hacia él.

—¿Julio? —musitó. Sus pupilas se habían dilatado y su mirada parecía descentrada y pasar de largo de él.

—Estoy aquí —dijo él con tristeza, preguntándose si habría escuchado algo de lo que había dicho.

—Pensé que me habías abandonado —prosiguió ella, y su voz provocó en él un escalofrío.

—No, he regresado —dijo, notando que sus ojos se encendían de dolor.

—¿Está bien Cayo? Es un chico tan obstinado —dijo, cerrando los ojos y bajando la cabeza, como si con ello quisiera alejarse del mundo.

—Está... bien. Te quiere mucho —respondió Julio en voz baja, levantando la mano para secarse las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Aurelia asintió y regresó a su espejo y a su contemplación.

—Me alegro. ¿Me mandarás una esclava para que me atienda, querido? Creo que hoy voy a necesitar un poco de maquillaje para afrontar las tareas del día.

Julio hizo un gesto afirmativo y permaneció un momento contemplándola.

—Iré a buscártela —dijo, y abandonó la estancia.

Cuando el reloj de sol del foro señaló la sombra del mediodía, Julio hizo su entrada en el amplio espacio acompañado de sus guardias, y se dirigió directamente al edificio del Senado. Mientras atravesaba aquel espacio abierto, quedó sorprendido ante los cambios que había experimentado la ciudad desde su partida. Las fortificaciones que Mario había levantado junto a los muros habían sido desmanteladas y se veían solo algunos legionarios, que mostraban un aspecto relajado, paseando con sus amantes o reunidos en grupitos, charlando, sin indicio alguno de la tensión que él esperaba encontrar. Era una ciudad de nuevo en paz. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pisar los adoquines grises. Se había desplazado a la ciudad con diez soldados de su compañía, deseoso de tenerlos cerca mientras él se movía desprovisto de coraza y vestido con su túnica solemne. Tantas precauciones parecían innecesarias y no sabía si sentirse complacido o preocupado por ello. La batalla por aquellos muros seguía fresca en su cabeza, como si nunca hubiera marchado de allí, pero la gente que paseaba bajo el pálido sol invernal reía y bromeaba, inconscientes de las escenas que centelleaban en su imaginación. Vio de nuevo a Mario caído y el ruido metálico que producían al desplomarse las figuras oscuras de los defensores del general abatidas por las fuerzas de Sila.

Torció la boca en un gesto de amargura recordando lo joven y lleno de felicidad que se sentía aquella noche. Recién levantado del lecho matrimonial, había visto

como todos sus sueños y sus planes se derrumbaban y como su propio futuro quedaba alterado para siempre. De haber derrotado a Sila, solo con que hubiesen derrotado a Sila, Roma se habría evitado años de brutalidad y la República podría haber recuperado parte de su anterior dignidad.

Detuvo a sus hombres al pie de la amplia escalinata de mármol y, a pesar del aspecto tranquilo del foro, les pidió que permanecieran alerta. Después de la muerte de Mario había aprendido que lo más seguro, al final, era esperar la aparición de problemas, incluso junto al edificio del Senado.

Julio dejó a sus hombres apostados al sol y levantó la vista hacia las puertas de bronce tachonadas que habían sido abiertas de par en par con motivo de la reunión. Los senadores se repartían en parejas o tríos, discutiendo los asuntos de la jornada, a la espera de que se convocara la reunión. Julio vio a su suegro Cinna junto a Craso y ascendió las escaleras para saludarlos. Estaban hablando con las cabezas casi unidas y Julio vio la rabia y la frustración reflejada en sus facciones. Craso seguía siendo el hombre moreno, flaco como un palo, que Julio recordaba, y su túnica blanca y sus sandalias eran una muestra de desdén hacia cualquier señal de su riqueza. La última vez que había visto a Cinna había sido con motivo de su boda con Cornelia y, de la pareja diseñadores, era el que más había cambiado en los años transcurridos. Cuando se volvió para saludar a Julio, el joven quedó sorprendido por las arrugas que llenaban su cara, los efectos visibles de sus preocupaciones. Cinna le ofreció una agotada sonrisa y Julio se la devolvió sintiéndose incómodo por no haber llegado nunca a conocer debidamente a aquel hombre.

—El viajero vuelve a nosotros, su espada y su saludo descansan —citó Craso—. De poder estar aquí, tu tío se sentiría orgulloso de ti.

—Gracias, estaba justamente pensando en él —dijo Julio—. Ver la ciudad de nuevo resulta duro después de tanto tiempo, especialmente aquí. Sigo esperando oír su voz.

—Mientras Sila vivía se prohibió incluso mencionar su nombre, ¿lo sabías? —preguntó Craso, observando su reacción. Únicamente una ligera tensión en los labios traicionó los sentimientos del más joven de los tres.

—Poco me importaron los deseos de Sila mientras estuvo con vida; mucho menos ahora —dijo sin alterarse—. Me gustaría visitar la tumba de Mario después de la reunión del Senado para presentarle mis respetos.

Craso y Cinna intercambiaron miradas y Craso le tomó del brazo como muestra de simpatía.

—Lo siento, sus restos fueron robados y esparcidos. Fue alguno de los soldados de Sila, aunque él lo negara. Creo que esa fue la razón por la que dejó instrucciones de ser incinerado, aunque los amigos de Sila no se rebajarían a tanto.

Soltó la mano al notar que Julio se tensaba de rabia, luchando visiblemente por



mantener el control. Craso le habló con calma, dándole tiempo para recuperar la compostura.

—El legado del dictador sigue agobiándonos en forma de los seguidores que tenía en el Senado. Catón es el primero de ellos y Catalo y Bíbilo parecen satisfechos de seguirle en todo. Creo que conoces al senador Prando, ya que fuiste capturado junto con su hijo.

Julio asintió con un movimiento de cabeza.

—Tengo un asunto que discutir con él después de la reunión —replicó, dando una vez más apariencia de tranquilidad. Subrepticamente, mantenía la mano derecha sujeta por la izquierda, preocupado de pronto al pensar que las emociones que hervían en su interior desencadenaran un ataque en plena escalinata del Senado que le convirtiera en un desgraciado para siempre. Craso simuló no darse cuenta de nada, algo que Julio agradeció.

—Ten cuidado con Prando, Julio —dijo muy serio Craso, acercándose a él para que los senadores que iban entrando en el edificio no pudieran oírles—. Ahora mantiene vínculos importantes con los seguidores de Sila, y Catón lo cuenta entre sus amigos.

Julio inclinó la cabeza para acercarse todavía más a Craso y susurró en voz ronca:

—Los amigos de Sila son mis enemigos.

Sin mediar más palabra, dio la espalda a la pareja para ascender los peldaños que quedaban hasta las puertas y desapareció entre las sombras del vestíbulo.

Craso y Cinna se miraron, cada uno haciendo sus conjeturas, y le siguieron a un paso más lento.

—Nuestros objetivos coinciden —dijo Cinna lentamente.

Craso asintió brevemente, no dispuesto a seguir hablando mientras pasaban entre sus colegas en dirección a sus escaños, desfilando a la vez entre amigos y enemigos.

Tan pronto como entró, Julio sintió la vibrante energía de la reunión. Quedaban escasos lugares vacantes y tuvo que tomar asiento en la tercera fila, detrás de la tribuna del orador. Capturó satisfecho la visión y los sonidos, consciente de que finalmente había regresado al corazón del poder. A la vista de tantos desconocidos, deseaba haberse quedado junto a Craso y su suegro para que le ayudaran a poner nombre a las nuevas caras. De momento, no obstante, se contentaba simplemente con observar y aprender, ignorado por los predadores hasta disponer de mejores defensas. Se sonrió con tensión para sus adentros ante la visión de la batalla que el Senado representaba para él. Una batalla falsa, lo sabía. Allí, los enemigos podían ser los que con más simpatía le saludaran, capaces de mandarlo asesinar tan pronto como dieran media vuelta. Su padre había despreciado siempre al grueso de la nobleza, aunque admitía a regañadientes sentir respeto hacia los pocos que mantenían el honor por encima de la política.

Se hizo el silencio en la asamblea y un cónsul anciano, que Julio no conocía, inició el juramento del día. Al unísono, todos se pusieron en pie para pronunciar las solemnes palabras.

—Nosotros que somos Roma garantizamos su paz con nuestras vidas, su fuerza con la nuestra y sus ciudadanos con nuestro honor.

Julio repitió con los demás la cantinela y sintió los inicios de una excitación. El corazón del mundo latía con calma. Escuchó con tremenda concentración la agenda de las discusiones que desarrollarían y consiguió mantenerse exteriormente impassible cuando el cónsul llegó al apartado del «Nombramiento de Cayo Julio César como tribuno por las acciones llevadas a cabo en Grecia». Algunos de los pocos que le conocían se volvieron para observar su reacción, pero no les demostró nada, satisfecho por el anticipo que había recibido en boca del mensajero. Allí mismo decidió contratar asesores para que le ayudaran a comprender todos y cada uno de los temas del día. Necesitaría juristas expertos para preparar los casos legales que emprendería tan pronto como fuera nombrado para el primer puesto de su carrera política. Estaba triste mente seguro de que su primer juicio ante los magistrados sería contra Antonido, después de que recuperara la casa de su tío. Y le llenaba de satisfacción que los argumentos tuvieran que ver con una defensa pública de Mario.

Catón era fácilmente reconocible debido a su volumen, a pesar de que Julio no recordaba haberlo visto en su única visita anterior al Senado, años antes. El senador era obscenamente grande y sus facciones parecían casi haberse esfumado debajo de los ondulados pliegues de carne, como si el hombre de verdad estuviera oteando desde algún lugar situado en las profundidades de su cara. Tenía a su alrededor una camarilla de seguidores y amigos y Julio se percató, por la deferencia de la que hacían gala y aunque Craso ya se lo había advertido, de que se trataba de un hombre influyente. El padre de Suetonio estaba allí y sus miradas se cruzaron brevemente antes de que el anciano apartara la vista, simulando no haberlo visto. Un momento después, el hombre susurró algo al oído de Catón y Julio se descubrió protagonista de una mirada que parecía más de burla que de preocupación. Con expresión impassible, Julio clasificó mentalmente a aquel hombre como enemigo. Observó con interés la forma en que los ojos de Catón centelleaban al percatar que Pompeyo entraba y tomaba asiento en el lugar que sus seguidores le habían reservado.

Julio observó asimismo a Pompeyo, valorando los cambios experimentados por aquel hombre. En la figura de Pompeyo había desaparecido la tendencia hacia la carne flácida. Mostraba el aspecto bien cuidado y musculoso que debería tener todo soldado, un galgo comparado con Catón. Tenía la piel bronceada y Julio recordó que había pasado una temporada en Hispania supervisando las legiones allí apostadas. Sin duda alguna, la tarea de tratar con las tribus rebeldes de las provincias le había fundido la grasa.

Pompeyo se levantó ágilmente para el primer asunto y habló sobre la necesidad de enviar una fuerza para combatir los piratas del mar, estimando que disponían de un millar de barcos y que tenían dos mil pueblos y ciudades bajo su control. Pensando en sus amargas experiencias, Julio escuchó con interés, algo sorprendido de que la situación se les hubiese ido de las manos hasta tal punto. Y quedó perplejo al ver a otros levantándose para negar las cifras que daba Pompeyo y argumentar contra la propuesta de aumentar el tamaño de sus fuerzas.

—Si dispusiera de barcos y hombres limpiaría el mar en cuarenta días —espetó Pompeyo a modo de respuesta, pero la votación acabó siéndole desfavorable y volvió a tomar asiento, con el ceño fruncido en señal de frustración.

Julio votó en tres asuntos más, y se percató de que Pompeyo, Craso y Cinna coincidían en cada ocasión con sus puntos de vista. Fueron derrotados las tres veces y Julio sintió también como aumentaba su frustración. Había resultado complicado terminar con una revuelta de esclavos cerca del Vesubio, pero en lugar de enviar una fuerza de contraataque, el Senado dio permiso para que una única legión se ocupara del tema. Julio sacudió la cabeza sin poder creérselo. Al principio, no se había dado cuenta de lo cauto que se había vuelto el Senado. Gracias a sus experiencias con Mario y a sus propias batallas, Julio sabía que cualquier imperio que pretendiera sobrevivir debía ser fuerte, y, aun así, muchos senadores estaban ciegos ante los problemas que afrontaban sus comandantes en el Mare Internum. Al final de una hora de discursos, Julio comprendía mucho mejor el enojo que sentían hombres como Prax y Gaditico ante las indecisiones del Senado. Esperaba encontrarse con una nobleza de acción y aspecto que enajenara con el juramento que acababa de prestar, no con disputas triviales y facciones enfrentadas entre sí.

Perdido en sus pensamientos, pasó por alto la mención del siguiente tema y solo la mención de su propio nombre le despertó de su ensueño.

—... César, que será galardonado con el puesto de tribuno militar con todos los derechos y honores a modo de agradecimiento por la derrota de Mitrídates en Grecia y la toma de dos barcos piratas.

Todos los senadores se pusieron en pie; incluso Catón consiguió mantener el equilibrio al levantarse.

Julio sonrió como un niño cuando lo vitorearon y simuló no percatarse de los que permanecían en silencio, aunque al barrer con la mirada las abarrotadas filas captó con ella cada una de las caras.

Tomó de nuevo asiento con el corazón latiéndole con fuerza por la emoción. Un tribuno estaba capacitado para reclutar tropas y sabía de trescientos hombres, no muy lejos de allí, que serían los primeros en unirse bajo su mando. Catón captó su mirada y le saludó, a modo de prueba. Julio le devolvió el gesto con una amplia sonrisa, que no alertaría a aquel hombre de que tenía un nuevo enemigo.

Cuando las puertas de bronce fueron abiertas de nuevo para que la luz del día penetrara en el edificio del Senado, Julio avanzó rápidamente dispuesto a interceptar al padre de Suetonio en el camino de salida.

—Me gustaría hablar contigo, senador —dijo, interrumpiendo una conversación.

El senador Prando se volvió hacia él, levantando las cejas en señal de sorpresa.

—No veo que tengamos nada que discutir, César —replicó.

Julio ignoró la frialdad de su tono y siguió adelante, como si fuera un asunto entre amigos.

—Se trata de las tierras que el administrador de mi finca te vendió para pagar mi rescate. Sabes que conseguí recuperar el oro, incluido el de tu propio hijo. Me gustaría reunirme contigo para discutir el precio y devolver las tierras a mi familia.

El senador sacudió levemente la cabeza.

—Temo defraudarte. Llevaba tiempo deseando extender mis propiedades y tengo planeado construir otra casa allí para mi hijo en cuanto haya limpiado esos bosques. Siento no poder ayudarte.

Le sonrió tensamente a Julio y se dispuso a reiniciar la conversación con sus compañeros. Julio le agarró del brazo, pero se quitó la mano de encima mediante una rápida sacudida. El rostro del senador Prando se sofocó de rabia con aquel contacto.

—Cuidado, joven. Estás en la casa del Senado, no en un pueblo remoto. Si vuelves a tocarme, te haré arrestar. Por lo que me ha contado mi hijo, no eres el tipo de persona con quien me apetece hacer negocios.

—También te habrá mencionado que no soy una buena persona para tener como enemigo —murmuró Julio, sin subir el tono de voz para que nadie le oyera.

El senador quedó un instante paralizado considerando la amenaza, y luego dio media vuelta, muy erguido, para alcanzar a Catón mientras cruzaba las puertas.

Julio, pensativo, le vio marchar. Esperaba algo así de aquel hombre, aunque la noticia de que pensaba construir una casa en sus tierras había sido como una bofetada. En la cima de la colina, dominaría su casa, una posición de superioridad que sin duda dejaría a Suetonio plenamente satisfecho. Buscó a Craso y Cinna a su alrededor, deseoso de hablar con ellos antes de que se marcharan a sus respectivas casas. En cierto sentido, el padre de Suetonio había dicho la verdad. Utilizar la fuerza en Roma le llevaría rápidamente al desastre. Tendría que ser sutil.

—Pero lo primero es Antonido —murmuró para sus adentros. En eso la fuerza resultaría perfecta.

## XXIX

Caminar por la ciudad al frente de sus diez soldados en dirección a la calle del antiguo hogar de Mario despertaba en Julio dolorosos recuerdos. Recordaba la excitación que había sentido cuando la tormenta de energía que rodeaba al general le había capturado en su estela. Cada calle y cada esquina le recordaban aquel primer y estrepitoso viaje hasta el Senado, flanqueado por los duros hombres de la Primigenia. ¿Cuántos años tendría entonces? ¿Catorce? Lo bastante mayor como para comprender la lección de que la ley podía ceder ante la fuerza. Incluso Sila se había acobardado en el foro ante los soldados, ante las piedras empapadas con la sangre de las multitudes agitadas. A Mario se le había concedido el Triunfo que quería y el consiguiente consulado, aunque al final Sila había acabado con él. El dolor se instaló con fuerza en Julio al desear, por solo un momento más, seguir estando al lado del general de oro.

Ninguno de los hombres de Julio había estado antes en Roma y cuatro de ellos eran originarios de pequeños pueblos de la costa africana. Luchaban por no mirar, pero ver ante sus ojos la mítica ciudad hecha una realidad era una batalla perdida.

Ciro parecía atemorizado simplemente por el número de personas que transitaba por las bulliciosas calles y Julio veía la ciudad con ojos renovados a través de las reacciones del hombretón. No había nada igual en el mundo. Los olores de la comida y las especias se fundían con los gritos y los golpes de martillo, y la multitud vestía túnicas y togas de azul, rojo y oro. Era un festival para los sentidos y Julio disfrutaba de su asombro, recordando cómo había montado sobre los hombros de Mario en una carroza dorada, con las calles abarrotadas de gente lanzando vítores. Aquella dulce gloria se mezclaba en el recuerdo con el dolor de lo que vino después, pero, aun así, él había estado allí aquel día.

Aunque solo las calles más importantes llevaban una indicación con su nombre, Julio recordaba el camino sin dificultad, tomando casi de manera inconsciente exactamente la misma ruta que había tomado en su primera visita después de pasar por el foro. Gradualmente, las calles estaban menos transitadas y más limpias a medida que ascendían por encima del valle de tortuosas viviendas y trepaban por el camino pavimentado de la colina flanqueado por modestas puertas y verjas que escondían detrás todo un esplendor.

Julio detuvo a sus hombres a un centenar de pies de la verja que tan bien recordaba y se aproximó a ella solo. A medida que se aproximaba, una pequeña figura rechoncha, vestida con una sencilla túnica de esclavo y sandalias, se acercó también a las rejas para saludarlo. A pesar de que el hombre sonreía educadamente, Julio se percató de que sus ojos recorrían arriba y abajo la calle con una precaución que parecía automática.

—Vengo a hablar con el propietario de la casa —dijo Julio, sonriente y relajado.

—El general Antonido no está —respondió con cautela el guardián de la verja.

Julio asintió con la cabeza, como si ya se lo imaginara.

—Entonces tendré que esperar a que llegue. Debe conocer las noticias que le traigo.

—No puedes entrar mientras... —empezó a decir el hombre...

Con un movimiento brusco, Julio pasó el brazo a través de la verja, como le había visto hacer a Renio en una ocasión. El guardián retrocedió al verlo y casi se sale con la suya, pero los dedos de Julio consiguieron agarrarse a la túnica y tirar de ella con fuerza aplastándolo contra los barrotes.

—Abre la puerta —le dijo Julio al oído al hombre que luchaba por soltarse.

—¡No lo haré! Si conocieras al hombre a quien pertenece esta casa, no te atreverías. ¡Si no me sueltas, estarás muerto antes de que caiga el sol!

Julio tiró con todas sus fuerzas para atrapar al hombre contra los barrotes.

—No lo conozco. Soy yo el propietario de esta casa. Ahora abre la puerta o te mataré.

—Mátame entonces... no entrarás ni aun así —espetó el hombre, luchando aún ferozmente.

Llenó entonces los pulmones de aire dispuesto a gritar en busca de ayuda y Julio sonrió de pronto ante su valentía. Sin mediar más palabra, introdujo la otra mano entre los barrotes y del cinturón de aquel hombre logró extraer la llave de la verja. El guardián boqueó de rabia y Julio silbó para que sus hombres se acercaran.

—Ocupaos de él y que no se mueva. Necesito ambas manos para abrir el candado y la verja —ordenó Julio—. No le hagáis daño. Es un hombre valiente.

—¡Socorro! —consiguió decir el hombre antes de que las potentes manos de Ciro le tapasen la boca.

Julio encajó la llave en el ojo de la cerradura y sonrió al ver que cedía. Levantó el candado y la verja se abrió en el momento en que dos guardias aparecían estrepitosamente procedentes del patio, con las espadas en alto.

Los hombres de Julio maniobraron rápidamente para desarmarlos. Contra tantos, los dos guardias arrojaron las espadas en cuanto se vieron rodeados y el guardián se sofocó de ira al verlo. Intentó morderle la mano a Ciro y recibió un seco bofetón a modo de respuesta.

—Atadlos e inspeccionad la casa. No derramáis sangre —ordenó Julio, observando fríamente cómo sus hombres se dividían en parejas para inspeccionar la casa que tan bien conocía.

Apenas había cambiado. La fuente seguía allí y Antonido había dejado los jardines tal y como los había encontrado. Julio contempló el lugar donde había besado a Alexandria y podía haber trazado el camino hasta su dormitorio en las

dependencias litios esclavos sin que nadie lo guiara. Era fácil imaginarse a Mario riendo a carcajadas en algún lugar fuera de la vista y, en ese momento, Julio habría dado mucho con tal de ver una vez más a aquel gran hombre. La repentina tristeza del recuerdo le abrumo.

No reconoció a ninguno de los esclavos o criados que sus hombres, trabajando con una eficiencia admirable, estaban sacando de la casa y atando en el patio. Uno o dos de sus legionarios mostraba arañazos en la cara como resultado de la pelea, pero Julio observó complacido que, a pesar de ello, ninguno de los prisioneros había resultado herido. Si quería salir airoso del caso legal y recuperar sus derechos sobre la casa como heredero superviviente, sabía que era importante conseguirlo pacíficamente. Los magistrados serían miembros de la nobleza y cualquier historia de derramamiento de sangre en plena ciudad los pondría en contra de él de entrada.

Todo se llevó a cabo muy rápidamente y, sin discutir nada más, sus hombres depositaron a los cautivos en la calle, al guardián de la verja en último lugar. Lo habían amordazado para que dejara de gritar, aunque cuando Ciro lo dejó en la calle seguía aún mordisqueando airado. Julio cerró personalmente la verja con la llave que había hecho suya, guiñando un ojo a la rabiosa figura antes de desaparecer.

Sus hombres formaban en dos filas de cinco delante de él. No era suficiente para conservar la casa contra un asalto decidido y lo primero que debía hacer era enviar un par de mensajeros a la finca en busca de una cincuentena de sus mejores combatientes. Estaba muy bien plantearse llevar el caso a los juzgados, pero quien tuviera la posesión de la casa dispondría de una clara ventaja, y Julio estaba decidido a no perderla cuando regresara Antonido.

Al final, envió a tres de los corredores más veloces vestidos con las túnicas de mensajero que encontró en los almacenes de la casa. Su principal preocupación era que se perdieran en una ciudad desconocida para ellos y se maldijo por no haberse hecho acompañar de alguien de la finca que les ayudara a encontrar el camino de regreso hacia el puente sobre el Tiber.

Cuando se hubieron ido, se volvió hacia sus hombres, con una débil sonrisa extendiéndose en su rostro.

—Os dije que os encontraría residencia en Roma —dijo.

Los demás rieron, mirando a su alrededor agradecidos.

—Necesito a tres de vosotros montando guardia en la verja. Los demás los irán relevando cada tres horas. Permaneced alerta. Antonido regresará antes de que el día termine, estoy seguro. Llamadme en cuanto llegue.

La imagen de la futura conversación le alegró inmensamente mientras los guardias tomaban posiciones. Por la noche tendría la casa asegurada y entonces podría volcar su atención en la restitución del nombre de Mario para la ciudad, aunque para ello tuviera que enfrentarse con todo el Senado.

Bruto y Cabera se encontraban en la finca cuando llegaron dos de los mensajeros que enviaba Julio, el tercero rezagado unas millas. Acostumbrado al mando, Bruto organizó rápidamente a una cincuentena e inició la marcha de regreso a la ciudad. Julio no podía saber que una cantidad como aquella de soldados sería detenida a buen seguro antes de entrar, así que Bruto les pidió que se despojaron de los petos y las espadas. Les hizo entrar en la ciudad en parejas o tríos para volver a reunirse de nuevo una vez lejos de la vista de los guardias, que eran en Roma los ojos del Senado. El último en pasar fue el carro cargado con las armas y Bruto se encargó de él para sobornar al capitán de la puerta. Cabera extrajo una botella de vino de debajo de la cubierta que depositó en la mano del hombre junto a unas monedas y, con un guiño de complicidad, se les permitió el paso.

—No sé si sentirme satisfecho o asustado por lo fácil que ha sido —murmuró Bruto mientras Cabera azuzaba las riendas del par de bueyes que tiraban del pesado carro—. Cuando esto haya acabado, voy a sentir la tentación de volver a ver a este guardia y cruzar unas palabras con él. El soborno ni tan siquiera era demasiado generoso.

Cabera se rió a carcajadas mientras hacía chasquear las riendas en el aire.

—De haberlo sido habríamos levantado sospechas. No, hemos pagado justo lo necesario para hacerle creer que éramos tratantes de vino dispuestos a eludir los aranceles de la ciudad. Tú pareces un guardia y probablemente ha pensado que yo era un acaudalado propietario.

Bruto resopló.

—Ha pensado que tú eras el conductor del carro. Esa vieja túnica raída no me hace pensar precisamente en un acaudalado propietario —replicó, mientras recorrían las calles. Cabera dio airado un fuerte tirón a las riendas de cuero a modo de respuesta.

El carro obstruía limpiamente la calle; sus ruedas encajaban entre las piedras que utilizaban los peatones. No quedaba espacio por donde circular ni dar la vuelta y el avance hacia la casa de Mario era lento. Cabera estaba pasándolo en grande gritando a los demás conductores y sacudiendo el puño ante cualquiera que se atreviera a cruzar por delante suyo. Les seguían cuatro de los hombres de Julio, evidentemente satisfechos de tener un carro al que seguir a través del tortuoso laberinto de calles. Ni Bruto ni Cabera se atrevían a volver la cabeza, aunque Bruto se preguntaba cuántos de los hombres seguirían deambulando por los mercados después de la puesta de sol. Estaba seguro de que sus indicaciones habían sido muy simples y después de meses trabajando con la Primigenia en sus barracones, así como de sus continuos desplazamientos para visitar a su madre, conocía Roma mejor que nadie. Simulando verificar el estado de las ruedas del carro, Bruto miró a su alrededor y comprobó aliviado que el número de seguidores había aumentado hasta nueve de los hombres



que Julio quería. Esperaba que la maniobra no fuese demasiado evidente, o que los curiosos de Roma no se unieran a ellos y llegara a la antigua casa de Mario una procesión improvisada encabezada por el carro, echando a perder cualquier intento de andar a hurtadillas.

Cuando llegaron al camino de la colina que conducía a la gran casa que Bruto tan bien recordaba, vio una figura gesticulante gritándole a alguien situado detrás de la verja. Como mínimo la calle era lo bastante ancha como para estacionarse en ella y no detener de repente todo el tráfico de la zona, pensó agradecido.

—Salta y comprueba las ruedas, o lo que sea —le dijo en voz baja a Cabera, que descendió con escasa gracia y dio la vuelta al carro pronunciando la palabra «rueda» cada vez que se aproximaba a una de ellas. El hombre que gritaba junto a la verja no pareció percatarse de la presencia del carro cargado que acababa de estacionar cerca de donde él se encontraba, y Bruto se arriesgó a mirar de nuevo hacia atrás, parpadeando sorprendido ante el grupo de hombres que había llegado a congregarse detrás de ellos. Lo que era peor, habían formado filas y, a pesar de su vestimenta, parecían exactamente lo que eran: un grupo de legionarios queriendo pasar por ciudadanos. Bruto saltó del carro y se precipitó hacia ellos.

—No llaméis la atención, estúpidos. ¡Vais a conseguir que todas las casas de la zona empiecen a enviar a sus guardias para ver lo que estáis haciendo!

Los hombres se movieron de un lado a otro con incertidumbre y Bruto levantó la vista, exasperado. Era inútil. Los criados y los guardias de las puertas próximas se habían acercado a las verjas para observar al grupo de soldados allí arremolinado. A lo lejos, se oían gritos de alarma por su presencia.

—De acuerdo. Olvidémonos del secretismo. Buscad vuestras corazas y vuestras espadas en el carro y seguidme hasta la verja. ¡Rápido! Al Senado le dará un ataque en cuanto descubra que tiene un ejército dentro de la ciudad.

Con la incertidumbre disipada, los aliviados soldados se hicieron con su equipo y se lo enfundaron sin problema alguno. Fue solo cuestión de minutos y entonces Bruto le dijo a Cabera que detuviera sus labores de inspección del carro, algo que había seguido haciendo sin detenerse, anunciando cada vez con mayor fastidio la presencia de la rueda.

—Ahora, adelante —gruñó Bruto, sofocado al ver el número de mirones que estaba congregándose. Marcharon hacia las puertas en perfecta formación y, por un segundo, su turbación se distrajo para valorar rápidamente la profesionalidad de los hombres que le seguían. Serían perfectos para la Primigenia.

Antonido estaba rojo de ira cuando Julio finalizó la exposición de su postura.

—¡No te atreverás! —vociferó—. Apelaré al Senado. Esta casa es mía por derecho de compra y antes morirás que robármela.

—Yo no se la robo a nadie. No tienes ningún derecho a ofrecer dinero por una

propiedad que era de mi tío —replicó Julio, sin perder la calma y disfrutando de la furia de aquel hombre.

—Un enemigo del Estado, con sus tierras y su riqueza confiscadas. ¡Un traidor! —gritó Antonido. Lo que más le habría gustado era introducir las manos entre los barrotes y agarrar la garganta de aquel joven insolente, pero los guardias que lo escoltaban tenían las espadas en alto y los dos que lo escoltaban a él no eran nada en comparación. Pensó en lo que Julio podría encontrar en las estancias de la casa. ¿Había alguna prueba que le vinculara con la hija de Pompeyo? No lo creía, pero la idea le incomodaba, sumando un feroz matiz de pánico a su enojo.

—¿Un traidor nombrado por Sila, quien atacó su propia ciudad? —replicó Julio, abriendo los ojos—. Nombrado erróneamente, entonces. Mario defendió el Senado de un hombre que se instauraría a sí mismo como dictador. Era un hombre de honor.

Antonido escupió de asco en el suelo, y su saliva rozó casi el dobladillo de la ropa del guardián de la puerta, que seguía atado.

—Eso es por su honor —rugió, sujetándose a los barrotes de la verja.

Julio indicó a uno de sus hombres que se adelantara y Antonido fue obligado a soltar las manos.

—No se te ocurra poner tus manos en nada que me pertenezca —dijo Julio.

Antonido le habría respondido, pero el repentino estrépito de las sandalias de la legión procedente del camino de la colina le hizo detenerse. Miró hacia el lugar de donde procedía el sonido y una mirada maliciosa se cernió sobre su rostro.

—Ahora verás, criminal. El Senado ha enviado a hombres para restaurar el orden. Te haré apalazar y te abandonaré en las calles igual que tú has abandonado a mis hombres.

Se alejó de la verja para saludar a los recién llegados.

—Este hombre ha irrumpido en mi casa y ha abusado de mis criados. Quiero que lo arrestéis —dijo al soldado más próximo, con la saliva blanca consecuencia del esfuerzo cayéndole por las comisuras de la boca.

—La verdad es que tiene una cara amistosa. Dejemos que siga conservándola —respondió Bruto, sonriendo.

Durante unos instantes, Antonido no comprendió nada; luego entendió la cantidad de hombres armados que tenía delante y se percató de que no llevaban la insignia de ninguna legión.

Retrocedió lentamente, levantando la cabeza con actitud desafiante. Bruto se rió de él.

Antonido se situó entre sus dos guardias, quienes se agitaban nerviosos al verse rodeados de tantos posibles enemigos.

—El Senado me escuchará —espetó Antonido, afónico de tanto gritar.

—Diles a tus amos que acuerden una fecha para una audiencia. Defenderé mis

acciones dentro de la ley —replicó Julio, abriendo finalmente la verja para que Bruto pudiera pasar con los hombres que seguían en la calle.

Antonido le miró de reojo, luego dio media vuelta y se alejó dando grandes zancadas seguido por la pareja de guardias.

Julio detuvo a Bruto tocándole el brazo cuando pasó por su lado.

—Nada que ver con el encuentro tranquilo que imaginaba, Bruto.

Su amigo apretó los labios, incapaz por un momento de afrontar su mirada.

—Los he traído hasta aquí, ¿verdad? No tienes ni idea de lo complicado que es entrar hombres armados en esta ciudad. Los días de Mario escabullendo una cincuentena por aquí y por allí se han terminado.

Cabera se unió a ellos, cruzando las verjas abiertas junto con el último de los soldados.

—Los centinelas de las puertas de la ciudad me han tomado por un próspero mercader —dijo en voz baja.

Tanto Julio como Bruto le hicieron caso omiso, mientras se miraban el uno al otro. Finalmente, Bruto movió levemente la cabeza.

—De acuerdo, podría haber sido todo más suave.

La tensión entre ambos desapareció a medida que hablaban y Julio sonrió.

—Pero me lo pasé muy bien cuando creyó que erais del Senado —dijo, riendo entre dientes—. Pienso que solo por ese instante mereció la pena que los hombres llegaran públicamente.

Bruto seguía con aspecto apesadumbrado, aunque poco a poco la sonrisa fue asomando también en su rostro.

—Quizá. Mira, el Senado se enterará por él de que tienes contigo a todos esos hombres. No lo permitirán. Deberías plantearte trasladar algunos a los barracones de la Primigenia.

—Lo haré dentro de un tiempo, pero primero tengo que trabajar en mis planes. Debería trasladar también las restantes centurias que quedan en la finca. —Un pensamiento sorprendió entonces a Julio—. ¿Por qué el Senado no pone ninguna objeción a que la Primigenia esté en la ciudad?

Bruto se encogió de hombros.

—Están en las listas de la legión, no lo olvides, pero los barracones están, de hecho, en el exterior de las murallas del lado norte, cerca de la puerta del Quirinal. Dispongo de uno de los mejores campos de instrucción de Roma y Renio como maestro de espadas. Deberías verlo.

—Has conseguido mucho, Bruto —dijo Julio, sujetándolo por el hombro—. Roma no será la misma ahora que estamos de vuelta. Te traeré mis hombres tan pronto como esté seguro de que Antonido no vuelve a intentarlo.

Bruto le sujetó el brazo, y su entusiasmo desapareció.

—Necesitamos a tus hombres. La Primigenia tiene que crecer. No descansaré hasta que recupere su antigua fuerza. Mario...

—No, Bruto. —Julio se soltó—. No me has comprendido. Mis hombres me han jurado fidelidad solo a mí. No pueden estar bajo tu mando. —No quería ser duro con su amigo, pero era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—¿Qué? —respondió Bruto, sorprendido—. Mira, no forman parte de ninguna legión y la Primigenia dispone de menos de mil hombres. Lo único que tienes que hacer...

Julio sacudió la cabeza con decisión.

—Te ayudaré en el reclutamiento, tal y como prometí, pero no con estos. Lo siento.

Bruto lo miró con incredulidad.

—Pero si estoy reconstruyendo la Primigenia para ti. Seré tu espada en Roma, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo —respondió Julio, volviendo a tomarle del brazo—. Tu amistad es para mí lo más importante, exceptuando la vida de mi esposa y de mi hija. Llevo tu sangre en mis venas, ¿recuerdas eso? Y tú la mía en las tuyas.

Hizo una pausa y le apretó con fuerza el brazo que seguía sujetando.

—Estos hombres son mis Lobos. No pueden estar bajo tu mando.

Bruto se alejó dando un tirón, y sus facciones se ensombrecieron.

—De acuerdo. Quédate con tus Lobos mientras yo lucho por cada nuevo recluta. Regresaré a mis barracones y a mis hombres. Ven a verme cuando decidas llevar allí a tus soldados. Quizás entonces podamos discutir los gastos de alojamiento.

Se alejó y dio la vuelta a la llave de la verja para abrirla.

—¡Marco! —le gritó Julio.

Bruto quedó un momento inmóvil, luego abrió la verja y se alejó, dejándola oscilando a sus espaldas.

Incluso en compañía de los dos guardias que le quedaban, Antonido mantenía la mano en la daga que portaba en el cinturón mientras avanzaba a través de los oscuros callejones. Estrechos como eran, de noche proporcionaban demasiados escondites a los secuestradores como para permitirse relajarse. Caminaba respirando por la nariz, intentando ignorar los charcos de agua sucia que habían echado a perder sus sandalias en los primeros pasos que había dado lejos de las calles principales. Uno de sus hombres ahogó una palabrota cuando su pie resbaló sobre un montón de porquería lo bastante fresca como para no estar todavía completamente fría.

La luz del día rara vez penetraba en aquella parte de Roma y de noche las sombras adquirían un aspecto horripilante. Allí la ley no existía, los soldados no vendrían, ni los ciudadanos se atreverían a responder a una llamada de auxilio. Antonido sujetó la daga incluso con más fuerza, con la mirada fija en algo que se

revolvió con sus pisadas al pasar por su lado. No investigó de qué se trataba y siguió avanzando a ciegas dando traspiés, contando las esquinas palpándolas con las manos. Tres esquinas desde el principio, luego cuatro más abajo a la izquierda.

Incluso de noche, los callejones estaban transitados por peatones que el grueso de Roma nunca vería. Había escasa conversación entre la gente y eso los acallaba. Junto a los tres hombres pasaban figuras que no los reconocían, bordeando cabizbajos los charcos de suciedad. En los puntos donde las antorchas alumbraban el camino durante unos cuantos pasos, la gente esquivaba la luz, como si exponerse a ella fuese una invitación al desastre.

Únicamente la furia que sentía obligaba a Antonido a seguir adelante, e, incluso así, no lo hacía desprovisto de miedo. El hombre con quien tenía que encontrarse le había dicho que nunca se metiera en esas calles sin invitación previa. Perder su casa, sin embargo, le había proporcionado un coraje que nacía de la rabia. Pero incluso esta empezaba a desvanecerse en la oscuridad y la incomodidad iba en aumento.

Llegó por fin al punto que ya conocía, un cruce de cuatro calles entre muros manchados de humedad, en algún lugar profundo del corazón del laberinto. Se detuvo para localizar a su hombre, forzando la vista en la oscuridad. El agua goteaba lentamente sobre las piedras y un repentino ruido de pisadas hizo que sus guardias giraran en redondo, nerviosos, haciendo ostentación de sus dagas como si pretendiesen ahuyentar con ello a los espíritus.

—Te dije que no me buscaras hasta la última noche del mes —dijo una voz sibilante detrás del oído del general.

Antonido cayó casi presa del pánico; sus pies resbalaron sobre los adoquines húmedos al saltar horrorizado por sentirlo tan cerca. Su daga abandonó el cinturón como reacción, pero algo le agarró al instante por la muñeca dejándola inutilizada.

El hombre que tenía enfrente iba vestido con un manto con capucha de tela áspera y oscura, con las facciones ocultas, aunque apenas fuera necesario esconderlas debido a la oscuridad negra como la tinta que reinaba en los callejones. Antonido sintió náuseas ante el curioso aroma dulce que desprendía el hombre. Era el olor de la enfermedad, de la podredumbre enmascarada con aceites perfumados, y se preguntó de nuevo si el manto ocultaba algo más que solo una identidad. El hombre oscuro se acercó hasta el punto de prácticamente rozarle la oreja con los ocultos labios.

—¿Por qué has venido a montar un escándalo aquí, molestando a la mitad de mis vigilantes con tu ruidoso fisgoneo?

La voz era un silbido de enojo y estaba tan cercana que le transportaba aquella dulzura en forma de un cálido aliento, provocándole a Antonido unas náuseas secas. Se estremeció al notar la capucha rozándole la mejilla.

—Tenía que venir. Tengo más trabajo para ti y quiero que lo hagas rápido.

La presión en la muñeca aumentó, casi hasta el punto del dolor. Antonido no

podía volverse para encararse directamente al hombre, por miedo a que sus caras se rozasen. Lo que hizo fue apartar la vista, intentando no poner mala cara cuando el hedor mareante pareció inundar todo el aire que respiraba.

La oscura figura emitió un sonido de desaprobación, una serie de pequeños ruidos metálicos.

—Aun no he encontrado el camino para llegar al hijo de Craso. Es demasiado pronto para otro. Con las prisas, mis hermanos murieron. No me has pagado tanto como para perder hombres por ti, solo por el servicio.

—Olvídate de Craso. Ahora ya no me importa. Quiero que busques a la hija de Cinna y la mates. Ella es ahora tu objetivo. Deja una señal con el nombre de Sila como hiciste con la puta de Pompeyo.

Poco a poco, Antonido sintió que su muñeca era guiada de nuevo hacia el cinturón y, comprendiéndolo, enfundó la daga en cuanto notó que la presión aflojaba. Se mantuvo firme mientras esperaba, no atreviéndose a mostrar abiertamente la repulsa que sentía moviéndose de su posición. Sabía que si aquel hombre percibía algo parecido a un insulto, ni él ni sus hombres sobrevivirían para volver a ver de nuevo las calles principales.

—Debe estar bien custodiada. Tendrás que pagar por las vidas que yo pierda para dar con ella. El precio es diez mil sestercios.

Antonido apretaba la mandíbula para no respirar. Catón asumiría la deuda, de eso estaba seguro. ¿No había sido idea suya contratar a aquellos hombres? Hizo un convulsivo movimiento afirmativo de cabeza.

—De acuerdo. Lo pagaré. Haré que mis guardias traigan aquí el oro el día acordado, como la otra vez.

—Tendrás que encontrar a otros guardias. No regreses aquí sin invitación o el coste será más elevado —susurró la voz, alejándose rápidamente de él.

Siguieron a aquello unos pasos rápidos y, en un instante, Antonido se dio cuenta de que estaba otra vez solo. Con cautela, se aproximó al lugar donde habían permanecido firmes sus hombres, palpando con las manos y retrocediendo al sentir la humedad de sus gargantas abiertas. Se estremeció y regresó rápidamente por donde había venido.

## XXX

Julio llegó con sus hombres a los barracones de la Primigenia una hora antes del amanecer. Como Bruto había dicho, los edificios y el patio de instrucción eran impresionantes y Julio silbó para sus adentros al atravesar el arco exterior de la puerta principal, percatándose de la buena disposición de los centinelas y de las posiciones fortificadas que controlaban.

Los guardianes de la puerta tenían aviso de su llegada y saludaron a los soldados sin obligarlos a detenerse. Una vez dentro, sin embargo, con la pesada verja cerrada a sus espaldas, Julio se encontró en un campo de muerte similar al que encontrara entre las murallas de Mitilene. Cualquiera de los edificios que flanqueaban el patio principal podía haber estado lleno de arqueros y, sin alternativa para la retirada, el único camino de salida era estrecho y también interrumpido por hendiduras en los muros donde situar más arqueros. Julio se encogió de hombros mientras sus centurias se detenían siguiendo sus órdenes, alineando las filas hasta llenar el patio formando un cuadrado perfecto.

Julio se preguntaba cuánto tiempo más le tendría esperando Bruto. Resultaba difícil predecirlo después de tanto tiempo alejado de su más viejo amigo. El chico que había conocido estaría ya allí, pero el hombre que lideraba los restos de la Primigenia había cambiado mucho durante el tiempo que habían permanecido separados... tal vez lo bastante como para enterrar al chico, no lo sabía aún.

Sin ningún indicio externo que delatara su impaciencia, Julio permaneció impasible junto a sus hombres mientras los minutos iban alargándose. Necesitaba los barracones y, por lo que Tubruk había dicho, eran tan buenos como afirmaba Bruto. Al fin y al cabo, con Craso respaldando la compra, los fondos eran lo bastante cuantiosos como para adquirir lo mejor de la ciudad. Mientras esperaba, Julio se planteó comprar una parte de los barracones para no dejarlo todo en manos de Craso. En privado, estaba de acuerdo con Tubruk en que la relación que el rico senador estaba alentando podía convertirse en una espina en el futuro, independientemente de lo amistoso que pareciera en aquellos momentos.

Bruto surgió del edificio principal con Renio a su lado. Julio observó con interés el muñón tapado del brazo izquierdo de Renio. Bruto parecía aún furioso y las esperanzas de Julio se esfumaron.

Cuando Bruto llegó junto a él, se detuvo en seco, ofreciendo el saludo de un igual a otro. Julio lo devolvió sin dudarle. Por un instante, Julio sintió dolor por la distancia que su firme resolución abría entre ellos. No cedería. No deseaba utilizar los dones de Bruto para adularlo y controlarlo. Ese tipo de manipulación estaba destinada a enemigos o aliados formales, no al chico con quien había capturado un cuervo tantos años antes.

—Bienvenido a los barracones de la Primigenia, tribuno —dijo Bruto.

Julio sacudió la cabeza ante la formalidad del tono. Sintió cierta irritación y se dirigió por ello a Renio, ignorando a Bruto.

—Me gusta verte, viejo amigo. ¿Puedes hacerle comprender que estos hombres no son de la Primigenia?

Renio le devolvió impasible la mirada un segundo antes de responder.

—No es momento para andar dividiendo tus fuerzas, muchacho. El día de reclutamiento en el Campo ya ha pasado este año... no habrá hombres adicionales para otra legión. Vosotros dos deberíais olvidaros de ir por ahí hinchando el pecho y hacer las paces de una vez.

Julio estalló airado.

—Por los dioses, Bruto, ¿qué te gustaría que hiciera? La Primigenia no puede tener dos comandantes y mis hombres me han jurado fidelidad. Los encontré por los pueblos y los convertí en legionarios a partir de cero. No puedes pretender que los entregue a otro comandante después de todo lo que han pasado a mi lado.

—Pensaba... que tú, más que nadie, deseabas ver la Primigenia otra vez con todas sus fuerzas.

—Como tribuno, puedo reclutar soldados para ti. Los buscaré por todo el país. Juro que reconstruiré la Primigenia. Le debo a Mario tanto como tú, y más.

Los ojos de Bruto escudriñaron los de Julio, valorando sus palabras.

—Pero ¿construirás además tu propia legión? ¿Buscarás un nuevo nombre que añadir a las listas? —preguntó con voz tensa.

Julio dudó y Renio tosió para aclararse la voz antes de hablar. La costumbre de años de obediencia le obligaba a esperar que terminasen. Miró a Julio a los ojos, sujetándole.

—La fidelidad es un valor excepcional, chico, pero Bruto arriesgó su vida por ti cuando la Primigenia fue incluida de nuevo en las listas. Ahora cuenta con la oposición de hombres como Catón y lo hizo por ti. No hay ningún conflicto. La Primigenia es tu legión, ¿no lo ves? Tus hombres pueden jurar, prestar servicio bajo un nuevo juramento y seguir siendo tuyos.

Julio miró a los dos hombres; era como regresar otra vez a su infancia. De mala gana, sacudió negativamente la cabeza.

—No puede haber dos comandantes —dijo.

Bruto le miraba fijamente.

—¿Estás pidiéndome que preste juramento ante ti? ¿Qué te entregue el mando?

—¿Cómo si no podrías ser mi espada, Bruto? Pero no puedo pedirte que renuncies al rango que siempre soñaste tener. Es demasiado. —Julio le sujetó el brazo con cariño.

—No —murmuró Bruto, cambiando de repente su decisión—. No es demasiado.



Entre nosotros existen juramentos más antiguos y siempre juré que estaría allí cuando me reclamases. ¿Me reclamas ahora?

Julio respiró hondo, lentamente, valorando a su amigo y sintiendo que el corazón le latía en el interior del pecho a una velocidad increíble.

—Te reclamo —dijo en voz baja.

Bruto asintió con firmeza; la decisión estaba tomada.

—Entonces prestaré juramento con tus Lobos y empezaremos hoy mismo con el renacimiento de la Primigenia.

Con una guardia compuesta únicamente por cinco hombres, Julio caminaba por las bulliciosas calles de la ciudad siguiendo las indicaciones que Tubruk le había suministrado. Avanzaba entre la multitud con la moral alta. La casa de su tío estaba en su posesión y bien guardada por veinte soldados. Y, más importante aún, había solucionado el problema relativo a qué hacer con la Primigenia. Bendecía en silencio a Bruto y a Renio por la lealtad que le profesaban. A pesar de su orgullo, una parte de él le decía en voz baja que al final había manipulado el amor que hacia él sentían sus amigos con la misma frialdad con la que habría manipulado a un enemigo. No había otra manera de hacerlo, se dijo, pero la voz interior no callaba.

Julio encontró sin dificultad la tienda de Tabbic; no estaba muy lejos de la casa de Mario. A medida que se acercaba, la emoción iba apoderándose de él. No había visto a Alexandria desde el día de su boda y al principio había tenido miedo de preguntarle a Tubruk si había sobrevivido a la terrible lucha que siguió a su huida de la ciudad. Le asaltaron dudas en el momento en que puso la mano en la puerta, y experimentó un asomo del antiguo nerviosismo que le embargaba en su presencia. Sacudió la cabeza asombrado al reconocer aquel sentimiento y luego entró; sus hombres quedaron bloqueando el estrecho paso exterior.

Alexandria estaba a escasos pasos de distancia de la puerta y se volvió dispuesta a saludar a quienquiera que hubiera entrado. Al verlo se echó a reír, con la sencilla satisfacción de volver a ver a un viejo amigo. Estaba de pie con un collar de oro en el cuello, y Tabbic trabajaba detrás de ella en el cierre.

Julio la observó atentamente. El oro le iluminaba el cuello con su reflejo y ella parecía haber encontrado una pose o una confianza de la que anteriormente carecía.

—Estás preciosa —dijo, cerrando a sus espaldas la puerta de la tienda.

—Eso es porque estoy al lado de Tabbic —dijo ella en voz baja.

Tabbic gruñó, centrado en su trabajo. El joyero observó al recién llegado a la tienda y se enderezó con una mano apoyada en las lumbares.

—¿Compras o vendes? —preguntó, retirando el collar del cuello de Alexandria. Julio sintió verlo desaparecer.

—Ninguna de las dos cosas, Tabbic. Julio es un viejo amigo —respondió Alexandria.

Tabbic asintió dando con ello una cautelosa bienvenida.

—¿El que cuida de Octaviano?

—El niño está bien —dijo Julio.

Tabbic sorbió por la nariz, apenas pudiendo disimular una breve sonrisa de cariño.

—Me alegro de ello —dijo en voz baja, antes de desaparecer en la trastienda con el collar y dejarlos solos.

—Estás más delgado, Julio. ¿Es que no te alimenta esta esposa tan preciosa que tienes? —preguntó Alexandria con candidez.

Julio se echó a reír.

—Llevo solo un par de días aquí. Tengo la antigua casa de Mario como residencia en la ciudad.

Alexandria pestañeó sorprendida.

—Un trabajo rápido —dijo—. Creía que allí vivía el general de Sila.

—Vivía. Tendré que presentarme al Tribunal del Foro para conservarla, pero me dará una oportunidad para limpiar el nombre de Mario en la ciudad.

La sonrisa de Alexandria desapareció al recordar los tiempos difíciles y buscó ocupar sus manos quitándose el mandil, maldiciendo al ver que el nudo se resistía a sus dedos. Julio deseaba acercarse a ella para ayudarla, pero se resistió con un esfuerzo de voluntad. Al entrar en la tienda le había sorprendido percibir aquel destello de la antigua atracción que sentía por ella. Le preocupaba lo bastante como para mantenerse bien alejado hasta que ella misma terminara de deshacer los lazos.

«Eres un hombre casado», se dijo firmemente, aunque notó que se ruborizaba cuando ella volvió a mirarle.

—¿Y cómo es que has venido a nuestra humilde y pequeña tienda? Dudo que sea solo para verme, Julio.

—Podría ser. Me sentí satisfecho cuando Tubruk me contó que habías sobrevivido. También supe que Metella se había quitado la vida. —Como siempre le había ocurrido con Alexandria, se encontró buscando las palabras, molesto por su falta de fluidez.

Alexandria se volvió hacia él; le brillaban los ojos.

—No la habría dejado sola de haber sabido lo que pensaba hacer. Dioses, me la habría traído conmigo aquí con Tabbic. Fue una víctima, como muchos de los hombres que ese malnacido de Sila asesinó en las calles. Lo único que siento es que muriera tan rápidamente como dicen. Me habría gustado para él una muerte lenta.

—No lo he olvidado, por mucho que el Senado parezca quererlo —coincidió Julio, con un tono de amargura en la voz. Se produjo entre ellos una mirada de comunicación silenciosa, un recuerdo para los que habían perdido y una intimidad mucho más renovada de lo que ambos habrían imaginado.

—¿Se lo harás pagar, Julio? Odio la idea de la inmundicia que vi entonces deambulando aún en libertad por ahí. Roma es un lugar más sucio de lo que se ve desde el foro, lo sé.

—Haré lo que pueda. Empezaré obligándoles a honrar a Mario, algo que se le atragantará a más de uno —replicó muy serio.

Ella volvió a sonreírle.

—Dioses, me alegro de verte la cara después de tanto tiempo. Me lleva otra vez al pasado —dijo, y él volvió a sonrojarse mientras ella reía entre dientes al recordar. La confianza que mostraba como mujer libre la hacía prácticamente irreconocible, pero, aun así, sentía que era alguien en quien podía confiar por el simple hecho de haber formado parte de los viejos tiempos. La voz más cínica de su interior sospechaba que estaba siendo desesperanzadamente ingenuo. Todos habían cambiado y Bruto debería ser ya un recordatorio suficiente de ello.

—Nunca te di las gracias por el dinero que le dejaste a Metella para cuando fuese libre —dijo ella—. Compré con él una parte de esta tienda. Significó mucho para mí.

Le quitó la importancia al agradecimiento haciendo un gesto con la mano.

—Quería ayudarte —replicó, cambiando el peso del cuerpo al otro pie.

—¿Has venido a la tienda para ver cómo lo había gastado?

—No, sé que he dicho que tal vez había venido a verte solo por la amistad, pero resulta que... —empezó.

—¡Lo sabía! ¿Quieres un colgante para tu mujer, o un broche estupendo? Te prepararé algo especial para que haga juego con sus ojos. —Su alegría contrastaba con el estado de ánimo más serio de Julio, tan distinto del chico balbuceante que había conocido.

—No, es para el juicio y para después. Quiero encargarme de escudos de bronce en honor a Mario; su retrato, sus batallas, incluso su muerte al caer la ciudad. Quiero que relaten la historia de su vida.

Alexandria se acarició el cabello, que llevaba recogido, dejando la mano a su paso rastos diminutos de hilos de oro. Las motas captaban la luz cuando se movía y, a pesar de sí mismo, lo que más le habría gustado a Julio en aquel momento era deslizar delicadamente el dedo sobre su piel para arrastrarlas. Se concentró, enojado consigo mismo.

Ella frunció el ceño pensativa y cogió de un estante un estilete y una tablilla de cera.

—Deberían ser grandes, quizá de un metro de ancho para que se vieran bien desde lejos.

Empezó a grabar bocetos en el envés de cera, aguzando la vista hasta casi cerrar un ojo. Julio la observó retirarse el mechón de cabello suelto que le caía sobre la frente. Tubruk le había dicho que era buena en su oficio y era un hombre en cuya

opinión se podía normalmente confiar.

—El primero sería un retrato. ¿Qué opinas de este?

Volvió la tablilla hacia él y vio entonces una cara que reconoció enseguida. Las facciones tenían algo de la fuerza que él recordaba y aquellas sencillas líneas eran el reflejo perfecto de la vida que había llenado a Mario.

—Es él. No sabía que fueras capaz de hacer estas cosas.

—A Tabbic le encanta enseñar. Puedo hacerte los escudos, pero solo el material resultará ya muy caro. No quiero regatear contigo, Julio, pero estás hablando de meses de trabajo. Es el tipo de obra que podría darme un nombre en la ciudad.

—No importa lo que cueste. Confío en que me pidas un precio justo, pero lo necesitaré en cuestión de semanas, no de meses. Con Antonido clamando por su casa perdida, el Senado no tendrá el juicio pendiente durante mucho tiempo. Necesito que me hagas el mejor trabajo que puedas lo más rápidamente posible.

—¡Tabbic! —gritó Alexandria.

El entrecano orfebre emergió de la trastienda, sin soltar sus herramientas. Ella le explicó rápidamente el asunto y Julio sonrió al percibir el interés que iluminaba las facciones de aquel hombre. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento.

—Puedo ocuparme del trabajo habitual de la tienda, pero los broches que tenemos pedidos tendrán que esperar. La verdad —se acarició pensativo la barbilla— es que podríamos subir el precio de los que ya has terminado, lo que no haría daño alguno. Tendremos que alquilar unas instalaciones de mayor tamaño y una forja mucho más grande. Veamos... —Cogió otra tablilla de la estantería y los dos juntos estuvieron largo rato escribiendo y hablando en voz baja mientras Julio observaba exasperado. Finalmente llegaron a un acuerdo y Alexandria se volvió hacia él; el oro entre su cabello brillaba todavía en contraste con su piel.

—Acepto el encargo. El precio dependerá de los fallos que tengamos que refundir. Cuando dispongas de un par de horas libres, tendremos que discutir las escenas que quieres.

—Ya sabes dónde estoy —dijo—. Siempre puedes venir si necesitas verme.

Alexandria jugueteó inconscientemente con el estilete; se sentía incómoda de repente.

—Preferiría que vinieses tú —dijo, no dispuesta a explicar el modo en que su antigua casa había puesto a prueba su valor la última vez que había cruzado la verja.

Julio comprendió aun sin que ella dijera nada.

—Así lo haré. Puedo incluso traer conmigo a ese niño cuando venga. Tubruk dice que siempre está hablando de ti y de... Tabbic.

—Hazlo. Ambos le echamos mucho de menos. Su madre va a verle cuando puede, pero al chico debe de resultarle duro estar alejado de ella —dijo Alexandria.

—Es el terror de la casa. Hace pocos días, Tubruk lo encontró montando mi

caballo por los campos.

—¿No le pegó? —preguntó enseguida Alexandria.

Julio negó con la cabeza, sonriente.

—Nunca lo haría. Tuvo suerte de que no fuese Renio quien lo encontrara, aunque no sé cómo podría darle una paliza con una sola mano. Dile a su madre que no se preocupe. Mi sangre corre por sus venas, cuidaré de él.

—Nunca ha tenido un padre, Julio. Los chicos los necesitan más que las chicas.

Julio dudó; no deseaba aquella responsabilidad.

—Entre Renio y Tubruk, creo que van a criarlo como es debido.

—No tienen su misma sangre, Julio —replicó ella, sosteniéndole la mirada hasta que él apartó la vista.

—¡De acuerdo! Lo tendré conmigo, aunque no he disfrutado de un momento de paz desde que he llegado a la ciudad. Cuidaré de él.

Ella le sonrió con picardía.

—«Para un hombre no hay mejor manera de ejercitar su talento que educando a su hijo» —citó.

Julio suspiró.

—Eso solía decir mi padre —dijo.

—Lo sé. Y tenía razón. Ese chico no tiene ningún futuro si sigue deambulando por las calles de la ciudad. Ninguno. ¿Dónde estaría Bruto si tu familia no se hubiese hecho cargo de él?

—Ya he dicho que sí, Alexandria. No es necesario que insistas hasta la saciedad.

Sin previo aviso, Alexandria levantó la mano para acariciar la cicatriz blanca que le cruzaba la frente.

—Deja que te mire —dijo, acercándose y soplando suavemente—. Tienes suerte de estar vivo. ¿Es por eso que tu mirada es distinta?

El se encogió de hombros, dispuesto a dar un vuelco a la conversación. Pero los recuerdos le vinieron a la mente, la lucha a bordo del *Accipiter*, la herida en la cabeza que había tardado meses en curarse, los ataques persistentes.

—Nada es lo mismo desde que me fui —dijo—. O todo lo es, y yo he cambiado demasiado para verlo así. Dice Cabera que podría seguir sufriendo ataques toda la vida, aunque también podrían desaparecer mañana mismo. No hay forma de saberlo. —Extendió la mano izquierda y la observó con los ojos entrecerrados, pero se mantenía firme.

—A veces pienso que la vida no es más que dolor con algunos momentos de alegría —dijo ella—. Eres más fuerte que antes, Julio, incluso con la herida. He descubierto que el truco consiste en esperar a que pase el dolor y aprovechar los momentos de felicidad sin preocuparse por el futuro.

Él bajó la mano, avergonzado de repente por haber comentado tan íntimamente

sus miedos. No suponían ninguna carga para ella, ni para nadie, excepto para sí mismo. Era un cabeza de familia, un tribuno de Roma y el general de la Primigenia. Resultaba extraño que no pudiera disfrutar del placer que sabía que un sueño como aquel le habría proporcionado en otros tiempos.

—¿Has visto a... Bruto? —preguntó Julio, después de una pausa.

Ella se volvió y se mantuvo ocupada arreglando las herramientas del banco de trabajo de Tabbic.

—Estamos viéndonos —dijo.

—Oh. No le he dicho que nosotros...

Alexandria soltó una repentina carcajada, mirándolo por encima del hombro.

—Mejor que no. Ya hay bastante competencia entre vosotros dos sin ponerme a mí de por medio.

Asombrado, Julio percibió que un arranque de celos embargaba sus pensamientos. Luchó contra ellos. Alexandria no era suya y, excepto por un recuerdo que pertenecía a un pasado lejano, nunca lo había sido. Ella no parecía percibir la turbulencia íntima de sus pensamientos mientras la observaba.

—Manténlo a tu lado, Julio. Roma es más peligrosa de lo que te imaginas —dijo.

Julio casi sonrió ante la idea de todo a lo que había tenido que sobrevivir para volver a la ciudad, pero el hecho de que su vida fuera importante para ella le devolvió la sensatez.

—Así lo haré —dijo.

Fuera de la ciudad, Julio desmontó de su caballo para recorrer a pie las últimas dos millas que lo separaban de su casa. Mientras avanzaba con las riendas colgando del brazo, iba dándole vueltas en la cabeza a sus planes. Los acontecimientos se habían desarrollado con tal rapidez desde su regreso que resultaba difícil asimilarlos. La obtención del cargo de tribuno, la toma de la casa de Mario y el mando de la Primigenia; ver de nuevo a Alexandria; Octaviano; Cornelia. Era para él como una desconocida. Caminaba con el entrecejo fruncido, sosegado por el retumbar de los cascos en el suelo, a su lado. Su recuerdo le había ayudado a superar los peores momentos del cautiverio. El deseo de volver a ella constituía su fuerza para superar las heridas, la enfermedad y el dolor. Y a pesar de ello, cuando por fin consiguió abrazarla, era como si se tratase de otra persona. Esperaba que con el tiempo la situación fuera distinta, pero una parte de él seguía suspirando por la esposa que amaba, aunque estuviera tan solo a una milla de distancia y esperando su llegada.

El pleito que se aproximaba no le preocupaba en absoluto. Había pasado más de seis meses de monotonía en la bodega de un barco perfilando el modo de defender a Mario y, si Antonido no le hubiese dado la oportunidad, sabía que habría forzado el tema de otra manera. No podía soportar que su tío siguiera siendo en la ciudad un personaje vergonzoso.

Cornelia se acercó a la verja para recibirle y él la besó. Se le ocurrió, con retraso, que existían otras cosas entre marido y mujer que había dejado de lado durante las dos noches transcurridas desde su regreso. Estaba seguro de que la intimidad restauraría el amor que sentía por ella. Con la veloz desaparición del agotamiento del viaje, volvió a besarla, recreándose en el beso, y, absorto como estaba en sus pensamientos, no se percató de que ella quedaba rígida, presa por un repentino ataque de pánico. Pasó el caballo al cuidado del esclavo que esperaba para atenderle.

—¿Te encuentras bien? —le susurró al oído. El aroma de su perfume llenó sus pulmones de frescor. Ella asintió en silencio.

—¿Duerme la niña, esposa?

Ella echó la cabeza atrás para observarle.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, luchando por mantener la calma.

—Te lo mostraré si quieres —dijo, volviendo a besarla. Se adentraron juntos en la intimidad de la casa; la piel de ella era pálida y preciosa.

Se sentía torpe en la alcoba, y ocultaba su nerviosismo con besos mientras iba arrojando sus ropas al suelo. Las respuestas de Cornelia ocultaban algo extraño y no estaba seguro de que fuera únicamente la larga separación. Considerándolo bien, se habían conocido durante muy poco tiempo y sabía por ello que no debía esperar que la intimidad resultase sencilla, por lo que la animó a relajarse acariciándole el cuello y deslizado la mano delicadamente por su espalda mientras ambos permanecían sentados desnudos, alumbrados tan solo por la luz tenue de una lámpara que inundaba la estancia de un resplandor dorado.

Cornelia aguantó sus besos con el deseo de expulsar con lágrimas el dolor que sentía por el daño que había sufrido. No le había explicado a nadie lo que Sila le había hecho, ni siquiera a Clodia. Era una vergüenza que esperaba olvidar, algo que había arrinconado con éxito en lo más profundo de su interior hasta llegar a pensar casi que no había sucedido. Se movía al compás de la excitación de Julio, pero no sentía otra cosa que no fuese el miedo provocado por la aparición espontánea de los recuerdos de la última visita al dictador. Oía de nuevo el llanto de su hija en la cuna mientras Sila la forzaba y las lágrimas empezaron a caer lentamente instigadas por la crueldad de unos recuerdos que emergían a la superficie con una fuerza espantosa.

—No creo que pueda, Cayo —dijo, con voz entrecortada.

—¿Qué sucede? —preguntó Julio, sorprendido por las lágrimas.

Cornelia se acurrucó y él la abrazó, descansando la cabeza sobre la suya; el llanto convulsionaba su cuerpo.

—¿Te ha hecho daño alguien? —susurró él, y un enorme vacío se apoderó de su pecho mientras expresaba aquellos terribles pensamientos.

Al principio no podía responderle, pero entonces empezó a musitar, con los ojos cerrados con fuerza. No lo peor de todo lo acontecido, sino el inicio, el terror del

embarazo, la rabia inútil de saber que en toda Roma nadie podía detener las acciones de Sila.

Julio escuchaba sintiendo que una enorme tristeza se apoderaba de él. Sin previo aviso, las lágrimas de rabia y frustración aparecieron en sus ojos al pensar en todo lo que ella había pasado. Se controló furiosamente, mordiéndose el labio para no pronunciar todas las preguntas que quería formular, esas preguntas estúpidas e insustanciales que no servirían para otra cosa que 110 fuese herirlos a ambos todavía más. Nada de aquello importaba, excepto abrazarla y abrazarla hasta que el llanto fue apagándose lentamente para convertirse en minúsculos escalofríos de dolor.

—Ya está muerto, Lía. No puede hacerte más daño ni volver a atemorizarte — dijo.

Le explicó cómo el amor que por ella sentía le había dado fuerzas cuando pensaba que iba a volverse loco en la oscura bodega, lo orgulloso que se había sentido en la boda, lo mucho que ella calificaba en su vida. Sus lágrimas se secaron junto con las de ella y, cuando la luna empezó a dar paso al amanecer, durmieron, alejados el uno del otro.



## XXXI

El sol se encontraba tan solo un par de palmos por encima del horizonte y Tubruk vio a Julio inclinado sobre el muro exterior de la finca, cubriéndose el pecho desnudo con una manta para protegerse del frío de la mañana.

—Tienes mala cara —le dijo el viejo gladiador. Para su sorpresa, Julio no le respondió y apenas pareció darse cuenta de su llegada. Tenía los ojos enrojecidos después de haber dormido únicamente un par de horas, y la brisa gélida producía escalofríos en su piel que él se limitaba a ignorar. Tubruk observó el contraste de los trazos blancos de las cicatrices sobre la piel bronceada, un recuerdo grabado de antiguos dolores y batallas.

—¿Julio? —preguntó con delicadeza Tubruk. No hubo respuesta, aunque Julio dejó caer la manta al suelo para quedar únicamente vestido con las sandalias y los *bracae* que le cubrían hasta la mitad de los muslos.

—Necesito correr un rato —dijo Julio, contemplando los bosques de la colina que tenían enfrente. Su voz resultaba tan fría como la brisa y Tubruk entrecerró preocupado los ojos.

—Vendré contigo, muchacho, si no te importa esperarme —dijo, y viendo que Julio se encogía de hombros, regresó a la casa para despojarse de la gruesa túnica y las mallas que llevaba puestas.

Cuando regresó, Julio estaba realizando lentos ejercicios de estiramiento para calentar los músculos de las piernas y el administrador de la finca siguió el ejemplo, abrochándose antes las tiras de cuero del tobillo de las sandalias en lo alto de la pantorrilla. Cuando ambos estuvieron listos, partieron en dirección a la colina, Julio marcando el paso.

Tubruk recorrió con facilidad la primera milla a través de los bosques, satisfecho de no haber descuidado su forma física. Pero luego, cuando el pecho empezó a arderle debido al esfuerzo, miró de reojo a Julio. Corría a paso ligero por el accidentado sendero; sus pulmones hinchaban su pecho en respiraciones lentas y prolongadas. Tubruk le seguía, y se mantenía a su altura durante breves aceleraciones, para volver luego, una y otra vez, a recuperar un ritmo más lento. Julio no hablaba y seguía avanzando, con el sudor cayéndole en gotas que le provocaban escozor en los ojos.

Después de otra milla, abandonaron la frialdad de color verde oscuro de los bosques y recorrieron el perímetro de la finca. Tubruk empezaba a jadear y su respiración era entrecortada y dolorosa; las piernas protestaban. Por muy en forma que estuviera, no había hombre de su edad capaz de resistir durante mucho tiempo aquel ritmo agotador y Julio no mostraba señales de agotamiento, como si ignorara, olvidara incluso, el malestar que pudiera sentir su cuerpo. Tenía la mirada fija al

frente, corría tremendamente concentrado y no se percataba de que Tubruk estaba empezando a sufrir. Por algún motivo desconocido, el viejo gladiador comprendía que era importante estar presente cuando Julio cayera finalmente agotado, pero el esfuerzo estaba haciéndole ver lucecitas centelleantes y el corazón le latía con fuerza, generando oleadas de calor que se sumaban a una sensación de mareo que iba en aumento.

Julio se detuvo en seco sin previo aviso, apoyando las manos en las rodillas y respirando hondo. Tubruk paró al instante, agradecido por aquel respiro. Avanzó poco a poco para bloquear el camino que seguía Julio, esperando que no volviera a empezar después de unos breves segundos de pausa.

—¿Estabas al corriente de lo que le sucedía a Cornelia? —le preguntó Julio.

Tubruk sintió frío; su agotamiento era irrelevante.

—Sí —dijo apesadumbrado—. Me lo explicó Clodia.

Julio maldijo de repente, preso violentamente de la ira, apretando los puños, con la emoción incontrolada sofocándole más aún la cara. Tubruk dio un paso hacia atrás lleno de asombro. El hombre de menor edad caminaba de un lado a otro, con la rabia forzando sus manos a buscar en el aire algo que agarrar y matar. Tenía los ojos clavados en el administrador de la finca y Tubruk tuvo que armarse de toda su fuerza de voluntad para devolverle la mirada.

—Me dijiste que la protegerías —le gruñó Julio, dando un paso hacia Tubruk que le colocó solo a escasos pies de la cara del anciano—. ¡Confíaba en ti para su seguridad!

Julio levantó el puño en un espasmo repentino y Tubruk se mantuvo inmóvil, dispuesto a aceptar el puñetazo. Lo que hizo Julio, en cambio, fue resoplar y dar media vuelta.

Tubruk habló en voz baja, concedor de las emociones que se habían hecho con el control de Julio.

—Actué cuando Clodia me lo contó —dijo.

Julio no parecía escucharle.

—Ese malnacido de Sila la aterrorizó, Tubruk. Puso en ella sus asquerosas manos —dijo Julio, e irrumpió en sollozos. Cayó lentamente arrodillado sobre la maleza, tapándose los ojos con la mano. Tubruk se agachó y abrazó al joven, atrayéndole hacia su pecho con un gran esfuerzo. Julio no se resistió; su voz era un gruñido sofocado.

—Pensaba que la odiaría, Tubruk, ¿puedes creerlo?

Tubruk lo abrazó con fuerza, dejando que el dolor siguiera su curso. Cuando por fin Julio se tranquilizó, Tubruk lo soltó y le miró a la cara, pálido de pesar.

—Le maté, Julio. Maté a Sila cuando me enteré —dijo. Julio abrió los ojos sorprendido y Tubruk continuó, aliviado de poder explicarlo por fin—. Obtuve un

puesto de esclavo en las cocinas y envenené su comida con acónito.

Julio se desbloqueó en el instante en que se percató del peligro que corrían. Agarró a Tubruk por los brazos con todas sus fuerzas.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo Clodia. No se lo dije a Cornelia para protegerla —respondió Tubruk, resistiendo su impaciencia por librarse de aquel abrazo.

—¿Nadie más? ¿Estás seguro? ¿Podrían reconocerte?

Finalmente enojado, Tubruk levantó las manos y se liberó de los dedos rígidos de Julio con un gruñido.

—Todos los que podían identificarme están muertos. Mi amigo de treinta años de edad que me vendió a la casa de Sila murió torturado sin delatarme. Salvo Clodia y nosotros, nadie más puede relacionarme, lo juro. —Observó la dura mirada de Julio y habló lentamente entre dientes, imaginando lo que pensaba—. No tocarás a Clodia, Julio. No se te ocurra.

—Mientras siga con vida, mi esposa y mi hija corren peligro —replicó Julio, imperturbable.

—Y mientras yo siga con vida. ¿Me matarás también a mí? Tendrás que hacerlo, te doy mi palabra, si le haces daño a Clodia, o vendré yo a por ti.

Ambos hombres permanecían el uno junto al otro, rígidos de tensión. El silencio entre ellos crecía, pero ninguno apartaba la vista. Entonces Julio se estremeció y la mirada maniaca desapareció de sus ojos. Tubruk siguió observándolo; necesitaba que confirmara su comentario. El hombre más joven habló por fin.

—De acuerdo, Tubruk. Pero si los seguidores de Sila vienen alguna vez a por ella, o a por ti, no tiene que haber ninguna relación con mi familia.

—¡No me pidas eso! —replicó Tubruk, furioso—. Llevo decenios al servicio de tu familia. ¡No daré mi sangre y también la de ella! La quiero, Julio, y ella me quiere. Mi deber, mi amor por ti, no llega hasta hacerle a ella algún daño. Eso no sucederá.

—En cualquier caso, sé que no hay camino que me una a Sila, ni a ti. Tengo sangre en mis manos para demostrarlo.

Cuando Julio volvió a hablar, su voz sonaba agotada.

—Entonces debes marchar. Tengo dinero suficiente como para instalarte en algún lugar alejado de Roma. Puedo concederle la libertad a Clodia y puedes llevártela contigo.

Tubruk apretó la mandíbula.

—¿Y tu madre? ¿Quién cuidará de ella?

En el hombre más joven no quedaba rastro de pasión, estaba exhausto y vacío.

—Está Cornelia, y podemos contratar a otra aya. ¿Qué otra elección queda, Tubruk? ¿Crees que me gusta? Has estado toda la vida conmigo. No puedo imaginarme sin ti como administrador de la finca, pero los partidarios de Sila siguen

buscando a los asesinos, lo sabes. ¡Oh, dioses, la hija de Pompeyo!

Se paralizó, horrorizado, al ver las implicaciones que la muerte podía tener sobre su hogar. Su voz se tornó un susurro ronco.

—Dan palos de ciego. ¡Cornelia ya corre peligro! —dijo. Sin pronunciar una palabra más, salió corriendo hacia su casa, atajando por la izquierda en dirección al estrecho puente que cruzaba el arroyo. Tubruk maldijo para sus adentros y salió corriendo tras él, aunque sus agotadas piernas eran incapaces de acortar las distancias. Tan pronto como hubo hablado, el viejo gladiador supo que Julio tenía razón y el pánico se apoderó también de él. Perder a Cornelia después de todo lo que había hecho para protegerla le hacía desear ser capaz de gritar de rabia mientras forzaba el ritmo, haciendo caso omiso del dolor.

Cornelia había dormido tan mal como su esposo y, cuando los dos hombres llegaron jadeantes a la casa, se encontraba en compañía de Clodia y Julia, discutiendo los detalles de una excursión a la ciudad. Oyó a Julio reclamando la presencia de sus soldados y se incorporó del *triclinio*; su nerviosismo era evidente. A pesar de los momentos de ternura de los que había hecho gala, no era el hombre que había dejado Roma en llamas a sus espaldas años atrás. Su inocencia había desaparecido, quizá debido a las cicatrices de las que no quería hablar. Había momentos en que pensaba que en su interior ya no le quedaban más lágrimas para llorar por lo que Sila les había usurpado a los dos.

Cuando Julio irrumpió en la estancia, Cornelia abrió los ojos de par en par, nerviosa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Julio miró a Clodia frunciendo el entrecejo, consciente, igual que lo había sido Tubruk, de que darle a conocer el secreto a Cornelia solo servía para aumentar el riesgo que ella corría. Tubruk entró detrás de él y compartió una mirada con la anciana aya, moviendo la cabeza en un gesto afirmativo durante una fracción de segundo para confirmarle lo que ella ya se imaginaba. Julio habló con impaciencia, aliviado al descubrir que Cornelia seguía sana y salva. El camino de vuelta a casa había representado una agonía para él, atormentándose con las imágenes de asesinos arrastrándose por sus propiedades dispuestos a hacerle daño.

—Creo que los amigos de Sila son un peligro para ti. Pompeyo ha perdido a su hija y era partidario de Mario. ¡Debería haberlo pensado antes! Puede ser que los que busquen vengar al dictador ataquen a sus enemigos incluso ahora, esperando capturar al verdadero asesino. Mandaré a buscar algunos integrantes de la Primigenia para que monten guardia aquí y enviaré mensajeros a Craso. Podría ser otro objetivo. ¡Dioses, incluso Bruto! Aunque al menos él está bien protegido.

Deambulaba por la habitación, y su torso desnudo jadeaba todavía como resultado del regreso acelerado a la casa.

—Tendré que utilizar la astucia contra ellos, pero no puedo dejarlos con vida. De una forma u otra, tendré que romper la base de la alianza que mantienen en nombre de Sila. No podemos vivir a la espera de que caiga sobre nosotros el cuchillo del asesino. —Se volvió de repente y señaló al administrador de la finca, que permanecía en el umbral de la puerta bañado en sudor.

—Tubruk, quiero que mantengas a salvo a mi familia hasta que todo esto haya terminado. Si tengo que quedarme en Roma, necesito a alguien de confianza para que vigile a mi familia.

El viejo gladiador se enderezó con dignidad. No mencionaría las salvajes amenazas que Julio le había proferido antes, pero intentar adivinar hacia dónde viraría el torbellino constante de la cabeza de Julio iba más allá de sus posibilidades.

—¿Quieres que me quede aquí? —dijo; sus palabras estaban impregnadas de un significado que detuvo incluso el ir y venir de Julio.

—Sí. Estaba equivocado. Mi madre te necesita. Te necesito más que nunca. ¿En quién si no puedo confiar?

Tubruk asintió con la cabeza al comprender, seguro de que la conversación mantenida en la colina nunca más volvería a mencionarse. El joven que se movía de un lado a otro como un leopardo no era de los que hacían hincapié en los errores del pasado.

—¿Quién es la amenaza? —preguntó Cornelia, manteniendo la cabeza bien alta para combatir el miedo que la invadía.

—Les lidera Catón, con sus seguidores. Antonido, tal vez. Incluso el padre de Suetonio podría formar parte de todo ello. Están detrás de todo, o lo saben —respondió Julio. Cornelia se estremeció al oír el nombre del general al que tan bien recordaba. Su esposo maldijo en el instante en que le asaltó un pensamiento.

—Debería haber matado al «perro de Sila» cuando tuve oportunidad de hacerlo. Estaba a escasos metros de distancia, junto a la verja de la casa de Mario. Si ha tenido que ver con el asesinato de la hija de Pompeyo, el peligro es mayor de lo que me imaginaba. ¡Dioses, he estado ciego!

—Debes ir a ver a Pompeyo, entonces. El es tu aliado, se dé cuenta de ello o no —dijo rápidamente Tubruk.

—Y Craso, y también tu padre, Cinna —dijo Julio, dirigiéndose a Cornelia—. Tengo que reunirme con todos ellos.

Cornelia se hundió de nuevo en el *triclinio* y Julio hizo una genuflexión para tomar su mano entre las suyas.

—No permitiré que nada te haga daño, te lo prometo. Con cincuenta hombres, convertiré este lugar en una fortaleza.

Ella vislumbró en su mirada su necesidad de protegerla. No era amor, sino el deber de un esposo. Pensaba haberse acostumbrado a la pérdida, pero ver la frialdad y

la gravedad de su cara era peor que cualquier cosa.

Forzando una sonrisa, Cornelia se llevó su mano, que seguía caliente después del ejercicio, a la mejilla. Una fortaleza, una cárcel, pensó.

Cuando dos días después aparecieron en el camino jinetes procedentes de la ciudad, Julio y Bruto despertaron a la casa entera en cuestión de minutos. Renio había abandonado los barracones para instalarse allí acompañado por cincuenta soldados de la Primigenia y, en el tiempo en que los jinetes llegaran a las verjas, solo un ejército podría haber abierto una brecha en sus defensas. Había arqueros apostados en los muros y Cornelia se escondía junto con los demás en un nuevo conjunto de habitaciones que Julio había concebido exactamente con este objetivo. Clodia había bajado con Julia sin que esta protestase, pero habían perdido un tiempo precioso trasladando a Aurelia, quien no comprendía nada de lo que sucedía.

Julio permanecía solo en el patio, observando como Tubruk y Renio ocupaban sus puestos definitivos. Octaviano había sido enviado abajo con las mujeres, a pesar de sus furiosas protestas. Todo estaba en silencio y Julio hizo un movimiento afirmativo de cabeza para sí mismo. La casa estaba segura.

Con la espada desenvainada, trepó por los peldaños hasta la cornisa situada por encima de la verja y observó como los jinetes se detenían a cierta distancia, cautelosos ante la repentina demostración de fuerza que había tenido lugar detrás de aquellos muros. Entre ellos avanzaba un carruaje, tirado por caballos gemelos que se encabritaron en los pasos finales, intuyendo la tensión. Julio observó sin decir palabra como uno de los jinetes desmontaba y extendía un paño de seda en el suelo polvoriento.

Catón avanzó pesadamente por él, ajustándose los pliegues de la toga con delicada atención. El polvo del camino no le había alcanzado y levantó la vista para encarar, sin expresión alguna, la mirada de Julio, antes de realizar un ademán hacia sus hombres indicándoles que desmontaran y se aproximaran a la verja.

Con las manos a la espalda, Julio movió los dedos para contar el número de desconocidos que se acercaban. A pesar de que eran muy pocos para llevar a cabo un ataque abierto, Julio se sentía incómodo con un hombre como ese cerca de sus seres queridos. Tensó la mandíbula en cuanto quedaron a la sombra de la verja. Bruto le había hablado del hijo de Catón, pero él no podía hacer nada para alterar los hechos. Como Bruto, tendría que limitarse a dejar que sucediera.

Un puño aporreó los pesados barrotes de la verja.

—¿Quién llama a mi casa? —dijo Julio, sin apartar los ojos de Catón. El hombre le devolvía impasible la mirada, satisfecho de dejar que las formalidades siguieran su curso. Conocía mejor que nadie la confusión que reinaba en la mente de Julio. Un senador no podía ser rechazado.

Uno de los soldados situados junto a Catón respondió con la voz lo bastante alta

como para que se oyera en el interior de la casa.

—El senador Catón desea que se le permita entrar por un asunto privado. Da permiso a tus hombres para que se retiren y abra la verja.

Julio no respondió y descendió al patio para consultar rápidamente con Bruto y Tubruk. Mandó bajar de los muros a los defensores allí apostados para que entraran en los edificios a la espera de una llamada a las armas. Los otros recibieron la orden de llevar a cabo tareas que les permitieran no alejarse de allí. Resultaba grotesco ver a hombres armados sacando caballos de los establos y cepillándolos al aire libre, pero Julio no estaba dispuesto a arriesgarse y, mientras abría personalmente la puerta, se preguntó si correría la sangre en el transcurso de la siguiente hora.

Catón cruzó la verja, sonriendo ligeramente al ver el número de hombres armados que se encontraba en la zona.

—¿Esperas una guerra, César? —dijo.

—La legión debe realizar instrucción, senador. No me gustaría verme sorprendido sin estar preparado —respondió Julio. Frunció el entrecejo al ver que los hombres de Catón entraban detrás de su señor. Tenía que permitirlo, aunque dio gracias a los dioses de su casa por su previsión al haber traído consigo de los barracones de la ciudad a tantos hombres de la Primigenia. Los hombres de Catón morirían en cuestión de segundos si daba la orden. La expresión de sus caras al ver que los caballos eran conducidos a otra parte, dejándolos a ellos expuestos en el centro del patio, demostraba que comprendían aquello mejor que nadie.

Catón le miró.

—¿Entonces eres ahora el general de la Primigenia? No recuerdo ningún nombramiento en la casa del Senado. —Su voz era clara y sin señales de amenaza, pero Julio permaneció rígido, consciente de que debía vigilar todas y cada una de sus palabras.

—Aún tiene que hacerse oficial, pero hablo por ellos —respondió. La cortesía exigía que ofreciera un asiento y un refrigerio al senador después de su viaje, pero se veía incapaz de representar toda la comedia que mandaba la buena educación, aun sabiendo que Catón tomaría aquello como un pequeño triunfo.

Renio y Bruto se instalaron a ambos lados de Julio y Catón observó a uno y otro, sin alterarse aparentemente por la presencia de aquellos hombres.

—Muy bien, Julio. Te hablaré de mi hijo —dijo Catón—. He ofrecido oro por él y ha sido rechazado. Esta noche he venido a preguntarte qué quieres a cambio de él.

Levantó la cabeza y Julio se percató del brillo de sus ojos hundidos. Se preguntó si aquel hombre habría ordenado el asesinato de la hija de Pompeyo. ¿Disminuiría el riesgo que constituía Catón en el caso de devolverle Germinio a su padre? ¿O sería considerado como una debilidad que Catón utilizaría para dejar su casa reducida a un montón de cenizas?

—Ha prestado juramento, senador. Hay...

—Estás falto de hombres, ¿verdad? —le interrumpió Catón—. Puedo enviarte a mil hombres mañana por la mañana. Esclavos sanos de mi propia finca para constituir la columna vertebral de la Primigenia.

Renio refunfuñó de repente.

—En las legiones no hay esclavos, senador. La Primigenia está integrada por hombres libres.

Catón sacudió la mano como si aquello careciera de importancia.

—Libéralos, entonces, después de que te hayan prestado tu precioso juramento. No me cabe duda de que un hombre como tú encontrará un modo de hacerlo, Renio. Eres un hombre... de muchos recursos. —Mientras hablaba, le brillaba la saliva en la boca y Julio era consciente de que ceder ante él era una invitación a la destrucción.

—Mi respuesta es no, senador. El juramento no puede recomprarse.

Catón permaneció un momento mirándoles sin hablar.

—Entonces no me dejas elección. Si mi hijo tiene que servir contigo durante dos años, lo quiero vivo al final de ese tiempo. Enviaré los hombres —hizo una pausa—, esclavos liberados, Renio. Te los mandaré para proteger a mi hijo.

—Puede que cuando los hayas liberado no hagan lo que tú quieras —dijo Renio, devolviéndole la mirada al senador.

—Vendrán —espetó Catón—. Pocos hombres me han resultado tan complicados como vosotros.

—Si se unen a la Primigenia no serán los guardianes de tu hijo —dijo Julio—. Créeme cuando digo que no pienso permitirlo.

—¿No me darás nada? —dijo Catón, levantando airado el tono de voz. Todos los movimientos del patio se transformaron en el momento en que las manos empezaron a avanzar en dirección a las espadas.

—Si los dioses lo permiten, te daré a tu hijo de aquí a dos años. Eso es todo —replicó firmemente Julio.

—Espero que lo hagas, César. Si no sobrevive... —Catón hablaba entre dientes, y toda simulación de tranquilidad se había esfumado—. Asegúrate de que lo hace.

Dio media vuelta e indicó a sus hombres que abrieran la verja. Los soldados de la Primigenia llegaron primero a ella y Catón saltó a su carruaje sin volver la vista atrás.

Bruto se volvió hacia Julio en el momento en que la puerta se cerraba y alejaba de la vista a los hombres de Catón.

—¿En qué estás pensando? ¿Cuántos de estos «esclavos liberados» crees que serán espías? ¿Cuántos de ellos serán asesinos? ¿Te lo has planteado? Dioses, tienes que encontrar una forma de detenerlo.

—¿Quieres a mil hombres más para la Primigenia? —dijo Julio.

—¿A ese coste? No, creo que preferiría devolver a Germinio a su padre, o haber



aceptado el oro. Si se tratase de un número inferior, podríamos vigilarlos, pero ¡mil! Una mitad entera de la Primigenia en la que no poder confiar. Esto es una locura.

—Tiene razón, lo sabes —añadió Renio—. Lo máximo que estaría dispuesto a aceptar sería un centenar; imagínate tantos.

Julio los miró a los dos. No habían estado presentes cuando batió las costas en busca de hijos de romanos, ni cuando encontró a sus veteranos en Grecia.

—Los haremos nuestros —dijo, ignorando sus propias dudas.

Tras haber dormido hasta que el sol alcanzó su punto más alto sobre la gélida ciudad, Catón sufría un dolor de cabeza que ni tan siquiera el vino caliente era capaz de apaciguar. Le daba ligeras punzadas mientras seguía escuchando a Antonido; apenas era capaz de soportar su exposición.

—Diez mil sestercios es un precio elevado, incluso para una muerte, Antonido —dijo. Le complacía observar el hormigueo de sudor que irrumpía en la frente del general, sabiendo tan bien como él que, de no pagar el dinero, el rencor de los asesinos le comportaría una muerte segura. Catón sabía asimismo que mantenerlo a la espera era una respuesta mezquina, pero, aun así, iba dejando que pasara el tiempo, repiqueteando descuidadamente sobre el brazo del *triclinio*. La muestra pública de enemistad por parte de Pompeyo era de esperar, naturalmente, aunque el asesino no hubiera dejado una prueba de barro entre las manos de la pequeña tal y como se le había dicho que hiciera. Catón nunca habría imaginado que el senador fuera a despilfarrar sus favores simplemente por salirse con la suya, aunque aplaudía la sutileza de la maniobra. Había esperado que Pompeyo actuara dolido y con locura, permitiendo así que Catón pudiera arrestarle y alejarle de los juegos de poder del Senado. Pero Pompeyo, en cambio, había demostrado un dominio de sí mismo que le señalaba como un enemigo más peligroso de lo que se imaginaba. Catón suspiró y se rascó la comisura de la boca. A juzgar por sus enemigos, era seguramente un poder en Roma.

—Sentiría la tentación de retirar mi apoyo y mi dinero de tu venganza, Antonido, si no fuese por la cuestión del juicio que tienes entre manos. He contratado a Rufo Sulpicio para que sea tu abogado.

—Puedo defenderme yo mismo contra César, senador. Es un caso bastante sencillo —respondió Antonido sorprendido.

—No, quiero ver a ese gallito humillado. Por lo que he visto, es lo bastante joven y lo bastante temerario como para ser fácilmente derribado. Una situación pública embarazosa delante de los magistrados y de los plebeyos debería despojarle de parte del brillo reciente que le ha otorgado su rango de tribuno. Podemos incluso exigir su muerte por los daños que has sufrido. —Catón se rascó la frente con los ojos cerrados, frunciendo los labios—. Mi hijo tiene un precio y él debe pagarlo. Utiliza a Sulpicio. Pocas mentes hay en Roma tan brillantes como la suya. Designará a los

juristas adecuados y encontrará los precedentes en el derecho consuetudinario. No dudo que ese César irá bien preparado. ¿Has enviado las citaciones?

—No, estaba esperando que se fijara una fecha. He aplicado al pretor, pero aún no ha habido respuesta.

—Esa es la razón, Antonido, por la que necesitas a un hombre como Sulpicio. Reúnete con él y déjale llevar el caso. Te garantizará una fecha para el juicio para dentro de un mes o incluso menos. Es su trabajo, ya lo sabes. Tu preciosa casa regresará a tus manos, por lo que espero que estés debidamente agradecido y en deuda conmigo.

—Lo estoy, senador. ¿Y el dinero?

—Sí, sí —dijo Catón, irritado—, tendrás tu dinero, tanto para el juicio como para... el otro asunto. Ahora déjame descansar. El día ha sido largo y agotador.

Incluso en la intimidad de su propia casa, hablaba siempre con cautela, disfrutando de las formalidades de la conspiración que le obligaban a emplear hombres como Antonido. Sabía que muchos de los senadores le consideraban un hombre solo de palabras, y preferían el corte de una respuesta a su postura marcial. Los asesinatos eran un alejamiento delicioso de sus intrigas habituales y el poder que le proporcionaba resultaba casi embriagador. Verse capaz de señalar a un hombre y dictar sobre él una condena de muerte era una emoción incluso para un paladar tan delicado como el suyo. Cuando el general se fue, pidió un paño frío para pasárselo por la cara.

## XXXII

El juicio se inició cuando el cielo aclaraba hacia el este de Roma, el falso amanecer que despertaba a los trabajadores y mandaba a sus camas a ladrones y prostitutas. La zona del foro destinada a los procesos legales seguía iluminada con las antorchas que la alumbraban por la noche y en sus límites se había congregado una importante multitud, contenida únicamente por la sólida hilera de soldados procedentes de los barracones de la ciudad. Bajo el mando directo del pretor que supervisaría el juicio, eran responsables de mantener la paz en caso de que el veredicto fuese impopular, y la multitud andaba siempre con cuidado de no caer bajo el alcance de las varas que portaban. De forma extraordinaria para un caso relativo a un asunto al parecer de importancia menor, los bancos de ambos lados del rectángulo de los abogados estaban también llenos. Mucha gente que Julio conocía del Senado se había desplazado allí para presenciar el acto, bien por invitación suya, bien reclamados por Antonido. Su familia se había quedado en la finca de las afueras de Roma. Cornelia y su hija tenían que permanecer bajo la protección de la Primigenia y Julio no quería a Tubruk cerca de Antonido o de los senadores, a pesar de todas sus garantías de que no podían reconocerle.

La mirada penetrante de Julio descubrió a Bruto en la segunda fila de las tres que había, sentado junto a una mujer que levantó la cabeza para devolverle la mirada. Su fría forma de mirar tenía algo turbador y se asombró del modo en que destacaba por encima de la multitud que tenía a su alrededor, como si estuviese sentada mucho más cerca de él que los demás. Durante un momento intemporal, se respaldó lentamente en su asiento, cautivando su atención. Llevaba el cabello suelto y antes de que él reuniera la fuerza de voluntad necesaria para romper el contacto visual, ella levantó una mano para devolver al lugar que le correspondía un mechón de cabello que le había caído sobre el rostro.

Obligándose a relajarse y a concentrarse, inspiró profundamente el cálido aire, repasando los puntos que había preparado con sus juristas durante las semanas previas a la convocatoria formal. Si se hacía justicia, sabía que tenían una oportunidad excelente de ganar, pero si cualquiera de los tres magistrados había recibido el dinero de sus enemigos, el juicio podía convertirse en una farsa, con todo ganado excepto el veredicto final. Barrió con la mirada la multitud allí congregada, todos ellos inconscientes de lo que había en juego. Habían ido allí para distraerse con la oratoria, para vitorear o abuchear los argumentos más inteligentes del debate. Julio esperaba también que algunos asistieran como consecuencia de los rumores que sus juristas habían empezado a difundir por la ciudad: que el juicio no era otra cosa que una defensa de Mario. Parecía haber muchos plebeyos entre los asistentes, y los vendedores de pescado asado y pan caliente estaban haciendo el agosto mientras la

gente esperaba pacientemente que los magistrados y el pretor entraran en la sala.

Julio miró de nuevo los escudos envueltos que Alexandria había terminado y se percató de que mucha gente estiraba el cuello para poder verlos también, señalando hacia ellos y realizando comentarios. Solo Alexandria, Tabbic y él sabían lo que ocultaban los gruesos pliegues de tela, y Julio experimentó un sentimiento de emoción al imaginar la respuesta que obtendría cuando por fin desvelara el contenido.

Detrás de él, sus tres juristas revolvían papeles y notas una vez más, con las cabezas agachadas y murmurando entre ellos. Contratar los servicios de Quinto Scaevola para que le ayudara a preparar el caso le había costado dos talentos de oro, pero había pocos hombres en Roma que dominaran mejor que él las leyes consuetudinarias y las Doce Tablas. El simple hecho de tentarle para que abandonara su retiro había exigido un precio considerable, pero, a pesar de su rigidez artrítica, el cerebro oculto detrás de aquellos pesados párpados había resultado ser tan brillante como le habían contado a Julio. Julio observó a Quinto mientras escribía una nota a pie de página en los documentos para el juicio y captó su mirada cuando levantó la vista pensativo.

—¿Nervioso? —preguntó Quinto, agitando los papeles ante el tribunal y la multitud que quedaba oculta por las sombras, más a lo lejos.

—Un poco —admitió Julio—. Hay mucho en juego.

—Recuerda el argumento del valor. Siempre te lo olvidas.

—Lo recordaré, Quinto. Lo hemos repasado muchas veces —dijo Julio. El anciano jurista, a pesar de que parecía vivir solo para la ley y no importarle para nada las demás preocupaciones de la ciudad, había acabado por gustarle. En broma, durante la primera semana de preparativos Julio le había preguntado qué haría si encontrara a uno de sus hijos prendiendo fuego a una casa de la ciudad. Después de mucho pensárselo en silencio, Quinto le dijo que no podría encargarse del caso porque la ley le prohibía reclamar su propia presencia como testigo.

Quinto puso las notas en manos de Julio, con la expresión grave.

—No temas consultarlas, recuérdalo. Intentarán hacerte hablar sin pensar. Si tienes la sensación de que no te quedan más argumentos, ven y te asesoraré lo mejor que pueda. ¿Te acuerdas del pasaje de las Doce Tablas?

Julio le miró exasperado.

—¿El que todos memorizábamos de pequeños? Sí, lo conozco.

Quinto bufó ante su sarcasmo.

—Quizá debieras recitarlo otra vez para estar seguro de ello —dijo, impasible.

Julio abrió la boca dispuesto a responderle, pero fue interrumpido por los gritos de la multitud.

—Son los magistrados... y el pretor. Solo una hora de retraso, maestro Scaevola —le susurró a Quinto uno de los juristas más jóvenes. Julio siguió su mirada y vio al

grupo salir del edificio del Senado donde habían estado preparándose.

La multitud, impaciente, se quedó en silencio en cuanto el grupo de cuatro hombres, flanqueados por sus guardias, hizo lentamente su entrada en la zona de la audiencia. Julio los examinó con detalle. No conocía al pretor, un hombre bajito, de cara rubicunda y con coronilla. Caminaba con la cabeza gacha, como si estuviese rezando, y tomó asiento en la plataforma elevada que se había instalado para el juicio. Julio observó que el pretor movía la cabeza hacia el centurión y los guardias e indicaba a los magistrados que tomaran asiento a su lado.

Eran hombres que le resultaban conocidos y Julio lanzó un silencioso suspiro de alivio al ver que ninguno tenía una cara que identificara con las facciones del Senado. Su mayor temor era que fueran títeres de Catón, pero se le iluminó la cara al ver que uno de ellos le sonreía. El tribuno del pueblo ocupó su lugar el último, como el magistrado de mayor experiencia. La multitud vitoreó exaltada a su representante y el hombre les sonrió, levantando brevemente la mano en señal de reconocimiento. Se llamaba Servio Pella, y eso era prácticamente lo único que a Julio le venía a la cabeza sobre él. Tenía el cabello blanco y muy recortado sobre un cráneo de formas angulosas, y también ojos hundidos, que parecían negros a la tenue luz de las antorchas. Por un fugaz momento, Julio deseó poder haber buscado tiempo para conocer a aquel hombre en una de las sesiones del Senado, pero arrinconó la idea. No tenía sentido preocuparse por los magistrados, lo sabía. Si era capaz de enfrentarse a la postura de Rufo, el abogado de Antonido, tendría el caso ganado. Si resultaba humillado, perdería no solo la casa que había pertenecido a Mario, sino también una gran parte de su posición en el Senado y en la ciudad. No podía arrepentirse de los riesgos que había corrido al forzar aquel juicio. Mario no habría esperado menos de él.

Julio levantó la vista hacia donde se sentaba Catón y encontró la penetrante mirada clavada en él con gran interés. Bíbilo estaba a su lado, como siempre, y Catalo. Julio vio a Suetonio sentado junto a su padre; había la misma sonrisa arrogante en ambas caras. Su expresión les habría identificado como parientes aun sin saberlo.

Julio apartó la vista antes que demostrar su rabia. Los simpatizantes de Catón aprenderían a temerle con el tiempo, cuando fuera derrumbando, uno a uno, los pilares de sus influencias.

Quinto le dio a Julio una palmadita en el hombro y tomó asiento junto a los demás juristas. La multitud se removía y susurraba intuyendo que el juicio estaba a punto de empezar. Julio miró de nuevo de soslayo los escudos, comprobando que los paños que los cubrían no se hubieran movido y revelaran aunque fuera solo una mínima parte de lo que ocultaban.

El pretor se puso lentamente en pie y alisó los pliegues de su toga. Con un

ademán, ordenó que se apagaran las antorchas y todos los presentes esperaron a que se cubriera cada una de las luces, permitiendo que el gris amanecer iluminara el foro.

—Convocamos este tribunal augusto el nonagésimo cuarto día del año consular. Que quede constancia en los registros. Exhorto a todos los presentes ante los ojos de los dioses a decir solo la verdad, so pena de destierro. A cualquier hombre que declare en falso en este tribunal, le será negado el fuego, la sal y el agua y será enviado lejos de esta ciudad, para no regresar a ella jamás, en conformidad con los edictos.

El pretor hizo una pausa para mirar primero a Antonido y luego a Julio. Ambos hombres inclinaron la cabeza en señal de comprensión y prosiguió; su voz era un clamor agudo entre el silencio de las filas.

—¿Quién es el demandante en este caso de *rei vindicatio*?

Antonido dio un paso adelante sobre el suelo de la sala.

—Soy yo, señor, general Antonido Severo Sertorio. Denuncio la posesión ilegal de mi propiedad.

—¿Y quién hablará en tu nombre?

—Mi abogado es Rufo Sulpicio —respondió Antonido. Sus palabras generaron en la multitud murmullos de excitación, obligando al pretor a mirarlos con dureza.

—Que se adelante el demandado —dijo en voz alta.

Julio abandonó la plataforma donde se encontraban los escudos y se enfrentó a Antonido en el lado opuesto de la sala.

—Soy Cayo Julio César, el demandado ante este tribunal. Reclamo la posesión de la propiedad. Hablo en mi propio nombre.

—¿Has traído una parte de ella a modo de símbolo?

—Lo he hecho, honorable —respondió Julio. Se volvió hacia la fila de objetos envueltos en tela y, con destreza, descubrió uno de ellos, revelando al tribunal el primer escudo de bronce. La multitud lanzó un grito sofocado de asombro y se iniciaron los murmullos de satisfacción.

El escudo era tal y como Julio esperaba. Alexandria lo había dado todo para su creación, plenamente consciente de que, delante del tribunal y del Senado, podía forjarse un nombre en un solo día.

Abalorios de bronce formaban la orla del escudo, pero todas las miradas estaban fijadas en la cara y los hombros de su protagonista, Mario, un relieve a tamaño natural que resplandecía ante todos los allí congregados. Los murmullos prosiguieron y, a continuación, se iniciaron los vítores entre la multitud como muestra de su aprobación hacia el general muerto.

Antonido entabló una intensa conversación con su abogado y tosió para aclararse la garganta y llamar la atención de los magistrados. El estruendo provocado por la multitud era excesivo para el pretor, quien le hizo una señal con la palma de la mano

al centurión de los guardias de la corte. Todos a una, los soldados golpearon el pavimento con el extremo de sus varas y la muchedumbre se calmó, cautelosa ante un posible ataque. Rufo dio un paso adelante, un hombre huesudo con aspecto de ave rapaz vestido con una túnica oscura. Señaló con desprecio el escudo.

—Honorable pretor. Mi cliente insiste en que este... objeto no formaba parte de la casa en disputa. No sirve como símbolo a menos que formara parte de la propiedad.

—Conozco la ley, Rufo. No presumas dándome lecciones —replicó con dureza el pretor. Volvió la cabeza hacia Julio—. ¿Puedes responder?

—Cierto es que mientras Antonido mantuvo la posesión ilegal de la casa de Mario, este escudo no colgaba en sus paredes, pero sí colgaba de ellas esta mañana y servirá tan bien como cualquier otra cosa como símbolo de la propiedad en disputa. Puedo aportar testigos que lo confirmen —dijo Julio sin alterarse.

El pretor asintió.

—No será necesario, César. Acepto tu argumento. Se utilizará el escudo.

Frunció el entrecejo al oír los nuevos vítores que lanzaba la multitud que los rodeaba y se dispuso a levantar de nuevo la mano para realizar una señal a los guardias. Al ver el gesto, la gente se calló, consciente de que era mejor no forzar su paciencia demasiado.

—Demandante y demandado, aproximaos al símbolo y completad el rito de la disputa —dijo en voz alta.

Antonido cruzó la sala de audiencias, sujetando con la mano una fina lanza. Julio subió a la plataforma junto a él, evitando en su rostro cualquier muestra de triunfo que pudiese ofender a los magistrados. Julio rozó el escudo con su lanza que produjo un inapreciable sonido metálico, y luego retrocedió. Antonido hizo descender la punta de la suya y su boca se tensó en una mueca cuando alguien entre la multitud se burló del acto. Entonces le dio la espalda a Julio y regresó a su lugar junto a Rufo, quien permanecía de pie cruzado de brazos, relajado y despreocupado respecto al intercambio.

—La propiedad ha sido marcada para su disputa. El juicio puede ahora empezar —entonó el pretor, y se instaló cómodamente en su asiento. Su participación en el proceso había terminado hasta que llegara el momento de poner punto final al juicio. Los tres magistrados se pusieron en pie y le saludaron antes de que uno de ellos tosiera para aclararse la garganta.

—Como demandante, tu abogado debe ser el primero en hablar —le dijo el magistrado a Antonido.

Rufo le saludó y avanzó tres pasos en la sala para dominar mejor el espacio.

—Pretor, magistrados, senadores —empezó—. Estamos ante un caso sencillo, a pesar de que las penas que implica alcanzan los extremos de nuestra ley. Hace cinco semanas, el demandado introdujo hombres armados en la ciudad con objetivos

violentos. Un delito como este merece la pena de muerte o el destierro. Además, el demandado utilizó a sus hombres para irrumpir en una propiedad privada, la del demandante, el general Antonido. La pena para ello no es más que un simple castigo a recibir latigazos, algo que, después de la muerte, consideramos una crueldad innecesaria. —Hizo una pausa mientras las risas disimuladas recorrían los bancos del tribunal. La multitud permanecía en silencio en el exterior.

—Con los criados y los guardias de la casa se utilizó la violencia y, cuando el propietario regresó a ella, los mismos soldados le prohibieron la entrada en su propia casa.

—No es un hombre vengativo, pero los delitos cometidos contra él son muchos y graves. Como su abogado, solicito que administre el castigo más duro. La muerte con espada es la única respuesta posible a una burla de este calibre de las leyes romanas.

Los hombres situados en torno a Catón aplaudieron educadamente y Rufo inclinó levemente la cabeza hacia ellos antes de tomar de nuevo asiento; el brillo de sus ojos traicionaba el aspecto relajado que pretendía transmitir.

—Y ahora el demandado —continuó el magistrado. No había nada en su apariencia que mostrara que las palabras de Rufo le hubieran conmovido, pero, aun así, Julio avanzó sintiendo una sensación de vacío en el estómago. Era consciente de que podían intentar condenarlo a muerte, pero oírlo en el juicio convertía aquello en una realidad que afectó a su confianza.

—Pretor, magistrados, senadores, pueblo de Roma —dijo Julio, lo bastante alto como para que sus palabras llegaran a la multitud. Hubo vítores, aunque el pretor le puso mala cara. Julio puso en orden sus pensamientos antes de continuar. Sentía, por instinto, que la defensa de Mario atraería más al pueblo que había sufrido bajo Sila que a los silenciosos jueces, pero jugar con eso era una alternativa peligrosa que podía incluso inclinar a los magistrados en su contra. Debía andarse con cuidado.

—La historia de este caso se prolonga más allá de cinco semanas —empezó—. Se inicia una noche, tres años atrás, cuando la ciudad se preparaba para la guerra civil. Mario era el cónsul de Roma nombrado legalmente y su legión había fortificado la ciudad contra los ataques...

—Honorable, solicito que le obligue a detener esta divagación —interrumpió Rufo, levantándose—. Se trata de la propiedad de una casa, no de las batallas de la historia.

Los magistrados consultaron un momento, y luego se incorporó uno de ellos.

—No interrumpas, Rufo. El demandado tiene derecho a plantear su caso como mejor lo considere —dijo.

Rufo se apaciguó y se sentó.

—Gracias, honorable —continuó Julio—. Que Mario era mi tío es un hecho conocido. Se hizo cargo personalmente de la defensa de la ciudad cuando Sila partió



para Grecia con el objetivo de derrotar a Mitrídates, tarea que Sila dejó incompleta.

La multitud rió en voz baja ante el comentario, y luego calló bajo la mirada del pretor. Julio prosiguió.

—Mario estaba convencido de que Sila regresaría a la ciudad con el objetivo de asumir por completo el poder. Para evitarlo, fortificó las murallas de Roma y preparó a sus hombres para defender a los habitantes de la ciudad contra un ataque armado. Si Sila se hubiese aproximado a las murallas sin violencia, se le habría permitido continuar en su puesto consular y la paz de la ciudad habría seguido inalterada. Pero lo que hizo, en cambio, fue soltar a asesinos dentro de sus límites que atacaron al general Mario en plena oscuridad en un cobarde intento de asesinato. Los hombres de Sila abrieron las puertas y permitieron la entrada de su señor en la ciudad. Creo que fue el primer ataque armado sobre Roma en más de doscientos años.

Julio hizo una pausa para respirar, al tiempo que observaba a los magistrados para ver cómo reaccionaban a sus palabras. Le miraban impasibles, sin que su expresión trasluciera nada.

—Mi tío murió por una daga empuñada por la mano del propio Sila y, aunque su legión combatió valientemente durante días, sus hombres cayeron también bajo el dominio del invasor.

—¡Esto es demasiado! —gritó Rufo, levantándose de un brinco—. Al amparo de este juicio ensucia el nombre de un amado líder de Roma. Debo pedir que le condenéis por su locura.

El magistrado que había hablado anteriormente se inclinó hacia delante para hablar con Julio.

—Estás agotando nuestra paciencia, César. Si el caso acaba poniéndose en tu contra, ten por seguro que consideraremos tu falta de respeto cuando tengamos que dictar sentencia. ¿Comprendes?

Julio asintió, tragando saliva para aclararse la garganta, seca de repente.

—Comprendo, aunque son cosas que tienen que mencionarse —dijo.

El magistrado se encogió de hombros.

—Se trata de tu cabeza —murmuró, mientras Julio respiraba hondo para tranquilizarse antes de volver a hablar.

—El resto ya lo conocéis. Como vencedor, Sila reclamó el título de dictador. No voy a hablar de ese periodo de la historia de la ciudad.

El magistrado asintió visiblemente con la cabeza mientras Julio proseguía.

—A pesar de defender la ciudad amparado por la ley, Mario fue declarado traidor y sus posesiones vendidas por parte del Estado. Su casa salió a subasta pública y fue adquirida por el demandante de este juicio, el general Antonido. Su legión fue disuelta y su nombre borrado de las listas de honor del Senado.

Julio hizo una pausa y bajó la cabeza, como queriéndose mostrar avergonzado

ante aquel acto. Un murmullo se alzó entre los senadores asistentes, que empezaban a susurrar entre ellos preguntas y comentarios. Entonces Julio levantó de nuevo la cabeza y su voz irrumpió por encima de los jueces y la multitud.

—Mi argumento se basa en tres puntos. El primero es que la Primigenia ha sido devuelta a las listas de la legión sin deshonor. Si no tiene ninguna mancha, ¿cómo es posible que su general pueda ser calificado de traidor? En segundo lugar, si Mario fue castigado de modo ilegal, entonces sus posesiones deberían ir a parar a su heredero, yo mismo. En último lugar, mis acciones para reclamar la casa a los ladrones han sido llevadas a cabo sabiendo que el tribunal las perdonaría al tomar conciencia del injusto destino de Mario. Se ha cometido un gran error, pero contra mí, no por mí.

La multitud gritó y los guardias una vez más golpearon las varas contra el suelo.

Los magistrados unieron sus cabezas un instante, y luego uno de ellos hizo un ademán en dirección a Rufo indicándole que hablara para responder. Se puso en pie, suspirando visiblemente.

—Los intentos de César por complicar el tema resultan admirables por su ardor, pero la ley lo ve todo claro. Estoy seguro de que los jueces han disfrutado tanto como yo de este viaje por la historia, pero sospecho que se dan cuenta de que la interpretación está teñida por la relación personal del demandado con el general. Aunque me gustaría discutir la visión que ha presentado como un hecho, estoy a favor de reducir el caso a sus fundamentos legales y no hacer perder el tiempo a los presentes. —Miró a Julio y sonrió de modo amistoso, para que todos pudieran ver que perdonaba al joven por su locura—. En una venta completamente legal, mi cliente compró en subasta la casa en cuestión, como se nos ha dicho. Su nombre aparece en las escrituras y en la factura de venta. El acto de ordenar a guardias armados que usurpen la propiedad es un regreso al uso de la fuerza para solucionar las disputas. Estoy seguro de que todos habéis notado el roce de las lanzas contra ese atractivo escudo al inicio del juicio. Os recuerdo que ese acto simbólico de contienda es solo eso. En Roma, no desenvainamos las espadas para dirimir los conflictos, sino que las sometemos a la ley.

»Simpatizo con los argumentos que el joven César ha sacado a relucir, pero no tienen nada que ver con el caso que tenemos entre manos. Estoy seguro de que le gustaría retroceder incluso más y explicarnos la historia de la casa desde el momento de su fundación, pero no es necesario ampliar el tema hasta este punto. Repito mi solicitud de pena de espada, aunque con mucho pesar por que Roma pueda perder a un defensor tan apasionado de la ciudad.

Tomó asiento de nuevo con una expresión que mostraba tristeza por los duros castigos que estaban por llegar y consultó con Antonido, quien observaba a Julio con los ojos entrecerrados.

Julio se puso en pie y se situó frente a los magistrados una vez más.

—Como Rufo se ha referido a unas escrituras y una factura de venta, pienso que deberíamos verlas para que el tribunal las examinara —dijo rápidamente.

Los magistrados miraron a Rufo, quien sonrió.

—Si la propiedad fuese un caballo o un esclavo, honorables, podría desde luego enseñároslo. Desgraciadamente, como se trata de una casa, y además tomada por sorpresa y por una fuerza armada, los documentos estaban en su interior, como César sabe muy bien.

El magistrado que parecía hablar por los demás miró atentamente a Julio.

—¿Están en tu posesión tales documentos? —preguntó.

—Juro que no lo están —respondió Julio—. No hay rastro de ellos en la casa de Mario, por mi honor. —Volvió a sentarse. La noche anterior, había quemado la escritura y la factura de compra siguiendo instrucciones de Quinto y con la conciencia bien limpia.

—Así que ninguna de las dos partes puede aportar documentos de propiedad —prosiguió el magistrado, imparcialmente. Julio negó con la cabeza y Rufo copió el movimiento, con el rostro tenso a causa de la ira. Se levantó para dirigirse de nuevo a los magistrados.

—Mi cliente sospechaba que estos documentos clave «desaparecerían» antes del juicio —dijo, acompañando el comentario de una sonrisa sarcástica apenas disimulada en dirección a Julio—. Pero tenemos un testigo que estuvo presente en la subasta que puede confirmar la venta legal al general Antonido.

El testigo se levantó del asiento que ocupaba junto a Antonido. Julio lo reconoció como uno de los que se sentaban cerca de Catón en el edificio del Senado. Se trataba de un hombre cargado de espaldas y de aspecto frágil, que al hablar retiraba constantemente un mechón de fino cabello que le caía en la frente.

—Soy Publio Tenelia. Puedo atestiguar la venta legal.

—¿Puedo interrogar a este hombre? —preguntó Julio, adelantándose en cuanto recibió permiso para ello.

—¿Fuiste testigo de la totalidad de la subasta? —le preguntó Julio.

—Sí. Estuve allí desde el inicio hasta el final.

—¿Viste que se firmara la factura de venta con el nombre de Antonido?

El hombre dudó un momento antes de responder.

—Vi el nombre —dijo. Sus ojos se movían con nerviosismo y Julio supo entonces que estaba exagerando la situación real.

—¿Viste entonces el documento por encima? —presionó.

—No, lo vi claramente —respondió el hombre, más confiado.

—¿Qué cantidad pagó el general?

Detrás del hombre, Rufo sonreía con su estratagema. No funcionaría, ya que el testigo había sido preparado concienzudamente para tales preguntas.

—Fueron mil sestercios —respondió triunfante el hombre. Su sonrisa desencadenó un coro repentino de abucheos procedente de la multitud que seguía el proceso en el exterior de la corte. Se volvieron muchas cabezas hacia la masa de plebeyos y Julio vio, al igual que los jueces, que las calles habían seguido llenándose a medida que avanzaba el juicio. Cualquier rincón disponible estaba ocupado y el mismo foro estaba abarrotado de gente. Los magistrados se miraron entre ellos y el pretor apretó con fuerza la boca a causa de la inquietud. Un público tan numeroso aumentaba el peligro de disturbios y se planteó enviar un mensajero a los barracones en busca de más soldados para mantener el orden.

Cuando la multitud recuperó el silencio, Julio volvió a hablar.

—En preparación del juicio, honorables, he hecho tasar la casa. De venderla esta mañana, el comprador tendría que pagar alrededor de un millón de sestercios, no mil. Hay un pasaje de las Doce Tablas que guarda una similitud con el asunto.

Mientras se preparaba para citar el antiguo escrito, Rufo miró hacia arriba, con semblante de aburrimiento, y el testigo empezó a inquietarse, pues no habían terminado aún con él.

—«La propiedad no puede pasar del vendedor al comprador a menos que se haya pagado su valor» —dijo en voz alta Julio. La multitud vitoreó el punto y las conversaciones estallaron mientras era comentado entre todo el mundo.

—Mil sestercios por una propiedad que vale un millón no es su «valor», honorables. La venta fue una farsa de favores, la parodia de una subasta. Sin disponer tan siquiera de una factura de venta que demuestre su existencia, afirmo que no tuvo lugar ninguna transacción legal.

Rufo se incorporó lentamente.

—César nos hará creer que cualquier ganga infringe las Tablas —empezó.

La multitud le abucheó y el pretor envió el mensajero en busca de más soldados.

—Digo de nuevo que César intenta confundir al tribunal con distracciones sin sentido. El testigo demuestra que la venta fue real. La cantidad pagada es irrelevante. Mi cliente es un astuto negociador.

Se sentó, ocultando su enojo. No podía admitir que la subasta había sido un mero espectáculo de Sila para recompensar a sus favoritos, aunque César se lo hubiera dejado claro a todos los presentes, por si no lo sabían ya. La verdad era que la multitud no lo sabía y muchísimas miradas de ira cayeron sobre Antonido, quien se hundía visiblemente en su asiento.

—Más aun —continuó Julio, como si Rufo no hubiese hablado—. Ya que el tema del valor ha salido a relucir a partir del propio testigo de Antonido, existe otro asunto para el que me gustaría reclamar la atención del tribunal. Si el veredicto me favorece y me declara heredero legal de la propiedad, exigiré al general Antonido el alquiler por dos años de ocupación. Una estimación generosa de esa cantidad sería de treinta

mil sestercios, que sumo a mi reclamación de la casa como dinero negado a mi familia durante el tiempo que estuvo allí.

—¿Qué? ¿Cómo osas pedir esto? —estalló con rabia Antonido, levantándose de su asiento. Rufo le obligó con dificultad a volver a sentarse, y le murmuró apresuradamente algo al oído.

Cuando Antonido se calmó, Rufo se volvió hacia los magistrados.

—Añade a sus ofensas la de desprecio público, honorables, por incitar a mi cliente. La casa estaba vacía cuando el general Antonido tomó posesión legal de la misma después de la venta. Aquí no hay ningún alquiler que cuestionar.

—Mi familia decidió mantenerla vacía, estaba en su derecho. Aun así, era yo quien podría haber ganado ese dinero, no el arrendatario que representas —le soltó.

El magistrado tosió para aclararse la garganta, y luego agachó la cabeza para escuchar a los otros dos antes de hablar. Después de deliberar durante más de un minuto, volvió a tomar la palabra.

—El caso parece estar suficientemente claro. ¿Tiene alguno de los dos algo que añadir antes de que deliberemos acerca del veredicto?

Julio hizo memoria, pero todo lo que quería decir ya estaba dicho. Su mirada fue a parar a los escudos de bronce que seguían tapados, pero resistió la impaciencia de desvelarlos para el público, consciente de que los jueces lo considerarían una exhibición gratuita. No estaba del todo seguro de hacia dónde se decantaría el veredicto, y cuando se volvió para mirar a Quinto, el anciano se limitó a encogerse de hombros sin decir nada.

—Nada más, honorables. Eso es todo —dijo Julio.

La multitud lo vitoreó y lanzó insultos contra Rufo mientras daba también por concluido el proceso. Los tres magistrados se pusieron en pie y saludaron al pretor antes de partir en dirección al edificio del Senado donde estudiarían el veredicto final. Los soldados adicionales que habían llegado corriendo procedentes de los barracones les abrieron paso, armados no con varas, sino con espadas.

Después de que se fueran, el pretor se puso en pie para dirigirse a la multitud, alzando su potente voz para llegar a todos.

—Cuando regresen los jueces, no habrá disturbios, sea cual sea el resultado. Tened por seguro que cualquier hostilidad será recibida con un castigo rápido y definitivo. Os marcharéis pacíficamente y cualquiera que no lo haga así sufrirá las consecuencias.

Volvió a tomar asiento, ignorando las miradas torvas que le lanzaba el pueblo de Roma. La situación se prolongó únicamente unos segundos, hasta que una voz solitaria gritó «¡Mario!» y fue rápidamente seguida por todos los demás. En cuestión de momentos, la multitud entera vitoreaba y gritaba el nombre y los senadores allí reunidos se miraban nerviosos entre ellos, de repente conscientes de que solo una

delgada hilera de soldados los separaba de la turba.

Moviéndose con majestuosa lentitud, Julio decidió que era el momento adecuado para revelar el resto del trabajo de Alexandria. Captó la mirada de la muchacha en los bancos en el momento en que sujetaba el paño que cubría el primero de ellos y la vio sonriendo emocionada. Lo retiró por completo y la multitud vitoreó hasta quedarse afónica. Se trataba de las tres flechas cruzadas de la Primigenia, la amada legión de Mario. En los bancos. Bruto se puso en pie de un salto para vitorear con la misma energía con que estaba haciéndolo la multitud y los situados más cerca de él le imitaron.

El pretor vociferó algunas órdenes a Julio que no pudo ni oír debido a la fogosidad de la multitud y Julio avanzó hacia los demás, descubriéndolos uno a uno. Cada vez que lo hacía, la multitud aumentaba el volumen del griterío y los que podían ver las escenas explicaban las descripciones a los situados más atrás. Los niños pequeños se encaramaban a hombros de sus padres para poder mirar y aparecían por doquier puños en alto en señal de alegría. Aparecieron las escenas de la vida de Mario, sus batallas en África, el triunfo en las calles de la ciudad, su orgullosa presencia en las murallas a la espera de la llegada de Sila.

Julio se detuvo con dramatismo al llegar ante el último y la multitud quedó en silencio, como si hubiese captado una señal invisible. Apartó entonces la tela para revelar el contenido del último escudo. Brillaba a la luz del sol matutino, completamente vacío.

Julio se dirigió a aquella multitud en silencio.

—Pueblo de Roma, ¡hoy representamos la última imagen! —gritó, y estallaron en un alarido de vítores y gritos que puso en pie al pretor, quien empezó a lanzar gritos a los guardias. El espacio entre la multitud y el tribunal se amplió, y los soldados utilizaron sus varas para obligar a retroceder a la gente. Se alejaron confusos, profiriendo gritos de desafío y abucheando a Antonido. El nombre de Mario empezó a sonar de nuevo como un cántico y parecía como si toda Roma estuviese gritando su nombre.

Cornelia observó en la luz grisácea como Tubruk se inclinaba hacia Clodia y la besaba. Era tan delicado que casi dolía al verlo, pero era incapaz de apartar la vista. Se retiró ocultándose tras una ventana oscura y se sintió más sola que nunca. Clodia pediría su libertad, estaba segura de ello, y entonces no tendría a nadie.

Cornelia sonrió amargamente buscando los lugares más tiernos de sus recuerdos. Debería haber sido distinto. Julio parecía muy lleno de vida y energía cuando tomó Roma en sus manos, pero nada de todo eso iba dirigido a ella. Recordaba sus palabras cuando Mario seguía aún con vida. Tenía que taparle la boca con la mano para evitar que los criados de su padre le oyeran cuando charlaba y reía con ella. Tenía entonces mucha alegría. Pero ahora era un desconocido y, a pesar de que le había sorprendido

una o dos veces mirándola con la antigua pasión, esta se había esfumado tan pronto como ella la había reconocido. Había habido momentos en los que había reunido la valentía suficiente como para pedirle que le hiciera el amor, solo para romper el hielo que se estaba formando entre los dos. Lo deseaba, incluso soñaba con él, pero cada vez el recuerdo de los ásperos dedos de Sila se apoderaban de su decisión y se arrojaba sola a sus pesadillas. Sila estaba muerto, se decía, pero seguía viendo su cara y a veces, en el ambiente, creía oler su aroma. Era entonces cuando el terror la acurrucaba bajo las sábanas para protegerse contra el mundo.

Tubruk abrazó al aya y Clodia reposó la cabeza en su hombro, susurrándole. Cornelia oyó por un instante sus risitas, y los envidió por lo que habían encontrado. No iba a negarlo si Clodia se lo preguntaba, pero la idea de ser la esposa olvidada mientras Julio disfrutaba de la gloria de su ciudad y su legión se le hacía insoportable. Las había visto antes, aquellas venenosas matronas romanas con ayas para sus hijas y esclavos para trabajar en la casa. Pasaban el día comprando telas lujosas u organizando un círculo social que Clodia consideraba una especie de muerte. Qué pena sentirían por ella cuando descubrieran la verdad de un matrimonio sin amor.

Cornelia se frotó enojada los ojos. Era demasiado joven para ser destruida por aquello, se dijo. Si necesitaba un año para recuperarse, entonces esperaría a curarse. A pesar de que había cambiado estando encarcelado, el joven que había conocido en Julio seguía estando allí. El que había arriesgado su vida y desafiado la ira de su padre para llegar hasta su alcoba saltando por los resbaladizos tejados. Solo con que pudiese pensar en ese hombre, sería capaz de hablarle de nuevo y quizás él recordaría a la chica que amaba. Quizá las conversaciones no se transformarían en discusiones y ninguno de los dos dejaría al otro solo.

Una sombra se movía en el patio y Cornelia levantó la cabeza para mirar. Podía tratarse de uno de los soldados haciendo su ronda, pensó, pero soltó la respiración contenida cuando la noche gris reveló su identidad. Octaviano, espiando a los amantes. De llamarlo, el momento de intimidad que habían encontrado Clodia y Tubruk se iría al traste y esperaba que el chico tuviese el suficiente sentido común como para no acercarse demasiado.

Julio se había criado también entre aquellos muros y se había sentido también fascinado por el amor como Octaviano.

Observó en silencio cómo Octaviano se agachaba detrás de un abrevadero y miraba a Tubruk. La pareja volvió a besarse y Tubruk alargó el brazo en dirección al suelo, indagando con la mano sin dejar de reír. Cuando encontró lo que buscaba, Cornelia vio como su brazo iba hacia atrás y arrojaba algo, una piedrecilla que salía volando en dirección hacia donde se encontraba escondido Octaviano.

—Vuelve a la cama —le gritó Tubruk al chico.

Cornelia sonrió, y se volvió para seguir también ella el consejo.

—¡Están abriéndose las puertas del Senado! —le dijo Quinto a Julio por encima del hombro.

Julio se volvió; los magistrados estaban de regreso.

—Ha sido rápido —le dijo nervioso al jurista.

El anciano hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que la rapidez no es buena en un caso de propiedad —murmuró con tono amenazador.

Julio se tensó, de pronto atemorizado. ¿Acaso había hecho bastante? Si la decisión iba en contra suya y los jueces aceptaban la solicitud de pena de muerte, habría muerto antes de que se pusiese el sol. Oía las sandalias pisando el suelo adoquinado del foro, como si pretendieran marcar sus últimos momentos. Julio notó el sudor cayéndole por los costados bajo la toga, frío contra la piel.

Se puso en pie para recibir a los magistrados junto con el resto de los congregados, inclinando la cabeza a modo de saludo cuando efectuaron su entrada. Los soldados que les habían acompañado desde el edificio del Senado volvieron a sus puestos en una segunda línea entre la multitud y el tribunal sin despegar las manos de la espada. Julio sentía que el corazón se le debilitaba. Si esperaban problemas, podía ser que los magistrados les hubieran comunicado ya el veredicto.

Los tres jueces avanzaron hacia sus asientos con lenta dignidad. Julio intentó capturar su mirada mientras se instalaban, desesperado por obtener alguna pista de lo que estaba por suceder. No transparentaban nada y la multitud permaneció en silencio mientras la tensión crecía, esperándoles.

El magistrado que había hablado a lo largo del proceso se puso en pie laboriosamente, con expresión grave.

—Roma, escucha nuestro veredicto —gritó—. Hemos buscado la verdad y hablamos en nombre de la ley.

Julio contuvo la respiración inconscientemente, y el silencio que lo rodeaba resultaba casi doloroso después del estruendo de los vítores y los cánticos anteriores.

—Me declaro a favor del general Antonido —dijo el hombre, con la cabeza y el cuello rígidos. La multitud rugió enojada; luego se produjo un nuevo silencio cuando se levantó el segundo juez.

—Yo también me declaro a favor de Antonido —dijo, mientras recorría con la mirada el caos desordenado de la multitud. Un nuevo estallido de abucheos siguió a sus palabras y Julio se sintió repentinamente mareado con la reacción.

El tribuno se levantó y miró por encima de la multitud y hacia las imágenes de bronce de Mario, y su mirada se posó finalmente sobre Julio.

—Como tribuno, dispongo del derecho de vetar las opiniones de mis compañeros magistrados. No es un camino que elegiría a la ligera y he sopesado con detalle los argumentos. —Hizo una pausa para enfatizar sus palabras; todas las miradas estaban



posadas en él.

—Hoy ejercitaré este veto. El juicio lo ha ganado César —dijo.

La multitud se volvió loca de alegría y se oyó de nuevo el cántico de «Mario», más fuerte que nunca.

Julio se derrumbó en su asiento, enjugándose el sudor de la frente.

—Bien hecho, muchacho —le sonrió un desdentado Quinto—. Hay mucha gente que conocerá tu nombre si algún día optas a un cargo superior. Me ha gustado mucho la manera en que has utilizado estos escudos que llevabas. Efectista, pero les gusta. Felicidades.

Julio lanzó un prolongado suspiro, mareado todavía después de sentirse tan cerca de la catástrofe. Cuando cruzó la sala hacia donde seguía sentado Antonido le temblaban las piernas. Con un tono de voz lo bastante elevado como para que los magistrados pudieran oírle por encima de los gritos de la multitud, se tomó la primera parte de la venganza por Cornelia.

—Conseguiré de ti la suma de treinta mil sestercios —dijo, tirando bruscamente de la túnica de Antonido.

El hombre se tensó, presa de la impotencia; su mirada buscaba a Catón entre la multitud congregada en los bancos. Julio se volvió también, sin soltarlo todavía. Vio que la mirada de Catón se cruzaba con la del general y que luego sacudía despacio la cabeza en sentido negativo, con expresión de disgusto. Antonido parecía sorprendido por el vuelco de su fortuna.

—No tengo el dinero —dijo.

Rufo apareció interrumpiendo al lado de Julio.

—Es consuetudinario conceder treinta días para el pago de una deuda tan grande como esta.

Julio sonrió sin ganas.

—No. O obtengo el dinero ahora o el general será amordazado y vendido como esclavo en los mercados.

Antonido luchó violentamente para soltarse, incapaz de conseguirlo.

—¡No puedes! ¡Catón! ¡No puedes permitir que se me lleven! —gritó al ver que Catón le volvía la espalda y se disponía a abandonar el recinto. Pompeyo se encontraba entre el gentío, observando la escena con ávido interés. El general conservaba el suficiente sentido común como para impedir que su boca soltara los secretos de los asesinatos. Ni Pompeyo, ni Catón, ni los asesinos mismos podrían torturarlo y matarlo para que confesase.

Bruto abandonó su asiento para acercarse a Julio. Llevaba una cuerda en la mano.

—Átalo, Bruto, pero con delicadeza. Quiero obtener todo lo que pueda de él en el mercado de esclavos —dijo con voz ronca Julio, permitiendo que su ira y su satisfacción salieran a la luz por un instante.

Bruto completó la tarea con rápida eficiencia, amordazando finalmente a Antonido para amortiguar sus quejas. Los magistrados miraban sin reaccionar, conscientes de que aquella acción caía dentro del ámbito de la ley, aunque la pareja que había votado contra Julio estaba sofocada por la rabia silenciosa que sentía.

Cuando el trabajo estuvo hecho, Rufo llamó la atención de Julio poniéndole una mano en el brazo.

—Has hablado bien, César, pero Quinto es demasiado viejo para seguir siendo tu jurista en el futuro. ¿Puedo esperar que recuerdes mi nombre en caso de que vuelvas a necesitar a un abogado?

Julio se quedó mirándolo fijamente.

—Creo que es muy poco probable que te olvide —dijo.

Con Antonido atado y entregado a la esclavitud, el pretor dio por concluido el juicio y la multitud volvió a lanzar vítores. A pesar de que Catón había empezado ya a moverse, la mayoría de los otros senadores abandonó velozmente los bancos, claramente incómodos ante la presencia de una aglomeración tan impresionante de los ciudadanos a quienes ellos mismos representaban.

Juntos, Julio y Bruto arrastraron al prono general por el suelo de la sala, depositándolo sin cuidado alguno en la plataforma donde seguían los escudos.

Alexandria se adelantó entre el tumulto de senadores para llegar hasta Julio, con los ojos brillantes de resultados del triunfo.

—Bien hecho. Por un momento pensé que te tenían.

—También yo. Debo dar las gracias al tribuno por lo que ha hecho. Me ha salvado la vida.

Bruto espetó:

—Es uno más del pueblo, recuérdalo. Lo habrían hecho pedazos si hubiera dictado sentencia contra ti como los otros. ¡Dioses, míralos! —Bruto agitó el brazo en dirección a los ciudadanos que se apiñaban lo más cerca posible para poder ver a Julio.

—Sítuate junto a los escudos y salúdalos —dijo Alexandria, gritándole. Pasara lo que pasase, sabía que tendría una gran demanda de trabajo y que podría conseguir precios magníficos por parte de la crema de Roma.

Julio se puso en pie y la multitud lo vitoreó. Se inició entonces un nuevo cántico y cuando oyó su propio nombre sustituyendo lentamente al de Mario, un rubor de satisfacción ascendió por sus mejillas.

Levantó el brazo a modo de saludo y supo entonces que Quinto tenía razón en lo que había dicho. El nombre de César quedaría grabado en su mente y ¿quién sabía adonde podía llevarle todo aquello?

El sol de la mañana estaba lo bastante alto como para iluminar el foro y resplandecía contra las superficies de los escudos de bronce creados por Alexandria.

Brillaban, y Julio sonrió al mirarlos, esperando que Mario pudiera verlos también, dondequiera que estuviese.

## XXXIII

El aire de la mañana transportaba el primer calor de la primavera mientras Julio corría por sus amados bosques, sintiendo las piernas perder las tensiones acumuladas durante aquellos días. Con la emoción del juicio superada, pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de Renio y Bruto en los barracones de la Primigenia, y regresaba a casa solo para dormir. Los hombres que había reclutado en África y Grecia se adaptaban bien y entre los supervivientes de la original, existía una nueva sensación de orgullo al ver que la amada legión de Mario volvía a cobrar vida. Los hombres que Catón les había proporcionado eran jóvenes e inexpertos. Julio había sentido la tentación de interrogarlos sobre su pasado, pero se resistió al impulso. Nada importaba después de haber prestado juramento, independientemente de aquello con lo que Catón pudiera haberlos amenazado. Eso lo sabrían con el tiempo. Renio pasaba con ellos todas las horas del día, sirviéndose de hombres experimentados para instruir y entrenar a los nuevos.

Aunque no llegaban todavía a la mitad de la fuerza, se había hecho correr la voz en otras ciudades y Craso había prometido pagar a todos los que consiguieran reunir bajo el estandarte de la Primigenia. La deuda contraída con él alcanzaba niveles mareantes, pero Julio estaba de acuerdo con ella. A pesar de todo el oro obtenido de Celso, formar una legión costaba una fortuna y Craso seguía encabezando la lista de contrarios a los partidarios de Sila. Las inmensas sumas de dinero reposaban en algún lugar recóndito la conciencia de Julio, ignoradas. Todos los días llegaban viajeros con los pies doloridos procedentes de todo el país atraídos por las promesas de incursiones en provincias lejanas. Era una época excitante y todos los atardeceres, al ponerse el sol, Julio partía de mala gana, pensando solo en las frías bienvenidas que le esperaban en casa.

A pesar de que compartían la cama, Cornelia saltaba siempre que la tocaba y luego se enfadaba hasta que él perdía los nervios o la abandonaba para irse a dormir a otra habitación. Cada noche era peor que la anterior y se acostaba atormentado por el deseo de estar con ella. Añoraba su antigua personalidad y a veces se dirigía a ella para compartir una idea o una broma solo para tropezar con un rostro lleno de amargura que empezaba a no comprender. En ocasiones, sentía la tentación de instalarse en otra alcoba y pedir a una esclava para satisfacer sus necesidades. Sabía que ella le odiaría en este caso, y sufría así las largas noches hasta que las horas que pasaba despierto empezaron a teñirse de una rabia constante y solo encontraba la paz en el sueño. Soñaba con Alexandria.

Aunque le avergonzaba, había ido a la ciudad tres veces acompañado por Octaviano a modo de excusa para detenerse en la tienda de Tabbic. En la tercera ocasión, Bruto estaba allí y, después de que los tres superaran unos minutos de

turbación, Julio se juró no volver a ir.

Se detuvo, jadeando después de coronar la colina que dominaba su propiedad, no muy lejos de donde el padre de Suetonio había instalado la nueva valla fronteriza. Quizá, por fin, había llegado el momento de hacer algo al respecto. Con el aire fresco y limpio llenándole los pulmones y ligeramente sudado después de haber corrido, sintió que le subía la moral inspeccionando aquella tierra que era suya. Roma estaba preparada para el cambio. Lo sentía, igual que sentía el sutil cambio de estaciones que devolvería el calor del verano a las calles y los campos.

Un estrépito de cascos le despertó de su ensueño y Julio se apartó del camino al notar que el ruido iba en aumento. Supuso quién era antes incluso de ver la pequeña figura, sentada a lomos del semental más poderoso de los establos. Julio se percató del equilibrio y de la habilidad del chico incluso poniendo la mala cara que obligó a Octaviano a detenerse en seco sobre las hojas húmedas que cubrían el bosque.

El semental resopló y danzó al verse retenido; tiró de las riendas, dando con ello a entender que quería proseguir. Octaviano se deslizó por el lomo desnudo enterrando una mano en la crin. Julio se aproximó sin articular palabra.

—Lo siento —empezó Octaviano, rojo de vergüenza—. Necesitaba correr y a los chicos del establo no les gusta forzarlo. Ya sé que dije...

—Ven conmigo —le interrumpió Julio.

Caminaron en silencio colina abajo, mientras un desolado Octaviano tiraba del semental detrás de Julio. Sabía que probablemente iba a caerle una zurra o, peor aún, que podían devolverlo a la ciudad y no volver a ver nunca un caballo. Sus ojos se llenaron de lágrimas que enjugó rápidamente. Julio lo despreciaría si le veía sollozar como un bebé. Octaviano decidió aceptar el castigo sin lágrimas, aunque lo echaran de allí.

Julio llamó para que abrieran la puerta y condujo a Octaviano hacia los establos. Con el pago del rescate, Tubruk se había visto obligado a vender algunos caballos, pero el administrador de la finca había conservado los mejores purasangres para reconstruir la cuadra.

Cuando Julio entró en los sombríos establos, el sol empezaba a elevarse en el cielo, proporcionando un deseado respiro de calidez. Julio dudó al ver que los caballos volvían la cabeza para darle la bienvenida, resoplando el aire con sus calientes morros. Sin una palabra de explicación, se dirigió hacia el joven semental que Tubruk había criado y entrenado desde que era un potrillo y acarició su poderoso lomo castaño.

Con Octaviano observándolo, Julio le puso las riendas y eligió una silla entre las diversas que había en la estantería de la pared del establo. En silencio, condujo el caballo hasta la luz del sol matutino.

—¿Por qué ya no montas tu poni? —preguntó.

Octaviano le miró fijamente, completamente perdido.

—Es demasiado lento —dijo, dando golpecitos al cuello de su semental sin darse cuenta de ello. El poderoso caballo se elevaba por encima de él, pero permanecía tranquilo bajo sus caricias, sin demostrar en absoluto el carácter que fastidiaba a los chicos responsables de los establos de la finca.

—Sabes que eres pariente mío, ¿verdad? —preguntó Julio.

—Mi madre me lo dijo —replicó el niño.

Julio permaneció un momento pensativo. Sospechaba que su padre habría apalizado a su hijo si él o Bruto hubiesen puesto en riesgo a su mejor semental galopando por los bosques, pero no deseaba echar a perder el optimismo que se había apoderado de él. Al fin y al cabo se lo había prometido a Alexandria.

—Ven entonces, primo. Veamos si eres tan bueno como te crees.

El rostro de Octaviano se iluminó cuando Julio condujo ambos caballos hacia el exterior y observó cómo el chico se encaramaba sin problemas a lomos de su semental. Julio montó a un paso más tranquilo; entonces gritó de repente y animó a su montura para que subiese al galope hacia la colina.

Octaviano lo observaba boquiabierto, y una sonrisa cruzó su rostro cuando apretó los talones y gritó también a modo de respuesta, mientras el viento revoloteaba entre su cabello.

Cuando Julio entró en la casa, Cornelia sintió deseos de abrazarlo. Sofocado después del paseo en caballo y con el cabello despeinado y lleno de polvo, parecía tan joven y lleno de energía que le partía el corazón. Quería ver que le sonreía y sentir la fuerza de sus brazos al hundirse entre ellos, pero en lugar de eso se descubrió dirigiéndose a él enfadada, con la amargura aflorándole de forma incontrolable aunque parte de ella llorara ansiando unas palabras más suaves que era incapaz de hallar.

—¿Cuánto tiempo pretendes que viva aquí como una prisionera? —preguntó—. ¡Tú tienes tu libertad, mientras que yo no puedo comer ni caminar por ningún lado sin que los malnacidos de tu Primigenia me sigan!

—¡Están aquí para protegerte! —replicó Julio, sorprendido por la profundidad de sus sentimientos.

Cornelia miró de soslayo a su esposo.

—¿Por cuánto tiempo, Julio? Sabes mejor que nadie que podrían pasar años antes de que tus enemigos dejaran de ser un peligro. ¿Me tendrás confinada por el resto de mi vida? ¿Y qué me dices de tu hija? ¿Cuándo la abrazaste por última vez? ¿Quieres que crezca sola? Esos soldados cachean incluso a los amigos de mi padre cuando vienen de visita. No volverán, eso te lo aseguro.

—He estado trabajando, Cornelia, lo sabes. Buscaré tiempo para ella, lo prometo. Tal vez los de la Primigenia hayan sido excesivamente cautelosos —admitió Julio—,

pero les dije que te mantuvieran a salvo hasta que haya acabado con la amenaza de asesinatos.

Cornelia maldijo, cosa que sorprendió a Julio.

—¡Todo esto basándote en lo que le sucedió a la hija de Pompeyo! ¿Se te ha ocurrido la posibilidad de que no existiera ningún peligro? Por lo que en realidad sabemos, Pompeyo fue atacado por algo que nada tenía que ver con el Senado, y aun así, como resultado de ello, yo tengo prohibidos incluso los desplazamientos cortos a la ciudad para romper la monotonía. Es demasiado, Julio. No puedo soportarlo.

No cumpliría sus palabras, pero la atormentaba la confusión. Aquello no era lo que tenía que ser. El debía ver su amor, pero se apartaba de ella.

Julio la miró, con la expresión cada vez más dura.

—¿Quieres que deje mi familia a merced de cualquier ataque? No puedo. No, no lo haré. Estoy realizando ya progresos contra mis enemigos. Acabé con Antonido delante de Catón y sus seguidores. Saben lo peligroso que les resultó y eso multiplica el riesgo hacia ti. Incluso aunque sus matones apuntaran solo a mí, podrían también actuar contra ti.

Cornelia respiró hondo para disminuir el ritmo del bombeo sanguíneo.

—¿Es entonces para salvarnos o para salvar tu orgullo que estamos prisioneras en nuestra propia casa? —Observó su mirada tensándose de rabia al tiempo que suspiraba por él.

—¿Qué quieres que te diga? —le espetó—. ¿Quieres regresar con tu padre? Entonces ve, pero la Primigenia viajará contigo y convertirá aquel lugar en una fortaleza. Mientras mis enemigos no estén muertos, tú debes estar a salvo.

Presionó las manos contra sus ojos, como si con ello pudiese retener la frustración que se apoderaba de él. Se acercó a ella y abrazó su rígido cuerpo.

—Mi orgullo no tiene nada que ver con esto, Cornelia. En mi vida nada hay más importante que Julia y tú. La idea de que alguien os hiciese daño me resulta... insoportable. Debo saber que estáis a salvo.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —musitó ella—. Te importa más la ciudad que tu propia familia. Te importa más tu reputación y el amor del pueblo que nosotras. —Las lágrimas inundaron sus ojos y él la abrazó con fuerza, descansando su cabeza sobre la de ella. Sus palabras le horrorizaban y luchaba contra una voz interior que descubría una pizca de verdad en ellas.

—No, esposa —dijo, forzando un tono más suave—. Estás por encima de todo lo demás.

Se alejó de él, mirándole a los ojos.

—Entonces huye con nosotras, Julio. Si eso es cierto, toma tu oro y tu familia y abandona esta horrible disputa. Existen otras tierras donde establecerse, en las que Roma está lo bastante lejos como para no preocuparnos y donde tu hija puede criarse

sin miedo a cuchillos nocturnos. Sufre pesadillas, Julio. Temo más por lo que este confinamiento suponga para ella que para mí. Si tanto significamos para ti, abandona Roma.

Él cerró los ojos con dolor.

—No puedes... pedirme esto —dijo. Y mientras pronunciaba estas palabras, Cornelia se soltó de su abrazo y se alejó de él, y aunque los brazos de Julio se morían por volver a rodearla, no podía. La voz de Cornelia era ronca y fuerte, inundaba la estancia.

—Entonces no prediques lo mucho que te importamos, Julio. No vuelvas a decirlo nunca. Tu preciosa ciudad nos mantiene en peligro y tú te complicas con mentiras de deber y amor. —Lágrimas de ira asomaban de nuevo en sus ojos enrojecidos; abrió la puerta y pasó enfurecida junto a los soldados de la Primigenia, que seguían firmes al otro lado del umbral. Estaban pálidos por lo que acababan de oír, pero ambos mantuvieron la mirada clavada en el suelo mientras seguían a Cornelia a cierta distancia, temerosos de provocarla todavía más.

En cuestión de segundos, Julio se quedó solo en la estancia, hundido, lleno de pesadumbre en un *triclinio*. Era la tercera vez que discutían en los días transcurridos desde el juicio, y la peor de todas ellas. Había llegado a casa lleno de excitación por su triunfo y, mientras se lo explicaba, todo aquello había llevado de algún modo los sentimientos de Cornelia a un punto decisivo, cosa que la hizo hablar con una rabia de la que nunca había sido testigo. Esperaba que Clodia estuviese por allí. Únicamente la vieja aya parecía capaz de tranquilizarla. Cualquier cosa que él dijera empeoraba la situación.

Taciturno, reflexionó de nuevo la discusión. Ella no comprendía el trabajo que había emprendido en la ciudad y apretó los puños enfadado de pronto consigo mismo. Cornelia tenía razón: poseía riquezas suficientes para poder marcharse todos de allí. Podía vender la finca a sus avariciosos vecinos y dejar las luchas del Senado y los dominios para otros. Tubruk podía retirarse y sería como si la familia César jamás hubiera formado parte de la ciudad más grande.

Le vino a la cabeza el recuerdo de Tubruk hundiendo los dedos en la oscura tierra de los campos cuando Julio era pequeño. Perteneecía a aquella tierra y jamás podría abandonarla, aunque le avergonzaba hacerle daño a Cornelia. Ella se daría cuenta, cuando derrotara a sus enemigos, de que todo aquello no era más que una situación dolorosa pasajera y que podrían ver a su hija crecer en paz, en brazos de Roma. Solo que pudiese soportarlo de momento, acabaría compensándola con el tiempo. Finalmente, se quitó de encima el oscuro letargo que le atormentaba y se levantó. Se aproximaba el mediodía y con la reunión del Senado programada para primera hora de la tarde, tendría que ocuparse rápidamente de los asuntos de la casa de Suetonio antes de dirigirse a la ciudad.



Octaviano se encontraba en los establos ayudando a Tubruk a montar. El semental sobre el que Julio había cabalgado por la mañana brillaba después del cepillado. Julio le dio al chico una palmadita en la espalda para darle las gracias mientras se instalaba en la silla, y el recuerdo de la apasionada carrera a caballo apaciguó su enojo por un momento. Con sentimiento de culpa, se dio cuenta de que se sentía satisfecho de alejarse de su casa, de Cornelia.

Las tierras propiedad del padre de Suetonio estaban más próximas a la ciudad que las de Julio, con un tramo considerable lindando entre ellas. A pesar de que el senador no poseía ningún tipo de rango militar, tenía a su servicio a diversos guardias que desafiaron a los dos desconocidos tan pronto como cruzaron el límite, y luego los acompañaron hasta los edificios principales velozmente y con cautela profesional. Enviaron mensajeros por adelantado antes de que Julio y Tubruk llegaran a la entrada de la casa, lo que obligó a ambos hombres a intercambiar miradas ante tanta eficiencia.

El lugar donde Suetonio se había criado era un conjunto irregular de espacios cercados por muros blancos, de casi el doble de tamaño de lo que Julio había heredado. El mismo arroyo que nutría sus tierras recorría también las propiedades de Prando, y el suelo aparecía exuberante de vegetación y color. Viejos pinos sombreaban la entrada y en el camino que conducía hasta la casa reinaba la frescura gracias a las sombras que proporcionaban las elevadas ramas de los árboles. Tubruk arrugó la nariz en señal de desaprobación.

—Imposible de defender, un lugar así —murmuró—. Los árboles tapan demasiado y les falta un buen muro exterior y una verja. Podría ocuparlo con veinte hombres.

Julio no respondió, pensando en su propia casa, con los terrenos limpios que la rodeaban. No se había dado cuenta antes de la marca distintiva que había dejado allí la influencia de Tubruk, especialmente después de la revuelta de los esclavos acontecida años atrás. La casa de Suetonio era bonita y hacía que la suya pareciera desolada y desnuda en comparación. Quizás a Cornelia le resultara más fácil el paso del tiempo si los alrededores recordaran menos unos barracones militares.

Desmontaron para cruzar la entrada, un arco con mosaicos que daba paso a un jardín donde se oía el sonido de una corriente de agua oculta por arbustos y plantas en flor. Julio desmontó de los caballos las pesadas sacas, y Tubruk y él se las cargaron a hombros, entregando las riendas a los esclavos que llegaron para recibirlos. Fueron invitados a tomar asiento en una fresca estancia exterior y les dijeron que esperasen.

Julio se acomodó, perfectamente consciente de que el senador podía ignorar su presencia durante una buena parte del día. Tubruk se acercó a una ventana para contemplar las flores que Julio pensaba resultarían atractivas para Cornelia de tenerlas en su casa.

Procedente de la casa, entró entonces un esclavo joven que se acercó a los dos hombres.

—El senador Prando te da la bienvenida, tribuno. Sígueme, por favor.

Tubruk enarcó las cejas, sorprendido ante la rápida respuesta. Julio se encogió de hombros y ambos siguieron al esclavo hacia un ala más alejada, donde el hombre que les acompañaba les abrió la puerta e hizo una reverencia para invitarles a pasar.

En una estancia que más recordaba a un templo que a un lugar donde vivir, se encontraban el senador Prando y su hijo. Las paredes y los suelos estaban cubiertos por espléndido mármol vetado y en la pared más alejada se encontraba el altar de la casa. El ambiente olía ligeramente a un incienso suave y fragante, y Julio inspiró para disfrutar del aroma. No había duda de que tenía que realizar cambios en su casa. Cada paso que daba aportaba a su mirada un nuevo e interesante detalle, desde el busto de un antepasado en una hornacina hasta una colección de reliquias griegas y egipcias en una pared que deseaba, con ganas, examinar. Era una exhibición calculada de riqueza, pero Julio lo asumió como una guía de los cambios que llevaría a cabo y pasó completamente por alto el objetivo pretendido.

—Esto es inesperado, César —empezó Prando.

Julio apartó su atención de lo que le rodeaba y sonrió abiertamente a la pareja que le observaba.

—Tienes una casa preciosa, senador. Especialmente los jardines.

Prando parpadeó sorprendido, y luego puso mala cara al verse obligado a responder el cumplido.

—Gracias, tribuno. He trabajado muchos años para conseguirlo, pero no me has dicho aún por qué estás aquí.

Julio levantó la saca que llevaba al hombro y la arrojó sobre el suelo de mármol acompañada por un inconfundible tintineo de monedas.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí, senador. He venido a recomprar la tierra que te fue vendida durante el encarcelamiento que sufrí junto con tu hijo. — Julio miró de reojo a Suetonio mientras hablaba y vio que sus facciones estaban paralizadas en una media sonrisa arrogante. Julio no respondió a la misma, y mantuvo el rostro inexpresivo. Era con el padre con quien tenía que tratar.

—Esperaba construirle a mi hijo una casa en esos terrenos —empezó el senador.

Julio lo interrumpió.

—Recuerdo que lo mencionaste. He traído el importe que pagaste y una cuarta parte más para compensarte por la pérdida. No regatearé contigo por mis tierras. No haré más ofertas —dijo con firmeza, y desató la saca para mostrarle el oro.

—Es... una propuesta justa —dijo Prando, mirando las sacas—. Muy bien, haré que mis esclavos desmonten la valla.

—¿Qué? Padre, no puedes... —empezó a decir Suetonio enojado.

El senador se volvió hacia su hijo y le agarró con fuerza por el brazo.

—¡Silencio! —gritó.

El hombre más joven sacudió la cabeza con incredulidad mientras Julio se aproximaba para darle la mano a su padre como modo de sellar el acuerdo. Sin cruzar más palabra, Julio y Tubruk partieron, dejando a Suetonio solo con su padre.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó, furiosamente asombrado.

La boca de su padre se torció hasta reflejar su propia mueca de burla.

—Eres tonto, hijo mío. Te quiero, pero eres tonto. Estuviste en el juicio conmigo. Este hombre no es alguien a quien tener como enemigo. ¿Te ha quedado bastante claro?

—¿Y qué hay de la casa que ibas a construirme? Dioses, si ya he pasado no sé cuántos días con los arquitectos.

El senador Prando miró a su hijo; su mirada mostraba un desengaño que hirió a su hijo más que un bofetón.

—Confía en mí, Suetonio. Habrías muerto en esa casa tan próxima a sus tierras. Te des cuenta de ello o no, te he conservado la vida. Yo no le tengo miedo, pero tú eres mi hijo mayor y él es demasiado peligroso para ti. Asusta a Catón y a ti debería aterrorizarte.

—¡No le tengo miedo a César, ni a sus soldados! —gritó Suetonio.

Su padre hizo un gesto con la cabeza, entristecido.

—Eso, hijo mío, es porque eres tonto.

Cuando Julio y Tubruk cruzaron a lomos de sus caballos las verjas de su casa, oyeron un grito procedente del edificio principal. Bruto salió corriendo a recibirlos y los alegres saludos murieron en sus labios al ver la expresión que tenía.

—Gracias a los dioses que habéis regresado —dijo—. El Senado está convocando a todo el mundo. La Primigenia tiene que estar lista para movilizarse. —Mientras hablaba, un esclavo le preparaba la montura y saltó sobre la silla.

—¿Qué sucede? —dijo Julio mientras Bruto tomaba sus riendas, sintiendo un arranque de emoción.

—Una rebelión de esclavos en el norte. Miles de ellos y centenares de gladiadores que han matado a sus amos. Mutina ha sido invadida —respondió Bruto, con la cara pálida bajo el polvo del camino.

—¡Eso no es posible! Allí hay dos legiones —interrumpió Tubruk, horrorizado.

—Eso decía el informe. Los mensajeros han salido, pero pensé que querríais saber las noticias tan pronto como pudiera dáros las.

Julio volvió la cabeza del caballo y sujetó con fuerza las riendas.

—No puedo llevarme a los guardias que vigilan a mi esposa, no con el peligro de otra rebelión extendiéndose por aquí —dijo sin perder la calma.

Bruto se encogió de hombros.

—La orden era tener a todos los soldados disponibles preparados para partir hacia el norte, Julio, pero puedo olvidarme de estos —replicó, alargando el brazo para darle una palmada en el hombro a su amigo y demostrarle así su apoyo. Julio sujetó con fuerza las riendas, dispuesto a espolear los costados del caballo.

—Mantén segura la casa, Tubruk —ordenó Julio—. Si la rebelión se extiende, llegaremos por fin a valorar la disposición que has hecho de sus defensas. Mantén mi familia a salvo, como has hecho hasta ahora.

Tubruk miró a Julio a los ojos, compartiendo con él un momento de entendimiento íntimo. Para que Bruto no pudiera oírle, se inclinó sobre el lomo del semental para murmurarle a Tubruk al oído.

—Sé lo que te debo —dijo. La muerte de Sila les había salvado a todos.

—No te preocupes. ¡Ahora ve! —respondió gruñendo Tubruk, azuzando las ancas del caballo de Julio.

Los dos jóvenes se inclinaron sobre sus sillas y espolearon las monturas para que avanzaran a todo galope, levantando una nube de polvo en el camino que conducía hasta Roma.

## XXXIV

El edificio del Senado bullía de actividad cuando Julio y Bruto llegaron. Desmontaron en la entrada del foro y guiaron sus monturas hacia los grupos de senadores que venían de todas direcciones, convocados para la reunión de urgencia y procedentes de todos los rincones de la ciudad y de fuera de ella.

—¿Cómo te enteraste tan rápidamente de la noticia? —le preguntó Julio a su amigo mientras cruzaban el espacio abierto.

Bruto parecía incómodo, y luego levantó la cabeza.

—Me lo comentó mi madre. Tiene diversos... contactos en el Senado. Ha sido probablemente una de las primeras en enterarse.

Julio percibió cierta cautela en el comportamiento de Bruto y se preguntó por ello. El joven había estado presionando para conseguir que se reuniese con Servilia y Julio intuía que aquello era muy importante para él.

—Tendré que acabar viendo a tu madre —dijo sin alterarse.

Bruto le lanzó una mirada en busca de un aire de mofa, pero luego se relajó, satisfecho.

—Tiene mucho interés por conocerte después de aquel juicio. Quiero que la conozcas. No tiene nada que ver con nadie que haya conocido.

—Quizás esta noche, entonces, si hay tiempo para ello —replicó Julio, ocultando su reticencia. Tubruk le había transmitido su opinión sobre aquella mujer, pero se lo debía a Bruto si es que así él lo deseaba.

Bruto tomó las riendas de ambos caballos en una mano al alcanzar el pie de la escalinata.

—Ven luego a los barracones si puedes. Tendré la Primigenia lista para partir bajo tus órdenes —dijo. Sus ojos brillaban con una excitación que hizo sonreír a Julio.

—Tan pronto como quede libre —dijo, subiendo los peldaños y adentrándose en la penumbra del edificio.

El moderador del debate y el cónsul estaban todavía en camino. Así pues, cuando Julio entró en el edificio del Senado no se había iniciado ninguna discusión oficial. La mitad de la totalidad de sus colegas estaba reunida en ansiosos corrillos y los comentarios que se hacían entre ellos generaban un ruido de fondo que solo servía para aumentar la sensación de urgencia. Viendo el caos reinante, Julio aprovechó el tiempo para hablar con los conocidos y averiguar detalles que Bruto desconocía.

Pompeyo iba acompañado de Craso y Cinna, enfrascados en una acalorada discusión. Recibieron a Julio saludándolo con un movimiento de cabeza en cuanto se situó a su lado para luego seguir con su conversación.

—Naturalmente que tendrás el mando, amigo mío. No hay nadie más de renombre, y ni tan siquiera Catón lo pondrá en duda con solo las fuerzas de

Ariminum salvaguardando el sur —le dijo Craso a Pompeyo.

El bronceado comandante se encogió de hombros, y su rostro reflejó el amargo conocimiento de las circunstancias.

—Catón haría cualquier cosa por evitar que yo tomara el control militar, lo sabes. No debe permitirse que mande a su gente. ¡Mira lo que sucedió en Grecia! Y los piratas que deambulan a su voluntad, atacando nuestros barcos mercantes. Si estos gladiadores son los mismos que no pudimos derrotar en el Vesubio, ello quiere decir que hemos perdido Mutina como consecuencia de la timidez de nuestra política desde la muerte de Sila. Y todo porque Catón impide que el Senado envíe a un general del calibre que la tarea requiere. ¿Piensas que esta vez será distinto?

—Puede que lo sea —respondió Cinna—. Catón tiene propiedades en el norte que podrían estar bajo la amenaza de los esclavos. Podrían incluso dirigirse hacia el sur y atacar la ciudad. Catón no es tan idiota como para ignorar una amenaza sobre Roma. Tienen que enviarte a ti. Al menos tenemos de regreso a las legiones de Grecia para unirse a las demás.

—Ya entra el cónsul. Debería utilizar el derecho de veto contra Catón si ese gordo imbécil interfiere en la cuestión. Se trata de algo más que un asunto personal entre los dos. Está en juego la seguridad del norte. La seguridad de la misma Roma.

Pompeyo abandonó el grupo, y se abrió paso a codazos entre los senadores congregados para hablar con el cónsul mientras este entraba. Julio observó su encuentro con aquel hombre, un anciano elegido para el cargo después del compromiso alcanzado por las facciones del Senado. Mientras Pompeyo le hablaba, gesticulando para subrayar sus palabras, el hombre parecía nervioso e intimidado. Julio puso mala cara, tamborileando con tensión los dedos sobre el abdomen al ver que el cónsul daba la espalda a la gesticulación de Pompeyo para dirigirse a la tribuna.

—Tomad asiento, senadores —ordenó el cónsul.

Rápidamente se llevaron a cabo los procedimientos del juramento de la reunión y el cónsul tosió para aclararse la garganta antes de dirigirse a las tensas filas que tenía enfrente.

—Habéis sido convocados a esta reunión de urgencia para debatir una respuesta al alzamiento. Tengo conmigo los últimos informes y son preocupantes. Se inició como una revuelta de los gladiadores de una escuela de lucha en Capua. Al principio, el pretor del lugar creyó poder controlarla, pero fracasó y no pudo contener la rebelión. Parece ser que consiguieron formar un ejército de esclavos y marchar rápidamente hacia el norte. Saquearon diversas ciudades y fincas, matando a cientos de personas e incendiando todo lo que no pudieron robar. El legado de Mutina combatió contra los esclavos y la guarnición fue destruida sin que quedaran supervivientes.

Hizo una pausa. Los senadores que no habían oído la noticia lanzaron gritos sofocados de rabia y el cónsul levantó las manos para tranquilizarlos.

—Senadores, no debemos exagerar esta amenaza. Se ha pedido a las legiones de Ariminum que protejan la ciudad, pero sin Mutina, el norte queda completamente abierto. Las estimaciones que poseo son diversas, pero puede que haya cerca de treinta mil esclavos en marcha, con más sumándose a ellos a medida que van asolando ciudades. Lo único que puedo dar por sentado es que superaban con mucho el número de componentes de las legiones de Mutina. Debemos enfrentarnos a ellos con la mayor fuerza que podamos reunir manteniendo además seguras las fronteras del sur. No es necesario que os diga que no podemos trasladar guarniciones de Grecia sin sufrir un riesgo extremo tan poco tiempo después de que ellos también se rebelasen.

—En estos momentos, no muestran señales de dirigirse hacia Roma, pero, de hacerlo, hay más de ochenta mil esclavos que podrían apuntarse a su causa para cuando alcancen el sur. Se trata de una amenaza grave y nuestra respuesta debe ser rápida y contundente.

El cónsul echó una rápida mirada a Catón, y luego a Pompeyo.

—Pido que esta vez dejéis de lado vuestras disputas por el bien de la ciudad y de las tierras romanas. Llamo al moderador del debate para oír las respuestas.

El cónsul tomó asiento y se enjugó nervioso la frente, evidentemente aliviado de poder dejar la reunión en manos de otro. El moderador del debate llevaba muchos años en el cargo, y su experiencia le otorgaba una objetividad que suavizaba incluso los temperamentos más calientes. Esperó pacientemente a que hubiera silencio antes de decidirse por el primer orador.

—¿Pompeyo?

—Gracias. Senadores, pido se me conceda el mando de las legiones que se envíen a combatir a estos rebeldes. Mi historial me cualifica para ello y os animo a votar con rapidez. Todo soldado a cien millas a la redonda de Roma debe ser convocado para que se presente en la ciudad. En cuestión de una semana deberíamos disponer de un ejército de seis legiones que enviar contra los esclavos, sumándonos a las dos de Ariminum cuando lleguemos allí. Si nos retrasamos, este ejército de esclavos crecerá aún más hasta que resulte imposible detenerlo. Recordad que nos superan en número, senadores, incluso en nuestros propios hogares. Otorgadme el mando y los destruiré en nombre del Senado.

Pompeyo se sentó acompañado por vítores y golpes de pie dispersos. No respondió a aquellos sonidos, y mantenía la mirada clavada en la figura de Catón, quien se había levantado lentamente, con la cara sofocada.

—Que hable Catón —confirmó el moderador del debate.

—La verdad es que el historial de Pompeyo es bueno —empezó Catón, sonriendo

al senador de cara impávida que permanecía sentado en los bancos opuestos—. Coincido con él en que debemos reunir fuerzas y enviarlas a combatir rápidamente antes de que el fuego de la rebelión incendie el norte. Sin embargo, existen otras alternativas en cuanto a hombres para comandar la fuerza que enviemos, otros que ostentan el rango de general y tienen experiencia en combatir para Roma. Me da la impresión de que un hombre que se propone a sí mismo como candidato puede no ser el adecuado para este papel. Mejor que, para esta difícil tarea, nombremos a un general aceptable para todos. Confieso que la impaciencia de Pompeyo me incomoda dada la historia reciente de nuestra ciudad, y en su lugar sugiero entregar el mando a Lépido, recién llegado de Grecia. —Se sentó en silencio antes de que estallara un murmullo de gritos de enojo y conversaciones, con ambas facciones insultándose mutuamente.

—Silencio, caballeros. No servís a Roma con vuestro rencor —se alzó la voz del moderador del debate, devolviendo un tenso silencio a los bancos. Miró a los senadores sentados e hizo un ademán en dirección a Julio, que se había puesto en pie una vez finalizado el discurso de Catón.

—Fui testigo de la precaución de Lépido contra Mitrídates. Retrasó el momento de entablar combate y apenas había avanzado más allá del lugar donde había llegado cuando lo alcancé para entregarle el cadáver del rey griego. He presenciado demasiadas componendas en este Senado. Lépido es una pobre elección, cuando lo que necesitamos es movernos con rapidez y sofocar la rebelión antes de que se descontrole. Debemos dejar de lado nuestros agravios y facciones para garantizar el mando a quien más rápidamente pueda lograr las cosas. Y ese es Pompeyo.

El moderador del debate asintió para mostrar su acuerdo, abandonando su postura habitualmente imparcial, pero se vio obligado entonces a darle la palabra a Catón cuando este volvió a ponerse en pie.

—Me preocupa que la amenaza contra nosotros se utilice para ocultar la ambición, senadores. Lépido nunca nos pondrá en peligro cuando terminen las batallas, pero Pompeyo puede muy bien tener los ojos puestos en el futuro, incluso mientras estamos discutiendo esta elección. Mi voto será para Lépido. —El hombre volvió a tomar asiento con todo cuidado, y miró un instante a Julio de reojo.

—¿Hay más candidatos? De ser así, que se levanten o pasaremos directamente a la votación. —El moderador del debate esperó, recorriendo las filas con la mirada.

Craso se puso en pie, haciendo caso omiso de la expresión de sorpresa de los partidarios de Catón. Recibió el gesto que le daba la palabra y cruzó las manos en la espalda, como un tutor dirigiéndose a sus pupilos.

—Senadores, temo que la política nos llevará a la elección errónea para la ciudad. No sé quién ganaría una votación entre Pompeyo y Lépido como comandantes, pero si se trata de Lépido, solo puede llevarnos al desastre. Me propongo como tercer



candidato para evitar la pérdida de vidas que seguramente se produciría si Lépido estuviera al mando. Aunque en los últimos años me he consagrado a los negocios, dispongo también de un historial anterior en las legiones, para vuestra aprobación.

Una vez más, estallaron en el Senado los murmullos cuando Craso tomó asiento. Pompeyo estaba asombrado ante la revelación de su amigo e intentó captar su mirada sin éxito, ya que Craso apartaba la vista. Cuando el ruido amainó, Pompeyo se puso en pie, apretando los puños inconscientemente.

—Retiro mi nombre de la votación en favor de Craso —dijo amargamente.

—Entonces pasaremos a la votación sin más retraso. Izad las manos según vuestra elección, caballeros —replicó el moderador del debate, tan sorprendido como cualquiera de los presentes ante el vuelco de los acontecimientos. Esperó unos momentos más para que los senadores terminaran con su reflexión y se dispuso a pronunciar los nombres en voz alta.

—¡Lépido!

Julio estiró el cuello junto con todos los demás senadores que seguían sentados para valorar la cifra, y luego soltó el aire satisfecho. No eran suficientes para ganar la votación.

—¡Craso! —entonó el moderador del debate, sonriéndose.

Julio se levantó junto con Pompeyo y todos los demás que consideraban correcta aquella alternativa. El moderador del debate hizo un ademán hacia el cónsul, quien se puso en pie y cogió el *rostrum* que tenía ante él.

—Craso queda nombrado general de la unión de ejércitos del norte y se le ordena avanzar contra la rebelión y destruirla con todas sus fuerzas —dijo el cónsul.

Craso se levantó para dar las gracias a los senadores.

—Haré todo lo posible para preservar nuestras tierras y la ciudad, caballeros. Tan pronto como unamos las legiones en el Campo de Marte, avanzaré contra los rebeldes.

Hizo una pausa durante un instante y sonrió con malicia.

—Mantendré a los legados en el lugar que les corresponde, pero debo disponer de un segundo mando en el caso de que yo cayera. Nombro a Gnaeus Pompeyo como segundo.

Estallaron tanto maldiciones como vítores, mientras todos ignoraban las llamadas a la tranquilidad realizadas por el moderador del debate. Julio se echó a reír ante la jugada y Craso inclinó la cabeza hacia él a modo de reconocimiento, disfrutando de verdad.

—¡Guardad silencio! —vociferó el moderador del debate por encima de todos ellos, perdiendo finalmente los estribos. Los murmullos se apaciguaron bajo su mirada, aunque lentamente.

—Deberíamos pasar a los detalles, senadores —dijo el cónsul, hojeando sus

papeles—. Los mensajeros informan de que los esclavos están bien armados después de Mutina, y se han provisto de los suministros y el armamento de los legionarios. Uno de los nuestros afirma haber visto a gladiadores entrenando a los esclavos en el manejo de la espada y la lanza, imitando nuestras formaciones en el campo de batalla. No deberíamos infravalorarlos después de lo de Mutina. —El cónsul se humedeció los dedos con nerviosismo mientras examinaba con detalle el pliego de pergaminos que tenía delante de él.

—¿Tienen oficiales? —preguntó Pompeyo.

El cónsul asintió mientras seguía leyendo.

—Parece ser que disponen de una estructura basada en nuestras legiones en todos los sentidos. Tengo el mensaje original del propietario de los barracones de donde huyeron los gladiadores. Está aquí, en alguna parte.

Los senadores esperaron pacientemente a que el cónsul encontrara el documento que estaba buscando.

—Sí, eran setenta y todos los guardias fueron asesinados. Los esclavos de los barracones iban con ellos, aunque el hombre desconoce si era voluntariamente o a la fuerza. Afirma haber escapado con vida a duras penas. Parece que estos gladiadores son los oficiales del ejército.

—¿Quién lidera a esta chusma de gladiadores? —preguntó Pompeyo, sin importarle que su tono confirmara en cierto sentido la ficción que representaba el liderazgo de Craso.

El cónsul volvió a buscar entre sus documentos, y se humedeció los dedos más de una vez para separarlos.

—Sí, lo tengo. Están liderados por un gladiador llamado Espartaco, un tracio. Fue él quien lo inició todo y los demás lo siguieron. No hay nada más, pero iré pasándoselo todo a Craso a medida que vayan llegando informes.

—Con vuestro permiso, caballeros, me gustaría despedirme con mi segundo para preparar la marcha que tenemos por delante —dijo Craso.

Al volverse, le dio un golpecito a Julio en el hombro.

—Quiero a la Primigenia conmigo cuando nos vayamos, Julio —dijo en voz baja.

—Estarán listos —prometió Julio.

Craso se sumergió en el calor del baño, dejando que las dificultades del día se alejaran de él. En el exterior había caído la noche, pero la sala de baños estaba iluminada por lámparas y velas que parpadeaban suavemente, y el ambiente estaba cargado con el vapor del agua.

Apoyó los brazos sobre la repisa de mármol y disfrutó de la sensación del frío contra la piel. El agua le llegaba al cuello, pero el suave asiento de piedra situado bajo la superficie le permitía relajarse por completo. Soltó lentamente el aire, preguntándose por qué la piscina de su finca nunca podía ser tan comfortable.

Servilia estaba sentada desnuda en el agua delante de él; solo sus hombros sobresalían de la superficie. Cuando se movía, las curvas turgentes de su pecho asomaban a la vista durante unos seductores momentos antes de volver a sumergirse, desdibujados por los dulces aceites que había vertido para los dos. Tan pronto como él apareció allí después de estar con sus generales, cansado e irascible, supo que era precisamente eso lo que deseaba. Todo se había esfumado cuando sus dedos le empezaron a trabajar los puntos doloridos del cuello antes de que se sumergiera en la piscina, situada en una planta de una zona privada de su casa. Siempre intuía su estado de humor.

Observó, divertida con sus suspiros y quejidos, cómo la tensión de la jornada abandonaba a Craso. Conocía lo que apenas nadie más sabía del maduro senador: que era un hombre terriblemente solitario que había acumulado una fortuna e influencias sin mantenerse fiel a sus amigos de juventud. Rara vez quería algo más de ella que no fuese una oportunidad de charlar en privado, aunque sabía que la visión de su desnudez, si se la mostraba, podía todavía excitarlo. Era una relación agradable, sin la sórdida preocupación del pago que estropeará su intimidad. El no le ofrecía otra moneda que las conversaciones, que a veces valían mucho más que el oro.

Los aceites brillaban en la superficie de la piscina y ella trazó dibujos en el agua con un dedo, consciente de que él disfrutaba mirándola.

—Has recuperado la Primigenia —dijo—. Mi hijo está tremendamente orgulloso de los hombres que ha encontrado para ella.

Craso sonrió lentamente.

—Si hubieras conocido a Mario comprenderías por qué me proporcionó tanto placer hacerlo.

Él decidió no recordarle el papel que Pompeyo y Cinna habían desempeñado, pues prefería no oír esos nombres en su casa. Era algo más que ella comprendía sin necesidad de tener que decírselo.

Servilia se levantó para salir del agua con sus esbeltos brazos caídos a ambos lados de su cuerpo, permitiendo de este modo que sus pechos fueran perfectamente visibles. Se sentía muy orgullosa de ellos y se movía sin ningún tipo de pudor. Craso sonrió agradecido, completamente a gusto en su compañía.

—Me quedé un poco sorprendido al enterarme de que le ha dado el mando a Julio —dijo.

Servilia se encogió de hombros, algo que a él le fascinaba.

—Lo quiere —replicó ella—. Roma tiene suerte de tener a hijos como este par.

—Catón no estaría de acuerdo contigo, querida. Debes ir con cuidado con él.

—Lo sé, Craso. Los dos son muy jóvenes. Demasiado jóvenes para ver el peligro de las deudas que se les acumulan.

Craso suspiró.

—Viniste a pedirme ayuda, ¿lo recuerdas? No he puesto límite a los gastos de la Primigenia. ¿Querrías que cancelase la deuda? Se reirían de mí.

—¿Por resucitar la legión de Mario de las cenizas? Jamás. Has actuado como un hombre de Estado, Craso; se enterarán de ello. Fue un acto de nobleza.

Craso rió entre dientes, tras lo cual reposó la cabeza sobre la fría piedra y miró el techo, donde el vapor permanecía suspendido formando una refrescante neblina.

—Tu adulación es excesivamente evidente, ¿no crees? No estamos hablando de una pequeña suma, por mucho placer que me proporcionara ver de nuevo a la Primigenia incluida en las listas.

—¿Has pensado que Julio podría pagar la deuda? Tiene oro para hacerlo. —Viendo que el aire le refrescaba la piel, se estremeció y volvió a sumergirse en el agua—. Mucho mejor para ti que lo convirtieras en un regalo, un gesto grandioso para avergonzar a los insignificantes hombres del Senado. Sé que el dinero no te importa en absoluto, Craso, y es por ello que tienes tanto. Es la influencia lo que te proporciona lo que más amas. Existen otro tipo de deudas. ¿Cuántas veces te he pasado información que has utilizado para tu beneficio?

Se encogió de hombros como respuesta a su propia pregunta, e hizo que el agua humeante se alejara de ella formando ondas. Craso levantó la cabeza con un esfuerzo, y dejó que su mirada se recreara en ella. Servilia le sonrió.

—Forma parte de mi amistad y me ha complacido ayudarte de vez en cuando. Mi hijo siempre te tendrá en muy buen concepto si le regalas el dinero. Julio te apoyará en todo. A hombres así no se les compra con monedas, Craso. Tienen demasiado orgullo, pero ¿una deuda perdonada? Es un acto de nobleza, lo sabes tan bien como yo.

—Lo... lo pensaré —dijo, cerrando los ojos.

Servilia le contempló mientras se hundía en una ligera somnolencia y el agua iba enfriándose. Haría lo que ella quisiese. Sus pensamientos retrocedieron hasta la imagen de Julio en el juicio. Un joven muy enérgico. Se preguntaba si cuando su hijo le cedió el control de la Primigenia se habrían planteado lo de la deuda con Craso. Dejaría de ser una carga a partir de ahora. Le resultaba extraña la idea de que la gratitud de su hijo fuera un placer menor en comparación con el hecho de que Julio supiera que ella había intervenido para conseguir el regalo.

Distraída, deslizó las manos hacia su estómago, pensando en el joven romano de extraña mirada. Poseía una fuerza interior que poco tenía que ver con la de Craso, dormido, aunque era el anciano quien se encargaría de conducir las legiones hacia el norte.

Hizo su entrada en la estancia una de las esclavas, envuelta en un sedoso silencio, una preciosa chica que Servilia había rescatado en una granja del norte.

—Tu hijo está aquí, señora, con el tribuno —susurró la chica.

Servilia observó a Craso y a continuación le hizo un ademán a la chica para que ocupara su lugar en la piscina de agua caliente. Si se despertaba, no le gustaría encontrarse solo y la chica era lo bastante atractiva como para captar su interés.

Servilia envolvió su piel húmeda en un albornoz y se estremeció ligeramente de impaciencia.

Se detuvo un instante frente a un enorme espejo que colgaba de la pared y se retiró el cabello mojado de la frente. Sentía en el estómago una sorprendente tensión provocada por la idea de conocer por fin a Julio, y se sonrió divertida por ello.

Bruto estaba sentado con Julio en una estancia que nada tenía de la ornamentación artística que utilizaba en las alcobas de su negocio. Estaba amueblada con sencillez y las paredes, tapizadas con una tela de estampado sutil que proporcionaba una agradable sensación de calidez. En la chimenea crepitaban las llamas y un resplandor dorado les iluminó a ambos cuando se levantaron para saludarla.

—Encantada de conocerte por fin, César —dijo, extendiendo la mano. El albornoz se adhería a su piel mojada exactamente como ella esperaba que lo hiciese y la expresión de Julio la complació; luchaba por no mirarla fijamente.

Julio se sintió abrumado por su presencia. Se preguntaba si a Bruto le preocuparía el hecho de que pareciera estar casi desnuda, a pesar de la fina tela que le cubría la piel. Se dio cuenta de que había estado bañándose y se le aceleró el pulso pensando en lo que podría haber estado sucediendo antes de su llegada. «No es bonita», pensó, pero cuando sonreía, su sensualidad carecía absolutamente de pretensiones. Era vagamente consciente de que llevaba tanto tiempo sin acostarse con una mujer que casi se había olvidado de ello, e, incluso así, no recordaba a Cornelia o Alexandria turbándolo de la manera en que esa mujer lo hacía sin ningún esfuerzo.

Se sonrojó ligeramente al darle la mano.

—Tu hijo habla maravillas de ti. Me alegra poder conocerte, aunque sea solo por un momento antes de regresar a casa. Siento no poder quedarme más tiempo.

—La Primigenia se reunirá para volver a sofocar la rebelión —dijo, con un movimiento afirmativo de cabeza. Julio abrió los ojos de par en par mientras asimilaba sus palabras—. No te entretendré y debería volver a mi baño. Solo recuerda que tienes una amiga si algún día me necesitas.

Julio se preguntó si aquellos ojos que tan cálidamente le devolvían la mirada escondían realmente una promesa. Su voz era suave y cálida y podría haber seguido escuchándola durante mucho tiempo. Sacudió la cabeza de repente, como para interrumpir un estado de trance.

—Lo recordaré —dijo, inclinando algo la cabeza para contemplarla. Mientras ella miraba a Bruto, lanzó una mirada de soslayo hacia el punto donde las arrugas de la tela mojada se curvaban rodeando sus pechos y volvió a sonrojarse cuando ella lo

sorprendió y sonrió con evidente satisfacción.

—Debes volver a traerlo, Bruto, cuando tengas más tiempo. Parece ser que mi hijo habla maravillas de nosotros dos.

Julio observó a su amigo, que fruncía un poco el entrecejo.

—Lo haré —respondió Bruto. Le abrió el camino a Julio y la dejó observándolos a ambos. Servilia se acarició levemente los pechos pensando en el joven romano; la dureza de sus pezones no tenía nada que ver con el aire que rozaba su piel.

A pesar de la oscuridad que reinaba en las calles, Bruto encontró fácilmente la casa de Alexandria. Vestido con la coraza de la Primigenia, resultaba un objetivo poco atractivo para los predadores que buscaban sus presas entre los débiles y los pobres. La madre de Octaviano, Atia, respondió a la puerta con una mirada de temor que se desvaneció tan pronto como lo reconoció. Entró siguiéndola, y se preguntó cuánta gente más vivía aterrorizada ante la posibilidad de la llegada de los soldados en plena noche. Mientras que los senadores se rodeaban de guardias, el pueblo de Roma no podía permitirse otra protección que las puertas que atrancaban contra el resto de la ciudad.

Alexandria estaba allí y Bruto se sintió turbado al ver que la madre de Octaviano preparaba la cena a escasa distancia de ellos.

—¿Hay algún lugar más íntimo donde podamos hablar? —preguntó.

Alexandria miró de soslayo la puerta abierta que daba a su alcoba y Atia frunció los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—En mi casa no —dijo, mirando con mala cara a Bruto—. No estáis casados.

Bruto se sonrojó.

—Me marcho mañana. Solo quería...

—Sí, comprendo muy bien lo que querías, pero esto no va a ocurrir en mi casa. — Atia volvió a la tarea de cortar verduras, dejando a Bruto y Alexandria ahogar risitas que solo vendrían a confirmar sus sospechas.

—¿Quieres acompañarme afuera, Bruto? Estoy segura de que Atia confiará en lo que puedan ver los vecinos —dijo Alexandria. Se echó el manto por encima y le siguió en la oscuridad mientras Atia colocaba la tabla de cortar al revés sobre la cazuela para tapanla, impasible.

Una vez a solas, Alexandria se abalanzó entre sus brazos y se besaron, con el manto envolviéndolos a ambos. Había caído la noche pero las calles seguían concurridas. Bruto miró a su alrededor, airado. La pequeña entrada apenas ofrecía cobijo del viento, por no mencionar el tipo de intimidad que habría deseado.

—Esto es ridículo —dijo, porque lo que en realidad esperaba era exactamente el tipo de encuentro que Atia había evitado. Estaba a punto de partir hacia remotos campos de batalla y era casi una tradición encontrar un lecho acogedor la noche antes.

Alexandria rió entre dientes y le besó en el cuello, donde la coraza otorgaba frialdad a la piel.

—Tapémonos con el manto —le susurró al oído, acelerando con ello el latido de su corazón. Dispuso la prenda de modo que les cubriera a los dos y respiraran mutuamente su aliento.

—Voy a echarte de menos —le dijo con melancolía, sintiendo el cuerpo de Alexandria presionando contra el suyo. Tenía que sujetar el manto con una mano, pero la otra le quedaba libre para acariciar la suavidad de su espalda y, cuando sus dedos se hubieron calentado, pasarlos bajo su estola y recorrer su piel.

—Creo que Atia tenía razón —susurró ella, poco dispuesta a que el afinado oído de la mujer pudiera oírlos. Con la gran mano de Bruto posada en su cadera, se sentía como desnuda a su lado y el gentío que se apresuraba en la penumbra no hacía más que sumarse a su excitación. El manto construía un espacio de calor que los protegía del frío y se abrazó a él con fuerza, notando los duros perfiles de la armadura. El iba con las piernas desnudas, como siempre, y fue con una sorprendente sensación de atrevimiento que posó ella la mano en sus muslos, percibiendo su cálida fortaleza.

—Debería llamarla para que me protegiera de ti —dijo, mientras la mano ascendía. Descubrió unos cordones que desató hasta sentir el calor entre su mano. Bruto gruñó él en voz baja ante la acogedora caricia, observando a su alrededor para ver si alguien se había percatado de ello. La multitud, en la penumbra, era inconsciente de todo lo que sucedía y de pronto dejó de importarle si les veían o no.

—Quiero que me recuerdes mientras no estés aquí, joven Bruto. No te quiero mirando melancólicamente a esas rameritas de campamento —le susurró—. Tenemos asuntos pendientes, tú y yo.

—No quería... oh, dioses. Te he deseado durante tanto tiempo.

Bajo el manto, se desabrochó la estola y le abrió paso en su interior, cerrando los ojos y estremeciéndose con los movimientos. Él la levantó con facilidad y, unidos, se abrazaron contra la puerta, inconscientes de todo lo que sucedía a su alrededor mientras seguían moviéndose en silencio. El gentío se abría paso a empujones, pero nadie se detuvo y la noche acabó engulléndolos.

Alexandria se mordió el labio de placer, sujetando el manto cada vez con más fuerza sobre ellos hasta que casi la ahoga por el cuello. La coraza de Bruto ejercía una fría presión sobre ella, pero no sentía ninguna sensación de incomodidad, solo su calor dentro de ella. Notaba la calidez del aliento de Bruto en sus labios, jadeante, y sentía la tensión que empezaba a apoderarse de él.

Pareció pasar una eternidad hasta que volvieron a ser conscientes de los calambres en los músculos y del frío. Alexandria gimió dulcemente cuando él se separó de ella. Bruto permaneció a su lado en la oscuridad, acariciando maravillado la piel que era incapaz de ver. El calor se arremolinaba en el espacio creado por los dos.

La miró a los ojos y ella le devolvió la mirada. Había allí cierta vulnerabilidad, a pesar de su aparente confianza, pero no importaba. Nunca le haría daño. Luchó para encontrar palabras para explicarle lo que significaba para él, pero Alexandria le tapó la boca con la mano para silenciar cualquier conversación.

—Calla... lo sé. Limitate a volver a mí, mi hermosura. Limitate a volver.

Dispuso el manto para cubrir el desorden de sus ropas y, después de besarla una última vez, abrió la puerta y penetró en una luz que la hizo desaparecer, dejándolo solo.

Bruto pasó un momento adecentándose antes de empezar a andar por las calles. Todos y cada uno de sus nervios se estremecían con el recuerdo de sus caricias y se sentía completamente lleno de vida después de la intensidad de lo sucedido. Regresó pavoneándose hacia los barracones, caminando a paso ligero.



## XXXV

Jadeando en aquel ambiente frío, Julio se volvió para mirar atrás y contemplar la serpiente brillante que recorría la vía Flaminia en su ascenso al puerto de montaña. Los tres primeros días le habían resultado duros, hasta empezar a recuperar el buen estado físico del que había gozado en Grecia. Los músculos de sus piernas se habían endurecido y saboreaba el placer que provoca el ejercicio sencillo en un cuerpo que se siente inagotable. Era el final de la décima jornada y estaba disfrutando de la marcha hacia Ariminum seguido por las legiones. Por las noches, en el campamento, realizaba prácticas de *gladius* con los expertos que Craso había traído consigo, y a pesar de que sabía que nunca llegaría a dominar ese arte, sus muñecas se reforzaban día a día y solo los maestros de espada eran capaces de romper su guardia.

La columna avanzaba, el viento soplaba racheado y Julio se estremeció. A pesar de que durante el tiempo que había pasado lejos de Roma había visto muchas tierras distintas, el frío de los picos de los Apeninos era nuevo para él y lo soportaba con una mueca de disgusto que reflejaban también muchos de los soldados que lo rodeaban.

Para quitarse el sabor a polvo que notaba en la garganta, Julio bebió un trago de su odre, cambiando de lado el peso de su equipo para acercarse la boca del pellejo a los labios. La columna se detenía únicamente dos veces al día: brevemente al mediodía y luego para la parada nocturna, que se iniciaba con tres horas de trabajo agotador para preparar los límites del campamento contra una emboscada o un ataque. Miró de nuevo hacia atrás la columna de la legión y se maravilló ante su longitud. Gracias al aire limpio que reinaba en el paso elevado entre las montañas era posible ver hasta una distancia enorme. Sin embargo, la retaguardia de la caballería era invisible, pues se prolongaba más de treinta millas detrás de ellos. Craso marcaba un paso rápido que permitía realizar veinticinco millas diarias desde el amanecer hasta la caída de la noche, lo que significaba que los que iban últimos llevaban un día de retraso con respecto a la cabeza y solo acabarían reuniéndose en Ariminum. Los cornetas divulgaban los altos a lo largo de la columna, y las notas pregonaban la orden a lo lejos hasta dejar de oírse.

Las unidades de jinetes *extraordinarii* se encaramaban por las empinadas pendientes que les rodeaban por todos lados con el objetivo de reconocer el terreno en avanzadilla. Montados a lomos de robustos purasangres, Julio suponía que, con sus recorridos en zigzag, cubrirían tres o cuatro veces la distancia que avanzaba la columna. Se trataba de una táctica habitual, pero cualquiera que se atreviese a atacar una columna de una fuerza como la de aquella tendría que ser un suicida.

En cabeza se encontraba la legión de vanguardia, elegida a diario a suertes. Con la Primigenia reducida en cuanto al número de sus efectivos, no podían tomar parte en los relevos y estaban permanentemente posicionados diez millas atrás, perdidos en

el centro de la columna. Julio se preguntaba cómo llevarían Bruto y Renio el ritmo de la marcha. Cabera era mayor que alguno de los veteranos que habían combatido a Mitrídates a su lado. Antes de abandonar Roma, Julio había considerado importante mantenerse cerca de Craso, pero echaba de menos a sus amigos. Por mulini que forzara la vista, era incapaz de distinguir el estandarte del águila de la Primigenia entre la mancha difuminada de banderas que le seguían. Observó la caballería de la legión recorriendo arriba y abajo la columna, igual que hacían las hormigas soldado que había visto en África, siempre atentas a un posible ataque que pudieran contener antes de que se formaran las líneas de combate.

Julio marchaba con la vanguardia, a una distancia que le permitía comunicarse a gritos con Craso y Pompeyo, quienes montaban a caballo al paso encabezando a sus hombres. Con más de cuatro mil hombres por delante cuando sonaba el aviso de parada nocturna, los generales habían dispuesto las cosas para que el campamento principal estuviese instalado y las tiendas montadas cuando ellos llegaran. Así podían iniciar sus discusiones y la cena mientras el resto de los hombres cavaban los enormes terraplenes que rodeaban el recinto, creando con ello un perímetro capaz de detenerlo casi todo.

Todos los anocheceres los tres campamentos quedaban señalados con banderas siguiendo exactamente la misma disposición. Cuando finalmente el sol se ponía detrás de las montañas, las seis legiones habían quedado encerradas en enormes plazas completadas con calles principales: ciudades salidas de la nada en plena naturaleza. Julio había quedado asombrado ante la organización que los soldados de más edad daban por sentado. Todas las noches, clavaba junto con los demás las estacas de hierro que sostenían las tiendas en el lugar señalado para ello. Luego se unía a las unidades que cavaban la trinchera y amontonaban la tierra para formar los terraplenes que constituían el muro externo de terreno seguro, ininterrumpido exceptuando las cuatro puertas controladas por centinelas y contraseñas. A pesar de lo mucho que le habían enseñado sus tutores sobre las rutinas y las tácticas de la legión, la realidad fascinaba a Julio y, desde el principio, vio que parte de su fuerza era resultado de lo aprendido con los errores cometidos en el pasado. Si Mitrídates hubiera instalado límites como los que preparaban las legiones, él seguiría aún en Grecia, buscando todavía una forma de entrar allí.

El camino que los separaba de los adoquines de la vía Flaminia había sido cortado a través de una estrecha garganta, entre pendientes de cantos rodados sueltos. Aunque la luz empezaba a apagarse, Julio imaginó que Craso mantendría la marcha de los soldados hasta que la caravana alcanzara un terreno lo bastante amplio como para instalar el primer campamento. Una de las legiones debería retroceder hasta las planicies más bajas por cuestiones de seguridad, lo que dejaría el paso libre excepto para los guardias y los *extraordinarii* quienes permanecían como patrulla montada en

la oscuridad. Sucudiese lo que sucediera, ningún enemigo podría sorprender a las legiones, una precaución aprendida más de cien años antes, al luchar contra Aníbal en las llanuras. Julio recordaba la admiración que siempre había sentido por el viejo enemigo; aun cuando al final hubiese sucumbido a Roma.

*A pesar de que en su día había sido un territorio salvaje, los anchos adoquines de la vía Flaminia atravesaban ahora las montañas y los puestos de vigilancia aparecían cada veinte millas en toda su longitud. A su alrededor habían florecido pueblos; la gente se reunía al cobijo de la sombra romana. Muchos habían encontrado trabajo en puestos destinados al mantenimiento de la carretera, y de vez en cuando Julio veía pequeños grupos de trabajadores, esperando con impasible indiferencia cualquier cosa, excepto la interrupción de su trabajo.*

*En otros momentos, Julio pasaba junto a mercaderes que se habían visto apartados a la fuerza del camino y que observaban a los soldados con una combinación de enojo y temor. No podían avanzar hacia Roma mientras las legiones transitaran por el camino, y los que transportaban mercancías perecederas los observaban con expresión sombría calculando las pérdidas que sufrirían. Los legionarios los ignoraban. Habían construido con sus ruanos y espaldas las arterias comerciales y tenían prioridad en su utilización.*

*Julio deseaba que Tubruk hubiese estado con él. En sus tiempos, había seguido la misma ruta a través de las montañas en dirección a las extensas llanuras donde Craso esperaba sorprender al ejército de los esclavos. El administrador de la finca no habría querido unirse a otra campaña, aun en el caso de que Julio le hubiese liberado de la tarea de mantener sana y salva a Cornelia.*

*Frunció los labios inconscientemente al pensar en su partida. Había sido amarga, y a pesar de que odiaba tener que marchar con los resabios de un enfado entre ellos, no podía retrasar el encuentro con la Primigenia, que le aguardaba en el centro del Campo de Marte, lista para emprender la marcha hacia el norte.*

*Los recuerdos de la última vez que había partido de la ciudad seguían recientes. Roma ardiendo en el horizonte a sus espaldas mientras los hombres de Sila daban caza a lo que quedaba de la Primigenia. El rostro de Julio se ensombreció mientras seguía marchando. La legión estaba viva, mientras que la carne envenenada de Sila había sido reducida a cenizas.*

*El juicio había restaurado hasta cierto punto el nombre de Mario en la ciudad, pero mientras los amigos de Sila siguieran con vida y pusieran en práctica sus malévolas artimañas en el Senado, Julio era consciente de que no podía construir el tipo de Roma que Mario deseaba. Catón seguía a salvo mientras sus principales oponentes estaban en el campo de batalla, pero, en cuanto regresaran, Julio uniría sus fuerzas a las de Pompeyo para derrotarlo. El general comprendía la necesidad como pocos. Por un momento, Julio se planteó el destino del hijo de Catón. Sería*

muy fácil colocarlo en primera línea en todas las cargas hasta que acabaran con él, pero aquella era una victoria cobarde sobre Catón. Juró que si Germinio moría, lo haría como cualquier otro soldado, en manos del destino. La hija de Pompeyo había sido encontrada muerta con el nombre de Sila inscrito en un objeto de cerámica escondido en su mano inerte, pero Julio no se rebajaría a matar a inocentes, aunque esperaba que Catón estuviese aterrorizado pensando en su hijo. Mejor dejarlo que perdiera el sueño mientras ellos luchaban por Roma.

Primero tenían que transcurrir largos y duros meses de campaña. Julio sabía que si volvían a ver las murallas de la ciudad antes de un año sería una suerte. Debía tener paciencia. Solo un ejército podía asaltar su finca, y Cinna, el padre de Cornelia, se había quedado para bloquear los avances de Catón en el Senado. Habían formado una alianza muy estrecha y Julio sabía que, con la fuerza de Pompeyo y la fortuna de Craso, poco había que no estuviera a su alcance.

Los cornetas dieron la señal de alto cuando Julio avanzaba por el paso entre montañas al resplandor del sol de poniente. Podía ver la vía Flaminia prolongándose por un valle profundo antes de enfilarse por las alturas de un remoto pico oscuro del que se decía era la última ascensión antes de Ariminum. Deseaba que Bruto pudiera estar a su lado para verlo, o Cabera, quien viajaba con las tropas auxiliares en un punto todavía más remoto de la columna. Su rango de tribuno le había permitido ocupar un puesto cerca del frente, pero la marcha en orden de batalla no permitía perder el tiempo con los amigos.

Los hombres de la primera ronda de vigilancia ocuparon sus puestos con la puesta de sol, siguiendo la larga tradición de dejar los escudos con sus unidades. El orden se impuso en el accidentado paisaje. Diez mil soldados cenaron rápidamente y se acostaron en la ciudad en miniatura que acababan de construir. A lo largo de la noche, se despertaron por turnos para montar guardia y los centinelas de regreso ocuparon con alivio los jergones aún calientes después de sufrir el frío de la montaña.

Julio montaba su guardia en la oscuridad, observando el abrupto terreno que se prolongaba más allá del muro de terraplenes. Había aceptado una pieza cuadrada de madera de manos de un centurión y memorizado el santo y seña grabado en su interior. Luego se quedó solo en plena noche, con el campamento silencioso a sus espaldas. Con una sonrisa irónica, comprendió por qué a los soldados que montaban guardia se les negaba portar escudo: era demasiado fácil descansar los brazos en el margen superior, luego la cabeza sobre los brazos y, finalmente, adormilarse. Permaneció alerta y se preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde que encontrarán a un centinela dormido. El castigo era ser azotado hasta la muerte por los compañeros de tienda, con lo que se conseguía que incluso el soldado más débil nunca cerrara los ojos.

*La guardia pasó sin novedad y Julio intercambió el puesto con otro de su tienda, con el deseo de caer dormido enseguida. Los problemas con Cornelia y Catón le resultaban muy lejanos cuando se acostó y cerró los ojos, mientras oía los ronquidos de los hombres que dormían a su lado. Era fácil imaginar que no había fuerza alguna en el mundo capaz de desafiar el amplio despliegue de poderío que Craso comandaba hacia el norte procedente de Roma. Antes de caer dormido, el último pensamiento de Julio fue la esperanza de que él y Bruto tuvieran la oportunidad de hacer brillar el nombre de la Primigenia en el baño de sangre que estaba por llegar.*

*Octaviano lanzó un agudo grito de desafío al hormiguero de adversarios que le rodeaban. No se habían dado cuenta de que era un guerrero nato y cada nuevo golpe que daba dejaba un nuevo moribundo suplicando por su madre. Arremetió para atacar con lanza al cabecilla del grupo, quien en su enfebrecida imaginación guardaba un fuerte parecido con el aprendiz del carnicero. El soldado enemigo cayó con un gorjeo y llamó con señas a Octaviano para que se acercara a su ensangrentada boca y escuchara sus postreras palabras.*

*—He luchado en cien batallas, pero nunca había encontrado a un oponente tan habilidoso como tú —le susurró al dar el último suspiro.*

*Octaviano lanzó un alarido y corrió por los establos, haciendo girar el pesado gladius por encima de su cabeza. Sin previo aviso, una potente mano le agarró la muñeca desde detrás y dio un brinco al verse sorprendido.*

*—¿Qué te crees que estás haciendo con mi espada? —preguntó Tubruk, respirando fuerte por la nariz.*

*Octaviano hizo una mueca a la espera de un bofetón, y luego abrió lentamente los ojos al ver que no llegaba. Vio que el viejo gladiador seguía mirándolo fijamente, esperando una respuesta.*

*—Lo siento, Tubruk. Solo la he tomado prestada para practicar.*

*Sin dejar de sujetar con firmeza la muñeca del chiquillo para evitar que se soltase, Tubruk alargó el brazo y tomó la espada de entre unos dedos que no opusieron resistencia. Levantó el filo y maldijo enojado mirándola fijamente, algo que hizo pegar un brinco a Octaviano. El chico abrió los ojos de par en par, presa del miedo al ver la expresión que atravesaba el rostro de Tubruk. No esperaba su regreso de los campos hasta al cabo de varias horas y, cuando aquello sucediera, habría devuelto la espada a su lugar.*

*—¡Mira eso! ¿Tienes idea de cuánto tardarías en cortarte con ella? No, claro que no la tienes. No eres más que un estúpido loco que piensa que puede robar todo lo que le apetezca.*

*Los ojos de Octaviano se llenaron de lágrimas. Lo que más deseaba en el mundo era conseguir la aprobación del viejo gladiador y el desengaño era peor que el dolor.*

*—Lo siento. Solo quería tomarla prestada. ¡La afilaré tanto que no verás ni las*

marcas!

Tubruk observó de nuevo la hoja.

—¿Qué has hecho? ¿Hacerla pedazos deliberadamente? Esto no se puede afilar. Es necesario rehacerla por completo o, mejor aún, tirarla a la basura. He llevado esta espada en los combates en el circo como gladiador y a lo largo de tres guerras, y todo se ha ido al traste después de pasar una hora inútil en compañía de un chico que no puede mantener las manos alejadas de las pertenencias de los demás. Esta vez has ido demasiado lejos, lo juro.

Demasiado furioso como para seguir hablando, Tubruk arrojó la espada al suelo y soltó al niño, que no dejaba de gimotear, tras lo cual salió precipitadamente de los establos y lo dejó a solas con su tristeza.

Octaviano recogió el arma y recorrió con el dedo pulgar el filo, que se había doblado en varios puntos. Pensó que si pudiera encontrar una buena piedra de afilar y desaparecer unas cuantas horas de la casa, cuando Tubruk regresara ya se habría calmado y podría devolverle la espada. Le pasó por la cabeza la imagen de la cara de sorpresa del viejo gladiador cuando Octaviano le entregara la espada con el filo como nuevo.

—«¡Pensé que era imposible!» —se imaginaba que le diría Tubruk mientras examinaba el nuevo filo. Octaviano pensó que entonces él se mantendría callado, limitándose a adoptar una expresión de humildad hasta que Tubruk le alborotara el cabello y el incidente quedase olvidado.

El ensueño fue interrumpido por el regreso de Tubruk y Octaviano soltó atemorizado la espada al ver que el viejo gladiador llevaba en la mano una gruesa correa de cuero.

—¡No! ¡Dije que lo sentía! Arreglaré la espada, lo prometo —chilló Octaviano, pero Tubruk mantuvo un enfurecido silencio mientras lo arrastraba fuera de los establos a plena luz del sol. El pequeño luchaba sin esperanzas mientras era arrastrado por el patio, pero la mano que lo sujetaba era firme y poseía una fuerza de adulto que resultaba imposible contrarrestar, a pesar del estirón que había dado.

Tubruk tiró de la verja principal para abrirla con la mano que sujetaba la correa, gruñendo por el esfuerzo.

—Esto es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Allí está el camino de regreso a la ciudad. Te sugiero que lo sigas y que te asegures de que no vuelvo a verte. Si te quedas aquí, te azotaré la espalda hasta que aprendas. ¿Qué prefieres? ¿Irte o quedarte?

—No quiero irme, Tubruk —gritó el chico, sollozando entre el terror y la confusión.

Tubruk cerró la boca, haciendo oídos sordos a sus súplicas.

—De acuerdo, entonces —dijo inflexible, y tiró de Octaviano por la túnica,

azotándole el trasero con la correa con un golpe que resonó en todo el patio. Octaviano se debatía con fuerza para escapar y gritaba incoherencias sin dejar de gemir, pero Tubruk no le hizo caso, y levantó de nuevo la correa.

—¡Tubruk! ¡Para! —dijo Cornelia. Había salido al patio para averiguar el origen de tanta algarabía y estaba detenida enfrente de la pareja, con los ojos encendidos. Octaviano utilizó aquel momento para soltar la túnica de la mano de Tubruk y correr hacia ella, abrazarla y esconder la cabeza bajo su vestido.

—¿Qué estás haciéndole al chico, Tubruk? —explotó Cornelia.

El administrador de la finca no respondió, y dio un paso hacia ella para agarrar de nuevo a Octaviano. Incluso con la cabeza hundida entre la tela del vestido, Octaviano intuyó que Tubruk se acercaba y se alejó de su trayectoria colocándose detrás de ella. Cornelia se sirvió de las manos para acorralar a Tubruk en un frenético arranque de energía que obligó al hombre a retroceder, con el pecho agitado al respirar con dificultad.

—Acabarás enseguida con esto. Está aterrorizado, ¿no lo ves? —dijo Cornelia.

Tubruk sacudió lentamente la cabeza, enfrentándose a su mirada.

—Que permitas ahora que se esconda detrás de ti no va a hacerle ningún bien cuando sea mayor. Quiero que recuerde esto y quiero que vuelva a acordarse de ello la próxima vez que se plantee robar algo.

Cornelia se agachó y tomó la mano de Octaviano entre las suyas.

—¿Qué has cogido esta vez? —dijo.

—Solo tomé prestada su espada. Pensaba devolvérsela, pero se despuntó y, antes de que pudiera afilarla, Tubruk regresó —gimió abatido Octaviano, observando a Tubruk por el rabillo del ojo por si acaso realizaba otro intento de ponerle las manos encima.

Cornelia sacudió la cabeza.

—¿Has estropeado su espada? Octaviano, esto es demasiado. Tengo que devolverte a Tubruk, lo siento.

Octaviano gritó en el momento en que ella, con firmeza, separó los dedos de su vestido y Tubruk volvió de nuevo a sujetarle por la túnica. Cornelia se mordió el labio inferior, infeliz, mientras Tubruk levantaba la correa cuatro veces más, para dejar a continuación que Octaviano huyera para protegerse en la tranquilizadora oscuridad de los establos.

—Le tienes aterrorizado —dijo Cornelia, mirando como el chico huía corriendo.

—Tal vez, pero lo pedía a gritos. Le he tolerado cosas que nunca habría aguantado por parte de Julio o de Bruto cuando eran pequeños. Pasa la mitad del tiempo en un mundo de sueños. Tener el trasero caliente no va a hacerle ningún daño. Quizá la próxima vez que se plantee robar, le detendrá un poco la mano.

—Y la espada, ¿se ha estropeado por completo? —preguntó Cornelia, todavía

insegura junto a aquel hombre que conocía a Julio desde que tenía la edad de Octaviano.

Tubruk se encogió de hombros.

—Probablemente. Pero el chico no, y esto ya es más de lo que podría decir de haber permitido que siguiera su feliz andadura por la ciudad durante mucho más tiempo. Déjale que se quede en los establos. Llorará un buen rato y vendrá a cenar, como si nada hubiese sucedido, ya me lo conozco.

Octaviano no apareció durante la cena y Clodia le acercó un tazón con comida al caer la noche. No estaba en los establos y después de inspeccionar la casa no encontraron rastro de él. El y el *gladius* habían desaparecido.

—Eres demasiado feo para manejar bien el *gladius* —dijo alegremente Bruto mientras se movía ágilmente de puntillas alrededor del enojado legionario.

Al anoecer, los hombres se habían congregado en el centro del campamento, igual que habían hecho las tres noches anteriores, para presenciar los combates que Bruto había puesto en marcha.

—Algo de habilidad se necesita, cierto, pero ser guapo también es importante —continuó Bruto, escrutando al hombre con una intencionada seriedad que la situación burlesca echaba por los suelos.

El legionario se volvió para mirarlo, y la tensión le obligó a sujetar con excesiva fuerza la espada de prácticas. A pesar de que las armas de madera casi nunca resultaban mortales, un golpe fuerte podía llegar a romper un dedo o sacar un ojo. La madera era hueca a lo largo de la totalidad de la hoja y estaba rellena de plomo, de modo que resultaba más pesada que un *gladius*. Cuando los soldados empuñaban las espadas de verdad, resultaban milagrosamente ligeras.

Bruto se volvió para evitar una embestida, y permitió que la hoja pasase a escasas pulgadas de él. Había iniciado los combates al final de la sexta noche, cuando se percató de que no estaba en absoluto tan cansado como esperaba. Se habían convertido rápidamente en el principal entretenimiento para los aburridos soldados, atraídos por la descarada seguridad de Bruto de que nadie podía derrotarlo. A menudo luchaba con tres o cuatro legionarios seguidos y, después de la segunda velada, se habían iniciado en el campamento los juegos de apuestas, con todo el dinero colocado en apuestas a favor o en contra de Bruto. De seguir ganando, acabaría la marcha con una pequeña fortuna.

—A la gente le gustan los héroes guapos, ¿sabes? Tú no satisfaces ese requisito —anunció Bruto, devolviendo un repentino ataque que remató con un gruñido—. No se trata de algo evidente, como una nariz o una boca peculiar... —Lanzó una combinación de movimientos combinados que fue desesperadamente rechazada y Bruto retrocedió para permitir que el hombre se recuperase. El legionario se había mostrado igual de presuntuoso de entrada, pero en aquellos momentos esquivaba y



atacaba con el cabello pegado a la cara por el sudor. Bruto le echó un vistazo, como si quisiese formarse una opinión sobre sus facciones.

—No, se trata de fealdad acumulada, como si nada estuviera en el lugar que le corresponde —dijo.

El soldado gruñó y descargó un golpe con fuerza suficiente como para partirle la cabeza a Bruto si llegaba a caer sobre él. Pasó de largo y, con él, el soldado, a quien Bruto le dio un golpecito con la espada en la nuca, de la intensidad necesaria para obligarlo a perder el equilibrio. Cayó de bruces y gateó para incorporarse; respiraba con dificultad al hablar.

—¿Mañana? Creo que puedo derrotarte si tuviese otra oportunidad, seas feo o no.

Bruto se encogió de hombros y señaló hacia la cola de soldados que esperaban.

—Tienes unos cuantos delante, pero intentaré que Cabera te ponga el primero mañana por la noche, si estás dispuesto. Todavía la sujetas con demasiada presión, ¿sabes?

El soldado examinó su mano y asintió con la cabeza.

—Trabaja con tus muñecas —continuó Bruto, hablando en serio—. Si confías en tu fuerza, podrás destensarte un poco.

El hombre se retiró hacia la multitud de soldados, moviendo lentamente y con concentración la espada de madera. Cabera hizo salir al siguiente, acompañándole como quien guía a su hijo favorito.

—Este dice que es bueno. Fue campeón de su centuria hace unos años. El intendente quiere saber si vas a dejar que corran de nuevo las apuestas. Creo que le tienes preocupado. —Cabera le sonrió a Bruto, satisfecho de haberse situado entre las filas de la Primigenia después de la primera noche aburrida cerca de la cola de columna.

Bruto miró de arriba abajo a su último oponente, percatándose de la anchura de sus hombros y la esbeltez de su cintura. El hombre ignoró la inspección, dedicando el tiempo a estirar los músculos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Bruto.

—Domitio. Centurión —respondió el hombre.

Algo tenía que obligó a Bruto a mirarlo con recelo.

—¿Fuiste campeón de la centuria? ¿Cuántos años hace de eso?

—Tres. Campeón de la legión el año pasado —respondió Domitio, siguiendo con sus ejercicios y sin mirar a Bruto, más joven que él.

Bruto intercambió una rápida mirada con Cabera y comprendió que la multitud que los rodeaba había aumentado hasta el punto de que todo el mundo, excepto los centinelas, debía estar allí. Renio se había unido a ellos y Bruto puso mala cara al verlo. Resulta difícil relajarse cuando el hombre que te ha enseñado sacude la cabeza con aparente incredulidad. Recuperó la confianza.

—La cuestión es, Domitio, que estoy convencido de que eres muy competente, pero en toda generación siempre hay alguien que es mejor que todos los demás. Es una ley de la naturaleza.

Domitio estiró lentamente los músculos de las piernas. Parecía estar reflexionándolo.

—Seguramente tienes razón —replicó.

—Tengo razón. Alguien tiene que ser el mejor de su generación y me siento casi incómodo por tener que decir que esa persona soy yo. —Bruto observó a Domitio a la espera de una reacción.

—¿Casi incómodo? —murmuró el hombre mientras destensaba los músculos de la espalda.

Bruto estaba irritado ante la parsimonia del legionario. Había algo en aquellos estiramientos casi hipnóticos que le hacía rabiar.

—De acuerdo. ¿Cabera? Vete a ver al intendente y dile que permitiré las apuestas para un combate más con Domitio.

—No creo... —empezó Cabera, mirando dudoso en dirección al recién llegado. Domitio le sacaba casi una cabeza a Bruto y se movía con un control y un equilibrio extraordinarios.

—Solo díselo. Una más y voy a recoger.

Cabera hizo una mueca y desapareció.

Domitio se incorporó como si estuviera desenroscándose y sonrió a Bruto.

—Eso es lo que estaba esperando —dijo—. Mis amigos han perdido mucho dinero apostando contra ti.

—¿Y no te dice esto nada? Empecemos, entonces —dijo Bruto, secamente.

Domitio suspiró.

—¿Eres siempre tan impaciente, bajito? —dijo, sacudiendo la cabeza.

Octaviano se secó la nariz restregándose por el brazo, dejando tras ello un rastro plateado sobre la piel. Al principio, la ciudad le había parecido un lugar diferente. Le había sido fácil burlar a los guardias de las puertas utilizando como escondrijo una carreta, pero, una vez dentro, el ruido, los olores y las prisas de la gente le resultaban desconcertantes. Se daba cuenta de que los meses que había pasado en la finca le habían hecho olvidar la energía de la ciudad, incluso de noche.

Esperaba que Tubruk se sintiese preocupado por él. Octaviano pensaba que en cuestión de un par de días sería recibido de nuevo con los brazos abiertos. Sobre todo si era capaz de convencer a Tabbic de que esmerilara la espada hasta recuperarle el filo. Lo único que debía hacer era mantenerse alejado de problemas hasta que se hiciera de día, cuando abriera la tienda. Llevaba la espada envuelta en un paño de los que se utilizaban para cubrir a los caballos y la tenía sujeta bajo el brazo. De lo contrario, no habría llegado muy lejos con ella. Cualquier ciudadano con espíritu

cívico le habría detenido o, peor aún, un ladrón podría habérsela robado por el dinero que le darían por ella en cualquier tienda más barata que la de Tabbic.

Casi inconscientemente, Octaviano dejó que sus pasos le guiaran en dirección a la casa de su madre. Si pudiese pasar la noche allí, vería a Tabbic, regresaría a la finca en uno o dos días y Tubruk volvería a estar contento con él. Pensó en la probable reacción de su madre cuando le viese y puso mala cara. Descubriría la espada y pensaría que la había robado. Para ser su madre, no confiaba mucho en él, tuvo que admitir con tristeza. Nunca le había creído, por mucho que le dijera la verdad, lo cual siempre era molesto.

Quizá debiera hacer señales para conseguir que saliese Alexandria sin molestar al resto de los habitantes de la casa. Ella comprendería mejor que su madre lo que tenía que hacer.

Corrió entre la muchedumbre nocturna, esquivando a los vendedores ambulantes y resistiéndose al deseo de hacerse con algo de la comida caliente que inundaba el ambiente con tentadores olores. Estaba muerto de hambre, pero la sensación de vacío en el estómago ocupaba un segundo lugar con respecto a su necesidad de hacer bien las cosas con Tubruk. Dejarse pillar por un tendero enojado estropearía la situación tanto como una conversación con su madre.

—Pero ¡si es la rata!

La repentina exclamación hizo que se sobresaltara y lo alejó de sus deprimentes pensamientos. Levantó la vista y tropezó con los ojos sorprendidos del aprendiz de carnicero. El pánico se apoderó de él. Dio un salto para agacharse y evitar las manos que le agarraban por detrás. ¡Eran los tres! Desesperado, desenvolvió la manta y posó la mano en la empuñadura del *gladius* de Tubruk. Lo levantó al ver que el chico del carnicero se aproximaba hacia el restregándose las manos. Un atrevido golpe pasó rozando sus dedos y el aprendiz maldijo sorprendido.

—Morirás por esto, turino malnacido. He estado preguntándome adonde habías ido. ¿Te dedicas ahora a robar espadas?

Mientras el chico iba refunfuñándole, Octaviano se percató de que los demás se acercaban para bloquearle la retirada. En un instante, se encontró rodeado y la gente pasaba apresuradamente a su lado sin darse cuenta de la escena o con excesivo miedo frente a aquella situación violenta como para poder intervenir.

Octaviano sujetaba la espada en primera posición, como Tubruk le había enseñado. No podía correr, así que juró dar un buen corte antes de que le atacaran.

El chico del carnicero se echó a reír y acertó las distancias.

—¿Conque ahora vas de fanfarrón, rata?

A Octaviano le parecía enorme y la espada, inútil en sus manos. El chico del carnicero se aproximaba con los brazos extendidos para devolver cualquier ataque por sorpresa, con la cara encendida de feroz excitación.

—Dámela y te dejo con vida —dijo, sonriendo.

Octaviano sujetó la empuñadura con más presión aún al oír la amenaza, intentando pensar lo que Tubruk haría en su situación. Y se le ocurrió en cuanto el aprendiz entró en el campo de acción de la espada.

Octaviano gritó y atacó, golpeando con fuerza con el brazo extendido. El chico habría salido tullido de haber estado afilada. Tal y como estaba, gritó y saltó hacia atrás para alejarse del alcance de la espada, maldiciendo y sujetándose la mano herida.

—¡Déjame en paz! —gritó Octaviano, buscando un hueco por donde huir.

No lo había y el chico del carnicero examinó el corte de la mano antes de que su rostro se torciera en una mueca diabólica. El aprendiz se palpó la espalda y extrajo del cinturón un cuchillo enorme que le mostró de inmediato a Octaviano. Estaba sucio de sangre y Octaviano se sentía incapaz de despegar los ojos de él.

—Te rajaré, rata. Voy a sacarte los ojos y dejarte ciego —vociferó el chico.

Octaviano intentó huir pero los demás aprendices, en lugar de sujetarle, se echaron a reír y le empujaron hacia el chico del carnicero. Levantó de nuevo la espada y en aquel preciso momento una sombra cayó sobre los aprendices mientras una fuerte mano golpeó con firmeza la cabeza del chico del carnicero, arrojándolo al suelo.

Tubruk se agachó para recoger el cuchillo caído. El chico del carnicero intentó levantarse y Tubruk, cerrando la mano en un puño, lo hundió en la porquería de la calle, donde el chico empezó a buscar algo a gatas, sorprendido.

—Nunca pensé que llegaría el día en que me encontraría luchando contra niños —murmuró Tubruk—. ¿Estás bien? —Octaviano le observaba con la boca abierta de asombro—. Llevo horas buscándote.

—Estaba... llevando la espada a Tabbic. No la robé —respondió Octaviano, a punto de llorar de nuevo.

—Lo sé, muchacho. Clodia se imaginó que vendrías hacia aquí. Parece que no ha estado mal que te encontrara, ¿verdad? —El viejo gladiador miró de reojo el grupo de aprendices que se congregaba nervioso a su alrededor, sin saber si desaparecer o no.

—En vuestro lugar, muchachos, saldría corriendo antes de que pierda los nervios —dijo. Su expresión dejaba muy claras las consecuencias y no perdieron el tiempo en desaparecer.

—Le haré llegar personalmente la espada a Tabbic, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿vuelves a casa o no?

Octaviano asintió con la cabeza. Tubruk dio media vuelta para emprender el camino de regreso hacia las puertas de la ciudad. Aunque llegarían a la finca casi al amanecer, sabía que, con Octaviano perdido, tampoco habría dormido. El chico le gustaba, a pesar de todos sus defectos.

—Espera, Tubruk. Solo un momento —dijo Octaviano.

Tubruk se volvió con mala cara.

—¿Qué sucede ahora?

Octaviano se acercó al maltrecho aprendiz y le atizó con todas sus fuerzas una patada en la entrepierna. Tubruk le guiñó el ojo como muestra de simpatía.

—Dioses, te queda mucho que aprender. Hacer eso cuando un hombre está fuera de combate es jugar sucio.

—Quizá lo sea, pero se la debía.

Tubruk lanzó un resuello, cuando Octaviano se reunió de nuevo con él.

—Quizá sí, muchacho.

Bruto no podía creer lo que estaba sucediéndole. Aquel hombre era inhumano. No daba tregua ni para bromear y en los primeros segundos había estado a punto de perder el combate cuando Domitio le sorprendió con una velocidad nunca vista hasta entonces. Su enfado había afilado sus reflejos para afrontar el ataque y el chasqueo producido por el bloqueo de los golpes seguía despiadadamente por mucho más tiempo de lo que hubiera creído posible. Aquel hombre no paraba ni para respirar. Los golpes se sucedían constantemente, procedentes de todos los ángulos, y Bruto había estado a punto de perder la espada al ser tocado en el brazo. Con armas de verdad, la estocada habría sido suficiente como para acabar con el duelo, pero en combates de prácticas se trataba de conseguir un golpe claramente mortal, sobre todo cuando había dinero de por medio.

Bruto había recuperado parte del terreno perdido al cambiar al estilo fluido que había aprendido de un guerrero tribal en Grecia. Tal y como esperaba, los cambios de ritmo habían desbaratado el ataque de Domitio y pudo alcanzar su antebrazo con un golpe seco que le habría separado la mano de la muñeca de haber tenido la espada un filo auténtico.

Domitio se había apartado después del golpe, sorprendido, y Bruto había aprovechado el momento para calmar sus ánimos y enfrentarse debidamente al oponente. Domitio respiraba casi sin dificultad y parecía completamente relajado.

Por orden del campamento, los soldados que formaban el público tenían prohibido vítores o gritos para no interferir con ello el sonido de un posible ataque enemigo. Lo que hacían, en cambio, era acompañar el combate con siseos o gritos sofocados, sacudir los puños y apretar los dientes para reprimir la excitación que sentían.

Bruto tuvo la oportunidad de dar un puñetazo cuando las espadas quedaron atrapadas, pero eso también estaba prohibido, por si acaso los soldados salían malheridos para combatir o proseguir la marcha al día siguiente.

—Podría... haberte derrotado entonces —rechinó entre dientes.

Domitio asintió.

—También yo tuve antes mi oportunidad. Tengo unos brazos más largos que los tuyos.

El ataque llegó otra vez y Bruto lo paró en dos ocasiones antes de que el tercero le rompiera la guardia y bajara la vista para ver la punta de madera presionándole dolorosamente un punto del pecho por debajo de las costillas.

—Victoria, creo —dijo Domitio—. Eres bueno de verdad. Casi me has vencido utilizando ese estilo que empleaste a mitad del combate. Tendrías que enseñármelo en alguna ocasión. —Vio la expresión alicaída de Bruto y sonrió.

—Hijo, he sido campeón de la legión cinco veces desde que tenía tu edad. Eres todavía demasiado joven para alcanzar tu velocidad máxima, y conseguir sacar todo el rendimiento a las habilidades exige más tiempo aún. Vuelve a combatir conmigo en uno o dos años y puede que el resultado sea distinto. Lo hiciste bastante bien y deberías saberlo.

Domitio desapareció entre la multitud de soldados, que le daban palmaditas en la espalda para felicitarlo. Cabera se acercó a Bruto, con una sonrisa amarga.

—Es muy bueno —murmuró Bruto—. Mejor que Renio o que cualquiera.

—¿Podrías derrotarle si volvieras a combatir con él?

Bruto se lo pensó, frotándose la barbilla y la boca.

—Posiblemente, si aprendiera de esta vez.

—Bien, porque recogí las ganancias del intendente antes de que empezara el combate.

—¿Qué? ¡Te dije que lo dejaras! —dijo Bruto con una sonrisa de asombro—. ¡Ja! ¿Cuánto ganamos?

—Veinte áureos, lo que equivale al doble de la plata original por los siete combates vencidos. Tuve que dejar un poco para apostar por ti contra Domitio, por cuestión de educación, pero el resto es limpio.

Bruto soltó una carcajada, pero luego cambió de cara al empezar a sentir los golpes que había recibido.

—Solo me retó para que sus amigos recuperaran el dinero. Parece que, a fin de cuentas, tendré otra oportunidad.

—Puedo arreglarlo para mañana si quieres. Las posibilidades son estupendas. Si ganas, no quedará ni una moneda en todo el campamento.

—Hazlo. Me gustaría otra pelea con Domitio. ¡Viejo listo! ¿Cómo sabías que iba a perder?

Cabera suspiró, acercándose a él como dispuesto a compartir un secreto.

—Lo sabía porque eres un idiota. Nadie derrota a un campeón de la legión después de haber superado antes tres combates.

Bruto rió.

—La próxima vez, dejaré que Renio se dedique a las apuestas —afirmó.

—En ese caso, me llevaré mi parte antes de que empieces.

## XXXVI

Julio creía haber visto puertos bulliciosos en África y Grecia, pero Ariminum era el centro del comercio de cereales del país y los muelles estaban abarrotados de barcos cargando y descargando mercancías. Había incluso un foro central y templos para que los soldados hicieran las paces con los dioses y rezaran para salir airoso de la guerra que se avecinaba. Era una pequeña Roma, construida en el extremo del inmenso valle del Po y la puerta de paso hacia el sur. Cualquier cosa procedente del norte que tuviera que llegar a Roma debía pasar primero por Ariminum.

Craso y Pompeyo habían requisado una casa situada en un extremo del foro y era allí hacia donde Julio se encaminaba la segunda noche, viéndose obligado a preguntar más de una vez por dónde se iba. Iba acompañado por diez soldados de la Primigenia a modo de precaución por hallarse en una ciudad desconocida, aunque sus habitantes parecían demasiado preocupados con sus negocios como para disponer de tiempo para tramas y política. No podía decir con seguridad si realmente les preocupaba el hecho de tener un enorme ejército acampado formando un círculo alrededor de la ciudad. Los barcos y las caravanas de cereales entraban y salían, y los negocios continuaban sin interrupción, como si la única amenaza de guerra fuese la posibilidad de que los precios subieran en los mercados.

Julio y sus hombres pasaron sin problemas entre el gentío que se movía apresuradamente, oyendo las conversaciones que mantenían, cerrando tratos Sin interrumpir su caminar, apenas percatándose de la presencia de los soldados con los que tropezaban. Quizás hacían bien sintiéndose tan seguros, pensó. Con las dos legiones procedentes del norte, el ejército reunido en la ciudad se aproximaba a los cuarenta mil soldados. Resultaba difícil imaginar una fuerza que no pudieran derrotar, por muchas sorpresas que la rebelión de Espartaco hubiera provocado después de asolar por completo Mutina.

Encontró el lugar por los centinelas que vigilaban la escalinata que ascendía hasta la puerta. Típico de Craso encontrar una casa tan opulenta como aquella, pensó Julio sonriendo. A pesar de su moderación personal, le gustaba rodearse de cosas bellas. Julio se preguntó si el verdadero propietario no encontraría un par de espacios vacíos entre todos sus tesoros después de que los romanos hubieran partido. Recordaba que Mario comentaba que Craso era una persona de fiar en todos los aspectos, excepto en el arte.

Julio fue acompañado hacia el interior por un soldado y entró en una estancia dominada por la estatua de color crema de una mujer desnuda. Craso y Pompeyo habían situado sus asientos a sus pies y otras sillas formando un círculo frente a ellos.

Seis de los ocho legados se habían instalado ya y Julio tomó asiento con las manos sobre el regazo esperando la llegada de los dos que faltaban. El último en



entrar fue Lépido, a quien había entregado en Grecia el cadáver de Mitrídates. Parecía que hubiese pasado mucho tiempo desde aquello, aunque el hombre mantenía la misma expresión afable y despreocupada que utilizó al saludar a Julio con un vago movimiento de cabeza, para pasar, a continuación, a limpiarse las uñas de una mano con las de la otra.

Pompeyo se inclinó hacia delante, y las patas traseras de la silla se despegaron del suelo.

—A partir de este momento, caballeros, espero veros todas las noches después de que los centinelas estén apostados. En lugar de tener una línea vulnerable de cuatro campamentos, he dado órdenes de disponer solo dos, con cuatro legiones en cada uno de ellos. Deberíais estar lo bastante cerca como para llegar a las posiciones de mando dos horas antes de la medianoche.

Hubo un murmullo de interés por parte de los legados mientras digerían la información. Pompeyo prosiguió.

—Los últimos informes sugieren que el ejército de los esclavos se dirige hacia el norte a toda velocidad. Craso y yo creemos que existe el peligro de que alcancen los Alpes y la Galia. Desaparecerán si no podemos darles alcance antes de eso. La Galia es grande y tenemos allí pocas influencias. No debemos permitir que obtengan la libertad, pues, de ser así, el año próximo tendremos rebeliones de todos los esclavos que queden en territorio romano. La destrucción y la pérdida de vidas serían enormes.

Hizo una pausa para escuchar comentarios, pero los generales permanecieron en silencio, observándolo. Uno o dos miraron de soslayo a Craso, cuestionándose claramente el mando del senador, pero el compañero de Pompeyo permanecía relajado en su asiento, asintiendo con la cabeza a medida que Pompeyo iba repasando los puntos.

—Las órdenes son marchar hacia el oeste siguiendo la carretera de las llanuras hasta que dé la señal de enfilarse hacia el norte. Es un camino más largo, pero iremos más veloces por la carretera que a campo través. Quiero una jornada de treinta millas, luego otra de veinte, y luego otra de treinta.

—¿Durante cuánto tiempo? —interrumpió Lépido.

Pompeyo se quedó paralizado y permitió que el silencio demostrase su enojo.

—Nuestras mejores estimaciones son de quinientas millas hacia el oeste y luego cierta distancia hacia el norte que no podemos calcular sin saber la situación exacta del enemigo. Depende, naturalmente, de lo que ellos puedan aproximarse a las montañas. Espero...

—Eso es imposible de realizar —dijo Lépido, sin alterarse.

Pompeyo hizo una nueva pausa, y luego se levantó para mirar desde su altura al general.

—Estoy diciéndote lo que sucederá, Lépido. Si tu legión no puede seguir el ritmo

de las demás bajo mi mando, entonces te desposeeré de tu rango y lo pasaré a otro capaz de hacerles seguir el ritmo.

Lépido farfulló indignado. Julio se preguntaba si alguien le habría explicado lo cerca que había estado del absoluto control de las legiones. Por unos cuantos votos en el Senado, sus posiciones en aquellos momentos habrían sido las opuestas. Observando con detalle a Lépido, Julio se dio cuenta de que estaba perfectamente al corriente. Sin duda, Catón se lo habría hecho saber mientras se reunían en el Campo de Marte, con la esperanza de fomentar problemas posteriormente.

—Mis hombres han cubierto ya casi trescientas millas a paso ligero, Pompeyo. Podrían volver a hacerlo, pero necesitaré dos semanas para que descansen y, después de eso, no más de veinte o veinticinco millas diarias. Una cantidad superior hará que se pierdan hombres.

—¡Entonces perderemos hombres! —espetó Pompeyo—. Cada día que esperemos en Ariminum es un día más para que Espartaco se acerque a las montañas y consiga la libertad en la Galia. No me refiero con esto al día más que necesitamos para cargar provisiones. Que al final tengamos unas cuantas docenas de torceduras y cojeras es un precio que merece la pena pagar. Aunque sean algunos centenares, si eso marca la diferencia entre capturarles o verles escapar del castigo por la sangre romana que mancha sus manos. ¡Nueve mil muertos en Mutina! —La voz de Pompeyo se había elevado hasta convertirse en un grito y se inclinó sobre Lépido, quien le devolvía la mirada con una calma exasperante.

—¿Quién está aquí al mando? —preguntó Lépido, agitando la mano en dirección a Craso—. Se me dio a entender que fue Craso a quien el Senado eligió por encima de mí. No entiendo este asunto del «segundo al mando». ¿Es legal, de hecho?

Los demás legados no pasaban por alto el hecho de que Lépido podría haber estado al mando, en igual medida que Julio. Como gatos, observaban a los interlocutores, con las garras cuidadosamente ocultas, a la espera del resultado. Craso se levantó también de su asiento para situarse junto a Pompeyo.

—Pompeyo habla con mi voz, Lépido, y mi voz es la del Senado. Sea lo que sea lo que hayas oído, deberías dedicarte a otras cosas antes que a cuestionar el mando.

El rostro de Pompeyo estaba tenso de rabia.

—Te lo digo ahora, Lépido. Te despojaré del rango al primer error que cometes. Vuelve a cuestionarme una orden y haré que te maten y te abandonen en medio del camino. ¿Comprendido?

—Comprendido —respondió Lépido, aparentemente satisfecho.

Julio se preguntaba qué había esperado obtener con aquella discusión. ¿Pretendía el legado socavar a Craso? Julio sabía que no podía servir bajo ese hombre, por mucho que diera un giro para ganar autoridad. La amenaza de Pompeyo era peligrosa. Si Lépido comandaba con el tipo de lealtad personal que Julio había presenciado

entre la Primigenia y Mario, Pompeyo podía estar corriendo un gran riesgo. En caso de estar en lugar de Pompeyo, Julio pensaba que habría sido mejor ordenar que se matara inmediatamente a Lépido y devolver su legión a Roma, avergonzada. Perder a sus hombres era un problema más leve que avanzar con ellos bajo el peligro de traición.

—Partiremos en dos días, al amanecer —dijo Pompeyo—. Tengo ya espías en camino con órdenes de reunirse con la fuerza principal cuando estemos cerca. Las tácticas de batalla tendrán que esperar a que dispongamos de mejor información. Podéis marcharos. Tribuno César, me gustaría intercambiar unas palabras contigo, si puedes quedarte.

Lépido se incorporó junto con los demás legados, e inició una conversación con dos de ellos mientras abandonaban la estancia. Antes de que el sonido de sus voces se desvaneciera, Julio le oyó reír por alguna ocurrencia y vio que Pompeyo se tensaba, airado.

—Ese es los ojos y los oídos de Catón —le dijo Pompeyo a Craso—. Ten por seguro que está tomando nota de todo lo que hacemos para informar en cuanto volvamos a casa.

Craso se encogió de hombros.

—Devuélvelo a Roma, entonces. Estamparé mi sello en la orden. Piensa que podemos derrotar a los rebeldes con siete legiones con la misma facilidad que con ocho.

Pompeyo sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero hay otros informes que no he mencionado. Julio, esto no tiene que salir de aquí, ¿comprendes? No tiene sentido que los rumores se difundan por el campamento antes de mañana, que es lo que ocurriría si lo hubiera contado a los demás, especialmente a Lépido. El ejército esclavo ha crecido de modo alarmante. Estoy recibiendo informes que hablan de más de cincuenta mil. Cientos de granjas y propiedades han sido asaltadas. Para ellos ya no existe forma de dar marcha atrás y por ello luchan desesperadamente. Saben cómo castigamos a los esclavos huidos y la rebelión no finalizará sin una demostración masiva de fuerza. Creo que vamos a necesitar todas las legiones de las que dispongamos.

Julio lanzó un silbido.

—No podemos depender de una desbandada —dijo.

Pompeyo frunció el entrecejo.

—No parece que vaya a ser así, no. Esperaría que recogieran sus pertenencias y echasen a correr al primer ataque si no fuese porque tienen mujeres y niños con ellos y ningún lugar a donde ir si pierden. Estos gladiadores han conseguido ya más de un éxito y deben de ser algo más que simple chusma. —Resopló—. De no conocer mejor la situación, me preguntaría si Catón estaba esperando vernos perder, pero no,

esto sería demasiado incluso para él. Aún pueden dar media vuelta y dirigir sus pasos de nuevo hacia el sur, y a partir de Ariminum, el país queda abierto para ellos. Debemos derrotarles y necesito buenos comandantes para conseguirlo, Julio.

—Tengo más de dos mil hombres bajo el águila de la Primigenia —replicó Julio. Prefirió no mencionar que Catón había proporcionado la mitad de ellos para proteger a su hijo. Renio los había entrenado hasta el agotamiento, pero su calidad era todavía escasa en comparación con las legiones curtidas. Se preguntaba cuántos de ellos estarían esperando que llegara el momento adecuado para clavarle un cuchillo. Tener a esos hombres detrás no le inspiraba ninguna confianza, por mucho que siguiera asegurándole a Renio que se convertirían en la Primigenia.

—Es bueno volver a ver este nombre en el campo de batalla. No puedo decirte cuánto —dijo Pompeyo, cobrando un aspecto sorprendentemente infantil al sonreír. Luego volvió a cernirse sobre él el manto de la rabia ininterrumpida que llevaba encima desde la muerte de su hija—. Quiero que la Primigenia marche flanqueando a Lépido. No confío en ningún hombre protegido por Catón. Cuando llegue el momento de la batalla, mantente cerca de él. Confío en que harás lo que tengas que hacer. Serás mi propio *extraordinarii* pienso. Lo hiciste bien en Grecia. Hazlo bien por mí.

—Estoy a tus órdenes —confirmó Julio, con una veloz inclinación de cabeza. Se cruzó con la mirada de Craso, fija en él mientras empezaba ya a planificarlo todo. Debía decírselo a Bruto.

Al marcharse, rodeado por los soldados de la Primigenia, Julio se sentía henchido de excitación y orgullo. No le habían olvidado y se aseguraría de que Pompeyo no se arrepintiera de la confianza que había depositado en él.

El esclavo hundía el azadón en el duro suelo, arrancando con un gruñido terrones de tierra de color claro. Por su cara caían chorretones de sudor que dejaban marcas oscuras en el polvo y le dolían los hombros por el esfuerzo. Al principio, no se percató de la presencia del hombre que permanecía a su lado, enfrascado como estaba en sus miserias. Levantó de nuevo la herramienta y captó un atisbo de movimiento por el rabillo del ojo. No reaccionó de inmediato, y su sorpresa quedó oculta por los movimientos propios de su tarea. Habían vuelto a estallarle las ampollas de las manos y depositó en el suelo el azadón para observarlas, consciente de la presencia del hombre, pero no dispuesto todavía a hacérselo saber. Había aprendido a guardar las distancias con respecto a sus amos.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja la oscura figura.

El esclavo se volvió tranquilamente hacia él. El hombre vestía una toga marrón de tejido basto por encima de una túnica harapienta. Su cara estaba parcialmente tapada, aunque sus ojos brillaban con interés y compasión.

—Soy un esclavo —dijo, entrecerrando los ojos al ponerse de cara al sol. Incluso

entre los viñedos, caía a plomo sobre su piel, quemándole y levantándole ampollas. Tenía los hombros moteados de rojeces y despellejados; le escocían constantemente. Se rascó distraídamente la zona observando al recién llegado. Se preguntaba si el hombre sabía lo cerca de allí que estaban los guardias.

—No deberías andar por aquí, amigo. El propietario tiene guardias en los campos. Si te encuentran, te matarán por traspasar los límites.

El desconocido se encogió de hombros sin alterar su mirada.

—Los guardias están muertos.

El esclavo dejó de rascarse y se enderezó. Tenía la cabeza embotada de agotamiento. ¿Cómo podían estar muertos los guardias? ¿Estaba loco aquel hombre? ¿Qué quería? Sus prendas eran parecidas a las suyas. El desconocido no era un hombre rico; quizás era un criado del propietario enviado para poner a prueba su fidelidad. O tal vez incluso un mendigo.

—Tengo... tengo que regresar —murmuró.

—Los guardias están muertos, ¿no me has oído? No tienes que ir a ningún lado. ¿Quién eres?

—Soy un esclavo —dijo con brusquedad, incapaz de ocultar la amargura de su voz.

Los ojos del desconocido se arrugaron de tal manera que el esclavo supo que, bajo el manto, se escondía una sonrisa.

—No, hermano mío. Te hemos convertido en un hombre libre.

—Imposible.

El hombre se echó a reír con fuerza y retiró la toga que le tapaba la boca, revelando una cara robusta y saludable. Sin previo aviso, se introdujo dos dedos en la boca y silbó. Los viñedos crujieron y el esclavo agarró su azadón en un arranque de miedo; su cabeza se llenó de imágenes de asesinos de Roma llegados hasta allí para matarle. Saboreaba casi aquella dulzura que recordaba y el estómago le dio un vuelco, aunque no había nada que devolver.

Aparecieron hombres entre las sombras verdosas, sonriéndole. Levantó el azadón y lo sostuvo en esa posición amenazante.

—Quienquiera que seáis, dejadme ir. No le diré a nadie que estabais aquí —dijo entre dientes, mientras el corazón le latía con fuerza y la falta de alimento le mareaba.

El primer hombre rió.

—No hay nadie a quien puedas decírselo, amigo. Eres un esclavo y has sido liberado. Esa es la verdad. Los guardias están muertos y seguimos adelante. ¿Vendrás con nosotros?

—¿Y qué hay... —no podía decir «amo» delante de esos hombres— del propietario y su familia?

—Han sido hechos prisioneros en su casa. ¿Quieres volver a verlos?

El esclavo miró a los hombres, captando sus expresiones. Comprendía aquella excitación y finalmente empezó a creérselo.

—Sí. Quiero verlos. Quiero una hora a solas con las hijas y el padre.

El hombre se echó de nuevo a reír y no fue un sonido agradable.

—Cuánto odio, aunque lo comprendo. ¿Sabes manejar una espada? Tengo una aquí para ti, si quieres. —La sostuvo al frente, a modo de prueba. Los esclavos tenían prohibido llevar armas. Si la aceptaba, sería condenado a muerte, como todos ellos. Alargó el brazo y sujetó con firmeza el gladius, disfrutando de su peso.

—Y bien, ¿cómo te sientes? —dijo en voz baja el desconocido.

—Me llamo Antonido. Fui en su día general de Roma —dijo, enderezando sutilmente la espalda.

El hombre levantó las cejas.

—Espartaco querrá conocerte. El también fue un hombre de ejército antes de... todo esto.

—¿Me dejarás disponer de la familia? —preguntó impaciente Antonido.

—Tendrás el honor, pero después debemos proseguir. Tenemos más que liberar hoy y nuestro ejército necesita todo el grano que hay aquí almacenado.

Antonido sonrió lentamente pensando en lo que le haría a esa gente que se hacían llamar sus amos. Solo los había visto de lejos mientras trabajaba, pero su imaginación le había proporcionado las burlas y los desaires que no podía ver. Deslizó el pulgar por el filo de la espada.

—Llévame allí primero. Después de darme por satisfecho, seré tuyo.

El laberinto de calles mugrientas parecía apartado de la vida y la luz de Roma. Los dos hombres enviados por Catón caminaban con cautela sorteando desechos y excrementos, intentando no reaccionar a los sonidos de los ratones y predadores de mayor tamaño que se arrastraban por los oscuros callejones. En algún lugar gritaba un niño, pero el sonido finalizó como si hubiese sido ahogado. Los dos hombres aguantaron la respiración a la espera de que se iniciara de nuevo, haciendo una mueca de dolor y comprensión después de que el silencio se prolongara demasiado. En aquel lugar, la vida no valía nada.

Contaban el número de giros a cada momento, susurrando de vez en cuando entre ellos para discutir si un diminuto hueco entre los edificios formaría parte de la cuenta. A veces no tenían ni un pie de ancho y parecían rellenos de una masa oscura que no se atrevían a investigar. En uno de ellos había un perro muerto medio hundido en desechos que pareció abalanzarse sobre ellos cuando pasaron por su lado, temblando ligeramente mientras la parte enterrada era devorada por bocas invisibles.

Los dos hombres se sentían desesperadamente incómodos al llegar al cruce de calles donde Catón les había dicho que esperaran. El lugar estaba prácticamente desierto, exceptuando unas pocas personas que pasaron con prisas por su lado sin

prestarles atención.

Al cabo de un rato, una sombra se separó de la oscuridad bajo un alero y avanzó en silencio hacia ellos.

—¿A quién buscáis por aquí? —susurró una voz.

Ambos hombres tragaron saliva muertos de miedo, mientras sus ojos luchaban por discernir las facciones ocultas por la penumbra.

—¡No me miréis! —espetó la voz.

Se volvieron como si acabaran de empujarlos, con la mirada fija en el suelo lleno de porquería del callejón. Un olor mareante se apoderó de ellos en el momento en que la oscura figura se acercó lo bastante como para tocarlos.

—Nuestro señor nos ha dicho que mencionáramos el nombre de Antonido a quienquiera que viniese —dijo uno de ellos, respirando por la boca.

—Ha sido vendido como esclavo, lejos, en el norte. ¿Quién es ahora vuestro señor? —dijo la voz a modo de respuesta.

Uno de los hombres recordó de repente el olor que desprendía su padre al morir y vomitó, doblegándose y derramando lo último que había comido sobre la bazofia irreconocible que cubría la calle. El otro habló con vacilación.

—Nada de nombres, nos han dicho. Mi señor desea continuar la vinculación contigo, pero sin nombres.

Un cálido aroma a podrido se esparció sobre ellos.

—Podría imaginarlo, imbéciles, pero se trata de un juego que sé cómo jugar. Muy bien, entonces, ¿qué tiene vuestro señor para mí? Entregadme el mensaje mientras conserve la paciencia.

—Él... nuestro señor nos ha dicho que debías olvidar a quien te dijo Antonido, ahora que el general ha caído en la esclavitud. Tendrá otros nombres para ti y te pagará el precio convenido. Quiere que el vínculo siga adelante.

La figura soltó un apagado gruñido de pesar.

—Dile que me dé los nombres y yo decidiré. No prometo servicio a nadie. En cuanto a la muerte comprada por Antonido, es demasiado tarde para recuperar a los hombres que he enviado. Esa está muerta, aunque siga paseando sin ser consciente de ello. Ahora vuelve con tu señor y llévate contigo a tu compañero de estómago débil.

La presión desapareció y el criado de Catón respiró hondo a modo de reacción, prefiriendo la fetidez de la calle al cálido olor que parecía haber impregnado sus prendas y su piel mientras hablaban. Acompañó a los dos hombres mientras regresaban hacia las calles abiertas y hacia un mundo que reía y gritaba, inconsciente de los callejones putrefactos que tan cerca tenía.

## XXXVII

Las cumbres coronadas de blanco perfilaban el horizonte. En algún lugar entre las dentadas montañas estaban los tres pasos que esperaban utilizar para escapar de la ira de Roma. Al contemplar los helados picos, Espartaco sintió el dolor de la morriña. No había visto Tracia desde la infancia, pero recordaba haber trepado por las colinas menos elevadas de su gran cordillera. Siempre le habían gustado los lugares donde el viento era una fuerza constante acariciando la piel. Le hacían sentirse vivo.

—Están muy cerca —dijo en voz alta—. Las cruzaremos en una semana o dos y jamás volveremos a ver un uniforme romano.

—Hasta que lleguen el próximo año y destrocen la Galia buscándonos, como si no los conociese —dijo Crixo. El hombre había sido siempre muy franco en comparación con el gladiador a quien seguía. Crixo disfrutaba de la reputación de ser un hombre práctico que no permitía que los sueños o los proyectos disparatados le distrajeran de la plomiza realidad de lo que habían conseguido. Una figura bajita y achaparrada junto a Espartaco, quien aún conservaba una flexibilidad que sugería velocidad incluso permaneciendo inmóvil. Crixo carecía de esa gracia. Nacido en una mina, el hombre era feo en igual medida que fuerte y era el único de los gladiadores que había conseguido tablas en un combate contra Espartaco.

—No nos encontrarían, Crixo. Los galos dicen que la tierra más allá de las montañas está llena de tribus combativas. Las legiones tendrían que soportar el precio de una guerra durante decenios y no tienen las agallas suficientes para hacerlo. Ahora que Sila ya no está, no disponen de ningún líder con cara y ojos. Si cruzamos los Alpes, seremos libres.

—¿Sigues todavía siendo un soñador, Espartaco? —dijo Crixo, dejando patente su frustración—. ¿Qué tipo de libertad ves que valga ese precio? ¿La libertad para trabajar más duro que cuando éramos esclavos, arañando la tierra por unas pocas cosechas y amenazados por la gente del lugar? No nos querrán más de lo que nos quieren los romanos, eso tenlo por seguro. Esta libertad tuya nos va a partir la espalda. Lo sé. Libera a las mujeres y a los niños, y ya está. Dispón un centenar de hombres para que les acompañen por los pasos y acabemos con lo que empezamos.

Espartaco miró a su segundo. Crixo tenía una sed de sangre que el triunfo de Mutina no había hecho más que estimular. Después de lo que había vivido en manos de los romanos, era fácil comprenderlo, pero Espartaco sabía que había algo más.

—¿Es su vida cómoda lo que quieres, Crixo? —dijo.

—¿Y por qué no? —respondió Crixo—. Hemos dado la vuelta a su colmena, la miel puede ser nuestra si nos lo proponemos. Recuerdas la guerra civil tanto como yo. Quienquiera que se haga con Roma, los tiene cogidos por las pelotas. Si pudiéramos tomar la ciudad, el resto caería solo. ¡Sila lo sabía!



—Era un general romano, no un esclavo.

—¡Eso no importa! Una vez que estás allí, puedes cambiar las reglas a tu gusto. No hay reglas, excepto las que tú eliges cuando tienes el poder. Te lo digo: si pierdes esta oportunidad, echarás por la borda todo lo que hemos hecho. ¡En diez años, los escribas dirán que la guarnición de Mutina eran los rebeldes y que nosotros éramos fieles romanos!

Si tomamos la ciudad, les haremos tragarse su historia y su orgullo y les obligaremos a aceptar el nuevo orden. Límitate a dar la orden, Espartaco. Yo me encargaré de que suceda.

—¿Y los palacios y las casas de las grandes fincas? —tanteó Espartaco, entornando los ojos.

—¡Nuestros! ¿Por qué no? ¿Qué hay en la Galia sino matorrales y pueblos?

—Necesitarás esclavos para mantenerlos, Crixo, ¿has pensado en eso? ¿Quién se encargará de tus cosechas y cuidará tus viñedos?

Crixo sacudió su puño lleno de cicatrices hacia el hombre que amaba por encima de todo.

—Sé lo que estás pensando, pero no haremos como esos malditos malnacidos. No tiene por qué ser así.

Espartaco le observó en silencio mientras él continuaba, enojado.

—De acuerdo, entonces, si quieres una respuesta. Haré que el Senado trabaje mis campos e incluso les pagaré un salario a esos degenerados.

Espartaco soltó una carcajada.

—¿Quién es el que sueña ahora, Crixo? Mira, hemos llegado hasta aquí. Hemos llegado a un lugar donde podemos dejar todo eso atrás, empezar de nuevo nuestras vidas. No regresar a lo que nuestras vidas deberían haber sido. Puede que al final vengan a por nosotros, pero, como he dicho, la Galia es lo bastante grande como para esconder a más de un ejército. Seguiremos hacia el norte hasta que encontremos un lugar en el que Roma no sea más que una palabra, y ni tan siquiera conocida. Si ponemos de nuevo rumbo al sur, incluso sin mujeres y niños, corremos el riesgo de perder todo lo que hemos ganado. ¿Y para qué? ¿Para poder sentarte en una casa de mármol y escupir a los viejos?

—¿Permitirás que te expulsen de su tierra? —preguntó amargamente Crixo.

Espartaco le agarró del brazo con una de sus fuertes manos.

—¿Esperarías a que te mataran? —dijo suavemente.

Aquellas palabras desencadenaron la rabia de Crixo.

—¿Es que no comprendes, hijo de puta tracio? —dijo con una tensa sonrisa—. Esta también es mi tierra ahora. Aquí soy tu general, el martillo esclavo que destrozó una legión en su propio terreno y dos más en Mutina. En la Galia sería solo un miembro más de la tribu vestido con pieles mal teñidas. Y tú lo serías también.

Estaríamos locos si diéramos la espalda a toda la riqueza y el poder y pasáramos los años que nos quedan esperando que nunca lleguen a encontrarnos. Mira, ahora tenemos con nosotros a Antonido. Conoce sus puntos débiles. Si no creyera que podemos ganar, les enseñaría el culo y me esfumaría antes de volver a ver otro legionario, pero podemos ganar. Antonido dice que están bloqueados en todas y cada una de sus fronteras, en Grecia, en África, en todos lados. En el país no hay legiones suficientes para poder con nosotros. Dioses, el norte está abierto, ya lo has visto. Antonido dice que podríamos poner a tres hombres en el campo de batalla por cada uno de sus legionarios. Jamás encontrarás mejor oportunidad que esta, jamás en esta vida. Sea lo que sea que tengan, podemos derrotarlos y, después de eso, Roma, las ciudades, el país, la riqueza... todo será nuestro. Todo.

Retiró la mano y susurró las palabras que habían marcado todas las fases de su rebelión, desde los primeros días salvajes hasta la cada vez más clara creencia de que podían romper el orden que había existido durante siglos.

—¿Todo o nada, Espartaco? —dijo.

El gladiador miró la mano y el vínculo de amistad jurada que representaba. Su mirada se perdió en el águila de Mutina recostada contra la pared de su tienda. Después de un momento de silenciosa contemplación, soltó el aire.

—De acuerdo, todo o nada. Haz que las mujeres y los niños se marchen y luego quiero ver a Antonido antes de presentarlo a los hombres. ¿Crees que nos seguirán?

—No, Espartaco, pero a ti te seguirán a cualquier parte.

Espartaco hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces pondremos rumbo al sur y les atacaremos directo al corazón.

—Y haremos pedazos a esos malnacidos.

Pompeyo había ordenado a Lépido encabezar la columna con su legión, obligándole a marcar el ritmo. Detrás de ellos, la Primigenia marchaba con Craso y Pompeyo a la cabeza. El mensaje había quedado claro y las primeras cien millas se habían cubierto a la velocidad que deseaba Pompeyo sin perder a ningún hombre por lesiones.

Las noches eran momentos más tranquilos en los dos enormes campamentos de lo que lo habían sido en la vía Flaminia. El ritmo mermaba las energías de los legionarios, y cuando llamaban al alto, estaban listos para comer y dormir y poco más. Incluso Bruto había acabado con sus combates de espada, y al final se decretó un empate contra Domitio con dos derrotas y dos victorias. A intervalos, Cabera sacaba a colación con cierta amargura el dinero perdido.

Los jinetes de los *extraordinarii* regresaban todos los días con informes, explorando por adelantado a una distancia considerable de la fuerza principal. Los mensajes que llegaban eran preocupantemente breves; ni rastro del ejército esclavo. Pompeyo enviaba cada vez más exploradores con órdenes de avanzar hacia el norte y

hacia el oeste para dar con ellos. Nadie lo decía en voz alta, pero tenían miedo de que, en un territorio tan vasto como aquel, los rebeldes pudieran esquivar a los romanos y avanzar hacia un sur que había quedado desprotegido.

Todas las noches, la reunión de los generales estaba cargada de discusiones y encontronazos irritados. En lugar de considerarlo una prueba del desagrado que Pompeyo sentía hacia él, Lépido parecía encantado liderando la columna, y Pompeyo estaba cada vez menos dispuesto a escuchar sus quejas. Según Lépido, solo su autoridad podía forzar el ritmo que Pompeyo exigía a las legiones y todas las noches afirmaba que el precio final que se debería pagar resultaría desastroso para ellos. Era un maestro en saber cuándo dejar de poner a prueba la paciencia de Pompeyo y las reuniones se habían convertido prácticamente en una batalla de voluntades entre los dos hombres, con Craso sin poder para intervenir. Julio esperaba que Lépido fuera capaz de luchar tan bien como discutía.

Después de dos semanas de camino hacia el oeste, Lépido informó triunfalmente de que habían empezado a caer hombres y que los habían dejado en los puestos de guardia o en los pueblos con órdenes de reagruparse en cuanto estuvieran recuperados. Cada noche era una agonía de ampollas y torceduras para cientos de legionarios en toda la longitud de la columna. Las legiones estaban al borde del agotamiento y los demás legados habían empezado a apoyar a Lépido en su petición de descanso para los hombres. Pompeyo accedió a regañadientes antes que ver socavada su autoridad, y autorizó un descanso de cuatro días. El descanso solo le fue negado a los *extraordinarii* a quienes Pompeyo envió en un último intento por encontrar al ejército esclavo.

Regresaron por fin los jinetes al galope con la noticia de que los habían divisado. Los rebeldes avanzaban hacia el sur y hacia el este, desde las montañas hacia las llanuras. Pompeyo reunió a sus generales aquella noche para comunicarles las terribles noticias.

—Retroceden hacia Roma y los exploradores dicen que hay más de ochenta mil hombres en marcha. Todos los esclavos del norte se han unido a ellos.

Poco sentido tenía ocultarles a los generales las preocupantes cifras estando los rebeldes a escasos centenares de millas de donde se encontraban. Ahora que los exploradores habían dado con ellos, no les permitirían escapar. Independientemente de su número, lo único que quedaba por hacer era elegir el mejor lugar donde atacar.

—Si avanzan hacia el sur, podemos avanzar también hasta encontrármolos o esperar a que nos alcancen —continuó Pompeyo—. Independientemente de lo que suceda no pueden superarnos, o perderemos Roma. No cometamos errores, caballeros. Si atraviesan nuestras líneas Roma caerá y todos nuestros seres queridos morirán, como sucedió con Cartago. Resistiremos hasta el último hombre si es necesario. Dejadlo claro a vuestros hombres. No hay lugar a donde retirarse, ningún

cobijo seguro donde podamos reagruparnos para volver a luchar. La República cuenta únicamente con nosotros.

Lépido parecía tan sorprendido como los demás.

—¡Ochenta mil! Tengo más confianza que nadie en nuestros soldados, pero... debemos reclamar la presencia de las legiones de Grecia e Hispania. El Senado desconocía la magnitud de la amenaza cuando nos envió hacia aquí.

Por una vez, Pompeyo soportó su estallido sin rechistar.

—Ya he enviado mensajes a Roma, pero ahora estamos aquí. Incluso en el caso de que pudiésemos utilizar los hombres de las fronteras sin perder todo lo que hemos ganado en cien años, esas legiones no podrían alcanzarnos a tiempo de marcar la diferencia en la batalla. Pero podríamos organizar una retirada combativa hasta que llegaran los refuerzos. Ochenta mil nos superarían. Estaríamos rodeados y destrozados en la primera hora de combate. ¡Es imposible!

—Habla así delante de vuestros hombres y eso es exactamente lo que sucederá —le vociferó Pompeyo al general—. No nos enfrentamos a soldados entrenados, Lépido. Podrían haber huido sin problemas a través de las montañas, pero en su lugar van detrás de las riquezas y el pillaje, mientras que nuestros hombres luchan por la ciudad y las vidas de todos los que hay en ella. Resistiremos.

—Seguramente el mando de Mutina dijo lo mismo —murmuró Lépido, no lo bastante fuerte como para que Pompeyo se viera obligado a replicarle, aunque miró de reojo al legado.

—Mis órdenes son entablar combate y destruirlos, caballeros. Haremos exactamente eso. Si les esperamos, podrían rodearnos, de modo que seremos nosotros quienes les llevemos la guerra. Preparad a los hombres para marchar hacia el norte. Lépido, te encargarás del flanco izquierdo y mantendrás una línea ancha para evitar que nos cerquen. Disponen de poca caballería, salvo algunas monturas robadas, así que utilizaremos la nuestra para mantener firmes las alas. Julio, te quiero en la izquierda para apoyar a Lépido en caso necesario. Craso y yo ocuparemos el flanco derecho, como siempre, y concentraré el grueso de la caballería allí para evitar que nos rodeen y avancen hacia el sur y el este en dirección a Ariminum. No debemos permitir que lleguen a esa ciudad.

Uno de los dos legados de Ariminum tosió para aclararse la garganta.

—Me gustaría ocupar el flanco derecho con usted, señor. Muchos de mis hombres tienen familia en Ariminum. También yo. Lucharán con todas sus fuerzas sabiendo lo que puede suceder si el flanco derecho se rompe.

Pompeyo asintió.

—De acuerdo. Las legiones de Ariminum se situarán en el núcleo del flanco derecho. El resto os responsabilizaréis del centro. Quiero manípulos de *bastati* en la primera línea del frente en lugar de estar constituidos por *velites*. Moved rápidamente

a los *triarii* si el avance disminuye de velocidad o cambia de dirección. Aún tengo que encontrar la fuerza capaz de oponer resistencia a nuestros veteranos.

Amanecía cuando terminó la reunión y la jornada transcurrió mientras se levantaba el campamento para iniciar la marcha. Julio estuvo con la Primigenia, transmitiéndoles las órdenes y las posiciones a Bruto y los centuriones. Al anochecer, todos los hombres conocían la gravedad de la batalla que les esperaba y muchas de las lesiones que habían sufrido durante la marcha habían caído en el olvido o eran ignoradas pensando en la lucha que estaba por llegar. Incluso con los rumores que corrían sobre las enormes cifras del enemigo, todos los soldados estaban decididos a no dejar Roma y sus familias en manos del invasor. Sabían mejor que nadie que su disciplina y sus capacidades no tenían parangón, independientemente de quién se enfrentara a ellos o de cuántos pudieran ser.

El ejército de Espartaco fue divisado al ponerse el sol. Se dieron órdenes de montar un campamento hostil, cuyos límites tuvieran una altura el doble de lo normal, y de que todos los soldados durmieran a breves intervalos preparados para repeler un posible ataque nocturno. Los soldados pasaban el tiempo que estaban despiertos verificando las corazas y las espadas, engrasando el cuero y abrigando el metal. Afilaban las lanzas o sustituían sus puntas por otras recién forjadas por el herrero. Montaron pesadas balistas y onagros y las catapultas estuvieron listas al amanecer; su peso dejaba rodadas en el suelo. El ejército esclavo no disponía de nada parecido a las grandes máquinas de guerra y, aunque tuvieran algo de ese alcance, la conocida «coz de mula» del onagro podía cortar en ringleras cualquier carga del enemigo.

Bruto despertó a Julio de un ligero sueño sacudiéndole el hombro.

—¿Me toca la guardia? —dijo Julio adormilado, incorporándose en la oscuridad de la tienda.

—Silencio. Sal. Quiero enseñarte una cosa.

Algo molesto, Julio siguió a Bruto por el campamento, deteniéndose dos veces para dar el santo y seña del día a los atentos centinelas. A alcance de tiro del enemigo, el campamento estaba lejos de permanecer tranquilo. Muchos de los hombres que no podían dormir permanecían sentados en silencio en el exterior de sus tiendas o alrededor de pequeñas hogueras charlando en voz baja. La tensión y el miedo forzaban su vejiga por la noche y Julio y Bruto se percataron, al pasar junto a la trinchera que hacía las veces de urinario, de que estaba ya saturada y derramándose por sus extremos.

Julio se dio cuenta de que Bruto se encaminaba directamente hacia la puerta pretoriana situada en la pared norte del campamento.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo entre dientes a su amigo.

—Necesito que hagas lo que sea para que podamos salir del campamento.

Dejarán pasar a un tribuno si das la orden. —Le susurró su idea al oído y Julio miró de reojo a su amigo en la oscuridad, preguntándose por aquella salvaje energía que parecía formar parte intrínseca de él. Se planteó rechazar la propuesta y regresar a la tienda, pero el frescor de la noche le había despejado la cabeza y dudaba de ser capaz de volver a conciliar el sueño. No se sentía cansado; sino todo lo contrario: los nervios desencadenaban una energía que le hacía temblar los músculos, y esperar acostado sin hacer nada sería peor que cualquier otra cosa.

La puerta estaba vigilada por una centuria de *extraordinarii*, cubiertos todavía del polvo de las escaramuzas de inspección. El comandante se acercó al trote con su caballo al ver que se aproximaban.

—¿Sí? —dijo sin rodeos.

—Quiero abandonar el campamento durante un par de horas —respondió Julio.

—Las órdenes son que nadie abandone el campamento.

—Soy el legado de la Primigenia, tribuno de Roma y sobrino de Mario. Déjanos pasar.

El centurión titubeó ante la orden.

—Debería informar de ello, señor. Si sale del campamento está desobedeciendo la orden directa de Pompeyo.

Julio miró de soslayo a Bruto, y lo maldijo en silencio por haberlo puesto en aquella situación.

—Lo aclararé con el general en cuanto regrese. Informa como creas conveniente.

—Querrá saber qué está haciendo, señor —continuó el centurión, poniendo mala cara.

Su lealtad le parecía admirable a Julio, quien temía lo que Pompeyo diría si aquel hombre cumplía su amenaza de informar.

—Hay un saliente rocoso que domina el campo de batalla —dijo sin alterarse—. Bruto piensa que desde allí podríamos evaluar bien las fuerzas del enemigo.

—Lo sé, señor, pero los exploradores dicen que es demasiado abrupto para subir a él. Es prácticamente perpendicular —replicó el hombre, frotándose pensativo la barbilla.

—Al menos, merece la pena intentarlo —intervino rápidamente Bruto.

El centurión le miró por primera vez; su expresión indicaba que estaba dándole vueltas al asunto.

—Puedo retrasar el informe hasta que dentro de tres horas se produzca el cambio de guardia. Si no estáis de vuelta para entonces, tendré que nombraros desertores. No me gustaría hacerlo con un sobrino de Mario, pero es así.

—Buen hombre. No tendrás que hacerlo. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Julio.

—Tarano, señor.

Julio dio una palmadita al cuello tembloroso del caballo.

—Julio César, y este es Marco Bruto. Ya tienes tus nombres.

Estaremos de vuelta antes del cambio de guardia, Tarano. Te doy mi palabra de que así será.

A la orden de Tarano, los guardias se retiraron para abrirles paso y Julio se encontró de este modo en la llanura rocosa, con el enemigo situado en algún lugar muy cercano. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los guardias, se volvió en redondo hacia Bruto.

—No puedo creer que me haya dejado convencer para hacer esto. Si Pompeyo se entera, nos despelleja la espalda, como mínimo.

Bruto se encogió de hombros, indiferente.

—No lo hará si somos capaces de subir a esa roca. Sus exploradores son jinetes, ¿lo recuerdas? Piensan que cualquier lugar donde no pueda llevarlos el caballo es imposible de subir. Estuve echándole un vistazo antes de que anoheciera y la cima nos ofrecerá una vista estupenda. La luna alumbra lo suficiente como para ver el campamento enemigo y nos resultará útil, independientemente de lo que Pompeyo nos diga por haber abandonado el campamento.

—Mejor que tengas razón —dijo Julio—. Vamos, tres horas no es mucho tiempo.

Los dos jóvenes echaron a correr hacia la silueta negra que se recortaba contra las estrellas. Era un risco imponente, un diente en la llanura.

—De cerca es más grande —susurró Bruto, despojándose de las sandalias y la espada para iniciar la ascensión. Aunque los pies se resentirían de la excursión, las sandalias de suela metálica resbalarían y chocarían estrepitosamente contra las piedras, pudiendo alertar con ello al enemigo. No había forma de saber lo cerca que estaban de sus patrullas, pero tenían que estar muy próximas.

Julio observó la luna e intentó calcular de cuánto tiempo disponían antes de que desapareciera.

Infeliz con el resultado de sus cálculos, se despojó también de la espada y las sandalias y respiró hondo lentamente. Alcanzó el primer punto de apoyo sin mediar palabra, introdujo la mano en una grieta y empujó hacia arriba, mientras su pie descalzo buscaba dónde agarrarse.

Incluso con la colaboración de la luz de la luna, era una escalada difícil y espantosa. Durante todo el ascenso, Julio se sintió atormentado por la posibilidad de que algún arquero esclavo les viera y les lanzara flechas capaces de mandarles de cabeza a la planicie rocosa que tenían a sus pies. La punta de la roca parecía aumentar de tamaño a medida que avanzaban y Julio calculó que la altura debía de superar con creces los cien pies. Al cabo de un rato, sus pies se habían convertido en bloques entumecidos, apenas capaces de sostenerle. Sentía calambres en los dedos; los tenía doloridos, y empezó a preocuparle la idea de que no serían capaces de regresar al campamento antes de que se diera parte.

Sus cálculos más optimistas le indicaban que habían empleado casi una hora en llegar a la árida cresta de la roca, donde, durante los primeros momentos, él y Bruto no pudieron hacer otra cosa que tenderse jadeantes en el suelo y estirar sus torturados músculos a la espera de que se recuperasen.

La cima era un espacio irregular, casi blanco al resplandor de la luz de la luna. Julio levantó la cabeza y se encogió de repente; el horror se apoderó de su cuerpo.

Allí había alguien más, a escasos metros de ellos. Dos figuras observaban cómo Julio hurgaba buscando la espada en su lugar habitual, y maldijo casi en voz alta al recordar que la había dejado abajo.

—Parece que se os ha ocurrido la misma idea que a nosotros —dijo riendo una voz grave.

Bruto maldijo y se incorporó por completo, presa repentinamente del miedo, igual que le había sucedido a Julio. La voz hablaba en latín, aunque al instante se esfumó la idea de que pudiera pertenecer a alguno de los suyos.

—No habréis conseguido trepar hasta aquí con espadas, muchachos, pero yo he traído conmigo una daga, y cuando se está a estas alturas y descalzo lo mejor es mantener la calma. Acercaos lentamente y no me pongáis nervioso.

Bruto y Julio se miraron. No había forma de retroceder. Las dos figuras se levantaron y se colocaron frente a ellos, llenando aparentemente aquel minúsculo espacio. Iban también descalzos y vestidos únicamente con túnica y pantalón corto. Uno de ellos blandía una daga.

—Supongo que esto me convierte en el rey de la noche, muchachos. Veo por vuestras prendas que sois romanos. ¿Así que habéis venido a contemplar la vista?

—Matémosles —dijo su compañero.

Bruto le miró con la sensación de que todo había terminado. El hombre era fuerte como un luchador y la luz de la luna revelaba una expresión sin atisbo alguno de piedad. Lo mejor que podía esperar era que el hombre cayera montaña abajo con él, lo que no era una idea que le consolara lo más mínimo. Se alejó del precipicio que tenía a sus espaldas.

El otro hombre puso la mano en el pecho de su amigo y lo detuvo.

—No tenemos ninguna necesidad de eso, Crixo. Ya habrá tiempo para ello mañana en la batalla. Ya derramaremos sangre entonces, gritaremos y aterrorizaremos todo lo que nos venga en gana.

El luchador lo dejó correr con un gruñido y les dio la espalda a los dos romanos. Estaba casi al alcance de la mano, pero hubo algo en la postura de alerta del hombre que avisó a Bruto de que estaba esperándolo. Posiblemente, estaba aguardando que lo intentaran.

—¿Vais armados? —dijo amablemente el primer hombre, haciendo un ademán para que se aproximaran. Viendo que no se movían, se acercó a Julio sin soltar la



daga. Detrás de él, el hombre de menor estatura se había dado la vuelta y miraba fijamente a los jóvenes, desafiándoles a intentar alguna acción.

Julio permitió que le cachearan y luego permaneció junto a Bruto mientras buscaban también en él alguna arma blanca escondida. El hombre actuaba con delicadeza y sus espaldas parecían lo bastante anchas como para propinarle un buen susto incluso sin la daga.

—Buenos chicos —dijo cuando estuvo seguro de que eran inofensivos—. Yo la he traído solo porque soy un viejo cabrón. ¿Vais a pelear mañana?

Julio hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Su cabeza funcionaba a toda velocidad, pero no había nada que hacer. Cuando se dio finalmente cuenta de eso, se relajó y se echó a reír. Bruto dio un brinco. El hombre de la daga rió entre dientes viendo al joven romano.

—Mejor que rías, muchacho. Aquí hay muy poco espacio para combates. Haced aquello para lo que hayáis venido; no supondrá ninguna diferencia. Nada nos detendrá mañana, por mucho que informéis a vuestro regreso.

Julio se sentó y observó al hombre a la espera de un movimiento brusco, mientras el corazón le latía aceleradamente al pensar que un rápido empujón podía mandarle precipicio abajo. La situación, como mínimo, era extraña, pero el hombre del cuchillo parecía completamente relajado, ajeno a la lucha a la que todos se enfrentarían cuando volvieran abajo.

Desde la cumbre del pico granítico, el campamento rebelde parecía estar increíblemente cerca, casi como si con un buen salto pudieran aterrizar en medio de él. Julio lo observó, preguntándose si les permitirían regresar antes de que el centurión de guardia informara de su desaparición.

El hombre con el cuchillo lo guardó en el interior de su túnica y se sentó junto a Julio, siguiendo su mirada.

—El mayor ejército que he visto en mi vida —dijo alegremente, indicando con un ademán el campamento rebelde—. Mañana será muy duro con vosotros, diría yo.

Julio no dijo nada, sin ganas de que lo sonsacara. En su interior, tenía la misma impresión. El campamento enemigo era casi demasiado grande como para acapararlo con la mirada y parecía como si pudiese engullir las ocho legiones sin problema.

Bruto y el luchador seguían en pie, controlando muy de cerca sus movimientos mutuos. El hombre del cuchillo les sonrió a los dos.

—Sentaos, vosotros dos —dijo, haciendo un gesto con la cabeza. Con pocas ganas, se acercaron y se sentaron el uno junto al otro, tensos como alambres.

—¿Qué debéis tener? ¿Treinta, cuarenta mil hombres? —le preguntó el luchador a Bruto.

—Sigue haciendo suposiciones —respondió cortante Bruto, y el hombre se dispuso a levantarse, aunque cambió de idea como respuesta al leve roce de su

compañero.

—¿Qué importa ahora? Los romanos saldrán corriendo, da lo mismo cuántos sean. —Sonrió a Julio, evidentemente esperando un comentario mordaz. Julio le hizo caso omiso, ocupado como estaba memorizando los pocos detalles del campamento que podía asimilar en la penumbra. Se dio cuenta de que la luna empezaba a estar más baja y se incorporó lentamente para no alertar a su estrambótica compañía.

—Deberíamos regresar —dijo. La tensión volvió entonces a él, forzando sus doloridos músculos.

—Sí, imagino que es lo que todos deberíamos hacer —replicó el hombre del cuchillo, poniéndose en pie ágilmente. Era con mucho el más alto de todos y se movía con la eficiencia de movimientos distintiva del guerrero. Bruto la poseía también, y quizás era reconocerlo inconscientemente lo que había puesto la mosca tras la oreja del hombre con constitución de luchador.

—Ha sido... interesante. Espero que no nos encontremos mañana —dijo Julio.

—Espero que nos encontremos —añadió Bruto, dirigiéndose al luchador, quien resolló desdeñosamente a modo de respuesta.

El hombre del cuchillo estiró los músculos de la espalda y puso mala cara. Entonces le dio a Julio una palmadita en el hombro y sonrió.

—Quedamos en manos de los dioses, muchachos. Y ahora, pienso que mi amigo y yo deberíamos descender primero, ¿no? No quiero que os replanteéis nuestra tregua de soldados cuando hayáis recuperado las espadas. Bajad exactamente por donde subisteis y estaremos lejos enseguida los unos de los otros.

Los dos hombres desaparecieron de la vista con tremenda agilidad.

Bruto soltó el aire con fuerza.

—Nos veía muertos.

—Yo también. ¿Crees que era Espartaco?

—Posiblemente. Lo será, por supuesto, cuando yo explique esta historia. —Bruto empezó a reír tan solo para liberarse de la tremenda tensión provocada por el encuentro.

—Mejor que empecemos a movernos o aquel guardia nos servirá en bandeja a Pompeyo —dijo Julio, ignorándolo. Bajaron rápidamente y soportaron sin una queja los arañazos y los golpes del descenso. Las sandalias estaban donde las habían dejado, pero las dos espadas habían desaparecido. Bruto buscó las armas entre los matorrales, pero regresó con las manos vacías.

—Hijos de puta. El honor ya no existe.

## XXXVIII

Las legiones dismantelaron el campamento y formaron la línea de batalla dos horas antes del amanecer. Tan pronto como la luz fue suficiente para ver bien, los cornetas emitieron sus notas de lamento y las enormes formaciones en cuadro de legionarios empezaron a avanzar, sacudiéndose de encima con la marcha la rigidez y los calambres matutinos. Con el ejército de Espartaco ocupando la llanura y extendiéndose aparentemente hasta el horizonte, no había conversaciones frívolas entre las filas. Incluso el sonido metálico de las sandalias quedaba amortiguado por la hierba. Todos y cada uno de los hombres fue relajando los hombros a medida que se acercaba cada vez más el momento en que el silencio se rompería para convertirse en caos.

Los pesados onagros y las catapultas fueron remolcados hasta sus puestos entre las distintas líneas de las legiones. Desde una gran distancia, sería posible arrojar al enemigo piedras, bolas de hierro y flechas del peso de tres hombres. Los hombres que rodeaban las máquinas de guerra lanzaban vítores mientras los resistentes muelles hechos con crin de caballo eran enrollados hasta disponerse en posición de disparo.

Julio marchaba al lado de Bruto y Ciro, y Renio iba un paso detrás de él. A pesar de que un ataque por parte de uno de los reclutas de Catón sería un suicidio, los tres hombres que rodeaban a Julio estaban al tanto de la posibilidad. Allí no había lugar para Cabera, quien, a pesar de sus quejas, se había quedado en la retaguardia del campamento con el resto de los seguidores. Julio se había mostrado firme con él, porque aunque el anciano estaba dispuesto a ponerse la coraza y portar un *gladius*, nunca antes había luchado como legionario e interrumpiría la rutina de los romanos a su alrededor.

Situados en la octava fila, detrás de los *bastati*, se encontraban los cuatro rodeados por lo mejor de la Primigenia, hombres entrenados por Renio y endurecidos para estar a punto para aquel día. Ninguno de los reclutas de Catón estaba a tiro del enemigo.

A pesar de lo doloridos que estaban muchos de ellos, seguían el ritmo marcado por la primera línea. Apretaban inconscientemente los dientes dejando tras ellos el resto del mundo. Toda ansia de violencia que tuvieran que reprimir en las ciudades era bienvenida entre las filas, y algunos hombres ahogaban las carcajadas al recordar la extraña sensación de libertad de todo ello.

Llegó la orden de detenerse y segundos después el ambiente fue desgarrado por el retumbar de las máquinas de guerra, grandes brazos que salieron de la inactividad para enviar sus cargas volando por los aires. Los esclavos no pudieron evitar la lluvia de piedra y hierro y centenares de ellos quedaron convertidos en pedazos de carne. Lentamente, los brazos retrocedieron y Pompeyo esperó a dar la señal,

humedeciéndose sus secos labios.

A la tercera descarga, llegó de nuevo la orden de avanzar. Una más sobrevolaría aún sus cabezas antes de que las líneas se encontraran.

A medida que los ejércitos iban acercándose, los legionarios se despojaron de la suave piel de la civilización, dejando que únicamente la disciplina de la legión fuera la que los mantuviera a raya contra el creciente deseo de matar. Entre los huecos que se abrían entre las filas veían atisbos del enemigo que les esperaba, una pared oscura de hombres que habían llegado hasta allí para poner a prueba la fuerza de los últimos defensores de Roma. Algunos portaban *gladius*, pero otros blandían hachas y guadañas, o espadas largas robadas de los barracones de la legión en Mutina. Los ríos de sangre que corrían por el suelo señalando los profundos cortes provocados por las piedras de las onagras, fueron velozmente engullidos por los hombres que venían tras ellos.

Julio jadeaba de emoción y miedo, respondiendo a todos los que le rodeaban a medida que fueron uniéndose más los unos con los otros y los corazones empezaron a latirles más rápido, inundándoles de una fuerza y una energía temerarias. Alguien situado cerca gritó salvajemente.

—¡Listos, Primigenia! —vociferó Julio, sintiendo en sí mismo la necesidad de correr hacia delante. Vio que también Bruto estaba henchido de una extraña alegría que hacía que los momentos anteriores a la primera sacudida de dolor fueran más prolongados que todo lo que había vivido antes. Atravesar la llanura les había parecido cien años, y entonces, cuando las dos primeras filas levantaron sus lanzas en el aire con un ruido gutural que se fundió con un rugido de desafío, el sonido desgarró el silencio. Empezaron a correr, las lanzas tiñeron el cielo de negro y los primeros esclavos fueron atravesados.

El enemigo gritó lo suficiente como para llenar el mundo entero y se precipitó hacia los legionarios. El primer encuentro dio lugar a un estruendo que amortiguó los sonidos que le siguieron. Los pesados escudos romanos chocaron directamente contra la línea de carga y el impacto perforó a cientos de esclavos. Luego las espadas se hundieron en sus cuerpos y la sangre salpicó por doquier, hasta que la totalidad de la primera línea se vio cubierta por ella, con los brazos y las caras empapados mientras las espadas seguían arrancando miembros y acabando con la vida de los hombres a los que se enfrentaban.

Con Bruto a su derecha, Julio podía trabajar alrededor del escudo de su amigo, mientras que Ciro quedaba protegido por el suyo. La disciplina inculcada mantenía a las filas alejadas de la línea del frente, impidiéndoles ver la carnicería que estaba teniendo lugar a escasos metros de donde se encontraban. En el momento en que los *bastati* se precipitaron sobre los esclavos, cayeron sobre ellos punzantes gotas de sangre. Ciro golpeaba cualquier cosa que se le pusiera por delante con una fuerza

incansable. Julio y Bruto siguieron avanzando al ritmo de las filas delanteras, hundiendo sus espadas en los cuerpos a medida que pasaban junto a ellos y asegurándose de que fallecían. Cuando las últimas filas pasaran junto a los cadáveres, después de que todos los soldados ensangrentaran en ellos su espada, serían poco más que blanquecinos huesos y carne descuartizada.

Los *bastati* eran la columna vertebral del ejército, hombres con diez años de sólida experiencia. Carecían de miedo y a pesar de ello, al cabo de un rato, Julio empezó a percibir un leve cambio en el ritmo que hacía vacilar el avance. Incluso los *bastati* se cansaban frente a huestes como aquellas y muchos de los integrantes de las filas se adelantaban para cubrir los huecos, pisoteando los cuerpos retorcidos de dolor de hombres que conocían y contaban entre sus amigos. Renio marchaba junto a ellos, con el escudo sujeto a su cuerpo mediante grandes hebillas. Mataba de un solo golpe, defendiéndose con el escudo para luego contraatacar, una y otra vez. Se combaba y crujía con los incesantes impactos, pero resistía.

Los cornetas repetían sin cesar una serie compuesta por tres notas y un resplandor iluminaba la totalidad de la amplia línea de combate cuando los manípulos de Roma se movían al unísono con una disciplina sin parangón en el mundo entero. Los *bastati* elevaron sus escudos para protegerse y retrocedieron ágilmente entre las filas cuando les tocó avanzar a los *triarii*. Jadeaban y parecían agotados, pero seguían todavía llenos de un placer salvaje y proferían gritos de ánimo a los veteranos de veinte años que corrían dispuestos a formar la nueva línea de combate. Los *triarii* eran los mejores, hombres rebosantes de fuerza. Sus amigos y su familia no eran otros que las legiones a las que servían y pronto estuvieron tan salpicados de sangre como los *bastati* que los habían precedido. Exceptuando a Renio, la Primigenia poseía solo un puñado de ellos y había alcanzado la cifra requerida gracias a los soldados nuevos aportados por Catón. Los esclavos se arrojaron sobre las legiones y la Primigenia fue la que pagó el peaje más elevado de muertes, pues los nuevos reclutas morían más rápidamente que los hombres experimentados que tenían a su lado. Renio mantuvo la línea de la Primigenia firme mientras luchaban por avanzar.

El avance continuó pasando entre los cuerpos de los caídos en combate. El único camino posible era el que transcurría entre los muertos, ya que ninguno de los dos bandos titubeaba o se apartaba de la sangrienta carnicería en que se había convertido el frente. Julio permanecía a la espera en la quinta fila, con la Primigenia esforzándose por atacar. Brazos y espadas se movían impacientes; estaban tan cerca de la carnicería que cada vez se hacían más abundantes las gotas de sangre que caían sobre ellos como si fuera una lluvia y se deslizaban por sus relucientes corazas.

Algunos cargaron contra los *bastati*, y otros cuando los *triarii* se sumaron al ataque para doblegar la voluntad del enemigo. Los cuerpos sobre los que caminaban y que atravesaban con sus lanzas sin darle importancia se contaban en centenares,

quizás en millares a lo largo del frente, pero no habían hecho más que empezar a diezmar las filas externas del ejército de Espartaco y todos los hombres sabían que muy pronto tendrían que ocupar sus puestos. Una vez que se dieron cuenta de lo inevitable de la situación, incluso los más débiles se armaron de valor mientras esperaban que les tocara el turno de llegar a la primera línea.

—¡Primigenia... segundas lanzas! —ordenó Julio, repitiendo el grito a derecha e izquierda. Las filas situadas a sus espaldas lanzaron flechas sin un momento de pausa por encima de las cabezas de sus compañeros y aterrizaron invisibles sobre el enemigo. La acción se repitió a lo largo de toda la línea y solo los distantes alaridos de dolor les informaron sobre las vidas que se habían llevado consigo las saetas.

Julio se puso de puntillas y estiró el cuello para ver lo que ocurría en los flancos. Al enfrentarse a tantos hombres, la responsabilidad de la caballería era evitar que los rodeasen. Cuando vio las líneas de Espartaco iniciando un movimiento envolvente contra los romanos, a Julio le vino el recuerdo de una lejana aula y de una lección sobre las guerras de Alejandro. Por colosal que fuera, el ejército romano podía ser engullido y destruido si los flancos no se mantenían firmes.

Con solo una mirada, percibió el cambio que estaba produciéndose a su izquierda. Vio que la línea se movía hacia el interior de la legión de Lépido y el enemigo irrumpía en tropel por la brecha. Estaba demasiado lejos para percibir los detalles y perdió la escena de vista. Maldiciendo, se adelantó hacia donde se encontraba Bruto.

—Bruto, ¿ves a Lépido? Están rompiendo el frente por allí. ¿Puedes ver si está resistiendo?

Bruto se puso de puntillas para mirar.

—El frente se ha roto —dijo horrorizado—. ¡Dioses, creo que están dando media vuelta!

Julio estuvo a punto de tropezar con el hombre de delante al detenerse. Observó la línea que tenía cuatro filas más adelante. Los *triarii* estaban aplastando a los esclavos y no parecían cansados. Estaba desesperado y el miedo se apoderó de él. Si movía la Primigenia hacia la izquierda para apoyar, tal y como le había prometido a Pompeyo, dejaría a los *triarii* en una situación vulnerable. Pero si su línea menguaba de tamaño o era rota, los refuerzos no llegarían nunca y los esclavos dispondrían de dos brechas por las que entrar, dejando las líneas romanas convertidas en islas humanas que irían encogiéndose y desapareciendo a medida que fueran muriendo hombres.

Mientras dudaba, vio que el flanco izquierdo estaba compactándose a medida que la brecha aumentaba de tamaño y algunos de los hombres de Lépido daban la espalda al enemigo, desertando. Aquello se extendería como una plaga y los que huían pondrían en un aprieto a las filas posteriores y las infectarían con su cobardía. Julio tomó la decisión.

—¡Primigenia! ¡Cortad a la izquierda hacia el flanco! —Igual que antes, repitió la

orden dos veces y las filas delanteras le oyeron también, aunque no pudieran volverse. Serían conscientes de que no dispondrían de nadie detrás para respaldarles y lucharían con todas sus fuerzas sabiéndose vulnerables.

La Primigenia se movió rápidamente a lo largo de la línea de avance, y algunos hombres tropezaron con los soldados que no habían oído la orden. Era una maniobra difícil de llevar a cabo en plena batalla, pero debía utilizar a sus hombres para reforzar la legión de Lépido antes de que el flanco izquierdo sucumbiera en su totalidad. Julio corrió entre las filas como los demás, saltando sobre los cadáveres y sin dejar de gritar órdenes para mantener a los hombres unidos y en movimiento. En el mejor de los casos, disponía de segundos para evitar la desbandada.

Bruto llegó primero y noqueó a un legionario que desertaba con la ayuda de su escudo. Julio y Ciro se pusieron a su lado y juntos constituyeron el núcleo, con la Primigenia formando una pared de feroces soldados a su alrededor que los romanos desertores se verían obligados a atravesar si pretendían huir. Renio había desaparecido entre la muchedumbre, separado de ellos por centenares de soldados que seguían esperando.

—¡Levantad las espadas! —rugió Julio, cuyo rostro se había transformado en una máscara animal de fiera—. ¡Ningún soldado cruzará esta línea con vida! ¡Demostradle a ese Lépido quiénes somos!

Los numerosos hombres presas del pánico patinaron para detenerse en seco frente a las filas de la Primigenia dispuestas ante ellos, bloqueándoles la retirada. La mirada de pánico desapareció de sus ojos en el instante en que vieron las espadas en alto listas para hacerles pedazos. No quedaba la menor duda de que las utilizarían. Los hombres de la Primigenia habían comprendido tan bien como Julio que todos morirían si la legión de Lépido huía del flanco de los esclavos. Serían superados.

En cuestión de momentos, el orden había vuelto de algún modo a la turbamulta en que se habían convertido los hombres de Lépido. Los centuriones y los *optios* hicieron uso de la vaina de sus espadas y de gruesas ramas de roble para intimidar a los soldados y obligarlos a regresar a la formación. Llegaron justo a tiempo.

El ejército de los esclavos había intuido la debilidad y sus componentes gritaban órdenes, empujando a centenares de hombres hacia la brecha con el objetivo de ensancharla, Julio dudaba atrapado entre la idea de avanzar entre las filas y ordenar a la Primigenia que cerrara la brecha, o mantener su posición por si a los hombres de Lépido se les ocurría desertar de nuevo. Sabía que la recuperación era todavía débil y que los soldados aterrorizados apenas controlaban el miedo a morir que se había apoderado antes de ellos. La segunda vez sería más fácil.

—¿Julio? —preguntó Bruto, a la espera de recibir una orden.

Julio miró de reojo a su amigo y captó su impaciencia. Al fin y al cabo, no había elección. Tenían que ocupar el frente y limitarse a rezar para que los hombres de

Lépido no les dejaron la espalda al descubierto.

—¡Primigenia! ¡Avanzad hacia el frente! —gritó, y los setecientos hombres a su mando avanzaron hacia delante, manteniéndose en perfecta formación.

Los últimos hombres de Lépido dieron media vuelta para huir de los esclavos y fueron reducidos por los de la Primigenia antes de que tuvieran tiempo de recuperar la sensación de pánico. Lo hicieron con una eficiencia tan despiadada que los esclavos en lucha debieron cuestionarse sobre la ventaja que habían creado.

Los escudos de la Primigenia irrumpieron en la brecha y las espadas se levantaban y caían con toda la rapidez que les era posible; los hombres sacrificaban el cuidado en favor de la velocidad. Trituraban a los heridos, abandonándolos mientras gritaban y a menudo con vida, pero la Primigenia seguía adelante a un ritmo tal que corrían el riesgo de dejar toda la línea del frente detrás y quedar aislados. Renio les seguía, adelantando la línea y vociferando órdenes.

Julio luchaba frenéticamente. Le dolía el brazo y una larga herida le había marcado la piel con una línea roja que se prolongaba desde la muñeca hasta casi la altura del hombro. Un esclavo de aspecto muy robusto y vestido con una coraza romana se había abalanzado sobre él. Pero Renio, al llegar a su lado, le había derrumbado apuñalándole en un costado a través de un hueco abierto entre las placas de metal.

Julio mató al siguiente hombre con quien se enfrentó, pero luego aparecieron tres más dispuestos a apuñalarlo. Se sentía agradecido por las miles de horas de entrenamiento que le habían enseñado a moverse antes incluso de pensar. Dio un paso hacia el lado del hombre situado en la posición más exterior y lo empujó hacia los demás, pues prefería que se hicieran un ovillo entre ellos antes que matarlo. El hombre tropezó en la trayectoria del segundo y Julio se lanzó por el lado contra su garganta para luego, ya en el suelo, darle la estocada hundiéndole el *gladius* en el pecho. La espada encajó entre las costillas y el hombre casi gritó de frustración al ver que su mano ensangrentada resbalaba por ella al intentar tirar del filo, cosa que lo dejó desarmado al instante.

El tercer hombre blandía con enorme fuerza un *gladius* de legionario y Julio tuvo que arrojarlo al suelo para esquivarlo. El pánico se apoderó de él a la espera de sentir el metal penetrándole y obligándole a mezclar su propia sangre con la de la masa resbaladiza que tenía junto a su cuerpo. El hombre murió con la espada de Ciro en la boca y Julio buscó a tientas su arma. Tiró para extraerla del cuerpo en la que estaba clavada y aplicó todas sus fuerzas hasta liberarla con un chasquido del hueso que había partido.

Bruto estaba situado un paso más adelante y Julio le vio matar a otros dos hombres con una velocidad y una facilidad que jamás había presenciado en nadie, y mucho menos en el chico que conocía de toda la vida. En torno a Bruto parecía



abrirse un espacio de paz y su rostro permanecía tranquilo, casi sereno. Cualquier cosa viva que se pusiera al alcance de su espada moría en una o dos estocadas y, como si los esclavos intuyeran aquella frontera, le dejaban espacio y no presionaban al joven soldado tan de cerca como al resto.

—¡Bruto! —gritó Julio—. ¡Gladiadores al frente!

Se acercaban corriendo hacia la Primigenia hombres vestidos con la coraza de gladiador. Llevaban la cara completamente tapada con cascos integrales, dotados únicamente de orificios para los ojos, que les conferían un aspecto de ferocidad inhumana. Su llegada pareció hacer volar a los esclavos que los rodeaban, de modo que la Primigenia efectuó un alto y depositó los escudos en el suelo.

Julio se preguntó si alguno de ellos sería alguno de los hombres que habían conocido la noche anterior. Era imposible saberlo entre el estrépito provocado por el metal y los cuerpos. Eran rápidos y estaban entrenados, y Julio vio a Renio empujando a uno al suelo con el hombro mientras se cerraban las filas y otro se volvía hacia él. Julio levantó el escudo con un movimiento repentino, sintiendo unos golpes gemelos que mellaron su coraza. El escudo de Julio se enredó con el brazo que el hombre utilizaba para sujetar la espada mientras golpeaba una y otra vez el casco de hierro hasta partirlo por fin y poder seguir adelante, jadeando. Le dolían los músculos y el aire que respiraba parecía secarle la garganta.

Bruto aguardaba en una laguna de quietud que permanecía inalterada por la multitud de cuerpos que le rodeaban. El gladiador al que se enfrentaba hizo una finta y Bruto interpretó el movimiento sin problemas, esquivando el lado por donde venía el verdadero golpe. Su espada se precipitó como respuesta al mismo y cortó la garganta del hombre. La sangre salió disparada y, a un paso de distancia, Julio oyó el apagado sonido de sorpresa que el luchador emitió al levantar la mano asombrado. No era más que un corte, pero le había partido una vena importante y las piernas dejaron de sostenerle. Luchó para incorporarse, jadeando y gruñendo como un buey herido, hasta que la vida le abandonó.

Julio acercó el *gladius* a un cuello desnudo y entonces fue atropellado hacia atrás cuando otro más cayó contra su escudo, cortando las correas que lo sujetaban a su brazo. Lo dejó caer y extendió la mano izquierda a ciegas para mantener a su atacante a la distancia suficiente como para, con la otra mano, hundirle el *gladius* en la carne. Sentía a lo largo de la espalda la punzada que le había provocado el hombre en su intento de encontrar un punto de apoyo. Pudo oler el olor del ajo de la última comida del hombre hasta que murió.

La Primigenia caía a su alrededor y se dio cuenta de que cada vez eran más los gladiadores que corrían dispuestos a aprovechar la brecha que seguía abierta. Miró de reojo hacia atrás y vio, con un suspiro de alivio, que la legión de Lépido había vuelto a formarse y estaba lista para el avance.

—¡Primigenia! Formación de manípulo. ¡Formad de nuevo en la quinta! —gritó, mientras acababa con la vida de dos esclavos más que intentaban aprovechar el cambio, cargando salvajemente contra la línea de la Primigenia y muriendo casi con la misma rapidez. Eran muchos y la Primigenia sería superada si no se trasladaban hombres de refresco a la línea de frente.

Bruto se retrasó con él y Julio se sintió curiosamente satisfecho al verlo respirar con dificultad. Por un buen rato, su amigo había parecido intocable en plena batalla y resultaba un alivio saber que era capaz de cansarse tanto como los demás. Julio observó con una mirada de aprobación como los hombres de Lépido tomaban las riendas del ataque y el avance continuaba. Era el momento de retrasarse a sus puestos. El flanco izquierdo estaba seguro.

—¿Señor? —dijo una voz junto a Julio. Volvió la cabeza bruscamente a modo de reacción, demasiado tenso para ver otra cosa que no fuesen amenazas. Tenía a su lado a un centurión, desprovisto de casco. Un moratón en su mejilla y los brazos ensangrentados daban cuenta de que había estado en el centro de la batalla.

—¿Qué sucede? —respondió Julio.

—El general Lépido ha muerto, señor. No hay nadie al manilo del flanco izquierdo.

Julio cerró los ojos por espacio de un segundo, alejando el agotamiento que rezumaban sus doloridos músculos a cada paso que daba para alejarse de la lucha. Miró de soslayo a Bruto, quien sonreía.

—Sigues de suerte, Julio —dijo con cierta amargura.

Julio apretó con fuerza la mano de su amigo, un reconocimiento silencioso de lo que le había entregado, y luego se volvió hacia el soldado, que seguía esperando.

—Muy bien, centurión. Asumiré el mando. Tráeme el águila para que los hombres sepan hacia dónde mirar para recibir órdenes. Haz correr la voz de que si se apartan de mí, los crucificaré a todos y cada uno de ellos cuando todo esto termine.

El centurión pestañeó al mirar a los ojos al joven comandante. Luego saludó y corrió en busca del portador del estandarte. Cuatro filas por delante, la batalla seguía sin tregua.

Pompeyo y Craso observaban el desarrollo de la batalla desde la altura de sus monturas, lo que les permitía dominarlo todo. El sol se elevaba en el cielo y las colinas de alrededor parecían todavía un enjambre poblado por el ejército enemigo. Pompeyo había ordenado que los onagros y las catapultas siguiesen disparando sobre el frente hasta que agotaran sus proyectiles. Habían quedado en silencio después de las primeras tres horas y la ferocidad de la batalla había aumentado desde entonces.

Los senadores observaban desde sus puestos con una seguridad relativa, retrasados a más de cien pies de distancia de la línea del frente del flanco derecho. Una centuria protegía su posición, permitiendo que únicamente los mensajeros de los

*extraordinarii* llegaran hasta los dos comandantes. Después de tanto rato, los caballos alcanzaban el puesto de mando empapados de sudor blanco y con la saliva enjabonando su piel. Un jinete se acercó al trote a los senadores y, a pesar de su agotamiento, les saludó con elegancia.

—Se ha cerrado la brecha, señor. César comanda el flanco izquierdo. El general Lépidio ha muerto —dijo, entre la respiración entrecortada.

—Bien —fue la breve respuesta de Pompeyo—. Eso me ahorra la tarea de matar a ese estúpido después de la batalla. Dirígete a Martio y dile que acerque mil hombres para apoyar a César en su posición. Déjale al mando. Diría que se lo ha ganado.

El jinete saludó y galopó entre la guardia; su debilidad quedaba patente en la forma desmadejada de sentarse sobre la montura. Pompeyo indicó a otro de los *extraordinarii* que se acercara y permaneciera a punto para recibir la siguiente orden. Examinó la batalla, intentando evaluar su desarrollo.

Sabía que los romanos deberían haber aplastado a los esclavos. Habían caído miles de ellos, pero parecían posesos y las legiones empezaban a agotarse. Por mucho que rotaran las líneas del frente mediante órdenes de manípulo, no faltaban enemigos de refresco que socavaran su fuerza y su voluntad. Había dado instrucciones claras a los arqueros de que enviaran sus flechas a cualquiera que vieran con coraza de gladiador, pero apuntar a blancos individuales era prácticamente imposible.

Craso miró hacia el flanco derecho, donde la caballería de dos legiones batallaba para conservar el terreno que habían ganado con la primera carga. Los caballos gritaban de dolor y empezaban a verse hombres caídos a su alrededor.

—¡Pompeyo, la derecha! —gritó a su colega.

Pompeyo se percató del riesgo y envió un mensajero para llevar allí refuerzos. Resultaba peligroso utilizar tantos hombres de la parte central. Si llegaba una brecha hasta allí, el ejército quedaría partido por la mitad y sería el final. Pompeyo notaba la desesperación apoderándose de él. Aquellos esclavos no se acababan nunca. Por mucha habilidad y disciplina que poseyeran los romanos, no veía cómo proporcionarles la victoria. Sus hombres mataban hasta caer agotados y eran destrozados entonces, una y otra vez.

Pompeyo hizo un ademán hacia los cornetas para que se diera otra orden de manípulo. Había perdido la cuenta de las veces que había dado aquella orden y se imaginaba lo que sus hombres estarían sintiendo al verse rotados desde la retaguardia hacia el frente sin haberse recuperado por completo de la última vez. Tenía que mantener los intervalos cortos para conservarlos con villa, pero eso significaba menos tiempo para recuperar fuerzas.

Pompeyo y Craso se volvieron al oír un grito de alerta procedente de la derecha. Los esclavos habían atravesado la caballería y avanzaban deprisa, sembrando el pánico entre las líneas romanas con la amenaza de rodear el flanco o, incluso,

atacarlos desde detrás. Pompeyo maldijo e hizo venir a un nuevo jinete.

Retirada en orden de batalla, la derecha. Avance, la izquierda. Intentemos dar la vuelta completa al campo de batalla antes de que nos rodeen. Que los cornetas toquen «giro a la derecha». Ve.

El hombre desapareció al galope y los dos generales abandonaron porte para arrodillarse sobre las sillas y así tener una visión mejor de la acción que estaba desarrollándose. Pompeyo tenía las manos agarrotadas y blancas de sujetar las riendas con tanta fuerza, consciente de que el destino de la batalla residía en la decisión. Si la retirada se transformaba en pánico, el ejército esclavo se desplegaría por doquier y rodearía a los romanos. El aire frío que respiraba a bocanadas le había secado la boca.

Las órdenes tardaron mucho tiempo en ser transmitidas a lo largo de la línea. Los gritos empezaron a resonar y el ala derecha empezó a retroceder en orden, transformando la línea hasta convertirla en una diagonal roja que se extendía por la llanura. Pompeyo apretó los puños al ver que la izquierda empujaba para compactar a los esclavos.

Toda la batalla empezó a cambiar de sentido y Pompeyo estaba muy preocupado. Era la única forma de salvar al atosigado flanco derecho, pero, mientras miles de hombres daban la vuelta, los esclavos quedaban libres para abandonar la formación y encaminarse hacia Ariminum si sus mandos se percataban de la oportunidad.

Espartaco seguía sentado en su montura y maldiciendo por lo bajo al ver que las legiones resistían. Al principio, pensó que Antonido tenía razón y que el ala sería derrotada, pero de un modo u otro habían conseguido dar la vuelta, ocho legiones moviéndose como una sola para dirigir la batalla hacia el este. Lanzó un silbido de admiración, aun siendo consciente de que sus sueños se desvanecían en el campo de batalla. Las legiones eran lo que él había sabido siempre que serían y recordó por un momento los días en que había servido en ellas como soldado. Antes de que todo se echara a perder habían sido como una gran hermandad. Una riña de borrachos y un oficial muerto y, a partir de entonces, todo había ido mal. Había huido porque sabía que lo sentarían ante los amigos de aquel hombre y lo condenarían a muerte. La justicia no existía para un hombre como él, poco más que un niño reclutado en Tracia. Para ellos no era un verdadero romano, no era mucho mejor que un animal. Aquellos eran recuerdos distintos y amargos: cautiverio y esclavitud, y luego la escuela de gladiadores, donde eran tratados como perros violentos, encadenados y ferozmente apalizados.

—*Morituri te salutamus*. Los que van a morir te saludan —murmuró, viendo morir a su gente. Levantó los ojos hacia el sol y vio que había superado su cénit, frío y pálido detrás de las nubes. Los días apenas habían empezado a alargarse y quedaban pocas horas para que oscureciera.

Permaneció un buen rato observando la batalla, con la esperanza de ver las legiones destrozadas, pero se mantenían firmes ante el enemigo y se sentía desesperado. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento para sí mismo. Cuando los romanos se retiraran a su campamento para pasar la noche, partiría hacia Ariminum. Sus hombres llevaban cuatro días sin comer y la ciudad romana estaba repleta de alimentos que les ayudarían a recuperar fuerzas.

—Tendremos que correr, Crixo —murmuró.

Su amigo permanecía de pie junto a Antonido, sujetando las riendas.

—Todavía podemos derrotarlos antes de que anochezca —replicó amargamente Crixo.

Antonido gruñó y, rabioso, escupió una flema en el suelo. Les había prometido una victoria y tenía la sensación de que su influencia perdía peso con el peaje pagado por sus muertos.

Espartaco sacudió la cabeza.

—No. Si no los hemos derrotado a estas alturas, no huirán de nosotros. Se retirarán a sus fuertes y se alimentarán bien antes de salir mañana a acabar el trabajo. No estaremos aquí cuando lo hagan.

—Pero ¿por qué no caen? —preguntó enfadado a la nada Crixo.

—Porque si caen, Roma está en nuestras manos —espetó Antonido—. Saben que se juegan el todo por el todo, pero aún podemos ganar. Retira las líneas del frente y pon hombres de refresco. Muévete para rodear el ala izquierda. Con independencia de que ellos corran o no, podemos destrozarlos.

Espartaco miró con desagrado al general romano que sus hombres habían encontrado. En el interior de aquel hombre no había más que bilis y parecía incapaz de comprender que las vidas que estaba pidiéndole que echara a perder eran las de amigos y hermanos. Todos vitorearon a Antonido cuando Crixo se los presentó, vestido con la coraza de la que habían despojado el cadáver de un romano. Habían hecho alarde de él como si de su mascota favorita se tratara, pero sus promesas habían sido inútiles y sus inteligentes tácticas habían resultado confusas para esclavos que nunca en su vida antes de la rebelión habían tenido una espada entre sus manos.

—Nuestros hombres están débiles y hambrientos —dijo Espartaco—. He visto algunos con la boca verde por las hierbas hervidas que han comido. No podemos sobrevivir otra jornada de lucha después de esta.

—Podemos intentarlo por los pasos hacia la Galia —empezó Crixo.

—¿Cuántos crees que llegarían vivos a los pasos más altos? —preguntó Espartaco—. Las legiones nos darían caza antes de que abandonáramos la llanura. No, esa oportunidad ha desaparecido. Tiene que ser Ariminum. Cogemos toda la comida que necesitamos y recuperaremos fuerzas. En cierto sentido, les llevaremos la delantera.

—Si encontráramos barcos, puede que nos dejaran marchar —dijo Crixo, mirando a su amigo.

—Precisaríamos una flota entera —dijo Espartaco, planteándose. Deseaba escapar del poder de Roma, amargado por la idea de que debería haber dirigido a sus hombres a través de las montañas. Permitirles tener su pequeño país. Lo habría hecho con tal de ser libre.

Antonido tenía dificultades para seguir reprimiéndose. Lo habían liberado de la esclavitud para ser asesinado por su propia gente. Ninguno de aquellos hombres se daba cuenta de que Roma jamás perdonaría a un general que había dejado escapar a los esclavos. Sería una vergüenza que duraría siglos y todos los esclavos del país pensarían en sublevarse contra sus amos. Escuchaba sus planes y su ira iba en aumento. La única manera de conseguir la libertad era derrotar a las legiones en las llanuras, independientemente de las vidas que ello costase.

Antonido se prometió en silencio desaparecer antes de que llegara el final. No permitiría que lo exhibieran en Roma a modo de trofeo. No podía soportar la idea de un Catón triunfante condenándolo con un simple movimiento de sus rollizas manos.

—Los hombres están agotados —explotó Craso—. Debes hacer sonar la orden de retirada antes de que los derroten.

—No. Resistirán —dijo Pompeyo, mirando con ojos entrecerrados la puesta de sol—. Envía a los *extraordinarii* para que tengan los campamentos preparados para la noche. Nos retiraremos con la luz. Si doy ahora la orden pensarán que han derrotado las únicas legiones existentes entre aquí y Roma. Deben resistir.

Craso se restregó las manos sumido en una agonía de indecisión. Las legiones estaban bajo su mando y, si Pompeyo esperaba demasiado para ordenar la retirada, podía acabar todo aquello para lo que habían trabajado. Si las legiones caían, Roma caería con ellas.

Julio inspiró aire hacia el interior de sus plomizos pulmones a la espera de que los cuernos anunciaran el siguiente ataque. La sangre que tenía repartida por todo el cuerpo se había secado y se iba desprendiendo en forma de oscuras costras cada vez que se movía. Sangre vieja. Observó con cansancio sus brazos y levantó una mano, entrecerrando los ojos frente al temblor provocado por el agotamiento que allí se veía.

Otro hombre jadeaba a su lado y Julio le miró de reojo. Había combatido bien en el último ataque, derrochando energía con la confianza del joven inmortal. Levantó la vista y una sombra se cernió sobre sus ojos grises cuando se dio cuenta de que Julio estaba observándolo. No había nada que decir. Julio se preguntó si el hijo de Catón sobreviviría a la batalla. De salir con vida, Catón nunca llegaría a comprender los cambios que había experimentado.

Ciro carraspeó y escupió a sus espaldas para expulsar la sangre que tenía acumulada en la garganta. Tenía los labios partidos y la boca hinchada, y ofreció una sonrisa dolorida y roja a su general.

Estaban todos llenos de cortes y extenuados. Julio forzaba una mueca de dolor a cada movimiento. Algo se le había roto en la zona lumbar de la espalda al sacudirse de encima un hombre muerto, algo que le hacía sentir escalofríos de dolor hasta los hombros. En lo único que pensaba era en dormir. Miró a Bruto, que había quedado inconsciente como consecuencia del golpe de un esclavo enloquecido. Solo un rápido contraataque había reclamado el suelo y su cuerpo. Ciro lo había arrastrado entre las filas para que se recuperase y se había reincorporado cuando el cielo empezaba a oscurecerse, aunque moviéndose más lentamente y con sus capacidades claramente mermadas. Julio se preguntaba si el golpe le habría partido el cráneo, pero no podía mandarlo de vuelta a los campamentos. Necesitaban a todos los hombres capaces de mantenerse en pie.

Estaban todos al límite del agotamiento y el dolor, entrando en una especie de entumecimiento que dejaba campo libre a sus mentes para divagar. Los colores eran más pálidos y habían perdido la noción del tiempo, que veían correr más lentamente para después adquirir una velocidad espeluznante, una y otra vez.

Con un sobresalto, Julio oyó el aullido del cuerno emitido por el corneta más cercano al lugar donde se encontraba. Efectuó un paso al frente dispuesto a incorporarse de nuevo a la línea y se quitó de encima la mano de Ciro en cuanto le tomó el brazo.

—Ya es suficiente por hoy, general —dijo Ciro, abrazando a Julio para ayudarlo a mantener el equilibrio—. Se ha ido la luz. Es la orden de regreso al campamento.

Julio lo miró un instante sin verlo, y luego sacudió vagamente la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Diles a Bruto y a Renio que formen las filas y se retiren ordenadamente. Diles a los hombres que estén atentos a una carga por sorpresa. —El cansancio hacía que arrastrara las palabras, pero, aun así, levantó la cabeza y sonrió al hombre que había encontrado en otro continente, en otro mundo.

—¿Mejor que la granja, Ciro?

El hombretón miró los cuerpos a su alrededor. Había sido el día más duro de su vida, pero conocía mejor de lo que podía explicar a los hombres que estaban a su lado. En la granja estaba solo.

—Sí, señor —dijo, y Julio pareció comprender la respuesta.

## XXXIX

Suetonio estaba apoyado sobre la valla, en los bosques. Por el rabillo del ojo veía a los esclavos de su padre trabajando sin prisas para desenterrar los postes y retirar el vallado. En cuestión de pocas horas, todo rastro de él habría desaparecido. Suetonio escondía su mala cara entre las manos. La casa que había planificado habría sido bonita, habría surgido entre los árboles de las tierras de César dominando la colina. Habría hecho construir un balcón donde poder sentarse en los atardeceres calurosos a beber un refresco. Todo aquello se había esfumado con la repentina debilidad de su padre.

Suetonio tiró de una astilla del poste, pensando en la cantidad de pequeñas injurias que Julio le había obligado a aceptar cuando fueron prisioneros y estuvieron con los Lobos en Grecia. Sabía que de no haber estado Julio allí, los demás hombres lo habrían aceptado con mejor disposición, y tal vez al final habrían accedido a permanecer bajo su mando como lo habían hecho para Julio. Habría entregado el cuerpo de Mitrídates al legado Lépido, habrían compartido una cena con aquel hombre en lugar de salir precipitadamente hacia el puerto sin apenas tiempo para una pausa. El Senado le habría nombrado tribuno a él y su padre se habría sentido orgulloso.

Pero, en cambio, para demostrar todo lo que había soportado, solo disponía de un rescate que pertenecía a su padre y unas cuantas cicatrices. César se había llevado los Lobos al norte, adulándolos y convenciéndolos de que le siguieran mientras Suetonio era dejado de lado, sin ni tan siquiera el pequeño consuelo de contemplar la construcción de su propia casa.

Partió la astilla con repentina rabia, haciendo una mueca cuánta parte de ella le levantó la piel de la mano. Había solicitado desplazarse al norte con las seis legiones, pero ninguno de los legados lo había aceptado. Sin lugar a dudas había corrido la voz. Sabía que su padre podría haberles reclamado favores para que aceptaran a su hijo en sus filas, pero se había detenido y no había pedido nada. La vergüenza por cómo había sido tratado le quemaba en el silencio de los bosques.

Captó un nuevo movimiento y levantó la cabeza para mirar. Casi estaba esperando que alguno de los esclavos de su padre empezara a gandulear. La azotaina que le hubiera dado habría roto, en cierto sentido, el letargo en que se hallaba inmerso. Cuando tocaba castigar a los perezosos era como si sintiera la vida latiendo con más fuerza en sus venas. Sabía que le tenían miedo, y tenían toda la razón.

Respiró hondo dispuesto a vociferar una orden, esperando verlos dar un brinco. Luego se quedó paralizado. Unos hombres avanzaban furtivamente entre los tupidos matorrales, en el lado opuesto de la valla. No eran sus esclavos. Muy lentamente, escondió de nuevo la cabeza entre las manos y observó en silencio cómo pasaban no



muy lejos de donde se encontraba, sin percatarse de su presencia.

Suetonio notó que su corazón palpitaba con fuerza embargado por un repentino miedo y las mejillas sofocadas por el intento de respirar hondo. Seguían sin verlo, pero aquella escena escondía algo terrible. Se trataba de tres hombres que caminaban juntos y un cuarto que les seguía algo rezagado. Suetonio casi se había puesto en pie para vislumbrar el primer grupo cuando su instinto le impulsó a quedarse quieto aunque hubiesen desaparecido ya entre los árboles. Fue entonces cuando apareció el cuarto hombre, moviéndose con cautela. Iba vestido con prendas bastas de color oscuro igual que los demás y sus pasos se deslizaban ligeros sobre la hojarasca y el musgo; su silencio era el de un diestro cazador.

Suetonio vio que también él iba armado y de repente pensó que aquel hombre podía verle entre las sombras. Deseaba salir corriendo o gritar a los esclavos. Pensó en escenas de la rebelión que estaba teniendo lugar en el norte y se vio de pronto asaltado por imágenes, vividas y aterradoras, de los hombres clavándole sus cuchillos. Había visto morir a tanta gente que le resultaba muy fácil imaginarse a esos hombres abalanzándose sobre él como animales. Llevaba la espada, pero mantuvo las manos inmóviles.

Contuvo la respiración hasta que pasó el último hombre. Este pareció intuir su mirada y se detuvo, dubitativo, para inspeccionar los árboles a su alrededor. No vio a Suetonio y al cabo de un rato se relajó, siguió adelante y desapareció por completo, igual que los compañeros que lo precedían.

Suetonio soltó el aire lentamente, sin atreverse todavía a moverse. Se dirigían hacia la finca de César y la crueldad se adueñó de sus ojos en cuanto se dio cuenta de ello. Que César se quedara con su tierra, y con esos hombres deambulando por ella. No los denunciaría. Quedaba en manos de Dios, no de las suyas.

Con la sensación de que gran parte del dolor y la amargura le habían abandonado, se incorporó y estiró la espalda. Quienes quiera que fuesen esos cazadores, les deseó suerte mientras se encaminaba hacia donde los esclavos estaban ocupados desmontando la valla. Dio órdenes de que recogieran las herramientas y regresaran a la finca de su padre. Deseaba, instintivamente, permanecer alejado de los bosques por unos cuantos días.

Los esclavos se dieron cuenta de que le había cambiado el humor e intercambiaron miradas, preguntándose, mientras cargaban al hombro sus utensilios y regresaban a casa, qué perversidad le habría alegrado.

Julio estaba agotado, y maldijo para sus adentros al tropezar con una piedra. Sabía que de caer cabía la posibilidad de no poder levantarse y quedar abandonado en el camino.

No podían parar, tenían el ejército esclavo corriendo delante de ellos en dirección a Ariminum. La huida del campo de batalla en plena oscuridad les había

proporcionado medio día de ventaja y Pompeyo había dado la orden de atraparlos. La distancia que mediaba entre ellos no había disminuido en los siete días transcurridos, ya que las legiones perseguían un ejército mucho más fresco que el suyo. Los esclavos arrancaban comida de los campos a su paso como si fuesen langostas, y las legiones marchaban siguiendo las huellas de su devastación. Julio sabía que podían perder a muchos más soldados y que, en el caso de que los esclavos viraran hacia el sur, Roma estaría desprotegida por vez primera en su historia.

Tenía la mirada fija en el legionario que marchaba delante. Llevaba el día entero mirando aquella espalda y conocía hasta el más pequeño detalle de la misma, desde el poco uniforme cabello canoso que asomaba debajo del casco hasta las salpicaduras de sangre que manchaban los tobillos del hombre después de haber estado pateando con fuerza durante una milla para romper sus ampollas. Alguien había orinado más adelante, oscureciendo con ello el polvo del camino. Julio sorteó con dificultad e indiferencia el riachuelo, preguntándose cuándo tendría que hacerlo él también.

A su lado, Bruto tosió para aclararse la garganta y escupió. Su habitual energía no se veía por ningún lado. Estaba encorvado bajo el peso de su carga y Julio sabía que tenía los hombros en carne viva. Por la noche se los frotaba con grasa de cocinar y esperaba estoicamente a que se formaran callos.

No habían hablado desde el amanecer; la batalla contra el cansancio y la dureza del camino seguían adelante sin ningún tipo de comentario explícito. Era igual para casi todos ellos. Marchaban con la boca floja y abierta, y con la conciencia limitada a un punto en el camino por delante de ellos. Con frecuencia, cuando sonaban los cuernos anunciando el alto, los hombres tropezaban con los que los precedían y despertaban de ese estado adormilado al sentirse maldecidos o golpeados.

Julio y Bruto mascaban pan duro y carne cuando se les entregaba, sin necesidad de detenerse. Mientras intentaban encontrar saliva para tragar, pasaban por encima de otro soldado caído, preguntándose si también ellos quedarían abandonados en el camino.

Si lo que pretendía Espartaco era agotar a las legiones con la persecución, no podía haberlo hecho mejor. En todo momento tenían presente la idea de que, cuando los esclavos y los gladiadores encontraran finalmente un lugar donde instalarse, tendría lugar otra batalla. Solo la muerte detendría a las legiones.

Cabera tosió para escupir el polvo acumulado en la garganta y Julio miró de reojo al anciano, maravillándose de nuevo de que no hubiera caído con los demás. La escasez de las raciones y las millas habían reducido más aún su frágil estructura, de modo que mostraba un aspecto casi esquelético. Tenía las mejillas hundidas y oscuras y la marcha le había robado el sentido del humor y la conversación. Igual que Bruto y Renio, que marchaba detrás de él, no había hablado desde el momento en que os agotados *optios*, apuntando desinteresadamente con sus lanías a oficiales y hombres

por igual, con el rostro tan demacrado y desfallecido como el de cualquier otro, los habían obligado a ponerse en pie.

Solo les estaban permitidas cuatro horas de sueño cuando caía la noche. Pompeyo sabía que podían encontrar Arimmmum en llamas, aunque los esclavos apenas pudieran detenerse teniendo como tenían las legiones en el horizonte, obligándoles a seguir adelante. No podían permitir que Espartaco se reagrupara. En caso de necesidad, lo perseguirían hasta el mar.

Julio mantenía la cabeza alta con dificultad, consciente de que la Primigenia lo observaba. La legión de Lépido marchaba en fila con ellos, aunque había una sutil diferencia entre los grupos. La Primigenia no había huido y todos los soldados sabían que el castigo por ese fallo estaba aún pendiente. El miedo era patente en los ojos de los hombres de Lépido y socavaba su voluntad a medida que llenaban sus horas de silenciosa preocupación. Julio y Bruto no podían hacer nada por ellos. La muerte de Lepido ayudaba poco a justificar el momento de pánico que habían experimentado en la batalla.

Los cornetas avisaron de la llegada al lugar donde habían instalado anteriormente un campamento. La parada se producía con dos horas de adelanto, pero era evidente que Pompeyo había decidido aprovechar las protecciones que habían levantado en su día y limitar el trabajo necesario para instalar el campamento a apuntalar la tierra desprendida. Una vez allí, los hombres cayeron en el mismo lugar donde se encontraban. Los amigos se descargaron mutuamente el equipo y extrajeron las menguantes raciones, que fueron pasando de fila en fila hasta llegar a los cocineros, quienes encendieron hogueras sobre las cenizas de las antiguas. Los hombres querían dormir pero tenían que comer primero, de modo que la comida a base de cereales y carne seca se calentó y se dispuso en los recipientes metálicos lo más rápidamente posible. Los legionarios se llevaron la comida a la boca sin ningún interés. Luego desenrollaron las finas mantas que transportaban en los petates y se acostaron.

Julio acababa de terminar su comida y se lamía los dedos para engullir hasta la última miga de aquellas gachas que su cuerpo tan desesperadamente necesitaba en el momento en que oyó a un corneta emitiendo una nota de aviso en un punto muy cercano. Pompeyo y Craso se acercaban al lugar donde se encontraba.

Gateó hasta ponerse en pie y le dio un puntapié a Bruto, quien permanecía acurrucado, dejándose arrastrar ya por el sueño. Renio abrió un ojo al oír ruido y gruñó, y consiguió sentarse apoyándose en su único brazo.

—¡Arriba! Levanta a los hombres. Centuriones, formad la Primigenia en cuadrados para pasar revista. ¡Rápido!

Odiaba tener que hacer aquello, ver a los hombres arrastrarse hasta conseguir levantarse, perplejos. Algunos se habían dormido ya y apenas se sostenían en pie, con los brazos colgando y solo una vaga conciencia de la realidad en su mirada. Los

centuriones los intimidaron y los empujaron hasta conseguir algo parecido a unas filas bien formadas. No hubo gruñidos ni quejas: carecían de la energía o la voluntad para resistirse a cualquier cosa que pudieran hacerles. Permanecieron de pie en el lugar donde habían sido empujados y esperaron a que les dijeran que podían volver a dormir.

Pompeyo y Craso cabalgaban por el campamento, y se acercaron con los caballos hasta donde se encontraba Julio antes de desmontar. Ambos parecían más frescos que los legionarios que tenían a su alrededor, pero las bocas tensas de los generales les otorgaban tal aspecto de gravedad que algunos de los hombres de Lépido se despertaron de repente al intuir el peligro, cruzando entre ellos miradas de nerviosismo. Pompeyo se acercó a Julio, quien le saludó.

—La Primigenia está lista, señor —dijo Julio.

—Es la otra legión que está a tu mando la que me trae aquí, César. Dile a la Primigenia que descanse y ordena a los hombres de Lépido que formen filas en su lugar.

Julio dio la orden y los tres permanecieron a la espera de que los soldados formaran rápidamente en sus puestos. Incluso después de las bajas sufridas cuando el pánico cundió en la batalla, quedaban todavía más de tres mil supervivientes. Algunos estaban heridos, aunque los que se encontraban en peor estado habían sido abandonados en el camino durante los días anteriores. Pompeyo se dirigió a ellos sin desmontar del caballo, pero, antes de empezar su discurso, se inclinó hacia Julio y le habló en voz baja.

—No interfieras, Julio. La decisión está tomada.

Julio devolvió impasible la mirada inquisitiva e hizo un movimiento afirmativo de cabeza. Pompeyo se unió a Craso y juntos dirigieron sus caballos hacia la primera fila de hombres.

—¡Centuriones, un paso al frente! —vociferó Pompeyo, y levantó la cabeza para que su voz se oyera lo más lejos posible—. Esta legión carga con una vergüenza que debe ser eliminada. No hay excusas para la cobardía. Oíd ahora el castigo que vais a recibir.

»Cada décimo hombre de la fila será señalado por los centuriones. Morirá en manos de los demás. No utilizaréis espadas, sino que los aplastaréis y los golpearéis con puños y palos. Derramaréis la sangre de vuestros propios amigos de esta manera y siempre lo recordaréis. Una décima parte de vosotros morirá en el día de hoy. Centuriones, empezad a contar.

Julio observó horrorizado como los centuriones recitaban en voz alta los números. Mientras recorrían las filas, los hombres situados junto a los desafortunados se encogían de miedo cuando se les acercaban los oficiales, y quedaban boquiabiertos cuando la mano caía sobre un hombro distinto. Algunos gritaban, por ellos mismos o

por amigos, pero la piedad no tenía allí cabida. Craso y Pompeyo observaban todo el proceso con frío desdén.

Tardaron menos de una hora y, al final, trescientos hombres quedaron separados de las filas. Algunos sollozaban, pero otros contemplaban el suelo con la mirada perdida, incapaces de comprender lo que estaba sucediéndoles, por qué habían sido elegidos para morir.

—¡Recordad esto! —gritó Pompeyo a los hombres—. Huísteis de esclavos cuando ninguna legión llevaba generaciones sin hacerlo. Dejad las espadas y completad vuestra tarea.

Rompieron filas y cada uno de los hombres destinados a morir se vio rodeado por nueve de sus compañeros y amigos. Julio oyó a uno de ellos murmurando palabras de perdón antes de descargar el primer golpe. Aquello era peor que nada de lo que Julio hubiese visto en su vida. A pesar de que los *optios* disponían de palos, los infantes contaban únicamente con sus puños para golpear las caras y los pechos de personas que conocían desde hacía años. Algunos de ellos lloraban mientras golpeaban, con el gesto de la cara torcido como niños, pero ni uno solo de ellos se negó a hacerlo.

El proceso se prolongó durante mucho tiempo. Algunos de los soldados apalizados murieron rápidamente al rompersele el cuello, pero otros aguantaron más, estremeciéndose y gritando en un terrible coro que hizo temblar a Bruto mientras observaba la escena, paralizado por la jauría de hombres con manos ensangrentadas, que daban patadas y puñetazos como salvajes. Bruto sacudió la cabeza con incredulidad, y luego apartó la vista, mareado. Vio a Renio de pie, rígido, con la cara pálida.

—Jamás pensé que volvería a ver esto —murmuró Renio para sus adentros—. Pensé que había muerto mucho tiempo atrás.

—Había —respondió Julio sin alterarse—. Según parece, Pompeyo lo ha resucitado.

Ciro observaba horrorizado, con los hombros hundidos. Miró a Julio inquisitivamente, pero no hubo palabras para él.

Julio observó los últimos golpes y que los centuriones inspeccionaban los cadáveres. Los hombres se retiraron, y su energía decayó al disponerse, arrastrando los pies, a formar filas de nuevo. Los cuerpos yacían tumbados frente a ellos sobre círculos de hierba ensangrentada y muchos de los vivos llevaban adheridas al cuerpo las salpicaduras provocadas por la ejecución, sus cabezas enterradas en la tristeza.

—Si estuviera en Roma, ordenaría vuestra disolución y os prohibiría llevar armas —le rugió Pompeyo al silencio—. Pero la situación obliga a que os salven las circunstancias. —Miró de reojo a Craso y el senador se agitó inquieto en su silla. Julio frunció de repente el entrecejo. Que Pompeyo cediera la palabra a Craso significaba que necesitaba el peso de la autoridad del Senado para respaldar fuera lo

que fuese que se tuviese que decir. A pesar de todas sus maniobras, solo Craso disponía de ello.

El hombre de más edad tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—Ordeno que se forme una nueva legión para borrar la mancha de Lépido. Os uniréis a la Primigenia y crearéis una nueva historia. Vuestros estandartes cambiarán. Tendréis un nuevo nombre, no afectado por la vergüenza. Nombro comandante de la misma a Cayo Julio César. Hablo con la autoridad que me otorga el Senado.

Craso hizo girar su caballo y se dirigió hacia Julio, quien permanecía en pie mirándolo fijamente.

—¿Serán entonces la Primigenia? —preguntó con voz ronca Julio.

Craso sacudió la cabeza negativamente.

—Sé lo que significa para ti, Julio, pero es mejor así. Si toman las armas por ti, siempre quedarán aparte, como ahora. Un nuevo nombre les despejará el camino... y también a ti. Pompeyo y yo liemos llegado a este acuerdo. Obedecerán tus órdenes. La Primigenia deja de existir a partir de hoy.

La ira que Julio sentía le forzó a permanecer un instante sin habla mientras Craso, observándolo atentamente, aguardaba una respuesta. El hombre más joven comprendía lo que estaban intentando hacer, pero el recuerdo de Mario seguía obsesionándole. Comprendiéndolo a su vez, Craso se inclinó y se dirigió a él en voz baja para que nadie le oyese.

—Tu tío lo comprendería, Julio. Tenlo por seguro.

Julio apretó la mandíbula y asintió bruscamente con la cabeza, incapaz de confiar en su capacidad de habla. Le debía mucho a aquel hombre.

Craso se retiró y se relajó.

—Necesitarás un nuevo nombre para ellos. Pompeyo ha pensado que podría ser...

—No —interrumpió Julio—. Tengo un nombre para ellos.

Craso enarcó las cejas sorprendido al ver a Julio rodear el caballo y situarse frente a los hombres ensangrentados que tenía que comandar. Respiró hondo para que su voz llegara a todo aquel que pudiera oírle.

—Os tomaré juramento, si me lo prestáis. Recuerdo que no desertasteis en el campo de batalla, sino que avanzasteis cuando os lo pedí, incluso tras la muerte de Lépido. —Posó su mirada en los cuerpos destrozados que yacían junto a las filas—. El precio por este error está ya pagado y en adelante jamás volverá a mencionarse. Pero debe ser recordado.

El silencio era terrible y el ambiente olía a sangre.

—Estáis marcados con las vidas de cada décimo hombre. Os nombro la Décima, de este modo jamás olvidaréis lo que habéis tenido que pagar y nunca desertaréis.

Por el rabillo del ojo, Julio vio la mueca de Craso al oír el nombre, pero supo desde el primer momento que era la elección adecuada. Les haría soportar el miedo y

el dolor donde otros perderían los nervios.

—¡Primigenia! Mi última orden para vosotros. Formad filas con vuestros hermanos. Miradles las caras y aprended sus nombres. Y sabed una cosa. Cuando el enemigo se entere de que tiene la Décima frente a él, tendrá miedo, porque son hombres que han pagado sus errores con su propia sangre.

Mientras las filas se reagrupaban, Julio se dirigió de nuevo hacia Craso y Pompeyo, quien se había unido al senador. Ambos generales observaban a Julio con moderado interés.

—Les has hablado... bien, Julio —dijo Pompeyo. Sacudió levemente la cabeza al ver a la Primigenia integrada en las filas. Había pensado que Julio se resistiría a la orden para preservar el nombre de la Primigenia y se había preparado para discutir sobre el asunto. Le había sorprendido la facilidad con que el joven comandante había asimilado la noticia y la había utilizado en provecho propio. Por vez primera, Pompeyo entreveía cómo había sido posible que aquel joven hubiera alcanzado tanto éxito en Grecia contra Mitrídates y con los piratas. Parecía conocer en todo momento qué palabras utilizar y que estas podían ejercer más fuerza que las espadas.

—Me gustaría prolongar la estancia en el campamento antes de continuar, señor. Ello me dará la oportunidad de hablar con los hombres así como permitir que acaben su comida y duerman un poco.

Pompeyo se vio tentado a rechazar su solicitud. Aparte de la imperiosa necesidad de perseguir a los esclavos, su instinto le dictaba que no le pusiera las cosas tan fáciles a aquel joven capaz de hablar directamente al corazón de los soldados y sacarlos del abatimiento en un instante. Pero luego cedió. Si César tenía que resucitar de las cenizas la dignidad de la nueva legión, necesitaría disfrutar de todas las ventajas posibles.

—Puedes decirles que he otorgado dos horas más como respuesta a tu solicitud, Julio. Estad preparados para emprender la marcha al amanecer.

—Gracias, señor. Lo arreglaré todo para disponer de nuevos escudos y corazas para los hombres en cuanto hayamos acabado con esta rebelión.

Pompeyo asintió distraídamente, y le indicó a Craso que marcharan hacia el puesto de mando situado en la cabeza de la columna. Julio les vio marchar mientras mantenía una expresión inescrutable. Se volvió hacia Bruto y descubrió que Cabera estaba a su lado; parte de la antigua vivacidad e interés estaba presente de nuevo en la cara del curandero. Julio le ofreció una tensa sonrisa.

—Bruto, ordénales que rompan filas y diles que acaben de comer. Luego quiero hablar con todos los que pueda antes de que se acuesten. Mario se habría aprendido sus nombres. Lo mismo voy a hacer yo.

—Duele ver que la Primigenia ya no existe —murmuró Bruto.

Julio sacudió la cabeza.

—No ha dejado de existir. El nombre permanecerá en las listas del Senado. Me aseguraré de que así sea. Pompeyo y Craso tienen razón en lo de empezar de nuevo, aunque duele. Vamos, caballeros, mezclémonos con la Décima. Es hora ya de librarnos del pasado.

Ariminum se extendía detrás de una cortina de humo. El ejército esclavo había pasado por ella como una plaga de langostas, haciéndose con cualquier cosa comestible y arrastrando ovejas y ganado para que los precedieran en la marcha. Con los ciudadanos escondidos detrás de puertas parapetadas, Espartaco y su ejército deambulaban lentamente por las calles silenciosas con el sol proyectando débiles sombras a sus espaldas. Habían prendido fuego a los almacenes de grano y a los mercados abandonados, seguros de que sus perseguidores perderían tiempo sofocando los incendios antes de seguirles. Con las legiones tenazmente pegadas a sus talones, cada hora era crucial.

Los guardias que custodiaban el tesoro de la ciudad habían huido y Espartaco ordenó cargar el oro en mulas para viajar hacia el sur. Era una fortuna que intercambiar, y el sueño de una flota de barcos que los llevara a la libertad se convirtió en realidad tan pronto como los gladiadores vieron los arcones repletos de monedas.

Los muelles estaban vacíos de barcos, y los oscuros cascos permanecían en alta mar, desde donde podían ver las hordas de esclavos saqueando la ciudad bajo columnas ascendentes de humo y cenizas. Los barcos estaban abarrotados de gente silenciosa que, simplemente, observaba. Espartaco subió hasta el extremo de los muelles y les devolvió la mirada.

—Calcula cuánta gente cabe, Crixo. Tenemos oro suficiente para comprar una litera para cada uno de nosotros.

—Estos preciosos mercantes no moverán un dedo para salvarnos —replicó Crixo—. Tienen que ser los piratas. Bien saben los dioses que disponen de barcos suficientes, y también les proporcionará cierta satisfacción escupirle a Roma a la cara.

—Pero ¿cómo hacérselo saber? Debemos enviar jinetes a todos los puertos. Tiene que haber una forma de llegar a ellos. —Espartaco miró el mar, a lo lejos, donde las motas claras de los rostros se amontonaban a bordo de los barcos. Era posible, siempre y cuando consiguieran hablar con los enemigos de Roma.

Antonido se instaló a su lado, forzando la vista sobre las olas con una sonrisa sarcástica.

—Valientes ciudadanos romanos escondiéndose de nosotros como niños —dijo. Espartaco se encogió de hombros, cansado de su amargura y su rencor.

—Sesenta o setenta barcos como esos y podremos abandonar las tierras romanas. Una flota comprada con su propio oro me parece justo.



Antonido miró a los dos gladiadores con mayor interés. Había sentido la tentación de desaparecer en el puerto, de despojarse de su coraza y mezclarse con la multitud que a buen seguro se congregaría allí cuando los esclavos se hubieran marchado. Pero entonces había visto el oro robado del tesoro. Suficiente para comprarse una finca en Hispania, o una granja colosal en África. Había muchos lugares donde esconderse que no darían cobijo a un ejército. Sabía que, de quedarse, la confianza que tenían depositada en él le daría la oportunidad que necesitaba. ¿Le perdonaría Pompeyo si le entregaba la cabeza de Espartaco? Antonido puso mala cara. No, ya se había enfrentado en una ocasión a la corte romana y había tenido bastante. Mejor limitarse a huir en busca de un lugar donde poder empezar de nuevo.

Espartaco se volvió, situándose de espaldas al mar.

—Enviaremos hombres del lugar a todos los puertos con unas cuantas monedas para demostrar nuestras intenciones. Habla con ellos, Crixo. Alguien debe de saber cómo entrar en contacto con los piratas. Dales a conocer el plan. Les subirá la moral mientras marchamos hacia el sur.

—¿Nos dirigimos entonces hacia Roma? —preguntó bruscamente Antonido.

Una terrible ira cruzó por un instante las facciones del gladiador y Antonido dio un paso atrás antes de escuchar la respuesta.

—Nunca deberíamos haber dado la espalda a las montañas, pero ahora debemos seguir manteniéndonos por delante de ellas. Haremos pedazos a esos malnacidos a nuestro paso. Recuerda, nosotros somos los que labramos sus campos y trabajamos cada hora de luz por su riqueza. Es lo que nos ha hecho fuertes. Veamos qué tipo de fincas les quedan para cuando tengamos a la vista su amada ciudad.

Hablaba mirando hacia el oeste, en dirección al sol, y sus ojos desprendían un brillo dorado mientras imaginaba a las legiones persiguiéndoles. Su expresión era de amargura y Antonido se vio forzado a apartar la vista.

## XL

Con la luna como telón de fondo, Alexandria caminaba por las murallas que dominaban la gran ciudad de Roma con la lluvia tamborileando sobre las piedras. Por toda la ciudad había antorchas encendidas que crepitaban y chisporroteaban, proporcionando una luz tenue a los defensores. Todo el mundo había corrido en cuanto sonaron los cuernos dando la señal de alerta, agarrando con prisas herramientas y cuchillos para defender la muralla contra la masa silenciosa que caminaba pesadamente en la oscuridad, removiendo la tierra del Campo de Marte hasta convertirlo en un lodazal.

Tabbic sostenía con tensión su martillo de hierro, con la cara ojerosa y pálida bajo el parpadeo de la luz. No se rendiría nadie, Alexandria tenía constancia de ello. Si los esclavos los atacaban, lucharían tan salvajemente como los mismos legionarios. Recorrió con la mirada la hilera de caras con la mirada fija en la oscuridad y se preguntó el porqué de aquella sensación de calma. Las familias permanecían juntas, en silencio; incluso los niños sentían un callado temor reverencial hacia el ejército que pasaba de largo. La luna iluminaba levemente, aunque el resplandor era suficiente para mostrar las caras blancas de los esclavos que miraban la ciudad que había decretado su muerte. Parecían no acabar nunca, pero la luna alcanzó su cénit y empezó a ponerse antes de que los últimos rezagados desaparecieran en la noche.

La tensión bajó finalmente, después de horas de dolorosa impaciencia. Los mensajeros de las legiones habían hecho correr la noticia de que les seguían pisándoles los talones y el Senado había ordenado a la gente cobijarse en las murallas hasta que la situación fuese segura, predicando con el ejemplo al ocupar sus puestos en las grandes casas de guardia armados con las espadas de sus padres y sus abuelos.

Alexandria inspiró el aire fresco, sintiéndose viva. La lluvia había empezado a dejar de caer y Roma había sobrevivido. Las sonrisas y las risas repentinas le demostraron que todo el mundo sentía lo mismo y por un momento supo que habían compartido un vínculo en la oscuridad que era tan fuerte como cualquier otro lazo de su vida. Seguía estando destrozada. Había sido una esclava, igual que ellos eran esclavos, y había soñado en levantarse en masa para derribar sus preciosas casas y muros.

—¿Los matarán a todos? —murmuró, prácticamente para sí misma.

Tabbic se volvió bruscamente hacia ella, con la mirada sombría.

—Lo harán. El Senado ha conocido el miedo y no perdonará ni a uno solo. Las legiones les convertirán en un ejemplo sangriento antes de que todo esto termine.

Pompeyo dejó que las lámparas ardieran despacio en el interior de su tienda mientras leía los despachos procedentes de Roma, a menos de treinta millas al sur de

donde se encontraban. La lluvia tamborileaba contra la lona de la tienda del comandante y la traspasaba en ciertos puntos, empapando el suelo. Releía los mensajes y había dejado la comida, que seguía en la mesa sin tocar. Se lo tendría que contar a Craso.

Al cabo de un rato, se levantó y empezó a caminar preocupado de un lado a otro; apenas se percató de que una de las antorchas se extinguía hasta apagarse. Extrajo otra de su soporte y la sostuvo en alto para iluminar un mapa que cubría la totalidad de la pared de la tienda. El pergamino mostraba manchas oscuras de humedad y se dio cuenta de que no le quedaría otro remedio que descolgarlo si la lluvia continuaba. Roma era un diminuto círculo sobre la gruesa piel, y en algún lugar hacia el sur los esclavos avanzaban en dirección al mar. Se quedó mirando fijamente el símbolo que representaba la ciudad, consciente de que debía tomar una decisión antes de que llegara Craso.

A su alrededor, únicamente los centinelas transitaban por el húmedo y triste campamento. El Senado les había enviado suministros tan pronto como el ejército de Espartaco había emprendido camino con dirección al sur. Pompeyo imaginaba el miedo que debió de cundir en las calles ante la perspectiva de una riada de esclavos circulando por ellas, pero las puertas habían permanecido cerradas a cal y canto.

Se sintió orgulloso de su gente al enterarse de ello: ancianos y jóvenes, mujeres y esclavos leales dispuestos a luchar. Incluso los senadores habían tomado las armas como habían hecho siglos antes para defender la ciudad con su vida. Todo ello le llenaba de esperanza.

Un murmullo de santos y señas en el exterior le reveló la llegada de Craso, quien echó un vistazo sorprendido a la oscura tienda en el momento de entrar. Llevaba un grueso manto de piel sobre la coraza y se retiró la capucha, esparciendo gotas de lluvia.

—Una noche horrorosa —musitó—. ¿Noticias?

Pompeyo detuvo su paseo y se volvió hacia él.

—Algunas... terribles —respondió—, pero eso debe esperar. En la costa hay cuatro legiones, recién llegadas de Grecia. Iré a recibirlas para traerlas con nosotros.

Craso asintió con cautela.

—¿Qué más, Pompeyo? Podrías enviar los *extraordinarii* a recibirlos, con nuestras órdenes selladas. ¿Por qué ir personalmente?

Pompeyo frunció el entrecejo.

—Han encontrado al hombre que asesinó a mi hija. Los hombres que dejé en la ciudad para que le dieran caza están vigilándolo. Me detendré allí antes de reunirme con las legiones procedentes del oeste. Tendrás que seguir sin mí hasta que esto esté hecho.

Craso cogió de la mesa una bujía y el ánfora del aceite y encendió de nuevo las

lámparas; su mano temblaba ligeramente en su intento de concentrarse. Por fin, tomó asiento y miró a Pompeyo a los ojos.

—Si dan media vuelta y presentan batalla, no podré esperarte —dijo.

Pompeyo sacudió la cabeza.

—Entonces, no les obligues a dar media vuelta. Dale espacio para que corran y, en pocos días, una semana, estaré de vuelta con hombres de fresco para acabar de una vez por todas con esta persecución. No te arriesgues a perderlo todo, amigo mío. Por mucha influencia que tengas en el Senado, no eres un general. Lo sabes tan bien como yo.

Craso ocultó su enfado. Siempre lo consideraban el mercader, el prestamista, como si las legiones tuvieran un gran secreto que solo los pocos elegidos podían comprender. Como si tuviera de algún modo que avergonzarse de su riqueza. Veía a Pompeyo desesperado por no perderse esa victoria. ¡Qué terrible que el humilde Craso se la robara! Quienquiera que sofocase la rebelión sería el próximo cónsul, eso seguro. ¿Cómo podría el Senado resistirse a la voluntad del pueblo después de tantos meses de miedo? No por vez primera, Craso se arrepintió de su generosidad al elegir a Pompeyo en el debate del Senado. De haber sabido entonces cómo iba a ir la campaña, se habría arriesgado a llevarla a cabo solo.

—Los conduciré hacia el sur —dijo, y Pompeyo hizo un gesto de asentimiento, satisfecho. Eligió otro de los despachos de la mesa y se lo mostró a Craso, situándolo en el ángulo adecuado para que le diera la luz. Mientras Craso leía, Pompeyo señaló hacia el mapa.

—Estos informes acerca de una flota solo pueden referirse a los esclavos. Yo me quedaría si no estuviese seguro de que seguirían avanzando, pero mientras tú no les provoques, deberían dirigirse al sur para reunirse con los barcos. Convocaré las galeras contra ellos. No escaparán por mar, lo juro.

—Si es eso lo que pretenden —murmuró Craso, sin dejar de leer.

—No pueden huir eternamente. Deben estar muertos de hambre, por mucho que hayan rebuscado entre la basura. Cada día que pasa los debilita si lo que pretenden es volver a presentarnos batalla. No, lo que intentan es huir y estos informes son la clave de ello.

—Y cuando vean a nuestras galeras reunidas para evitarlo, ¿piensas entonces aparecer con las legiones griegas para acabar con ellos? —preguntó Craso, mientras parte de la rabia que sentía le ascendía por la garganta hasta agudizar su tono de voz.

—Lo haré —respondió cortante Pompeyo—. No te tomes la amenaza a la ligera, Craso. Si perdemos ahora, lo perdemos todo. Necesitamos las legiones adicionales que yo traeré. No entables batalla hasta que veas mis banderas. Preferiría ver que te retiras a ser derrotado antes de que yo llegue.

—Muy bien —replicó Craso, dolido al ver sus capacidades tan rápidamente

descartadas. Si Espartaco atacaba mientras Pompeyo estaba ausente, sería él quien se aprovecharía de las circunstancias y, con ello, obtendría la gloria—. Sé que vendrás lo más rápidamente que puedas —dijo.

Pompeyo se encorvó ligeramente, descansando los nudillos sobre la mesa.

—Hay otro asunto. Parto inmediatamente hacia la ciudad y no sé si debería guardármelo hasta que hayamos acabado con esto o no.

—Dime —dijo Craso en voz baja.

Las tiendas de piel estaban empapadas por la lluvia que rugía siguiendo un ritmo entrecortado mientras los hombres dormían a intervalos. Julio soñó en su casa. El día había sido agotador. Las legiones forzaban el paso para llegar a Roma y después de que sonara la orden para montar las tiendas, los legionarios apenas se habían preocupado de despojarse de la coraza antes de caer dormidos. Los que habían sobrevivido a las marchas forzadas estaban más fuertes que nunca, con la piel y los músculos tensos. Habían visto morir a amigos durante la marcha o derrumbarse en el camino, pues sus piernas se habían cansado de soportarles. Algunos de ellos habían sobrevivido para llegar a unirse al extremo final de la columna, pero muchos de los heridos habían muerto, perdiendo sangre a cada paso hasta que sus debilitados corazones habían dejado finalmente de latir para abandonarlos sin vida en el mismo lugar donde caían.

Los pies, que habían sangrado y se habían endurecido con una escarcha pardusca, estaban cubiertos de callosidades blancas que contrastaban con el color de sus sandalias. Los músculos magullados se habían recuperado y las legiones se habían fortalecido con la marcha; todos los hombres tenían la cabeza bien alta. A la tercera semana en la vía Flaminia, Pompeyo había ordenado aumentar el ritmo y lo habían cumplido sin protestar, sintiendo de nuevo la emoción de la persecución.

Julio murmuró irritado cuando alguien lo sacudió por el hombro.

—Hay un mensajero de Pompeyo, Julio. Levántate, rápido.

Julio, adormilado, movió la cabeza para olvidarse de su sueño. Abrió los ojos, vio en la tienda al mensajero que portaba el sello de bronce de Pompeyo y se vistió rápidamente, prescindiendo de la coraza. Tan pronto como salió, la lluvia le caló hasta los huesos.

El centinela que hacía guardia ante la tienda de mando se hizo a un lado después de que Julio le diera el santo y seña del día. En su interior se encontraban Craso y Pompeyo, a quienes Julio saludó para pasar de inmediato a un estado de cautela. Sus expresiones albergaban algo extraño que no había visto hasta entonces.

—Siéntate, Julio —dijo Craso.

El hombre de más edad le habló sin mirarle a los ojos y Julio frunció levemente el entrecejo al tomar asiento en un banco situado junto a la mesa. Julio esperó

pacientemente y una punzada de preocupación le retorció el estómago al ver que los generales no iniciaban de inmediato la conversación. Se secó el agua de la cara con un movimiento nervioso. Pompeyo sirvió una copa de vino que empujó a continuación hacia el joven tribuno.

—Tenemos... malas noticias, Julio. Han llegado mensajes de la ciudad — empezó. Respiró hondo antes de proseguir; su expresión denotaba incomodidad.

—Se ha producido un ataque en tu casa. Tu esposa ha sido asesinada. Comprendo...

Julio se levantó de un brinco.

—No —dijo—. No, tiene que haber una equivocación.

—Lo siento, Julio. La noticia llegó entre los despachos —dijo Pompeyo. El horror del joven despertó en él el recuerdo del momento en que encontró a su hija en el jardín. Le entregó el pergamino a Julio y observó en silencio como lo leía, con la mirada vidriosa al empezarlo a leer una y otra vez. Su respiración se tornó entrecortada y le temblaban las manos; apenas podía leer lo que tenía delante.

—Dulces dioses, no —musitó—. No dice casi nada. ¿Y Tubruk? ¿Y Octaviano? No mencionan a mi hija. Aquí no hay más que unas pocas palabras. Cornelia... —No pudo terminar la frase y agachó la cabeza, mudo de tristeza.

—Es un despacho formal, Julio —dijo Pompeyo—. Puede que sigan con vida. Llegarán más misivas. —Se produjo un instante de pausa antes de comunicarle su decisión—. Con lo cerca que estamos de la ciudad comprenderé que te ausentes brevemente para ver cómo están los asuntos en tu casa.

Julio no parecía escucharle. Craso se aproximó al joven que tanto dolor había presenciado en su vida.

—Si quieres regresar a tu casa, firmare las órdenes pertinentes. ¿Me oyes?

Julio levantó la cabeza y ambos hombres apartaron la vista antes de presenciar su agonía.

—Solicito permiso para llevarme a la Décima conmigo —dijo Julio, temblando.

—No puedo permitirlo, Julio —replicó Pompeyo—. Aun pudiendo prescindir de ellos, no puedo entregarte una legión para que la utilices contra tus enemigos.

—Solo una cincuentena, entonces —dijo Julio con la voz rota.

Pompeyo sacudió la cabeza.

—Yo también regreso a la ciudad, Julio. Se hará justicia. Te lo juro, pero será bajo las reglas de la ley, la paz de la ciudad. Todo aquello para lo que trabajó Mario. Regresarás conmigo en unos cuantos días para acabar con la rebelión. Es tu deber y el mío.

Julio dio media vuelta como si estuviese dispuesto a abandonar la tienda, pero se contuvo haciendo un enorme acopio de voluntad. Pompeyo le puso la mano en el hombro.

—No debemos echar por la borda la República si nos cansamos de las restricciones, Julio. Cuando mi hija murió, me obligué a esperar. El mismo Mario dijo que la República bien vale una vida, ¿lo recuerdas?

—No la de ella —respondió Julio. Respiraba entre sollozos que intentaba sofocar aun cuando lo sacudían violentamente—. Ella no formaba parte de todo esto.

Los dos generales se miraron por encima de la cabeza del joven.

—Vete a casa, Julio —dijo Craso, en voz baja—. Tengo un caballo esperándote. Bruto comandará la Décima en tu ausencia.

Julio se incorporó finalmente, respirando hondo con el afán de parecer controlarse delante de Craso y Pompeyo.

—Gracias —dijo, intentando un saludo. Seguía estrujando el informe entre sus manos y se dio cuenta de ello entonces. Lo depositó en la silla antes de abandonar la tienda y tomar las riendas del caballo que le habían acercado. Lo que una parte de él deseaba era simplemente clavar las espuelas y partir al galope del campamento, pero, en cambio, lo que hizo fue trotar hacia el lugar donde la Décima seguía durmiendo en el interior de sus tiendas. Retiró la cubierta para despertar a Bruto, que salió rápidamente al exterior al ver su expresión.

—Vuelvo a Roma, Bruto. Cornelia ha muerto, de algún modo. No... no lo entiendo.

—Oh, Julio, no —dijo Bruto. Abrazó a su amigo y el contacto provocó la aparición precipitada de las lágrimas de Julio. Permanecieron mucho rato unidos, atrapados por el dolor.

—¿Nos vamos? —susurró Bruto.

—Pompeyo lo ha prohibido —respondió Julio, incorporándose por fin.

—Da igual, Julio. ¿Nos vamos? Dame la orden.

Julio cerró los ojos un instante, pensando en lo que Pompeyo había dicho. El cónsul había sufrido también una pérdida. ¿Podía ser él más débil que aquel hombre? La muerte de Cornelia le había liberado de cualquier freno. Nada podía impedirle lanzar un ejército sobre Catón en Roma y reducirlo a cenizas. Una parte de él deseaba desesperadamente ver las llamas sobre la ciudad para olvidar el nombre y el recuerdo de los partidarios de Sila para siempre. Catalo, Bíbilo, Prando, el mismo Catón. Todos tenían familias que podían pagar con sangre lo que le habían usurpado a él.

Quedaba aún su hija, Julia. El informe no mencionaba su muerte.

Al pensar en ella, los lazos de la vida que había elegido volvieron a él envolviéndolo como un manto, amortiguando su dolor. Bruto seguía observándole, a la espera.

—No, Bruto, todavía no. Esperaré, pero hay una deuda de sangre pendiente de pagar. Hazte cargo de la Décima hasta mi regreso.

—¿Irás solo? Déjame venir contigo —dijo Bruto, poniendo la mano en las riendas

que Julio seguía sujetando.

—No, tú debes tomar el mando. Pompeyo me ha prohibido viajar con ningún miembro de la Décima. Haz salir a Cabera de su tienda. Lo necesito.

Bruto corrió hacia donde dormía el anciano curandero y le despertó sacudiéndolo. Al comprender la situación, el anciano entró en acción con rapidez, aunque, envuelto firmemente en sus ropajes para defenderse de la lluvia, su rostro mostraba las huellas del agotamiento.

Cabera extendió un brazo para subir al caballo detrás de Julio, quien tiró de él para ayudarlo mientras luchaban por mantener estable el caprichoso animal. La mirada de Bruto se encontró entonces con la de Julio, quien le apretó la mano con fuerza.

—Pompeyo no sabe nada de los soldados que dejamos en la finca, Julio. Lucharán por ti si los necesitas.

—Si es que siguen con vida —replicó Julio.

Un dolor abrumador le impedía respirar y Julio espoleó su monta. Entonces partió, con Cabera acurrucado a sus espaldas, cegado por las lágrimas que se confundían con la lluvia.



## XLI

Tupidos nubarrones oscurecían el sol de primavera. La lluvia siguió cayendo sin señal alguna de que fuera a parar durante todo el camino de Julio y Cabera hacia la finca. Al mirar su casa, Julio sintió una profunda fatiga que nada tenía que ver con el trayecto nocturno. El peso del anciano que cargaba a sus espaldas y el paso de las horas le habían obligado a reducir el ritmo. No tenía prisa. Le habría gustado que el tiempo se alargara indefinidamente, y daba de mala gana cada paso que le acercaba más a ese momento. Cabera había permanecido en silencio durante todo el trayecto y su antigua alegría contagiosa estaba ausente al llegar de nuevo al lugar que tantos recuerdos les traía. Su túnica estaba empapada y pegada a su escuálida y temblorosa figura.

Julio desmontó al llegar a la puerta y permaneció observando cómo la abrían. En cierto sentido, ahora que estaba allí no quería entrar, pero, aun así, dirigió el caballo hacia el interior del patio con sensación de torpeza.

Los soldados de la Primigenia cogieron las riendas; su rostro era un reflejo de la agonía de Julio. No les dijo nada, sino que cruzó el patio en dirección a los edificios principales a través del barrizal de charcos consecuencia de la tormenta. Cabera vio cómo se marchaba, y acarició de forma inconsciente el hocico caliente del caballo sin soltar las riendas.

Clodia estaba allí, con un paño ensangrentado en la mano. Estaba pálida y parecía agotada; lucía oscuras ojeras.

—¿Dónde está? —le preguntó. Parecía que fuera a desplomarse delante de él.

—En el *triclinio* —dijo ella—. Señor, yo...

Julio pasó por su lado camino de la habitación y se detuvo en el umbral de la puerta. Habían colocado antorchas en la cabecera de una sencilla cama que le iluminaban el rostro con su calor.

Julio se aproximó a su esposa y la miró con manos temblorosas. La habían lavado y vestido de blanco; tenía la cara sin maquillar y el cabello recogido detrás de la cabeza.

Julio le acarició la cara y se estremeció ante su suavidad.

La muerte estaba allí sin disfraz alguno. Tenía los ojos entreabiertos y podía verse el blanco bajo los párpados. Intentó cerrarlos de nuevo, pero volvieron a abrirse en cuanto retiró la mano.

—Lo siento —musitó, y aun así su voz agitó la llama de las antorchas. La tomó de la mano y se arrodilló junto a ella, percibiendo la rigidez de los dedos.

—Siento que te hicieran tanto daño. Nunca formaste parte de esto. Siento no haberte alejado de aquí. Si puedes oírme, te quiero, siempre te quise.

Agachó la cabeza ante un sentimiento de vergüenza que le hacía estremecerse.

Las últimas palabras que dirigió a la mujer a la que había jurado amar fueron de rabia y no había manera de disculparse. Había sido un estúpido por no haberla ayudado. Por alguna razón había estado seguro de que ella siempre estaría allí y las discusiones y las palabras desagradables no le habían importado. Pero ahora ya no estaba. Cerró la mano en un puño para golpearse en la cabeza, enfadado consigo mismo, dándose más y más golpes y agradeciendo el dolor que aquello le provocaba. Cómo se había vanagloriado ante ella. Sus enemigos caerían y ella estaría a salvo.

Se levantó finalmente, incapaz de volverse para mirarla de nuevo.

Una voz rompió el silencio.

—¡No! ¡No entres ahí!

Era Clodia quien gritaba fuera. Julio se volvió sobre sí mismo al tiempo que se llevaba la mano a la espada.

Su hija Julia se acercaba corriendo y se detuvo en seco al encontrarle allí. Instintivamente, se movió para impedirle que viera a Cornelia, avanzando hacia ella y levantándola con un fuerte abrazo.

—Mamá se ha ido —dijo, y él sacudió la cabeza sin poder evitar las lágrimas.

—No, no, ella sigue aquí, y te quiere —dijo.

El olor a podrido que desprendía el tipo al que acompañaban los hombres de Pompeyo provocaba náuseas. Parecía que la piel que sentían debajo del manto se moviese con excesiva facilidad bajo la presión de sus manos y, cuando lo soltaron, el hombre encapuchado lanzó un grito sofocado de dolor, como si le hubiesen roto algo.

Pompeyo los observaba, con la mirada brillante de malicia. A su lado estaban las dos chicas que había encontrado en la casa escondida en el laberinto de callejones entre las colinas. Sus caras eran un reflejo del miedo que sentían y, al no poder huir hacia ningún lado, permanecían inmóviles y en silencio, aterrorizadas. La amenaza era clara. Pompeyo se enjugó el sudor de la frente.

—Quitadle la capucha. Quiero ver al hombre que asesinó a mi hija —dijo.

Los dos soldados retiraron la basta tela y apartaron la vista con asco al ver lo que había debajo. El asesino los miraba fijamente; su cara era un amasijo de pústulas y costras. No tenía ni una pulgada de carne sana y, cuando empezó a hablar, aquella piel llena de cicatrices y sangre empezó a su vez a cruji.

—No soy el hombre que buscas —susurró.

Pompeyo apretó los dientes.

—Tú eres uno de ellos. Sé que tienes un nombre que darme. Pero tu vida me pertenece por lo que has hecho.

Los ojos legañosos del hombre centellearon hacia las dos chicas, atenazadas por el miedo. En el caso de que Pompeyo no se lo hubiese imaginado ya, habría sabido entonces que se trataba de sus hijas. El senador conocía muy bien aquel miedo. El asesino hablaba a toda velocidad, como si quisiera cubrir lo que les había mostrado.

—¿Cómo me has encontrado?

Pompeyo extrajo un cuchillo de su cinturón; el resplandor de la hoja era visible aun en la penumbra de la estancia.

—Seguirte la pista ha costado tiempo, oro y la vida de cuatro buenos hombres, pero esa chusma que trabaja para ti acabó finalmente entregándote. Me han dicho que estás construyendo una preciosa finca en el norte, lejos de este tugurio. Construida con mi sangre. ¿Pensaste que me olvidaría del asesino de mi hija?

El hombre tosió; su aliento lo camuflaba el dulce perfume que utilizaba para mitigar el olor a podrido.

—No fue mi cuchillo el que...

—Fue tu orden. ¿Quién te dio el nombre? ¿De quién era el oro que aceptaste? Lo sé igualmente, pero dilo delante de testigos, para poder hacer justicia.

Sus miradas se cruzaron durante un largo rato hasta que los ojos del asesino se posaron en el cuchillo que Pompeyo sujetaba con tanta despreocupación. Sus hijas observaban; las lágrimas empezaban a secárseles. No comprendían el peligro y, por la confianza con que observaban a su padre, él podría haber proclamado perfectamente su inocencia. Sus llagas no les repugnaban. De hecho, él sabía que se habría quitado la vida mucho tiempo atrás de no disponer del baño calmante que ellas le administraban. Las chicas no sufrían la enfermedad; su piel, bajo la capa de suciedad que utilizaban para esconderse de los predadores que poblaban los callejones, era perfecta. ¿Quién cuidaría de ellas cuando él no estuviera? Disponía de suficiente información sobre Pompeyo como para suponer que su vida había terminado. Carecía de piedad desde la muerte de su hija, si es que la había tenido alguna vez.

—Deja que mis hijas se marchen y te lo diré —habló entre dientes el asesino, acompañando la frase de una mirada suplicante.

Pompeyo emitió un gruñido y luego se dirigió hacia la más pequeña, sujetándola con fuerza por el cabello. Con la otra mano, le abrió la garganta con la daga y la soltó al ver que se retorció.

El asesino gritó al unísono con la hermana, luchando para deshacerse de los hombres que lo sujetaban. Entonces empezó a sollozar y se desplomó.

—Ahora ya sabes —dijo Pompeyo. Secó el filo pasándolo entre dos dedos; la sangre caía al suelo en silenciosos goterones. Esperó pacientemente a que los lloros remitieran y la cabeza del asesino dejara de moverse tanto.

—La otra vivirá, quizá. Lo pregunto por última vez. ¿De quién era el oro que aceptaste?

—Catón... fue Catón, a través de Antonido. Es todo lo que sé, lo juro.

Pompeyo se volvió hacia los soldados.

—¿Lo habéis oído, hombres?

Movieron la cabeza afirmativamente, tan serios como su comandante.

—Entonces ya hemos terminado. —Se volvió dispuesto a marcharse; solo una insignificante mancha en las manos demostraba que había estado allí.

—Matadlos a los dos, primero a la chica —añadió, y se adentró después en los callejones.

—¿Está despierto? —preguntó Julio. La habitación apestaba a enfermedad y Tubruk yacía tendido en una cama que mostraba las manchas de color óxido consecuencia de la hemorragia. Antes de entrar, Julio había esperado que finalizaran las lágrimas de su hija y separado delicadamente las manitas de su cuello. Entonces se había echado a llorar otra vez, pero no tenía la menor intención de que entrara en la habitación de otro moribundo y Clodia encontró a una joven esclava que se ocupara de ella. Por la forma en que la pequeña se había lanzado a sus brazos, era evidente que la mujer le había servido ya de consuelo durante aquellos últimos y terribles días.

—Puede que si le hablas se despierte, pero hace rato que no lo está —dijo Clodia, observando la habitación. Su cara le decía más de lo que le habría gustado saber y cerró los ojos un momento antes de entrar.

Tubruk parecía incómodo; en el pecho lucía puntos de sutura recientes que desaparecían debajo de las mantas. Aunque parecía dormido, temblaba, y Julio tiró de la manta hacia arriba para taparle. Alrededor de su boca había restos de sangre, fresca y roja. Clodia cogió del suelo un tazón de agua carmesí y frotó suavemente la mancha mientras Julio observaba desesperado la escena. Habían cambiado demasiadas cosas para asimilarlas y estaba paralizado viendo a Clodia limpiarle con innegable ternura los labios y los puntos que supuraban.

Tubruk se quejó y abrió los ojos al sentir el contacto. No daba la sensación de que pudiera enfocar la vista correctamente.

—¿Estás todavía aquí, vieja? —susurró, mientras una débil sonrisa asomaba por la comisura de la boca.

—Siempre mientras me necesites, amor mío —respondió ella. Levantó la mirada hacia Julio para atender luego al hombre acostado en la cama.

—Ha venido Julio —dijo.

Tubruk volvió la cabeza.

—Acércate para que pueda verte —dijo.

Clodia se retiró y Julio se aproximó y le miró a los ojos. Tubruk respiró hondo y su cuerpo entero volvió a estremecerse al soltar el aire.

—No pude detenerles, Julio. Lo intenté, pero... no pude llegar a ella.

Julio empezó a sollozar ante la visión de su viejo amigo.

—No es culpa tuya —dijo en voz baja.

—Los maté a todos. Le maté para salvarla —dijo Tubruk, con la mirada perdida. Empezó a respirar de forma irregular y Julio a sentirse desesperado con los dioses.

Habían llenado de dolor a sus seres queridos.

—Dile a Cabera que venga. Es curandero —le dijo a Clodia.

Ella llamó con señas a Julio para que se apartara de la torturada figura que yacía en la cama y él inclinó la cabeza para escucharla.

—Déjalo. No podemos hacer otra cosa que esperar. Ya no le queda sangre en el cuerpo.

—Trae a Cabera —replicó Julio con la mirada rabiosa. Pensó por un momento que Clodia volvería a negarse, pero se marchó y acto seguido se oyó una voz gritando en el patio.

—Cabera está aquí, Tubruk. Te ayudará a recuperar la salud —dijo Julio, notando de nuevo que las lágrimas le subían por la garganta.

El anciano entró, goteando agua de lluvia y se dirigió rápidamente hacia la cama con expresión afligida. Verificó las heridas con manos diestras y levantó la manta para inspeccionar a Tubruk. Observó la expresión desesperada de Julio y suspiró.

—Lo intentaré —dijo. Posó las manos sobre la piel magullada que rodeaba los puntos de sutura y cerró los ojos.

Julio se inclinó, susurrando una oración para sus adentros. No había nada que ver, tan solo la figura del viejo curandero inclinada, con las manos inmóviles y oscuras contrastando con el blanco pecho. Tubruk realizó un prolongado movimiento de inspiración acompañado por un espasmo repentino y luego soltó el aire lentamente. Abrió los ojos y miró a Clodia.

—El dolor se ha ido, amor —dijo. Luego fue la vida la que lo abandonó, y Cabera se tambaleó y cayó al suelo.

Pompeyo miró con mala cara al capitán de la galera plantado rígidamente delante suyo.

—No me importan las órdenes que tengas. Estas son las mías. Partirás rumbo al sur hacia Sicilia y reunirás todas las demás galeras que encuentres en la costa. Todo barco romano debe vigilar el sur y evitar que los esclavos escapen. ¿Lo has comprendido, o debo arrestarte y nombrar otro capitán en tu lugar?

Gaditico saludó; sentía por el arrogante senador una pasional aversión que no se atrevía a demostrar. Después de seis meses en el mar, esperaba haber podido disfrutar de algún tiempo en la ciudad, pero acababa de recibir órdenes de volver a partir sin ni tan siquiera disponer de tiempo para limpiar el barco. Pensó que Prax se enfurecería cuando se enterara.

—Lo comprendo, señor. Abandonaremos los muelles con la próxima marea.

—Asegúrate de que así sea —replicó Pompeyo, antes de avanzar dando grandes zancadas hacia los soldados que le esperaban.

Gaditico contempló como se marchaba y miró de soslayo las demás galeras que habían zarpado ya. Con todas ellas rumbo al estrecho de Sicilia, los puertos romanos

se convertirían en presa fácil. Fuese lo que fuese lo que planeaba el Senado, esperaba que mereciera el riesgo que corrían.

Al caer la noche, Clodia descubrió a Julio embebido por un estupor en el interior de una habitación a oscuras. Levantó la vista al oírla entrar, con la mirada indiferente.

—¿Vas a quedarte en casa? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, regresaré con Pompeyo en pocos días. Esperaré primero a que se celebren los funerales de los dos. —Articulaba mal y su voz sonaba triste, pero a ella no se le ocurrían palabras de consuelo. Una parte de ella deseaba que sintiese el dolor por la forma cruel con que había tratado a Cornelia, y fue solo con sus últimas fuerzas que reunió el coraje necesario para hablarle sin herirle. La cara de aquel hombre dejaba patente que sabía demasiado bien lo que había hecho.

—¿Te quedarás para cuidar de mi madre y mi hija? —dijo sin mirarla.

—Soy una esclava. Debería regresar a casa del senador Cinna —respondió.

Entonces la miró a los ojos y sacudió la mano como si estuviera borracho.

—Te doy la libertad, entonces. Le compraré el documento a su padre. Es lo mínimo que puedo hacer antes de marcharme. Cuida de Julia. ¿Está Octaviano aún por aquí?

—Está en los establos. No estaba segura de si debería regresar con su madre y...

—Cuida también de él. Es mi sangre e hice una promesa. Siempre mantengo mis promesas. —Su rostro se torció de angustia—. Quiero que te quedes aquí y que lleves esta casa. No sé cuándo estaré de vuelta, pero cuando lo haga quiero que me hables de ella. La conociste mejor que yo y quiero saberlo todo.

Era tan joven, pensó ella. Joven y loco, y estaba aprendiendo que la vida podía ser amargamente injusta. ¿Cuánto tiempo había estado ella esperando el amor hasta encontrarlo con Tubruk? Cornelia la habría liberado para que se casase y Tubruk se lo habría pedido en cuanto hubiese reunido la valentía suficiente para ello. Pero ahora ya no le quedaba nada y la chica a quien había criado desde pequeña yacía inmóvil y en silencio en otra habitación. Cuando se sintiera con fuerzas, Clodia sabía que sería ella quien envolvería el maltrecho cuerpo de Tubruk y limpiaría su piel por última vez. Pero no por mucho tiempo.

—Me quedaré —dijo, preguntándose si la habría oído.

## XLII

Catón se encontraba en el foro bajo un cielo oscuro, con la toga arrancada de los hombros para dejar al descubierto una masa de carne blanca que brillaba debido a las gotas de agua que la recorrían. Tenía la espalda marcada con franjas en los lugares donde habían caído los látigos; el dolor era solo un eco de la rabia y la repugnancia que sentía hacia los mezquinos que lo habían hecho caer. De haber tenido la oportunidad, ninguno de ellos habría desdeñado comportarse como él lo había hecho. Y, aun así, lo miraban y lo señalaban como si no fuesen de su misma calaña. Se rió de ellos con desprecio, manteniendo la cabeza bien alta aun viendo aproximarse al verdugo con una larga espada centelleando en sus manos.

Pompeyo observaba sin demostrar el placer que experimentaba. Había retrasado su reunión con Craso para ver su labor finalizada. Habría preferido ver las rollizas manos sujetas a una viga de madera y exhibido en el foro para una muerte lenta. Sería un final más apropiado para Catón. Al menos había tenido la satisfacción de ver a los miembros de la familia de Catón vendidos como esclavos a pesar de sus gritos de queja. La casa había sido entregada al Senado y el dinero que se obtuviese de su venta iría de algún modo dirigido a la financiación de las legiones que acompañaban a Pompeyo en la lucha contra los esclavos.

Julio observaba petrificado junto a Pompeyo. El general, triunfante, le había hecho pasar delante para presenciar la ejecución, pero no sentía nada. No le alegraba ver cómo mataban a Catón. Significaba poco más que acabar con la vida de un perro o aplastar un insecto. El abotargado senador no comprendía nada del dolor que había causado y nada de lo que pudiera sufrir le devolvería a Cornelia. Que sea rápido, se dijo para sus adentros mientras miraba. Que termine todo.

Catón escupió en el suelo del foro al ver la multitud de senadores y ciudadanos que se habían congregado allí para presenciar la ejecución. Por una vez, no tenía la sensación de que la muchedumbre fuera un peligro. Nunca había sido popular entre la gente de la ciudad... como si tuviera que importarle lo que pensarán o hiciesen. Escupió de nuevo, y las comisuras de los labios se le torcieron de rabia al ver la chusma que tenía enfrente. Animales, todos ellos, incapaces de asimilar cómo un gran hombre podía doblegar la ley bajo su mano. Mario lo sabía, y Sila también. Pero ninguno de aquellos podía comprender que no existía otra ley sino aquella que podía mantenerse.

Se oyeron unos pasos y, cuando Catón volvió la cabeza, vio que se trataba de Pompeyo acercándose a él. Hizo una mueca. Aquel hombre no tenía ni siquiera el suficiente estilo como para dejarle morir sin unos cuantos insultos y pullas más. No estaba hecho para la grandeza. Sila habría permitido a su enemigo la dignidad de una muerte en privado, independientemente de lo que hubiese sucedido entre ellos. Era un

hombre que comprendía lo que significaba el poder.

Pompeyo se acercó lo bastante como para poderle hablar a Catón al oído.

—Los miembros de tu familia no sobrevivirán mucho tiempo como esclavos. Los he comprado todos yo —le susurró con voz silbante.

Catón lo miró con frialdad.

—¿También a Germinio? —preguntó.

—No sobrevivirá a la batalla final.

Catón sonrió al oír aquello. Se preguntaba si a Pompeyo le resultaría más fácil que a él entenderse con Julio y Bruto. Levantó la cabeza en un gesto desafiante. Le parecía adecuado que su linaje terminara junto con él. Había oído historias de reyes de la Antigüedad que habían hecho arrojar vivos a sus familiares a sus propias piras. Pompeyo era un estúpido por intentar herirle.

—Conocerás un día como este —le dijo a Pompeyo—. Eres un hombre demasiado minúsculo como para conservar en tus manos una ciudad como esta durante mucho tiempo. —Rió a carcajadas al ver cómo la cara de Pompeyo se contorsionaba en un espasmo de rabia.

—Saca la espada y acaba con él —le espetó el general al verdugo, quien realizó una reverencia hasta tocar el suelo a modo de respuesta mientras Pompeyo regresaba con paso majestuoso hacia los senadores, a la espera de los acontecimientos.

Catón hizo un ademán negativo hacia el hombre. De repente se sentía cansado, casi abotargado.

—Hoy no, chico. Hay cosas que tienen que hacerse con la propia mano —murmuró, y se despojó de la ostentosa pulsera que llevaba en la muñeca. Con la ayuda del dedo pulgar, extrajo una cuchilla del extremo de la misma y se situó frente a la multitud, sonriéndole con sarcasmo. Se rozó la garganta con un rápido movimiento, provocando un corte en las arterias principales, y luego se quedó esperando para ver cómo la sangre manaba de su blanca carne, bañándole.

El verdugo se aproximó nervioso hacia él, pero Catón tenía aún fuerza suficiente como para levantar la mano y rechazar la espada. La multitud observaba con fascinación animal unas piernas que empezaban a temblar hasta que, de pronto, Catón cayó arrodillado en el suelo con un fuerte estrépito. Incluso entonces, siguió mirándolos a todos antes de caer desplomado.

Los ciudadanos congregados suspiraron en cuanto se liberó la tensión de la muerte. A pesar de los crímenes cometidos, los comentarios no cesaban; el coraje del senador había echado a perder el placer que esperaban encontrar allí. Se dispersaron en silencio, pasando junto al cuerpo sin vida con la cabeza gacha y, más de uno, murmurando una oración.

Pompeyo tenía la boca tensa de rabia. Un final como aquel había evitado la alegría de la venganza y se sentía como si le hubiesen robado alguna cosa. Indicó a



los guardias que retiraran el cuerpo y se volvió hacia Julio.

—Emprendamos ahora camino hacia el sur, para acabar con todo —dijo.

El general miró a Craso perplejo.

—¡Señor, está hablando de más de veinte millas de terreno abrupto! Le recomiendo que vuelva a planteárselo. Deberíamos ocupar una posición central y disponernos luego para evitar que la atravesaran.

Craso esperó que el hombre terminara, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre la mesa mientras escuchaba, listaba seguro de que era la única alternativa que tenían. Los esclavos estaban atrapados con el mar a sus espaldas y, si Pompeyo había conseguido llegar a las galeras, no habría ninguna disponible para llevárselos. Lo único que tenía que hacer era retenerlos, contenerlos en el pedazo de tierra del extremo del país. Miró de reojo el mapa de Pompeyo colgado en la pared. Allí parecía una distancia minúscula.

—Mis órdenes son claras, general. Pompeyo trae del norte legiones de refresco. Mantendremos la línea hasta que lleguen y quiero una fortificación que atraviese el país. Estás haciéndome perder el tiempo. —Su voz tenía un matiz peligroso. A buen seguro aquel hombre no dudaría si fuese Pompeyo quien diera las órdenes. Aquello era insufrible.

—¡Vete! —estalló, levantándose de la silla. Se hundió de nuevo en ella en cuanto se quedó a solas, frotándose nervioso la frente al contemplar de nuevo el mapa.

Cualquier sonido en plena noche le despertaba de un sobresalto, temeroso de que los esclavos hubieran irrumpido para saquear el lugar. No podía permitir que volviese a suceder. Al principio, había pensado en aplastarlos contra el mar, pero ¿y si batallaban como en el norte? Sin vía de escape, se sentirían desesperados e invadirían las líneas romanas, y Craso sabía que en este caso estaría acabado, incluso si sobrevivía a la batalla. El Senado pediría su ejecución. Frunció el entrecejo. ¿Cuántos de ellos tenían deudas contraídas con él que solo desaparecerían con su muerte? Se imaginaba las piadosas caras que pondrían discutiendo su destino en el Senado. Desde que Pompeyo le había dejado comprendía un poco mejor la presión. No había nadie a quien preguntar, las decisiones eran solo suyas.

Se acercó al mapa y recorrió con el dedo la zona más estrecha de terreno localizada en el extremo del país.

—Nos mantendremos allí hasta que lleguen las legiones de refresco —dijo, con una expresión grave. Veinte millas de terreno atrincherado. Nunca antes se había construido un frente de batalla así y los ciudadanos de Roma se lo explicarían después a sus hijos. Craso, el que construyó una muralla que cruzaba el país de punta a punta. Repasó la zona con el dedo una y otra vez hasta que la piel se oscureció.

Los retendría, siempre y cuando Pompeyo hubiera reunido suficientes galeras como para evitar la huida de los esclavos. En ese caso se convertiría en el hazmerreír

del país por no haber estado guardando otra cosa que campos. Sacudió la cabeza para alejar esa idea, volvió a sentarse y siguió pensando.

Después del retraso provocado por la ejecución de Craso, Pompeyo dirigió el avance de las legiones griegas hacia el sur sin darles ni un respiro. Se trataba de los veteranos de las fronteras de Grecia, con grandes cantidades de *bastati* y *triarrii* dispuestos a animar a los más jóvenes. Recorriendo la vía Apia, la primera jornada superaron el mojón de las treinta y cinco millas. Pompeyo sabía que el ritmo disminuiría en cuanto se vieran obligados a abandonar el camino principal, pero incluso en la circunstancia de que los esclavos hubiesen alcanzado el punto más remoto del país, se veía capaz de conducir las legiones griegas hasta ellos en menos de dos semanas.

Julio cabalgaba con Cabera a su lado, cambiando los caballos cada doce millas, igual que hacía Pompeyo, en las estaciones de la ruta. Pompeyo estaba perplejo con el joven tribuno. Habían intercambiado unas pocas palabras desde que se pusieron en pie para presenciar la muerte de Catón en el foro, pero parecía una persona distinta. El fuego interior que había enervado a Pompeyo cuando Julio había tomado el control de la nueva legión Décima parecía haber desaparecido. No era el mismo hombre que cabalgaba ahora indiferente a su lado, con el caballo nervioso y los ojos abiertos de par en par ante la falta de instrucciones por parte del jinete. Pompeyo lo observaba a diario con detalle mientras cabalgaban juntos. Había conocido a hombres deshechos después de una tragedia, y si Julio había dejado de ser adecuado para estar al mando, no dudaría en desposeerlo de su cargo. Marco Bruto servía igualmente para la tarea, y en su fuero interno Pompeyo tenía que admitir que Bruto nunca sería para él una amenaza como podía serlo el otro. La forma con que César había conseguido controlar la Primigenia conservando simultáneamente su amistad con bruto hablaba a voces de sus habilidades. Quizá fuera mejor desposeerlo del cargo antes de que se hubiese recuperado por completo del asesinato de su esposa, mientras siguiera siendo débil.

Pompeyo miró al frente, hacia la amplia vía. Craso carecía del valor necesario para entablar combate contra el ejército esclavo; eso lo había sabido desde el instante en que oyó su nombre al ser elegido en el Senado. La victoria sería solo suya y después no costaría nada unir las facciones del Senado y darle el poder sobre Roma. En algún lugar por delante de donde se encontraban, la flota de galeras bloqueaba la huida por mar y, aunque los esclavos no podían saberlo todavía, su rebelión habría concluido.

Espartaco observaba desde los acantilados el humo que desprendía un nuevo barco capturado e incendiado por las galeras. El mar bullía de barcos huyendo de la flota romana, con los remos chapoteando en un mar picado en su desesperado afán de

maniobrar para evitar la colisión. Para los capturados no había piedad. Las galeras de la Marina romana habían sufrido demasiados años de persecuciones para no deleitarse con la destrucción. Algunos eran abordados, aunque eran más los que caían bajo las llamas después de que dos o tres galeras dispararan una lluvia de fuego desde sus cubiertas hasta conseguir que los piratas muriesen abrasados o se lanzaran gritando al mar. El resto abandonaba la costa a toda velocidad, llevándose con ellos la última oportunidad de conseguir la libertad.

Sus hombres desfilaban a lo largo de los acantilados, limitándose a observar sintiendo el aire fresco del mar. La primavera había teñido de verde los acantilados y una suave llovizna bañaba sus sucias caras sin que se dieran cuenta de ello.

Espartaco les miró, su maltrecho ejército. Estaban hambrientos y agotados, apesadumbrados al saber que su gran huida a través del país había concluido finalmente. Aun así, se sentía orgulloso de ellos.

Crixo se volvió hacia él; su fatiga era patente.

—No hay salida, ¿verdad?

—No, creo que no. Sin los barcos, estamos acabados —respondió Espartaco.

Crixo miró a los hombres, sentados y de pie bajo la llovizna, desprovistos de esperanza.

—Lo siento. Deberíamos haber cruzado las montañas —dijo en voz baja.

Espartaco se encogió de hombros, riendo entre dientes.

—Pero les hemos hecho pasar un mal rato —dijo—. Por todos los dioses, llegamos a espantarles.

Se quedaron otra vez en silencio durante un largo rato mientras, en alta mar, el último de los barcos pirata era cazado o capturado, mientras las galeras se movían de un lado a otro con sus largos remos. El humo de las cubiertas en llamas se levantaba contra la lluvia, salvaje y caliente como la venganza.

—Antonido se ha ido —dijo Crixo de pronto.

—Lo sé. Vino anoche, quería parte del oro.

—¿Se lo diste? —preguntó Crixo.

Espartaco se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Si consigue escapar, que tenga suerte. Tú también deberías huir. Nada nos retiene aquí. Quizás unos cuantos lo conseguiríamos haciéndolo por nuestra cuenta.

—No conseguirá atravesar las líneas de las legiones. Ese maldito muro que han construido nos lo impide del todo.

Espartaco se levantó.

—Entonces lo romperemos y nos dispersaremos. No esperaré aquí a que nos sacrifiquen como corderos. Reúne a los hombres, Crixo. Compartiremos el oro para que todo el mundo tenga un par de piezas y luego echaremos a correr una vez más.

—Nos darán caza —dijo Crixo.

—No conseguirán cogernos a todos. El país es demasiado grande para eso.

Espartaco tendió la mano y Crixo se la dio.

—Hasta que volvamos a vernos, Crixo.

—Hasta entonces.

No había luna que revelara su presencia a los soldados apostados en la colosal cicatriz que se extendía de costa a costa. Al verla, Espartaco había hecho un gesto negativo con la cabeza, incapaz de creer que un general romano intentara la locura de acorralar a los esclavos entre el mar y el muro. En cierto sentido, era una prueba del respeto que las legiones sentían hacia ellos. No se atrevían a perseguirles, sino que se contentaban con sentarse y vigilar las trincheras en la oscuridad.

Espartaco estaba tendido boca abajo sobre la hierba, con la cara ennegrecida con barro. Crixo estaba estirado a su lado y detrás de ellos se ocultaba una interminable serpiente de hombres, esperando la orden de ataque. Nadie se había opuesto a esta última apuesta cuando la había planteado. Todos habían visto los barcos en llamas y su desesperación se había convertido en un fatalismo sombrío. El gran sueño había terminado. Se dispersarían como semillas arrastradas por el viento y los romanos jamás podrían alcanzar a más de la mitad de ellos.

—La línea que vigila una trinchera tan larga como esta tiene que ser estrecha —les había comentado Espartaco al ponerse el sol—. Seremos como una flecha que les atravesara la piel, y para cuando hayan tenido tiempo de reunirse, la mayoría de nosotros habrá cruzado y estará a salvo.

No se escucharon vítores. La voz había corrido entre ellos sin pasión y todos se habían sentado a continuación dispuestos a afilar sus cuchillos y esperar. Cuando el sol hubo desaparecido, Espartaco se puso en pie y los demás le siguieron, avanzando agazapados en la negrura.

El reborde de la trinchera era una línea oscura que contrastaba con el amortiguado resplandor de las estrellas en un cielo despejado. Crixo lo miró y forzó la vista para poder adivinar las facciones de su amigo.

—Diez pies de altura, como mínimo, y parece sólida. —Intuyó, más que vio, como Espartaco realizaba un ademán de asentimiento con la cabeza y estiraba el cuello con tensión. Ambos hombres se incorporaron lentamente y Espartaco silbó flojo para reunir al grupo que se acercaría en primer lugar al muro. Se congregaron a su alrededor como sombras, armados con pesados martillos y hachas.

—Id. Podemos derrumbar lo que han construido —susurró Espartaco, y partieron corriendo, con las armas alzadas listas para el primer golpe. Los hombres que les seguían se pusieron en pie y echaron a correr hacia el muro romano.

## XLIII

Julio dio las gracias en un susurro al recibir un tazón de potaje caliente. Los soldados de las legiones griegas comían ocupando los campos hasta donde su vista podía alcanzar, y la fina humareda blanca que desprendían sus hogueras formaba tirabuzones en el aire. El suelo estaba embarrado y la tierra húmeda se pegaba a sus sandalias, obligándoles a disminuir el ritmo. Los que disponían de manto de su propiedad lo utilizaban para sentarse sobre él, vuelto del revés para que el barro no se viera cuando volvieran a cubrirse. La mayoría, sin embargo, se sentaba sobre cualquier cosa que encontrara: piedras planas, hojarasca o incluso un montón de heno suelto que habían esparcido por el suelo.

Sería una parada breve, Julio lo sabía. Los *extraordinarii* habían regresado temprano esa mañana de su avanzadilla de exploración y los rumores corrían, incluso antes de que la cadena de mando difundiera el mensaje oficial.

Los informes no anunciaban nada bueno. Julio estaba con Pompeyo cuando el general se enteró de que el ejército esclavo estaba avanzando hacia el norte para enfrentarse con ellos, y no se había divisado ninguno de los estandartes del águila de Craso. Pompeyo había descargado su ira contra el jinete portador de las noticias, exigiéndole detalles que él no podía proporcionar. Dondequiera que estuviese Craso, había fracasado en su intento de retener a los esclavos junto al mar. Julio se preguntaba si Craso seguiría con vida, aunque era algo que no le importaba particularmente. Había visto mucha muerte. Un senador más en aquella desastrosa campaña no supondría ninguna diferencia.

Cabera se secó los dedos con el borde del tazón y lo entregó a los sirvientes de la cocina antes de encaminarse de regreso a su puesto en el gran campamento. Nunca había comida suficiente y, cuando los tazones llegaban a su destino, solían estar casi siempre tan fríos como el día. A su alrededor, los hombres esperaban inmersos en esa paz sonámbula que precede a la batalla. Ninguno de ellos se había enfrentado anteriormente a los esclavos y, a pesar de ello, escaseaban los habituales comentarios. En algún lugar hacia el sur era fácil imaginar un campamento como aquel en que se encontraban, cubierto de cuerpos romanos y coronas.

Julio suspiró viendo que empezaba otra vez a llover. El terreno se ablandaría más si cabe. No importaba. Encajaba perfectamente con su estado de humor; los cielos eran un reflejo de la depresión que había hecho mella en él. Imaginaba mentalmente con tanta claridad el pálido rostro de su esposa y el lecho iluminado por las antorchas que era como si aún estuviese viéndolo. Tubruk, incluso Catón. Todo carecía terriblemente de sentido. Al principio le gustaba la lucha, cuando Mario era el general dorado y sabían que luchaban por la ciudad y por ellos, pero las líneas se habían ido difuminando por el camino y ahora sentía náuseas, estaba consumido por el

sentimiento de culpa.

Julio sumergió los dedos en el potaje y se lo introdujo en la boca sin ni tan siquiera saborearlo. Había llorado la muerte de Pelitas, pero ya no le quedaban más lágrimas para los demás. No le quedaban más mentiras, más discursos. La grandiosa mentira había sido que hubiera algo por lo que luchar.

Su padre había considerado que en la República había algo que merecía la pena salvar, pero de aquello ya no quedaba nada. No había más que hombrecillos como Catón y Pompeyo, que no veían más allá de su propia gloria. Hombres carentes de visión, a quienes nada les importaban las cosas que Tubruk le había explicado que eran importantes. Julio había creído hasta entonces lo que los grandes hombres le habían enseñado, y todos ellos habían muerto por sus sueños.

Se agachó hasta tocar el barro bajo sus pies separados y trazó una línea con el dedo. Nada valía la muerte de todos ellos. Ni la de Cornelia, ni la de Tubruk, ni la de ninguno de los hombres que él había liderado en Grecia. Ellos le habían seguido y dado su vida sin quejarse. Al menos, aquello aún podía hacerlo.

De entre todos los soldados, Julio era quien más deseaba la llegada de la batalla. Se situaría en primera línea del frente durante su última hora hasta que todo finalmente acabara. Estaba cansado del Senado y cansado del camino. Le dolía recordar el día en que Mario le había acompañado por primera vez al edificio. Entonces, le impuso respeto sentirse en el corazón del poder. Todos parecían muy nobles entonces, antes de conocerlos demasiado bien como para seguir respetándolos. Se envolvió mejor con el manto, ya que el viento soplaba con más fuerza y la lluvia arreciaba, salpicando en el barro a su alrededor. Algunos de los hombres maldecían, pero la mayoría permanecían callados, haciendo las paces con los dioses antes de que empezara la matanza.

—¿Julio? —dijo Cabera, despertándole de sus pensamientos.

Julio se volvió y vio que el anciano le extendía las manos. Sonrió al ver lo que Cabera le había hecho. Se trataba de una corona de hojas, recogidas de los arbustos y unidas con tejido de su propia túnica.

—¿Para qué es? —le dijo Julio.

Cabera se lo entregó, lo depositó en sus manos.

—Póntelo, chico. Es tuya.

Julio negó con la cabeza.

—Hoy no, Cabera. Aquí no.

—Lo he hecho para ti, Julio. Por favor.

Ambos se levantaron y Julio extendió una mano para acariciarle la nuca al anciano.

—De acuerdo, viejo amigo —dijo, dando un prolongado suspiro. Se quitó el casco y se colocó la corona de hojas mojadas sobre la cabeza, notando un hormigueo

sobre la piel. Algunos hombres los miraban, pero Julio los ignoró. Cabera había vivido todo aquello y no se merecía estar esperando la muerte en un cenagoso campo de batalla, lejos de su hogar. Otro que moriría a su lado.

—Quiero que te mantengas alejado del frente cuando lleguen, Cabera. Sobrevive a esto —dijo.

—Tu camino es el mío, ¿lo recuerdas? —dijo el anciano, con la mirada brillante entre la lluvia. El cabello cano caía sobre su rostro en finos mechones y su aspecto desastrado hizo sonreír a Julio.

A su alrededor, los hombres fueron poniéndose en pie en silencio. Julio levantó bruscamente la cabeza al percibir el movimiento, pensando que había llegado el momento de emprender la marcha, pero todos se limitaron a permanecer inmóviles mirándolo. Más y más soldados fueron uniéndose al grupo a medida que corría la voz, hasta que todos estuvieron rodeándolo de pie. Dejaron los platos a un lado y los mantos amontonados y empapándose para observarle mientras la lluvia seguía cayendo.

Asombrado, Julio acarició la corona de hojas y se sintió cobrar ánimos. No había hombres pequeños. Entregaban su vida sin darle importancia, confiaban en que sus generales no desperdiciarían lo que les ofrecían. Cuando captó su mirada vio que sonreían y reían, y sintió de nuevo los lazos que los unían.

—Somos Roma —susurró, y se volvió para contemplar a los miles de hombres que se habían puesto en pie por él. En aquel momento comprendió qué era lo que mantenía la fidelidad de Tubruk y la fe de su padre. Le daría la mano al sueño, igual que habían hecho antes otros hombres mejores que él y los honraría con su vida.

A lo lejos, los cornetas hicieron sonar las notas largas que indicaban el levantamiento del campamento.

—Seguid avanzando, hermanos —rugió Espartaco. Aquello era el final y, de un modo u otro, el miedo no tenía cabida. Sus esclavos habían demostrado que era posible derrotar a las legiones y sabía que llegaría un día en el que las grietas que habían iniciado se ensancharían y Roma caería. Las legiones que los seguían brillaban bajo el sol de la mañana, enviando el rugido de los miles de hombres de Pompeyo que se dirigían hacia ellos, más y más rápido, como feroces mandíbulas dispuestas a destrozar a los esclavos entre ellas. Espartaco vio que sus maltrechos esclavos serían engullidos. Levantó la espada y se cubrió la cara con el casco de hierro.

«Dioses, a pesar de todo les hicimos pasar un mal rato», se dijo para sus adentros mientras las lanzas oscurecían el cielo.

# Epílogo

Pompeyo paseaba con Craso entre las hileras de cruces. Con Roma a la vista, la hilera se prolongaba durante millas resiguiendo la vía Apia, seis mil hombres que servían a modo de aviso y como prueba de la victoria. Habían caído bosques enteros para construirlas y, cuando los carpinteros de la legión se quedaron sin clavos, los esclavos habían sido simplemente atados y atravesados con lanzas, o se les había dejado morir de sed.

Los dos generales desmontaron para recorrer a pie la última milla que los separaba de la ciudad. Craso no sufriría ninguna vergüenza, Pompeyo se lo había prometido. El final de la rebelión borraba los desastres sucedidos y Pompeyo estaba dispuesto a permitir que disfrutara de su momento de gloria. No había nada que temer de Craso y su riqueza era algo que siempre merecía la pena tener en cuenta. Necesitaría a hombres adinerados para financiar su época de cónsul. Quizá, pensaba, resultara útil animar a Craso para que aceptara el puesto de segundo cónsul cuando llegara el momento de las elecciones. Entonces podrían compartir gastos y Craso le estaría eternamente agradecido.

A lo lejos, los generales podían oír los sonidos amortiguados de la multitud lanzando vítores al verlos aparecer por la vía. Se sonrieron, disfrutando del momento.

—Me pregunto si deberíamos solicitar un Triunfo —dijo Craso, con el ritmo de su respiración acelerado ante la perspectiva—. No hemos tenido ninguno desde Mario.

—Lo recuerdo —dijo Pompeyo, pensando en el joven que montó sobre los hombros de Mario durante el paseo por el foro.

Como si le adivinase los pensamientos, Craso le miró de reojo.

—Es una vergüenza que Julio no esté aquí para ver esto. Ha luchado muy duro por nosotros.

Pompeyo frunció el entrecejo. No pensaba admitirlo delante de Craso, pero cuando vio las legiones griegas ponerse en pie por Julio, en medio de aquel barrizal y bajo aquella tormenta, había sentido miedo. Todos los grandes hombres habían muerto, pero aquel seguía allí, con la sangre de Mario corriendo por sus venas, general de la Décima y con una fama creciente que podía resultar mortal si decidía utilizarla. No, no quería a Julio en su ciudad, ni tampoco su preciosa legión. Había



firmado la orden para enviarlos a Hispania sin dudarle ni un instante.

—Hispania le templará, Craso. No me cabe duda.

Craso le lanzó una mirada inquisitiva, aunque prefirió no responder mientras Pompeyo asentía con satisfacción al ver cómo aumentaba de volumen el rugido de la muchedumbre que aguardaba su llegada. Hispania quedaba muy lejos para el sobrino de Mario, y para cuando hubieran finalizado sus cinco años allí, la gente le habría olvidado.

# Agradecimientos

Un número creciente de personas ha tenido la amabilidad de leer borradores de escenas y capítulos, e incluso varias veces en algunos casos. Nick Sayers y Tim Waller, de HarperCollins, han guiado las diferentes versiones de estos libros con una pericia que empiezo a dar por sobreentendida. Además, debo mi agradecimiento a Joel, a Tony, a mi hermano David, a mis padres, a Victoria, a Ella, a Marlita y a Clive, sin orden determinado. Gracias a todos por vuestro interés y vuestra contribución.



Estudió en la *St. Martin's School* y en la *Taylor's School*, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la *St. Gregory's Roman Catholic School* de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Sus libros más conocidos pertenecen a la ficción histórica, con más ficción que historia, mostrando una excelente y entretenida narrativa. Junto con su hermano Hal, ha escrito libros juveniles, que fomentan la imaginación y la aventura.